ELISEO RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA



Publicaciones de la Escuela Moderna
Cortes, 596-BARCELONA



EL HOMBRE Y LA TIERRA



Tomo 2




1020076310

ELÍSEO RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA POR A. LORENZO

BAJO LA REVISIÓN DE ODÓN DE BUÉN

La Geografía es la Historia en el Espacio, lo mismo que la Historia es la Geografía en el Tiempo.

TOMO SEGUNDO

HISTORIA ANTIGUA

FENICIA. – PALESTINA. – EGIPTO. – LIBIA. – GRECIA.
ISLAS Y COSTAS HELÉNICAS. – ROMA.
ORIENTE CHINO. – INDIA. – MUNDOS LEJANOS.



BARCELONA
ESCUELA MODERNA
56, – CALLE DE BAILÉN, – 56
1906



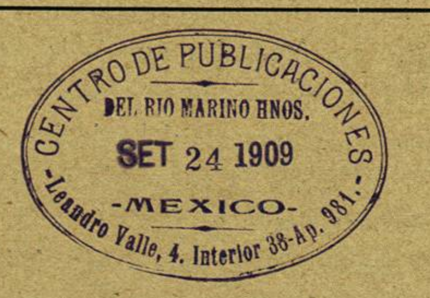
IMPRENTA ELZEVIRIANA
DE BORRÁS Y MESTRES
Rambla Cataluña, 14.
BARCELONA : : : 1906

LIBRO SEGUNDO

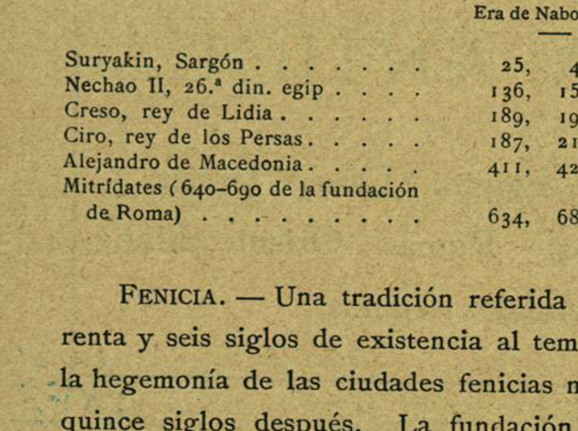
(Continuación)

HISTORIA ANTIGUA

Fenicia. - Palestina. - Egipto. - Libia. - Grecia.
Islas y costas helénicas. - Roma. - Oriente chino.
India. - Mundos lejanos.







FENICIA: NOTICIA HISTÓRICA

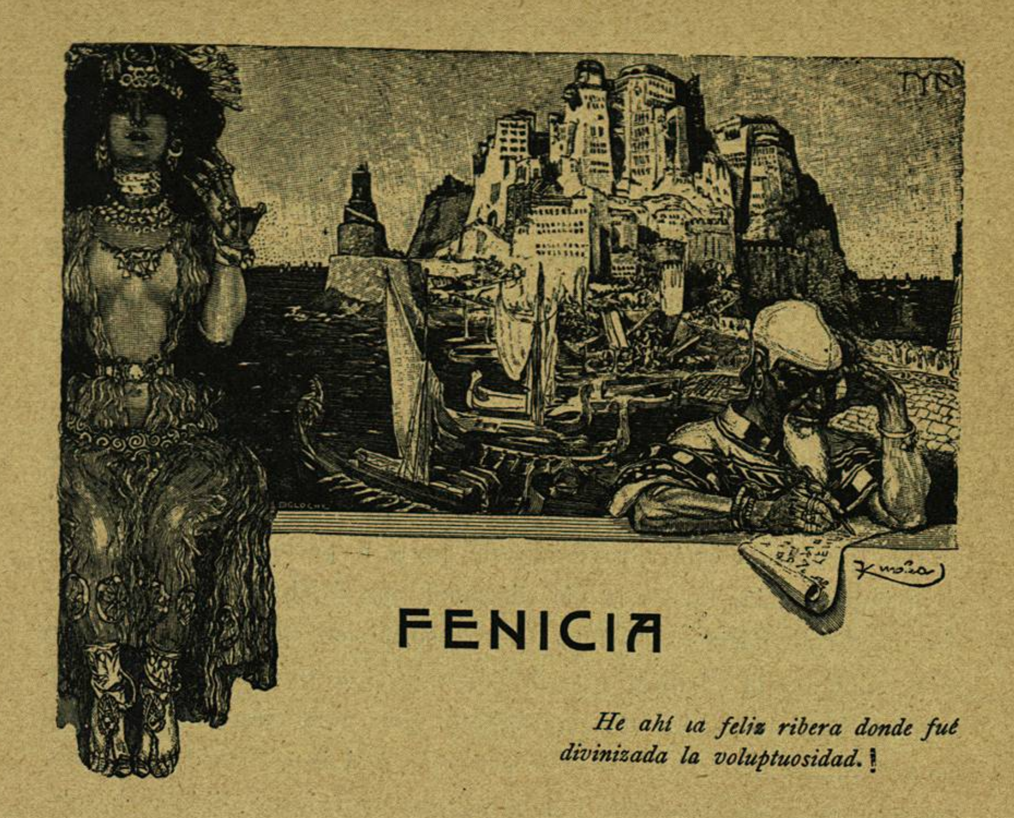
Anatolia y Siria del Norte. — Las fechas relativas al primer ciclo de la historia antigua de estos países son escasas. El pueblo de los Hititas, hace ya treinta y cinco siglos, aparece en los anales de las civilizaciones más antiguas; la batalla de Kadech, en la que esta nación contrarrestó la potencia egipcia, parece haber tenido lugar 3288 años antes de nuestros días (— 1383 años antes del principio de la era vulgar): las luchas de los Hititas y de los Asirios se agrupan entre el reinado de Assurnazirpal (hacia — 873) y la toma de Karkhemich en el año 143 de la era de Nabonasar (— 604), pocos años antes de la desaparición de Nínive.

Algunos soberanos se mencionan en el texto:

	Era de Nabonasar	Olimpiadas	Era vulgar
Suryakin, Sargón	25, 42	54, 71	— 722, — 705
Nechao II, 26.ª din. egip	136, 152	165, 181	— 611, — 595
Creso, rey de Lidia	189, 199	218, 228	— 558, — 548
Ciro, rey de los Persas	187, 218	216, 247	— 560, — 529
Alejandro de Macedonia	411, 424	440, 453	— 336, — 323
Mitrídates (640-690 de la fundación de Roma)	634, 684	663, 713	— 113, — 63

Fenicia. — Una tradición referida por Herodoto da más de cuarenta y seis siglos de existencia al templo de Melkarth en Tiro, pero la hegemonía de las ciudades fenicias no pasó de Sidón á Tiro hasta quince siglos después. La fundación de Cádiz dataría de más de 3000 años; el reino de Hiram, asociado á Salomón en las expediciones de Ofir, se coloca unos mil años antes del principio de la era vulgar.

Tiro reconoció varias veces la soberanía de un vencedor, pero no siempre compró la paz; desde 23 á 32 (era de Nabonasar) resistió á los Asirios, y desde 160 á 173, á los ejércitos de Nabucodonosor; Sidón fué destruída por «el más cruel de los Persas», Artaxerxes Okhis en 389, y Tiro fué tomada después de siete meses de sitio por Alejandro en 415 de la era caldea.



FENICIA

He ahí la feliz ribera donde fué divinizada la voluptuosidad.

CAPÍTULO IV

Relieve de Anatolia. — Remolinos étnicos. — Ponto Euxino.
Siria. — Cuna de los Semitas.
Naciones de los Hititas. — País de Damasco.
Escalas de la costa.
Gran navegación. — Factorías y civilización fenicias.

La palabra griega Anatolia, sinónima de la latina *Oriens*, tiene un sentido muy indeterminado, puesto que sólo es correcto para los Griegos de Europa, siendo su significado precisamente lo contrario de la verdad respecto de las poblaciones de las altas cuencas del Tigris y del Eufrates. Por otra parte, la denominación Asia Menor es harto vaga, y la extensión que representa, indecisa. No se ha generalizado ninguna expresión de uso constante y que evoque un sentido preciso para la península terminal del continente comprendida entre el mar de Chipre y el Ponto Euxino, debido á que la comarca no fué jamás «una», no poseyó en ninguna época

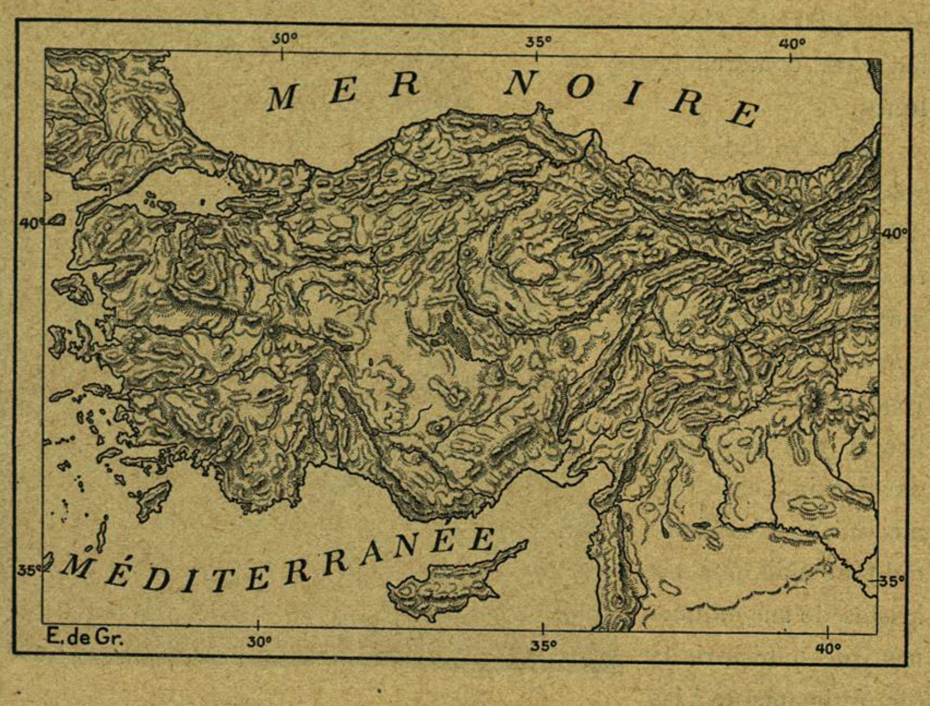
un carácter de individualidad claramente determinado: abrazó muchas comarcas diferentes, que cada una tuvo y mereció un nombre preciso, pero no hubo lugar de dar uno á su conjunto.

Á primera vista parece que ese rectángulo casi regular del Asia Menor, que se prolonga al oeste de la Armenia, entre el ángulo sud-oriental del mar Negro y el golfo de Alejandreta, constituye cierta unidad geográfica; pero estudiando la estructura del relieve, se llega fácilmente á reconocer que el país carece de cohesión, está privado de todo centro natural y se halla dividido en regiones muy distintas, solicitadas por fuerzas de atracción divergentes. Es verdad que la península está atravesada de parte á parte por caminos de gran importancia, tal es la vía diagonal que desde las puertas Cilicias se dirige hacia el Bósforo; pero ese mismo camino tuvo mucho más valor en la historia por la comunicación que estableció entre grandes imperios y los dos continentes que como lazo común entre las provincias anatólicas situadas á derecha y á izquierda de su curso. Las montañas de la costa y los macizos exteriores dividen la comarca en otros tantos dominios particulares, ninguno de los cuales fué jamás bastante favorecido para adquirir sobre los demás una supremacía duradera, aunque teniendo, no obstante, suficientes recursos y elementos de fuerza viva para conservarse, si no independientes, al menos en cierta autonomía de costumbres, de usos y de vida original.

Así la Cilicia, atrio de las provincias del interior, que había de atravesar la gran vía diagonal de la península, se encuentra, no obstante, como separada del Asia Menor propiamente dicha: miraba ante todo hacia la isla de Chipre y hacia el litoral de Siria, con la que los habitantes tenían sus relaciones principales: Fenicios fundaron colonias en esta región, y la civilización tomó en ella un carácter esencialmente púnico. Las altas montañas del Taurus, rocosas, revestidas de cedros, formaban, al norte de la llanura regada por los ríos gemelos de Cilicia, una frontera casi infranqueable, exceptuando el desfiladero de la «Puerta», muy fácil de defender, pero que entregaba también fatalmente el país el día que caía en poder del asaltante. Para pasar de la cuenca del Eufrates á la meseta anatolia, sea por Alepo, sea por Aintab, los conquistadores ó viajeros habían de escalar las alturas del Amanus ó contornearlas al Norte

por el desfiladero por donde pasa el Pyramos, el Djihun de nuestros días; luego, después de haber atravesado en la llanura los cauces variables del Pyramos y del Sarus, habían de atacar la gran montaña para alcanzar, por una ú otra garganta, más arriba de Adana ó de Tarsus, el paso de la Puerta, y después, más arriba, por caminos

N.° 96. Relieve general de Anatolia.



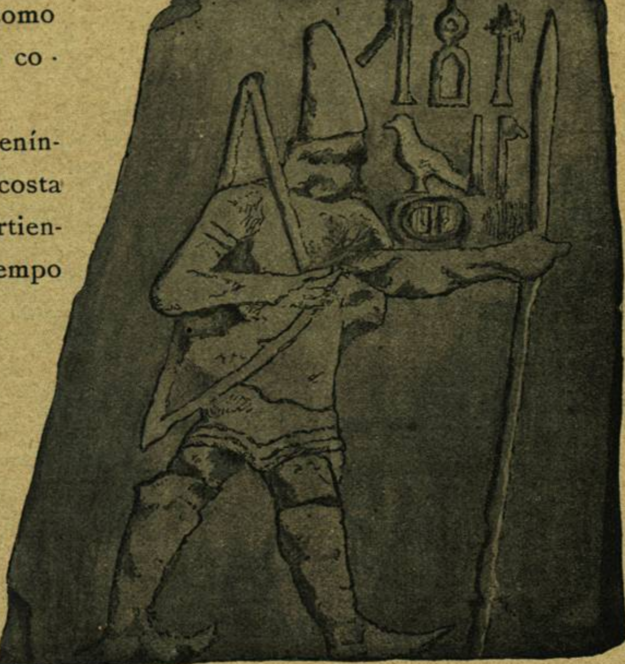
fáciles, el umbral desde donde podía descenderse sobre la vertiente del Norte: era como el límite de un mundo [1].

Del mismo modo el anfiteatro de la Panfilia, vuelta hacia el alto mar, no se unía con los otros distritos de la península más que por caminos muy ásperos, y su misión histórica en sus relaciones con las poblaciones limítrofes era, en consecuencia, enteramente nulo. Por lo demás, allá como en Cilicia, vinieron á establecerse colonos de

[1] W.-M. Ramsay, *Geographical Journal*, Octubre 1903, véase mapa, pág. 11.

las islas y del litoral sirio. En cuanto á las lenguas de tierra del sudoeste de la península, constituyen, desde el punto de vista de la geografía física, un conjunto que apenas difiere del de las islas próximas para las facilidades de la navegación y para las de la defensa contra los agresores procedentes del continente. También estaban pobladas de piratas, los Carios, que se vieron aparecer en los lugares más lejanos y en los países de lenguas más diversas como ladrones, comerciantes ó colonos.

Del otro lado de la península anatólica sobre la costa del Norte, la estrecha vertiente designada en otro tiempo muy especialmente como el «Ponto» — Pontos, — es decir, el litoral marítimo por excelencia, está, en efecto, tan bien limitado al Sud por las aristas de sus montañas, que su historia la liga íntimamente á las otras orillas del mar Negro, hasta el país de los Scitas, y, por la parte opuesta, á los estrechos de la Propóntida, hasta las penínsulas y las islas lejanas del mar Egeo. Así los mercaderes de Mileto, el puerto del valle del Meandro, habían esparcido sus factorías por las orillas de Ponto Euxino hasta Trebizonda (Trapezonte) y Dioscurias de un lado, y hasta Obbia y á través del Bósforo kimeriano hasta la desembocadura del Tanais: Herakleia, Sinope, Amisos, Kerasonte, Istros, Phanagoria son ciudades fundadas por los Griegos. El imperio de Mitrídates, que se componía de fajas litorales de territorio que se desarrollaban sobre una gran parte del contorno de la mar

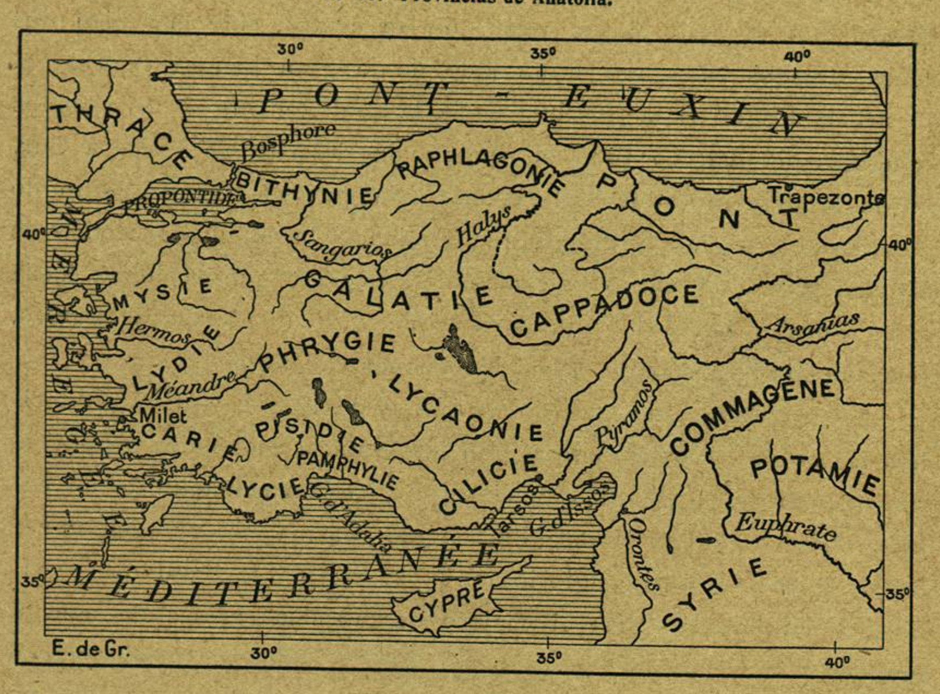


BAJO-RELIEVE HÉTEO DE KARABEL (Véase pág. 29)
(Según A. H. Sayce).
Descrito por Herodoto y atribuído por tradición á Sesostris.

Euxina, atestigua también la interdependencia geográfica en que se hallan las costas de la inmensa cuenca.

La única región del Asia Menor que presenta en su conjunto un carácter de unidad geográfica muy marcado, es el gran óvalo de llanuras y mesetas que comprende la cuenca superior del Halys ó Kizil-Irmak y que se continúa al Sud hacia las montañas de la costa

N.º 97. Provincias de Anatolia.



que abrazan la alta Capadocia y Licaonia; Galacia y Frigia pertenecen también á esta región natural, dispuesta, según parece, á convertirse en el dominio de una nación poderosa; pero ese vasto territorio, rodeado de altas montañas que le forman pantalla sobre todo el contorno, no puede recibir más que una proporción de lluvias insuficiente para ricos cultivos; la parte meridional del espacio oval es casi por completo un desierto de llanuras salinas, de pantanos y de barrancos arcillosos. Además, esta comarca tiene el gran

inconveniente de no tener salida natural hacia el mar, por lo que frecuentemente dependió de países marítimos de mucha menor extensión, y de ese modo el imperio de Lidia, cuyo centro político era la ciudad de Sardes, poco distante del litoral marino, se había prolongado á lo lejos en las llanuras centrales de la península, y en tiempos de las guerras famosas entre Ciro y Creso, el río Halys era el límite común entre las dos poderosas monarquías.

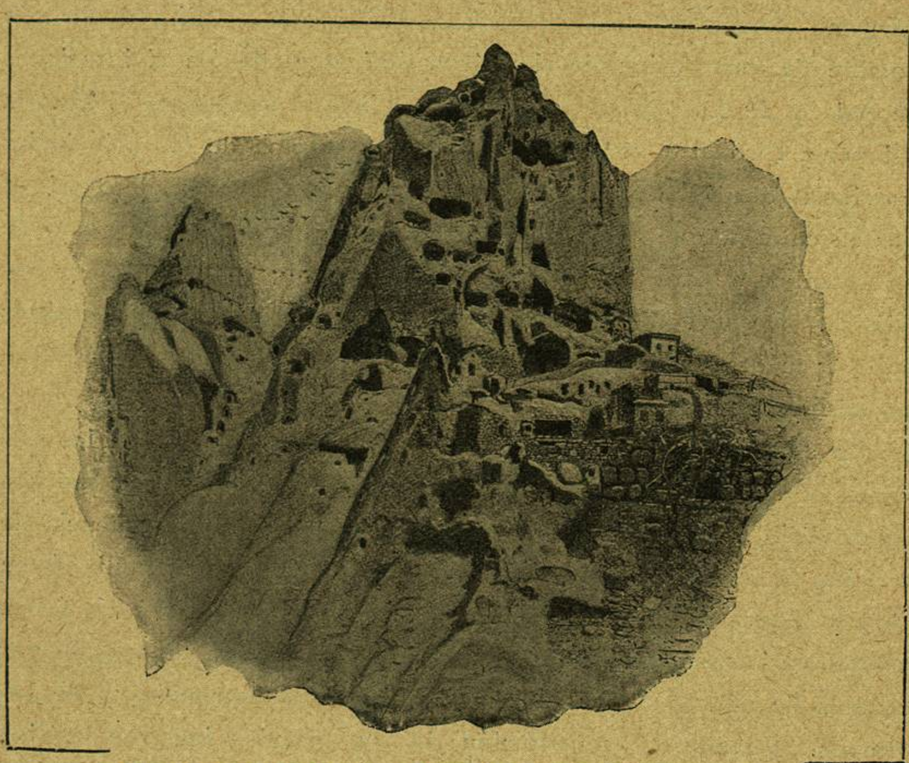
Desde el punto de vista de su forma geométrica, puede, pues, decirse que el Asia Menor tiene, no un centro, sino más bien dos focos situados cada uno á un lado de la gran llanura central: al Oeste, la Frigia es la comarca hacia la cual convergen los caminos naturales del mar en todo el semicírculo descrito de Norte á Sur, desde la desembocadura del Sakaria (Sangarios) hasta el golfo de Adalia; al Este, la Copadocia, que domina, á la mitad del camino de los dos mares, el coloso volcánico del Argeo y que prolonga hacia cada litoral y hacia el Eufrates su triple vertiente de tierras fértiles, ricas en hierbas «donde pacen los buenos caballos» [1].

Es indudable que esos dos «focos» de Frigia y de Capadocia han tenido en diversas épocas gran importancia económica ó política, correspondiente á su feliz situación. Se habla vagamente de un pasado obscuro en que Mazaca, la Cesárea romana, esa contemporánea de las grandes ciudades gloriosas Tebas y Menfis, Babilonia y Nínive, y en nuestros días el viajero descubre las ruinas de muchas grandes y ricas ciudades; el desierto que las rodea fué productivo en otro tiempo; en la actualidad no hay agua ni habitantes. Comparado, no obstante, con tierras privilegiadas, tales como Armenia, Assur, la costa de Fenicia y Persia, este territorio es inferior: la pequeña dimensión de las dos mitades de la meseta anatólica no le han permitido conquistar la preeminencia.

En cuanto á las escotaduras extremas del Asia Menor, recortadas por los cursos de agua en otras tantas penínsulas secundarias y atravesadas de aristas que ponen en fácil comunicación las bahías laterales, pertenecen á una formación geográfica especial, la misma que las de las islas del Archipiélago, Ciclades y Sporades. Á ex-

[1] Traducción de *Hvaspadakhja*, según Benfey.

cepción de Troya, que los recuerdos de la *Iliada* nos la presentan como una ciudad asiática pero que no dejaba de estar poblada de gentes que pertenecían á la misma forma de civilización que los Helenos, todas las ciudades de la vertiente anatólica del mar Egeo tienen nombres que resuenan en nuestro oído con la misma sonoridad que los de la Grecia europea, y en todo tiempo tuvieron una población,



CASTILLO DE UTCH-ASSARU, PAÍS DE LOS TROGLODITAS (Véase pág. 30)

si no helénica, al menos helenizada: Pérgamo, Fócea, Magnesia, Smirna, Efeso, Mileto, Halicarnaso. Sería absurdo estudiar esas comarcas con el territorio del Asia porque le estén materialmente unidas, cuando por su naturaleza física y por su historia forman realmente parte del mismo mundo que las penínsulas situadas en frente, al otro lado del Archipiélago. Aquí nos encontramos en Grecia, aunque en una Grecia de fisonomía especial, que tiene rasgos originales que contrastan con los de Tesalia, del Ática y del Peloponeso.

Estos caracteres particulares del Asia griega provienen de la

parte de elementos aportados del interior y mezclados con la civilización helénica de las ciudades del litoral. En razón de estos contrastes la ciudad de Efeso recibió el nombre de Asia — «Asia» —: representándose, en efecto, en el mundo griego como una escuela de las ideas religiosas, políticas y morales introducidas de Oriente. Asimismo, bajo la dominación romana se contrajo la costumbre de designar especialmente por la denominación de «Asia» el reino de Pérgamo, compuesto de la Misia y de la Troadia [1]. El símbolo más notable de esta fusión de elementos étnicos y de las civilizaciones de Asia y de Europa en la Antigüedad nos lo suministra la historia del persa Ciro el Joven, que llegó á ser sátrapa de las principales provincias del Asia Menor, y fué, sin embargo, un verdadero griego por su cultura, que apeló al valor de los Espartanos y al genio de los Atenienses para intentar la constitución de un imperio greco-asiático. Después de aquel conflicto, que tuvo lugar hace veintitrés siglos, ¡cuántas luchas pusieron frente á frente Europa y Asia sobre los mismos campos de batalla!

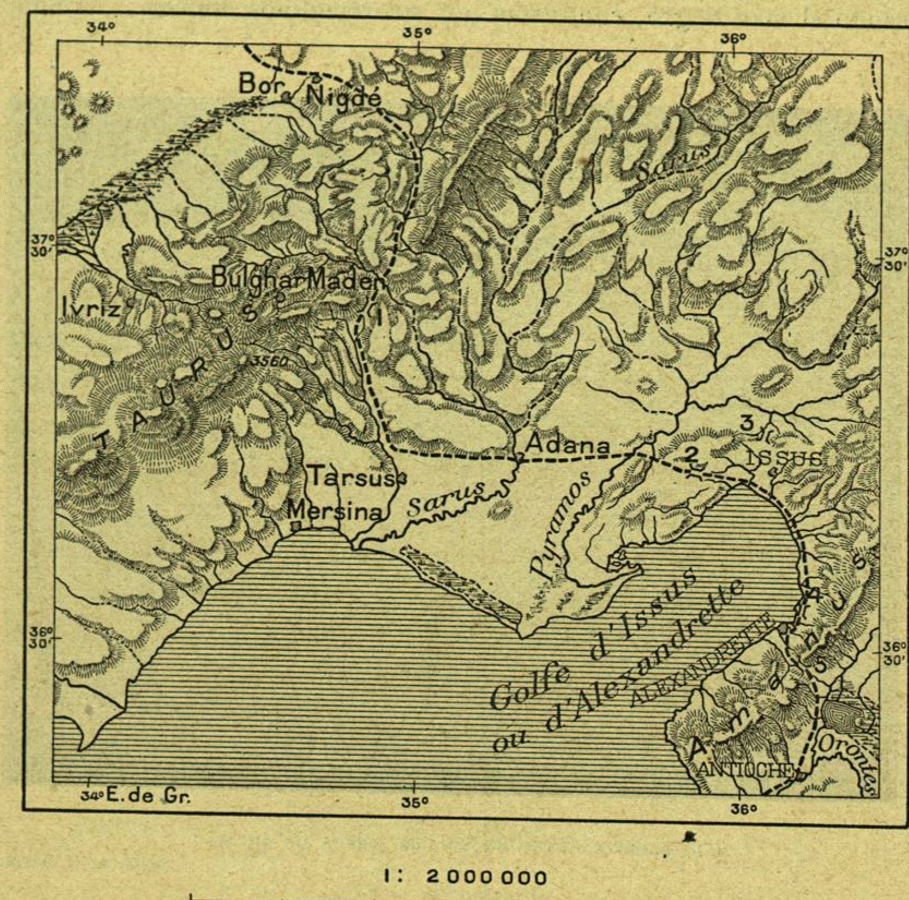
La falta de unidad política en las comarcas litorales de los dos mares, al sud y al norte de la península, se presentaban en muchos puntos bajo la forma de fraccionamiento absoluto, á consecuencia de la falta de comunicaciones fáciles. Había valles en Panfilia ó en Licia y alguna península de la Caria que formaban un señorío ó una república autónoma que únicamente se relacionaba con sus vecinos por tratados de alianza ó por el lazo feudal de los homenajes y de los tributos. Cuando la constitución de los grandes imperios asirio, persa y macedónico, que sometían las poblaciones más discordantes á la unión aparente, de la sujeción común, todos esos pequeños Estados secundarios se salvaron mediante el pago de impuestos, agravados en las grandes circunstancias por el envío de hombres de guerra; mas, pasada la tempestad, volvían á hallarse en una situación de independencia poco diferente de su antigua condición: la misma Naturaleza lo quería así.

Es curioso ver que antes del segundo siglo de la era vulgar, el Asia Menor no se halló jamás bajo una dominación única: ni los

[1] Vivien de Saint-Martin, *Description historique et géographique del l'Asie Mineure.*

Hititas, ni los Persas, ni el mismo Alejandro y sus sucesores parece que pasaron el Iris; los Romanos no subyugaron Capadocia hasta el

N.º 98. Taurus y llanura de Cilicia.



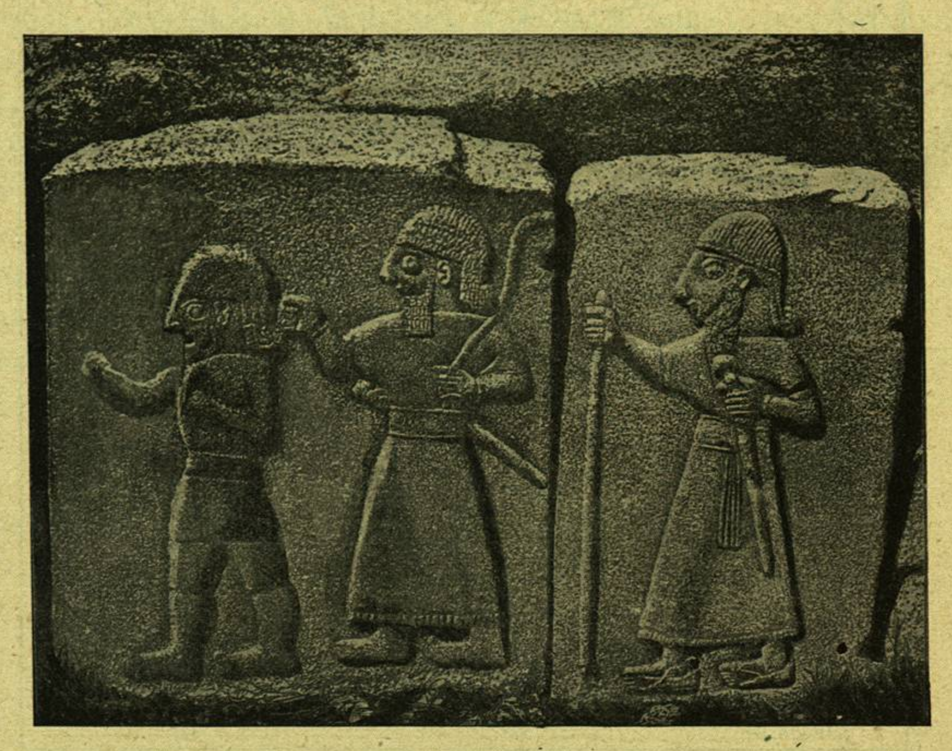
1. Puerta Cilicia.
2. Puerta Amanicia, según Strabon.
3. Puerta Amanicia, según Arrien.
4. Puerta Siro-Cilicia.
5. Puerta Amanicia.

Hace dos mil años el Saros desembocaba probablemente en la laguna que bordea todavía el litoral; el Pyramos alcanzaba el mar en la extrema punta sud de la llanura. (W. Ramsay).

tiempo de Trajano. Cuando declinaba el Imperio de Bizancio, se reprodujo el mismo hecho: la dominación árabe no pasó del Taurus, y los Turcos, penetrando por Armenia, conquistaron la meseta ana-

tólica siglos antes de poseer la Cilicia: Constantinopla fué tomada antes que Tarsus [1].

Parece que, de una manera general, las dos riberas peninsulares, la del Sud á lo largo del mar de Chipre, la del Norte bordeando el mar Negro, contrastan por sus remolinos étnicos. Al Sud,



BAJO-RELIEVE HÉTEO EN KELLER, CERCA DE AINTAB

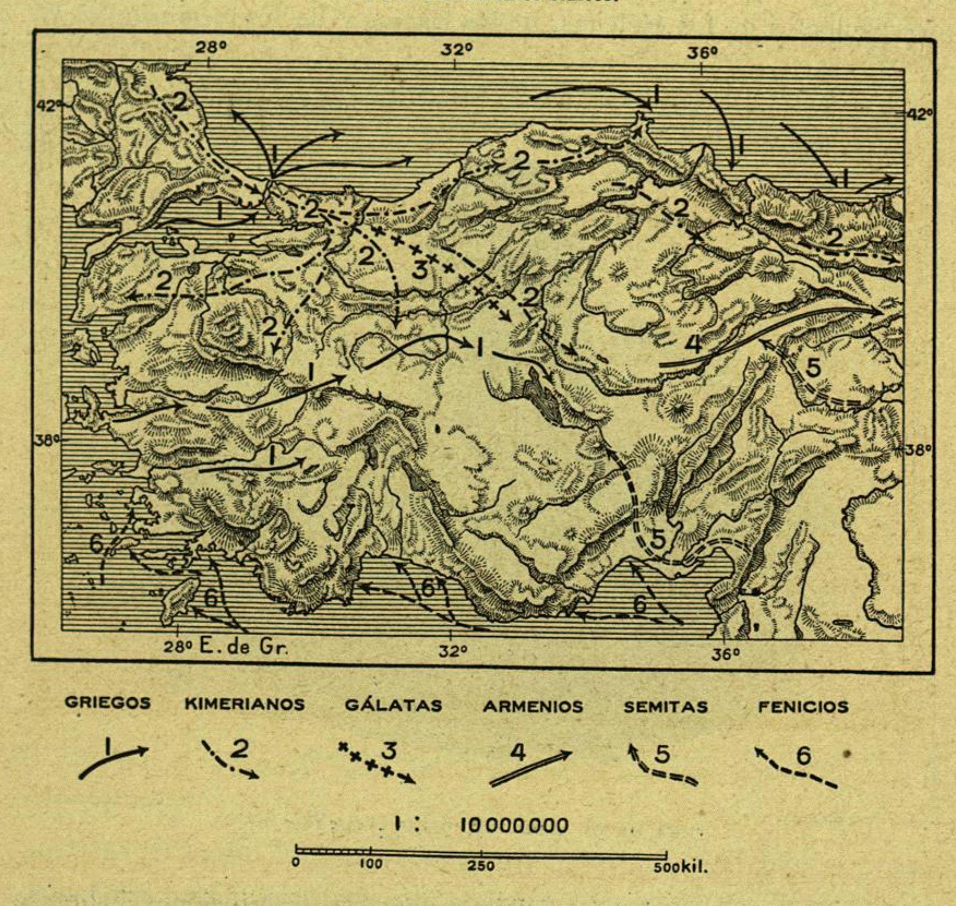
Según A. H. Sayce.

el movimiento de emigración se produjo principalmente en sentido de Oriente á Occidente: se comprueba la llegada de colonos semitas de Cilicia á Caria sobre toda la longitud del litoral. Al norte de la península se encaminaron los emigrantes en sentido contrario; en tanto que se establecían mercados en el litoral peninsular, fundados por los Griegos del Mediodía, se verificaban frecuentemente cambios de residencia de pueblos de las costas sármatas — es decir, de la Rusia actual, — hacia las de la Tracia y la Bitinia, siguiendo sin in-

[1] W.-M. Ramsay, *Geographical Journal*, 1903.

terrupción á lo largo de las montañas del Ponto hasta el pie del Cáucaso. De ese modo los Kimerianos, del mismo origen que los Tracios de Europa, penetraron frecuentemente en el Asia atravesando el Bósforo, y se extendieron por todo el largo de la costa; al Oeste,

N.º 99. Movimientos étnicos.

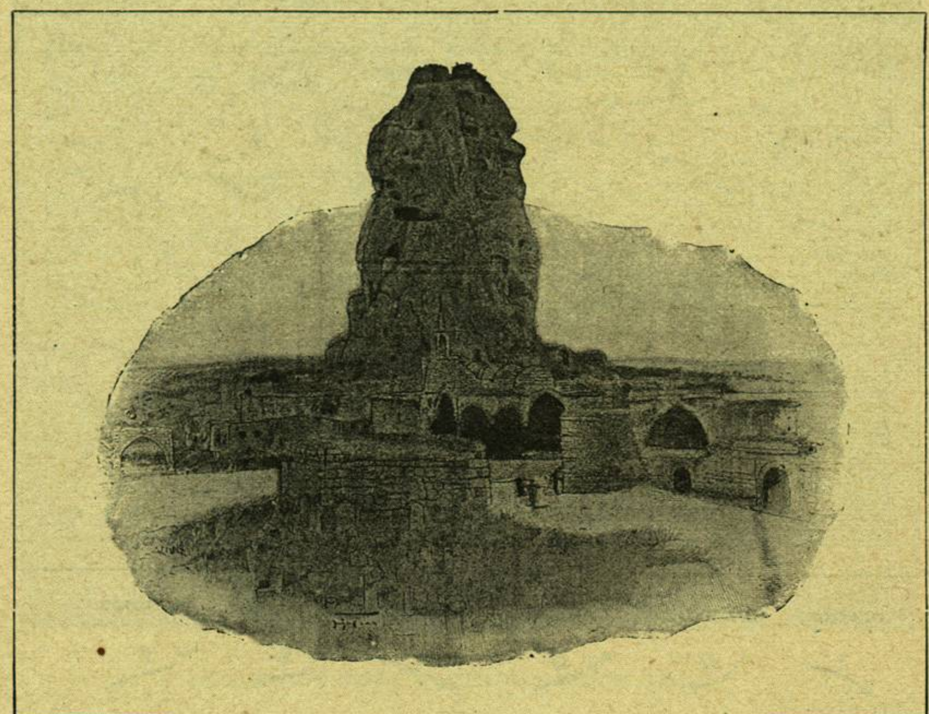


Los movimientos del pueblo de los Hititas fueron muy anteriores á los de las poblaciones mencionadas en este mapa, exceptuando los Fenicios, y no están indicados aquí. La influencia de esta nación se propagaría desde lo alto de la cuenca del Kizil-Irmak, de un lado hacia el Sudoeste hasta el mar Egeo, del otro hacia el Sudeste hasta Siria. (Véanse páginas 30-34.)

donde la cordillera ribereña se halla interrumpida, invadieron también el interior de la comarca y dieron nacimiento á las poblaciones frigias. Esta invasión de los Tracios, unas veces guerrera y otras pacífica, es un hecho sobre el cual se hallan perfectamente de acuerdo los testimo-

nios de los antiguos y las investigaciones de los sabios modernos [1].

En la parte anterior de la península, sobre las costas del mar Egeo, se comprueba también una impulsión étnica en la dirección de Oeste á Este: el helenismo tuvo su origen en Europa, desde donde invadió las islas y el litoral asiático y aun penetró por colonias compactas hasta el interior del país; en Capadocia se ven juntos los descendientes de los Helenos, de los Iranios y de los Semitas; M. W.



VISTA DE LA ALDEA DE URGUB (Véase pág. 30)

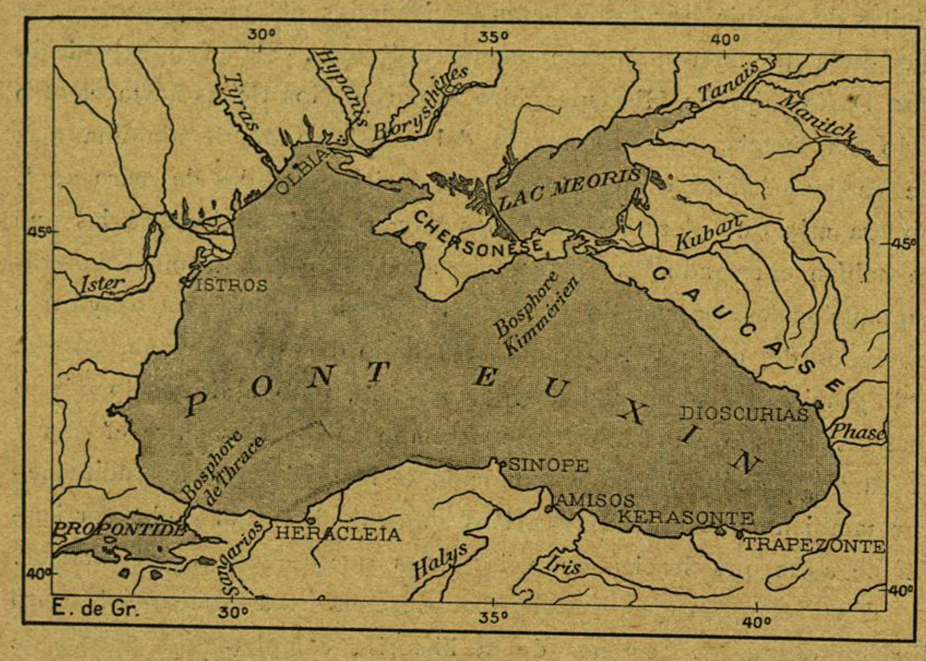
Ramsay ha encontrado en Frigia numerosas inscripciones hebreas, sobre todo en las inmediaciones de Akmania. Otro remolino de hombres había arrastrado á unos Gálatas, es decir, unos Galos, hermanos de los habitantes de la extrema Europa, hasta el mismo corazón de la península de Anatolia.

Aunque separada de las llanuras sármatas por un mar tempestuoso, el Asia Menor no dejaba de estar en relaciones frecuentes,

[1] Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, p. 366.

directas é indirectas con esas tierras hiperbóreas. Primeramente, desde edades remotas unos Argonautas, griegos ó frigios, se aventurarían sobre las aguas negras y temibles para ir á la conquista de los «toisones de oro» bajo diversas formas, precioso metal, telas ó mercancías diversas. Los caminos del litoral quedaron así conocidos,

N.º 100. Ponto Euxino.



y el mar Ascanio — porque tal parece haber sido el nombre primitivo de la cuenca marítima que se llamó después el «Ponto Euxino», Πόντος Ἄξεινος, Πόντος Εὔξεινος — no es tan extenso que las poblaciones ribereñas no hubieran podido sospechar sus contornos; por lo demás, el elevadísimo reborde de la arista de Crimea y, más aún, las altas montañas del Cáucaso con sus nieves resplandecientes se mostraban desde muy lejos á los navegantes, marcando así claramente una parte de la gran elipse descrita al Norte por las costas.

Verdad es que hacia el Oriente, las comunicaciones por tierra con las llanuras de la comarca que forman hoy la Rusia meridional

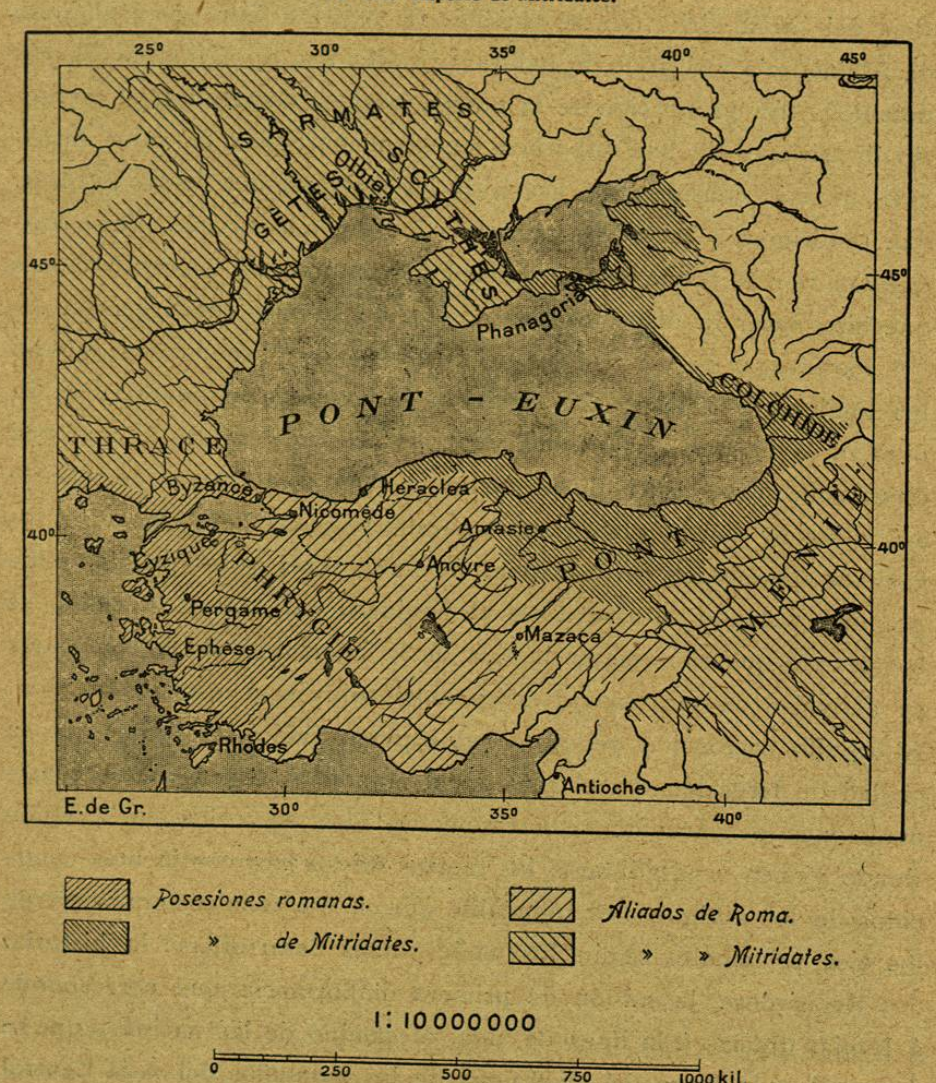
eran muy difíciles, á lo menos por la vía más corta, porque hubiera sido preciso para ello seguir de promontorio en promontorio la costa abrupta que dominan los escarpes del Cáucaso, y semejante viaje sólo podía ser emprendido por mercaderes en grupos poco numerosos, pidiendo hospitalidad de aldea en aldea: pueblos emigrantes se hubieran visto demasiado entorpecidos en su marcha por los obstáculos de toda clase, breñas y torrentes. Pero los caminos de emigración eran más fáciles de seguir por las riberas occidentales del mar Negro, y no hay duda que fueron frecuentemente utilizados. La gran expedición que Darío, hijo de Histaspes, hizo al país de los Scitas hasta el otro lado del Tanais, hasta en medio del «desierto donde ninguna raza de hombres habita y que se extiende á siete jornadas de marcha» [1], no era más que el retroceso de las numerosas incursiones á las que se habían entregado las poblaciones nómadas de las grandes llanuras septentrionales, empujando ante sí los Kimerianos, los Tracios y otros ribereños del mar Negro. Como resultado de esta campaña, y sobre todo gracias á las expediciones de comercio, todo el litoral, lo mismo que los lagos ó estuarios donde desembocan los ríos entre el Ister y el Tanais, acabó por ser bien conocido de los Griegos; éstos adquirieron también conocimientos precisos sobre la dirección de las corrientes de agua que descienden de las cimas poco elevadas del interior.

Unas colonias fijas, establecidas sobre la orilla escítica del Ponto Euxino desde los orígenes de la historia, completan el círculo de mercados que se desarrolla alrededor de la gran cuenca marítima y se une á la vez á las islas helénicas del mar Egeo y á los puertos septentrionales del Asia Menor. Los dos litorales opuestos — el imperio de Mitrídates, que abrazaba todo el contorno oriental del mar Negro, permitió comprobarlo de una manera visible y material — pertenecían al mismo conjunto de civilización, y las ciudades que se miraban frente á frente por encima de las olas, se dedicaban al mismo comercio, el de los metales. La ciudad de Olbia, situada en el curso inferior del Boristenes, donde se ven hoy los cerros desiguales de los Sto-Mogil ó «Cien Tumbas», cerca de la confluencia del Bug y del Dnieper, recibía el ámbar, el oro y el estaño que le

[1] Herodoto, *Histoires*, lib. IV, 122, 123.

traían los Scitas de las orillas del Báltico y del lejano Altai. Los artistas del Asia anterior, Sidonios, Griegos ú otros, que importaban del Norte esas materias primeras y del Sanaí el cobre y las turquesas,

N.º 101. Imperio de Mitrídates.



trabajaban los metales preciosos, engarzaban alhajas y fabricaban maravillosos bronces de arte, en tanto que sobre el litoral asiático del Ponto, en los valles del Asia anterior, los mineros chalibes, que en tiempo de los Griegos dieron su nombre al acero, extraían del suelo

mineral de hierro y con él forjaban para los mismos clientes armas admirables.

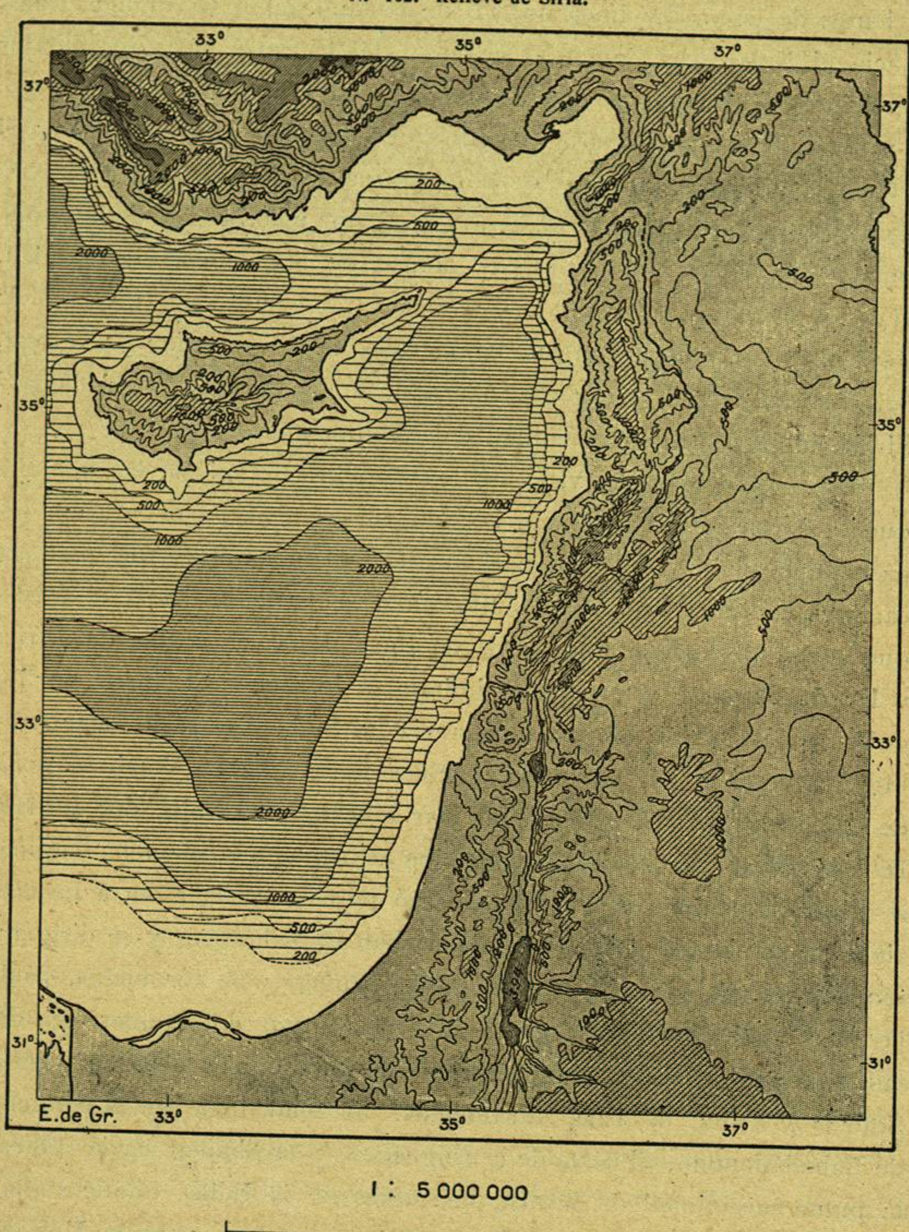
Comparada á la parte continental del Asia Menor, es decir, á su masa cuadragular, sin contar las franjas helénicas, la banda estrechísima del litoral sirio, que se extiende de Norte á Sur, entre el golfo de Alejandreta y el golfo de Pelusa, presenta una oposición de las más notables. En proporción de la pesada península anatólica, el territorio de Siria es de una superficie mucho menor, pero su valor histórico fué más considerable, gracias á las emigraciones de los pueblos, que se dirigieron hacia esas comarcas, á los combates que allí se produjeron por la fuerza misma de las leyes naturales, á las civilizaciones que hizo nacer la disposición geográfica de las vías convergentes.

Para juzgar de las ventajas primordiales cuyo beneficio recogieron los Fenicios y á las cuales debieron la extrema importancia de su obra en la historia de la humanidad, es preciso cernerse á una gran altura sobre la superficie de las tierras, elevarse en aerostato, por decirlo así, y seguir con la mirada sobre nuestra pequeña bola planetaria los caminos que siguen las caravanas de mercaderes y los pueblos emigrantes. Cuando se abarca así el conjunto del Mundo Antiguo, se comprende que ciertamente la vida de la humanidad debió concentrar su actividad de una manera excepcional sobre esta costa de la Siria. El orgullo nacional y religioso había persuadido á los Judíos que su ciudad de Jerusalén era el centro del mundo, y, según ciertas consideraciones, se encuentra realmente como Tiro, su vecina, en la región donde vienen á equilibrarse las fuerzas de los tres continentes conocidos de los antiguos: es indudable que en esa zona costera se cruzan los ejes principales según los cuales debía desarrollarse la historia.

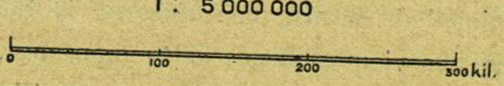
Recuérdese la misión de primera importancia que corresponde á Irania, gracias á la línea de vida, al camino de las naciones que se desarrolla á lo largo del diafragma de las montañas del Asia Central al norte y al sud de esta arista mayor. Las grandes vías del Extremo Oriente, que convergen de la India y de la China, se encuentran en esas comarcas para descender otra vez en seguida hacia la Mesopotamia, y formar su principal ganglio nervioso en la llanura donde el Tigris y el Eufrates aproximan sus cursos y mezclan sus

aguas durante las crecidas. Babilonia, ó tal otra ciudad vecina, fué el centro de la historia asiática durante miles de años, y en ese mismo

N.º 102. Relieve de Siria.



1 : 5 000 000



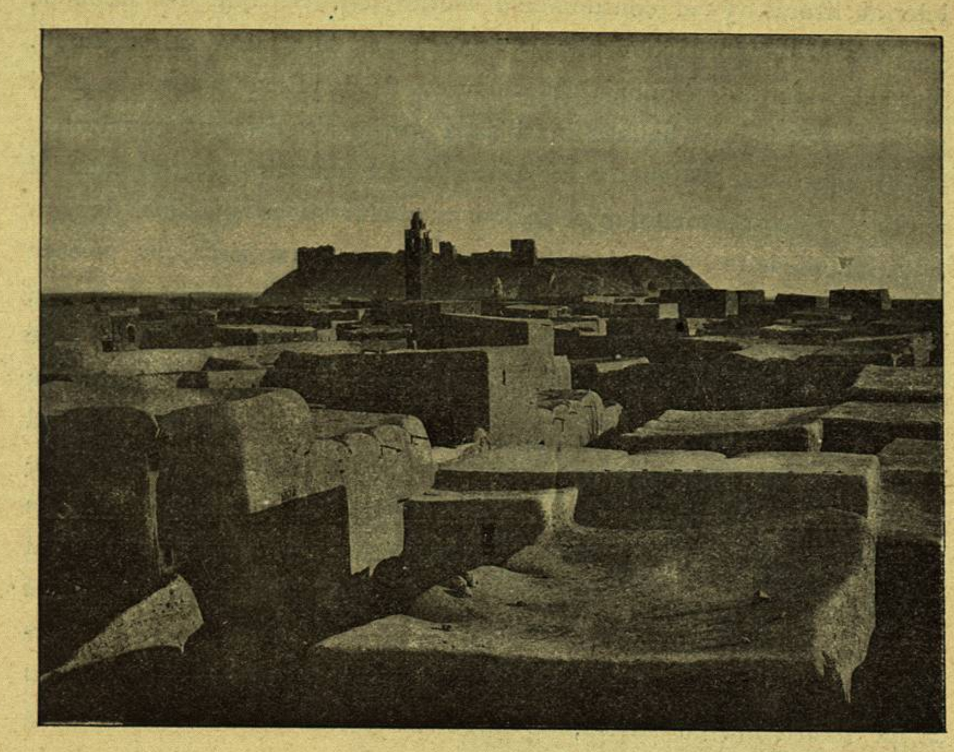
lugar se operaría, en la dirección del Noroeste y del Sudeste, la bifurcación de los dos caminos mayores de Europa y de África, si al occi-



dente del Eufrates no se avanzasen los desiertos de Arabia hacia el Norte en un vasto hemiciclo, impidiendo, ó á lo menos haciendo casi imposible la travesía directa de las arcillas, de las arenas y de las corrientes de lava. La línea normal de comunicación se replega, pues, hacia el Norte para remontar el curso del Eufrates hasta los montes anteriores del Taurus y ganar la costa, sea atravesando la banda estrecha de terreno que separa el codo nor-occidental del Eufrates y el golfo de Alejandreta, sea dejando la vía fluvial más al Sud para contornear el desierto y volver al litoral por una brecha de las montañas. De todos modos, que la ciudad de etapa fuese Karkemich, Halepo, Antioquía, Palmira ó Damasco, el punto de divergencia de los dos caminos, de un lado hacia el Asia menor y Europa, del otro hacia el continente africano, se encontraba trasladado á Siria, en la inmediata vecindad del Mediterráneo.

Desde el punto de vista de los caminos oceánicos, las ventajas que la Naturaleza asignaba á las ciudades fenicias, con ocasión del paso de la civilización á su perigeo, no fueron menores que para los caminos continentales. El Mediterráneo se extiende hacia el Oeste, que baña sobre 3600 kilómetros en línea recta las costas de Africa y las de Europa, recortadas al infinito, á lo menos al Norte, por los golfos y las bahías. Á poca distancia, al Sud, el estrecho mar Arábigo, apunta su lengua bífida de Suez y de Akabah, hacia el golfo de Pelusa y el Mediterráneo, el mar Muerto y el valle del Jordán. De este modo, la línea de navegación, excepto una pequeña laguna, se desarrolla en un espacio que debió parecer casi sin fin á los marinos principiantes. Al Oeste alcanzaban el Atlántico, y se dirigían, sea del lado de las tempestades, de las brumas y de los hielos, hacia las islas Casitéridas, la lejana Tulea y las costas del Ambar, sea del lado del sol y de los vientos regulares para doblar el promontorio Soloeis y visitar las islas Afortunadas. Al Sud, iban por el estrecho de Bab-el-Mandeb, «Puerta de la Angustia», y navegaban hacia «Ofir», la punta meridional de Africa, los mares de la India, donde soplan alternativamente los vientos alisios y los monzones, y hasta Malasia.

También en la misma dirección de la costa siria, el paso del alto Eufrates, forma una cortadura á la raíz de la península anatólica para no detenerse sino á corta distancia del mar Negro; y este camino,



Cl. Bonfils. VISTA GENERAL DE HOMS De una fotografía.

aunque no utilizado directamente por grandes expediciones de comercio, no dejaba de servir á un importante tráfico sobre toda la serie de los mercados situados á lo largo de la «línea de vida». Por último, preciso es que conste que las importantes ciudades del litoral sirio y del inmediato país posterior estaban situadas á la mitad del camino de otras dos vías históricas de las más frecuentadas y hasta excedían en esta época á los caminos marítimos como arterias de comunicación. Estas dos vías eran, de una parte, el valle del Nilo, que avanzaba hacia el Sud hasta las regiones entonces desconocidas del África interior; de otra, las dos corrientes gemelas del Tigris y del Eufrates, con sus afluentes del Este, que se prolongaban á lo lejos en las tierras del ante-mar del golfo Pérsico. La costa de Siria, dispuesta por sí misma en una larga banda como los dos valles fluviales de que era intermediaria, tenía por eje natural un tercer camino utilizado en todas las épocas, el que forma el valle de Orontes, para-

lelo al litoral, y su continuación meridional, el valle del Leontes, después el del Jordán, fértil y viviente en la alta mitad de su curso. Verdad es que la parte baja de ese surco, desde el mar Muerto hasta el golfo de Akabah, se hallaba inutilizada por la falta de aguas corrientes.

Todas esas grandes ventajas de orden mundial que presentan el curso y el entrecruzamiento de los caminos de los pueblos, debían, pues, manifestarse en todos los puntos de la costa siria que ofrecen circunstancias favorables como sitios de escala, de expedición, de pesca, de cultivo ó de industria: cada poblado, cada villa que gozase de buena situación local, tenía serias probabilidades de transformarse en ciudad de gran importancia. Ahora bien, precisamente esta costa que, visto su conjunto parece ser casi rectilínea, con escasas escotaduras, y que, en efecto, es completamente inhospitalaria en su parte meridional, sobre todo el litoral de la antigua Filistia se recorta al Norte del monte Carmelo en cierto número de calas semicirculares donde se refugiaban los barcos de paso antes de que existiesen puertos artificiales construídos por el hombre. La costa de Siria, como la de Mauritania en África, de Chile en el Nuevo Mundo y de otras regiones montañosas, presenta, fuera de las aristas principales de la cadena costera, una serie de promontorios dispuestos en escalones, separados unos de otros, de manera que forman lugares de abrigo muy apreciados contra ciertos vientos: así nacieron sobre ese litoral, bien protegidas contra la marejada del Sud y del Oeste, las ciudades de Beryte (Beyrut) y Trípoli.

Algunos puntos de la costa eran favorecidos por otro privilegio, poseían muelles nuturales y rompeolas formados por islotes ó cadenas de escollos. En estos sitios las rocas bajas separadas de la tierra firme por aguas poco profundas, pero suficientes, no obstante en aquella época para dar asilo á los barcos, protegían las flotillas á la vez contra los vientos de fuera y contra los ataques de un enemigo; he ahí una de las causas mayores de la prosperidad que pudieron alcanzar las famosas capitales Arad y Sidón, y Tiro, aun más poderosa. Varias de esas ciudades, que disfrutaban además de la fertilidad de los campos del litoral vecino, se hallaban frente una brecha de las montañas que formaba un camino natural para el comercio del otro lado de los montes. Tal era precisamente la situación de Tiro,

colocada cerca de la desembocadura del Leontes, cuyo curso seguían las caravanas que venían del alto Eufrates y de los oasis septentrionales del desierto.

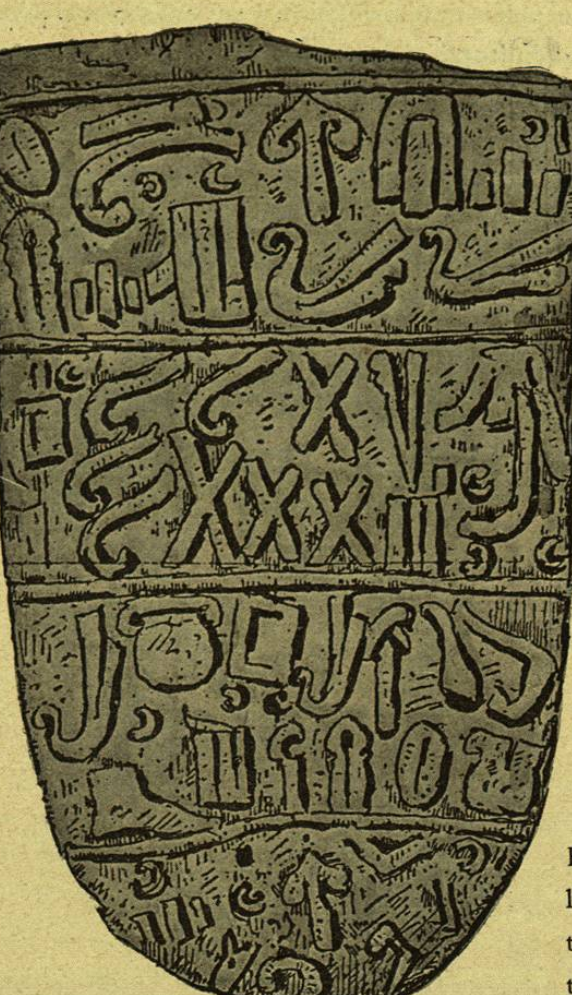
La forma geográfica del litoral sirio, con su cadena de ciudades perfectamente dispuesta para el comercio, y, por consiguiente, destinada á recibir inmigrantes de toda nacionalidad, gentes de toda raza, libres ó esclavos, no permitía una perfecta unidad de origen en las poblaciones que allí se habían establecido: las emigraciones y contraemigraciones verificadas por tierra y por mar debieron cambiar de muy diferente modo el carácter de los elementos étnicos sobre la larga banda de territorio, unos 800 kilómetros, desarrollada de Norte á Sud, entre el Asia Menor y el Egipto. La influencia del medio ha conseguido ciertamente, según la duración de su acción, determinar semejanzas de tipos allí donde se presentaban en otro tiempo contrastes originarios; pero como nuevas mezclas de hombres, de tribus y de pueblos introdujeron nuevas



« PIEDRA DERECHA », DE MERSINA
(Véase mapa n.º 98, pág. 13).
Algunos viajeros atribuyen á este menhir, quizá fenicio, una altura de unos 15 metros, otros 7 á 8 solamente.

diferencias de caracteres físicos, de lenguas, de religiones y de costumbres, el equilibrio general se modificó nuevamente.

Según el cuadro etnográfico, sumario que reproducen los anales de los Hebreos en el décimo capítulo del *Génesis*, casi toda la población del litoral sería de procedencia khamítica, es decir, habría pertenecido á aquella raza misteriosa, distinta de Sem y de Jafet, y que los Judíos parece que inventaron sencillamente para clasificar en ella á sus enemigos y hacerla maldecir en globo. Sin embargo, parece que en el conjunto los habitantes de la Siria eran del mismo origen que los Hebreos, y que puede calificárseles entre los Semitas. Los lenguajes y los tipos se parecen de Norte á Sud, y hay motivos para creer que la cuna común de la raza se halla poco alejada sobre las estribaciones del Taurus armenio. De allí partirían durante la sucesión de las edades, enjambres de emigrantes, dejando sus valles demasiado estrechos por otras patrias más extensas, de un lado el país de los ríos, del otro el litoral marino.



PIEDRA CON UNA INSCRIPCIÓN HÉTEA
LADO PLANO
Un tercio de su tamaño.

Una leyenda judía recogida por el *Génesis*, dice que Abraham, el

antecesor mítico de los Hebreos, residió mucho tiempo en el país de Harán ó Carán. Es verdad que, á consecuencia de una confusión evidente de tradiciones, el mismo Abraham no se distinguía del «Padre Orkam» de Ur, en Caldea; pero todo el contexto y el conjunto de la narración relativa á la vida del patriarca hebreo muestra claramente que los Judíos consideraban al padre de su raza, no como rey de una ciudad caldea, sino como un jefe de pastores, errante con sus rebaños en las soledades de la Cis-Eufrátida. Los pastos que se dicen haber sido recorridos por sus abuelos, comienzan inmediatamente al Sud del país de Harán, la tierra patrimonial donde Abraham había vivido, donde su hijo Isaac y su nieto Jacob habían tomado mujer. El burgo de Harán, que todavía existe sobre el Nahr-Belik, riachuelo tributario del alto Eufrates, ocupa probablemente el centro de esta antigua patria de los Semitas hebraicos.



PIEDRA CON UNA INSCRIPCIÓN HÉTEA
LADO CONVEXO
Un tercio de su tamaño.

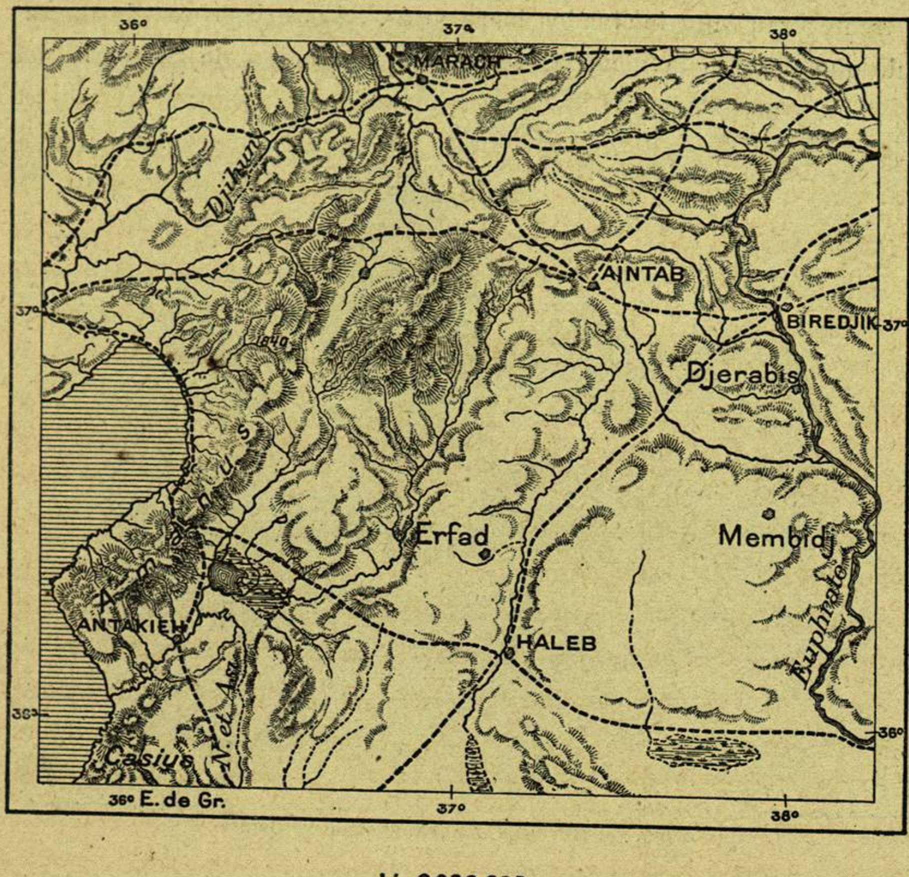
El Harán, que rodea al Este la extensa curva del gran río á su salida de las montañas, está situado en la base de las estribaciones de los montes de Armenia, allí donde los últimos relieves del suelo van á perderse en la llanura. Es, pues, un lugar de etapa por excelencia para los habitantes de los altos valles, pero está además sobre la gran vía histórica trazada por la Naturaleza entre los grados exte-

riores de la meseta de Irán y las puertas de Cilicia. Harán se halla colocado en el punto de divergencia de dos líneas de comercio y de emigración, la principal de las cuales, dirigida hacia el Sudeste, toma el curso del Tigris, y por ramificación el del bajo Eufrates, en tanto que la otra, inclinándose hacia el Sud y el Sudoeste, se destaca del alto Eufrates en su recodo occidental extremo y se prolonga por el reverso interior de las montañas de Siria, para dirigirse al mar Rojo y la península del Sinaí por el valle del Jordán. Harán es también un centro estratégico del más alto valor, y fué muy frecuentemente, sobre todo durante las guerras perso-romanas, el lugar de choque de los ejércitos. (Véase el mapa en el capítulo siguiente.)

Las condiciones geográficas por cuya causa el país de Harán adquirió en la historia un papel de gran importancia, difieren poco de las que posee al Oeste el espacio cuadrangular limitado por el mar y el Eufrates, el Taurus y el desierto, y cuya ciudad central es en el día la ciudad de Haleb. Si los hombres vivieran en paz, si ciertos privilegios por su propia manera de ser no suscitaran las guerras y la devastación, todas las ventajas se hallarían reunidas en esta comarca: los valles de las estribaciones suficientemente regados, bien expuestos al sol del medio día, pueden suministrar en abundancia todos los productos útiles al hombre; en parte alguna son mayores las facilidades del comercio por tierra, puesto que allí se encuentra el punto de unión, la encrucijada de las vías que irradian hacia el Asia, Europa y África. Pero el lugar de paso necesario para los traficantes, era también aquel donde ocurría el encuentro de los ejércitos enemigos, y precisamente allí mismo los caminos convergentes se unen en un estrecho paso donde las multitudes en movimiento han de precipitarse con fuerza como las aguas de un río empujadas por un canal único. Por lo mismo no ha podido constituirse por largo período una sociedad tranquila en esta región tan favorecida en tantos conceptos. ¡Cuántas veces se bosquejaron é intentaron vivir Estados en esta parte del Asia anterior, y cuántas veces sucumbieron después de una duración breve bajo la formidable presión del exterior!

En los tiempos protohistóricos referidos por la leyenda y la historia de esas comarcas, es decir, hace 3500 años, las proximidades orientales de las Puertas Cilicias, el valle del Eufrates y la Siria, estaban ocupados por los Hititas, Héteos ó Hetianos, los Khetas de

N.º 103. Caminos del Eufrates al Mediterráneo.

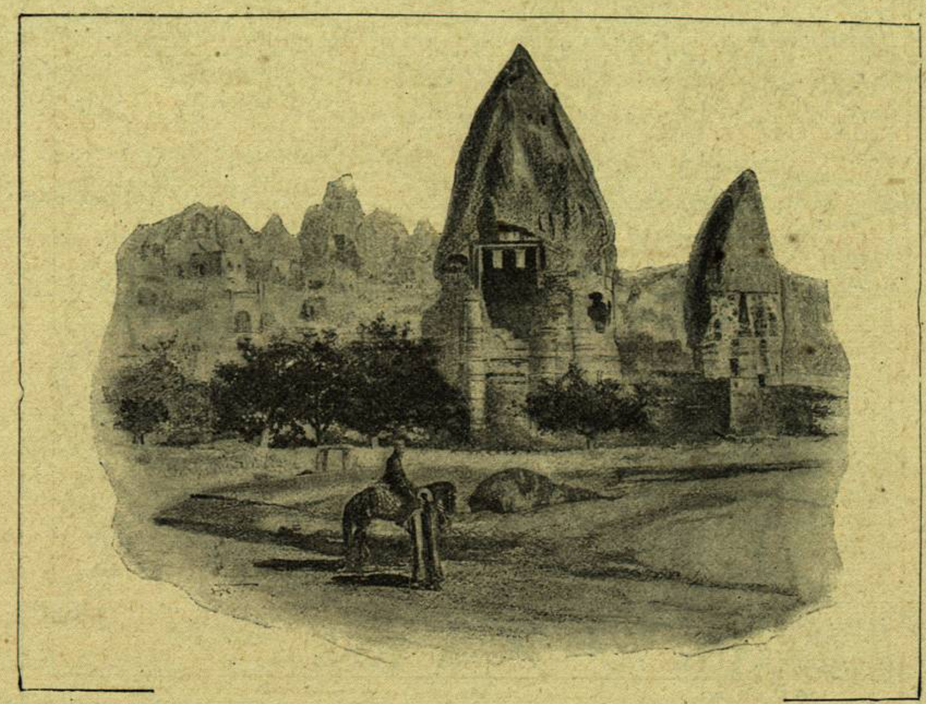


Djerabis (Jerablus) y Membidj (Mabog) son dos antiguas Hierápolis (Ciudades Santas). M. G. Maspero coloca en Membidj el sitio de la antigua capital de los Hititas, Karkemich (Gargamich, Carchemis); A. H. Sayce, después de Skene y G. Smith, le fija en Djerabis.

los Egipcios, nación muy diferente de los Semitas, que pueblan en nuestros días la Siria septentrional. Los monumentos egipcios representan á los Hititas con rasgos que les asemejan, según Sayce [1], á

[1] A. H. Sayce, *The Hittites*, trad. de J. Ménant.

los de los Mongoles de nuestros días: tenían la piel amarillenta, los ojos negros, lo mismo que la cabellera, que llevaban dispuesta en tres largas trenzas ó reducida á un penacho en medio del cráneo afeitado [1]; la nariz sobresalía notablemente entre dos pómulos prominentes, pareciendo tanto más aguda cuanto que la barba imberbe y la frente eran muy inclinados hacia atrás. Sobre las rocas de Ibsambul, que refieren la victoria, verdadera ó supuesta de Sesostris, los



ALDEA DE MATCHAN Y ALREDEDORES DE URGUB

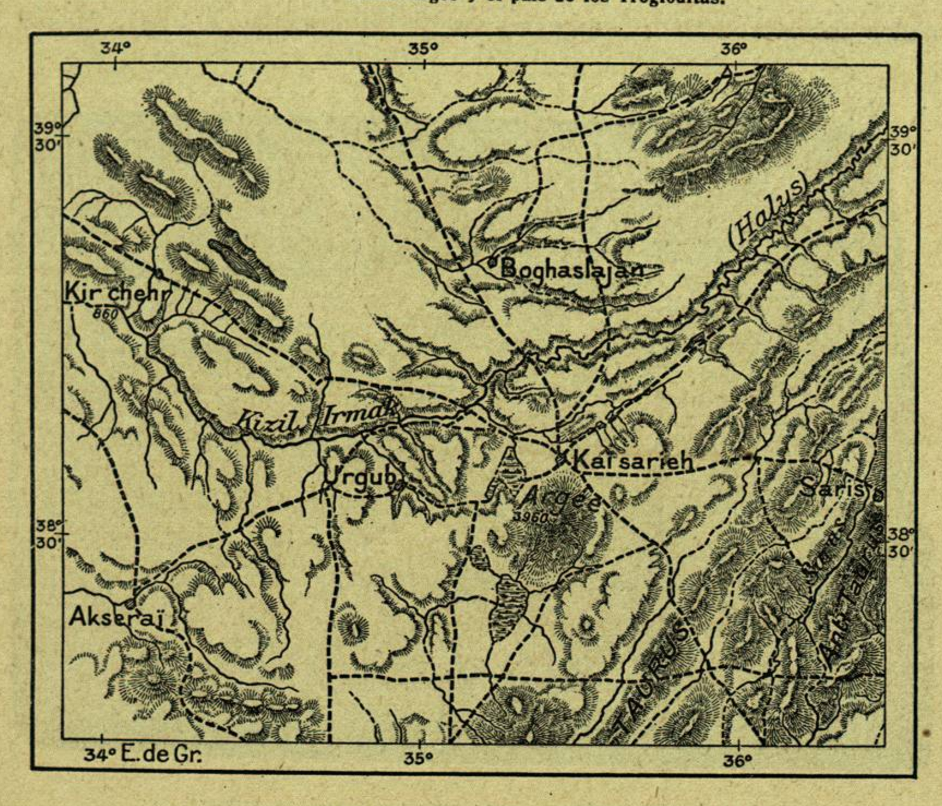
Hititas vencidos son figurados de corta estatura y rechonchos, indicando un pueblo hermano de los Tártaros del Norte de Asia [2].

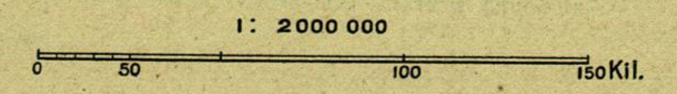
Como quiera que sea, se ignora á consecuencia de qué acontecimientos se establecieron en esta región aquellas poblaciones no semíticas. Á juzgar por algunos detalles de su traje, la forma de las botas levantadas á la punta y la de los guantes con el pulgar aislado, los Hititas habían hecho una larga estancia en la Capadocia, donde, según Wilson, todavía se hallan trogloditas del mismo tipo que el de

[1] Wilson, *Palestine Exploration Fund*, Enero 1884.
[2] Wright, *The Empire of the Hittites;* Couder, *Heth and Moab*, p. 22.

los Hititas de Ibsambul. Las habitaciones subterráneas que fueron cavadas hace decenas de miles de años en las colinas cónicas, los taludes y los acantilados de Toba que ocupan una vasta extensión de terreno al Oeste del monte Argeo, se consideran como obra de los

N.° 104. El volcán Argeo y el país de los Trogloditas.





Hititas: á lo menos 3600 años antes de nuestros días ha de remontarse la construcción de esos admirables hipogeos, que forman un laberinto sin fin en el país de Urgub. Para representar el sentido de las ideas «país» y «rey» [1], el lenguaje jeroglífico de los Hititas figura unas «quillas», es decir, el tipo mismo de las viviendas de esta región.

Desde las altas tierras de la Capadocia, si es cierto que resi-

[1] S. *Globus*, 23 Enero 1902.

dieron allí mucho tiempo los hititas, bajarían hacia el recodo del Eufrates y el golfo de Cilicia, pero se extenderían en todo el vasto rectángulo del Asia Menor, puesto que allí se encuentran por todas partes monumentos hititas con la curiosa inscripción en relieve, todavía indescifrada, que se dirige alternativamente de derecha á izquierda y de izquierda á derecha. El supuesto Sesostris, cuyos estelios, mencionados por Herodoto [1], se ven todavía en las montañas del Asia Menor



EL ÁGUILA BICÉFALA, BAJO-RELIEVE HÉTEO DE EUYUK

Según A. H. Sayce.

helénica, entre Efeso y Smirna, era un guerrero hitita, y el águila de dos cabezas representada sobre las rocas de Euyuk, era el blasón del pueblo de Heth ó de sus soberanos: este símbolo de la ferocidad siempre dispuesta á devorar y á destruir, excitó tan vivamente la imaginación de los caballeros cruzados para la conquista del santo sepulcro, que las dos más poderosas casas imperiales de Europa tomaron ese repugnante relieve por modelo de su escudo de armas.

[1] *Histoires*, lib. II, 106.

N.º 105. Algunos monumentos héteos.



1 : 10 000 000

0 200 400 600 kil.

1. Desfiladero de Karabel, dos figuras de guerreros marchando hacia el Sud (véase página 8).
2. Rocas de Sipyle, figura de mujer sentada.
3. Iasilikaya, bajo-relieve con figuras y disco solar.
4. Giaourkalessi, guerrero análogo á los de Karabel.
5. Euyuk, resto de un vasto edificio, avenida de leones, águila bicéfala (v. p. 32.)
6. Boghazcoi, santuario, ruinas de palacio destruído por Creso.
7. Ilgun (Tyriaion).
8. Eflatunbunar.
9. Fassiler.
10. Ivriz, dos figuras con inscripción.
11. Bulghar Maden, inscripción en la proximidad de minas de plata.
12. Tyana.
13. Bor.
14. Nigde.
15. Mazaca.
16. Desfiladero de Ghurun, inscripción.
17. Marach, guerreros, león de piedra, inscripciones.
18. Singirli.
19. Chaktchegozu.
20. Keller (v. p. 14).
21. Djerabis (Karkemich).
22. Alepo, «piedra escrita», destruída para que los Occidentales no se apoderasen de ella.
23. Hamath, bloque de basalto negro con inscripción, estelios, etc.

Se poseen también sellos de tierra procedentes de Nínive, pequeños objetos recogidos en Aidin, Yuzgad, etc., y algunos documentos cuya procedencia exacta se ignora (v. ps. 26-27-35).

Las ruinas descubiertas al Norte del Halys, en Euyuk y en Boghazkoi, atestiguan una civilización importante: son palacios concebidos bajo un vasto plan, que presentan todavía muros de perfil atrevido; es el santuario tallado en el flanco rocoso de las colinas que rodean á Boghazkoi y cuyas paredes ostentan largas comitivas de personajes esculpidos; es un templo recientemente exhumado por unos exploradores alemanes y al que atribuyen más de 4000 años. El trabajo relativamente pulido de los edificios capadocios hace pensar que la fecha de esas construcciones hititas es posterior á la de las esculturas que el mismo pueblo ha dejado en Siria.

Los Hititas habían establecido la sede principal de su dominio en Siria hacia la época en que los Judíos penetraban en el país de Canaán. Según los balanceos de la historia, la capital, quizá la metrópoli de tribus confederadas y de naciones sometidas, cambiaba de lugar entre el Eufrates y el Mediterráneo. Una de éstas estuvo situada sobre la orilla derecha del gran río, bajo el nombre de Karkemich, en uno de los puntos donde se hacía el trayecto más aproximado al mar; pero la «fortaleza de Kemich» fué arrasada hace veintiséis siglos, sus restos han desaparecido bajo las arenas, y todo el territorio de la ciudad ha podido ser adquirido por el precio de una vaca [1]. El principal lugar de paso se ha adelantado algunos kilómetros hacia el Norte. Hacia el Sudoeste se fundaron otras ciudades importantes, más cerca del mar, en ese admirable valle del Oronte (Orontes) que nace en el fondo de la baja Siria, entre las dos cadenas paralelas del Líbano y del Anti-Líbano; entre ellas Hamah (Hamath) donde, desde 1812, Burckhardt descubrió sobre bloques de basalto preciosas inscripciones (llamadas primeramente hamáteas, actualmente clasificadas entre los monumentos hititas), como Kadech, cuyas ruinas se buscan en las inmediaciones de un gran depósito de riego convertido en lago pintoresco: allí, según ciertos autores, hace treinta y dos siglos y medio, entre los ejércitos egipcios y las fuerzas hititas se libró la terrible batalla representada sobre el Ramesseum de Tebas y referida por el escriba Pentaur.

Después de haber sufrido el empuje de los Egipcios, los Hiti-

[1] *Saturday Review*, Febrero 26, 1889.

tas, quebrantados ya en su situación preponderante en Siria, recibieron el asalto de sus terribles vecinos, los Asirios, y el transcurso de siglos de resistencia acabaron por debilitarles: la toma de Karkemich puso término á su existencia nacional. Por la posición misma que ocupaban interrumpieron todo comercio natural entre los Semitas de la Mesopotamia y los de la costa siria: las comunicaciones no podían tener lugar sino por los penosos caminos del desierto, trazados mucho más al Sud hacia Tadmor y Damasco. También los soberanos de Assur hubieron de tener por ambición principal abrir nuevamente en su provecho la gran vía histórica del alto Eufrates [1]. Veintiséis siglos antes de nuestros días, los Hititas fueron definitivamente rechazados y sojuzgados; su poder quedó roto para siempre y los fragmentos de la nación se sometieron ó se dispersaron á lo lejos; ya anteriormente unos héteos habían ido á buscar refugio al Sud del país de los Amorreos y se establecieron en las inmediaciones de Hebrón. Después entraron en relaciones con los Beni-Israel, y, sin duda, bien cambiados por su estancia en la Judea y por su mezcla con las poblaciones indígenas, se semitizaron cada vez más y tomaron parte con los Hebreos en la fundación de Jerusalén.



PLACA DE TARKONDEMOS, HÉTEO Y ASIRIO, ÚNICO DOCUMENTO BILINGÜE QUE SE CONOCE

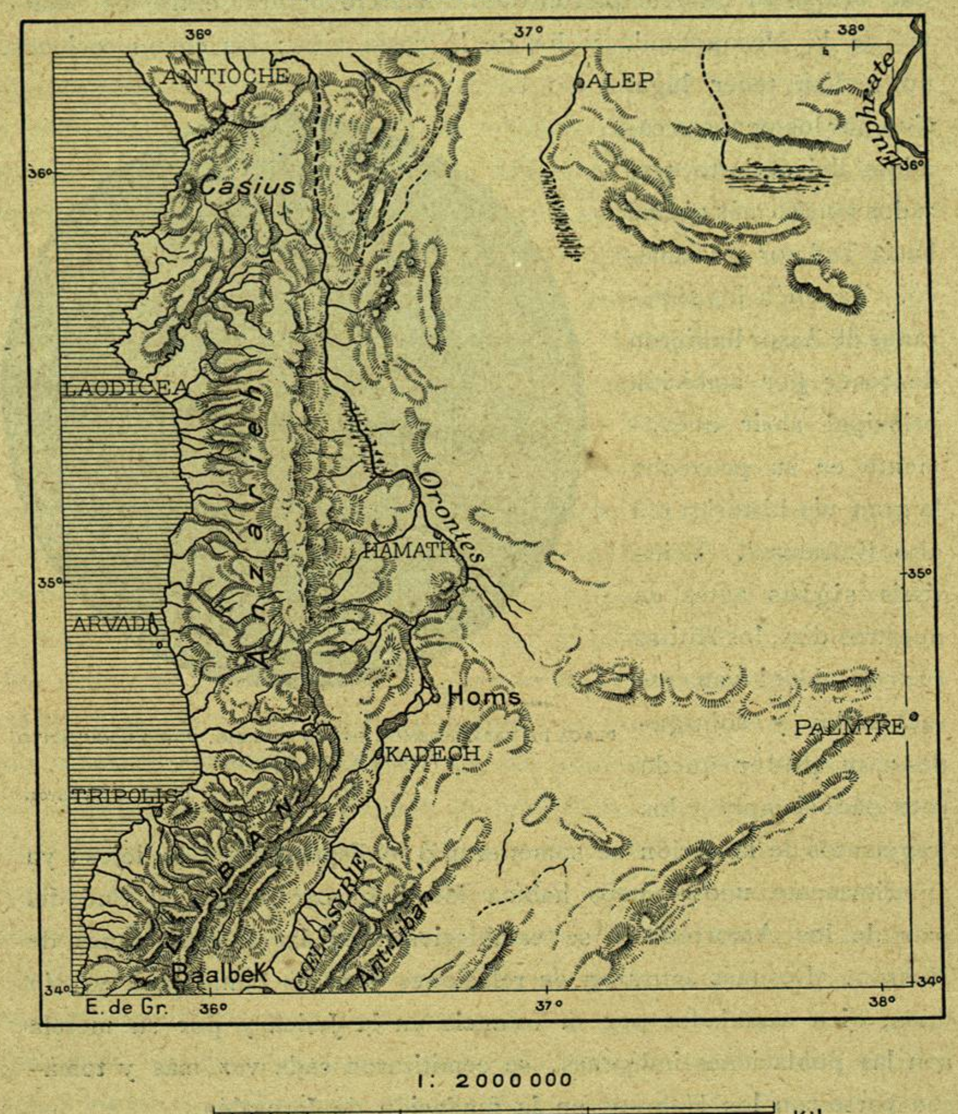
Según A. H. Sayce.

Las inscripciones hititas no han entregado aún el secreto de su raza: las tentativas de interpretación no se consideran todavía como habiendo llegado á un resultado cierto; pero á lo menos se sabe que

[1] Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 251.

en ese lugar privilegiado donde se ramifica la gran vía del Asia entre el Oriente y el Occidente, había podido constituirse un gran imperio en la encrucijada de las naciones, tan dispuesto á extender su acción

N.° 106. Siria, del Eufrates al Líbano.



1: 2000000

0 50 100 150 Kil.

de un lado sobre los países del Eufrates, como del otro sobre las costas de la Siria y los valles interiores que les son paralelos, lo mismo que sobre las comarcas del Asia Menor. Desde el punto de vista estratégico, no había posición más fuerte; por consecuencia, había de

ser atacada con furor por las grandes potencias rivales. De ahí esas guerras crueles que dejaron el país tanto tiempo desolado. Se necesitaron siglos antes que la Siria septentrional viese madurar una nueva floración de hombres destinada á nuevas matanzas.

Al sud de las comarcas que fueron el imperio de los Héteos y que después vieron florecer Antioquía, la capital del imperio de los Seleucidas, se sucedieron, á lo largo de las montañas limítrofes, pun-



RÍO BARADA, «CORRIENTE DE ORO»

tos vitales donde los movimientos históricos habían de concentrarse con una intensidad particular. Estos puntos vitales están indicados de antemano por las brechas que se abren de distancia en distancia á través de las cadenas del litoral y que sirven de paso á los hombres, á las mercancías y á toda la ola de la civilización entre el Eufrates y el Mediterráneo. De esas diversas puertas de montañas, las más frecuentadas, gracias á su facilidad de acceso y á la fecundidad natural de los valles y de las terrazas de los contornos, lo fueron en todo tiempo las que unen el oasis de Damasco á la costa de Tiro y de Sidón. Damasco, conocida de los Orientales con el nombre de Ech-Cham, ó «Siria», como si concentrase en sí toda la virtud de la comarca, indica un lugar necesario, claramente designado por la Naturaleza;

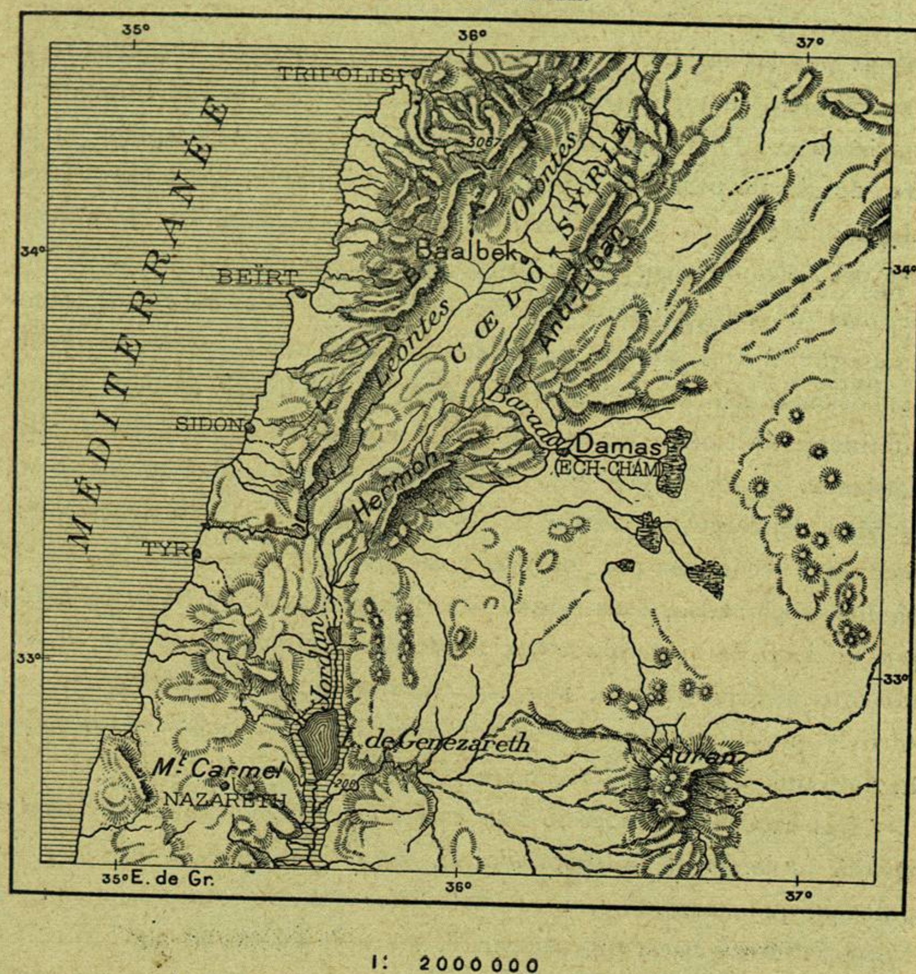
no es como Karkemich y tantas otras poblaciones, una ciudad sin lugar preciso de elección, y cuyas ventajas, desde el punto de vista geográfico, no hubieran sido sino débilmente modificadas por un considerable cambio de lugar. Si el lugar de paso sobre el Eufrates hubiese sido trasladado á una jornada de distancia al Norte ó al Sud, los grandes movimientos históricos entre el Oriente y Occidente no hubiesen por ello variado en nada: no se trataba sino de hallar un punto fácil para la travesía de la corriente fluvial. Por el contrario, desde los tiempos prehistóricos, sin duda, Damasco ocupaba ya la llanura donde se ramifican sus canales, donde florecen sus jardines, donde se levantan sus torres. No sin una especie de razón dicen los indígenas que su ciudad «es la más antigua del mundo» y la única á la cual haya permitido Allah conservar su parte de los jardines del paraíso: los habitantes añaden que allí se encuentra la tierra «virgen» de donde nació el primer hombre. Como quiera que sea, la ciudad es conocida desde hace treinta y ocho siglos, porque su nombre fué ya grabado en aquella época sobre el pilón de Karnak.

Estas ventajas locales de Damasco, que le aseguraron una importancia de primer orden, provienen de la brecha que se abre inmediatamente al Oeste entre la cadena del Hermón y la del Anti-Líbano: de esta abertura se lanza el río Barada, el antiguo Chrysorrohas ó «Corriente de Oro» que, dividida en numerosos canales, vierte en efecto riquezas en la campiña, sitiada á lo lejos por el desierto. En ese incomparable oasis convergieron, pues, todos los caminos del Eufrates medio, que describe al Noroeste, á 400 kilómetros de distancia, una larga curva en arco de círculo. En cuanto á los privilegios de orden más general asegurados á Damasco por su posición geográfica, provienen del camino natural abierto por el Barada hacia la Cœlo-Siria ó la «Siria hueca» que se desarrolla en un largo valle entre las dos aristas de montañas libias. Por ese valle de doble vertiente, Damasco podía comunicar á voluntad, sea con la Siria del Norte por la cuenca del Orontes, sea con la Siria meridional y la Palestina por la de Leontes, sin contar las aristas bajas que se abren directamente al Oeste á través de la cadena del Líbano propiamente dicho, desde donde se desciende á la antigua Sidón ó á tal otra ciudad fenicia del litoral.

La existencia de esas vías de comunicación naturales aseguró

al oasis de Damasco una influencia comercial y política que irradiaba á lo lejos, y la historia nos refiere, en efecto, que la ciudad convertida hoy en capital de Siria, ocupó en todo tiempo un rango considerable entre las aglomeraciones urbanas del Asia anterior. En

N.º 107. Siria meridional.



El territorio rayado en el valle del Jordán y alrededor del valle del lago de Genezareth está situado más bajo que el nivel del Mediterráneo.

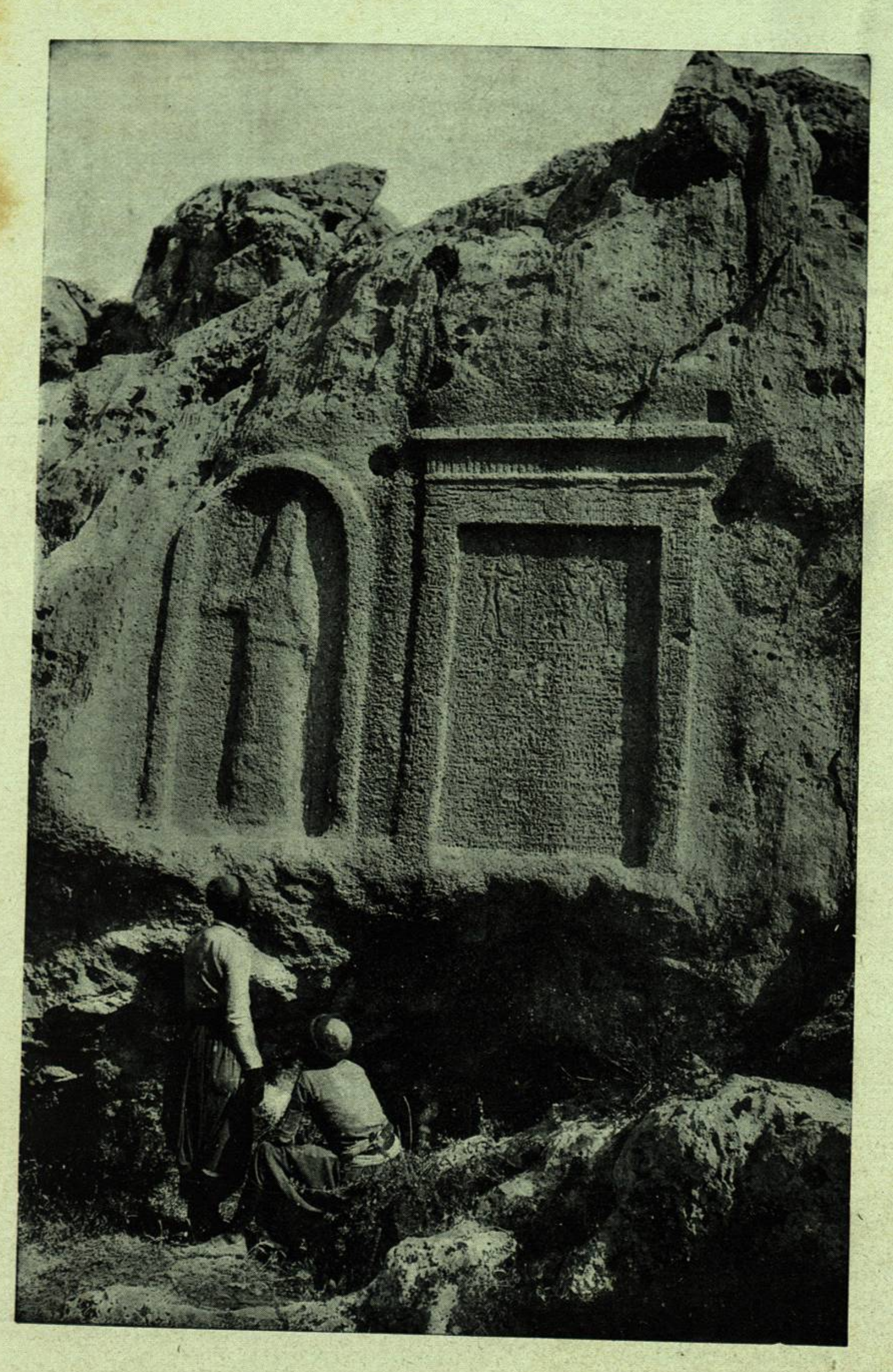
ocasiones diversas fué residencia real y guerreó contra sus vecinas, especialmente contra las tribus de Israel, pero no tuvo jamás importancia comparable á la de Tiro ó de Babilonia. Aunque la igual de esta última ciudad por la fecundidad de sus campiñas menores, no obstante

su extensión, no podía compararse con la metrópoli de la Mesopotamia ni con la gran ciudad comerciante de la costa fenicia, por la situación central y preponderancia como foco de comercio internacional.

Paralelamente á las cadenas de montañas que se perfilan de Norte á Sud, se desarrolla el litoral sirio, con sus bahías en hemiciclo formadas por las salidas de cadenas laterales. La ribera marítima toma una regularidad geométrica solamente al Sud del monte Carmelo: á partir de ese límite que domina á lo lejos el mar, se despliega en un arco de círculo perfecto, excepto la ligera escotadura de Jaffa, la larga playa que termina por su extremidad sud-occidental en los aluviones del delta nilótico. Esta costa, que parece trazada á compás por las olas del mar en una curva definitiva, casi inaccesible á los barcos antes que el arte hubiese mejorado sus raras escalas, forma el ángulo sud-oriental del Mediterráneo, uniendo así el litoral de Asia al del continente africano. En este punto se manifiesta una especie de discordancia en los rasgos geográficos de la comarca; en tanto que en la Siria del Norte las aristas de las montañas y las depresiones intermediarias recorridas por los ríos y la costa del mar, están dispuestas en líneas paralelas, esos rasgos son divergentes en la Siria del Sud; por un lado, la quebradura por donde corre el Jordán se abre directamente al Sud hacia el mar Muerto y el golfo de Akabah, por el otro la playa mediterránea se redondea hacia el Sudoeste, después la dirección franca del Occidente.

Las escalas de comercio han variado mucho en importancia relativa á lo largo de la costa fenicia, según los cambios de lugar de potencia que se produjeron en el interior del continente asiático: de Norte á Sud se hacía una oscilación sobre el litoral, paralela al ritmo de los cambios políticos y sociales que se cumplían entre la parte superior é inferior de la Mesopotamia.

Si es verdad, como parece probable, que la casta de los mercaderes fenicios primitivamente establecida en una isla pérsica, la antigua Tylos, se haya dirigido hacia el Mediterráneo con la civilización misma, los emigrantes debieron seguir la vía histórica del Eufrates, y, por consiguiente, abordar el litoral sirio por la parte del lado opuesto del país de los Hititas, cerca del punto donde se halla la



De una fotografía.

INSCRIPCIÓN DE NABUCODONOSOR SOBRE LAS RIBERAS DEL NAHR EL KELB, EL ANTIGUO LYCUS



BAALBEK, CÚPULA DE DURIS, QUE DATA DE LA ÉPOCA ROMANA

De una fotografía.

isla de Arvad; la ocupación de la costa debió hacerse gradualmente por vía de conquista, de rechazo ó de lenta asimilación. Los elementos étnicos descendidos del Líbano participaron también en la fundación de la potencia fenicia, como nos lo muestra el origen de Byblos, descubierta por su nombre asirio «ciudad de los Montañeses». Quizá esos «Cretenses» ó Filisteos, que, cuando el establecimiento de los Hebreos en el país de Canaán, se habían aglomerado sobre la orilla del mar, al Oeste de Jerusalén, fueron los primeros ocupantes de la costa de Siria; otras inducciones les suponen, no obstante, procedentes de Egipto en una época relativamente reciente [1].

Muchos eran los puntos del litoral fenicio donde los marinos y los negociantes podían encontrar las mismas ventajas, á la vez para el medio local y para las relaciones lejanas. De distancia en dis-

[1] G. Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient*, ps. 312, 313.

tancia se ensancha la estrecha banda de tierras cultivables en la confluencia de los valles fértiles dominados por terrazas cubiertas de verdura; brotan manantiales en la base de los montes, y los arroyos se dividen en canales distribuídos por los ribereños para el riego de sus jardines; bahías en semicírculo ofrecen sus playas á los barcos, y en algunos puntos las ruinas de un antiguo litoral hundido forman un rompeolas de islotes y de escollos que protegen los grandes barcos contra los vientos de fuera.

Establécese cierto ritmo natural de equidistancia entre esas escotaduras de la costa; quizá las conveniencias de los viajeros, la medida de sus pasos, de sus golpes de remo entraron por algo en ese emplazamiento regular de los puertos escogidos sobre el litoral; porque en diversos sitios se hubiera podido vacilar entre calas igualmente favorables. Por término medio, esos puertos están distantes unos de otros una jornada de marcha ó de navegación al remo: el peatón y el marinero que habían hecho la jornada, podían reposar en la escala tradicional, cerca de las barcas extraídas del agua por medio de rodillos á la arena de las playas[1].

En la época en que la isla de Arvad ó del «Refugio» sostenía una próspera ciudad fenicia sobre su estrecha plataforma, cuyo contorno no excedía de 1300 metros, la nación hitita del interior le suministraba los géneros de exportación y le pedía las mercancías de Chipre, de Egipto y del Asia Menor. Á su defensa natural el mar y los escollos, la ciudad añadía sus múltiples filas de barcos, ante las cuales las numerosas tropas de los conquistadores venidos del interior eran impotentes; fuentes de agua dulce que brotaban en el mismo puerto, en medio del agua salada, permitían á los marinos, en caso de sitio, prescindir de las aguadas del litoral. Pero los arrabales de tráfico y de depósito, las haciendas y las casas de campo, por falta de espacio, habían tenido que establecerse al otro lado del estrecho, á lo largo de la orilla continental, dando así nacimiento á ciudades filiales que, en los períodos de riqueza y de población abundante, excedían en importancia la exigua roca de la ciudad madre y tendían naturalmente á vivir con independencia, mientras que en las

[1] Hantz Prutz, *Aus Phœnizien.*

épocas de perturbación habían de temer todos los azares de las guerras, de los sitios y de los asaltos, por ser esa parte de la costa precisamente una de las que se hallaban más expuestas á la violencia de la invasión conquistadora, porque las montañas se interrumpen allí al Este por una amplísima brecha por donde pasan los caminos que se dirigen hacia el valle medio del Oronte en el que se sucedieron las capitales del imperio. Allí era donde los Hititas poseían, hace 3500 años, la poderosa ciudad de Hamath, y también donde chocaron contra los ejércitos egipcios en las llanuras de Kadech. La escala marítima que hacía frente á esas ciudades había de sufrir el rechazo de esos conflictos, y en diferentes ocasiones los devastadores demolieron sus edificios. Quedaron, sin embargo, preciosísimos restos, entre ellos un templo en el que un estanque labrado en la roca conservaba el barco sagrado, el «arca» de salud, símbolo por excelencia de la riqueza de los Fenicios[1].

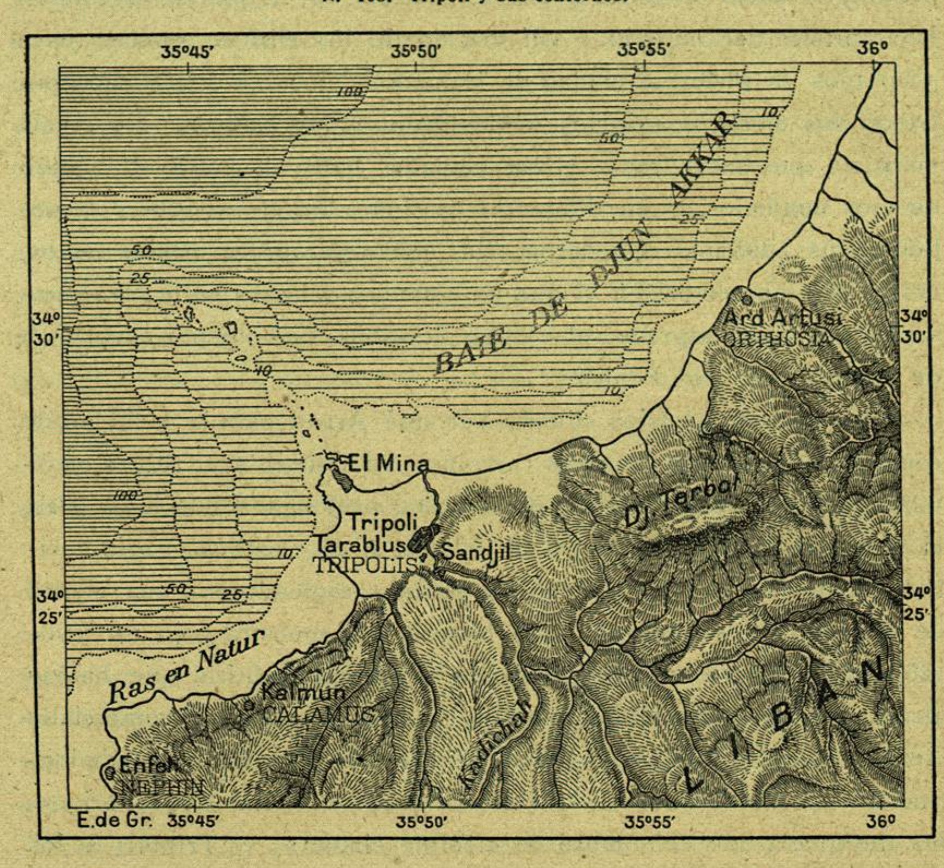
Más al Sud, y mejor situado aún que Arvad para la facilidad de comunicaciones entre las ricas campiñas del Oronte y el litoral mediterráneo, un estrecho saliente de la costa, prolongada á lo lejos hacia el Noroeste por un conjunto de islotes y de escollos, había recibido también sobre su terreno de verdura esplendorosa una ciudad de depósito y de comercio cuya historia nos muestra bajo un favorabilísimo aspecto el alto grado de prudencia política que habían alcanzado las comunidades fenicias. Las tres ciudades comerciales Arvad, Sidón y Tiro, se unieron de acuerdo para fundar y administrar á expensas comunes, la factoría que, en virtud de su origen, fué designada con el nombre de «Triple ciudad», el Trípolis de los Griegos, notable ejemplo de prudencia en el buen equilibrio de sus intereses, dado pocas veces por potencias rivales. Por otra parte, estaba tan bien escogido el emplazamiento de la triple factoría, que la ciudad, arruinada frecuentemente, se levantó siempre sobre sus escombros. Trípoli se componía de tres recintos rodeados de murallas, donde habitaban separadamente los Sidonios, los Tirios y los Aradios; del mismo modo, en la Edad Media, el viejo y el nuevo Dantzig y las tres ciudades de Königsberg eran independientes las

[1] Ernest Renan, *Mission de Phénicie.*

unas de las otras y estaban defendidas por murallas comunes; con frecuencia ellas mismas se hacían la guerra.

Batrun (Bothrys) y Djebail (Byblos) en cuyos sitios suceden al Sud á Tarabulos, la antigua Trípolis, recuerdan edades más anti-

N.° 108. Trípoli y sus contornos.

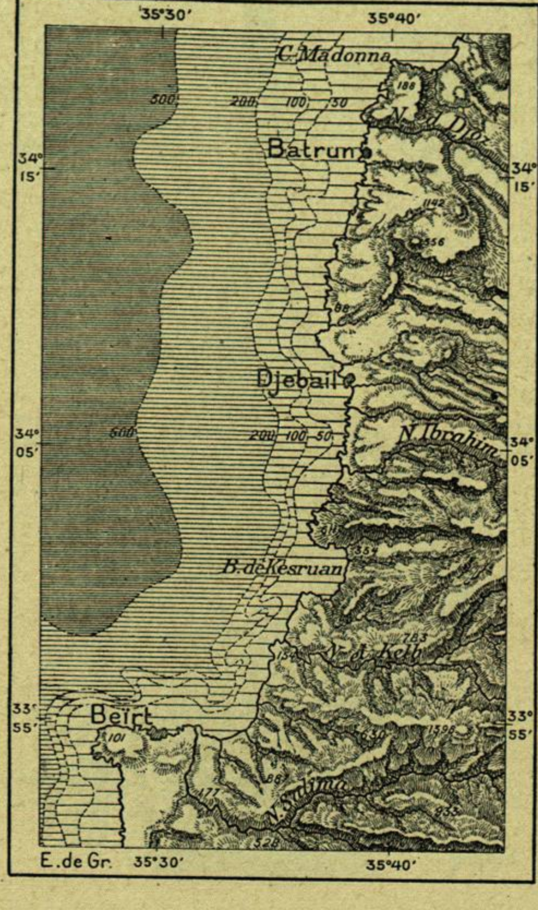


Trípoli actual se compone de tres partes distintas: sobre la colina, el castillo de Sandjil ó Saint-Gilles, antiguo palacio de los condes de Trípoli; en el valle, la ciudad alta ó Mont-Pelerin de los Cruzados, y, á la orilla del mar, la Marina ó El-Mina.

guas: hacia esos pequeños puertos del litoral sirio descendieron los montañeses del Líbano para fundar sus primeras colonias de tráfico marítimo. El antiguo nombre asirio de Byblos, Gubal, tiene el mismo sentido que la palabra árabe moderna Djebail, que significa

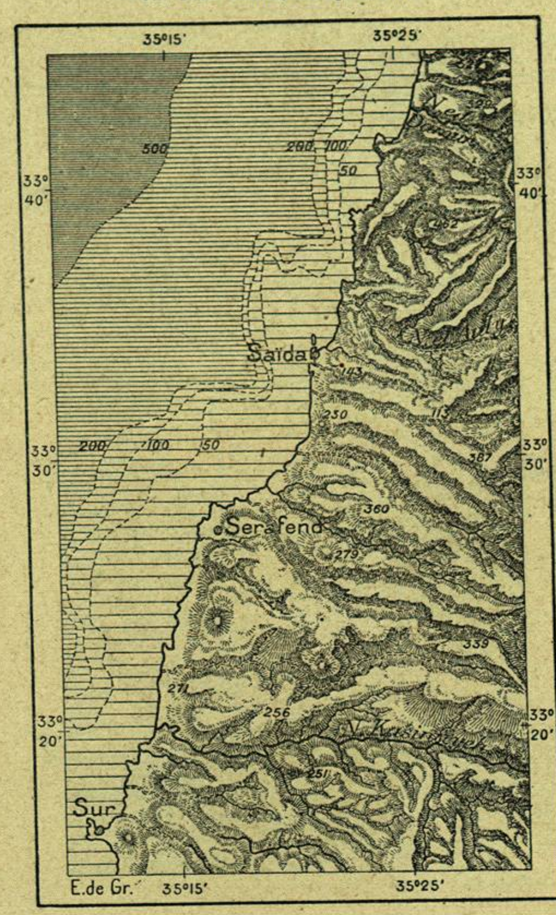
también «ciudad de los Montañeses», persistiendo á través de los siglos la denominación lo mismo que la razón de ser. El predominio religioso de Byblos entre las ciudades santas de Fenicia es la prueba de su antigüedad: la veneración se une á las ceremonias tradicionales consagradas por el tiempo. En Byblos reinaba Baalat, la «dama» por excelencia, la diosa de la cual nació el dios Tammur, el Adonis de los Griegos, que muere y renace cada año, el símbolo de la Natura que siempre se destruye y siempre se renueva. Los monumentos de Byblos han sido arrasados hasta el suelo por los sacerdotes cristianos; no queda ya de la antigua ciudad sino las necrópolis talladas en la roca y el arroyo llamado actualmente Nahr-Ibrahim, donde se mezclan los recuerdos de las religiones antiguas: el agua rojiza, que arrastra las tierras arcillosas de sus orillas, ¿no es la sangre de Adonis, que ha sido derramada por sus inagotables heridas? En parte alguna tiene el paisaje un aspecto á la vez más grandioso y más dulce. La «Montaña Blanca», el Líbano, cuyas pendientes se elevan al Este, muestran acá y allá, entre los bosques de pinos, sus escarpes de rocas calcáreas, de un gris fino, que parecen vaporosas por la distancia. Sobre los amplios terraplenes de los contrafuertes apare-

N.° 109. Bothrys, Byblos, Beeroth.



cen graciosos pueblecillos entre ramilletes de verdura y se oye el rumor de las aguas en los valles misteriosos que se prolongan á lo largo entre las faldas de los montes. La playa, sembrada de conchas, tiembla bajo el eco de las amplias olas, sobre las cuales flota frecuentemente la espuma plateada. He aquí la feliz ribera donde fué divinizada la voluptuosidad.

N.° 110. Sidón, Sarepta, Tiro.



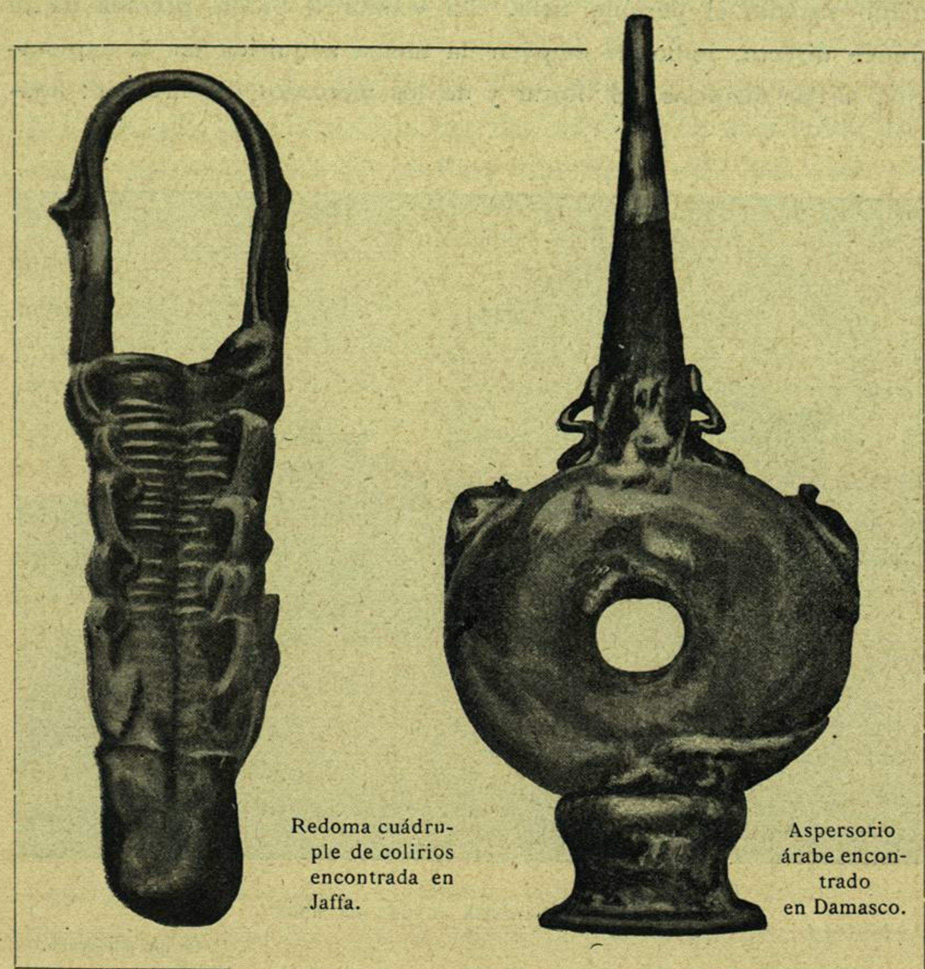
1 : 500 000

0 5 10 20 Kil.

Beirt, en otro tiempo Beeroth ó las «Fuentes», la Beryte de los Griegos, nació el mismo día que Byblos, dice la leyenda: estaba tan bien situada como Gubal, para lugar de cultura y de mercado de las gentes que descendían de la montaña, y su larga península, tirada á lo largo en el mar, aseguraba á los barcos un excelente abrigo. El pequeño puerto de Byblos sólo tenía sitio para una pequeña flotilla de barcas, mientras que todos los barcos de los mares de Fenicia y Grecia hubieran podido resguardarse de los vientos del Sud ó del Sudoeste cerca de las fuentes vivas de Beeroth, al pie de sus dunas de arena roja donde murmuraban los grandes pinos agitados por la brisa. Esta ciudad era una de las que han de vivir ó revivir á pesar de todo; los conquistadores pasan y la ciudad renace detrás de ellos.

Más importante aún, aunque muy decaída en nuestros días, fué

la poderosa Sidón, la «Grande» por excelencia, la «Madre de Tiro y de Arad», dice una inscripción. Primeramente simple pesquería, como lo dice su nombre, debió la importancia de su rango entre las ciudades mundiales á la posesión de todo un conjunto de puertos



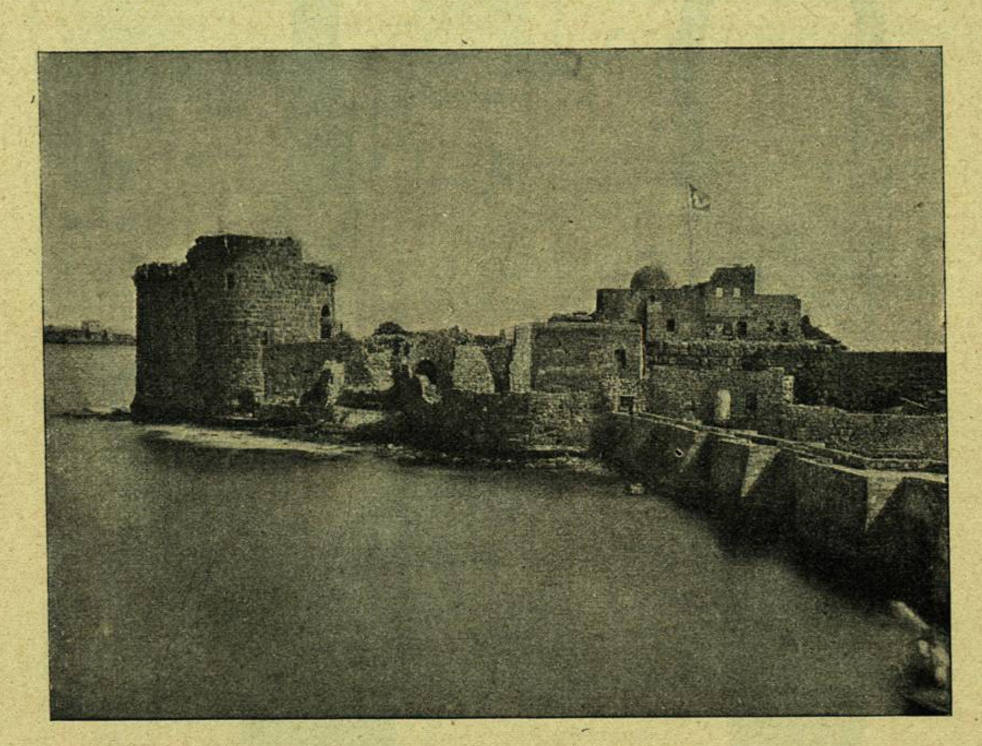
Redoma cuádruple de colirios encontrada en Jaffa.

Aspersorio árabe encontrado en Damasco.

VIDRIOS ANTIGUOS

creados como exprofeso por la Naturaleza. Delante de la ciudad y de su llanura de jardines, se alinea una cadena de rocas en una larga muralla con brechas que daban acceso á los tranquilos lagos existentes en cada lado, al Norte y al Sud de Sidón, y que comunican el uno con el otro por un estrecho canal. El puerto septentrional, bien limitado por líneas de rocas, tiene el aspecto de una cala excavada por mano del hombre y se continúa al Norte por una rada

que protege una ancha roca contra la alta mar. Pero ya en los tiempos antiguos, esos puertos y antepuertos tan bien distribuídos cesaron de tener una profundidad suficiente, y la dominación comercial del mundo mediterráneo cambió de residencia: al período sidoniano sucedió el período tirio. La «Madre» Sidón, privada de su tráfico directo, hubo de emplear la fuerza adquirida en la explotación de las factorías del litoral y de los mercados del interior; ade-



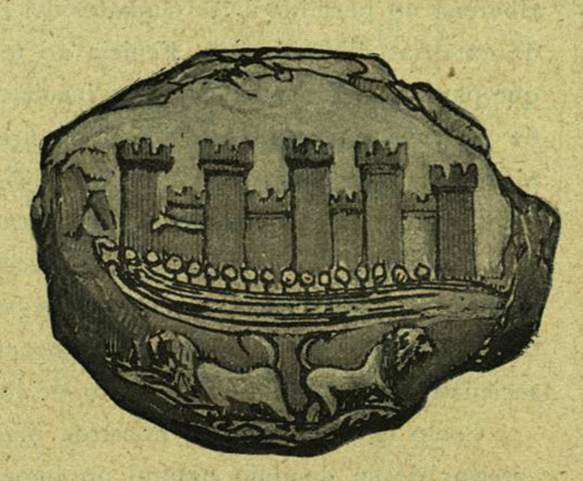
ROCAS Y FORTALEZA ACTUAL DE SIDÓN

De una fotografía.

lantó capitales á otras ciudades de trabajo y de centro de expedición, se convirtió en centro de industria; enormes montones de concha que cubren las playas á varios metros de altura, recuerdan las antiguas tintorerías de púrpura, y hacia el Sud, el nombre de la ciudad costera Sarepta ó Sarfend, es decir, «Fundición», conmemora la existencia de las cristalerías que hicieron, con las telas lujosas, la gloria de la antigua Fenicia.

La otra «hija», que se hizo más potente y más famosa que lo

había sido Sidón, Tiro ó Tsour, la «Roca», era así denominada por los bancos emergidos, semejantes al de Arvad, que sirvieron primeramente para proteger contra los vientos de fuera los barcos de una ciudad continental llamada Palæo-Tyr ó «Vieja Tiro» por los Griegos, pero que se utilizó en seguida para construir allí la ciudad comerciante y ponerla al abrigo de los conquistadores de paso. Unos muros continuos unieron los escollos en un largo muelle de tres kilómetros de longitud, y, por exceso de precaución, los habitantes rodearon su ciudad de una muralla muy elevada en una circunferencia de unos cuatro kilómetros, suficiente para que pudiera contener en sus altas casas una población de treinta mil individuos. Además, un acueducto cuyos vestigios se han descubierto, enviaba uno de sus brazos hacia la ciudad insular, donde penetraba por una galería submarina. Los orgullosos tirios, que dominaban hace tres mil años sobre las costas del Mediterráneo, se creían superiores á todo peligro de ataque, y, en efecto, pudieron burlarse de los impotentes ejércitos de los Salmanasar, de los Charukin y de los Nabucodonosor, acampados como masa de langosta sobre la orilla opuesta; pero el destino de Tiro llegó á su hora cuando Alejandro, construyendo la calzada de un kilómetro que une á la costa la cadena de rocas fortificadas, hizo entrar lisa y llanamente sus falanges macedónicas en la ciudad, y con aquel golpe cambió el eje comercial del mundo.



LAS MURALLAS DE TIRO
SEGÚN UNA MEDALLA FENICIA

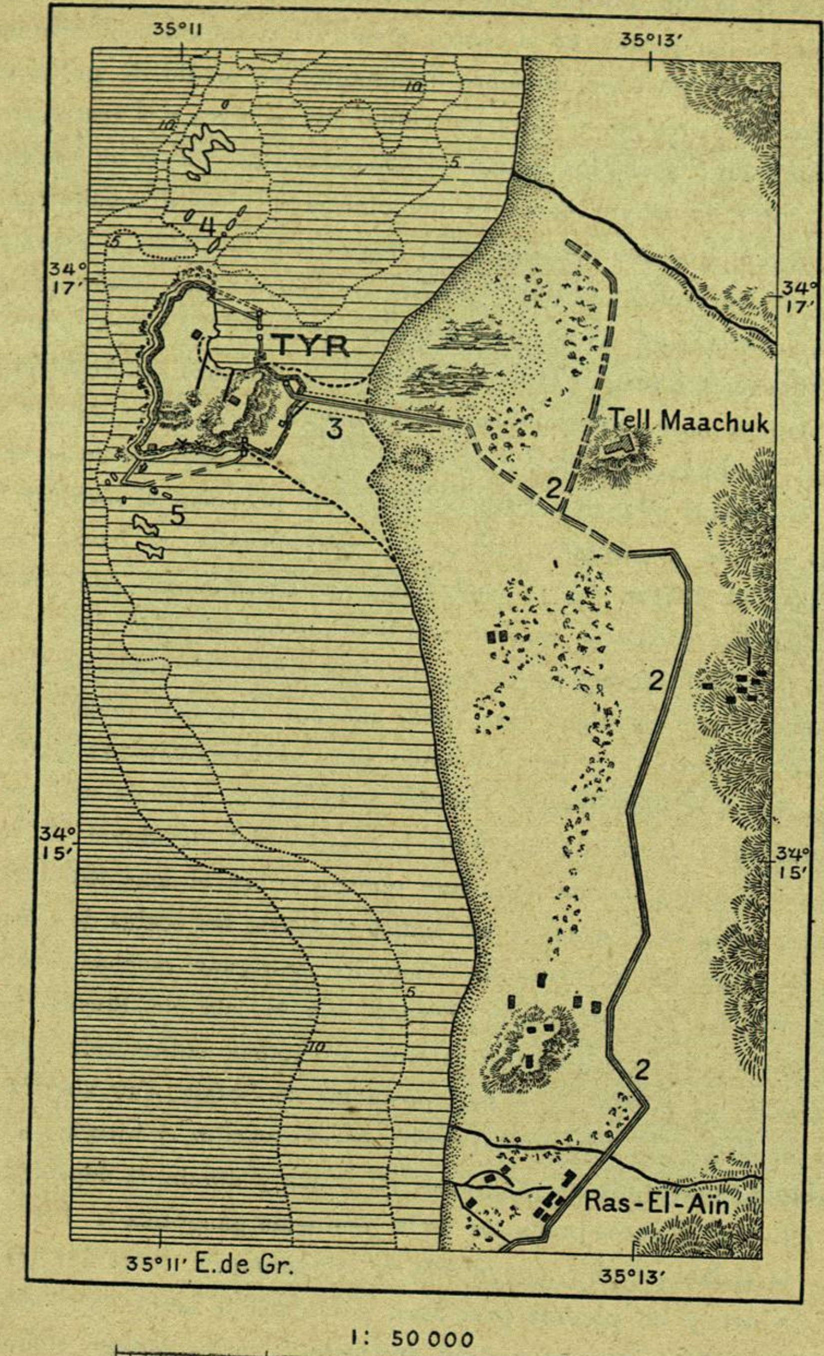
Ensenadas de menor importancia, que, durante mucho tiempo, se hallaron bajo la dependencia inmediata de la soberbia Tiro, se suceden al Sud, á lo largo de la costa: Akka, cuya arena blanca y pura sembrada de conchas de púrpura, se prestaba perfectamente á la fabricación del cristal, y Joppe, la moderna Jaffa, proyectando al exterior de la costa un arrecife calcáreo, detrás del cual se res-

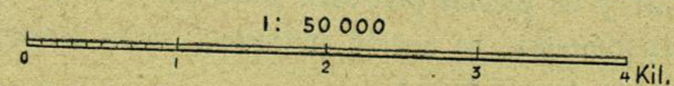
guardaban los barcos de los Filisteos. Esos puertos y algunas otras escalas completaban el cordón de ciudades comerciales, prendido como perlas al litoral de hermosa vegetación que une el Asia Menor á Egipto, y que enlaza transversalmente las dos mayores vías históricas, trazadas por las emigraciones y las expediciones de guerra, entre el Asia central y los dos continentes de Europa y Africa. Es indudable que la vida circulaba poderosamente á lo largo de este eje de comercio y de civilización, donde se hallaban sucesivamente de distancia en distancia centros de actividad, análogos á las puntas chispeantes de una máquina eléctrica; pero la escasa anchura de la zona ribereña no permitía á las ciudades del litoral unirse en un organismo de extensas dimensiones. Fenicia no tenía fuerza de resistencia más que para la defensa de sus rocas insulares, y, al primer ataque, había de perder sus posesiones de la tierra firme. Jamás tuvo imperio propiamente dicho comparable á los grandes Estados del continente; pero era tan necesario á todos por su aparato de comercio, que se mantuvo durante muchos siglos, unas veces soberana, otras protegida, pero funcionando siempre como un órgano común para todos los Estados del interior, que formaban inconscientemente una especie de sociedad en participación respecto de los mercados fenicios.

Como la Inglaterra de nuestros días, Tiro y Sidón tuvieron al exterior de su dominio natural un imperio mucho más vasto que su propio territorio; con una pequeñez extrema de núcleo primitivo, llegaron á una longitud prodigiosa de ramificaciones tentaculares. Los Fenicios intentaron adquirir los puntos del litoral del Mediterráneo, que podían serles útiles como puerto de refugio, de comercio y de depósito, ó como lugares estratégicos para la dominación de las costas y la vigilancia de los puntos de paso: poseyeron el Bósforo, donde fundaron una fortaleza: Kalta, Karta ó Cartago, y la Khalkedon de los Griegos, la moderna Calcedonia [1]. En el centro del Mediterráneo, se apoderaron de la isla de Malta, cuyo puerto, fácil de fortificar, les permitía dominar las comarcas inmediatas del Mediterráneo occidental; ocuparon también el promontorio aislado donde se erigió la ciudad de Cartago, la «hija» de Tiro por excelencia, que se hizo más pode-

[1] Bérard, *Annales de Géographie*, t. V, 1895-96, p. 258.

N.° III. Situación de la Tiro continental, Tiro insular.



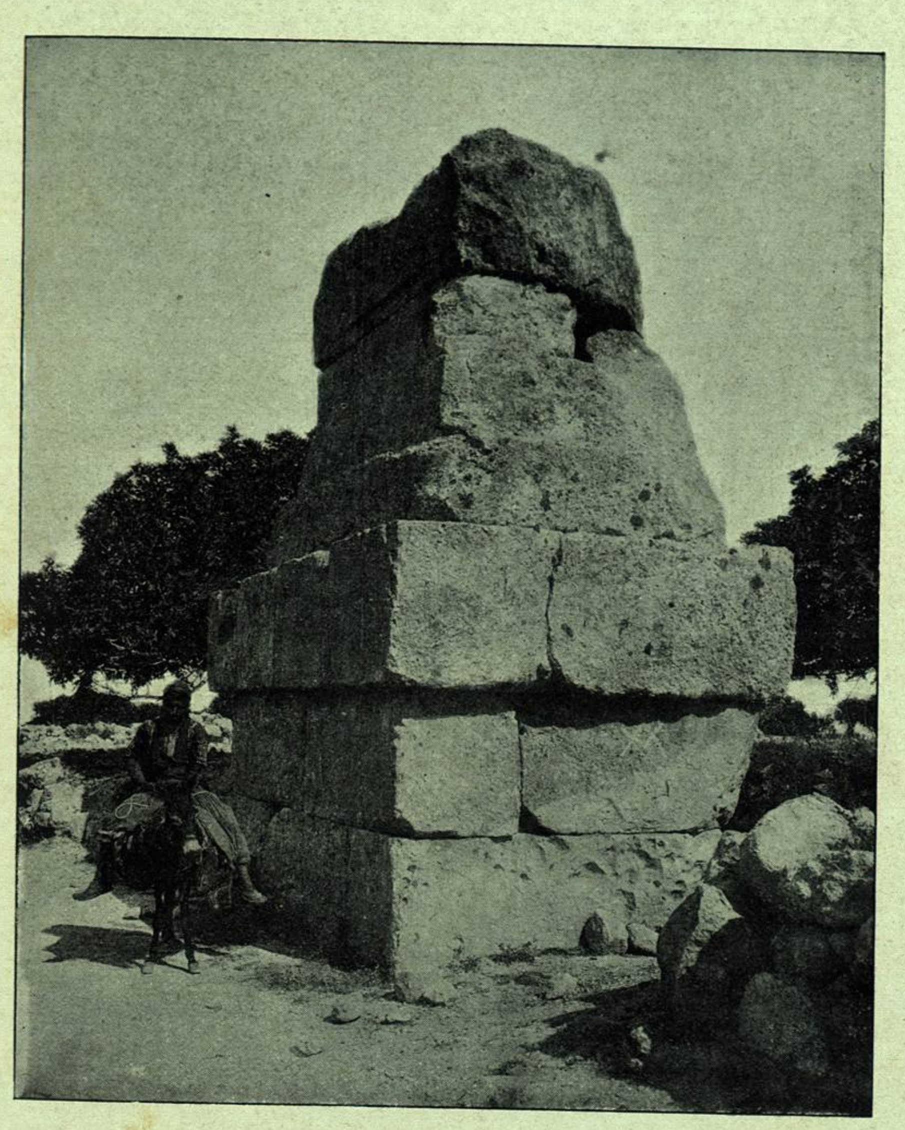


1. Necrópolis, sepulcro de Hiram.
2. Acueductos.
3. Calzada de Alejandro.
4. Ruinas de la escollera del Norte.
5. Islotes probablemente apoyados sobre una escollera de más de dos kilómetros, apuntando hacia el Sud y de los cuales se ven todavía huellas bajo el agua. (M. de Berthou.)

rosa que su madre, porque estaba mucho mejor situada para la comodidad de las conquistas, en el centro mismo de la región mediterránea, y en una posición absolutamente dominante, en medio de poblaciones todas inferiores por el valor individual, los recursos y el armamento. Más lejos aún, hacia los mares occidentales, los Tirios se establecieron sobre la mayor parte de los puntos del litoral mediterráneo que ofrecían grandes ventajas como lugares de mercado y especialmente en Mars-el ó Marsella, «Puerto de Dios», que, desde aquella época, ha recorrido tan amplios destinos, gracias á su puerto natural, maravillosamente resguardado, y al valle del Ródano, del cual ocupa la verdadera desembocadura comercial. Aparte de las columnas de Melkart, atribuídas después al Hércules de los Griegos, se sucedieron sobre las costas pequeñas Fenicias donde se proveían al paso de los barcos que se aventuraban sobre el vasto Océano, al Norte hacia las islas del Estaño, ó al Sud hacia el archipiélago Afortunado. Esas factorías oceánicas estaban tan bien escogidas como las de las orillas del Mediterráneo; una de ellas fué Gades, la moderna Cádiz, que se extiende en plena mar como una flor á la extremidad de su delgado pedúnculo. ¿Qué son todas esas colonias fenicias sino las etapas del dios simbólico, el Melkart sirio que la leyenda nos muestra caminando victorioso en todos los países del Occidente?

Los Fenicios habían adquirido puertos sobre el mar Rojo, para lanzarse hacia el Océano de las Indias y visitar las costas de Africa, de Asia y aun de la Insulindia, como lo atestiguan muchas inscripciones fenicias encontradas en Rejang, en la isla de Borneo, que datan de veintidós ó veintitrés siglos. Visitaban sobre todo Ophir, que puede haber sido, ó el país posterior de Sofala, que abunda en minas de oro y en antiguos trabajos de excavación, ó bien la ciudad de Abhira, sobre una de las bocas del Indus y donde se depositaban para ellos los géneros preciosos de la península gangética [1]. Por otra parte, la palabra Ophir, convertida en sinónimo de todos los países ricos en oro y en piedras preciosas, como puede serlo en el día la palabra «California», ha podido aplicarse á varios países, como el mismo nombre de «la India».

[1] G. Oppert, *Tharshish und Ophir*, Zeitschrift für Ethnologie, 1903.—Weber, *Indische Skizzen.*

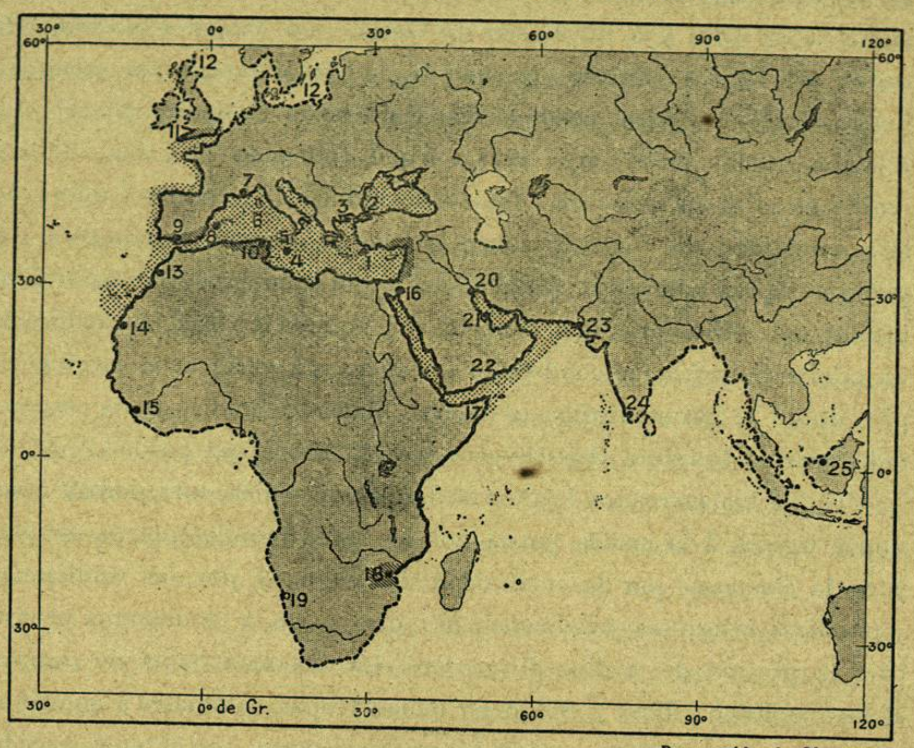


Cl. Bonfils.

SEPULCRO LLAMADO DE HIRAM, CERCA DE TIRO

De una fotografía.

N.° 112. Estaciones fenicias, Costas conocidas, Mares recorridos.



Proyección de Mercator.

Escala del Ecuador 1 : 150 000 000

0 1000 5000. 10000 Kil.

1. Rodas.
2. Calcedonia.
3. Thasos, minas de oro.
4. Malta.
5. Sicilia.
6. Cerdeña.
7. Marsella.
8. Pityusas.
9. Cádiz.
10. Utica (¿Bicerta?) y Cartago.
11. Islas Cassitéridas (Scilly), minas de estaño en Cornwall y Devonshire.
12. Costas de Ambar (véase mapa n.° 29) — Thule (¿Shetlands?).
13. Promontorio de Soloeis (Cabo Cantin).
14. Cerne (Río de Oro), colonización de Hannon.
15. Sherbrook Sound (Sierra Leona, punto extremo alcanzado cuando los viajes á Cerne, hace unos 2500 años).
16. Ezeongeber.
17. Cabo de los Aromates (Guardafui).
18. Sofala y país posterior, minas de oro.
19. Periplo de Nechao, la duda expresada por ciertos autores se funda únicamente sobre la falta de detalles en la relación de Herodoto.
20. Tylos (Dilmun, ¿Tilvun?).
21. Bahrein.
22. Hadramaut, se conoce el nombre del primer piloto que se atrevió á abandonar la costa y se confió al monzón del Sudoeste para abordar la costa del Malabar.
23. Abhira.
24. Musiris, punto alcanzado seguramente en las expediciones de Hiram (G. Oppert).
25. Rejang en Borneo (?).

Los Fenicios osaron franquear las puertas de Hércules y aventurarse hacia el «mar Tenebroso» para buscar el estaño, cuyos compradores fueron primeramente los Egipcios, y después los Helenos

de la Pequeña y de la Gran Grecia. Por último, adelantándose veinte siglos á los Díaz y á los Vasco de Gama, ¿no habían realizado, por orden del Rey de Egipto, Nechao II, la circunnavegación completa del contiente de África, desde el mar Rojo hasta el Mediterráneo? La relación de los navegantes afirma «que rodeando la Libia, habían tenido el sol á su derecha», frase que induce á Herodoto á dudar de la autenticidad del viaje, y sobre la cual se apoyan actualmente los geógrafos para admitir la realidad del acontecimiento. La naturaleza insular del África era bien conocida en aquella época: en castigo de un crimen Sataspes fué condenado por Xerxes á verificar el largo periplo, dobló el promontorio occidental, llamado Solois, pero, espantado ante la longitud del trayecto, volvió sobre sus pasos [1].

Todos los mercados lejanos de fundación fenicia sólo podían continuar unidos á la madre patria por los lazos morales del parentesco y de la simpatía, por la comunidad de lengua y por las tradiciones y prácticas religiosas, destinadas, por otra parte, á modificarse pronto bajo la presión de medios diferentes. La distancia había de romper el lazo político; Tiro y Sidón no tenían tropas coloniales á su disposición, lo que se hallaba prohibido, por otra parte, por el buen sentido práctico de hábiles comerciantes, cuidadosos de su libertad de iniciativa. El poder político de las ciudades fenicias, no pudo ejercerse en cierta medida más que sobre las tierras del Mediterráneo oriental, pero siempre bajo una forma diferente de la de simple conquista, toda vez que el comercio de cambio necesitaba la producción de las riquezas y cierta concordia con los productores.

En la mayor parte de esas tierras orientales del Mediterráneo, se ha comprobado que los puertos y lugares más antiguos de fondeadero, es decir, las escalas visitadas por los Fenicios y los Jonios del Asia Menor, estaban ordinariamente situadas sobre las costas orientales, en tanto que las calas y playas de acceso utilizadas después por los Helenos se hallan sobre los litorales del Oeste: las mismas poblaciones insulares que miraban en otro tiempo hacia el sol levante, se volvieron en seguida hacia el poniente, á medida que la civilización cambiaba de lugar siguiendo la marcha aparente del Sol alrededor de la Tierra.

[1] Herodoto, IV. Melpómene, 42, 43.

Desde su estrecha banda de terreno los Fenicios abandonaban su país en gran número, llevándose sus pacotillas. La emigración anual no se llevaba solamente á los mercaderes aventureros y á los piratas, sino que á veces arrastraba también familias enteras y grupos de familias que se establecían á lo lejos en algún sitio favorable donde esperaban encontrar vida libre ó buena acogida. Cuando los emigrantes habían logrado su propósito, no dejaba de extenderse la noticia en la madre patria, gracias á los traficantes que recorrían el Mediterráneo de costa en costa, y la colonia se fortificaba con numerosos emigrantes. De ese modo se constituían en las escalas de comercio verdaderas Fenicias, donde se hablaba la lengua de Sidón, donde se practicaban sus costumbres y donde se adoraban sus dioses. Chipre y la Cilicia, donde la civilización púnica ejercía tal ascendiente, habían acogido comunidades fenicias que llegaron sin duda á poseer cierta autonomía. Los Solimas ó Semitas de la costa de Pamphilia, que se fundieron poco á poco con los Pisidios y otros habitantes de la comarca, eran ciertamente Fenicios que guardaban las tradiciones y el lenguaje de Ultramar. Más al Oeste, los Licios parecen haber sido hostiles á los navegantes: desde el promontorio Sagrado, que cerraba al Oeste el golfo de Adalia hasta la punta de Cnide, no hubo sobre el continente más que una sola factoría importante, Astira, enfrente de Rodas [1] — otra tierra fenicia. Por el contrario, los Carios del Asia Menor sud-occidental estaban muy estrechamente ligados á los Fenicios, con los cuales se les confundía á veces, y hasta frecuentemente constituyeron por sus incursiones una especie de imperio marítimo, de contornos variables, que comprendía las costas de las islas y de las penínsulas vecinas; el hoplita cario estaba á sueldo del mercader fenicio. Mucho tiempo antes que los Griegos, esos comerciantes habían afrontado los misterios del Ponto Euxino [2]; más aún, habían penetrado en el «corazón del Peloponeso» hasta Arcadia, donde habían ido á buscar maderas y ganado, mercenarios ó esclavos [3].

Los atrevidos marinos se unían también á los Filisteos propiamente dichos, aunque surgiesen con frecuencia luchas entre ellos;

[1] Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient.*
[2] Movers, *Die Phœnizier*, p. 297.
[3] Víctor Bérard, *De l'Origine des Cultes arcadiens.*

los dos pueblos fueron llamados Cretenses, *Kreti Plasti*, según la isla que les servía de punto de cita para las expediciones guerreras y el reparto del botín [1]. La religión de los Lidios, pueblo que el cuadro etnológico del Génesis [2] dice ser de raza semítica, se parece de tal modo al culto de los Fenicios, en los principios y en los detalles, que se les puede considerar como idénticos, excepto por lo que se refiere á los nombres propios usuales, y aun varias de estas denominaciones, especialmente la de Astarté, son sin duda alguna de importación oriental. Es verdad que se observan mezclas ó huellas de la religión fenicia en todas las partes del Asia Menor, pero en ninguna parte fueron las semejanzas tan notables como en las ciudades del litoral marítimo del Oeste, sobre todo en Efeso, donde se hallaban en plena Fenicia. Los historiadores pueden concluir de esto que el transporte de los mitos y de las ceremonias se habían hecho, no por aproximación por la vía de tierra, sino directamente por el camino movedizo de las olas.

La misión de los Fenicios como grandes negociantes y portadores de mercancías, excede en mucho en proporción á la que correspondió después á todas las otras naciones comerciantes. Olvidan comunmente que las «leyes del mar, las reglas del derecho internacional en vigor sobre el Mediterráneo durante la Edad Media, son en gran parte heredadas de los Fenicios» [3]. Ese pueblo pequeño, sujeto á un estrecho litoral, poseía el monopolio de las grandes navegaciones en el Mediterráneo y suministraba á todos sus vecinos las materias preciosas importadas de los extremos del mundo, tanto por las vías de tierra, donde caminaban las caravanas, como por las vías marítimas, practicadas por los barcos. Poseían factorías á lo lejos en las tierras de sus poderosos vecinos, en el Delta, en Tanis, en Bubaste, en el mismo Menfis, en Siria y en Potamia, en Sais, en Hamath, en Thapsaque y en Nisibis, que se vanagloriaban de ser de fundación sidónica. Los Fenicios, dejando á otros el sueño de una dominación universal, se acomodaban fácilmente á una sujeción severa, pero concentraban en sus manos el comercio de sus opresores [4].

[1] Movers, obra citada, ps. 15 al 19.
[2] Cap. X, v. 22.
[3] Ernest Nys, *Recherches sur l'Histoire de l'Economie politique*, p. 57.
[4] G. Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient*, p. 235. — Elías Reclus, *Notas manuscritas*.

Los objetos de tráfico de que los Fenicios fueron portadores en la gran época de su prosperidad, tenían tanta mayor importancia relativa en los cambios mundiales de aquellos tiempos, cuanto los artículos de comercio eran menos numerosos y las costumbres religiosas y civiles se practicaban de una manera más solemne y más imperiosa: así el incienso de la Arabia, el ámbar del Báltico, el estaño de las islas oceánicas presentaban, á causa de lo lejano del lugar de producción y del misterio de su origen, un carácter casi divino. La edad del bronce en Europa sería, no la irrupción de una raza nueva que hubiera anonadado los salvajes primitivos de la edad de piedra, sino la era de la gran influencia de la civilización del Asia anterior, creada por los Babilonios, introducida por los Hititas á través de las tierras hasta el mar Egeo y á Micenas, y por los Fenicios á lo largo de las costas en toda la Europa occidental [1]. Es indudable que el estaño de los Casitéridas tuvo más valor en los cambios y en la civilización del mundo en aquella época de la explotación, cuando los Fenicios se habían convertido en sus compradores y distribuidores, que veinte siglos después, cuando Inglaterra tenía toda facilidad para aprovecharse de él.


VASO FENICIO HALLADO EN SIDÓN

El estaño, utilizado para la fabricación del bronce, es decir, para las bellas armas, las estatuas, los vasos, todo lo que el mundo antiguo tenía de más suntuoso y raro, alcanzaba entonces tal estima á los ojos de los traficantes, que el nombre del archipiélago productor — *Kassiteros* en griego, *Kasazatirra* en asirio, *gazdir* en árabe, *kesdir* en el interior de Africa, *kastıra* en la India — se había esparcido por toda la tierra de entre Pacífico y Atlántico, y que para la obtención del metal precioso se abrían vías de comunicación á través de toda la anchura de los continentes. Antes que los Fenicios fuesen á buscarle por mar, los Tracios lo recibían directamente por el centro de Europa [2]. Por el estaño, la península gangética se hizo tribu-

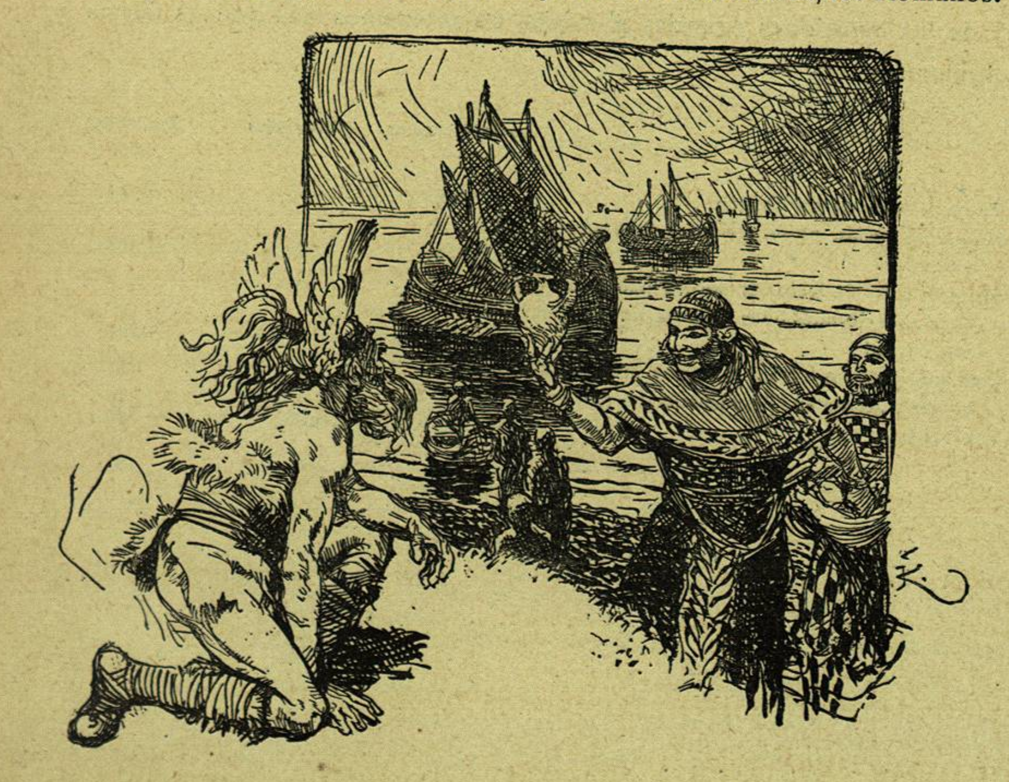
[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*. — Von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, p. 259. — [2] Salomón Reinach, *L'Anthropologie*, p. 4, 1899.

taria de las islas de la costa bretona durante el período romano [1]. Sin embargo, en aquella época, el comercio había sufrido parcialmente un cambio de agentes, á causa de que los Cartagineses, sucesores de los Fenicios, descubieron por entonces en España yacimientos de estaño bastante abundantes para alimentar las necesidades de la industria mundial [2].

Siendo los primeros entre los navegantes, los Fenicios, no tuvieron menor superioridad como industriales, y gozando de la mayor fama como fabricantes de tejidos, poseían el monopolio de la tintura para el color de la púrpura y fueron también los mejores y casi los únicos vidrieros; sus instrumentos de metal y su cerámica eran muy apreciados en todos los países que visitaban sus barcos; por todas partes se procuraban las materias primeras, alimentos, maderas, fibras, metales, por medio de objetos manufacturados. Su absoluta superioridad comercial y el contraste de sus productos con los géneros bastos del extranjero, les permitía mantener el movimiento de los cambios en estado de trueque: no teniendo necesidad alguna de emplear un signo representativo de los valores, dejaron á otros — Lidios ó Griegos — el honor de inventar la moneda [3]; pero quizá les corresponde una gloria mucho mayor, debida á sus viajes incesantes entre los pueblos de lenguas diversas de las cuales se ingeniaban para reproducir los sonidos: quizá se deba á ellos la simplificación de la escritura, la invención del alfabeto, en el que cada signo no tiene más valor que una sola articulación fonética.

Comparando los Fenicios á los Helenos en el conjunto de la civilización, se halla demostrado que los Fenicios poseyeron ciertamente el círculo de horizonte más extenso, gracias á su genio aventurero, á sus navegaciones casi ilimitadas: puede decirse con verdad que después de ellos, bajo la gerencia de los Griegos, el mundo se empequeñeció materialmente. Los Helenos le estudiaron con más amor y penetración que sus antecesores, pero se habían acantonado en un espacio más estrecho. La civilización que los Fenicios habían inaugurado, ya excedía los límites de la vertiente mediterránea; dos mil años antes del cumplimiento del progreso de que fueron iniciadores, habían indicado para el porvenir el cambio de lugar hacia los bordes atlánticos del centro de la cultura y de la hegemonía del viejo mundo. Del mismo modo, por su circunnavegación del Africa, fueron los precursores de la era mundial. Así se comprende el odio que tuvo Grecia á esos rivales, que fueron también sus maestros en civilización. Cuando Fenicia, simple litoral sin extensión interior, fué forzosamente anexionada á los grandes imperios del centro y sus puertos fueron poseídos por los reyes persas, la lucha de sus flotas con las de las de Grecia que le disputaban el imperio del mar, tomó un carácter feroz. No teniendo ya independencia, Fenicia se empeñaba con mayor tenacidad en sus proyectos comerciales, y reducida á la servidumbre bajo un amo poderoso, quiso á lo menos utilizarle para el aniquilamiento de sus concurrentes del mar Egeo. Los marinos de Fenicia se unieron con un celo vindicativo á los otros aliados del «Gran Rey» para transportar sus ejércitos y librar sus batallas; pero los Griegos se vengaron doblemente: primero, cuando siguiendo á Alejandro, se apoderaron de Tiro para saquear sus depósitos, destruir sus flotas, arruinar sus talleres y arsenales y transportar á Alejandría, puerto de la nueva ciudad mundial, la mayor parte del comercio de Oriente á Occidente; después, de un modo más decisivo todavía y más duradero, cuando transmitieron la historia de los Fenicios con el sentimiento de odio que sentían por esos rivales. Apenas se conoce Fenicia sino desfigurada por los escritores Griegos, así como se ve Cartago por los únicos ojos de sus vencedores, los Romanos.

1 Fr. Lenormant, *loc. cit.*
2 W. Sieglin, *Entdeckungsgeschichte von England im Altertum.* — 3 Fr. Lenormant, *loc. cit.*



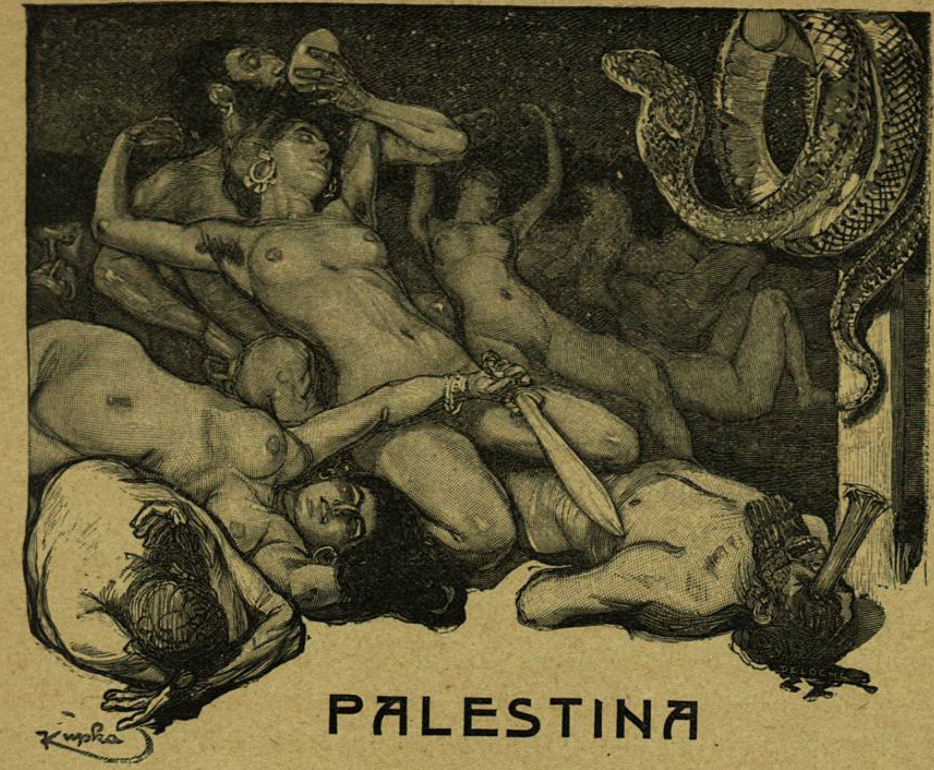
PALESTINA: NOTICIA HISTÓRICA

Los primeros episodios históricos del pueblo de los Hebreos no pueden fijarse cronológicamente en siglos más ó menos. Se coloca generalmente la salida de Egipto al final de la dinastía XIX, después de la batalla de Kadech, unos 32 siglos antes de nuestros días. Sin embargo, ciertos autores tradicionalistas hacen remontar el paso del mar Rojo á una fecha anterior de 300 á 350 años.

Á partir del reinado de David, quien se estableció en Jerusalén hará unos 2900 ó 2950 años, las fechas se precisan más. La muerte de Salomón y el reparto de su sucesión entre los dos reinos de Judá y de Israel, remonta, con el error posible de un cuarto de siglo, á 950 años antes de la era vulgar; Omri eligió Samaria como capital de su reino una cincuentena de años después.

Hasta que los pueblos del Jordán se pusieron en contacto con las hordas asirias no se puede ser más preciso. De las luchas entre Judá é Israel, entre los Hebreos, los reyes de Damasco y los de Moab, y de las invasiones egipcias y asirias no retenemos más que las fechas siguientes:

	Era de Nabonasar	Olimpiadas	Era vulgar
Toma de Samaria por Sargón	26	55	— 721
Muerte de Josías, quien dirigió la reforma religiosa	139	168	— 608
Segunda toma de Jerusalén por Nabucodonosor, once años después de la primera sumisión de esta ciudad	160	189	— 587
Ciro permite á los 10 000 ó 20 000 desterrados volver á Jerusalén. Reconstrucción del templo hacia	217	246	— 530



PALESTINA

A pesar de las guerras que estallaron entre las dos mitades del pueblo escogido, no se dividió el alma religiosa del mundo israelita.

CAPÍTULO V

Palestina. — Emigración de los Semitas.
Sinaí. — Tierra prometida. — Cuadro de las naciones.
Ciudades y caminos. — Monoteismo.
Influencias diversas. — Arabia. — Independencia de los Beduinos.
Misión de la Himiaria. — Religión sabeista.

Un territorio poco extenso, que ocupa la parte posterior de la costa situada entre la bahía de Akka y el golfo de Pelusa, tiene en la historia una importancia de primer orden como lugar originario de dos grandes religiones, el judaismo y el cristianismo. Gracias á la influencia de esos cultos que, bajo formas constantemente modificadas, dominan en Europa y en todas las partes de la Tierra sometidas al ascendente europeo, la perspectiva

histórica, relativamente á la Judea, acrecentó de una manera desmesurada las proporciones reales de la pequeña Palestina, comparada con los grandes Estados.

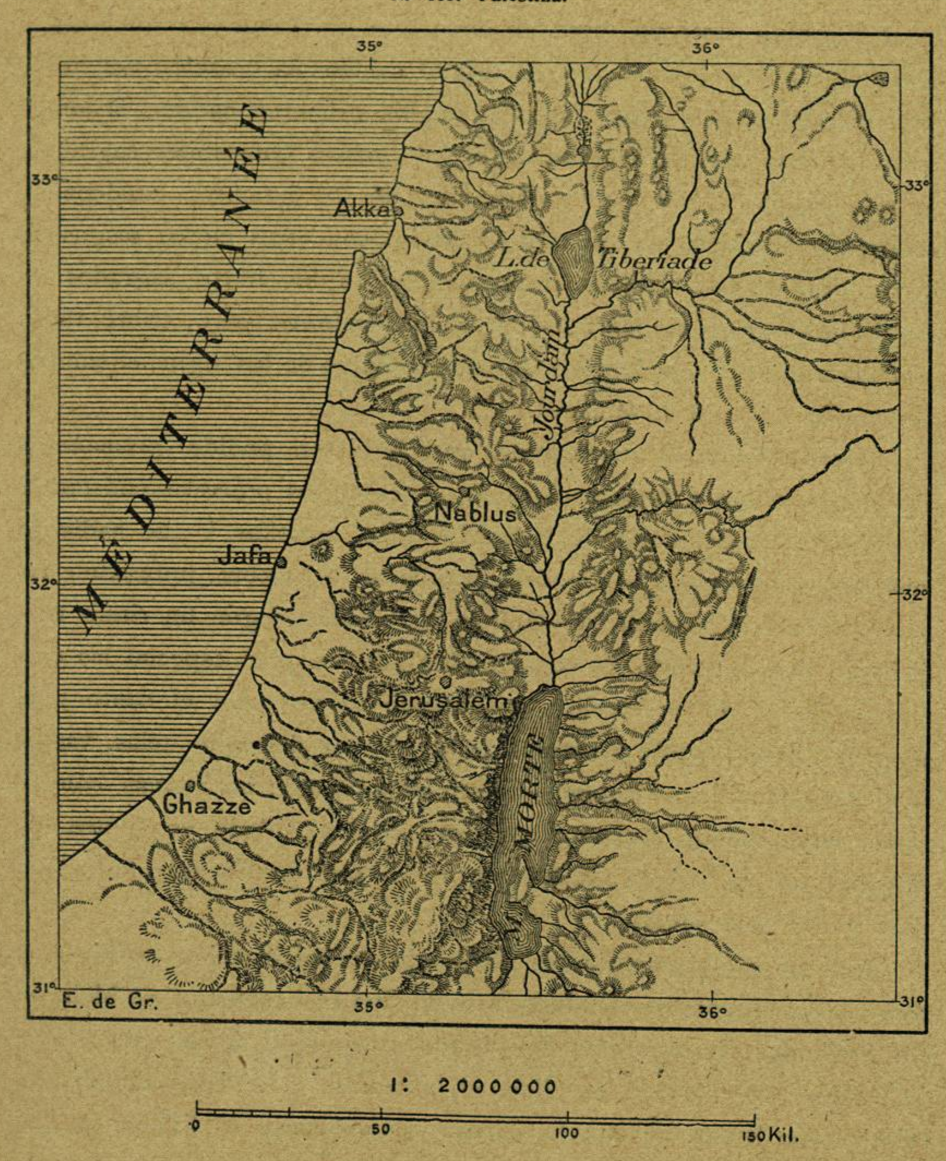
La insignificante ciudad de Jerusalén tomó dimensiones exageradas en el espíritu de los fieles, judíos y cristianos, y las doce tribus, débiles agrupaciones que ocupaban un girón de territorio entre el mar y el Jordán, con algo del otro lado del río, tienen cada cual en la historia una página tan extensa como la de algunas naciones poderosas. Como consecuencia, cuando los egiptólogos comenzaron el estudio de los monumentos de toda clase que se ven en la región nilótica, los lectores de la Biblia se imaginaron que las inscripciones y los manuscritos suministrarían numerosísimos testimonios relativos á la estancia de los Israelitas en Egipto, á su huída, á su emigración hacia el país de Canaán y á las relaciones de vecindad que tuvieron lugar posteriormente entre los ribereños del Nilo y los del Jordán; pero esas piadosas esperanzas de los judaizantes fueron vanas durante mucho tiempo y se esperaba sin éxito la corroboración jeroglífica de las narraciones hebreas; las afirmaciones de los «libros santos» carecían de los atestados profanos, y la mayor parte de las coincidencias señaladas son dudosas, ó hasta han sido reconocidas como falsas. Únicamente en 1896 Flinders Petrie descubrió en Tebas el templo de Marenpta, en el cual existe una mole de sienita que ostenta inscripciones de seis mil signos que refieren los triunfos del rey sobre todas las naciones fronterizas, y especialmente sobre el «pueblo de Ysaraal, decadente y privado de su semilla» [1]. Se encuentran también algunas denominaciones geográficas relativas á la comarca de ultra-Eritrea. Ramsés II inscribió el nombre del Jordán sobre los muros del Karnak, y Ramsés III le grabó en el templo de Medinet Abu [2]; Moab, una de las naciones rivales de Israel, está una vez mencionada en un monumento de Luksor.

Si Egipto, gran nación, parece ignorar la existencia del pequeño pueblo de Israel que había venido á pedirle asilo, los Judíos, por el contrario, no pueden menos que reconocer en su historia la influencia preponderante de los dos imperios poderosos entre los cuales tenían

[1] Flinders Petrie, *Contemporary Review*, Mayo 1896.
[2] Sayce, *Patriarchal Palestine*, ps. 21, 22.

su estrecho territorio y que en diversas épocas se vieron obligados á visitar como suplicantes ó como prisioneros de guerra. Por sus primeros orígenes, sea que se interroguen los caracteres étnicos, sea

N.° 113. Palestina.



que se estudien las formas lingüísticas, los Semitas hebreos están estrechamente emparentados con los ribereños del Eufrates. Hasta los nombres propios eran idénticos: el arqueólogo Pinches ha des-

cubierto unas tabletas babilónicas en que se encuentran, bajo formas ligeramente diferentes, las denominaciones Abraham, Jacob, Josef y otros [1].

La influencia de la civilización potamia se manifiesta de una manera todavía más profunda en la vida misma y como en la esencia del pueblo judío. Está ya fuera de duda que las primeras tradiciones y leyendas de los Hebreos son de origen caldeo: la creación del hombre, el paraíso terrenal y la caída de los primeros padres, la jerarquía de los ángeles bajo el mando de los toros ó Querubines sagrados, la rebeldía de Satán y la corrupción de los hombres condenados todos á perecer en las aguas del diluvio, son otros tantos rasgos de la religión de los Caldeos, reproducidos en los libros sagrados de los Judíos con equivocaciones y contradicciones, pero, sobre todo, con las variantes que impuso durante el curso de los siglos el cambio del medio y de la mentalidad.

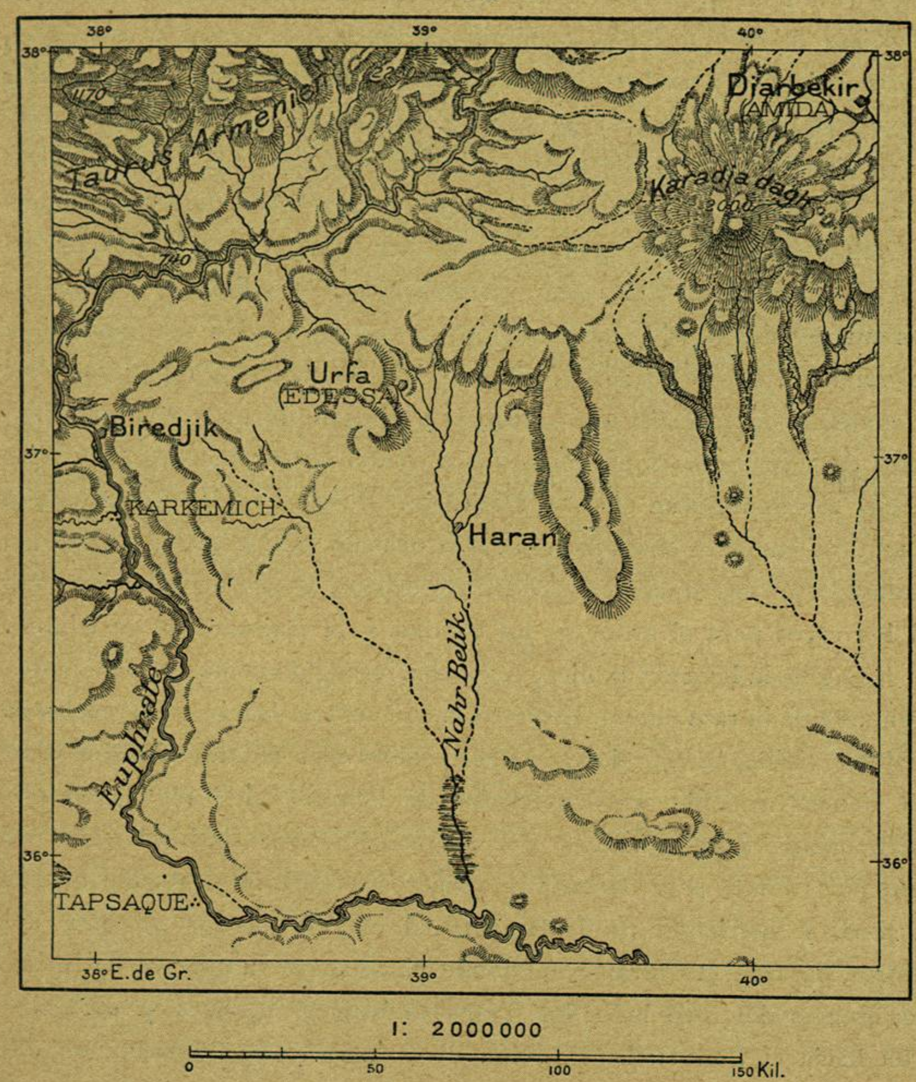
Aparte de esas narraciones que hubiesen podido permanecer extrañas á la masa de la nación, se presentan las prácticas constantes y obligatorias del culto de todos los días, aquellas á que nadie se sustrae y que acaban por modelar y amasar el hombre, juntándole las manos de cierta manera, doblándole las rodillas según un ritmo tradicional, distribuyendo de conformidad con un plan especial las circunvoluciones de su cerebro, modulando su voz para el canto y la plegaria, habituándole á manipular los objetos del culto, telas, vasos, vinajeras, cuchillos, hisopos, en concordancia con las formas convenidas, cuyo menor descuido sería un crimen. Todo eso entre los Hebreos fué de origen babilónico, lo mismo que la estructura del altar y del arca santa.

Aunque recibieron de los Babilonios su civilización religiosa y civil, hasta el nombre del dios Yahveh, los Hebreos, que se hicieron tan fervientes observadores del sábado, á ejemplo de sus educadores de Caldea, no tomaron de ellos, no obstante, la división del día en veinticuatro horas. Hasta la época greco-romana lo dividieron á la manera de los Árabes, es decir, en momentos característicos: alba, mañana, medio día, tarde, crepúsculo y noche; la palabra «hora»

[1] A. H. Sayce, *Patriarchal Palestine*, VI.

no existe en el hebreo antiguo. Á este respecto, los Judíos permanecieron simples Beduinos [1].

N.° 114. Territorio de Harán.
(Véase pág. 66)



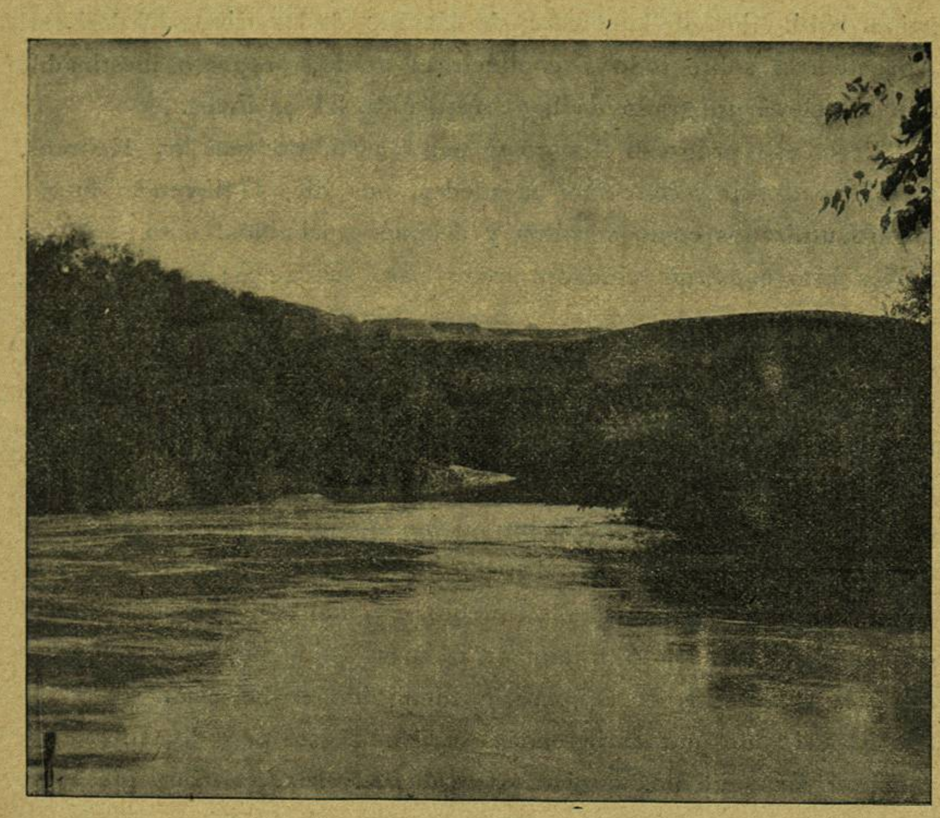
La filiación de razas ó á lo menos de parentesco, se muestra igualmente en la tradición transmitida por el *Génesis*. Así es como el personaje legendario Abraham, el «Padre de todos los pueblos», que

[1] Boeckh, etc. — Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israël*, p. 39.

los Israelitas consideran como el antecesor general de su raza y de las tribus árabes sus vecinas, se confunde con el «Padre Orkham» de Ovidio [1], rey de la ciudad de Ur en Caldea. Se hizo famoso en todo el mundo babilónico porque las narraciones tradicionales le identificaban con un gran reformador que suprimió los sacrificios humanos. Decíase de él que había prohibido á los padres matar á sus hijos, descuartizarlos ante los dioses, y que les había ordenado reemplazar la carne humana por la de cabrito. Esta parte de la leyenda está reproducida en la Biblia por la relación bien conocida del «Sacrificio de Abraham», en que se ve al ángel del Señor detener el brazo levantado del padre y una cabra ocupar sobre el altar el lugar del efebo Isaac. Pero ahí cesan las analogías: el Abraham hebreo no es un rey sedentario, un semidiós de vestidura talar sentado majestuosamente sobre un trono, sino un jefe de nómadas que recorre las llanuras al oriente del alto Eufrates, y dispone de un verdadero ejército de servidores y que entregaba al pasto de sus bueyes, sus ovejas y sus cabras todo un extenso territorio. Poseía también asnos para la montura, camellos como para la carga, mas no parece haber utilizado el caballo, que era todavía en aquella época un animal de lujo reservado á los reyes para el ardor de las batallas y la majestad de su triunfo.

Según la leyenda bíblica, Abraham, escogido como el gran representante de la raza entera, habitaba la comarca de Harán. Los Hebreos habían vivido mucho tiempo, pues, sobre esos montes situados ante el Taurus armenio, entremezclados de llanuras bien regadas donde serpentean varios afluentes del Eufrates. Pero, desbordándose de ese país donde eran demasiado numerosos para la extensión de sus pastos, y sufriendo probablemente el empuje de los pueblos del Norte, pasaron el Eufrates, de donde viene acaso su nombre de Ibrim, las gentes del otro lado, los Trans-Eufráticos, después se esparcieron hacia el Sud en la dirección de Palmira y de Damasco, expulsando á los primeros ocupantes allí donde fueron más fuertes, ó siendo rechazados donde tenían que luchar con otros más poderosos que ellos, ó bien tratando de acomodarse del mejor modo con sus vecinos. Frecuentemente, durante los años de sequía, hubieron de

[1] Metamorfosis, IV, p. 212.



Cl. Bonfils. EL JORDÁN Y SUS ORILLAS De una fotografía.

abandonar las regiones de entre Eufrates y Jordán, y presentarse á pueblos sólidamente establecidos, pidiéndoles un girón de tierra donde se instalaban hasta que pasaba el período de la escasez. Así nos dice la Biblia que se dirigieron á los Héteos, quienes, venidos también del Norte, habían colonizado las inmediaciones de Hebrón, en Canaán, donde recibieron un asilo temporal en el distrito de Bercheba. Después se volvieron hacia el poderoso rey de Egipto, que les acogió también con benevolencia y les asignó las tierras de Gochen en la proximidad del istmo, pero al Occidente, y ya en la zona de irrigación nilótica. Acantonados en esas regiones fértiles, sobre los confines de «prados salados» y de los aluviones grasos del Nilo, los Israelitas inmigrados se encontraron en un nuevo círculo de atracción y debieron evidentemente cambiar de costumbres, de civilización y añadir un nuevo fondo religioso al que habían recibido de los

países babilonios, de la comarca de Harán y de las tribus del desierto. Aprendieron sobre todo á conducir el arado, progreso inestimable que les elevó un grado en la jerarquía de las naciones.

Pero ese progreso les costó muy caro, porque los Hebreos, recibidos al principio como huéspedes, nos dice la leyenda, fueron pronto utilizados como vasallos y después oprimidos como esclavos. Se les hizo construir ciudades, pero para sus amos; cavar canales, elevar diques, regar jardines y campos, mas para cultivar las plantas alimenticias de sus dominadores. Verdad es que en sus narraciones trataron los Israelitas de realzar esta época de sufrimiento concediendo un prestigio preponderante á algunos de los suyos: al principio, José aparece como el gran usurero que enseñó á los Faraones el arte de esclavizar un pueblo por el monopolio de los trigos; al fin del cautiverio, otro hebreo, Moisés, obró sobre todo como gran mágico; gracias á sus artificios, el pueblo, cargado con todos los tesoros de los Egipcios, pudo franquear el mar Rojo, perseguido por un ejército, que detrás de él, pereció sumergido en las olas.

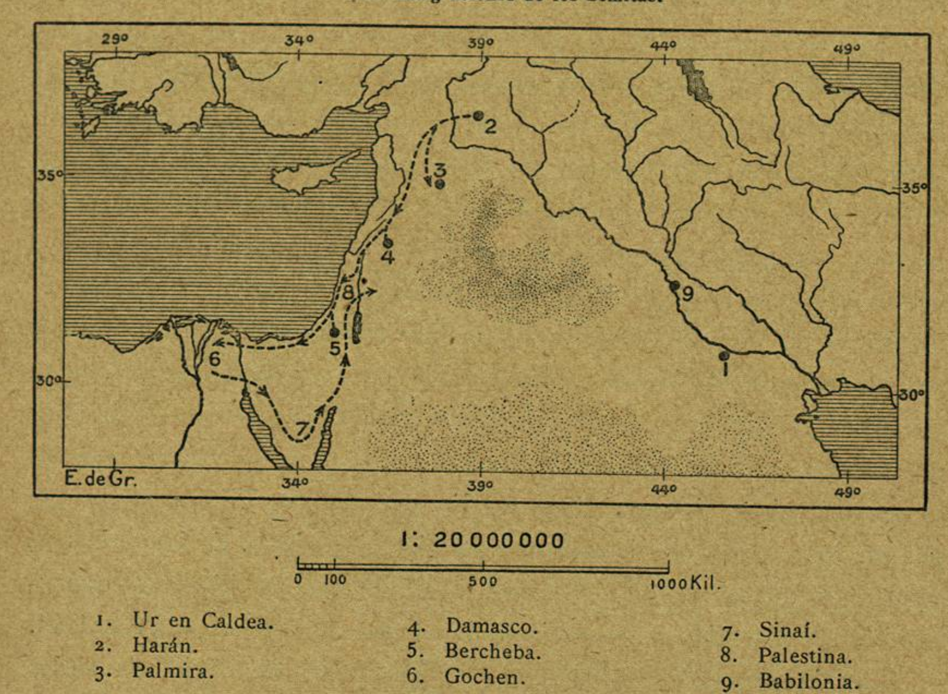
Es evidente que las leyendas relativas á este período, no pueden contener más que una mínima parte de la verdad, porque presentan un caos de contradicciones. Según tal versículo de la Biblia, el tiempo de la estancia de los Hebreos en Egipto, habría durado cuatro generaciones; según otro, más de cuatro siglos. Un pasaje nos dice que los Hebreos refugiados en Egipto comprendían la sola familia de Jacob [1], pero es imposible que ese grupo único hubiera podido suministrar por su descendencia el prodigioso ejército de que nos habla el censo del *Hexateuco* [2]: á pesar de la opresión, de la matanza de los recién nacidos varones por los Egipcios y las enfermedades de toda clase, los nietos de Jacob, cayendo como nube de langosta sobre las arenas del desierto, llegaron al número de más de seiscientos mil individuos armados, lo que, con las mujeres y los hijos, representarían á lo menos dos millones de seres humanos.

Como quiera que sea, el hecho principal subsiste: — antes de presentarse en esta «Tierra Prometida» que decían ellos haberles sido especialmente reservada, y, que, después, gracias á su larga

[1] *Génesis*, cap. XLVII.
[2] *Números*, cap. I, ver. 46.

estancia, se convirtió en la «Tierra Santa» — los Hebreos tuvieron que sufrir las influencias más diversas en medios muy diferentes por la Naturaleza y sus habitantes; habían vivido sobre todo el contorno del desierto, que, desde la Arabia se prolonga hacia las montañas del Asia Menor, al Este en la Babilonia, al Norte hacia el Harán, al Oeste hacia Damasco y la Siria, al Sudoeste hacia Egipto; por un vasto circuito habían empleado siglos en viajar desde el Eufrates al

N.° 115. Emigraciones de los Semitas.



1. Ur en Caldea.
2. Harán.
3. Palmira.
4. Damasco.
5. Bercheba.
6. Gochen.
7. Sinaí.
8. Palestina.
9. Babilonia.

Nilo, y vuelto á comenzar su camino en sentido inverso, desde el Nilo al Eufrates, pasando por la península del Sinaí, el país de los Beduinos, y por el litoral de Siria, la tierra de los Cananeos. Estas impresiones sucesivas dejadas por múltiples patrias y por pueblos alejados los unos de los otros, muy diferentes por la raza y por el genio, fueron elementos de la más alta importancia en la historia de la nación en cuyo seno se elaboró la religión de todo un mundo.

La península del Sinaí, donde la leyenda transporta la promulgación solemne de la ley de los Judíos, madre de la fe de los Cris-

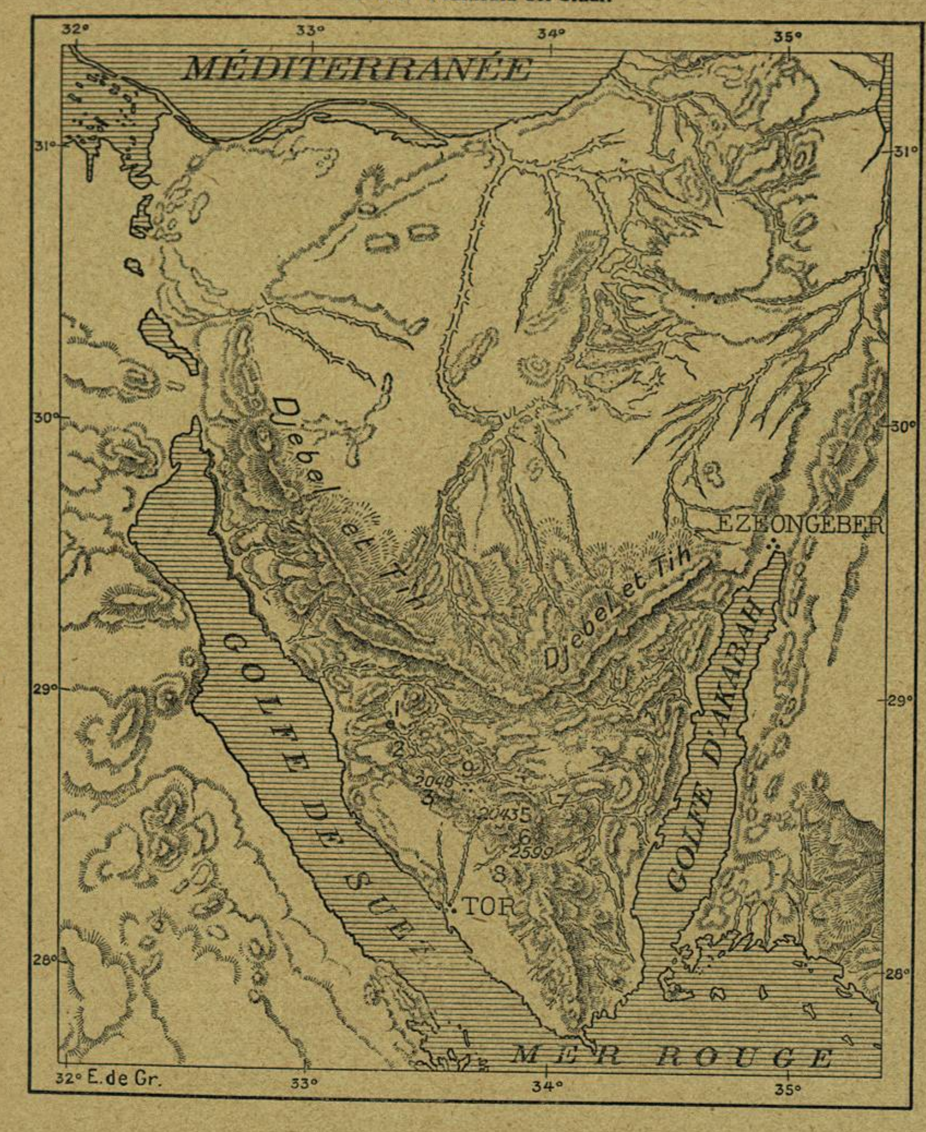
tianos, fué la última etapa de los fugitivos de Egipto, antes de su entrada en las tierras del Jordán, y esta áspera región, con sus formidables montañas, debió marcar profundamente su huella en la imaginación del pueblo que la recorrió. En parte alguna como allí, las cimas de granito y de pórfido, se muestran en su colorido primitivo, contrastando con la blancura de las arenas y el puro azul del cielo, ni tienen un aspecto tan grandioso, y se comprende que en todo tiempo los hombres acampados en su base hayan creído ver aparecerse dioses sobre sus radiantes cimas.

Dos mil años antes del paso de los Judíos, el Sinaí, en la región de influencia egipcia, estaba consagrado á una divinidad lunar [1]; las descripciones del *Éxodo* le hacen dirigirse al cielo como habitado por el dios del Rayo, y en todo tiempo hubo anacoretas que, huyendo del mundo, vinieron á esconderse al pie de sus escarpadas breñas. Á pesar del carácter formidable de la península Sinaica, esta comarca casi inhabitable había permanecido desde tiempo inmemorial en el círculo de atracción de las naciones vecinas, gracias á sus yacimientos de cobre, relativamente pobres, pero que contenían preciosas turquesas y otros cristales; hace cerca de siete mil años que se comenzó la explotación de esas minas, abandonadas después lo menos veinte siglos [2]. Uno de los documentos más antiguos que poseen los sabios relativamente á la historia egipcia de las primeras edades es un estelio del rey Soziri, de la tercera dinastía, que el explorador Benedite ha descubierto en un *ued* de la península Sinaica [3].

Las inscripciones jeroglíficas se continúan de siglo en siglo, desde las edades más remotas hasta la época en que los Hebreos huyeron de la tierra de Egipto [4] y no han cesado de producirse desde entonces: los peregrinos del África septentrional han de doblar los dos golfos de Suez y de Akabah para ir á la Meca. Cierto valle próximo al golfo de Suez, ha recibido el nombre de Ued Mokatteb ó «Torrente de la Escritura», según los innumerables grabados y dibujos que los pasajeros han dejado sobre las paredes de las rocas vueltas hacia el Norte, es decir, sumergidas en la sombra; se hubiera

[1] Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 59.
[2] Berthelot, *Revue scientifique*, 1896, II, p. 278.
[3] Bonola, *Bulletin de la Société Khédivale de Géographie*, 1896, n.º 10.
[4] Lepsius, *Denkmäler aus Ægygten und Æthiopien*.

N.º 116. Península del Sinaí.



1 : 3 000 000

0 50 100 200 Kil.

1. Maghara.
2. Ued Mokatteb.
3. Djebel Serbal, Horeb de Lepsius.
4. Otro Horeb de ciertos autores.
5. Djebel Musa (Moisés), Horeb tradicional, Convento de Santa Catalina sobre el lado Este de la montaña.
6. Djebel Katherin, Sinaí tradicional.
7. Djebel Monneidja «Monte de la Plática», cima donde, según los Musulmanes, Dios conversaba con Moisés.
8. Djebel Um Chomer, «Madre del Hinojo».
9. Faran Foinikon.

arriesgado frecuentemente la muerte grabando letras sobre las rocas deslumbradoras tocadas de plano por los rayos del sol. Esa multi-

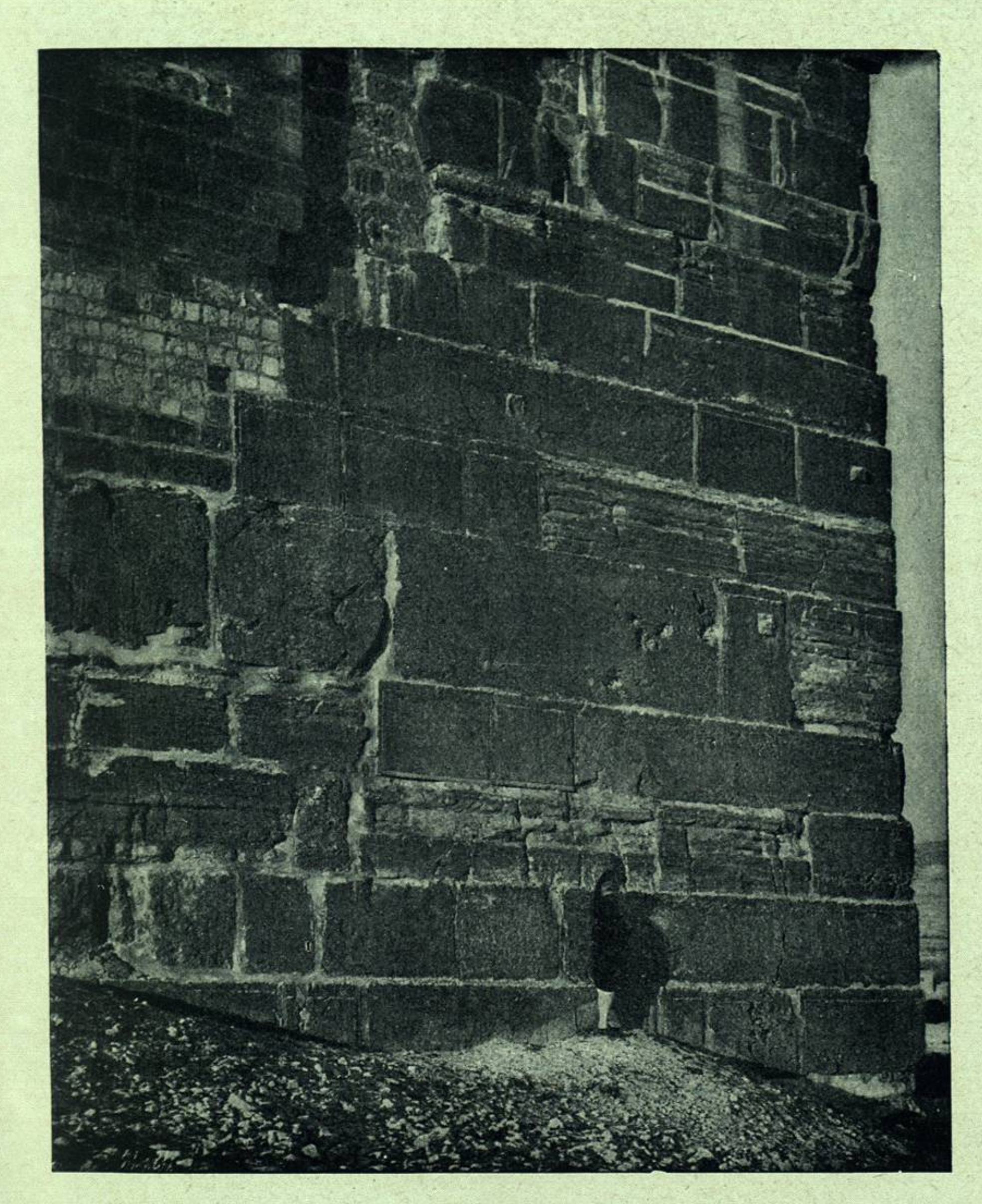
tud de inscripciones estrechadas en el reducido espacio de un solo torrente podría explicarse admitiendo que ese lugar hubiera sido designado como campo de feria á los mercaderes extranjeros por las tribus de la Península [1].

Quizá el clima de Sinaí fuera más húmedo en aquellas épocas antiguas, y los viajeros encontrasen más agua y vegetación que la que existe en nuestros días; sin embargo, las descripciones de este país que se nos han dejado, prueban que la diferencia no puede haber sido considerable: la relación mítica de la estancia de los Hebreos en el desierto atribuye á continuos milagros el brote de las aguas y la aparición del alimento necesario al pueblo errante. Es, pues, imposible prestar fe á la leyenda que, tomando cuerpo mil doscientos ó mil trescientos años después, nos muestra á los hijos de Israel caminando en masa y durante años á través de las soledades del desierto de Sinaí. Convertidos en agricultores en Egipto y recordando las «ollas de carne» y las comidas abundantes [2], ¿cómo habrían de acomodarse durante cuarenta años á la dura existencia de los comedores de saltamontes?

Lo que ha de retenerse de las tradiciones judías es que reunen elementos diversos, pero de igual importancia en el conjunto de los orígenes de la nación. Entre sus antepasados, los Judíos han concedido el primer lugar á los que participaron de la cultura de Egipto, pero recuerdan también las familias patriarcales que van errantes en busca de los pastos, y los flacos Beduinos, hermanos de los Amalecitas [3], que buscaban la sombra en la cavidad de las rocas y cavaban el suelo de los *uedi* para descubrir en ellos un poco de agua. La historia de la estancia en la península Sinaica no es más que un episodio amplificado del cambio de residencia de las tribus árabes que, viniendo de los diferentes puntos del horizonte, se reunieron finalmente al Oeste del Jordán.

Durante los malos tiempos, las tribus huídas de Egipto, y que probablemente se habían acantonado en las comarcas próximas del

1 Palmer, *The Desert of the Exodus*.
2 *Exode*, cap. XVI, v. 3.
3 Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 26.



Cl. Bonfils.

SILLARES SALOMÓNICOS

(FORTIFICACIONES DE JERUSALÉN)

De una fotografía.



CONVENTO DE SANTA CATALINA AL PIE DEL DJEBEL-MUSA

Cl. Bonfils.



CASAS EN LAS ROCAS EN MAR-SABA, CERCA DE LA ORILLA OCCIDENTAL DEL MAR ROJO
De una fotografía.

valle del Jordán aliándose á los pueblos del desierto, se consolaban pensando en la conquista inmediata de las comarcas fértiles que bordean el Mediterráneo. Su ambición no pudo realizarse completamente: los Hebreos no conquistaron la tierra de Canaán.

Es indudable que el nombre de Canaán ha acabado por aplicarse históricamente á las comarcas elevadas que separan el litoral sirio de los montes próximos del desierto; pero la significación precisa de esta denominación «Tierras Bajas», opuesta á la de Aram, «Tierras Altas» [1], no permite dudar que se refiere primeramente á las campiñas ribereñas del mar. Los Israelitas, yendo en busca de la «Tierra Prometida», hablan sin cesar de campos «por donde corren ríos de leche y miel» que les han de pertenecer un día. No alcanzaron el objeto de sus votos; la tierra tan fecunda de las costas fenicias quedó casi siempre en poder de las ciudades independientes de la ribera ó de los ejércitos conquistadores de Asiria ó de Egipto, pero poco á poco

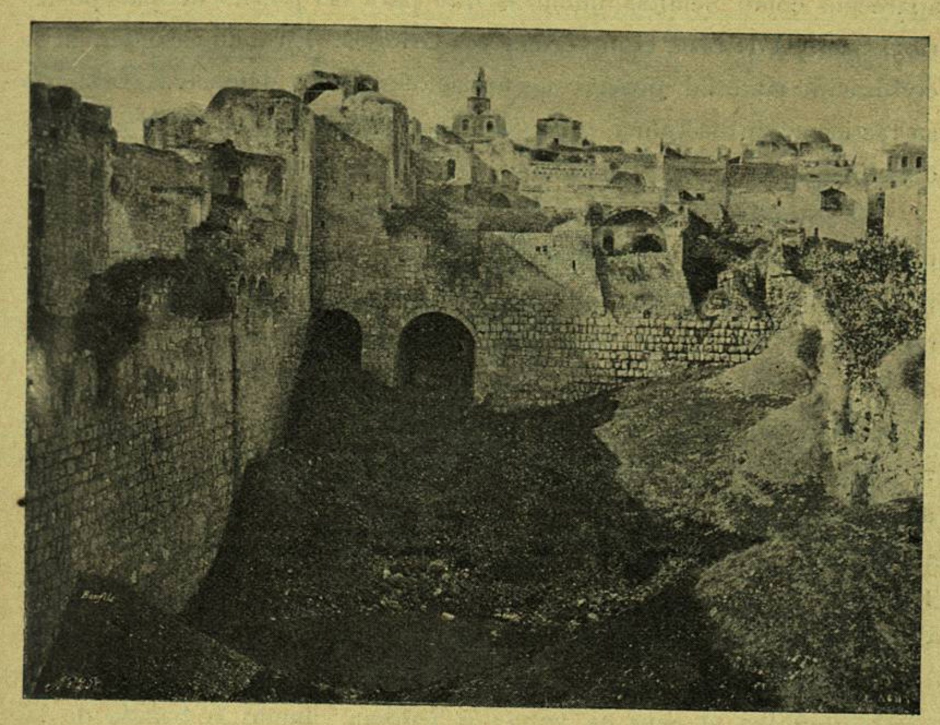
[1] Movers, *Die Phœnizier*, p. 1.

el territorio designado con el nombre de «Tierras Bajas» se cambió por el de las «Tierras Altas» del país posterior. Existen ciertamente sitios graciosos, valles regados, llanuras de aluviones fértiles en esas regiones del interior cananeo, pero el conjunto de la tierra ocupada por los Judíos hace tres mil años, es, si no árido, á lo menos está sembrado de rocas y breñas difíciles de fecundar, y el cielo que le ilumina no vierte sobre él sino escasas lluvias.

En las crónicas de su historia tratan los Israelitas de glorificar su triunfo sobre los Cananeos, y, según las relaciones que se hallan en el libro de los *Jueces*, podría creerse que han exterminado todo delante de sí, desde Egipto á Siria y desde el desierto al Mediterráneo; apenas hubieran sido exceptuadas del exterminio algunas tribus para vivir en la esclavitud y desempeñar los bajos oficios á que no podía prestarse la raza elegida; pero los detalles geográficos que nos dan los mismos Israelitas sobre la dispersión de sus tribus en las tierras cananeas, nos muestran que el establecimiento de los Beni-Israel fué extremadamente difícil y hubo de ser comprado con grandes humillaciones, por siglos de combate, alianzas de toda clase y de apostasías.

No siendo en realidad el libro de los *Jueces* más que una recopilación en que se mezclan de la manera más absurda himnos de guerra y vagos recuerdos, la imaginación popular, llena siempre de vanidad pueril, ha podido figurarse, acerca de antiguos conflictos, que nada pudo resistir al valor de los antepasados; pero debe hacerse constar, por el contrario, que después de siglos de residencia en el valle del Jordán y en las campiñas de Hebrón, de Samaria y de Galilea, el pobre pueblecillo esparcido de los Judíos hacía una figura muy triste en el interior del país cuyo litoral era poseído por Filisteos, Cananeos y Fenicios. Tampoco brilla en la historia desde el punto de vista de la adaptación recíproca del hombre y de la Naturaleza. No puede atribuirse al habitante de las altas tierras de la Palestina ninguno de los descubrimientos que enriquecieron la humanidad; su civilización fué toda de importación. (Gustave Le Bon).

La escasa importancia del pueblo hebreo relativamente á sus vecinos se nos demuestra por el hecho mismo de que el nombre usual de todo el país es de origen griego y no se refiere en ningún modo á la



Cl. Bonfils. PISCINA DE BETHESDA EN JERUSALÉN

De una fotografía.

población semítica, sea judía ó cananea, alejada del mar. Los Helenos, que nos han legado su nomenclatura geográfica, no conocían el país de Israel, y no mencionan más que la Palestina, es decir, la tierra de los Plesti (Phlisti, Phlisti-Creti), gentes de comercio y de pillaje, que se habían instalado sobre el litoral al sud del monte Carmelo en la época en que Creta y Sidón poseían la hegemonía marítima y dominaban sobre el mar. Los Filisteos habían fundado sobre la costa una confederación militar que fué frecuentemente temible á sus vecinos — una flotilla salida de Ascalón hace treinta y un siglos puso fin á la hegemonía de la «madre de Tiro» —; en tierra, durante seis siglos, los Israelitas, «Bárbaros» del interior, chocaron impotentes contra la Pentápolis filistea ó Liga de las «Cinco Ciudades». Muy mezclados con elementos diversos á consecuencia de sus constantes expediciones sobre los contornos del Mediterráneo oriental, esos Filisteos debían presentar un carácter doble que reflejaría los rasgos de los pueblos con los cuales se encontraban en contacto: á los Griegos puros, Jonios ó Dorios,

aparecían como Semitas, mientras que para las gentes del país posterior, Semitas de raza, eran verdaderos Griegos. En todo caso, tenían su civilización material, poseían sus armas ofensivas y defensivas, conocían su táctica y su disciplina, y por el comercio exterior se proveían abundantemente de todos los recursos necesarios á su pequeño territorio.

El estudioso Herodoto, tan aficionado á rebuscar curiosidades, quedó también en la más completa ignorancia del mundo israelita tan oculto por las ciudades fenicias y filisteas: no conoció más que las poblaciones del litoral, apoyadas sobre la gran vía histórica entre el alto Eufrates y el bajo Nilo, entre Damasco y Menfis [1].

Los Judíos estaban tan bien acantonados en el interior, hacia la cavidad del Jordán, que sus libros sólo hablan vagamente del mar, como de oídas; la única referencia que hacen refiriéndose á su historia consiste en ese acontecimiento trágico-cómico llamado «el paso del mar Rojo». Asimismo, la relación del diluvio, tal como la reproducen según los Babilonios, prueba que no sabían cómo estaba construído un barco: el arca no era para ellos más que una gran caja, é ignoraban lo que significaba el acto de soltar la paloma cuando la bajada de las aguas: no sabían que esta ave servía de brújula á los marinos del golfo Pérsico y del Mediterráneo para indicarles la dirección hacia la tierra [2].

Una genealogía, probablemente de origen asirio, que reproduce con variantes el décimo capítulo del *Génesis*, da idea de los conocimientos etnográficos de los Hebreos en la época en que se reunieron los diversos elementos históricos y legendarios que constituyen las «Escrituras». Ese «cuadro de las naciones» es un documento de un valor de primer orden para los etnólogos, porque demuestra que los pueblos tenían ya conciencia de una colectividad humana, de una gran familia que comprendía elementos muy distintos unos de otros.

Probablemente no han pasado treinta siglos desde que esta enumeración de los pueblos conocidos fué reproducida por los cronistas judíos [3]. Sin embargo, los límites del mundo parecían entonces más estrechos que lo que puede suponerse, puesto que ni los Turcos ni los

[1] *Historias*, I, 105; II, 106; III, 5; IV, 83.
[2] Von Ihering, obra citada.
[3] Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israël*, II, p. 179.

ETNOGRAFIA DEL ORIENTE MEDITERRÁNEO



CUADRO DE LAS NACIONES



HIJOS DE SEM — HIJOS DE CAM — HIJOS DE JAFET

NOMBRES DE LOS HIJOS DE CAM QUE HABITABAN EL TERRITORIO DE CANAAN

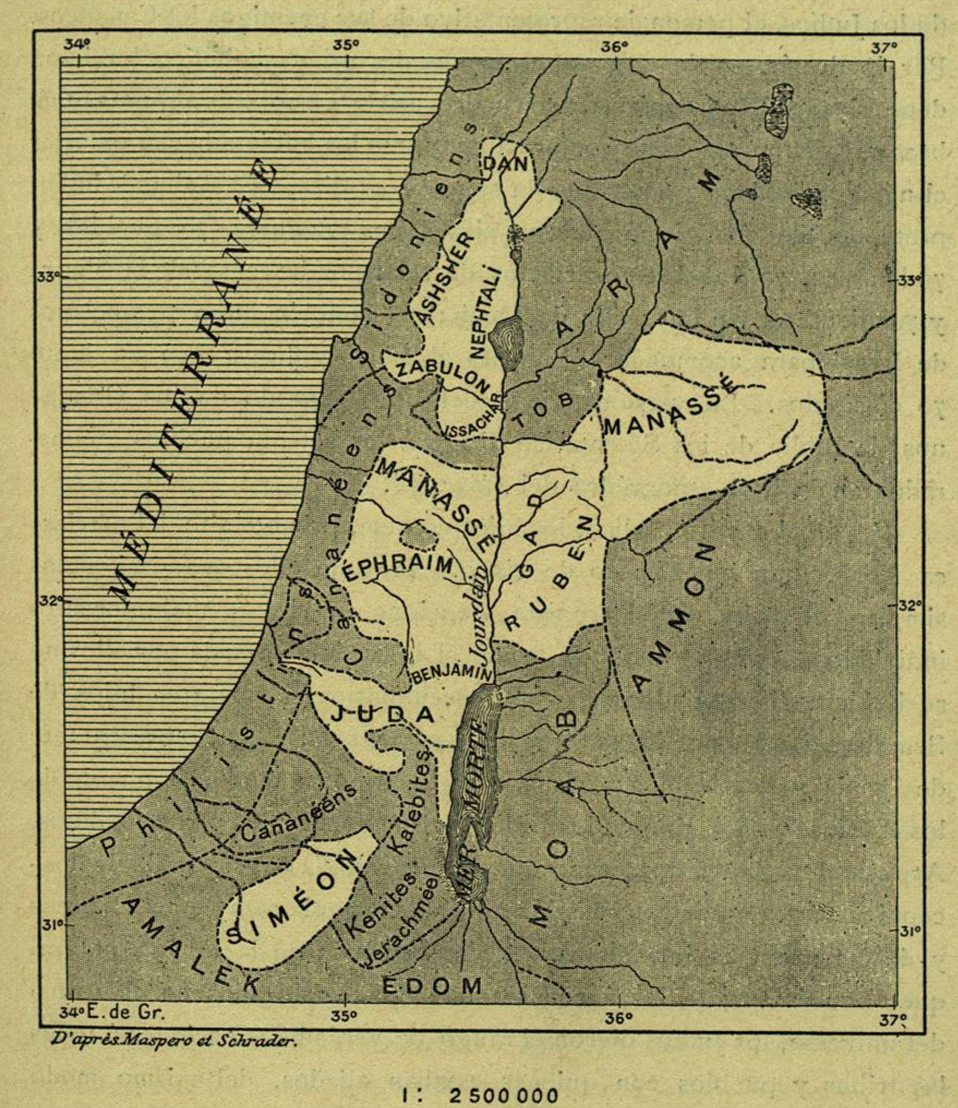
a Sidon, b Het, c Jebus, d Amor, c Guirgas, f Hevi, g Ark, h Sini, i Arvad, j Samar, k Hamath.

ESCALA 1: 25 000 000

0 250 500 1000 Kilom.

negros son mencionados, aunque unos y otros deben seguramente haber penetrado en el horizonte semítico por algunos representantes [1]. Gog

N.° 117. Tribus de los Judíos y pueblos inmediatos.



y Magog, de quienes ciertos comentaristas recientes han querido hacer, en interés de discusiones políticas, los antepasados de las poblaciones

[1] Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, II, p. 204.

del Norte de Asia, son nombres étnicos aplicables á tribus caucásicas; y Cam, el maldito, á quien algunos fautores de la esclavitud, vanagloriándose al mismo tiempo de ser buenos cristianos, han designado como el padre de todos los Africanos, era muy especialmente en el concepto de los Judíos, el personaje representativo de sus enemigos los Cananeos. Por lo demás, es de creer que razones de orden simbólico hubieran determinado á los copistas del cuadro asirio á suprimir algunos nombres cuya importancia no comprendían y que les hubiera hecho exceder el número doblemente sagrado de siete veces diez. El Talmud, intérprete de ese misticismo de las cifras, nos enumera 70 pueblos y 70 lenguas, 70 ángeles encargados de velar por las cosas de la Tierra y 70 miembros de la familia de Jacob; así también hubo 70 ancianos de Israel para acompañar á Moisés al Sinaí y Jesús tuvo en junto 70 discípulos. La versión griega del libro sagrado de los Cristianos, la Biblia de los Setenta, se dirige á los setenta pueblos enumerados en la lista etnográfica del *Génesis* [1].

Según el cuadro bíblico, los hijos de Sem, primogénito del patriarca Noah, eran en número de cinco. Tres de ellos son designados simplemente, sin que el cronista mencione su hijo ó cualquier otro individuo de su descendencia, como si la nación formada por ellos no se hubiera diferenciado en grupos secundarios. Esos tres hijos de Sem descuidados por los autores del cuadro, son: Elam, representante de Persia y de Suciana; Assur, ó dicho de otro modo, el pueblo de los Asirios, y Lud, tipo de los Lidios. En cuanto á los otros dos hijos, Arphaxad y Aram, aparecen con una genealogía considerable de descendientes: como que es cuestión aquí de la propia raza de los Hebreos y de las naciones inmediatas. Á consecuencia de la ilusión natural que lleva á los pueblos á considerarse como colocados en el centro del universo, los Judíos dieron el rango de verdaderas naciones á todas las tribus y pueblos con quienes estaban aliados, del mismo modo que, entre sus adversarios, atribuyeron á los Cananeos, rechazados como abominables hijos de Cam, una importancia completamente excepcional. Á consecuencia de la falsedad del punto de vista, se halló que sobre el número de 70 naciones que se suponía habían de

[1] Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, ps. 328, 329. — E. Maurice Lévy, *Nota manuscrita*. (Véase el cuadro de las naciones en el capítulo siguiente).

constituir el conjunto de la humanidad, 35, es decir, exactamente la mitad, eran poblaciones amigas ó enemigas de los Judíos y ocupaban la estrecha banda de tierra comprendida entre el Mediterráneo, el alto Tigris y el desierto; el golfo de Pelusa y el Taurus armenio eran sus límites extremos. Así la geografía de los escritores del *Génesis* nos revela sobre todo la estrechez de su horizonte.

Aunque los Judíos hayan puesto grande empeño en representar á los Cananeos como pertenecientes á la raza maldita de Cam, parece, por el contrario, que unos y otros formaban parte del mismo grupo étnico. Físicamente ofrecían el mismo tipo: vecinos inmediatos, se disputaban la posesión del mismo suelo, de la misma patria, y, por último, hablaban dialectos diferentes de un mismo lenguaje: los idiomas de Judá y de Israel, de Canaán y de Aram, de tal modo se parecían, que se les empleaba igualmente en la misma obra.

La mezcla caótica de los Judíos y de los Cananeos en el espacio estrecho que los encerraba impidió mucho tiempo á la nación de los Beni-Israel escogerse un centro político duradero. Dispersos en tribus y luchando penosamente por su existencia, los Judíos no podían darse una capital y se limitaban á tomar un lugar de reunión para sus delegados cuando ocurrían crisis graves que pedían una acción colectiva. Un *galgal*, rústico altar de piedra, montón de piedras erigidas en medio de la llanura de Jericó, primera ciudad de la Cis-Jordania, fué el lugar de reunión donde las diversas tribus venían á renovar de tiempo en tiempo el lazo de cohesión nacional y reafirmar el sentimiento de su unidad. Cuando los Judíos tuvieron más sólidamente asiento en la comarca y la vida económica tomó más intensidad, se estableció un nuevo centro de gravedad, y entre las doce familias israelitas prevaleció la costumbre de reunirse con ocasión de las fiestas y de los mercados sobre los confines de las dos tribus meridionales de Judá y de Benjamín. Sobre ese terreno neutro entre los Josefitas del Norte y los Judíos ó Judeanos propiamente dichos del Sud, existe Beth-El, es decir, la «casa de Dios», pirámide graduada, comparable á las que elevaban los Babilonios en sus grandes ciudades del Tigris y del Eufrates, pero de dimensiones mucho más humildes [1].

[1] Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israël*.

Después varió un poco hacia el Norte el centro político, á consecuencia de las incursiones filisteas, y las tribus se reunieron en otro campo de feria y de oración, menos expuesto al peligro. Entonces fué cuando Siloh, la moderna Seilum, llegó á ser una especie de capital religiosa, desde luego mucho mejor situada que todo otro lugar de la Palestina como foco natural del conjunto de los Beni-Israel.

Durante un período indefinido de lo menos tres siglos, la confederación de las tribus israelitas vivió así, sin capital oficial, pero conservando la conciencia de su parentesco, aunque se produjera poco á poco cierto antagonismo entre el grupo de Judá y el de Israel ó de los Josefitas: hasta en el destierro quedó imperfecta la sutura entre los Beni-Yakob y los Beni-Yusef, división latente que hubo de tomar un carácter más agudo precisamente en la época en que la potencia militar de la confederación cambió de lugar en pro de una sola de las doce tribus y le aseguró la dominación violenta. El lugar de las reuniones perdió entonces el carácter de neutralidad que le había dado su situación intermedia entre los dos grupos de tribus y fué transferido hacia el Sud, en pleno territorio de Judá, en un terreno que había conservado sin duda cierta fama de santidad, como lo indica su denominación Uru-Salim, «ciudad del Dios y de la Paz». Esta ciudad existía ya mucho antes de la llegada de los Beni-Israel á la «Tierra Prometida», probablemente desde los tiempos de una antigua dominación de los Babilonios, que la habían consagrado á uno de sus dioses nacionales [1].

Cuando David, el afortunado capitán de partidas que llegó á ser rey, instaló su residencia en Jerusalén, se había inspirado evidentemente en consideraciones estratégicas. Como soldado había de habitar en una ciudadela y no en una de esas ciudades abiertas cerca de las cuales venían á acampar los mercaderes, y Jerusalén respondía á esta necesidad por ocupar una posición muy fuerte; situada exactamente sobre la arista que divide la vertiente entre el Mediterráneo y la mar Muerta, domina toda la comarca, elevándose como una torre de vigía sobre el gran cuadrilátero comprendido entre Egipto y el valle de Esdraelon; al Oeste, al Sud y al Este el suelo se corta brus-

[1] Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 73.

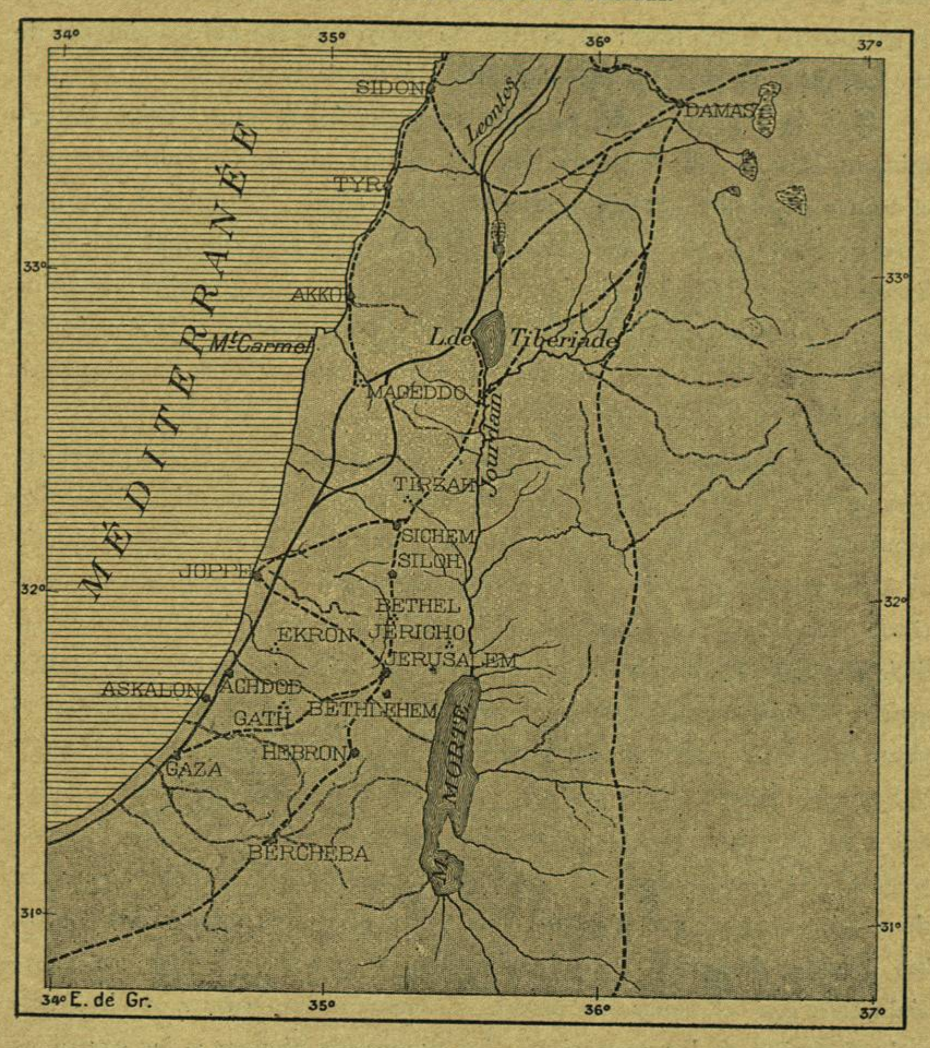


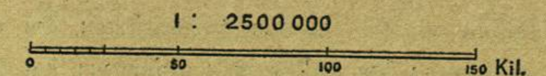
JARDÍN DE ROIO, VALLE DE GÉHENNE

Cl. Bonfils.

camente en torrentes profundos, cuyas paredes, actualmente gastadas por el tiempo, eran antes de difícil escalo; únicamente al Noroeste,

N.° 118. Caminos y ciudades de la Palestina.





La Pentápolis filistea comprendía Askalon, Achdod, Ekron, Gath y Gaza.

un istmo de rocas, cerrado por obras de defensa, unía el acantilado al resto de la meseta. No podía escogerse mejor posición para agrupar las fuerzas contra los Filisteos que ocupaban ciudades fortifica-

das del litoral y habían derrotado frecuentemente á los Judíos en los países accidentados de la región intermedia: era natural que la capital se elevase en la proximidad de los pueblos que había que combatir; así pasan las cosas en todo cuerpo organizado, animal, planta ó grupo de individuos: el centro de resistencia se coloca delante de las fuerzas que se trata de neutralizar ó de destruir.

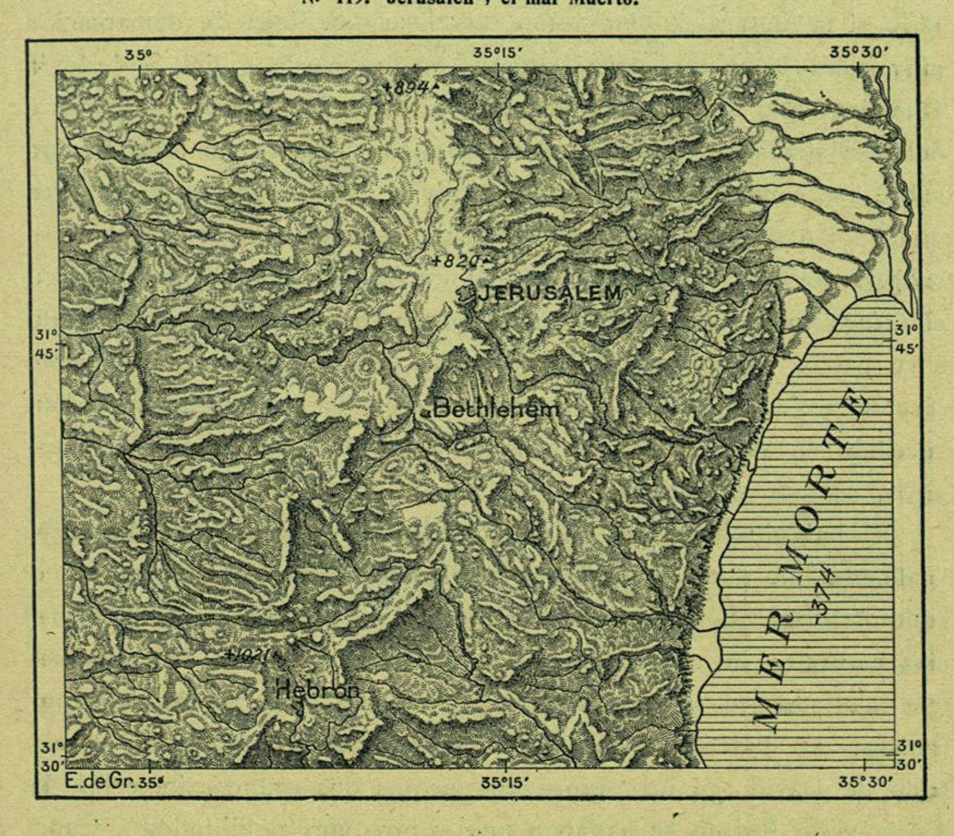
Bajo la influencia de razones análogas á las que habían determinado la elección de Jerusalén, las tribus de Israel colocaron sus comunes capitales sucesivas, Sichem (Mabartha), Neapolis ó Naplusa, Tirzah, Samaria (Sebaste), hacia la extremidad meridional del país, frente á Jerusalén, su rival y frecuentemente su enemiga. En los dos fragmentos del reino roto después de la muerte de Salomón las capitales se dan frente, siendo excéntricas una y otra á su propio territorio.

Lo mismo que su ciudad fuerte, Jerusalén, todo el país de Judá estaba bien protegido estratégicamente contra el enemigo. Macizo montuoso de difícil acceso, defendido por pendientes rocosas, donde el abastecimiento de los asaltantes hubiera ofrecido dificultades, constituía una fortaleza natural que los ejércitos conquistadores que se dirigían hacia Damasco ó Egipto evitaban cuidadosamente. La Judea estaba además completamente garantida en su parte oriental por el profundo foso en cuyo fondo corre, en sentido contrario del nivel del Mediterráneo, el río Jordán y en el cual reposan las aguas saladas del mar Muerto. Las grandes diferencias de nivel, las altas breñas, y quizá también en parte las leyendas de terror que circulaban acerca de esta comarca, permitieron á la pequeña Judea conservarse entre los grandes imperios mucho más tiempo que sus vecinas, y especialmente que el reino de Israel, y, hasta cierto punto, vivir ignorada al abrigo de las montañas. La llanura de Sichem y las campiñas de Samaria estaban mucho menos protegidas; los relieves de las montañas son menores; los valles más abiertos; las pendientes más accesibles; al Este el Jordán está menos encajonado; al Oeste el camino de las caravanas y de los ejércitos atraía cada año, por decirlo así, el peligro de una invasión lenta ó brutal. La línea de las comunicaciones entre los Filisteos y el oasis de Damasco, entre Egipto y Caldea, entre África y Asia había de atravesar á toda costa el

territorio de los Josefitas, y los Israelitas carecían de la energía necesaria para renovar el esfuerzo de los Hititas permaneciendo dueños de las barreras.

El principal punto de paso natural para los emigrantes y los conquistadores fué en todo tiempo la depresión de tierras bajas que

N.° 119. Jerusalén y el mar Muerto.



se extiende al Norte de las montañas de Carmelo, entre la bahía de Akka y el lago de Tiberiades: esta llanura denominada de Megiddo (Mageddo) ó de Esdraelon y por la cual corren las aguas de Kison — el Nahr el Mukotta de nuestros días, — separa claramente las montañas de la Palestina meridional y las de la Galilea, formando así,

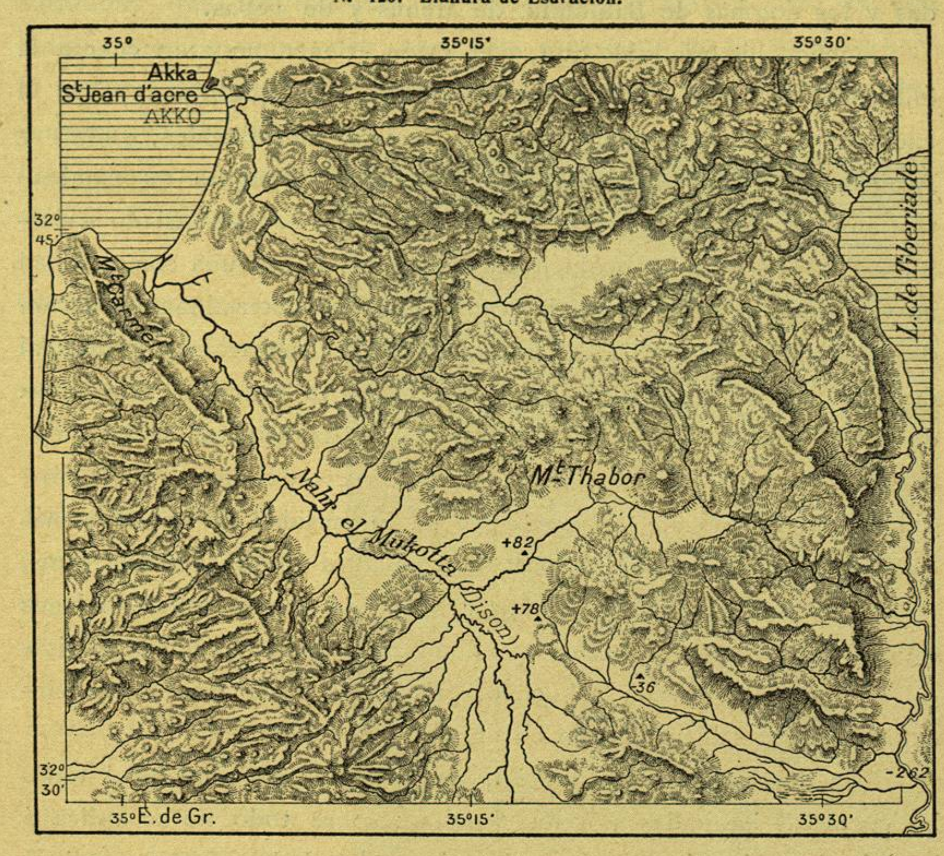
al Norte y al Sur, una zona de división etnológica y política que guarda su valor durante el curso de las edades: los reinos y las confederaciones, que modificaron incesantemente sus contornos siguiendo las guerras y las alianzas, respetaron ordinariamente este límite, y sabido es que los Judíos del Mediodía, que tenían sangre de nómadas y de bandidos en sus venas, hacían escaso aprecio de los sencillos agricultores de Galilea, país del cual «no podía venir nada bueno». Pero si la llanura de Esdraelon establece una línea de demarcación muy clara entre los países montuosos del Norte y del Sud de la Palestina, une también ampliamente el valle del Jordán y el litoral del Mediterráneo, y por ello los ejércitos chocaron en todo tiempo sobre ese camino de cruce, unos venidos de ultra-Jordán y los otros que habían seguido la vía de la costa. Los comentadores del *Apocalipsis* colocan en esta misma llanura de Megiddo, Armagheddon, el futuro campo de batalla donde los Judíos convertidos, volviendo á su patria, exterminarían los ejércitos de los Gentiles. Esta predicción no es en realidad sino un recuerdo de las luchas que se han sucedido en esta llanura sangrienta, á los pies de los montes Carmelo, Thabor y Gilboah.

El país de Judá, tan felizmente colocado para las facilidades de la defensa, no podía llegar á ser temible para los vecinos como reino conquistador: era de harto escasas dimensiones; con sus dependencias naturales, no cubre más que una superficie de 4 á 5000 kilómetros cuadrados, ni siquiera las dimensiones medias de un departamento francés. La Judea no tomó cierta importancia agresiva hasta el reinado de David, en una época en que los dos grandes imperios de Asiria y de Egipto se hallaban uno y otro muy debilitados [1], y aun en el momento de su gloria militar, no pasó al Norte, las inmediaciones de la Cœlo-Siria; al Sud, Ezeongeber, cabeza del golfo de Akabah; al Este, su dominación se extendía sobre Moab y Ammon, de donde los dos tercios de los habitantes fueron pasados á cuchillo: á pesar de todo, el reino alcanzaba apenas 300 kilómetros en su mayor dimensión. Salomón debió su gloria y su riqueza al solo hecho de que, hábil en el arte de explotar los monopolios,

A. H. Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 33.

supo hacerse aceptar como asociado de Hiram, rey de los traficantes fenicios [1].

N.° 120. **Llanura de Esdraelon.**



1 : 500000

0 10 20 30 Kil.

Este mapa podría dar informes más completos. El monte Gilboah ó Gelboe domina el macizo sud-oriental del mapa, su altura llega de 700 á 800 metros, el Carmelo 551 y el Thabor 595 metros. El nombre antiguo del Nahr-el-Mukotta — Río de la Matanza, — es Kison y no Dison. La posición exacta de Megiddo no es suficientemente conocida para que se le pueda indicar sobre una carta de grande escala.

Así como las ciudades del litoral fenicio debieron á su posición intermedia entre los dos Estados preponderantes su importancia como vehículos de riquezas, de industrias y de ideas, así también las ciu-

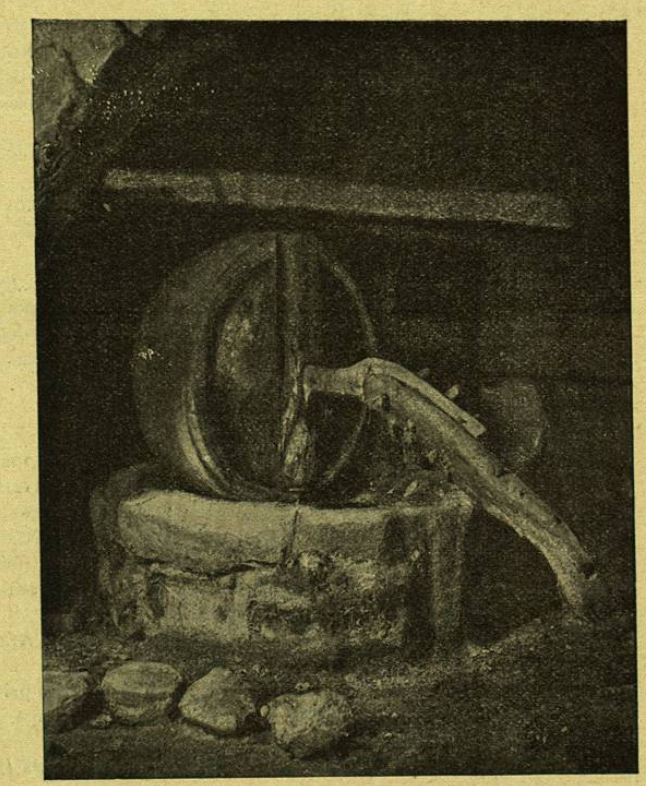
[1] Elie Reclus, *Nota manuscrita*.

dades del interior, donde se elaboraban más lentamente los cultos religiosos, llegaron á ser en el mundo los agentes principales para la transmisión de creencias en las cuales se entremezclaban las leyendas y los dogmas de Babilonia, de Menfis y de Tebas.

Muchos historiadores que, con razón, tienen muy en cuenta la influencia del medio sobre los individuos, han querido explicar el nacimiento del monoteismo en los Semitas meridionales, Judíos y Árabes, por la sola influencia del clima local; pero sus razonamientos, aunque conteniendo gran parte de verdad, son demasiado «simplistas». Las grandes evoluciones históricas ofrecen una complexidad muy rica en el conjunto de las causas que les determinan; la acción del tiempo se junta á la del espacio. En las comarcas próximas al desierto, en los sitios augustos y terribles, la sencillez majestuosa de la Naturaleza debía, dicen, influir poderosamente en la imaginación del hombre y darle una concepción correspondiente de la divinidad. El círculo de horizonte en su inmensidad no encierra más que extensiones por todas partes semejantes las unas á las otras, rocas y arenas grisáceas, algunos árboles de escaso follaje, lejanos espejismos; y sobre la extensa redondez del suelo de líneas precisas se redondea la bóveda del cielo, gris en la parte baja de la circunferencia, de un azul duro en el zénit.

Esta descripción dista mucho, no obstante, de convenir á todas las comarcas habitadas por los Semitas; sobre todo no se aplica á la Palestina, tierra sobre la cual vivieron los Judíos durante quince siglos y donde su religión tomó su carácter definitivo. Los Beduinos errantes que recorren las soledades del interior al este del Jordán, son precisamente los menos religiosos de los Semitas: han recibido creencias hechas, extrañas á toda especie de fanatismo ó de propaganda. Puede decirse solamente de una manera general que, en el conjunto de las comarcas semíticas, la espléndida uniformidad de los espacios tranquilos, iluminados por un sol violento, ha debido contribuir en gran parte á dar un aspecto noble y grave á las concepciones de los habitantes; han aprendido á ver las cosas simplemente, sin buscar en ellas grandes complicaciones, y su mitología primitiva no debía semejarse al caos de las fuerzas divinas que se desprenden de la naturaleza infinitamente variada de la India, con

sus altas montañas, sus grandes ríos, sus bosques inmensos, sus climas exasperados por la abundancia de las lluvias y el furor de las tempestades. Sin duda el mundo sobrenatural, imagen mental de la naturaleza que les rodeaba, se mostraba al espíritu indo en una bella y sencilla ordenación; pero esta naturaleza no se revelaba bajo el imperio de una fuerza única: hasta en su augusta grandeza presentaba una variedad infinita y debía reproducirse religiosamente bajo las diversas formas anteriores á la evolución monoteista.



Cl. Bonfils. MOLINO ANTIGUO EN BEIT-DJIBRIN

De una fotografía.

En la época en que vemos aparecer por primera vez los Judíos en la historia, no se habían substraído aún á la religión fetichista, dado caso que exista en el mundo una raza, un pueblo, un individuo que se halle completamente desprendido de ella. La Biblia nos habla de los amuletos ó *teraphim* de madera, de tierra cocida ó de metal que llevaban las mujeres y las hijas de los patriarcas, y que se parecían absolutamente á los fetiches con que conversa el negro del Congo. Ciertas piedras eran también consideradas por los Hebreos primitivos como seres misteriosos que ocultaban un temible poder bajo sus formas rudimentarias, vagamente semejantes á la del hombre. Antes de la construcción del Templo, los Judíos celebraron sus ritos alrededor de piedras sagradas, sea apiladas en montones, sea plantadas en la cima de una pirámide, sea elevadas en medio de un campo

como los *menhirs* de los Galos. Estas rocas santas eran los *bethel* ó «casas de Dios», que se creían animadas de un poder sobrenatural, y sobre las cuales se colocaba «el arca», es decir, la caja sagrada que contenía, si no el dios mismo, á lo menos un soplo de su aliento.

Leyenda del mapa n.° 121.

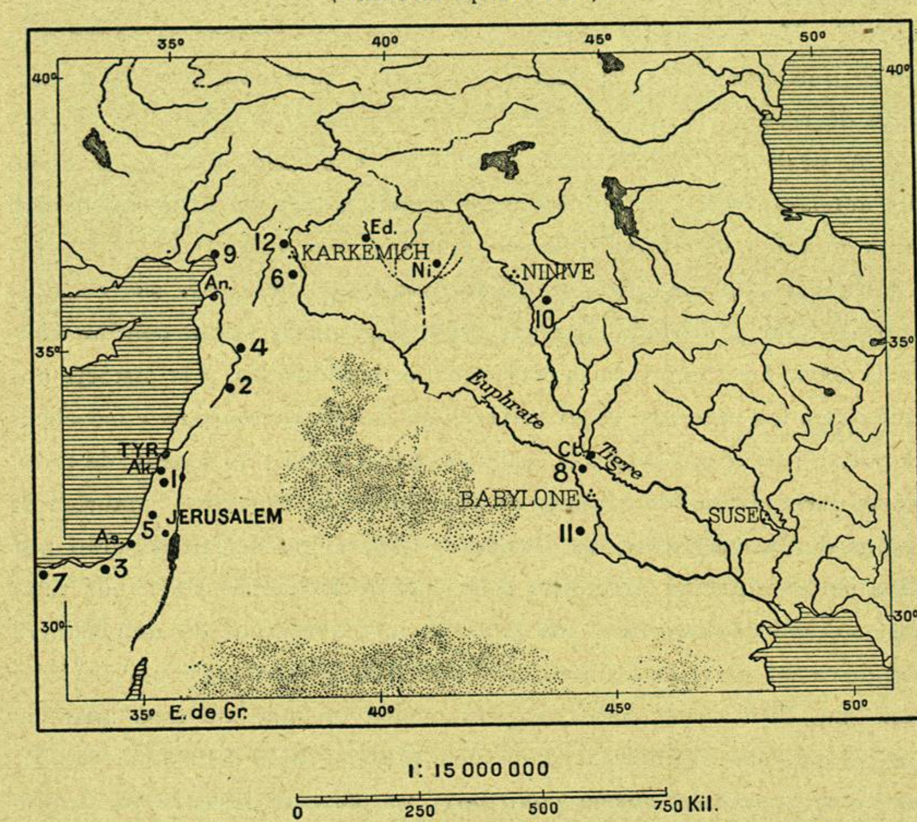
		Era vulgar.
1.	Megiddo, derrota de los Sirios por los Egipcios. Año 22.° del reinado de Thutmos III.	
2.	Kadech, batalla indecisa (?) entre los Egipcios y los Hititas. Año 4.° del reinado de Ramsés II. . . .	— 1354 ?
3.	Raphia, derrota de los Sirios por los Egipcios. Año 8.° del reinado de Ramsés III.	
1.	Gilboah, Saúl derrotado por los Filisteos . . . . hacia	— 1050
4.	Karkar, derrota de los Sirios (Benhadad) por los Asirios (Salmanasar)	— 853
4.	Karkar, — — (Jahubid) — — (Sargón). .	— 722
3.	Raphia, — Egipcios (Chabaku) — — — . .	— 722
5.	Altaku, — — (diversos) — — (Sennacherib).	— 703
1.	Megiddo, — Hebreos (Josías) — Egipcios (Niko II).	— 608
6.	Karkemich, — Egipcios, (Niko II) — Nabucodonosor . .	— 605
7.	Pelusa, — — (Psammitik III) — Persas (Kambises) .	— 525
8.	Cunaxa, — de Ciro el Joven por Artaxerxes.	— 401
9.	Issus — de los Persas por Alejandro.	— 333
10.	Arbelles, — — —	— 331
3.	Raphia, — Sirios (Antiochus) por los Egipcios (Ptolomeo).	— 216
	Entre los encuentros de los Romanos con sus adversarios orientales, puede citarse el de Carrhae, al Sud de Edeso (Ed.), donde murió Craso (— 53), las luchas alrededor de Nisibis (Ni.), la batalla en las inmediaciones de Edeso, donde fué hecho prisionero Valeriano (+ 260), y la en que pereció Juliano el Filósofo, al norte de Ctesiphon (Ct.), en	+ 363
11.	Kadisieh, derrota de los Persas (Yezdigerd) por los Árabes (Omar). Año 15.° de la egira.	+ 636
	En la época de las Cruzadas las luchas se realizaron principalmente en las inmediaciones de Edeso, de Antioquía (An.), de San Juan de Acre (Ak.), de Jerusalén y de Ascalón (As).	
1.	Mont Thabor, derrota de los Turcos por los Franceses (Bonaparte) .	+ 1799
12.	Nizib, — — — Egipcios (Mehemet-Ali).	+ 1839
	Suza, Nínive, Babilonia, Karkemich, Tiro, Jerusalén, recuerdan luchas sangrientas.	

Nadie se aproximaba sin espanto á ese terrible y misterioso recipiente, herencia de los Babilonios, de donde se temía á cada instante ver surgir la desgracia, si el espíritu oculto no había recibido suficientes plegarias ni aspirado bastante el olor de los sacrificios.

Sin participar en todos sus detalles de las creencias de los Semitas, los Griegos profesaban también una fe fetichista, sintiendo una veneración particular por los montones de piedras formados por esos

Orientales y los habían introducido entre sus dioses, conservando la denominación semítica bajo la forma helenizada de «baityles» ó «betiles». Cuando los mercaderes fenicios desembarcaban su pacotilla sobre alguna playa griega, plantaban en seguida al lado de su tienda al aire libre la piedra tosca, que, habiéndoles protegido con-

N.° 121. Algunos campos de batalla del circo potámico.
(Véanse los capítulos I á V)



tra el mar, debía defenderles en tierra y asegurarles la fortuna: para ellos era la diosa Achtoreth; para los Griegos que se agolpaban en su derredor, era una Artemisa [1].

Lo mismo que los Babilonios á quienes habían tomado sus ideas y su culto, los Judíos se preocupaban muy poco del pasado; como gentes prácticas, pensaban sobre todo en la vida presente. De una

[1] G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, tomo VII.

parte y de otra, en Jerusalén como en Babilonia, las plegarias insistían sobre el privilegio de una prolongación de vida, y los lamentos tienen por objeto la proximidad de la tumba, de la cripta, «¡donde no se alaba á Dios!» — «¡Da una duración á nuestros años semejante á los ladrillos de Ibarra, extiéndelos hasta la eternidad!» pide Nebucadnetzar. El héroe de una antigua epopeya, Gilgamech, describe el espanto de la muerte á su compañero Esbani, y, entre otros lamentos, formula éste, que de todos le parece el más doloroso: «¡Ay! Ya no puedes abrazar á la mujer que amabas ni pegar á la mujer que odiabas. ¡El horror del mundo subterráneo se ha apoderado de ti!» [1].

Á pesar de lo que se haya dicho en contrario, los Judíos, como sus antecesores los Babilonios y los otros pueblos de la tierra, debían tener también cierto culto de los muertos, porque el paso de la vida á la muerte era tan incomprensible para ellos como para sus vecinos, hijos de Cam y de Jafet; creían, pues, vagamente en la continuación de la existencia bajo formas más ó menos modificadas, y la historia nos dice que á los muertos, cuyo cadáver se había corrompido y mezclado al polvo, pero cuyo soplo, el «alma», había persistido á pesar de todo, solían darle el temible carácter de aparecidos, de espectros hambrientos ávidos de la sangre de los jóvenes. Para evitar ser perseguido por ellos se les ofrecían alimentos y se hacían libaciones sobre sus tumbas, soliendo ocurrir que los muertos no consentían de una manera definitiva en el reposo sino después de que se les matase por segunda vez. La Biblia nos habla expresamente de uno de esos aparecidos, el profeta Samuel, á quien una pitonisa hizo salir de la tumba, pero esta evocación misma contribuyó en parte al desastre que sobrevino, porque, encolerizado contra Saúl que turbaba su reposo, le anunció con sarcasmo su muerte próxima, la de sus hijos y de todo su ejército sobre la montaña de Gilboah [2].

Como se ve, toda la Naturaleza estaba poblada alrededor de los Israelitas; multitud de seres desconocidos se agitaban entre ellos, subterráneos, á flor de tierra, en el aire y en el cielo, porque los astros que veían girar sobre sus cabezas con el firmamento eran para

[1] Alfred Jeremías, *Hölle und Paradies bei den Babyloniern.*
[2] *Samuel*, t. I, cap. XVIII.



Cl. Bonfils. ESTANQUE LLAMADO DE SALOMÓN De una fotografía.

ellos, como para sus educadores babilonios, seres que gozaban de una existencia divina y regulaban desde lo alto el destino de los mortales. Los planetas que se pasean entre las estrellas fijas como pastores en medio del rebaño, ejercían un poder excepcional, pero bajo la vigilancia de los dos grandes orbes que reinan sobre el día y sobre la noche. La vista del cielo, con su jerarquía aparente, era, pues, apropiada para inspirar á los Judíos la idea del orden por autoridad y subordinación: del mismo modo que las estrellas, agruparon los innumerables espíritus de la tierra y del aire en ejército de *Elohim* ó de divinidades, nacidas á la vez del fetichismo, del animismo y de la astrolatría, viniendo á ser el politeismo regulado por un orden de dignidad semejante al de los ángeles colocados sobre los grados sucesivos de las pirámides babilónicas. El libre politeismo helénico, en su poético desorden, correspondía á una naturaleza mucho más variada y á todo un mundo de ciudades autónomas.

La multitud de los dioses semíticos, designada con el término de Elohim, las «Fuerzas» ó los «Genios», lo era más claramente

aún por la expresión de Tsebaoth, los «Ejércitos», las «Series», los «Ordenes»: mientras los Elohim eran especialmente reverenciados entre los Judíos, los Tsebaoth tenían su culto entre los Israelitas, principalmente en la tribu de Efraim. Ese término, traducido al griego gnóstico por «Æon», fué probablemente tomado de los pueblos de Oriente [1]. Los unos y los otros, Elohim y Tsebaoth, constituían el conjunto jerárquico del mundo sobrenatural que comprendía innumerables divinidades, pero que tendía ya á unirse en un solo Dios á las manifestaciones infinitas.

En efecto, el nombre plural de los Dioses — Elohim, era frecuentemente abreviado en un singular — El —, resumiendo todas las fuerzas distintas que constituyen el mundo sobrenatural, y esta palabra encaminaba el pensamiento hacia la idea de un dueño soberano que unía todas las energías divinas en una sola voluntad: en este sentido se empleaba el nombre de «Dios de los Ejércitos», aplicado á los ejércitos celestes de los astros y de los genios, no á las aglomeraciones de hombres que luchan y se exterminan. Esta jerarquía de las fuerzas de los astros terminaba en el monoteismo.

Varias tribus semíticas se designaban por nombres que les ponían bajo la protección de todos los dioses unidos: Israel, «El que El dirige»; Ismael, «El que El escucha»; Raguel, «El Amigo de Él». Hasta un nombre, Caleb — contracción de Kalb-El, «Perro de El», — expresa con energía la adhesión absoluta de una tribu ó de un hombre á todas las divinidades representadas por una augusta razón social [2]. Por lo demás, en la época de los Jueces y del rey David, la palabra El tenía por sinónimos varios otros términos que expresaban la superioridad infinita, tales como Baal, Milic, Adonai. Este género de nombres, muy común entre los Fenicios, no fué completamente prohibido á los Hebreos por la religión ni por la costumbre, hasta la época en que los profetas de la Escuela de Elías dieron á su culto un carácter de intolerancia absoluta: tales nombres hubieran sido considerados entonces como idolátricos y blasfemos.

Renan hace notar, después de Gesenius, que los nombres formados con los componentes Milic y Baal se encuentran particular-

[1] Paul Carus, *Monist*, 1890, p. 383.
[2] Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israël*, ps. 105 y siguientes.

mente en la familia ó entre los que rodeaban á Gedeón, Saúl y David [1], debido á que siendo Baal el representante de la civilización del litoral, más rica que la de las montañas de Judea, las familias ambiciosas, deseosas de elevarse sobre la multitud de los Israelitas bárbaros, debían preferir su protección. Baal, el «Señor» fenicio, aportaba, con todo su panteón y todos sus ritos, la religión de su pueblo, y ese culto ejercía tanto mayor atractivo cuanto que comprendía la glorificación de la Naturaleza en todas sus manifestaciones de vida ardiente y sensual. Las fiestas alegres de la primavera, de puro sentido simbólico, degeneraban fácilmente en desenfrenadas orgías, y con la vergüenza de su conducta, con el remordimiento de haberse abandonado á ella, los Hebreos volvían á los ritos severos transmitidos por sus abuelos. La historia del pueblo judío está llena de acontecimientos terribles, que los sacerdotes explican como castigos de su Dios á la masa popular culpable de herejías que apenas se distinguían del más abominable desenfreno. Si los Beni-Israel acabaron por alcanzar el mar en su emigración y se fundieron en un mismo pueblo con los Fenicios, no hay duda que, en el mismo medio, llegarían á ser adoradores de Melkart y de Astarté.

Pero la evolución política de las tribus de Israel, que, de nómadas, se hicieron residentes en un país no marítimo, y se constituyeron una patria con fronteras bien determinadas y con ciudades fijas de poderosas murallas, tuvo por consecuencia necesaria retener á los Judíos en la originalidad de su culto, encubriendo en el curso de la duración de varios siglos la vaga religión del desierto en que se mezclaban el animismo, el fetichismo, la astrolatría y el politeismo, con tendencia á la personificación de esos seres múltiples en un solo Dios colectivo. La constitución de su existencia territorial en una patria distinta introdujo un nuevo elemento en la vida religiosa de los Judíos. La nación conquistadora, siempre en lucha, se personifica en el cielo por un dios guerrero, crea un campeón de una fuerza sobrenatural que lleva hasta el infinito todas las pasiones de la raza, celosa, de cólera ardiente y cruel con los enemigos. En realidad Yahveh, el «Tonante», probablemente al principio un dios

[1] Obra citada, ps. 198 y 199.

local del Sinaí [1], no fué en la continuación del tiempo más que la nación judía divinizada, y, por consiguiente, los que, adorándole, se adoraban á sí mismos, trataban de exaltarle al infinito, atribuyéndole un poder ilimitado. Sin embargo, no podían sustraerse al hecho brutal de que otros pueblos rivales vivían á su lado, teniendo también sus dioses protectores. Á la lucha sobre la Tierra correspondía otra lucha en el Cielo: tantas naciones enemigas, otros tantos dioses hostiles, cada uno en posesión de su dominio distinto, tan pronto engrandecido como disminuído por las batallas. En este sentido dice Max Müller que los Hebreos eran, no monoteistas, sino henoteistas, es decir, adoradores de un solo dios limitado á un solo pueblo. Yahveh no era más que un dios local, frecuentemente reducido á una herencia harto escasa; un dios como los de Moab y de Edom, y, por mucho que fuera su orgullo, sus fieles habían de reconocer, sin embargo, que Baal, el dios de los Fenicios, era superior por la riqueza de su dominio y por el número de sus esclavos. El que cambiaba de residencia había de cambiar de culto al mismo tiempo, y David, desterrado entre los Filisteos, no adoraba ya á Yahveh, que se había convertido para él en dios extranjero.

El templo de Jerusalén, erigido sobre la montaña de Sión, se elevó únicamente en honor de un pequeño dios local, y se dió el caso de que los individuos verdaderamente religiosos de las tribus del Norte, que recordaban por la imaginación las antiguas emigraciones en el desierto, las largas marchas bajo la dirección de la columna de vapor ó de la columna de fuego, los montones de piedras que servían de altares, las soberbias montañas sobre las cuales el Altísimo descendía como sobre un trono, sentían una santa indignación á la vista de este edificio, construído á la manera fenicia, donde el rey Salomón tenía la pretensión de fijar su dios [2]. Pero con el tiempo la gloria del santuario se extendió á lo lejos, y, á pesar de la separación de la herencia de David en dos reinos, Judá é Israel, á pesar de las guerras que estallaron frecuentemente entre las dos mitades del «pueblo elegido», el dios nacional no se desdobló en divinidades hostiles, no se dividió el alma religiosa del

[1] Paul Carus, *Memoria citada*, p. 386.
[2] E. Renan, obra citada, t. II, ps. 258 y 259.



Cl. Bonfils.

POZOS DE JACOB Ó DE LA SAMARITANA, CERCA DE LA VILLA DE AKSAR

De una fotografía.

mundo israelita. Fué aquella una evolución de la más alta importancia: el dios de los Judíos tomó un carácter más general: saltando las fronteras, comenzó ese viaje alrededor del mundo que debía un día, á los ojos de Judíos y Cristianos, convertirle en el dios único de toda la Tierra.

Este fenómeno de universalización en beneficio del dios Yahveh se hizo singularmente poderoso, durante mil años, á consecuencia de todas las emigraciones, voluntarias é involuntarias, que se hicieron á expensas de lo que quedaba de la nación en la «Tierra Prometida». Cada enjambre de emigrantes, cada grupo de cautivos llevaba consigo, como su más preciado tesoro, el recuerdo del dios que se adoraba en el templo de Jerusalén. El culto de Yahveh se esparcía así en centenares, en millares de puntos alejados unos de otros y se propagaba entre los pueblos más lejanos. La destrucción de Samaria y

la deportación de los Israelitas del Norte, la destrucción del templo de Jerusalén por los ejércitos babilónicos, su reconstrucción después á la vuelta de los Judíos, añadieron al sentimiento religioso de los fieles todo lo más conmovedor que el amor apasionado del suelo natal, todo lo que los sufrimientos y las alegrías sentidas en común, todo lo que el drama colectivo de la decadencia y de la renovación podía suscitar en los corazones.

Después de su destrucción, la pequeña Jerusalén, capital de un Estado muy humilde al lado de los grandes imperios, no hubiera seguramente resucitado entre sus escombros si no hubiera tenido, al lado del palacio real, el venerado templo de un Altísimo, centro religioso de toda la nación de los Judíos, que cristalizó una nueva forma de creencias alrededor del núcleo que el fervor nacional calificó de patria. La fe precisa con sus dogmas y sus ritos se fijaba hacia la misma época en torno de las antiguas leyendas arameas y babilónicas, cuya redacción constituye el *Pentateuco*. Antes del reinado de Josías, ningún profeta de Israel, ningún rey, ni David en sus *Salmos*, ni Salomón en su *Eclesiastés*, hacen la más mínima alusión á los «cinco libros» supuestos antiguos. Hasta el nombre de Moisés no es mencionado una sola vez; el gran legislador era tan desconocido como si no hubiera existido en el mundo, y surge la duda de si existió en una leyenda judaica antes de haber sido tomado á Egipto ó á Babilonia [1]. Un mundo separa las dos edades.

El dios de los Judíos, que en un principio no tuvo otra misión que defender con rabia los confines de su estrecha patria, tomó un carácter más noble y extenso, se elevó más en el cielo y su dominio se extendió sobre la tierra. De este modo penetró más profundamente en los corazones, porque el pueblo judío no se compone ya de tribus conquistadoras; ya no extermina Moabitas, Edomitas, Amalecitas, sino que le toca ser exterminado: ya no invoca un dios «envidioso y cruel»; lo que ahora necesita es un consolador, un dios de la compasión y de la misericordia, que en la inmensa abyección del presente haga brillar un triunfante porvenir. Habiendo el dolor renovado la nación, renovó al mismo tiempo su dios.

[1] E. Reuss, *Histoire du Canon des Saintes Écritures.*

Y no es esto todo. En la desorganización general de los Estados sobre los que pasan y repasan las gentes de guerra y de saqueo, el pobre pueblo oprimido se yergue desesperado: no quiere oir la voz de sus jefes, sacerdotes ó reyes, que se ligan con sus enemigos para mezclarle en el fango; se enardece ahora y habla directamente á su dios, á quien invoca, no como el protector de la patria, sino como representante de la justicia. Se ha cumplido una revolución moral; locos, iluminados, pastores, gentes indeclaradas y sin mandato se ponen á profetizar, es decir, á hablar en nombre de Dios, en lugar de Dios, — porque ese fué en un principio el sentido preciso de la palabra profeta, — sin preocuparse de las leyes ni de las costumbres; hablan cuando la inspiración les anima, sin respeto alguno á las autoridades constituídas. También ellos, veinticinco siglos antes que los socialistas, se hacen los propagandistas y oradores de esa eterna «cuestión social» que niegan los economistas ortodoxos. Por desgracia ignoran que los oprimidos no han de hallar libertadores fuera de sí mismos, y se dirigen hacia un dios: á lo menos lo que le piden es el ideal por excelencia, le piden la justicia.

Por el pronto, la idea religiosa fué también encaminada hacia la moral. Á este respecto, el lenguaje de los profetas Amós, Miqueas é Isaías toma un carácter de admirable nobleza. Estos hombres tienen acentos cuya potencia de expresión es común á todos los que buscan y buscarán la verdad: forman parte del tesoro literario de la humanidad. Los profetas expresan su repugnancia por la forma religiosa, por los gestos y ceremonias, los sacrificios y las genuflexiones; todo el culto se resume para algunos de ellos en la pura y simple moral, en la práctica de la justicia y en la bondad [1]. Sienten horror por la guerra y anuncian que vendrá un tiempo en que no habrá arqueros, ni caballos, ni carros armados, — es decir, en el lenguaje de nuestros días, ni infantería, ni caballería, ni artillería — ; aspiran á aquella fraternidad universal á que nosotros aspiramos y cuyo espejismo huye ante nosotros hace dos mil años. No teniendo ya patria, porque su territorio está abierto á todas las invasiones, y que por otra parte sus cautivos y sus emigrantes van,

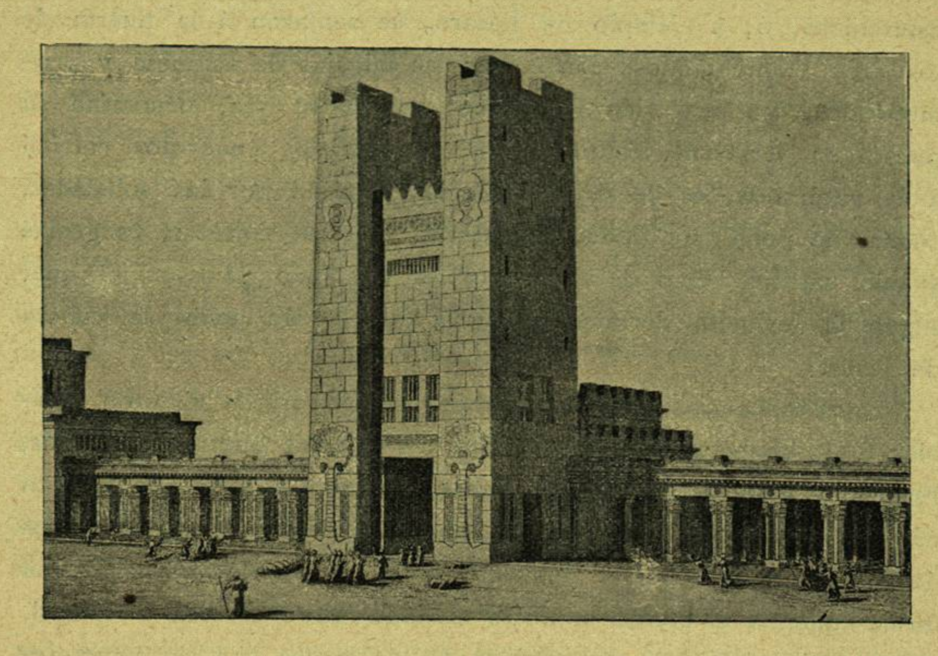
[1] Miqueas, cap. VI.

conducidos por los Fenicios, á poblar todas las partes del mundo conocido, abarcan ya por el pensamiento el conjunto del universo y prevén el día en que los hombres, venidos de las comarcas más lejanas, se reunirán alrededor del templo de Jerusalén para adorar el Dios de todos los hombres, no por fórmulas vacías de sentido, sino en verdad, es decir, en la perfecta conciencia de lo que es justo y bueno.

De ese modo, bajo la acción del tiempo, con sus evoluciones políticas y sociales, los que pensaban en Israel, pero que no obstante, no osaban romper la cadena que les retenía ligados á la personificación divina de su Creador, Conservador y Salvador, llegaron á la concepción de un solo Dios: había nacido el monoteismo, y, naturalmente, los que le habían dado vida no podían imaginarse que en todo tiempo y en todas partes había prevalecido la misma idea relativamente al mundo sobrenatural.

Yahveh, el dios geográfico de las Doce Tribus, se separó de todos los otros dioses locales y se confundió con El, el antiguo Elohim, el dios, ó por mejor decir el conjunto de las divinidades que los pastores hebreos habían adorado durante su existencia de nómadas: el nombre de Yahveh-Sabaoth (Esebaoth), que prefieren los profetas, implica esta asociación colectiva de todas las fuerzas divinas en un solo ser soberano. Las antiguas leyendas y los documentos sagrados que se fijan en esta época de la historia judía son forzosamente diferentes de los de los períodos anteriores; representan una nueva forma del pensamiento. Así es como los escritores imparciales transportan en la comprensión del pasado todas sus impresiones modernas.

Pero ese monoteismo, cuya concepción se había desarrollado claramente en los profetas judíos, distaba mucho de haber formado una sociedad á su imagen, organizada según los deseos de los innovadores. No habiendo aún la justicia y la moral fijado su punto de apoyo donde únicamente pueden hallarle de una manera definitiva, es decir, en el fuero interno del individuo, los profetas habían de trabajar con todas sus fuerzas en la creación de un Estado teocrático, que impusiese á todos la justicia y la verdad, porque el monoteismo que profesaban y la certidumbre de conocer el solo



TEMPLO DE SALOMÓN RECONSTITUÍDO

«Un templo pequeño para un pequeño pueblo». (Gobineau)

Dios, el Dueño absoluto, les infundían una perfecta intolerancia religiosa, una intolerancia de que fueron los primeros introductores en el mundo (Renan, von Ihering). Las 613 leyes del Talmud se sobrepusieron á las otras obligaciones que pesaban ya sobre el hombre del pueblo. «Los Judíos fueron los inventores de una sumisión envilecedora á esos dos monstruos ficticios: la Patria y la Ley; tantos hombres, otros tantos esclavos»[1].

No obstante, agolpábanse demasiados enemigos á su derredor para que pudiesen conquistar el vicariato divino á que aspiraban: los milagros que pedían se hicieron esperar inútilmente de siglo en siglo; no quedaba, pues, á los hambrientos de justicia y de virtud más camino que seguir que suicidarse de desesperación ó resignarse. No pudiendo separar las iniquidades de èste mundo, los que con sinceridad de corazón deseaban la justicia se pusieron al lado de los pobres voluntarios: aceptaron, como Job, vivir en un

[1] Gobineau, *Essais sur les Races*.

estercolero, ó, á ejemplo de Lázaro, se sentaron á la puerta de los ricos, contentándose con comer las migajas de su mesa y prometiéndose ya una vida futura en que, á su vez, ocuparían su puesto en el eterno festín. Otros desgraciados benévolos volvían á la naturaleza, es decir, al desierto: erraban por las soledades, comían lo poco que podían encontrar, hierbas, cortezas, langostas y miel salvaje. Uno de esos errantes fué Juan Bautista, el que, según la leyenda, derramó el agua del Jordán sobre la cabeza de Jesús.

Unas influencias religiosas de muy lejano origen vinieron también á mezclarse á las que ejercían los pueblos limítrofes, Asirios, Egipcios, Fenicios, y que se habían desarrollado de una manera original en la población oprimida, elevando hacia su dios lamentos de desesperación. Así el dualismo persa, reproduciendo bajo una forma concreta el eterno conflicto humano entre el bien y el mal, se halla diseminado en la religión de los Judíos con los caracteres precisos que ostenta en las enseñanzas de Zoroastro. El libro de Job habla de un Satán que «se pasea sobre la tierra» para buscar en ella hombres que pervertir y luchar de potencia á potencia contra el otro dios, el del Bien; es un Ahriman disputando á un Ormuzd la posesión de las almas humanas. Puede dudarse también si las dos montañas de Ebal y de Garicim que dominan Sichem, la antigua capital de Israel, la Nablus de nuestros días, simbolizan dos potencias hostiles del bien y del mal. Á plazos fijos, los sacerdotes y adivinos de la ciudad se dividían en dos bandas, para subir, unos á la montaña del Norte, Ebal, otros á la del Sud, Garicim, y desde abajo se oían las voces de los magos, que se cruzaban en el aire, de un lado para maldecir la ciudad, de otro para atraer las bendiciones de lo alto, haciéndolas descender en suave rocío sobre los habitantes. No hay duda que los invocadores de la bondad divina deben fingir el triunfo sobre los maldicientes; pero quizá continúe oprimiendo los espíritus cierto temor, y en el viento que susurra sobre los olivos no cesa de oirse el conflicto eterno entre el temor y la esperanza.

Pero al otro lado de las mesetas de la Ariania, otro Oriente tan lejano que apenas era conocido su nombre, la cuenca de los

«siete ríos» y el de la Ganga se habían convertido en focos de propaganda religiosa, cuya acción debió ejercerse por contacto individual hasta sobre las orillas del Mediterráneo. Puede admitirse como muy probable que no hubiese relaciones directas entre los santos budistas y los profetas del pequeño pueblo semítico, pero el «vehículo» que los regeneradores indus habían tomado por símbolo llevó rápidamente las ideas del Budha fuera de la India, y las poblaciones de las riberas mediterráneas oyeron ciertamente su eco. Y cuando la ciudad de Tiro fué tomada por Alejandro y la influencia helénica hubo adquirido la preeminencia en toda el Asia anterior, el mundo judío, penetrado ya de las concepciones religiosas del Oriente y del Egipto, se abrió igualmente á la filosofía de los sabios occidentales; se halló preparado para la obra de transformación de donde había de salir el cristianismo.

De ese modo la evolución moral de los Judíos había acabado por representar el conjunto del movimiento realizado ya en todas las comarcas circundantes; sin embargo, las consecuencias de ese estado de cosas guardarían su carácter local y no hubieran producido revolución en los destinos comunes de la humanidad, si el pequeño pueblo de Israel hubiera quedado encerrado en su estrecho dominio conquistado sobre los Cananeos. Pero mucho antes que la dispersión de los Judíos fuese mandada por los reyes de Asiria, ya se habían esparcido por individuos, por familias y hasta por enjambres considerables en todos los países ribereños del Mediterráneo. Gracias al comercio fenicio, vehículo del elemento judaico, éste se había insinuado en todos los países del mundo perteneciente á la civilización occidental. Como las otras naciones de la Siria, los Judíos habían entrado por multitudes en la clientela de los ricos negociantes fenicios, y de generación en generación, gran parte de esos clientes siguieron á los aventureros mercaderes á las factorías extranjeras; unos voluntariamente, otros habían «emigrado» como esclavos y cautivos á los lejanos países, y habían constituído por todas partes pequeñas comunidades israelitas, que, en los períodos decisivos, debían recibir de rechazo el golpe de los acontecimientos sobrevenidos en la madre patria. Las palabras pronunciadas en Judea repercutieron en largos ecos en las mil Judeas secundarias que le servían como de

inmenso cuadro de armonía. Todas las condiciones se hallaban reunidas para favorecer el desarrollo del nuevo ciclo en la historia de la humanidad.

* * *

Desde las llanuras de Babilonia y los montes y valles sirios hasta las extensiones de la península árabe, las transiciones del relieve son insensibles y no se le podrían indicar límites precisos; sin embargo, la Arabia es en su conjunto una individualidad geográfica de las más determinadas. A través de ese istmo de un millar de kilómetros de ancho, que une la península al continente, entre el mar Pérsico y el golfo de Akabah, la línea de separación natural está indicada por el límite de las aguas vivas. Allí donde los manantiales se pierden en cuencas de evaporación, donde se secan los últimos canalículos de riego y donde las torrenteras no arrastran sino rara vez la ola salvaje, allí comienza la Arabia. Un sinuoso hemiciclo, que desarrolla su convexidad hacia el Norte alrededor del desierto de Ech-Cham, es una frontera real, más difícil de franquear para los ejércitos que muchas cadenas de montañas.

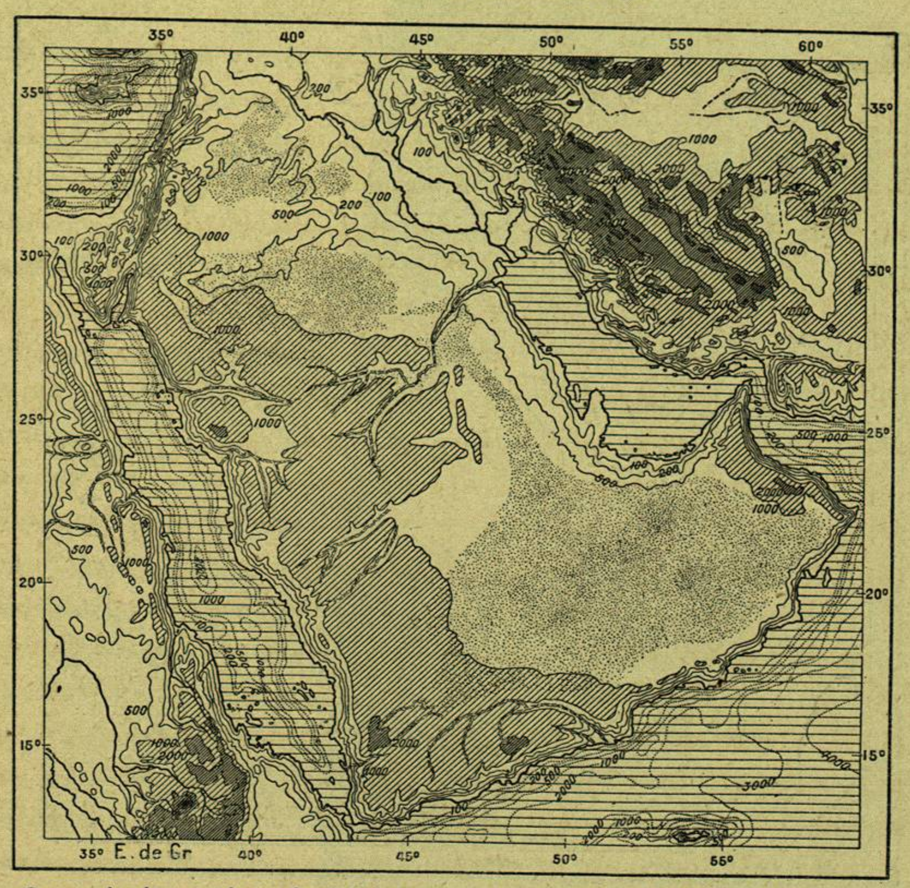
Sin embargo, la unidad de la Arabia, entre las demás comarcas de la Tierra, es puramente geográfica: tan maciza como África en sus contornos generales, más macizados aún, puesto que está recortada en forma de trapecio en ángulos apenas suavizados, esta enorme península se halla naturalmente dividida en países distintos que no han tenido sino escasas relaciones los unos con los otros, no presentan el carácter de un conjunto histórico [1]. En ninguna época de la historia conocida ha habido Estado árabe que comprendiera toda la extensión del gran cuadrilátero. Por su forma y su historia, las dos penínsulas, anatólica y arábiga, presentan una gran analogía.

El fraccionamiento político de la Arabia proviene de la falta de cohesión climática y telúrica del interior. Los espacios desiertos inabordables dividen la comarca en dominios naturales diferentes donde

[1] Zehme, *Arabien und die Araber*.

las poblaciones siguen cada una su particular destino; hasta donde las comunicaciones, aunque difíciles, pueden, no obstante, seguirse sobre largas extensiones, la multiplicidad de los obstáculos determina el fraccionamiento de la raza. Las mismas causas que impiden

N.° 122. Relieve de la península arábiga.



Curvas de altura y de profundidad de 100, 200, 500, 1000, 2000, 3000 y 4000 metros

1 : 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

la constitución de un Estado en los límites naturales de la península han evitado también la conquista de este inmenso territorio por ejércitos extranjeros. Ningún documento histórico nos habla de un Sesostris, de un Ciro ó de un Alejandro que haya subyugado jamás las poblaciones de la Arabia, desde un golfo al otro golfo.

Se comprende que la población se halle muy dispersa en un país donde las lluvias son escasas, donde en un espacio seis veces mayor que Francia no corra quizá un arroyo permanente, donde ciertos macizos de montañas, como el Oman, se muestran absolutamente des-

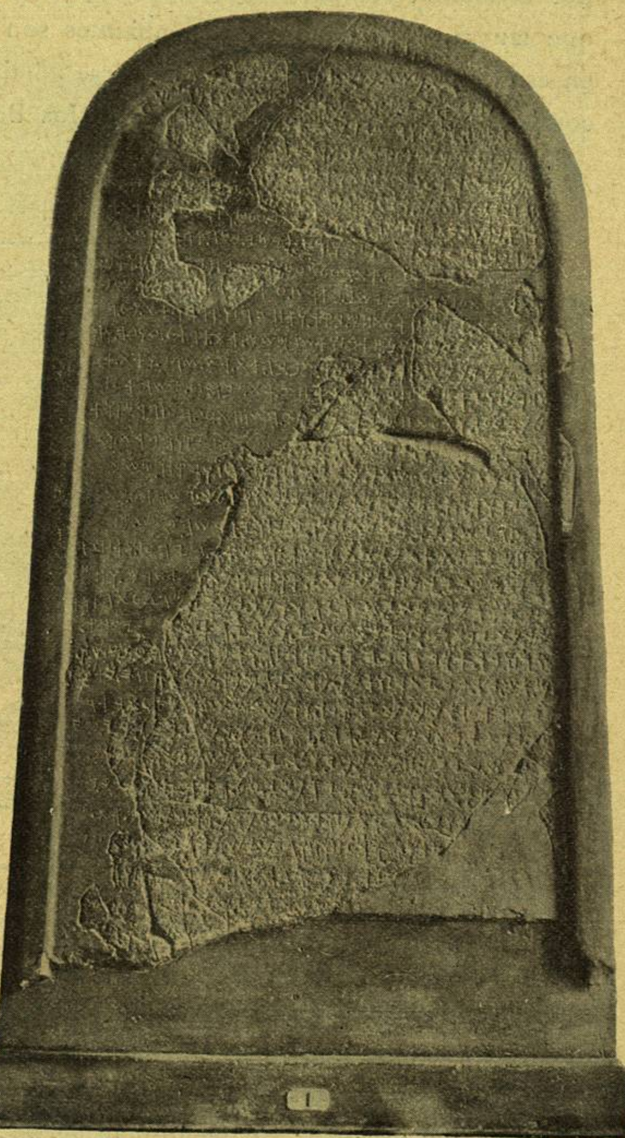
N.° 123. País de Arabia.



nudos, esqueletos geológicos sin ninguna tierra vegetal que revista las rocas: solamente una cima, el Djebel Akhdar, ha merecido su nombre de «monte verde», porque bajo las estrías de nieve que á veces aparecen, se muestran también algunas manchas de verdura que no tardan en ser abrasadas por el sol y por el viento.

Hay en Arabia vastas extensiones, especialmente en el Sudeste,

entre el país de Oman y el Dhofar, en la extremidad oriental del Hadramaut, donde no ha podido hombre alguno hallar su subsistencia, y que hasta las aves evitan cruzarle. Siendo la vegetación espontánea la condición primera de la vida para los animales superiores y para el hombre, éste se halla completamente desterrado de ciertos desiertos de arena móvil, demasiado anchos y penosos de atravesar para que pueda llevar el alimento suficiente; si se aventura en otras soledades ramificadas como estrechos entre los macizos habitables, no fija su residencia en esos «países de la sed». No puede permanecer en ellos de una manera duradera, transportando con frecuencia su tienda de un punto de agua á otro punto de agua, sino en la parte de la región donde ve brotar acá y acullá alguna fuente, donde hay lagos que reciben bastante agua de lluvia para no secarse pronto, donde se encuentra un poco del precioso líquido, cavando el fondo de las torrenteras y donde los ganados pacen un escaso césped en las cavidades húmedas.



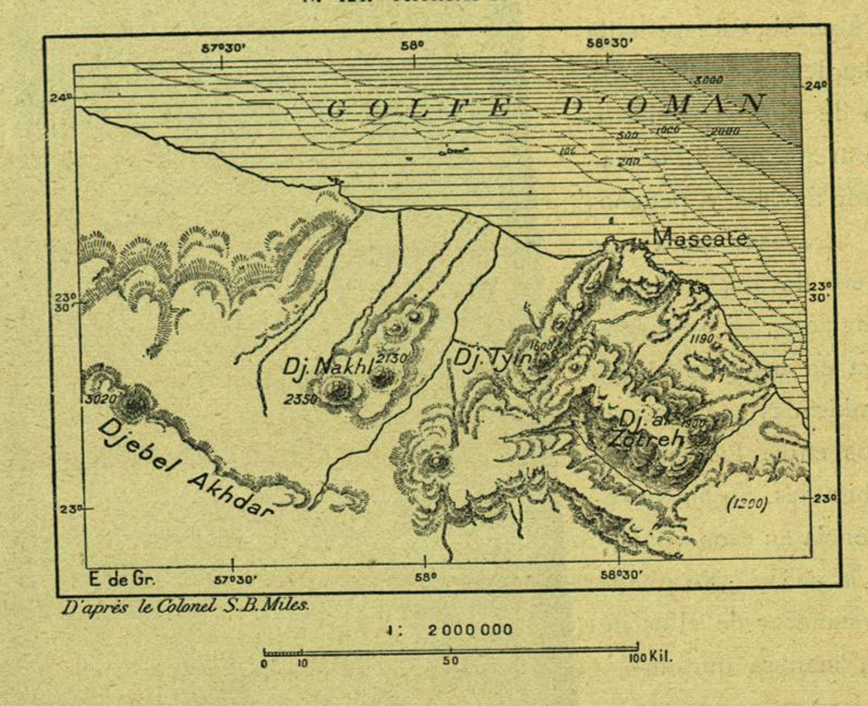
Cl. Giraldon.

ESTELIO DE MESA, REY DE MOAB, HACIA — 850
RUINAS DE DHIBAN

Museo del Louvre.

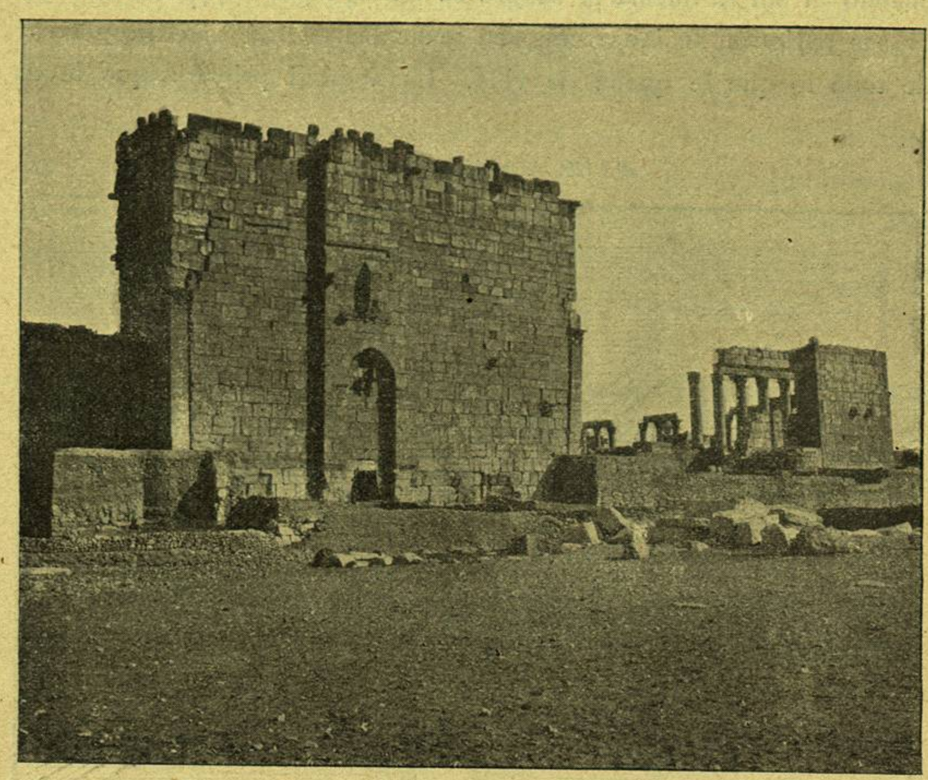
En tales comarcas el hombre sólo puede vivir en familias poco numerosas y su género de vida ha de ser previamente determinado por el medio, siendo absolutamente preciso que se acomode á él ó que muera. Las condiciones ambientes son de tal modo imperiosas en esas comarcas, que puede concluirse admitiendo una identidad casi completa de usos y costumbres entre los Beduinos de nuestros días

N.° 124. Territorio de Oman.



y los Amalecitas ó Agarenos que vivían hace tres mil años: por la observación directa de los nómadas actuales pueden describirse los que rodeaban las caravanas de los mercaderes entre Babilonia y Palmira ú otros mercados de la Siria antigua, hacia la cual convergían las pistas del desierto; solamente han hecho una gran conquista desde aquella época, puesto que poseen el caballo, y hasta una de las más nobles razas, criada por ellos con singular esmero. Pero peatón ó caballero, el «hijo de la Tienda» ha cambiado muy poco su género de vida, porque el desierto ha conservado alrededor de él su majestuosa grandeza y su aridez.

En primer lugar, el Beduino ha de haber practicado siempre la



Cl. Bonfils. TEMPLO DEL SOL EN PALMIRA, ÉPOCA ROMANA

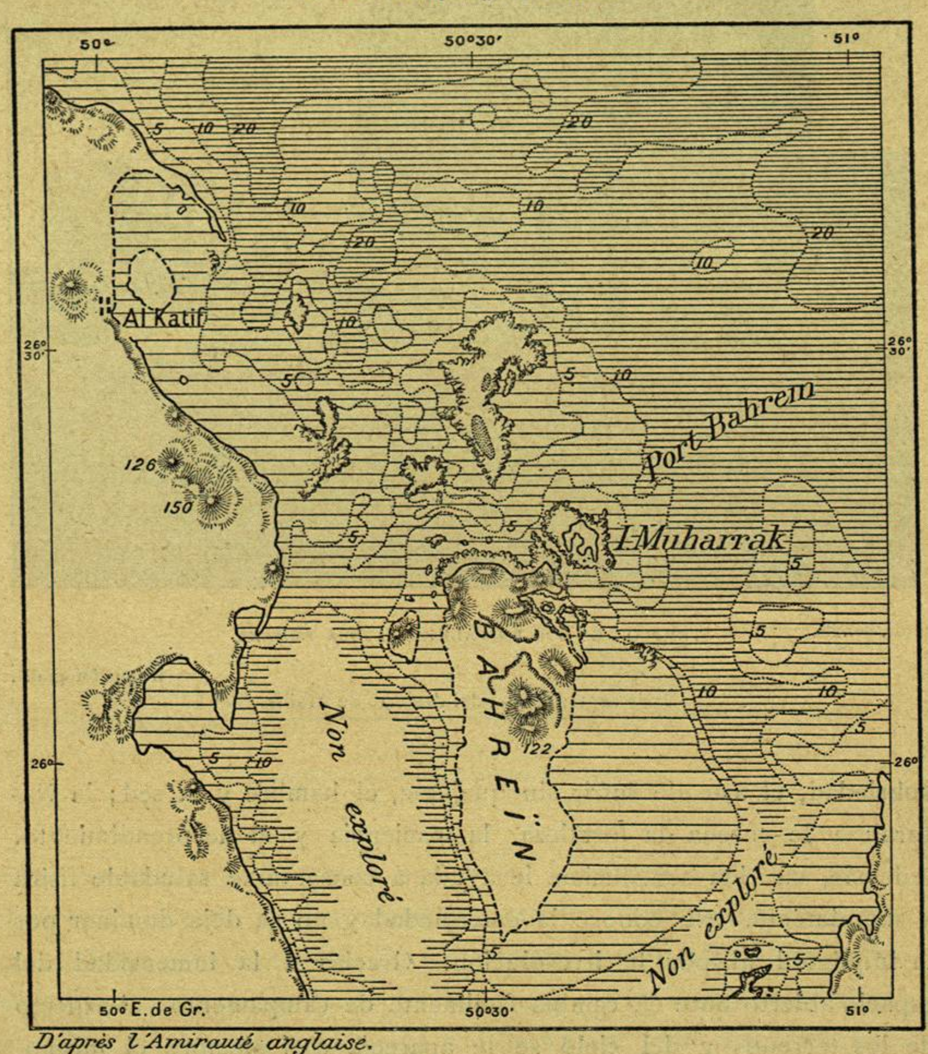
De una fotografía.

Oasis septentrional del desierto de Arabia.

sobriedad, el arte de sufrir sin quejarse, el hambre y la sed; la Naturaleza le enseña la fortaleza, la paciencia y el desprendimiento. Además, su vida sencillísima le ayuda á conservarse saludable física y moralmente. No conoce la enfermedad y no se deja dominar por la inquietud ni por la irresolución. Gracias á la inmensidad del espacio abierto ante él, cambia fácilmente de campamento: el aspecto de los terrenos y del cielo se le aparecía casi siempre el mismo, tanto si estaba en la proximidad del Eufrates, como del «Río de Oro» de Damaso. Las tribus se fraccionan por la menor divergencia de interés, por el más leve conflicto de opiniones; los hermanos se separan cortesmente para alejarse á habitar á cientos de kilómetros unos de otros. El Beduino sabe contenerse, consecuencia de la dominación que debe ejercer incesantemente sobre sus apetitos, pero

cuando el sol le quema la sangre se entrega por completo al furor de sus pasiones, se lanza con una tenacidad de todos los instantes y de todo lo que le queda de vida. La libertad primaria que le da

N.º 125. Archipiélago de Bahrein.

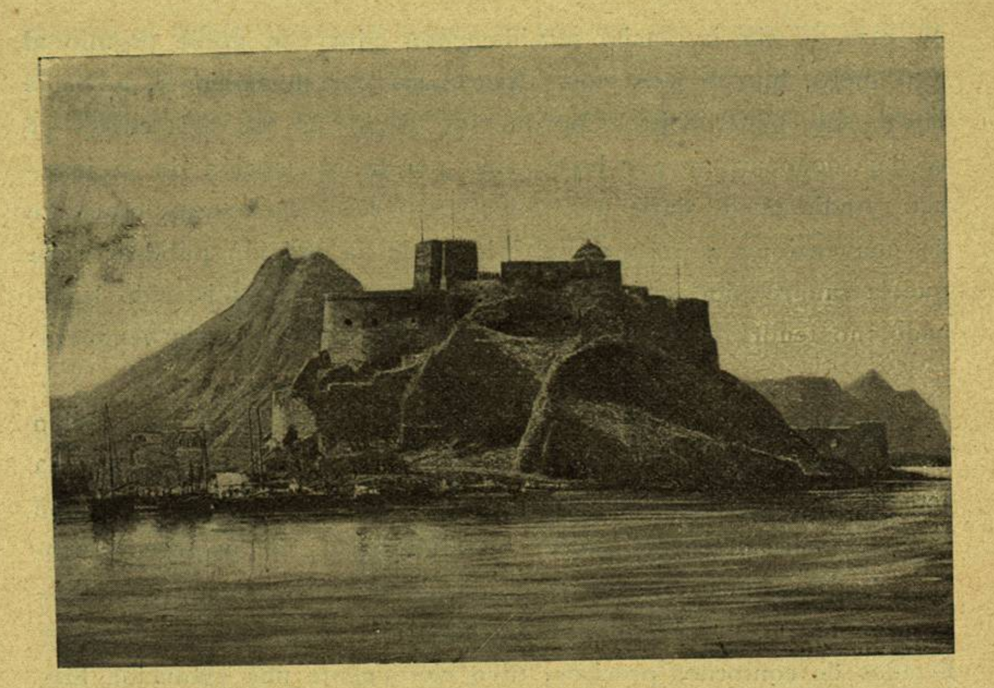


la existencia nómada, la libertad de ir y venir, le asegura la independencia hereditaria; fué siempre su propio dueño. El Beduino desciende de abuelos que fueron libres, no fué jamás esclavizado en

su raza, y sin jactancia, sencillamente, mira con noble orgullo al extranjero, hijo de vencidos. Anarquista por su ambiente, no tiene jefe — sólo tiene árbitros, porque los cheiks no son otra cosa, — y se deja dominar, no por leyes, sino por la concepción de la justicia. Nadie puede darle una orden, pero reconoce escrupulosamente las convenciones y respeta los juicios de la opinión pública; sabe que la sangre pide sangre, y si alguno de los suyos ha sido lesionado, no tendrá en lo sucesivo más cuidado que el de la venganza.

Á consecuencia de la disposición del suelo y de la repartición de las lluvias, esas poblaciones nómadas y libres á las cuales se da actualmente el nombre de Bedawi ó Beduinos, no ocupan más que el interior al norte y al sud de las altas tierras del centro de Arabia. La parte media de la península, donde se han instalado poblaciones residentes y donde, en consecuencia, han podido formarse Estados de contornos precisos, tuvo ciertamente una evolución histórica mucho más activa y variada en sus acontecimientos que la región de las llanuras; pero sus ecos sofocados por la distancia, fueron poco oídos de los pueblos de la Antigüedad: los antiguos anales nada dicen de ellos. Las únicas partes de Arabia que por su situación geográfica entraron en el círculo de atracción del mundo conocido, son las dos bandas litorales del golfo Pérsico y del mar Rojo, que continúan al Sud, el uno, la cuenca de los ríos gemelos, el Tigris y el Eufrates, el otro, la costa de Siria y la cortadura terrestre por donde corren el Orontes y el Jordán.

La banda oriental de Arabia que prolonga el golfo Pérsico es favorecida por muchos conceptos: la navegación se hace allí sin peligro, entre islas que baña un agua transparente; numerosos manantiales brotan sobre la costa y en las islas, hasta en el fondo de los pasos sinuosos del archipiélago, y las aguas son bastante abundantes para alimentar una rica vegetación y para la bebida de habitantes y animales de villas muy próximas unas á otras. La pesca es admirablemente fructífera en esos sitios, y los indígenas pueden hacer grandes provisiones de pescado secado al sol, para mezclarle á la pasta de sus dátiles y para comerciar con los países extranjeros. Desde la antigüedad más remota tienen también un gran elemento



VISTA DE MASCATE

De una fotografía.

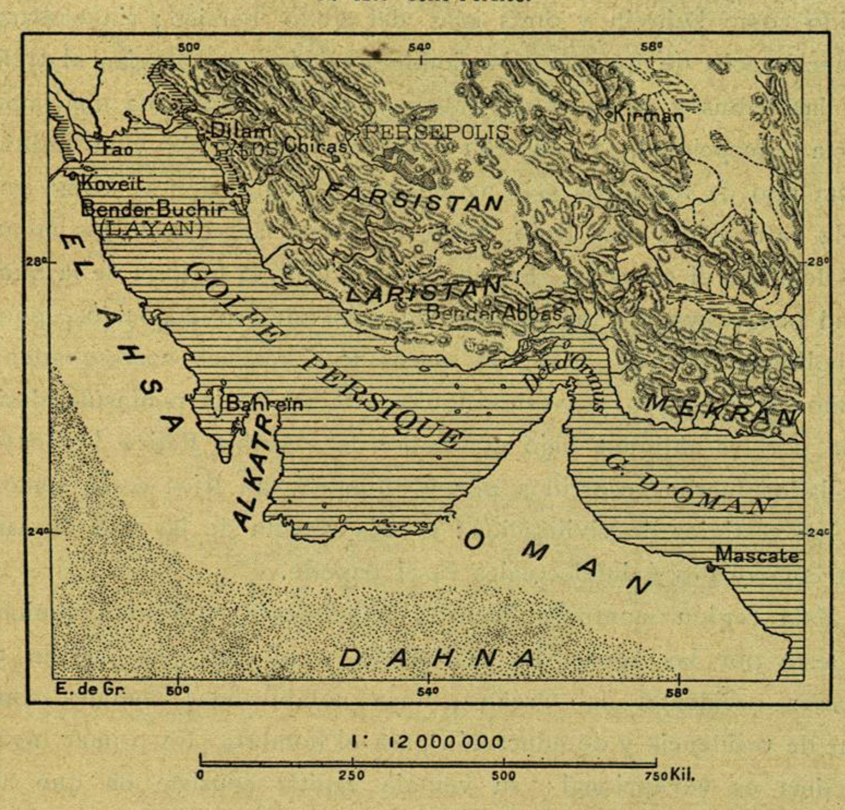
de tráfico que asegura la riqueza á sus pequeños Estados, consistente en unas perlas del más bello oriente, que se estiman, no sólo á causa de su gran tamaño, de su color dorado y de su brillo, sino también por las propiedades curativas que se les ha supuesto en todo tiempo. Esta industria se concentra alrededor de la isla de Bahrein ó de los «Dos Mares», así llamada por su posición entre dos pasos.

También se han creado centros comerciales en esos puntos. Sabemos, según una tradición antigua, que los Fenicios habían habitado una isla del golfo Pérsico antes de emigrar hacia la costa de Siria. Algunos sabios han pensado identificar esta isla con Bahrein, pero otros han hallado, en una tierra próxima de las bocas del Tigris y del Eufrates, que los aluviones de los ríos gemelos han unido ahora al litoral persa [1] el cerro de Dilman, sitio de la antigua Dilmun, Tilvun ó Tylos. Esta tierra sagrada servía de depósito marítimo á las poblaciones de la Mesopotamia: de Tilvun se lanzó el «dios pez» para conducir el arca de salvación á través de las aguas del diluvio.

[1] J. Oppert y E. H. Bunbury, *History of Ancient Geography*, I, p. 461, contra J. de Morgan y otros.

Sobre la costa oriental, en Bender Buchir, la antigua Lyan, unas ruinas elamitas que datan del reinado de Chilkak in Chuchinak, atestiguan el interés que tomaron los habitantes de la Suziana en las cosas del mar; toda esta región del litoral Pérsico pertenecía al dominio de la civilización caldea. Sobre la costa arábiga, frente á la isla de Bahrein ó en sus inmediaciones, se elevó después la ciudad

N.° 126. Golfo Pérsico.



de Gerrha, donde los mercaderes que venían de Siria y de Egipto se encontraban con los del país de los Himiaritas: dos vías comerciales de principal importancia atravesaban la península de Arabia en toda su anchura para encontrarse en ese lugar predestinado.

El territorio de Oman es en realidad una isla; al Norte da frente á un mar más amplio, abierto y peligroso que el golfo Pérsico; al Sud, se apoya en la infranqueable Nahra. Conservó, pues, en todo tiempo, su independencia de cultura; hasta en la actualidad se habla

allí una lengua que parece no tener analogía alguna con el árabe [1]; sin embargo, no quedó aislado: por los senderos del litoral y por la navegación costera se unió al mundo caldeo y vivió con una civilización análoga.

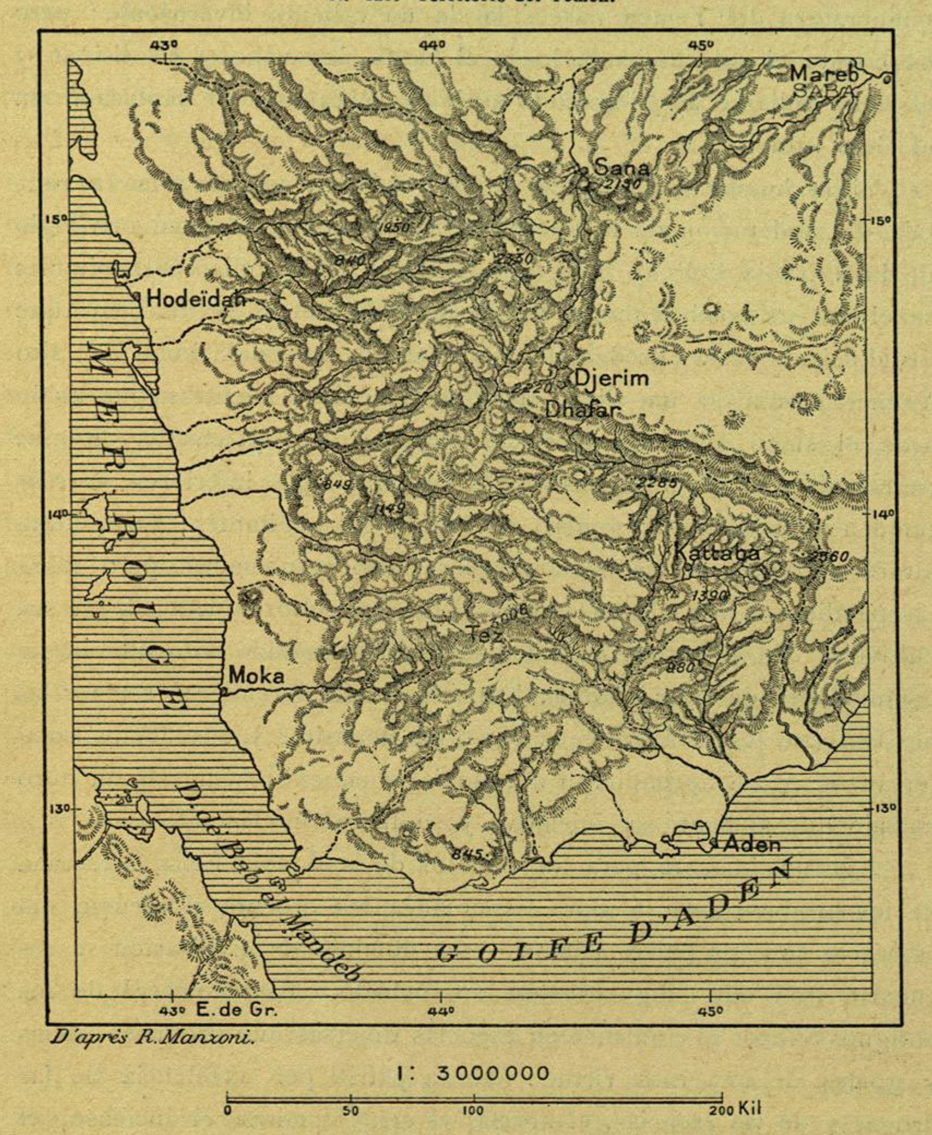
Sobre su desarrollo de más de 2000 kilómetros, las orillas orientales del mar Rojo, desde el golfo de Akabah al estrecho de la entrada, distan mucho de ofrecer en su conjunto un litoral tan favorecido como Bahrein y otras islas del golfo Pérsico; sin embargo, el hecho solo de que en ellas hubiera escalas que servían al tráfico con las tribus y naciones del interior, daba á esta costa una importancia excepcional, y en ella nacieron centros de vida política. Hasta uno de los focos más activos de la civilización se formó cerca de la entrada del mar Rojo, sobre el macizo angular de los montes que dominan el estrecho. Según Schweinfurth, la historia de la humanidad progresiva, en los tiempos de más antiguo conocidos, puede simbolizarse por un triángulo cuyos tres vértices corresponden á Babilonia, á Egipto y á este ángulo terminal de la península, designada por los antiguos bajo el nombre de «Arabia Feliz» [2] y cuyos tres lados fueron recorridos por el hombre tan lejos como remontan los vestigios de civilización: la más remota de las vías de cambios comerciales é intelectuales es el trípode.

Esta región montuosa, llamada actualmente el Yemen, limitada al Oeste por las aguas del mar Rojo y al Sud por las de un «brazo» occidental del Océano, tiene notabilísimas ventajas como lugar de residencia y de educación para el hombre. En primer lugar, su clima es excepcional; su ventaja capital consiste en que allí llueve y hasta caen fuertes aguaceros, suficientes para formar toda una red de torrentes en las partes superiores y medias de la región montañosa, pero que se evaporan abajo, en la zona costera denominada de Tehama. Sin embargo, esas lluvias no dan por sí solas una parte de humedad suficiente para el cultivo de vastas extensiones. Felizmente, sobre la vertiente exterior de esos montes vueltos

[1] André Joannin, *Bulletin du Comité de l'Asie française*, 1903, p. 426.
[2] *De l'Origine des Egyptiens*, «Bulletin de la Société khédiviale de Geog.», 4.ª serie, n.º 12. (Véase el segundo mapa de colores del primer tomo).

hacia el mar Rojo y hacia el golfo de Aden, ocurre un fenómeno análogo al que se observa en las costas del Perú que miran hacia el Sudoeste, especialmente entre Lima y Payta: el aire cargado de los

N.º 127. Territorio del Yemen.



vapores de agua que se elevan de los dos mares y que le aportan los monzones, pierde su transparencia y acaban por cubrir con espesas capas de niebla la pendiente de los montes al Sud y al Oeste

hasta la cima de las crestas. Durante toda la mañana el horizonte está obscurecido, y la humedad que se deposita en el suelo es bastante abundante para bañar las hojas y las raíces de las plantas, y aun para empapar los vestidos de los viajeros como una lluvia abundante; toda la mañana, hasta la proximidad de medio día, la temperatura del Yemen parece la de un caliente invernáculo; pero en cuanto el sol desciende hacia el Oeste, los vapores se disipan y el astro ardiente adquiere todo su imperio, caminando implacable en el cielo azul [1].

Si la humedad suficiente de la atmósfera es una primera ventaja, la moderación de la temperatura es también un gran privilegio de la «Arabia Feliz». Los terraplenes y las pendientes habitables se elevan en muchos puntos á más de 2000 metros, y los picos que los dominan hasta exceden de 3000 metros: las poblaciones del alto Yemen gozan de un clima siempre templado, mientras que abajo arde el suelo bajo los pies del viajero. Los productos de esas tierras altas, muy diferentes de los de las estepas inferiores, corresponden también á otro género de vida de los habitantes; hasta cierta altura sobre el mar se adelantan los pastores nómadas, pero sobre las pendientes más elevadas residen los agricultores dedicados á sus cultivos. Sin embargo, no sin dificultad han podido constituirse esas comunidades de trabajadores: han necesitado aprender á retener las aguas sobre las pendientes, á construir depósitos y acueductos subterráneos, y así aprendieron á conquistar su existencia tras un duro trabajo que aumentó su iniciativa y su fuerza intelectual.

Afortunadamente para los pueblos de la Arabia Feliz, la cosecha de los productos de la flora espontánea les procura el recurso del comercio con los países lejanos, y su dominio de civilización se encuentra por ello singularmente ensanchado. Esta comarca de los antiguos Sábeos es riquísima en esencias diversas que producen savias y gomas de una rara virtud: era la patria por excelencia de las drogas y de las esencias, el aroma, el sen, la mirra, el incienso, el kat *(Celastrus edulis)* que se emplea como el café y que embriaga como el hachisch, aunque menos ligeramente. Gracias á esas riquezas naturales, más apreciadas antiguamente que en el día, el macizo sud-occidental de la Arabia se hizo famoso en el mundo conocido de los Orientales: para los barcos de la India occidental, uno de los principales puntos de cita era la entrada meridional del brazo arábigo con su atrio marítimo hasta el promontorio de los «Aromas», el cabo Guardafui de los marinos actuales.

[1] Glaser, *Petermann's Mitteilungen*, 1884.

Sin embargo, el valor de la Arabia Feliz en la historia del desarrollo humano quedaría inexplicable si no se estudiase ese macizo en sus relaciones de vecindad con otro, el de la Etiopía, que se eleva al occidente del estrecho. Esos dos grupos de altas tierras son los pilones erigidos á cada lado del paso que hace comunicar el mar de las Indias con el largo corredor marítimo que conduce al Mediterráneo: los montes de África dan cara de modo soberbio á los de Asia. Á 300 kilómetros de distancia, y apuntando de cumbre á cumbre sobre la tangente de la curva terrestre, no es imposible que Etiopes é Himiaritas puedan discernir á veces el perfil de las montañas de sus vecinos dibujándose sobre el fondo gris del cielo. No hay duda que la diferencia de altitudes entre las cimas frías y las playas abrasadoras del litoral constituía un serio obstáculo, pero no por eso dejaban de comunicarse lo mismo de una parte que de otra con los ribereños, sirviendo de intermediarios los marineros entre las poblaciones de los macizos cuando no podían realizarse los cambios directos. El movimiento de vaivén se había establecido; por la fuerza de las cosas se había formado una especie de istmo comercial en el lugar mismo donde se abría transversalmente un estrecho. El país de la Arabia sud-occidental, donde dominaron sucesivamente los Mineos, los Sábeos y los Himiaritas, todos hijos de Sem, era, pues, una de esas comarcas que poseen la doble ventaja de hallarse en el cruce de dos grandes vías históricas. Frecuentemente en la Antigüedad, cuando el camino directo que se curva hacia el Norte por el Eufrates y el Líbano se hallaba bloqueado por la guerra, las comunicaciones de Babilonia con Egipto hubieron de hacerse por el Sud y tomar por estación á mitad de camino las montañas de la Arabia Feliz. En nuestros días, esas comarcas que se miran de uno á otro continente, están en un período de regresión extrema, puesto que el camino transversal de orilla á orilla no se utiliza ya más que para

un tráfico insignificante, en tanto que la gran línea longitudinal, de Suez á Perim, está enteramente monopolizada por los barcos de los marinos europeos, desde los cuales apenas hay quien se digne dirigir una mirada sobre esos montes, asiento de una antigua civilización.

CASA DE ARQUITECTURA HIMIARITA EN DJEDHDA

(Véase pág. 120)

De un macizo á otro, ambos conocidos entre los Egipcios bajo el nombre colectivo de Punto, que se aplicó poco á poco á las comarcas limítrofes, las emigraciones ó al menos las expediciones y los viajes se sucedían frecuentemente, como lo atestigua el parentesco de las razas, de las lenguas, de las costumbres y de los cultos. Hasta puede verosímilmente atribuirse á emigrantes descendidos de esas montañas los primeros trabajos de cultivo en el valle bajo del Nilo; porque la adaptación del suelo de Egipto á la sociedad que vivió en él supone un largo período de preparación de que serían precursores los antepasados de los Himiaritas. Se considera también el Yemen como el país natal de los obreros que hace ya muchos miles de años trabajaron en las minas de oro del territorio de Sofala. Sin embargo, permaneciendo en el dominio histórico, preciso es hacer patente que son todavía escasos los informes exactos que

permiten afirmar la existencia de relaciones directas de la Arabia Feliz, de una parte con la Mesopotamia, de otra con los montes africanos donde nace el Nilo azul, y el desierto de Nubia, siendo el nombre más antiguo que pueda citarse el del rey Hammurabi. Ciertos indicios manifestados por el arqueólogo Pinches en textos cuneiformes permiten suponer que ese personaje, conquistador y legislador, era de origen himiarita [1]. Hammurabi, contemporáneo del Elamita Khador-Laomer, se apoderó de Babilonia hace cuatro mil años é hizo de ella, por primera vez en la historia, la capital de un reino unido: en aquella lejana época, las poblaciones de la Arabia meridional servidas quizá por condiciones climatéricas más favorables que las de nuestros días, eran, pues, políticamente bastante poderosas para que les fuese posible intervenir en los destinos de la Mesopotamia por la fuerza de las armas.

Diez ú once siglos después, nos habla la leyenda de una fastuosa reina de Saba, la resplandeciente Bahis, que visitó á Salomón, atraída por su gran fama de sabiduría y le «propuso enigmas difíciles» [2], que resolvió maravillosamente, y con gran beneficio suyo, puesto que al partir la reina le dió «ciento veinte talentos de oro, especias en grandísima abundancia y piedras preciosas». Las genealogías legendarias de Arabia y de Abisinia unen varias familias actuales á Salomón y á la reina de Saba, entre otras la del «rey de reyes», el emperador de Etiopía.

El nombre de «Sábeos», que suele darse á la población que obedecía á los soberanos residentes en la ciudad de Saba, se emplea frecuentemente para designar los adoradores de los astros, sobre todo de los planetas, á los cuales se atribuía una influencia decisiva sobre el destino de los hombres y de los imperios. Ese culto era á propósito para desarrollarse sobre el alto observatorio de los montes Yemen, desde donde se contempla casi todas las noches el puro conjunto del cielo estrellado, sobre la inmensidad de las aguas y de las arenas. La astrología sábea, propagada misteriosamente de factoría en factoría, de oasis en oasis, de pueblo en pueblo, contribuyó mu-

[1] A. H. Sayce, *Patriarchal Palestine*, VII.
[2] *Libro de los Reyes*, cap. X, v. 1 á 10.

cho á dar en el espíritu de los hombres un carácter casi sacerdotal á esta nación tan poco conocida de la Arabia «Feliz». Imaginábase que á la riqueza y á la excelencia de sus productos correspondía una alta potencia mágica.

Los capítulos que Herodoto consagra á ese maravilloso país de los perfumes y que «esparce como un olor divino»[1], se hallan entre las más extrañas de sus *Historias* y atestiguan en sus informantes un empeño de mentir mezclado á la más rica fantasía. Unas veces son relatos en que culebrillas aladas vuelan formando nubes alrededor de los árboles productores del incienso; otras, murciélagos feroces, de grito estridente, que defienden las plantaciones de canela; cuando no, aves formidables que elevan enormes trozos de carne putrefacta para dejarlos caer en sus nidos, donde las cáscaras de cinamomo se amasan con la arcilla. Todas esas raras fábulas no podían nacer más que entre marinos imaginativos, solicitados, por las circunstancias mismas de sus viajes, para referir prodigios inverosímiles á oyentes embobados: esas narraciones tienen cierto tono que recuerdan las fábulas greco-egipto-asirio-irano-hindus que, corriendo y recorriendo el inmenso espacio entre el Sahara y el Gobi, entre el Brahmaputra y el Guadalquivir y enriqueciéndose con el espíritu inventivo de cada narrador, se convirtió bajo la pluma de los escribas árabes en la maravillosa recopilación de las *Mil y Una Noches*, el *Javidan Khirad* de los Persas y el *Pantcha Tantra* de los Hindus,



PIEDRA SEPULCRAL DE HIMIARIA

[1] *Libro III* (Thalia), ps. 107 á 113.

el libro que ha tenido mayor número de lectores[1]. Es cierto, por otra parte, que los astutos mercaderes, fenicios ó hasta griegos, se complacían en representar esos países de comercio lejano, donde habían tenido la fortuna de adquirir grandes riquezas, como regiones muy peligrosas adonde se debía evitar seguirles.

Suele atribuirse, y sin duda con cierta razón, la decadencia de las poblaciones de la Arabia Feliz á la disminución de las lluvias y á los avances del desierto, que fueron su consecuencia. Las tradiciones enumeran por decenas los ríos que se secaron y las ciudades enterradas por la arena desde los tiempos antiguos. Estas relaciones parecen reposar sobre hechos que realmente han tenido lugar; pero probablemente coincidirían causas interiores, de orden político y social, con la causa exterior, la sequía del país, para disminuir las energías nacionales y reducir á poca cosa su acción sobre el mundo.

La imaginación popular ha intentado siempre reducir á un brusco fenómeno, á una fecha precisa de la historia, la caída de los imperios, cuando lo que convendría ver en ella es el término de una larga decadencia. Así se repite ordinariamente que el reino de los Himiaritas cesó de existir de repente en la época de la «ruina de las barreras» — *Seil-el-Orim* —, que tuvo lugar en la parte superior de Marab ó Mariaba, hará unos 1750 años; la vida de la nación cesaría al mismo tiempo que la de sus cultivos; pero los hombres que construyeron los primeros depósitos hubieran podido repararlos y trazar de nuevo canales de riego; hubieran podido hacer que florecieran nuevamente los campos si la iniciativa primera no se hubiera roto sin duda por una larga opresión. Si el pueblo se dispersa, incapacitado ya de suscitar nuevas cosechas en el país de los abuelos, débese á que una vida de servidumbre le había hecho perder la fuerza inicial. De ese modo las naciones que se suceden pagan siempre por una disminución positiva de energía la fuerza aparente de los gobiernos que les esclavizan; nuevos destinos se preparan, y los focos de civilización se desplazan.

En la misma Arabia, el Yemen debía tener sobre todo el Hedjaz

[1] A. Ular, *Les Mille et Une Nuits*.

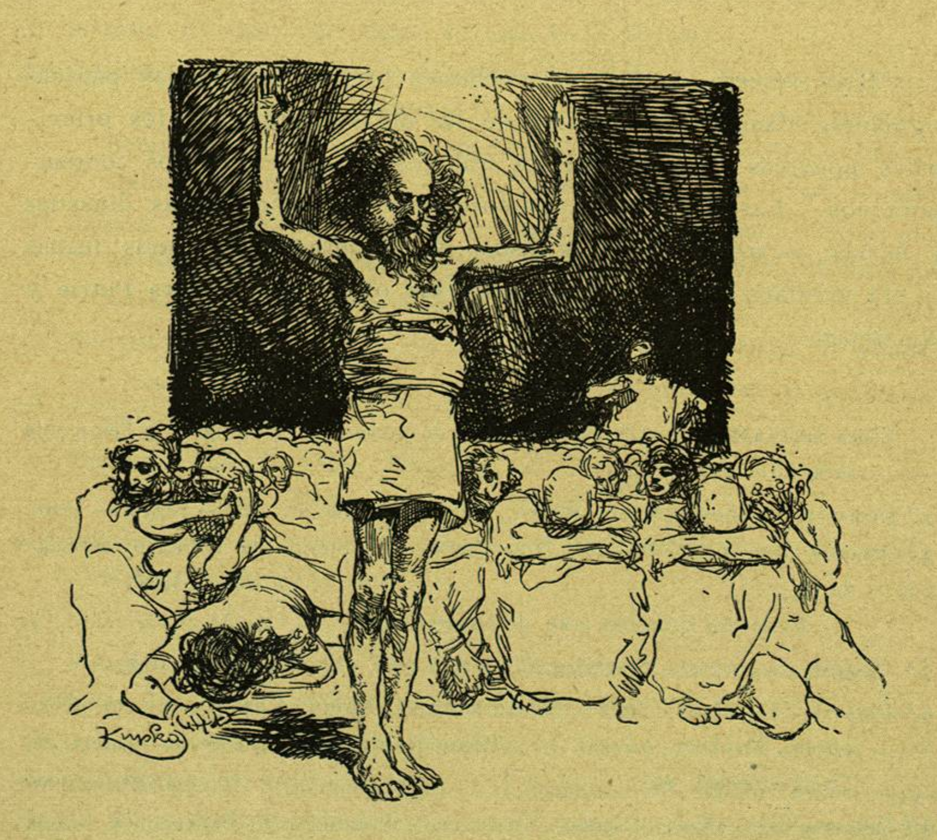
por heredero como centro de sacudida en la historia del mundo; pero las colonias sábeas se diseminaron en gran número hacia diversas partes de la costa oriental del mar Rojo, y hasta Siria, en las montañas del Hauran. Las ciudades, villas y simples castillos abandonados que se ven al sud de Damasco, sobre casi todas las alturas y en casi todos los valles, y que han valido al país el nombre de «Desierto de las Ciudades», datan de la época de la emigración sábea. Como lo atestiguan algunas raras inscripciones, fueron Himiaritas los fundadores de todas esas bellas ciudades de grandioso aspecto, y ellos también los que, bajo el protectorado romano, establecieron en esos puntos, hasta la época musulmana, un centro de civilización que irradiaba á lo lejos. El viajero Oppenheim demuestra que los edificios del Hauran, de construcción greco-romana en apariencia, ofrecen, no obstante, varios rasgos de origen sábeo, sobre todo en la ornamentación. La arquitectura llamada árabe, que debe ser atribuída en gran parte á Persia, proviene también por diferentes detalles del arte sábeo del Hauran, siendo Damasco el gran centro de cultura donde se mezclaron todos esos elementos [1].

Sin embargo, los Himiaritas del Yemen quedaron todavía en bastante gran número en el país y en él conservaron su civilización, atestiguada por los centenares de inscripciones que los Halévy, los Glaser y otros sabios viajeros han recogido. Se tienen razones para creer que la arquitectura actual de la ciudad capital, Sâna, y de otras ciudades del Yemen y del litoral arábigo hasta Djeddah, es muy parecida á la que practicaban los antiguos Himiaritas. En efecto, las casas de la comarca no convienen á los Arabes de nuestros días, á quienes las órdenes de Mahoma obligan á ocultar sus mujeres á las miradas indiscretas; y la abundancia de ventanas y balcones no puede explicarse sino por la existencia anterior de costumbres muy diferentes de las que prevalecen actualmente [2].

La gran ciudad del Yemen es notable por sus altas casas cuadradas, adornadas con gran variedad y un gusto originalísimo. El piso bajo, construído con trozos de basalto, sólo tiene una abertura,

[1] Max Oppenheim, *Vom Mittelmeer zum Persischen Golf durch den Hauran, die Wüste und Mesopotamien.*
[2] D. Chamay y A. Deflers, *Excursions au Yémen*, «Tour du Monde», ps. 281 y siguientes.

puerta de cintra rebajada, inscrita en una arcada ojival, pero sosteniendo dos ó tres pisos edificados con ladrillos cocidos al fuego, con altas y estrechas ventanas cintradas y guarnecidas de rejillas de madera. Las aberturas circulares colocadas sobre ventanas están guarnecidas de vidrieras, decoradas de dibujos muy diversos por los motivos y las dimensiones: todos los relieves, blanqueados á la cal, contrastan con el fondo negro ó rosa del basalto ó del ladrillo. Actualmente casi todas las ventanas están tapiadas ó cubiertas con enrejados, no sirviendo para nada, lo mismo que los balcones; pero sirvieron en otro tiempo, y la mujer sábea, á quien nada obligaba á ocultarse como se oculta la musulmana, se mostraba en esas ventanas y balcones para tomar el aire y gozar del espectáculo de la calle.



EGIPTO: NOTICIA HISTÓRICA

Bajo reserva de las observaciones presentadas en las páginas siguientes, damos aquí la lista de las dinastías egipcias, los principales monarcas y algunos de los trabajos ó acontecimientos contemporáneos. Las cifras entre paréntesis, — duración de las dinastías y fechas, — resultan de las listas de Manethon; las otras fechas — era cristiana — están tomadas de las obras de Flinders Petrie y Amelineau.

Época prefaraónica: ¿Primera pirámide de Sakkarah? ¿Esfinge? ¿Templo de Granito rosa?

1.ª Dinastía (263 años). Menes (Mina). Teti, Ateto, Ata, etc. (de — 5833 á — 5570).

2.ª Dinastía (302 años). Binuter, Noferkheris, etc. Tumba de Tothotep, en Sakkarah. (en — 5268).

Estas dos dinastías eran de origen thinita.

3.ª Dinastía (214 años). Sesorthos, Tosertasis, etc. Tumba en Sakkarah.

4.ª Dinastía (284 años). Snefru (Soris, Sosiris), Khufu (Kheops), Khafra (Khephren), Menkera, Aseskaf, etc. Pirámides de Giseh, estatua de madera del Cheik-el-beled, etc. (en — 4770) — 4000

5.ª Dinastía (248 años). Userkaf, Unas, etc. Pirámides en Sakkarah y tumba de Ti. (en — 4522) — 3700

Estas tres dinastías eran de origen menfita.

6.ª Dinastía (205 años), originaria de la isla Elefantina. Teti, Atí, Pepi I, Merenra, Pepi II, reina Nitokris, etc. Exploraciones africanas. Estelio de Uni, terminación de la 3.ª Pirámide de Giseh, tumbas en Zauiet-el-Maietin.

7.ª y 8.ª Dinastías (146 años), de origen menfita. (en — 4171)

9.ª Dinastía (409 años), originaria de Heracleópolis, lo mismo que la

10.ª Dinastía (185 años). Tumbas en Siut. (en — 3577)

11.ª Dinastía (43 años). Necrópolis de Drah-abul-Neggah. (en — 3534) — 2800

12.ª Dinastía (161 años). Época de los Amenemhat (I á IV) y de los Usertesen (I á III). Luchas en Nubia. Obeliscos, estatuas, templos, tumbas en Beni-Hassan, Laberinto y lago de Mœris. (en — 3373) — 2700

Estas dos dinastías son de origen tebano.

13.ª Dinastía (453 años). Sebekhotep, Nofrehotep, etc.; pocos monumentos.

14.ª Dinastía (184 años), originaria de la villa de Xois; pocos monumentos.

15.ª y 16.ª Dinastías, las de los reyes pastores; reinaron respectivamente 284 y 518 años; Bnon, Staan, Apophis. Esfinge en Tanis, su capital (en — 1834).

17.ª Dinastía (151 años), libró Egipto del yugo de los Hyksos.

18.ª Dinastía (263 años), Ahmes I, Amenhotep I, Thutmos I, II (reina Hatchopset y III, Amenhotep II, Thutmos IV, Amenhotep III y IV (crisis religiosa), Horemheb, etc. Incursiones en Siria, en Etiopía. Templo de Deir-el-Bahary, obelisco y pilón de Karnak, colosos de Memnon. (en — 1420 — 1450

19.ª Dinastía (200 años). Ramsés I, Seti I, Ramsés II, Meneptah, etc. Contacto con los Hititas. Templos de Abydos, de Ibsambul, Ramesseum, obeliscos de Luksor, tumbas en Biban-el-Moluk. — 1250

20.ª Dinastía (140 años). Ramsés III, etc. Templo de Medinet-Habu. — 1100

Las dinastías 17 á 20 están generalmente agrupadas bajo el nombre de nuevo imperio tebano.

21.ª Dinastía, tanita (150 años). Pinodjem, etc. Grandes sacerdotes de Amon reinan en Tebas. Secreto de Deir-el-Bahary.

22.ª Dinastía (libia — 120 años). Chechonk (I á IV), Osorkon, etc.; pocos monumentos, decadencia política. — 950

23.ª Dinastía (89 años). De origen tanita.

24.ª Dinastía (6 años), (saita). Tofnakht y Bokenranf. Luchas con la Nubia.

25.ª Dinastía (etiópica). Chabacu (reina Ameniritis), Chabatoka, Tahraka. Derrotas repetidas de los Egipcios por los Asirios. De — 715 á — 656

26.ª Dinastía (saita). Stephinates, Niko I y II, Psamitik I y II, Uahibri, Ahmes (Amasis), Psamitik III. Relaciones con los Griegos. Periplo de África. Muchas tumbas, época llamada del Renacimiento saita, restauración de antiguos monumentos. — 525

27.ª Dinastía (persa); Kambises, Darío, Xerxes, etc. — 405

28.ª, 29.ª y 30.ª Dinastías, últimos reyes Egipcios originarios de Sais, de Mendes y de Sebennytes. Templos de Philæ y restauraciones. Nakletnebef (Nectanebo) derrotado por los Persas. — 340

31.ª Dinastía (persa). Darío III derrotado por Alejandro. — 332

32.ª Dinastía (macedónica). Fundación de Alejandría. — 305

33.ª Dinastía. Era de los Ptolomeos (I á X), Cleopatra. Contacto con los Romanos. Los templos de Denderah y de Edfu datan de esta época, lo mismo que muchas restauraciones de antiguas obras de arte.

— El Egipto se convierte en provincia romana en el año 723 de la fundación de Roma. — 30





EGIPTO

Los aluviones se vuelven plantas y las espigas de trigo se convierten en hombres.

CAPÍTULO VI

Valle del Nilo. — Clima. — Prehistoria. — Flora y fauna. Protohistoria. — Invasiones. Régimen de las aguas y cultivo. — Despotismo. — Divinidades. Sacerdotes. — Reyes. — Muerte é inmortalidad. Pirámides. — Arquitectura. — Ciencias é industria. Literatura. — Egipcios y extranjeros.

El gran río africano corresponde á las corrientes gemelas del Tigris y del Eufrates, y en sus orillas nació una civilización paralela á la de Mesopotamia, que se pierde igualmente en la obscuridad de las edades anteriores á la historia. Ese paralelismo de las dos civilizaciones se manifiesta de una manera tan sorprendente en la perspectiva de los siglos que nos han legado la

herencia del saber, que el recuerdo de los Caldeos suscita en seguida el de los Egipcios: no es posible hablar de la obra de los unos sin pensar inmediatamente en el trabajo de los otros. Por otra parte, fueron realmente asociados en una gran evolución común, porque no cesaban de obrar y de reaccionar por su influencia recíproca, ora en un contacto directo, ora por mediación de las poblaciones limítrofes. Esas analogías son muy numerosas en ese desarrollo social de los dos grupos étnicos, pero ese movimiento presenta también notables contrastes procedente de la diferencia de medio geográfico.

La variedad es mucho más notable en los vaivenes históricos de los pueblos de Mesopotamia, porque la misma Naturaleza es más variada en la cuenca de los dos ríos. El espacio intermediario que limitan de una y otra parte es muy ancho, de 100 á 150 kilómetros en algunos puntos, y los canales de riego que le recorren en todos sentidos le transforman en una maravillosa campiña de verdura ó de doradas mieses. Al este del Tigris, la llanura, por todas partes cultivada, se prolonga hasta el corazón de los montes por fértiles valles, que son otras tantas avenidas naturales que facilitaban el acceso de la meseta de Irán. Al oeste del Eufrates, si bien es cierto que el desierto costea la orilla del río en una parte de su curso, se cambia poco á poco en estepa en la dirección del Norte. La Mesopotamia se hallaba, pues, en contacto por todas partes con pueblos limítrofes que podían modificar su evolución histórica. El Nilo, por el contrario, reducido á una sola corriente en un estrecho valle que limitan acantilados y las pendientes rocosas de los montes, no es en realidad más que una sencilla cinta comparada al conjunto territorial de su cuenca: de la una á la otra vertiente la zona de cultivo varía de 5 á 25 kilómetros; hasta existe un desfiladero entre Tebas y Assuan, el de la «Cadena», de 1200 metros de ancho, donde la campiña se encuentra completamente interrumpida.

La historia del valle nilótico corresponde á su geografía. La población de los labradores se estrechó en la larga cavidad que llenan los aluviones del río, entre las dos escarpas de montañas opuestas, mientras que, por una y otra parte, los espacios arenosos y rocosos que bordean la depresión del Nilo, ó carecen de habitantes, ó son recorridos solamente por pobres tribus errantes, harto débiles para

que les fuera permitido ejercer la menor intervención eficaz en la evolución política y social de las poblaciones del valle. Los grandes cambios sobrevenidos en la evolución histórica del pueblo egipcio se han propagado todos á lo largo del valle, sea de Sud á Norte, en el sentido de la corriente del río, sea de Norte á Sud, contra la corriente. No podía ser de otro modo, porque las emigraciones y las conquistas habían de tomar una ú otra de esas direcciones por las puertas ampliamente abiertas que ofrecían, de un lado el delta con los extendidos ramos del río, de otro el país del alto Nilo con su cabellera de ríos afluentes, nacidos de las altas tierras de Etiopía ó de las vastas llanuras centrales del continente. De esos dos movimientos que se propagaron en sentido inverso en el valle del Nilo inferior, ¿cuál fué el más importante para el destino del pueblo cuyas multitudes se estrechan en las campiñas nilóticas? La protohistoria no lo ha revelado aún; pero el movimiento que vino del Norte nos es más conocido, á causa de que los historiadores, Semitas ó Griegos, se hallaban á ese lado de Egipto y

N.º 128. Valle del Nilo, por encima Menfis.

1: 250000

describieron los acontecimientos como los veían desde su punto de observación.

Desde la primera catarata hasta la ramificación de las ramas marítimas, el valle del Nilo, confundiéndose absolutamente con Egipto, ofrece un carácter de perfecta unidad geográfica; de su parte superior á la inferior todos los rasgos se parecen, y los habitantes, hallándose en un medio análogo, tienen el mismo género de vida. He ahí por qué, durante la historia que nos es conocida, ha sido casi siempre el mismo régimen político para el alto y el bajo Egipto; sin embargo, la gran desigualdad de las proporciones entre la longitud del valle, próximamente de un millar de kilómetros, y su mínima anchura, debió producir como primer resultado la constitución de numerosos grupos pequeños, sucediéndose de arriba abajo alrededor de un punto principal de mercado.

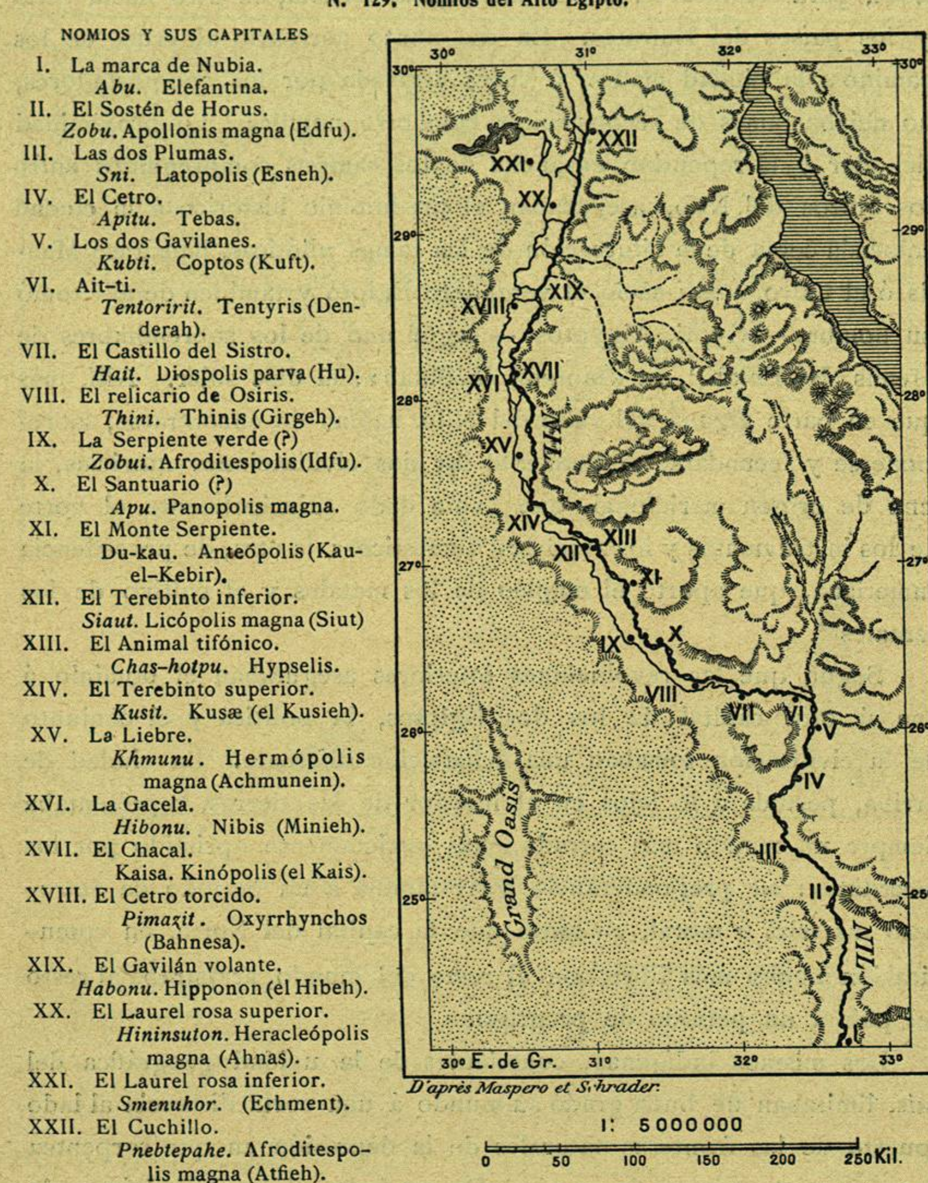
Antes de la existencia de un reino de Egipto, la forma normal del régimen político del valle debió ser el de comunidades autónomas y federadas: muchos ecos de ese antiguo estado de cosas se repiten en los anales egipcios, y se cree que la división del territorio en «nomios» bajo los Ptolomeos corresponde próximamente á la serie lineal de los antiguos Estados. La centralización del poder produjo la unión de esos nomios, primero en dos reinos, después en uno solo. El mito y la religión recuerdan la fase intermedia de la agrupación por la expresión consagrada de «Dos Egiptos», aplicada al conjunto del valle del Nilo inferior á partir de la primera catarata: el Egipto del Norte y el del Sud, el bajo Egipto y el alto Egipto. Dos tierras, dos firmamentos distintos correspondían á esos dos Egiptos, que se decía se hallaban separados por una línea recta que iba de montaña á montaña pasando por una pirámide ó un templo límite. Los dioses Horus y Set presidían respectivamente á esos dos mundos [1]: como Egipto mismo, no constituían más que un solo ser idéntico, y, sin embargo, permanecían en lucha eterna.

Los centros naturales de esos dos Egiptos se formaron separándose un poco de derecha y de izquierda en dos puntos que indicaban de antemano la dirección de las vías históricas y las facilidades de acceso.

[1] Read; Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient classique*, p. 41.

El cuello del delta era uno de esos lugares necesarios como centro del bajo Egipto; para el alto Egipto, el punto propicio se encon-

N.° 129. Nomios del Alto Egipto.



Los nombres de *cursiva* son egipcios; los de redondo, griegos; los entre paréntesis, árabes.

traba sobre la curva que rechaza el Nilo hacia el Este hasta una corta distancia del mar Rojo. De esos dos centros, el que debía

adquirir más duradera influencia había de hallarse situado cerca del expansionamiento de las ramas nilóticas hacia el mar; domina al mismo tiempo la vía que, de Oeste á Este, va hacia el istmo de Suez, para ramificarse, de un lado hacia Arabia, de otro hacia Siria y los países del Eufrates. En ese punto necesario al cruce de los caminos, la ciudad madre, á veces arrasada por los conquistadores, no dejaba jamás de reconstruirse bajo otro nombre. La proximidad del mar y el repentino ensanche de los campos comprendidos entre los brazos del Nilo, aseguraban el predominio histórico á la ciudad colocada cerca de la bifurcación de las ramas nilóticas, llamárase Menfis ó el Cairo. Allí nació el verdadero Egipto y también de allí tomó su nombre — Gypti, Aigyptos, — según uno de los sobrenombres de Menfis, Ki-Phtah [1], la «morada de Phtah», el dios solar. Allí, más que en parte alguna del valle del Nilo, habían de encontrarse, sobreponerse y fecundarse mutuamente las dos civilizaciones nutricias, la una de origen meridional, que había dado principalmente el corte de los instrumentos y los animales domésticos; la otra, de procedencia sumeriana, que aportó el empleo de los metales y el cultivo de los cereales [2].

Según que las revoluciones interiores aseguraban el dominio á una ú otra capital de los dos Egiptos, la política y el conjunto de la civilización tomaban una orientación diferente. La ciudad de arriba, perdida á lo lejos en el interior de las tierras, representaba siempre un mundo más cerrado, más estrictamente oprimido por los sacerdotes: su preponderancia correspondía á un período de retroceso material ó moral, en tanto que la capital del Norte, en comunicación mucho más libre con el resto del mundo, arrastraba al resto del país á un período de progreso.

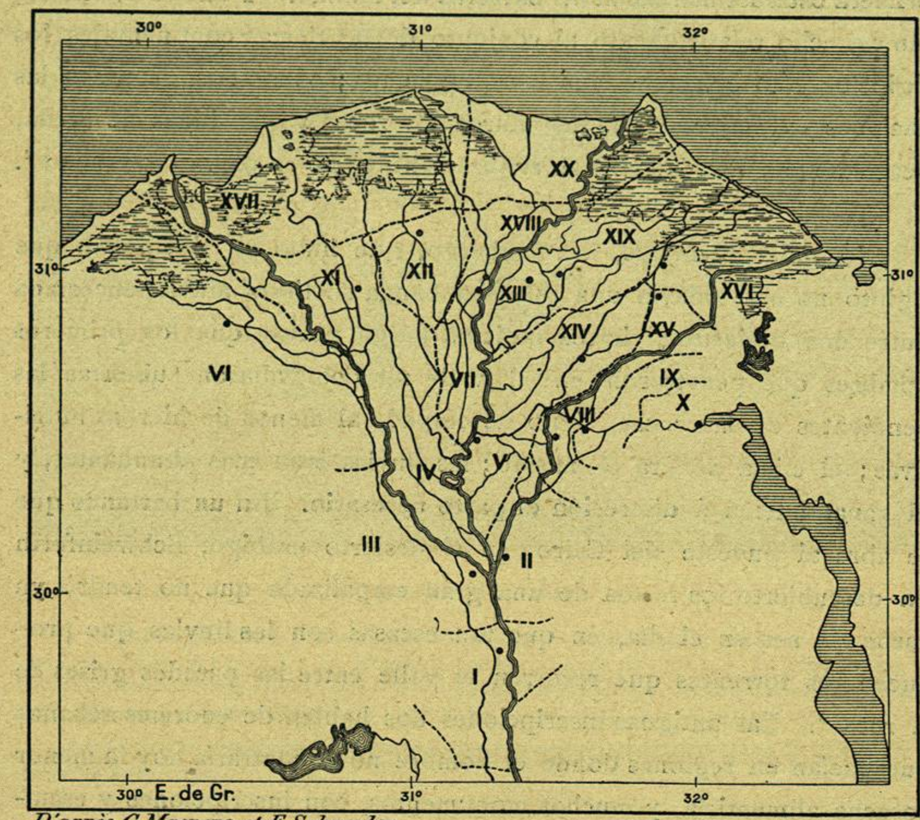
Los mismos indígenas, conscientes de la unidad geográfica del país, limitaban de buen grado su mundo á una corta distancia al lado opuesto de las fronteras naturales de la depresión en que serpentea el curso septentrional de su río. De un lado, el borde grisáceo de las soledades constituía el límite infranqueable, excepto para los

[1] Brugsch, *Histoire d'Egypte*, ps. 5 y 6.

[2] Georg Schweinfurth, *De l'Origine des Egyptiens*, «Bulletin de la Société khédiviale de Géographie», 2.ª serie, n.º 12.

escasos visitadores de los oasis, y se imaginaba en esta dirección la existencia de una cima invisible, el Manu, que simbolizaba el punto

N.º 130. Nomios del Bajo Egipto.



D'après G. Maspero et F. Schrader.

NOMIOS Y SUS CAPITALES

I.	El Muro blanco	Menfis.	XI.	El Blanco septentrional.	Saius.
II.	El Príncipe.	Heliópolis.	XII.	El Toro salvaje . . .	Xois.
III.	El Anca de Buey. . . .	Letópolis.	XIII.	El Ibis	*Bahu.*
IV.	El Blanco meridional . .	—	XIV.	El Toro fajado	Pharbœthos
V.	La Vaca negra.	Athribis.	XV.	El Infante, nomio infer.	*Amit.*
VI.	Nomio de Occidente . .	Hapis.	XVI.	El Escalón oriental . .	Tanis.
VII.	El Señor.	Busiris.	XVII.	El Harpón occidental. .	—
VIII.	El Infante, nomio superior	Bubastis.	XVIII.	El Dios Becerro. . . .	Sebennytos
IX.	El Gavilán coronado . .	*Pisapti.*	XIX.	El Soluro	Mendes.
X.	El Harpón oriental. . .	Herópolis.	XX.	Samhudit	—

Los nombres de *cursiva* son egipcios; los otros griegos.

cardinal del Occidente; del otro lado, un pico de Bakhu, que se cree ser la mayor elevación del macizo que dominaba la entrada del golfo

de Suez, el Djebel Gharib actual (1885 m.?, 3050 m.?) [1], cerca del mar Rojo, era considerado como el límite por excelencia hacia el Oriente; al Norte, los lagos del delta; al Sud, el desfiladero de la Cadena ó la primera catarata marcaban las barreras del mundo. Y en ese territorio, tan estrecho relativamente al conjunto de las tierras continentales, los Egipcios sólo ocupaban una estrecha banda; separados de todas las naciones extranjeras por sus muros de rocas y sus dunas de arena, desarrollaban aisladamente su civilización «como en un vaso cerrado» [2].

No debe olvidarse, sin embargo, que hubo un tiempo en que Egipto no era todavía una estrecha banda de tierra aluvial encerrada entre dos desiertos; ciertos indicios hacen pensar que los primeros hombres que penetraron en el valle nilótico hallaron cubiertas las pendientes de las rocas, si no de césped, al menos de hierbas nutritivas; el clima no era el mismo; las lluvias eran más abundantes, y el ganado tenía á discreción el pasto necesario. En un barranco que se abre al Sudeste del Cairo, en el desierto arábigo, Schweinfurth ha descubierto los restos de una gran empalizada que no tendría ya razón de ser en el día, en que tan escasas son las lluvias que producen los torrentes que recorren el valle entre las paredes grises de la roca [3]. Las antiguas inscripciones nos hablan de enormes rebaños que pacían en regiones donde el hombre no encontraría hoy la menor cosecha alimenticia, y muchos monumentos, con inscripciones y esculturas, se elevan en pleno desierto, cuando la piedad de los fieles los erige en tierras habitadas, destinándolos á ser vistos y admirados por la multitud de los transeuntes [4].

Flinders Petrie, Griffith, Blankenhorn, Fraas y otros no dudan que haya habido modificación en la pluviosidad durante el período humano, llamado por algunos período histórico. Breadnell y Schweinfurth, muy conocedores de Egipto, protestan en diversos grados contra esta última opinión [5]. Por lo demás, cualesquiera que puedan

1 G. Schweinfurth, *Esploratore*, 1878. — La última cifra ha sido dada por la edición reciente del mapa de Lannoy de Bissy (1898).

2 G. Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient classique*, p. 45.

3 *Ein altes Stauwerk aùs der Pyramidenzeit.* Extracto del *Illustrierte Deutsche Monatshefte*, 1895.

4 Oscar Fraas, *Aus dem Orient*, p. 215.

5 *La Terra Incognita de l'Egitto*, p. 13. Extracto del *Esploratore*, 1898.



LA ESFINGE DE GISEH

«La civilización del rey Menes no es un principio, es un apogeo; debió ser precedida de muchos siglos de ensayos y de progresos necesariamente muy lentos. La gran esfinge, el templo subterráneo que tiene cerca y las pirámides de Sakkarah, son seguramente anteriores al rey Menes». — *Emilio Guimet.*

Adoptando la cronología de Manethon, debe hacerse retroceder la época de la esfinge de Giseh á 8000 años.

ser las miras particulares de los exploradores y sus errores de apreciación, es indudable que la cuestión del antiguo clima de Egipto no podrá dilucidarse por la sola observación del África septentrional. El menor retroceso que pueda darse á la aparición de sociedades embrionarias en Caldea y en Egipto — sea diez mil años, — nos retrotrae á una época en que, según la opinión de varios geólogos, los glaciares cubrían parte de Europa. El conocimiento más profundo de los períodos glaciales y de sus efectos sobre la física del globo, ilustrará el estudio del clima egipcio en los tiempos de la prehistoria y de la protohistoria. ¿No ha llegado á pensar H. Driesmans que los enfriamientos sucesivos de Europa han producido la crisis que hizo del animal un hombre? [1].

1 *Rasse und Milieu*, p. 29.

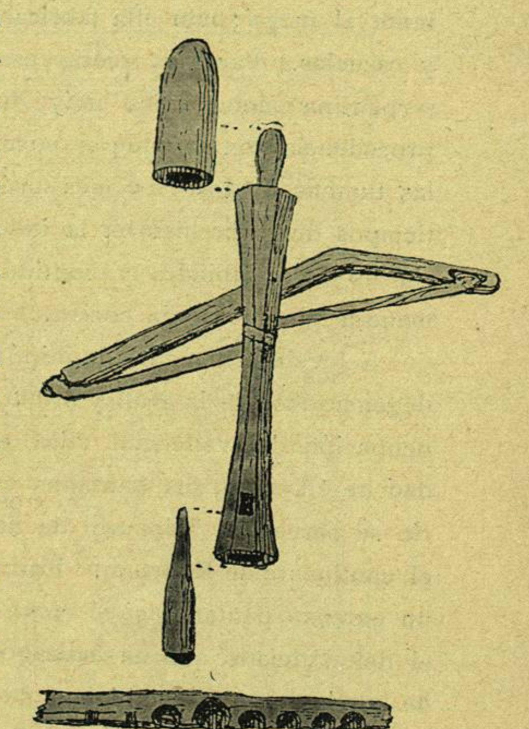
Pero con anterioridad al período durante el cual los Egipcios, dedicándose á dar valor al valle nilótico, llegaron á ser la nación más original entre todas las que nos describe la historia, ¿cuáles fueron los destinos del país? ¿por qué raza de hombres fué ocupado? ¿de dónde vinieron sus primeros colonos y cuál era su género de vida? He ahí preguntas á que es imposible responder, aunque vagas inducciones permitan aventurar hipótesis plausibles y aun hacer constar hechos prehistóricos de capital importancia.

Se sabe ya que Egipto tuvo, como Europa, su edad de piedra. Los sabios, deslumbrados por el número, la variedad, la grandeza y la magnificencia de los monumentos dejados por los Egipcios de los tiempos históricos, no prestaron, hasta una época reciente, atención alguna á los humildes restos de las edades que precedieron á los tiempos referidos por los anales escritos, trabajo iniciado por Ancelin, quien en 1869 hizo su primera memoria sobre la industria primitiva de la piedra en Egipto [1]. Este descubrimiento interesó á los arqueólogos, pero los descubrimientos de raspadores, cuchillos, flechas, hachas y otros objetos, instrumentos y armas análogos á los que nos han dejado en la Europa occidental nuestros antepasados de las edades eolítica, paleolítica y neolítica, permanecieron mucho tiempo como un hecho aislado, independiente del desarrollo conocido de las poblaciones egipcias. Estos hallazgos no tuvieron positiva importancia hasta después de las excavaciones ejecutadas á miles en tumbas antiquísimas, donde se hallaron instrumentos neolíticos mezclados con vasos de piedra dura y marfiles esculpidos que sirvieron de punto de partida común á los estudiantes de la prehistoria y á los arqueólogos.

Los instrumentos de sílex no habían sido abandonados aún en los tiempos faraónicos y se asociaban al desarrollo de una elevadísima civilización; pero la época en que predominaba el empleo de la piedra y de los huesos fué muy anterior á las primeras dinastías. En el estado actual de nuestros conocimientos, las más antiguas piedras utilizadas por el hombre en Egipto son las que Schweinfurth ha descubierto recientemente en el terraplén intermediario de Kurna, en el sitio donde, veinte años antes, en 1882, Pitt Rivers había señalado

[1] Adrien Ancelin, *La question préhistorique.*

ya sílex tallados; aquellas piedras se remontan al principio de la época cuaternaria. Sobre el terraplén inferior se hallan eolitos de la misma especie mezclados con instrumentos paleolíticos, en tanto que sobre la meseta y en el valle, los vestigios humanos — sílex, restos de cocinas, etc., — son de edad posterior [1]. Al Oeste del Nilo, en Nagada, en Abydos y otros puntos del Egipto moderno, sobre los límites del desierto, y aun más lejos en los espacios completamente inhabitables de nuestros días, se han hallado esparcidos talleres, neolíticos en su mayor parte. Los oasis del desierto líbico poseen también cantidades enormes de piedras talladas. En cuanto al desierto oriental, comprendido entre el Nilo y el golfo Arábigo, sólo presenta un corto número de antiguos yacimientos de sílex trabajados, y están en la proximidad del río [2].



APARATO PARA PRODUCIR EL FUEGO ENCONTRADO EN EGIPTO POR FLINDERS PETRIE

En las tumbas que datan de 6000 á 7000 años ó más, se han encontrado, no solamente sílex tallados de una delicadeza extraordinaria, sino también objetos de hueso y de marfil, de cobre y de oro, estatuítas y figurillas diversas, lo mismo que vasos de arcilla negra marcados. Los animales representados son de una exactitud notable, y los alfareros que los dibujaron sabían utilizar arcillas de diversos colores, mejor barnizadas que las de edades posteriores. Indudablemente, esos primeros artistas pertenecían á razas cuyas afinidades eran diferentes de las de los habitantes del período histórico.

Los desiertos de Nubia, al este del Nilo, especialmente la región

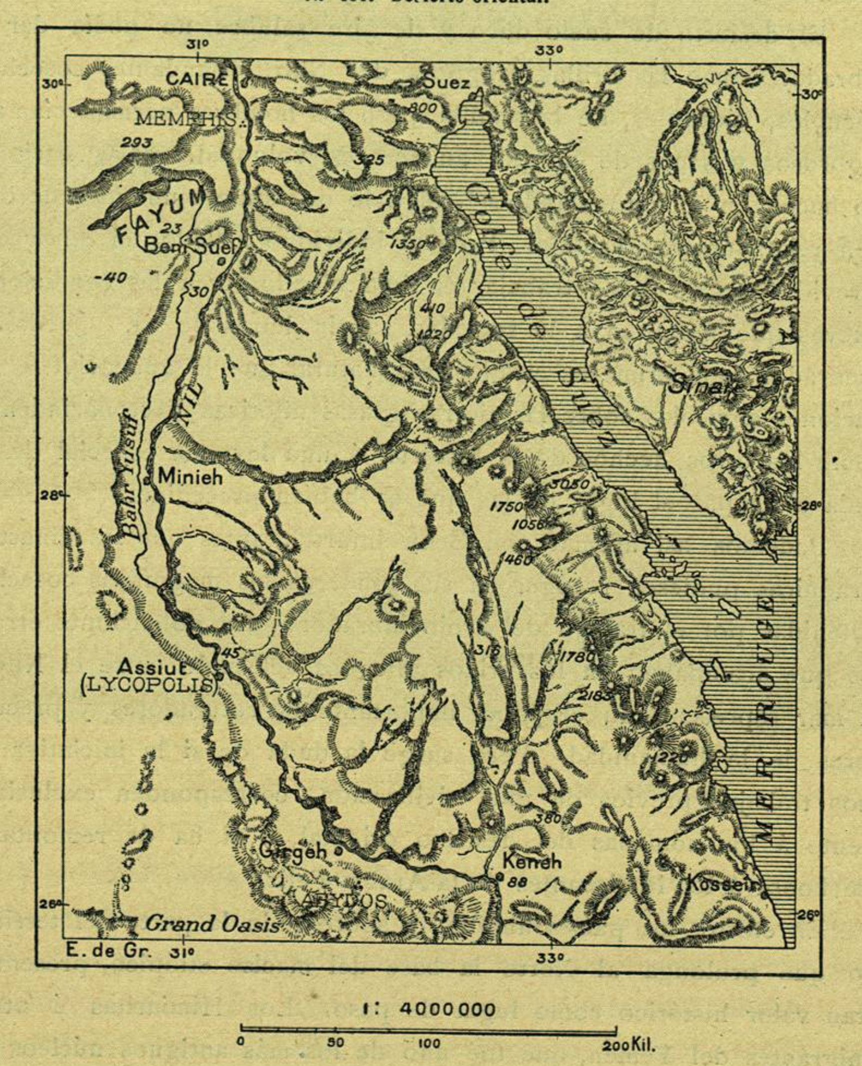
[1] Rutot, *Nota manuscrita.*
[2] Georg Schweinfurth, *De l'Origine des Egyptiens*, «Bulletin de la Société khédiviale de Géographie», 4.ª serie, n.º 12.

del Etbai, que recorrieron los Ababdeh y los Bichârin, parecen, lo mismo que los países de sílex del occidente del río, haber sido en la época prehistórica un centro importante de civilización. No se encuentran allí riñones de sílex, ó al menos son muy escasos, pero es evidente que allí se trabajaban de otro modo las piedras de la comarca, sobre todo una especie de steatita ó piedra ollar, muy resistente al fuego; con ella fabricaban utensilios de cocina, platos, ollas y cazuelas. Para las piezas escogidas se empleaba una especie de serpentina metamórfica muy dura, y principalmente vasos de esta procedencia son los que se encuentran al lado de los viejos sílex en las tumbas de los Faraones antiguos. Se ve, pues, que desde los tiempos de la prehistoria la industria de los Ababdeh y de los Bichârin no ha cambiado, y continúan fabricando siempre de la misma manera su batería de cocina.

Schweinfurth emite la hipótesis que los indígenas, actualmente degenerados, de la Nubia oriental, contribuyeron en gran parte á la ocupación del valle del Nilo, en la época en que por la inseguridad de su curso, sus pantanos y la vegetación de sus orillas, el bajo río se parecía al Nilo azul de Senar, entre los montes de Abisinia y el confluente de Khartum. Entonces el bajo Egipto no era más que un extenso pantano, y el curso fluvial, entre la primera catarata y el delta, dejado aún en estado natural, se componía de un laberinto de corrientes que cambiaban de dirección y de importancia relativa según la fuerza de las avenidas y la duración de las sequías: formábanse rápidamente macizos de papirus y otras plantas acuáticas sobre los fondos cenagosos, retardando la corriente ó desviándola hacia otro lecho, mientras que sobre el suelo ya afirmado de los islotes y las riberas nacían los árboles, uniéndose en una impenetrable espesura, donde se ocultaban los animales salvajes. No nació en semejante región una nación civilizada: los elementos debían formarse fuera, en medio de espacios fáciles de recorrer, donde los hombres harto inquietos, podían agruparse en masas considerables. Las ásperas regiones del Este, aunque enteramente áridas en una gran parte de su extensión, ofrecían, no obstante, sitios de paso y de reunión, y allí, según se cree, se prepararon los acontecimientos preliminares para dar valor al valle nilótico.

El contraste absoluto que en la actualidad presentan las fecundas campiñas ribereñas del Nilo, cubiertas de poblaciones, y las soledades orientales, grises y rocosas, ocupadas acá y acullá por algunas tiendas indistintas, hace casi irrisoria en apariencia la hipótesis de

N.° 131. Desierto oriental.



Schweinfurth; pero es indudable que el Nilo, como todos los otros ríos históricos, comenzaría por ser un temible curso de agua, dominado por las fiebres nacidas de los miasmas, de los microbios, de los insectos y en cuya vecindad sólo se arriesgan los valientes; el

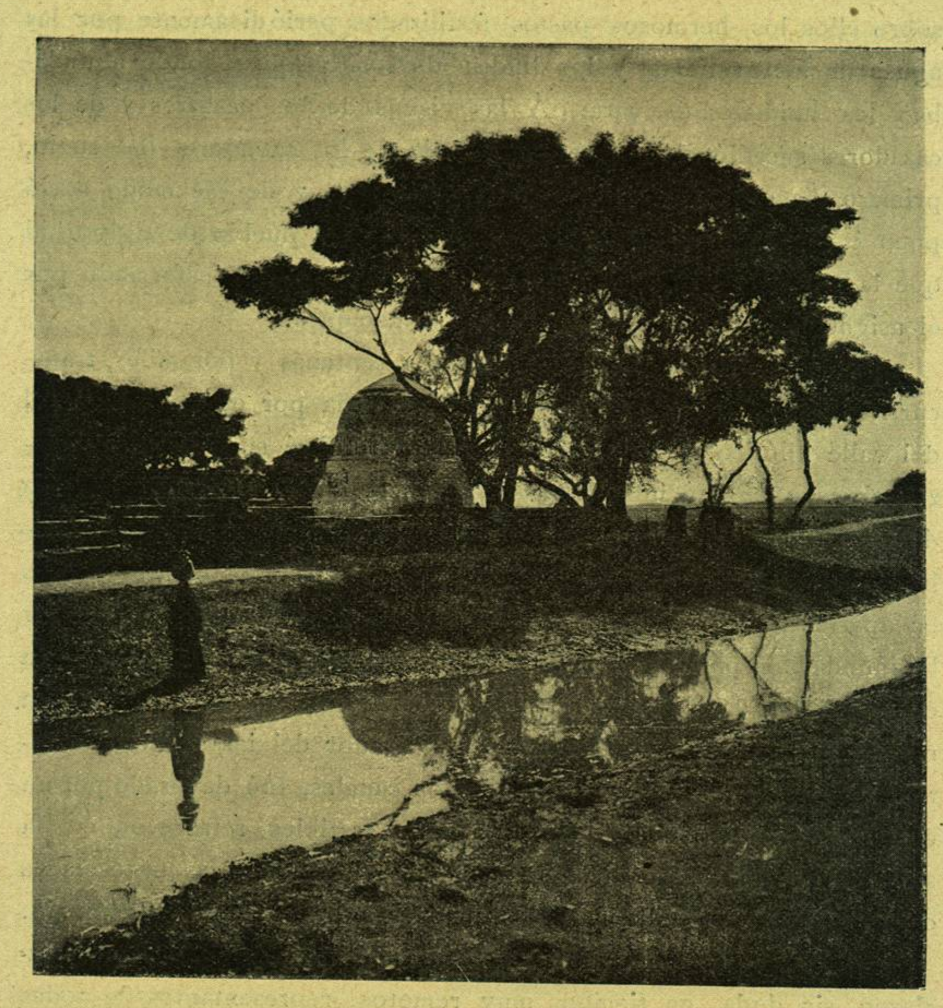
río egipcio debía ser lo que son todavía las grandes corrientes fluviales de la América tropical, tales como el Atrato, el Magdalena y el Amazonas: la leyenda de las «plagas de Egipto» que repite el Pentateuco [1], según los más antiguos documentos, no es quizá más que un eco de los sufrimientos que experimentaron los primeros colonos establecidos en las inmediaciones del río.

El desierto de suelo duro y de aire salubre no podía dar al labrador, como las orillas fangosas del Nilo, abundantes cosechas, décuples, véntuples, de la semilla, pero los hombres permanecían allí vigorosos y sanos de cuerpo, audaces de voluntad. «Las naciones no nacen en el limo blando» [2], diga lo que quiera un mito de origen relativamente reciente. Pero el individuo aislado, el innovador atrevido que no teme trabajar el limo blando, crea las condiciones nuevas que permiten á la sociedad surgir detrás de él. Quedando ignorados esos primeros estados, era natural que la afluencia de las naciones agrícolas sobre las tierras grasas nilóticas diese nacimiento, como los otros hechos de la historia, á una leyenda especial destinada á ocupar el lugar de las que se habían precedido.

Podemos así afirmar con Schweinfurth: antes que las dinastías faraónicas pudiesen recoger en sus graneros las magníficas cosechas obtenidas por el trabajo del «rojo labrador», las poblaciones errantes que acampaban en los áridos pliegues del suelo entre el Nilo y el mar representaron el papel importante de roturadores y precursores de la humanidad. Pero surge la duda de si la iniciativa de esos trabajos previos de toda civilización, corresponden exclusivamente á los nómadas del desierto oriental, ó si ha de remontarse ese honor á los inmigrantes de la Arabia Feliz.

En efecto, los países nubios, y sobre todo la parte del territorio que prolonga al Norte la base del macizo etiópico, presentan gran valor histórico como lugar de paso. Los Himiaritas ú otros emigrantes del Yemen, que fué uno de los más antiguos núcleos de civilización, habían de atravesar esta comarca en su marcha hacia el Occidente. Después de haber franqueado el estrecho, ó bien el mar más ancho y sembrado de islas que se abre más al Norte, los via-

1 *Exodo*, cap. VII á XI.
2 Georg Schweinfurth, *Memoria citada*, p. 11.



Cl. David Gardiner.
CANAL DE RIEGO Y TUMBA DE LA ÉPOCA ÁRABE

jeros se veían obligados, sea á escalar unas mesetas etiópicas, y sin duda muchas bandas, pacíficas ó guerreras, tomaron esa dirección, — sea de seguir el litoral hacia el Norte hasta las anchas brechas y los caminos naturales que vigila actualmente el puerto de Suakin; allí, dirigiéndose hacia el Oeste, alcanzaron por la vía más corta las riberas del Nilo, en Berber, ó en el gran recodo ocupado por la ciudad de Abu-Hamed, lugares históricos y prehistóricos tan antiguos como la civilización misma. Dirigiéndose hacia el valle fluvial, ó al menos á sus inmediaciones, los emigrantes, pastores nómadas en su mayor parte, obedecían á la fuerza de atracción que debían ejercer

sobre ellos los hermosos pastos fertilizados periódicamente por las aguas de las avenidas y los lindes de los bosques donde abundaban los animales de caza. Á las visitas de los pastores y de los cazadores sucedió el establecimiento fijo de los cavadores del suelo, primero dispersos, después más aproximados, y de ese modo nació poco á poco y con elementos heterogéneos el pueblo de Egipto, al que la naturaleza tan original del país habitado y transformado por él asignó una misión distinta entre las naciones.

¡ Cuántos siglos, contando quizá por centenas y por miles, transcurrirían antes que la raza nueva determinada por el medio especial del valle nilótico tomó carácter duradero ! ¡ Qué sucesión de esfuerzos, frecuentemente infructuosos, para acomodar los cultivos al suelo desigual, esponjoso, cortado por barrancos y pantanos para distribuirle en campos y surcos, para conciliar esos trabajos contradictorios en apariencia : proteger las viviendas contra las avenidas y solicitar la inundación para el riego de huertos y jardines ! Una leyenda que simboliza las luchas del Egipcio primitivo contra el indómito río, cuenta que Menes, el supuesto fundador del imperio, el constructor de los diques y cavador de los canales, fué devorado por un cocodrilo. Y es que, en efecto, hubo terribles retrocesos en la apropiación gradual de las inundaciones fluviales á las necesidades de la agricultura. Muchas generaciones perecieron en ese trabajo.

Á los vecinos más inmediatos del valle inferior del Nilo se mezclaron, sin duda, en tiempos muy remotos, representantes de todas las poblaciones de la cuenca fluvial, incluso negros, sea venidos como hombres libres, sea importados como esclavos, y no podían menos de desembarcar sobre el litoral, y de fundar en él colonias, los ribereños del Mediterráneo, pertenecientes á diversas naciones de navegantes, unos conservando durante mucho tiempo su individualidad distinta, otros siendo pronto absorbidos en la masa de la población. La historia escrita nos da algunos testimonios de esas inmigraciones por mar, como también nos refiere éxodos de procedencia asiática, que aportaban Semitas, Arias y hasta Mongoles. Entre esos visitadores del antiguo Egipto, los hay que los sabios han podido señalar como completamente distintos del tipo egipcio tal como se ha constituído en el curso de las edades.

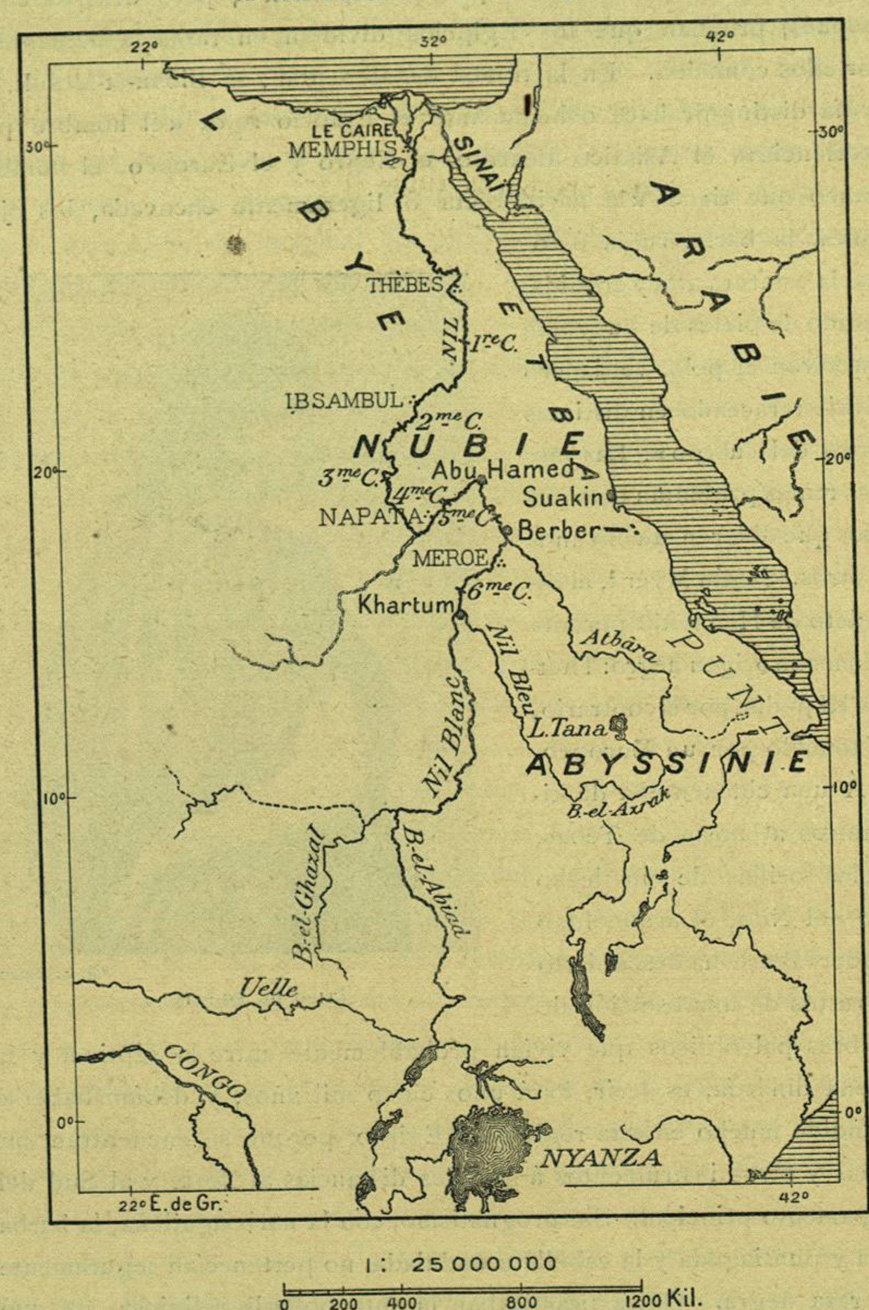
Unas pinturas, descritas por Champollion [1], pero desaparecidas después, prueban que los Egipcios dividían en razas la humanidad por ellos conocida. En la tumba de Meneptah, en Biban-et-Moluk, se podía distinguir hace ochenta años el Egipcio rojo, « el hombre por excelencia », el Asiático amarillo, el Negro y el Europeo, el hombre blanco que tiene « la nariz recta ó ligeramente encovada, los ojos azules, la barba rubia ó rojiza, la estatura alta y erguida, vestido de pieles de buey que conservan el pelo, verdadero salvaje taraceado en distintas partes del cuerpo ». Las momias reales presentan tipos étnicos que difieren mucho unos de otros. Según Myer [2], el esqueleto de Hennekht permite suponer un origen negro: Thutmos III podía, por el contrario, ser tomado por un Europeo.


Cl. Lekegian.
TIPO DE EGIPCIA

Á una cincuentena de kilómetros al norte de Tebas, en las orillas de un lecho seco del Nilo, el arqueólogo Flinders Petrie ha descubierto los restos de una estación de hombres paleolíticos que vivían probablemente entre la séptima y la novena dinastía, es decir, hará unos cinco mil años, y debían haberse extendido mucho en esta región de Egipto, porque se encuentran sus flechas y otros instrumentos á grandes distancias al Norte y al Sud del campamento principal. Sin prognatismo, con la nariz aguileña, la barba larga y puntiaguda y la cabellera ondulada, no pertenecían seguramente á la raza negra. Quizá practicaban la antropofagia religiosa, ya que no podría explicarse de otro modo, porque faltan la cabeza y las manos á todos los cadáveres extraídos en las excavaciones. Á veces los

[1] *Lettres écrites d'Egypte*, citadas por Pietrement, « Société d'Anthropologie », 6, XII, 1883.
[2] *Man*, Octubre 1901.

N.° 132. Territorios de influencia egipcia.



cuerpos estaban despedazados y se colocaban en montón, á un lado las costillas, al otro las vértebras [1]. Á pesar de sus sangrientos ritos,

[1] Edinburgh Royal Society.

N.° 133. Cuenca del Nilo.



esos desconocidos debían tener una civilización material bastante avanzada, á juzgar por su habilidad para tornear los vasos y para tallar en las piedras rudas efigies; pero no parece que hayan conocido la escri-

tura. ¿De dónde venían? Schweinfurth se inclina á considerarlos como Khamitas de aquellos del Sudoeste que fueron intermediarios naturales entre Egipto y la Arabia sud-occidental, mientras Petrie barrunta que eran «Libios venidos del Oeste». La manera de enterrar los muertos parece darle la razón, porque siempre tenían dobladas las rodillas y la cara vuelta á Poniente; pero puede sacarse de ese simple hecho una deducción en favor de la teoría climática, según la cual los oasis del Oeste eran, hace algunos miles de años, más extensos, los desiertos menos áridos y menos difíciles de franquear y el clima menos abrasador y más propicio al hombre [1]?

La procedencia de las plantas cultivadas y de los animales domésticos contribuye á dar alguna luz sobre las influencias primeras á que fué sometida la nación de los Egipcios. Así se sabe que los mercaderes de aromas y de otros preciosos productos vegetales de la Arabia sud-occidental aportaban también árboles, algunos de los cuales adquirieron carácter sagrado en el espíritu de los indígenas: entre ellos el sicomoro *(Ficus sycomorus)*, de ancho ramaje negro, inclinado sobre las aguas del Nilo, y el *persea* de los autores griegos *(Mimusops Schimperi)*, que mencionan algunas inscripciones desde la época de la cuarta dinastía y que no se ve ya en las riberas del Nilo de tres siglos á esta parte [2], pero que se encuentra todavía en el Yemen, su patria de origen. Por la misma vía, la del Atbâra y del Nilo medio, recibieron probablemente los Egipcios una de sus más preciosas riquezas, su mejor ayuda en el trabajo. Se considera, en efecto, que el asno doméstico desciende del asno salvaje de la Nubia, y no del onagro de los desiertos de Siria y de Persia. El asno de patas rayadas *(Equus tænopius Heuglin)*, que saltaba sobre



CEBANDO LOS GANSOS,
SEGÚN UN BAJO-RELIEVE EGIPCIO

[1] Oscar Fraas, *Aus dem Orient.*
[2] G. Schweinfurth, *De l'Origine des Egyptiens*, «Bulletin de la Société khédiviale de Géographie».

las rocas del Etbai, se hizo compañero del hombre en sus viajes á través de las soledades, y que tomó y toma todavía en Egipto una parte tan grande en la vida doméstica. En cuanto á los caballos de frente abultada, de los cuales han descendido los caballos barbados según Pietrement, debe atribuirse su introducción á los invasores turanios, quienes les introdujeron por la vía del istmo, al nordeste del delta [1].

Según el resultado de esas investigaciones zoológicas y botánicas, queda demostrado que Asia y África tuvieron una parte considerable en el desarrollo histórico de los Egipcios. Es indudable que los primeros animales que vivieron familiarmente con los ribereños, el perro, el gato, la gacela, la grulla de Numidia, los patos y los gansos, las grullas, cigüeñas y tórtolas eran de procedencia africana; pero desde las primeras épocas se observa en los monumentos egipcios la representación del buey, originario de Asia. Los bueyes de un bajo-relieve de Giseh, notabilísimos por la gran dimensión de sus cuernos en forma de lira, la altura del crucero y la oblicuidad de la línea dorsal que desciende del cuarto delantero á la grupa, son indudablemente bueyes asiáticos, y las equivocaciones en que se ha incurrido acerca de dos pretendidas razas bovinas en Egipto, proceden de que los arqueólogos han confundido los toros de la única especie con bueyes de cuernos cortos [2]. Los carneros y las cabras, que fueron introducidas en edades antiguas de la civilización egip-



EL IBIS SAGRADO

[1] *Revue de l' Etnographie*, t. III, 1884, ps, 369-388.
[2] Pietrement, *Les Chevaux dans les Temps préhistoriques et historiques*, «Bulletin de la Société d'Anthropologie» de París, 1896, ps. 657 y siguientes.

cia, son también de origen asiático y vinieron después del buey, pero antes de la introducción del caballo; el camello fué llevado á las orillas del Nilo durante un período de la historia relativamente reciente, á pesar de creerse hoy completamente indispensable como elemento de paisaje, y la gallina fué también una adquisición moderna, relativamente á la de los gansos y los patos. De ese modo Egipto se enriqueció sucesivamente con todas esas conquistas de primer orden en el mundo animal: pero desde sus orígenes parece haber poseído casi todas las plantas alimenticias que mencionan los antiguos autores.

Los más viejos monumentos que nos hayan legado los ribereños del Nilo apenas tienen setenta siglos, pero pertenecen á una época en que la civilización se hallaba tan notablemente desarrollada bajo ciertos aspectos, caracterizada por instituciones tan complejas, que se ha de admitir con toda exactitud una larga duración de cultura durante las edades anteriores [1]. El crecimiento de una nación es muy lento, como la de una encina prodigiosa que extiende á lo lejos sus raíces en la profundidad de la tierra. Se puede, pues, atribuir á miles de años atrás los primeros trazados míticos en el sentido incierto de la protohistoria egipcia. Por lo demás, contra la opinión de ciertos especialistas que sostienen como artículo de fe la anterioridad de la civilización egipcia sobre toda otra, no se puede ya tratar separadamente de la antigüedad de los grupos nilóticos y mesopotámicos. La influencia caldea ha sido uno de los factores de la sociedad egipcia en sus orígenes y no se equivocaría mucho J. Oppert haciendo remontar más allá del décimo ó undécimo milenario antes de la era cristiana las primeras asociaciones humanas en las riberas del Eufrates.

Sin embargo, algunos cronólogos, hablando de la antigüedad inmemorial de la nación nilótica, han llegado á reducir mucho la duración de la monarquía egipcia, tal como la establecían los anales transmitidos por los sacerdotes y que la hace constar el gran sacerdote de Heliópolis, Manethon, para informar á su señor el Ptolomeo Philadelfo. La imposibilidad de abarcar con el pensamiento

[1] G. Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient classique*, p. 44.



LA TRILLA DEL TRIGO — Cl. Bonfils.

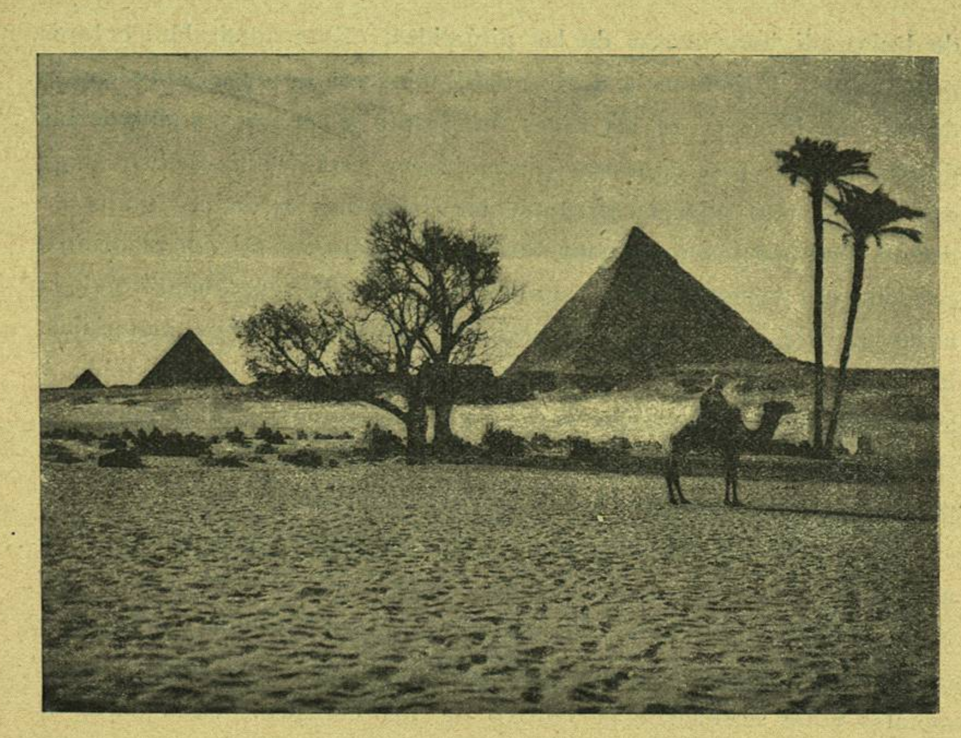
largos siglos de una historia á la que faltan todos los detalles, explica parcialmente esta abreviación curiosa; pero ha de añadírsele también, respecto de algunos escritores, el deseo de subordinar las crónicas de un pueblo profano á la del pueblo sagrado de los Hebreos. Necesitan á toda costa encerrar la historia de Egipto en los tres ó cuatro mil años que, según las diversas versiones, los comentadores de los libros judíos dicen haber transcurrido entre el diluvio y el nacimiento del Mesías, y si un historiador cristiano admite la veracidad de las listas de los reyes de Egipto, no puede conceder más de quinientos ó seiscientos años al pueblo egipcio para apropiarse el valle del Nilo elevándose hasta la civilización que produjo la esfinge de Giseh [1].

[1] L. J. Morié, *Histoire de l'Ethiopie*, I, ps. 50 y 51.

Tal es la causa de esta hipótesis que Manethon presentaría como sucesiva de las dinastías reinantes en la misma época en partes diferentes de Egipto; sin embargo, nada justifica esta suposición, que, según Brugsch, reduciría en quinientos años, y según Lepsius, en catorce siglos, la verdadera duración de las tablas de Manethon. La lista de los reinados, copiada por ese gran sacerdote, concuerda con la que da Eratóstenes y con inscripciones jeroglíficas, las de las ruinas del templo de Abidos, por ejemplo. Por lo demás, existen monumentos de arquitectura sobre los cuales un mismo rey se encuentra mencionado en comarcas distintas una de otra, precisamente donde se imaginaba que dinastías contemporáneas habían vivido independientes [1]. No hay duda que Manethon se ha engañado más de una vez, pero no todos los errores están en el mismo sentido; porque si parece lógico admitir que la 17.ª dinastía, la primera del nuevo imperio tebano, era contemporánea de los últimos reyes pastores que combatió, es cierto que para la 7.ª y la 11.ª, las duraciones tradicionales de 70 días y de 43 años son insuficientes; los monumentos han revelado la existencia de veintidós reyes de esta última dinastía, de los cuales nueve eran Entef y seis Mentahotep, mientras Manethon sólo conocía dieciséis. Es, pues, perfectamente racional conceder valor histórico á la sucesión de los diversos personajes reales enumerados por Manethon como reinantes durante un período de cincuenta ó sesenta veces secular, ó sea exactamente 5833 años antes de la era vulgar de los cristianos [2].

Por largo que parezca este período, comparado con la duración del género humano según las leyendas judías, es evidentemente poca cosa en la evolución de un pueblo que había llegado á un grado muy alto de civilización y que sin embargo había vivido mucho tiempo, á veces, bajo el dominio de los sacerdotes, en períodos de desenvolvimiento lentísimo, estacionario y hasta regresivo. También los fastos egipcios admiten que antes de las dinastías humanas se pasaron muchos miles de años de protohistoria bajo el reinado de los héroes y de los dioses. Un precioso documento llamado «papirus de Turín», del nombre de la biblioteca donde está conservado, divide esos tiempos del antiguo Egipto en tres períodos que comprenden en junto más

[1] Ernest Renan, *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, ps. 32 y siguientes.
[2] G. Rodier, *Antiquité des Races humaines*, p. 11.



PIRÁMIDES DE GISEH — Cl. David Gardiner.

de diez mil años y simbolizan, sin duda, en el pensamiento de los analistas egipcios, el poder de las fuerzas primitivas de la tierra y del cielo. Los siete grandes dioses figurados por los siete astros por excelencia reinarían los primeros, después vendrían los doce dioses que presiden á los doce meses y los treinta semidioses correspondientes á los treinta días del mes; la dominación de esas fuerzas elementales estaba, pues, regida por los movimientos de los astros, lo que prueba que los sabios egipcios conocían la marcha del sol sobre el plano de la eclíptica. Si los períodos con que han alargado sus anales no corresponden á la historia de su propio país, por ignorar sus elementos, á lo menos refieren realmente la historia del cielo.

Poco tiempo después de la época de la protohistoria, mencionada en los anales de Manethon considerando á Menes como fundador de la primera dinastía en Menfis, cerca de la bifurcación de las bocas fluviales, la monarquía se hallaba bastante fuerte y poderosamente establecida sobre la servidumbre de todos para que los soberanos pudieran obligar á la construcción, dedicada á su gloria,

de las prodigiosas masas de las pirámides. Esos admirables colosos prueban que la influencia de los Babilonios era entonces muy considerable en la corte de los reyes de Egipto y en los templos de los dioses, porque esas primeras pirámides no están edificadas con piedra dura, como pudiera esperarse naturalmente en un estrecho valle donde abundan las rocas por una y otra parte, sino con ladrillos, exactamente como las torres graduadas de la Mesopotamia, donde la naturaleza del suelo hacía necesario el empleo de estos materiales. El origen babilónico de este género de edificios es incontestable y lo prueba el hecho de que la forma más antigua de la pirámide de Egipto, tal como todavía se conserva en Sakkarah, es la de un templo escalonado, como los observatorios de Caldea [1].

Otros indicios nos muestran cuánta influencia ejercieron los Sumerianos sobre las poblaciones de Egipto, visitando las riberas del Nilo 70 ú 80 siglos antes de nuestra generación: ellos fueron, dice Fr. Hommel, quienes adiestraron á los Egipcios en el trabajo de los metales y les enseñaron el cultivo de los cereales. Gran parte de las palabras egipcias del antiguo período son de raíz sumero-akkadia, y en las dos comarcas es idéntica la genealogía de las antiguas divinidades, hasta los nombres se confunden; la escritura cuneiforme de los Asirios penetró después hasta en los templos y las bibliotecas de Egipto, como lo atestiguan las tabletas halladas en Tell-el-Amarna, cerca de Minieh; en aquella época las corrientes cambiaban las correspondencias regulares de las riberas del Tigris á las del Nilo; para los reyes á lo menos, estaba ya creado el servicio postal.

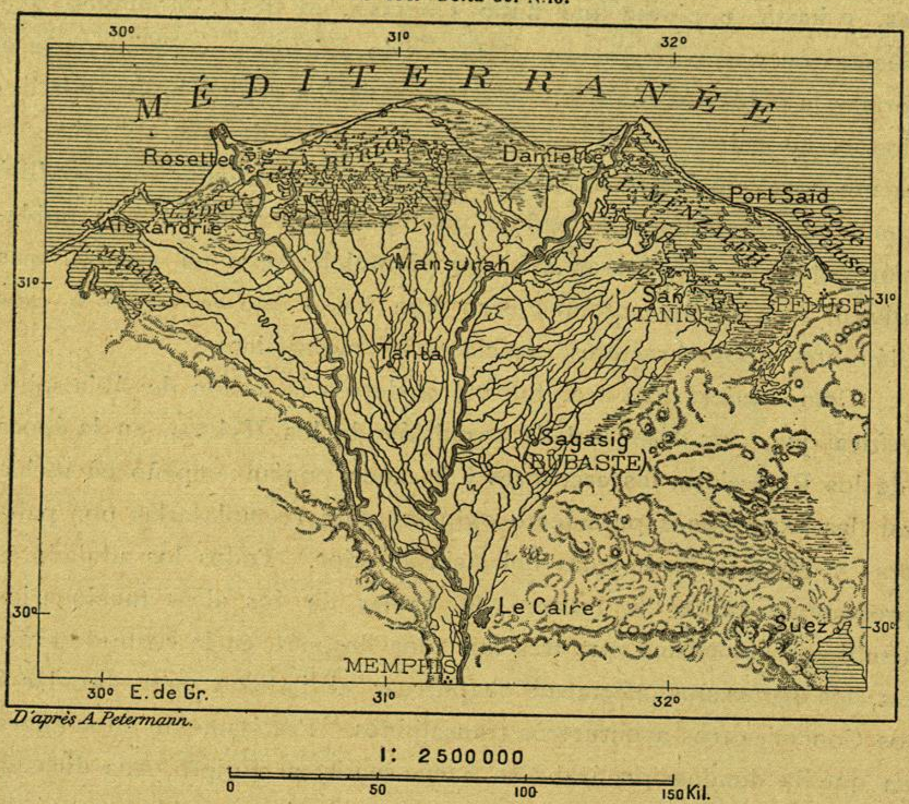
Mas por grande que haya sido la influencia babilónica sobre la civilización de Egipto y sobre sus procedimientos científicos, los ribereños del Nilo no dejaban de conservar su originalidad. De ese modo la división sexagesimal de Caldea, que fué tan importante en el mundo de la ciencia y que es todavía la división más usual en geografía, no parece haber sido introducida en los métodos ordinarios de los agrimensores y de los calculadores egipcios. El «papirus de Londres», que data de unos treinta y ocho siglos, y la tabla de cálculo de Giseh, estudiada por Brugsch y considerada por él

[1] Fr. Hommel. — R. Von Ihering, *Les Indo-Européens avant de l'Histoire*, trad. O. de Meulenaere, p. 113.

como mucho más antigua, indican para las operaciones matemáticas otro multiplicador, 320, que contiene los factores 2 y 5, pero que no es divisible por 3 [1].

El poder egipcio, cualquiera que fuese su origen, trató siempre de garantirse de las incursiones violentas procedentes de Asia, y, en la vecindad de los lagos Amargos, mantuvo siempre una gran mura-

N.º 134. Delta del Nilo.



Compárese este mapa con el de la página 131 (N.º 130), para formase idea de las modificaciones que han producido dos mil años en el trazado de las costas y de las ramas del Nilo.

lla de defensa, que el rey Snefru, fundador de la cuarta dinastía, hizo elevar para contener los bandidos beduinos [2]. Sin embargo, algunas invasiones pasaron adelante; según Flinders Petrie, en la época de la 3.ª dinastía ó al principio de la 4.ª, vino de Asia por el istmo una raza que se sobrepuso á los trabajadores primitivos, veinticinco

[1] *Aus dem Morgenlande, Die älteste Rechenkunst*, ps. 35 y siguientes.
[2] Wiedmann, *Die Urzeit Ægyptens und seine älteste Bevölkerung*.

siglos quizá antes de la irrupción étnica que sometió á los Egipcios durante varias centenas de años á la dominación extranjera.

La invasión de los Hyksos, en la que se cree haber estado en mayoría los pastores árabes, renovó la influencia semítica, pero bajo una forma nueva muy diferente de la que había tenido la civilización de Caldea. Por lo demás, parece que elementos muy diversos tuvieron su parte en esta invasión de los conquistadores orientales, y hasta se piensa que hubo «Scitas», es decir, Mongoles, que penetraron como dueños en el territorio egipcio y contribuyeron á formar la población nilótica. Los bustos de los «reyes hyksos» hallados en las ruinas de Sân, la antigua Tanis, se designaron primeramente como de facies semítica, y Mariette en particular los describió como tales, atribuyendo también una apariencia semítica á la población actual de las riberas del lago Menzaleh; pero un examen más atento, dice Piétrement, demostró que había que reconocer á esos diferentes tipos caracteres esencialmente mongólicos [1].

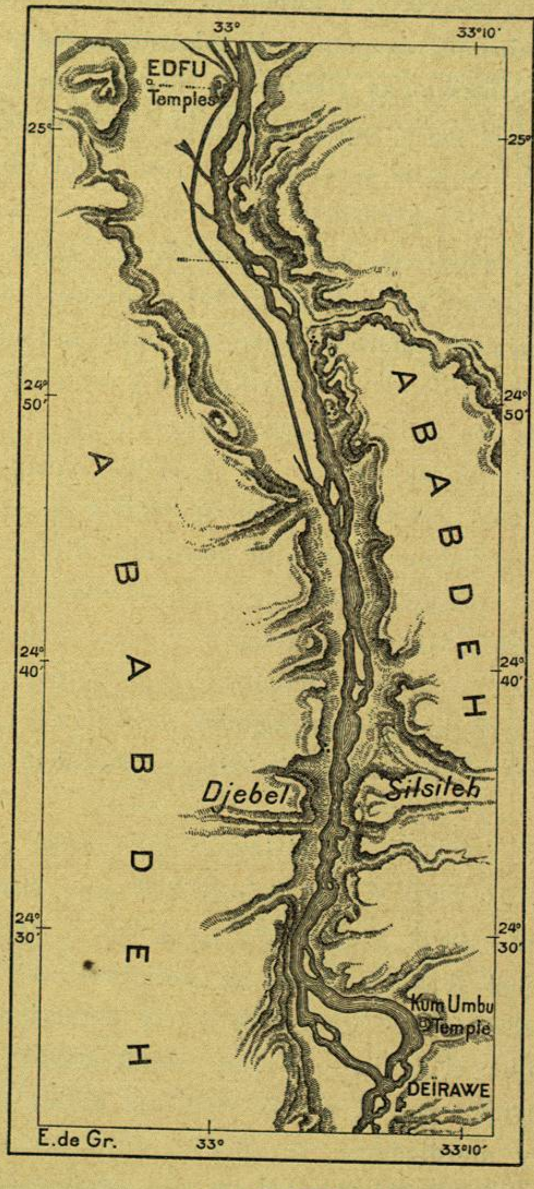
Como quiera que sea, fué tan poderosa la acción de Asia sobre África que, aun después de la expulsión de los Hyksos, en la época de los Ramesidas, los escritores á la moda ponían empeño en rechazar las expresiones puramente egipcias para reemplazarlas por palabras y giros de las lenguas del Asia anterior. Todos los aduladores procuraban imitar la manera de hablar de los altos funcionarios semíticos [2], lo mismo que tres mil años después, en la corte de Francia, los cortesanos afectaban chapurrear el italiano para agradar á los Concini, otros aventureros transalpinos. Precisamente en la época en que la dominación árabe se hacía sentir en Egipto, una dinastía de conquistadores «cananeos», que pertenecía probablemente á la misma corriente de invasión étnica, se había hecho dueña de Babilonia y en ella había introducido sus dioses [3].

También vinieron unos extranjeros por mar: además de los Himiaritas, cuyas generaciones sucesivas se propagaron por los caminos de Etiopía, produjéronse emigraciones á través del mar Rojo, por la vía, antes frecuentada, que reune el puerto de Kosseir á la

[1] *Revue d'Ethnographie*, t. III, 1884, ps. 369-385.
[2] Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 61.
[3] Hugo Winkler, *Die Völker Vorderasiens*, ps. 12 y 13.

gran curva del Nilo. La historia menciona también colonias de Mediterráneos que se instalaron en el delta del Nilo, sin saberse positivamente si venían de las costas de la Cirenaica, de Sicilia, de Italia, de Cerdeña ó de Creta. En todo caso llegó de Asia Menor. Las inscripciones egipcias mencionan los navegantes Kaftis, que dominaban en las islas del Mediterráneo y que vendían objetos de arte análogos á los que Schliemann encontró en las excavaciones de Micenas. No hay duda en que fueron Asiáticos y no Fenicios los que ejercieron la influencia posterior: quizá la sede de su poder estaba en Cilicia [1]. Los mercaderes extranjeros habían fundado ciertamente en el valle del Nilo comunidades prósperas, porque los Egipcios, que les desterraron del país hace treinta y un siglos, recogieron como botín cantidades de oro y plata, espadas, corazas y vasos preciosos [2]. Entre esos inmigrantes en Egipto, hubo miles y centenares de miles involuntarios, desgra-

N.º 135. Edfu y el Desfiladero de la Cadena.
(Véase página 154)



[1] Max Müller, *Asien und Europa nach altägyptischen Denkmälern.*
[2] Flinders Petrie, *Contemporary Review*, Mayo 1897.

ciados cautivos negros, blancos y cobrizos, arrancados de todos los países y que se mezclaron en proporciones variables pero muy fuertes á la población residente.

Cuando se estableció el equilibrio entre las diversas razas que contribuyeron á formar el pueblo egipcio, éste se componía principalmente de gentes de color bronceado, que se llamaban «Rojos» y se distinguían claramente de los hombres de piel negra que vivían en la parte superior del río. En los orígenes de la historia escrita, el límite de separación atravesaba el valle del Nilo en la parte inferior del desfiladero de las Cadenas. En el punto en que se elevaba el templo de Teb, convertido más tarde en el Apollinopolis Magna, después en el Edfu de los modernos, allí, y no más arriba hacia la primera catarata, como se repite ordinariamente, se hacía la brusca transición entre los «Rojos» y los «Negros», entre Egipto y el país de los Nubas ó «Barbardus»[1].

No hay duda que la nación, compuesta de elementos muy distintos por la procedencia, recibió su sello particular del medio tan esencialmente uno que constituye Egipto: la lámina de agua sinuosa y resplandeciente regía con su continuada corriente la vida del ribereño, dándole su religión y sus costumbres al mismo tiempo que su pan. Herodoto ha dicho que Egipto era «un presente del Nilo», los Egipcios eran también obra suya. Los aluviones se volvían plantas y las espigas de trigo se trocaban en hombres.

El Nilo se distingue por rasgos completamente característicos, haciéndole una individualidad muy distinta entre todos los grandes ríos de la Tierra. Primeramente se desarrolla en dirección lineal del Sud al Norte, como un meridiano visible, y sobre sus riberas, muchas tribus, ignorantes de la extensión del mundo, pudieron creer que el conjunto de las tierras estaba exactamente dividida en dos partes por el río, la serpiente mítica arrollada alrededor del globo y mordiéndose la cola[2]. Otro hecho de los más notables en el régimen hidrológico del río consiste en que su ramificación ocupa solamente la mitad superior de la cuenca. En Khartum se reunen

[1] H. Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 83.
[2] Felkin, *Uganda and the Egyptian Sudan*, vol. II.

las dos grandes corrientes que constituyen el Nilo: el «Río Blanco», procedente de los lagos del África central, y el «Río Azul», del lago Tana y de los impetuosos torrentes de los montes etiópicos. Allí, durante una parte del año, cesan las afluencias del agua, y

N.° 136. El Atbâra y el Mar Rojo.



ordinariamente disminuye el caudal del Nilo en la parte inferior del confluente en dirección del mar, distante 2700 kilómetros hacia el Norte. Es posible, no obstante, que haya manantiales profundos, que, saliendo de las rocas laterales, sostengan en el inmenso curso



Cl. Al. Vista.

PALMERAL EN TIEMPO DE CRECIDA DEL NILO

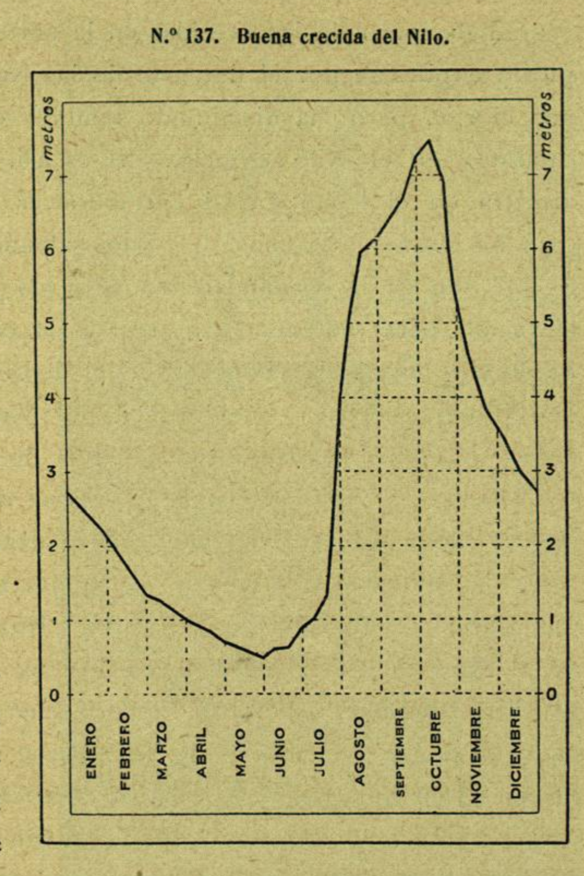
fluvial la masa decreciente del agua. Durante la estación de las lluvias, un afluente considerable hincha el Nilo entre Khartum y Berber, el Atbâra, el antiguo Astaboras, alternativamente río seco en cuyo cauce los viajeros extienden sus tiendas, y corriente soberbia, mar repentinamente aparecida. Ese río intermitente es el «Nilo» que los Etiopes se vanagloriaron con razón de poder variar su curso hacia el mar Rojo para privar á los campos egipcios de sus aguas bienhechoras: en efecto, les sería posible dirigir las aguas salvajes del alto Takkaze y del Mâreb á una depresión del desierto por donde corre el río de Barka. Esta jactancia de los montañeses no fué jamás sino vana palabra, pero fué tomada en serio por la leyenda, y hubo veces en que se le vió reaparecer en la historia como en vísperas de cambiarse en realidad. Lo cierto es que el juicioso empleo de las aguas de todo el alto Nilo y de sus afluentes en las campiñas ribereñas hubiera tenido por resultado empobrecer y aun suprimir las crecidas y arruinar completamente el alto Egigto [1].

Entre los dos ríos que forman el Nilo, el río Blanco y el río Azul, se opera una división del trabajo, que funciona con admirable regularidad. El curso mayor de agua, cuya corriente se extiende por los grandes lagos ecuatoriales y por pantanos obstruídos por islas flotantes, forma el caudal constante que se mantiene en toda estación, hasta en las largas sequías, merced á la escalera de rápi-

[1] Scott Moncrieff, *Royal Institution*.

dos y de «cataratas» que rige el movimiento de la corriente y transforma el Nilo en un verdadero canal con esclusas escalonadas. En cuanto al Nilo Azul, notablemente menor en tiempo de sequía que el río Blanco, arrastra durante la estación de las lluvias una masa líquida mucho más considerable: en gran avenida representa una corriente dos veces mayor que el término medio del bajo Nilo en sus desembocaduras: es el excedente de las lluvias etiópicas por el Nilo Azul que se vierte en la Nubia y en Egipto, gracias al cual ha podido desarrollarse la maravillosa agricultura del bajo valle. Á la primera y grande avenida fluvial causada por el Nilo Azul, el Atbâra añade una segunda, formando, según el lenguaje de los ribereños, un «cuerno» en el perfil regular de la inundación. En virtud del contraste que presentan los ríos en su régimen y en sus efectos, se ha podido decir que el río Blanco ó Bahr-el-Abiad «hace el Nilo», mientras que el Bahr-el-Azrak y el Atbâra «hacen el Egipto» mismo.

N.º 137. Buena crecida del Nilo.



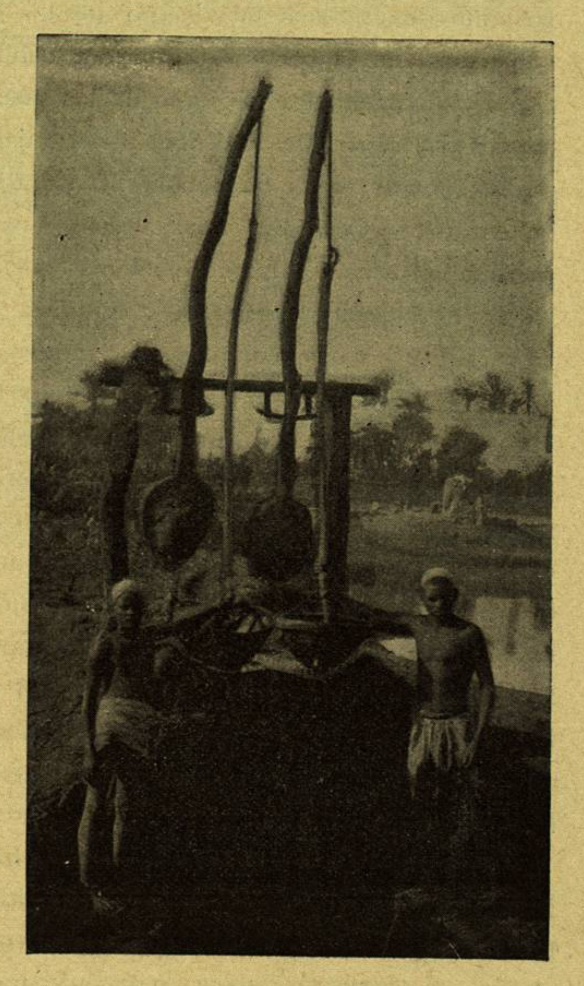
El aspecto del suelo, lo mismo que las tradiciones locales atestiguan crecidas mucho más elevadas en los tiempos antiguos. Las cataratas eran más altas y las masas líquidas retenidas por las empalizadas alcanzaban mayor altura en los valles. Hasta hay inscripciones que recuerdan el antiguo estado de cosas: en Semneh, en la parte superior de la segunda catarata, Lepsius ha encontrado señales grabadas que datan de Amenemhat III — hace cuarenta y siete siglos —

y dan para esta época un nivel de crecida ocho metros superior al de nuestros días [1]. Capas de limo nilótico ocupan en la base de la roca los fondos que quedan al presente á una gran distancia de la orilla de la inundación y se notan también en muchos sitios huellas de cultivos que sería imposible restaurar en el día.

El descenso de las crecidas en la parte superior de las cataratas puede explicarse por el desgaste de las barreras de rocas que detienen el río; pero ¿ha disminuído también en la parte inferior de las cataratas en el Nilo egipcio? Si es así, la masa líquida que se arrastra en el lecho fluvial era entonces más abundante, y en ese caso los diques ribereños del Nilo habían de ser más elevados que lo que son en la actualidad, en que los diques se construyen con elevación para sostener una crecida de ocho metros lo más en la parte superior de la «horquilla» del delta; en tanto que la estatua del Nilo que existe en el museo del Vaticano y que Vespasiano dedicó á César Augusto, está rodeado de dieciséis niños que ostentan cuernos de abundancia, y se supone que representan los «dieciséis codos» que corresponden á una gran avenida: dieciséis codos egipcios equivalen á 7 metros 20, lo que representa en nuestros días una amplia inundación ante el Cairo. No existe, pues, modificación en el régimen del río desde hace dos mil años.

Los ribereños esperaban con extrema ansiedad la aparición de aquella crecida fecundante de las aguas, de que dependía su existencia. ¡Con qué placer se veía la aparición del pequeño cocodrilo ó sack, precursor divinizado que venía con la primera onda de inundación! Seguíanse después con atenta solicitud cada uno de los fenómenos sucesivos de la crecida: primeramente la aparición de las aguas «verdes», producidas por los restos de vegetación corrompida de los pantanos del Nilo Blanco; después la llegada de las aguas «rojas», debidas á las arcillas arrastradas por los torrentes de Etiopía, reuniéndose en el Nilo Azul y en el Atbâra, y cuando el nivel de la corriente fluvial toca á la altura de los diques, llega el momento solemne: se levantan las compuertas, ó por mejor decir, se derriban los muros de tierra que impedían la entrada del agua fangosa en los canales de riego. «¡Salud, oh Nilo, tú que vienes á dar la vida á Egipto!» exclamaban los sacerdotes, y la multitud aplaudía con frenesí. Un testigo de tierra dejado en medio del canal no tarda en ser derruído por las aguas, que le acometen fuertemente: es la «novia» del río, dice el simbolismo popular, que imagina que todo beneficio de los dioses debe ser compensado por un sacrificio. También se echa una muñeca en la corriente, quizá en recuerdo de una verdadera víctima que se ofrecía en otro tiempo á la divinidad del Nilo para comprar su favor.

[1] Richard Lepsius, *Briefe aus Aegypten.*



CHADUF

Por lejos que se remonte la historia en el pasado del valle nilótico, se halla en él una misma práctica agrícola en perfecta armonía con el régimen de las aguas fluviales. Los ingenieros de la época se aprovechaban de una circunstancia favorable; el Nilo, durante el curso de las edades, ha levantado poco á poco con su légamo las superficies sobre que se extiende en tiempo de crecidas, y existe en general una ligera pendiente del suelo desde el pie de las colinas hasta la orilla del río. Apoyándose sobre su derecha el Nilo, sobre la orilla occidental se observa esta inclinación de la llanura, y un canal de desagüe acompaña al río en una longitud de más de quinientos kilómetros. Cuando las aguas estaban bajas se practicaba el riego artificial elevando el agua sobre los ribazos, valiéndose de vasijas ó

cestos de tejido muy compacto, que elevaban de grada en grada por medio de palancas movidas á brazo; era exactamente el mismo procedimiento de los *chaduf*, empleados todavía á lo largo del Nilo por los pobres fellahs. La ciencia de la hidráulica no estaba aún bastante desarrollada en tiempo de los Faraones para que pudiera construirse en la parte superior del delta una presa semejante á la que rige actualmente el curso de las ramas fluviales, elevando cuatro metros la superficie del agua; del mismo modo los Egipcios no podían pensar en la obra colosal, actualmente realizada, consistente en dar un régimen fijo á las aguas de la Nubia por los diques de la primera catarata; hallándose además las aristas del terreno más elevadas en aquella época, la Naturaleza había realizado lo que el trabajo del hombre completa en nuestros días.

Pero hay una obra de los ingenieros egipcios que los sabios modernos no han sabido restaurar hasta nuestros días: el lago Mœris, el «mar completo cavado y hecho por mano de hombre», cuyo perímetro desarrollado alcanzaba la misma longitud que la costa del delta [1]. Las reconstrucciones ideales que hacen los arqueólogos de esta «maravilla de las maravillas» no concuerdan entre sí, pero la existencia del antiguo depósito no es dudosa. La industria moderna fué indudablemente muy distanciada en esta región de Egipto por los hidráulicos del tiempo de Menes, el antiguo Mitsraim, es decir, del personaje legendario que representa la más alta antigüedad de la civilización egipcia.

Gracias al arte con que los agricultores geómetras del valle del Nilo supieron establecer sus lagos de reserva y la red de sus canales de riego, cada gota de agua era utilizada y cambiada en sabrosa planta, en semilla, en fruto. La sobriedad extrema de los labradores economizaba tan bien las cosechas, que las cabañas de los fellahs se juntaban en una villa casi continua á todo lo largo de las dos riberas fluviales. En las épocas en que las poblaciones vivían en paz, siete ú ocho millones de seres humanos ocupaban el estrecho foso del valle nilótico en la parte inferior de las cataratas; pero cuando la guerra ó cualquier otro desastre interrumpía los trabajos

[1] Herodoto, *Historias*, lib. II, 149.



Cl. Bonfils.

RÁPIDO DE LA PRIMERA CATARATA ANTES DE LA CONSTRUCCIÓN DE LOS DIQUES

de riego, el hambre ó la peste arrebataban las bocas inútiles: el rápido exterminio de los hombres sucedía á la acumulación.

El cultivo de las tierras aportadas por el Nilo era tan general, que la flora originaria fué cambiada por completo. Las plantas que crecían en la estrecha banda aluvial antes que el hombre tomase posesión de ella, han desaparecido casi enteramente, como lo reconocen los botánicos ante el aspecto y las costumbres de los vegetales de Egipto, pero la flora primitiva de la meseta desértica ha conservado su fisonomía inmutable. Las únicas especies del valle que han resistido á la destrucción son los vegetales acuáticos, entre los cuales se cuentan el papirus y el loto, el primero simbolizando el bajo Egipto sobre los monumentos antiguos; el segundo tomado como planta característica del Egipto superior. No es cierto, en verdad, que el papirus y el loto sean realmente originarios del valle del Nilo: muchos escritores piensan que el papirus se cultivó siempre á causa de su valor industrial procedente de la médula nutritiva de

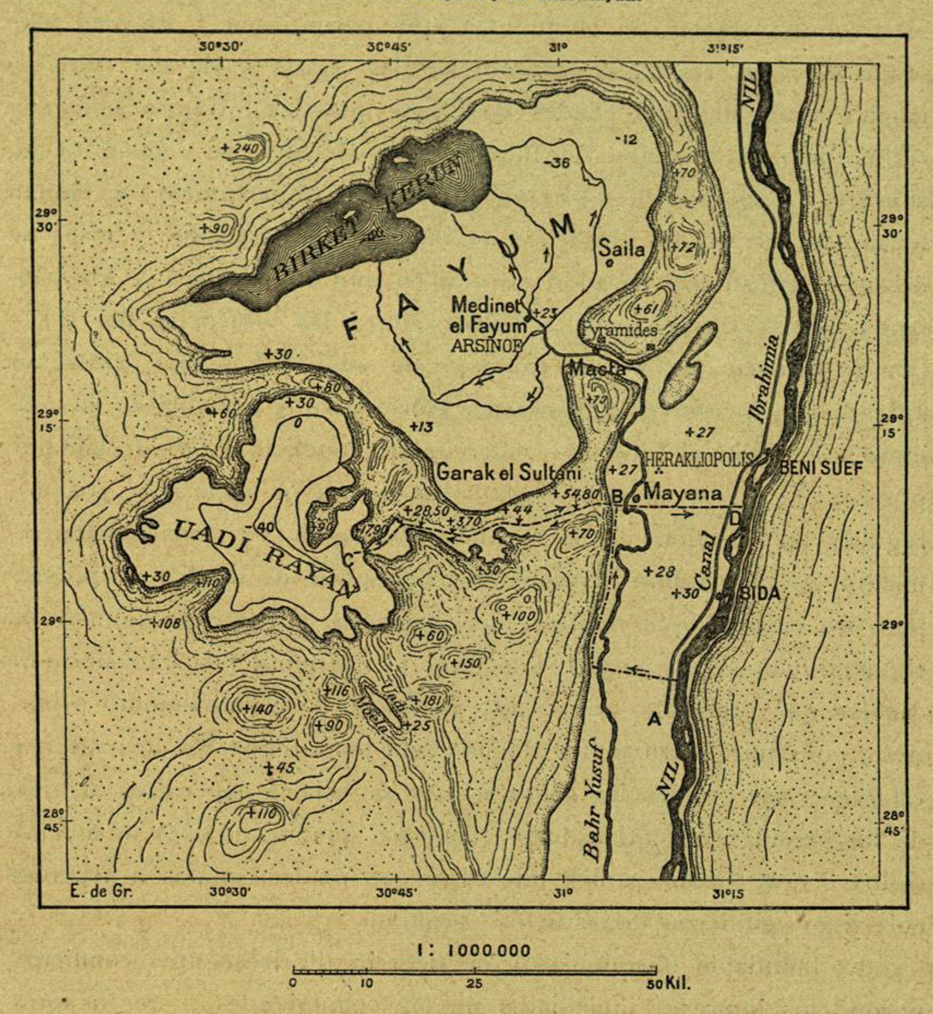
las ramas dúctiles y flexibles que usan los cesteros, y sobre todo, por su epidermis, que fué el «papel» de los antiguos; y precisamente, dicen, porque el papirus no era una planta nilótica indígena, ha desaparecido casi completamente de las aguas egipcias, donde antes se le cultivaba á la manera del arroz; sin embargo, ningún hecho botánico viene en apoyo de esta suposición, y entre todas las hipótesis la más sencilla es la que le atribuye el carácter de indígena [1]. Como quiera que sea, la substitución completa de una flora por otra, lo mismo de fauna por fauna diferente, atestigua sobradamente la larga duración de los cultivos en la tierra de Egipto; este período de la historia representa ciertamente una centena y quizá centenas de siglos.

Se ha pretendido que la universalidad de la inundación en el valle del Nilo y la unidad material de este fenómeno debían producir como consecuencia en el mundo religioso la idea de un amo todopoderoso, y en el mundo político la de un soberano absoluto, «que dirigiera las aguas en los campos y reconstituyera los límites borrados de las propiedades particulares» [2]. La previsión de un dios que guía el sol en los caminos del espacio, que llena hasta los bordes el lecho del río y modera el ímpetu de las aguas, podría ser admitida como artículo de fe por los ribereños del Nilo y producir de rechazo en el mundo político la fe en la solicitud constante de un soberano; pero resulta que los hechos no concuerdan con esta teoría, inspirada por el deseo de que pase como verídica, y no apoyándose en la historia más que sobre un período del desarrollo de los Egipcios. Antes que un rey se encargase de administrar la tierra y exigir el diezmo de los productos, fué necesario que un pueblo los crease; se había comenzado el trabajo mucho antes de que un amo hubiese creído necesario dirigir esta obra «en beneficio de todos», como afirmaba el historiador cortesano, ó mejor dicho, en su beneficio personal, como lo demuestra la historia. En las riberas del Mississippi, en las del Amazonas, lo mismo que en todos los valles fluviales donde vemos á los agricultores conquistar gradualmente sus jardines y sus campos sobre el pantano primitivo,

[1] Flahaut, *Notas manuscritas*.
[2] Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, t. I, p. 5.

en ninguna parte se manifiesta esa «unidad de mando» imaginado por los teóricos del poder absoluto. Los iniciadores de la gran

N.° 138. El Fayum y el Uadi-Rayan.



El lago Mœris ocupaba todo ó parte del Fayum actual, hasta la colina + 23, dice W. Willcocks. Los ingenieros modernos, tratando de asegurarse reservas de agua para el riego, no pueden ya servirse de este territorio, habitado ahora, pero piensan utilizar el Uadi-Rayan, depresión análoga al Fayum. En tiempo de crecida, el agua del Nilo podría correr según A B C, poniendo mil millones de metros cúbicos á la disposición de los cultivadores, con que podrían regarse 200 000 hectáreas. El exceso volvería al río en D.

conquista económica fueron las familias dispersas que se aventuraban en el fango para procurarse allí una cosecha precaria entre dos inundaciones.

Una cosa resulta cierta: la experiencia es madre de la ciencia. Antes que los geómetras y los ingenieros egipcios hubiesen imaginado un conjunto de diques y contradiques, de canales y canalículos, de esclusas y de compuertas que diesen al arreglo del valle nilótico un carácter de conjunto y que permitiesen á un amo presentarse como regulador general de las aguas y de los cultivos, mucho antes de esas edades de larga práctica, transformada en rutina bajo la dirección de funcionarios oficiales, se habían hecho á miles y á millones los ensayos de cultivo rudimentario; se habían levantado terraplenes alrededor de innumerables campos, y fosos de desagüe habían ido secando de año en año los charcos y los pantanos. Poco á poco, por la lucha contra las violencias del río y por la utilización de sus aguas y de sus fangos, los ribereños aprendieron á resolver el problema hidrológico y agrícola en su conjunto: conservar al Nilo un lecho regular; conducir el agua fecundante por canales y cascadas de riego sobre la mayor superficie posible; regular la duración de la estancia del agua en cada compartimiento lateral; dividir el suelo en una especie de tablero de ajedrez para los cultivos que reciben sucesivamente su parte de inundación siguiendo un orden perfecto; facilitar la corriente por un sistema de canales que funcionan en sentido contrario á su movimiento primitivo; construir instrumentos de uso fácil para todos los agricultores; establecer las residencias sobre islotes artificiales superiores al nivel de las crecidas; he ahí trabajos inmensos que fueron obra de muchos siglos y que innumerables iniciativas personales, unidas á acuerdos colectivos, pudieron llegar á feliz término.

Es indudable que debieron de ocurrir allí frecuentes conflictos, porque los intereses inmediatos de las comunidades ó de los propietarios aislados se hallarían en frecuente discordancia, y desde la parte superior á la inferior, la incuria y la malevolencia causan á veces los mayores desastres; pero esos conflictos pueden ser evitados ó á lo menos disminuídos en gran parte por sus sentimientos de equidad procedente de la comprensión de los intereses mayores; debió organizarse espontáneamente un consejo de acuerdo y de gerencia común, análogo á los que en toda sociedad humana surge de un peligro imprevisto ó permanente. Así se constituye todo derecho

entre los hombres por la necesidad de hallar una repartición igual conforme con los intereses de cada uno. ¿No vemos en los campos de las comarcas más diversas, donde quiera que se trata de una leal distribución de las aguas de riego entre propietarios interesados, fundarse sindicatos cuyas decisiones son respetadas por todos, precisamente porque les está prohibido todo capricho personal al formular su juicio? Hasta en países de larga tradición monárquica y de poder real absoluto, como en los campos de Murcia y Valencia, el «Tribunal de las Aguas», cuyo origen es esencialmente popular, ¿no se ha conservado por la fuerza misma de las cosas, por el funcionamiento continuo de las necesidades y de los trabajos de cada día? La intervención de la autoridad real sobre el servicio de las aguas no tuvo por razón de ser, como lo afirma Ranke, la «reconstitución de las propiedades particulares confundidas por la inundación», sino, al contrario, su acaparamiento en su provecho. La Biblia, que reproduce


FLOR DE LOTO, BAJO-RELIEVE EGIPCIO

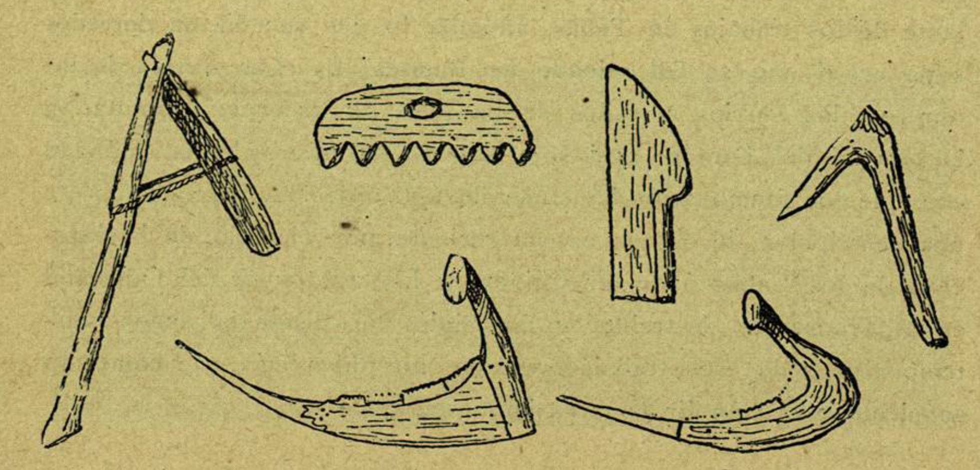
indudablemente fragmentos de origen egipcio, refiere expresamente como José, aprovechándose del hambre implacable, adquirió para Faraón los caballos, los rebaños de ovejas, los bueyes y los asnos, y después todas las tierras de Egipto, á excepción de las que pertenecían á los sacerdotes [1].

Á la vista de tales textos ¿puede sostenerse que el cultivo de los campos nilóticos no hubiera podido realizarse bajo otro régimen que el del despotismo? El régimen del poder absoluto se estableció en Egipto, mas poco á poco, por efecto de esas usurpaciones graduales que la leyenda hebraica atribuye á José. El amo aprovechó la circunstancia de que la multitud del pueblo estaba forzosamente ligado al suelo nutricio para esclavizarle á su voluntad y transformarle en un rebaño de esclavos. En esa evolución política nada ganaron la agricultura ni el carácter y la civilización de Egipto: desapareció toda iniciativa, y, después de haber sido la cosa de los faraones indígenas, la nación llegó á ser, y continúa siendo después de miles de años, presa de los extranjeros.

Quizá las invasiones de los Hyksos contribuyeron en gran parte al plazo concedido á los campesinos antes del período de la opresión definitiva y completa. En efecto, los Faraones, amenazados por enemigos poderosos, no podían oprimir sus pueblos á libre capricho; para conservarlos en la fidelidad, habían de respetar los campos y proceder discretamente á la percepción del impuesto. Pero este período de invasión duró mucho tiempo: más de novecientos años, dice Manethon; quinientos años, según un comentarista; doscientos ó trescientos años, en concepto de otro; pero, viniendo por el istmo de Suez, avanzaban más ó menos en el interior del valle, y hasta es probable que no penetraron jamás hasta Tebas: la civilización egipcia, con sus ciencias y sus artes, pudo conservarse frente á esos extranjeros; la tradición no se interrumpió jamás. Durante ese tiempo, los reyes egipcios pudieron portarse como héroes unidos á su pueblo en una misma causa de independencia nacional, del mismo modo que antes de Fernando el Católico y Carlos V, los Españoles veían naturalmente en sus soberanos los campeones de la fe contra el aborrecido Moro.

[1] *Génesis*, c. XVIII, v. 15-26.

Pero, libres de sus temores respecto del extranjero, los Faraones pudieron volverse contra sus propios súbditos y aplicar en todo rigor el principio de tener el pueblo empobrecido y ocupado. Los trabajadores de la tierra, privados para siempre de la libre disposición de sus campos, fueron bajo los Usertesen y bajo los Ramsés esos mismos lamentables *Fellâhin* que penaban tres ó cuatro mil años después bajo los Mehemet-Ali. Eran siervos, sometidos al mismo tiempo al capricho del amo y á la dura vigilancia de la ley. Sujetos á la gleba del campo cultivado, no podían abandonarle sin un pasaporte en regla; su vida entera pasaba en la compañía de los animales domésticos, y «cuando estaban enfermos permanecían echados sobre el desnudo suelo, pisoteado por los rebaños». También en las ciudades la mayor parte de los obreros eran siervos hereditarios, cuyo trabajo, lo mismo que su cuerpo, pertenecía al amo, quien se lo pagaba únicamente en pan y en trigo; en las grandes ocasiones se añadía un poco de aceite á la pitanza ordinaria. Cuando el pago se hacía sólo por meses, el alimento suministrado por los amos solía consumirse en la primera quincena, y los artesanos, desprovistos de todo recurso, habían forzosamente de ayunar ó robar provisiones en los graneros públicos ó privados. Con frecuencia también se rebelaban ó trataban de obtener por la huelga salarios más elevados. Por último, cuando la muerte les libraba de una



APEROS DE LABRANZA ENCONTRADOS EN EGIPTO POR FLINDERS PETRIE

existencia tan miserable, se les arrojaba, como cadáveres anónimos, al hipogeo común, después de brevísimas ceremonias, juzgadas suficientes para la tumba sin nombre. Por eso ha dicho Maspero, aventurándose excesivamente en el campo de las profecías — porque una transformación para lo bueno se verifica ciertamente en la época contemporánea — «Egipto puede cambiar de religión, de lengua y de orígenes, el amo puede llamarse Faraón, Sultán ó Pachá, pero la suerte de los *fellâhin* será siempre la misma».

El museo de Turín contiene un papirus en que Hatnekht, vigilante de los trabajos en Tebas, anotaba lo que sucedía en derredor suyo en el año 29 del reinado de Ramsés III. Las quejas de los obreros, los barrios cercados de paredes, su creencia absoluta en la bondad del Faraón «¡si sólo supiera su miseria!», la facilidad con que los funcionarios les sometían á la sujeción, todo eso parece una descripción de alguna escena reciente, por ejemplo, de la situación de los Cafres ó de los Chinos en los *compounds* del Goldrand en el Transvaal. Á treinta y dos siglos de distancia somos contemporáneos de esos trabajadores que no piden más que comer lo suficiente para cumplir la tarea impuesta.

Un régimen, que tiene por regla fundamental que el trabajador no posea el producto de su trabajo, no puede sostenerse sino por el terror, y tal era, en efecto, la esencia misma del gobierno egipcio. Ocho libros de la ley, abiertos siempre ante la vista de los jueces, enumeraban los crímenes que sólo se expiaban con la muerte del culpable. La calificación de crimen merecedor de muerte se extendía desde el asesinato hasta las faltas actualmente consideradas como contravenciones ó delitos, ó hasta como simples pecados, de modo que la mentira y la avaricia podían ser castigadas con la muerte [1].

En realidad todo era punible si así lo juzgaba el capricho del amo; quien podía ordenar la muerte, pero que solía contentarse con hacer cortar la nariz y las orejas del delincuente ó de hacerle administrar sendas palizas. Por otra parte, una sabia organización de la

[1] Diodoro de Sicilia. — Ollivier Beauregard, *Bull. de la Soc. d'Anthrop.*, 16, x, 1890.

jerarquía de los funcionarios tenía también muy en cuenta su vanidad; los Egipcios ostentaban sus condecoraciones con la misma puerilidad que nuestros contemporáneos: los unos llevaban la orden del león, en recompensa del mérito guerrero; los otros muy orgullosos todavía, aunque no tan bien favorecidos, adornaban sus vestidos con las insignias de la orden de la mosca, reservada al mérito civil [1].

El régimen de autoridad absoluta que había acabado por prevalecer en el gobierno del pueblo, debía aplicarse también para la educación de los niños. Al modo de enseñanza de las primeras edades,



Cl. Brogi.

TRABAJOS AGRÍCOLAS, SEGÚN UN BAJO-RELIEVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE FLORENCIA

que se hacía por el aprendizaje de la vida en la libertad de los campos, á la vista de la madre, de los compañeros y de los parientes, había sucedido la escuela propiamente dicha, bajo la dirección de un maestro que tenía una misión bien definida, la de adiestrar súbditos obedientes. El palo estaba siempre en la mano del maestro. «Sobre las costillas del niño se hallan sus orejas», decía un proverbio egipcio. La escuela solía llamarse «la casa del castigo»; castigar y enseñar eran dos expresiones que podían considerarse como sinónimas [2]. «Tú eres para mí como un asno al que se apalea fuertemente cada día; tú eres para mí como un negro estúpido de los que se dan como tributo. Se hace anidar al buitre, se enseña á volar al gavilán. De ti haré un hombre, ¡oh niño malo,

[1] Mariette; Fr. Lenormant.
[2] Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 58.

tenlo entendido!» Así se expresa en un tratado de moral, un maestro que habla á su discípulo. Los rudos consejos, las amenazas brutales, las correcciones corporales, «severas hasta la muerte», fueron en el Egipto de los Faraones el «procedimiento por excelencia que empleaban los magistrados y los magos para dirigir la conciencia y modelar la juventud». Ningún papirus de esta época permite suponer que los maestros hayan dado á los súbditos y á los discípulos otras razones de bien obrar que el temor del castigo [1].

El parasitismo real, con la multitud de los cortesanos y de los funcionarios, no es el único que se desarrolló sobre el gran organismo agrícola de Egipto; la solicitud de los labradores, quienes, para la prosperidad de sus cultivos, dependían absolutamente de la subida de las aguas fluviales, les había dispuesto á escuchar la opinión de los prudentes ó de aquellos cuya ancianidad ó su experiencia podían hacer pasar por tales, y poco á poco nació una casta de nuevos parásitos, los sacerdotes, que se encargaban de negociar con los dioses la regularidad de las crecidas.

Las perspectivas más lejanas de la historia nos muestran, sobre las orillas del Nilo, un pueblo alegre, muy poco preocupado de los misterios del más allá; Renan lo ha observado: «No se puede dudar, dice contemplando la estatua del escriba conocido bajo el nombre de Cheik-el-beled, que antes del período de monarquía despótica y suntuosa, haya tenido una época de patriarcal libertad» [2]. Pero gradualmente la dominación religiosa pesó más sobre las poblaciones, y los magos, á quienes se había cometido la falta de consultar benévolamente en las primeras edades, llegaron á dictar órdenes. Ayudados por la credulidad pública, por el miedo de lo desconocido, supieron persuadir á los rudos obreros de los campos que su trabajo no bastaba, ni aun ayudado por el de los ingenieros y geómetras, sino que se necesitaban también invocaciones y sacrificios al dios de las cataratas, á la divinidad «azul», así denominada sin duda por el color del agua que derramaba á través de las rocas. Entre

1 Ollivier Beauregard, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*. Sesión del 16 de Octubre de 1890.
2 *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 44.

el pueblo que sufre y el temible destino habían de interponerse los sacerdotes. Una roca de la isla de Elefantina, en frente de Assuan, tiene una curiosísima inscripción de la época griega, redactada por escribas religiosos como la reproducción real de una plegaria que hubiera proferido un rey de la tercera dinastía, es decir, de los tiempos viejos en aquella época, quizá de cinco mil años. Según el texto de la inscripción, ese personaje se dirige al dios de la catarata para



CABECERA DORADA DE UNA CAMA: EL DIOS BES PRESIDIENDO LOS SUEÑOS Y ACASO TAMBIÉN EL AMOR

Museo de Bulak.

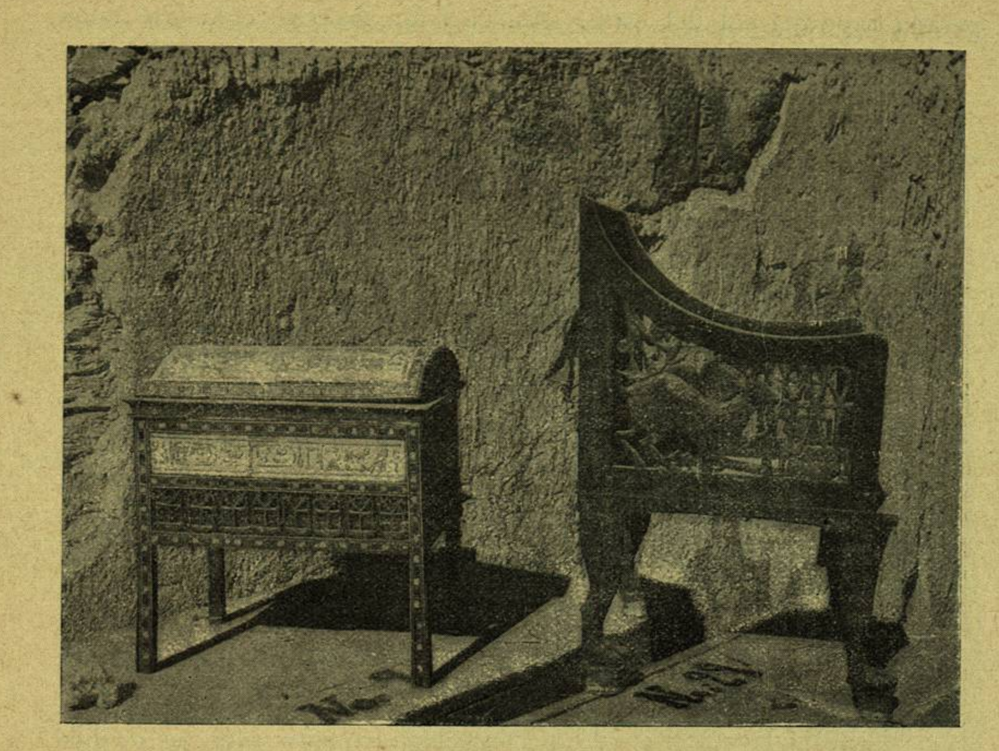
arreglar con él, mediante el diezmo anual sobre las cosechas y las aduanas, pagadas á sus tesoreros, los sacerdotes, una crecida anual y regular de las aguas fecundantes. El dios se compromete formalmente á abrir las puertas de sus rápidos; pero la amenaza queda suspendida sobre la cabeza de los Egipcios: si el diezmo llegase á faltar, la crecida de las aguas faltaría también. Por esta causa, antiguamente, según una leyenda bien inventada para los intereses de los sacerdotes, se sucedieron siete años terribles sin que el agua fluvial alcanzase la altura suficiente para entrar en los canales de riego.

Centenares de años, quizá millares antes de José, los sacerdotes hablaban á sus fieles de la serie de las «siete vacas flacas» siguiendo á las «siete vacas gordas», en castigo de un retraso en el pago del tributo sagrado [1].

Como mágicos, pues, los sacerdotes habían conquistado gradualmente una consideración tan elevada en la sociedad de Egipto; la lectura de las inscripciones halladas desde 1880 en las pirámides de Sakkarah, demuestra que hace cinco mil años el libro por excelencia era sobre todo una recopilación de conjuros y de fórmulas mágicas. Mas, por hábiles que hayan sido los sacerdotes en la explotación de la credulidad popular y en la elaboración de los dogmas que les constituían en intérpretes necesarios del dios desconocido, es indudable que, en una naturaleza tan sencilla como la de Egipto por el conjunto de sus rasgos, la imaginación del pueblo debió ser impresionada por dos seres que transformó en personas divinas: el gran sol, que describe invariablemente su carrera en el cielo azul, evocando las aguas y dando la vida á todas las cosas, y el Nilo, que camina incesantemente hacia el mar, esparciendo el alimento en la tierra fecunda. De ese modo, la divinidad por excelencia cambia según los deseos y los momentos en el espíritu de los adoradores que la invocan, confundiéndose ordinariamente con el astro soberano, pero identificándose á menudo con el río, ó bien siendo á la vez el uno y el otro. Una tradición nos dice que el hombre ha salido del gran «ojo de Dios» [2], es decir, del sol; pero otro mito, de tal modo popular que ha acabado por llegar á ser un patrimonio común y que se encuentra en todas las lenguas modernas, da al hombre otro origen: ha nacido del limo nilótico. Por lo demás, ¿no es cierto, en substancia, que el calor y la humedad son realmente las fuerzas que nos han hecho surgir del suelo, después de los millones y de los millones de especies antecesoras? Pocas verdades científicas parecen más evidentes bajo el velo transparente que las cubre.

Los símbolos son indefinidamente extensibles; primeramente simple fantasía imaginativa, luego dogmas religiosos que el fiel confiesa

[1] Brugsch, *Aus dem Morgenlande.*
[2] L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, p. 7.



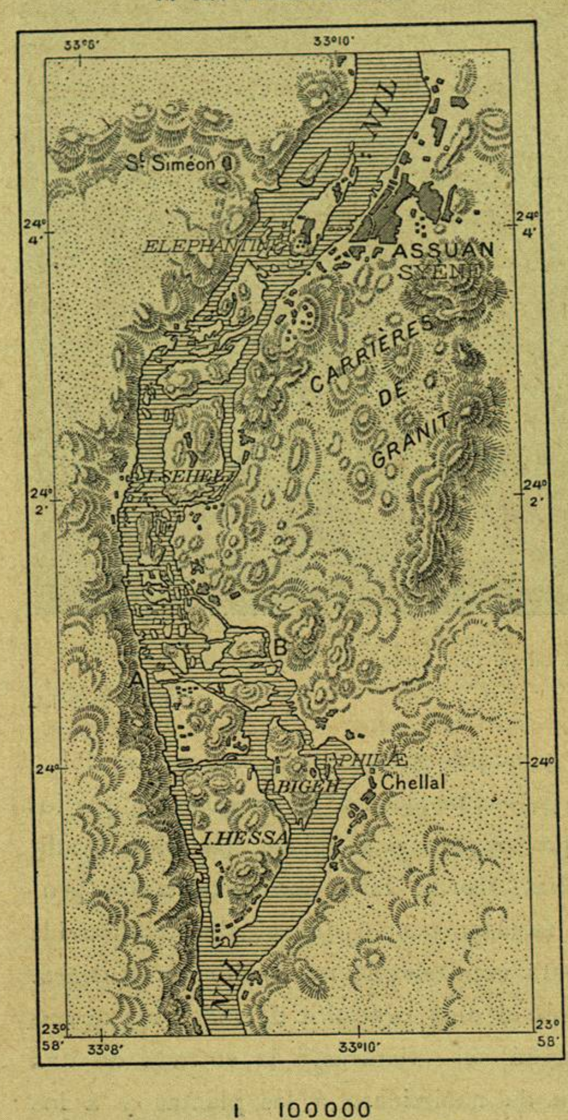
COFRE Y SILLÓN DE LA REINA TIA, ESPOSA DE AMENHOTEP IV

Museo de Bulak.

sobre la hoguera, — en un principio gérmenes apenas perceptibles, después vegetaciones inmensas, — obedecen á la imaginación que los creó, que los sustenta, y que puede, si le place, hacerles invadir el cielo y la tierra. Osiris, Isis, Horus, Tifón son otros tantos proteos que se adoran bajo mil formas, puesto que el alma conmovida les hace surgir á voluntad para confiarles la realización de su deseo. Osiris es evidentemente el sol, el dios evocador de toda vida terrestre, y, como tal, el que juzgará sus criaturas á la entrada de una vida nueva; mas, puesto que da nacimiento á las plantas y á los hombres, une su fuerza á la del río fecundante, el Nilo, cuyas aguas se esparcen sobre la tierra: es el río mismo. Isis, hermana y esposa de Osiris, es la luna, que durante las noches camina tranquilamente, pero sobre todo es la buena tierra que recibe la semilla. El verdadero matrimonio de Osiris y de Isis se hace en el campo que nos da el pan, y su envidioso, su enemigo, que es también una gran fuerza de la Naturaleza, es el viento seco del desierto, ó también el

pesado rayo del sol del estío. Así el Tifón malo se convierte también en el sol como el Osiris bueno.

N.° 139. Primera catarata.



El dique llamado de Assuan está entre los puntos A y B. Puede estancar mil millones de metros cúbicos.

La multitud de los dioses en la mitología egipcia se explica por los orígenes múltiples de la civilización nacional: todas las divinidades locales hallaron su sitio en el Panteón. Phtah era el gran dios de Menfis; Ammon, el de Tebas, y Ra habitaba el santuario de la ciudad, que, después de él, tomó el nombre griego de Heliópolis, «Ciudad del Sol». Asimismo, Osiris, otro mito solar, fué un dios local, originario de This ó de Abydos, capital anterior á Menfis, y aunque su apoteosis definitiva como dios de todo el Egipto sea un acontecimiento que data lo menos de cincuenta siglos, se le considera como un dios relativamente moderno en el cielo de los Egipcios, porque á él, lo mismo que á los otros dioses de su ciclo especial, Isis, Naphthys, Horus y Tifón, están consagrados los cinco días suplementarios del año de 365 días que sucedió en el calendario de los Egipcios al año primitivo de 360 días: los otros dioses estaban provistos de honores antes de ese recién venido que

había de tomar el imperio del mundo y juzgar á los vivos y á los muertos.

No puede menos de reinar gran confusión entre todos esos dioses suscitados por las imaginaciones humanas en diferentes lugares y que se substituían tan fácilmente los unos á los otros, que se casaban, se emparentaban vagamente como hijos ó como padres, cambiando hasta de sexo, transformándose en el cielo como las nubes de la atmósfera. Á veces varios grandes dioses se fundían en uno solo: el Ammon de Tebas y el Ra de Heliópolis se convierten en el dios Ammon-Ra, y después se unieron todavía al Zeus de los Griegos y al Júpiter de los Romanos; los Alejandro y los César entraron en la familia, y el pueblo esclavizado creyó á esos monarcas participantes de la potencia divina.



Cl. Giraudon.

OSIRIS ENTRE ISIS Y HORUS

Museo del Louvre.

El culto simbólico de los animales, considerados como personificación de fuerzas naturales, de atributos divinos, tuvo gran importancia en Egipto; el carácter completamente excepcional que tuvieron en el culto se explica por el hecho de que los jeroglíficos reproducían sus formas desde la más remota antigüedad, y que se hallaban así gráfica y constantemente asociados á los dioses; la imaginación

popular acabó por confundirlos en una misma adoración, por atribuirles la misma virtud de intervención beneficiosa, el mismo poder para el milagro y hasta creyó que los mismos prodigios acompañaban su existencia. El toro Apis, que se asocia íntimamente á Phtah, el dios solar de Menfis, que representa por excelencia la fuerza de la creación, participa como los dioses de la pureza absoluta del nacimiento; respecto de él se creía, ó al menos se fingía creer en el dogma de la inmaculada concepción; una ternera virgen y absolutamente blanca, fecundada por un rayo de sol, parió ese animal sin mancha. Pero la mayor parte de los animales sólo gozan de una adoración local: eran más bien santos patronos que dioses propiamente dichos; lo mismo que las tribus indias, las ciudades de Egipto tenían su símbolo totémico, y con frecuencia existía una gran rivalidad, hasta una guerra declarada, entre esos animales protectores de las ciudades.

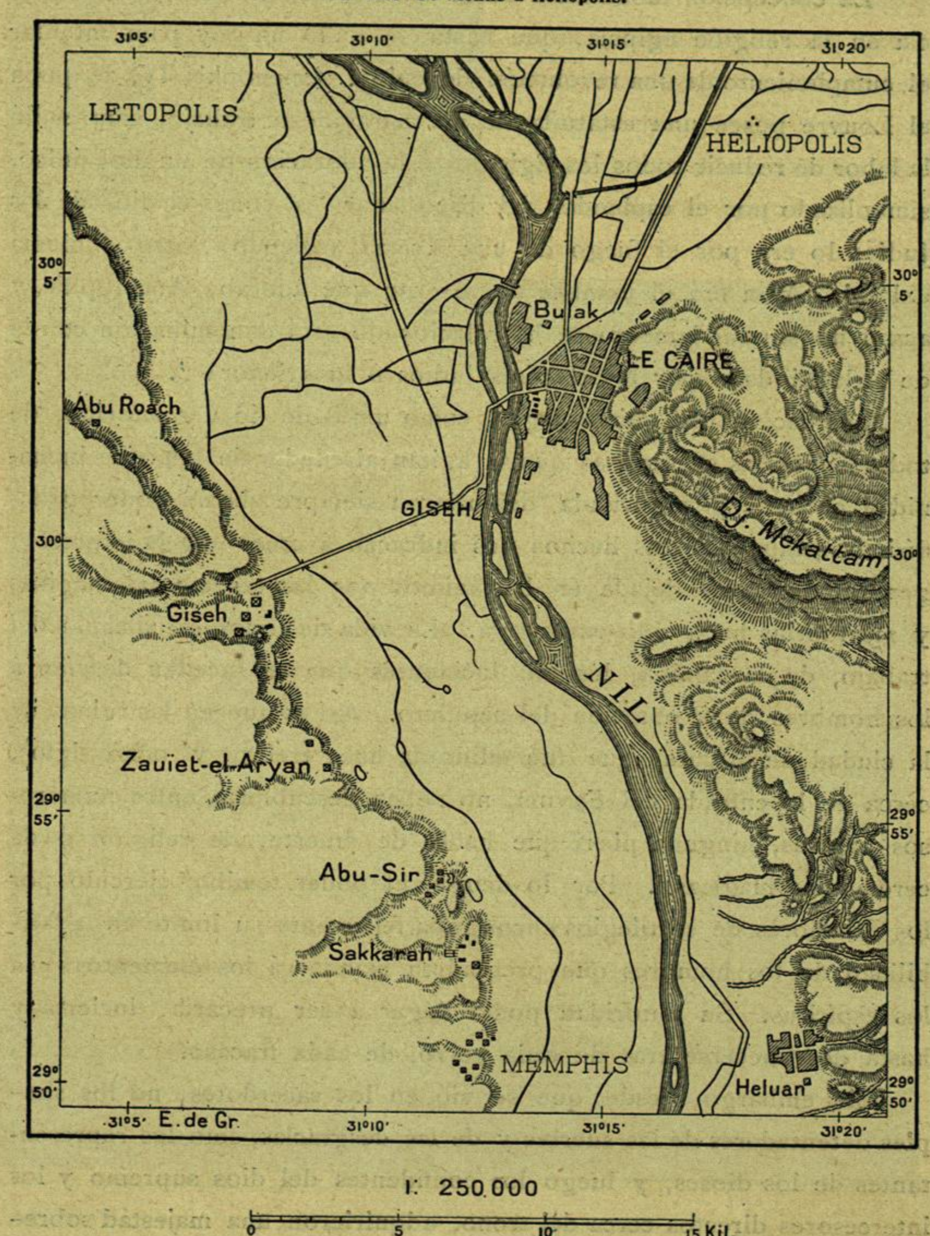
El politeismo egipcio, tan extenso por el número de sus dioses que comprendía miles de animales, no impedía en modo alguno que, por su parte elevada, la religión de los Egipcios tocase á la idea de un dios único todopoderoso. La tendencia que llevaba á cada adorador de un dios á dotarle de todas las fuerzas creadoras, á reconocerle todas las cualidades, todas las energías que se representa el ideal humano, había necesariamente de crear en muchos individuos un verdadero monoteismo, no menos absoluto en sus expresiones, no menos firme en sus ardores que lo fué después en sus expresiones el de los Judíos talmudistas y de los Árabes musulmanes. El culto de un solo dios, lo mismo, por supuesto, que todos los otros, halla plenamente sus orígenes en el mundo egipcio, y ciertamente sería difícil encontrar en la literatura semítica ó cristiana un pasaje más decisivo á este respecto de aquellos cuya traducción ha dado Brugsch [1].

«Dios es el Uno y el Solo, y ningún otro es sino Él; Dios es el que ha hecho todo; Dios es un espíritu, un espíritu oculto, el espíritu de los espíritus, el gran espíritu de los Egipcios, el divino espíritu; Dios existe desde el principio; existía cuando no existía

[1] *Religion und Mythologie der Alten Aegypter.*

nada aún; es el padre de los orígenes; Dios es el Eterno; vive siempre y sin fin, perpetuo y de duración constante; Dios está oculto

N.º 140. De Menfis á Heliópolis.



y nadie conoce su forma... Dios es la Verdad; vive por la verdad; se nutre de verdad; se apoya sobre la verdad; crea la verdad; Dios

engendra y no es engendrado; da nacimiento pero no le ha recibido; se produce á sí mismo, se da nacimiento á sí mismo; es el creador de su forma y el escultor de su cuerpo».

La concepción monoteista de la divinidad tomó tan gran influencia en la religión egipcia, que hasta se halló un rey para intentar el cumplimiento de una revolución de culto: Amenophis IV, de quien el Louvre posee una estatuíta de un maravilloso trabajo, emprendió la labor de reducir todos los Egipcios á la adoración de un dios único, simbolizado por el esplendor del disco solar, así como el dios de los Judíos lo era por el fuego de una «zarza ardiendo», otro emblema del sol. Aten era el nombre del Eterno que adoraba Amenophis, y acaso no sin fundamento se ha relacionado esta denominación con la de Adonai dada por los Semitas judíos á su «Señor» [1].

Los sacerdotes, como magos, como amos de lo desconocido, de todas las formas misteriosas que se agitan alrededor de la pobre humanidad paciente y angustiada, dispusieron siempre de un poder grandísimo, aunque ciertos hechos nos induzcan á creer que la impresión general de terror dejada en los ánimos por las ceremonias mágicas y mortuorias haya sido exagerada. La vida de todos los días, la del trabajo, de la familia, los mil incidentes que se suceden desvían á los hombres de la obsesión del sepulcro. Así es que en las ruinas de la ciudad de Kahun, que fué edificada hace treinta y ocho siglos, cerca de la entrada del Fayum, no se ha descubierto entre numerosos papirus, ninguna pieza que hable de muerte, de religión ó de ceremonias mágicas [2]. Por lo demás, el poder temible ejercido por los echadores de sortilegios encontraba felizmente su límite en la falibilidad de los hombres que pretendían mandar á los elementos y á los espíritus. Su autoridad podía llegar á ser precaria, incierta y hasta desvanecerse tras de cada yerro, de cada fracaso.

Sin embargo, desde que se vió en los sacerdotes, no los simples detentadores de las suertes y de las desgracias, sino los representantes de los dioses, y luego los confidentes del dios supremo y los intercesores directos cerca del trono, adquirieron una majestad sobre-

[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations, L'Antiquité egyptienne à l'Exposition Universelle de 1867*.
[2] Griffith, *The Petrie Papyri*.

humana. Engrandecida en el dominio moral, su potencia tendía lógicamente á la conquista de todos los poderes. La propiedad eclesiástica se hizo formidable y se extendió sobre las mejores tierras; en Egipto más que en ningún otro país, el muerto se apoderaba del vivo, le chupaba la sangre de su cuerpo y le



Cl. Giraudon. EL BUEY APIS Y EL SACERDOTE PSAMITIK

Museo de Bulak.

dejaba débil y extenuado. La ambición suprema de los divinos intérpretes pudo también satisfacerse durante cierto tiempo, si no en Egipto,

en el país del Meroé, dominio de civilización egipcia. La casta sacerdotal había sabido imponerse á todos y tenía bajo su tutela al rey ó gobernador á quien tenía por conveniente investir con los cargos de la administración. De tal modo había prevalecido el uso, que, á la invitación del Sagrado Colegio, el príncipe debía resignar las funciones que le habían sido confiadas sin decir una palabra [1]. Verdad es que uno de esos reyes acabó por tomar en serio su papel y, mandando á sus tropas rodear el «templo de oro», hizo asesinar á los sacerdotes y á sus novicios [2].

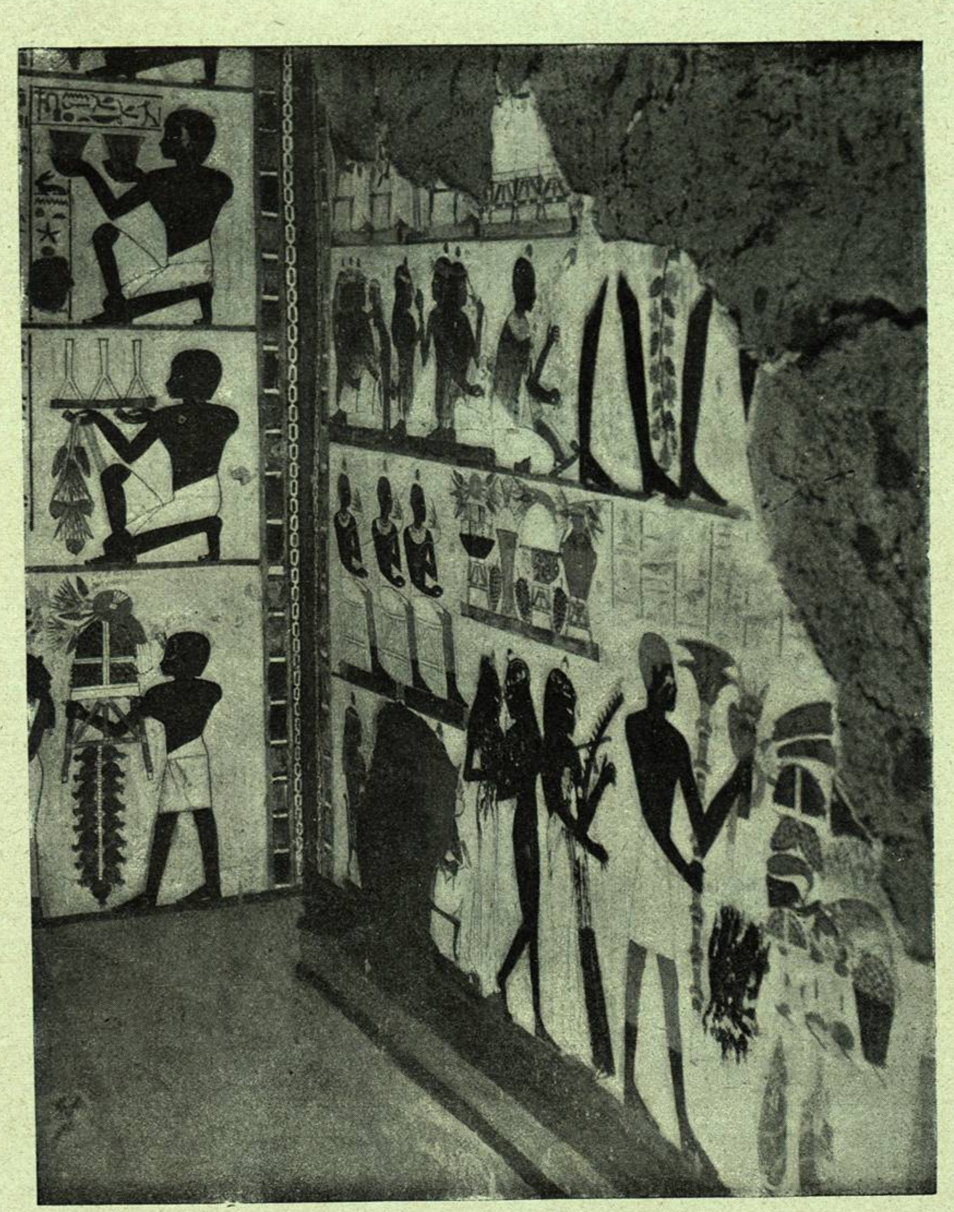
De ese modo quedó establecida la lucha entre sacerdotes y reyes para la conquista del poder y para la de la supremacía divina, que, por su acción sobre la tímida imaginación de los súbditos, transformaba su conducta de obediencia en servidumbre. Los reyes que también eran sacerdotes, triunfaron en este conflicto, y durante gran parte de la historia de Egipto, el verdadero culto, á lo menos bajo su forma oficial, no fué otra cosa que la baja adoración de los reyes, divinizados en vida, por el solo hecho de la posesión del poder soberano.

Por lo demás, en inscripciones solemnes no descuidan presentarse como divinidades positivas, y la masa colosal de sus estatuas, labradas en piedras indestructibles, no tiene otro sentido que mostrarlas á la multitud bajo su aspecto de dioses. Con frecuencia sus rasgos, nobles y tranquilos como si estuviesen ya iluminados por la luz del eterno reposo, no tienen nada de personal y no dan idea de la individualidad terrestre; pero también hubo reyes que, creyendo realmente en su divinidad, se hicieron representar bajo su verdadera forma; he ahí como nos han sido conservadas figuras reales tocadas incontestablemente de idiotismo [3].

Ese culto de la adoración perpetua de los reyes, transformándose prácticamente en un servilismo completo de las almas y de los cuerpos, echó las poblaciones en las esperanzas quiméricas del más allá.

Los ánimos estaban preocupados por la idea de un fin, pero de

1 Ollivier de Beauregard, *En Orient, Études ethnologiques et linguistiques.*
2 Diodoro de Sicilia, t. II, lib. I.
3 Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations, L'Antiquité égyptienne à l'Exposition de 1867.*



Cl. Beats.

PINTURA EN EL INTERIOR DE UNA TUMBA REAL
(TUMBA NAKHT)

un fin que sería al mismo tiempo un principio, y ningún otro pueblo como Egipto ha discurrido más brillantemente sobre este tema, á lo menos los Egipcios que se permitían el lujo de tener creencias, porque, como en todas partes y siempre, la masa de los súbditos se contentaba con vanas aspiraciones, con prácticas de la magia corriente, encantamientos, gestos, fórmulas hechas que apenas difieren de pueblo á pueblo ni de época á época.

Nuestros cerebros apenas pueden figurarse la *luminosa* (khu), distinta del *alma* (ba), diferente ella misma del *doble* (ka), emanaciones todas del individuo después de su muerte, con el mismo título que la *imagen* y la *sombra* perpetúan la memoria del difunto en otras civilizaciones. El «doble» de los Egipcios era un segundo ejemplar del cuerpo, reproduciéndole rasgo por rasgo en una materia aérea y coloreada; para él se preparaba la *buena morada*, ó la *morada eterna;* para él se cubrían las paredes de la tumba de servidores diligentes, — porque la pintura de un servidor es lo que falta á la sombra de un amo [1], — para él, la momificación y los sostenes artificiales que se le procuraban bajo formas de estatuas; para él los *fellâhin* por centenas de mil amontonaban piedra sobre piedra.

El «doble» estaba ligado á la tumba, el «alma» circulaba libremente, habitaba entre los dioses, visitaba otro «país del Nilo», un reino de Osiris, más allá del sueño de la muerte. Á veces se trata de un infierno, pero la idea de sanción queda confusa, la creencia de los Egipcios no difería mucho sobre este punto de las de los Cristianos de nuestros días; sin embargo, no creían que una falta temporal, por grande que fuese, pudiese merecer un suplicio eterno [2].

La religión de los Egipcios no fué, pues, ese inmutable conjunto de creencias que los historiadores griegos y, después de ellos, los egiptólogos clásicos se habían imaginado en un principio, sino que evolucionó. Después de la solicitud por la suerte del «doble», el fiel concentró sus aspiraciones sobre una segunda vida, pide «el aliento para su nariz», encuentra la beatitud en la frase de bienvenida pronunciada por Osiris: «Yo te doy las renovaciones indefinidas». El

[1] G. Perrot, *De la Tombe égyptienne.* «Revue des Deux Mondes», 1881.
[2] E. Amélineau, *Résumé de l'Histoire d'Egypte*, p. 56. — E. Maurice Lévy, *Nota manuscrita.*

Egipcio de entonces no creía en la resurrección, sino en una serie sin fin de renacimientos [1].

De todos los documentos legados por el antiguo Egipto, el que puede considerarse como la «Biblia», como el libro sagrado por excelencia que comprende el fondo mismo de la religión, es el «Libro de los Muertos», que se colocaba en las vendas de las momias y que seguía al «doble» en el reino del Occidente. Se poseen muchas formas de este libro, y las variantes son numerosas, pero cualesquiera que sean las diferencias de las fórmulas y de las invocaciones, el ritual habla siempre un lenguaje de augusta solemnidad que atestigua la intensidad de emoción causada por el paso de la primera á la segunda vida. Las frases consagradas nos presentan la existencia terrestre como una preparación á la que seguirá cuando el hombre, completamente purificado por las pruebas del *Amenti* ó «Mundo Occidental», acabará por ser reconocido «justo» y por entrar, Osiris humano, en un estado de divinidad verdadera; entonces volverá hacia su cuerpo para animarle de nuevo, transformarle en una envoltura gloriosa que no conocerá ya ni el dolor, ni la decadencia, ni la muerte [2].

La omnipotencia del sacerdote daba á los ritos, á los encantamientos y sobre todo á las ofrendas muy provechosas á la casta, una importancia suprema en la salud de los muertos; sin embargo, el fondo de justicia y bondad que se había conservado en esas poblaciones agrícolas reaparece incesantemente en el formulario del ritual, como una supervivencia del antiguo Egipto que los primeros agricultores habían conquistado sobre los pantanos del Nilo por su dura labor, su estrecha solidaridad y ese sentido de la medida que hizo de ellos admirables geómetras. «He dado pan al hambriento, he dado agua al que tenía sed, he dado vestidos al que estaba desnudo»; y cada maestro, cada uno dedicado al trabajo se alaba, en sus panegíricos mortuorios, de su espíritu de inagotable caridad: «Yo soy el báculo del anciano, la nodriza del niño, el abogado del miserable, el que calienta á los que tienen frío, el pan de los caídos». «Yo soy el padre de los que no tienen padre, la madre

[1] A. Gayet, *Coins d'Egypte ignorés*.
[2] G. Maspero, *Mémoire sur quelques Papyrus du Louvre*.

de los que no tienen madre»... «Jamás he hecho trabajar á nadie más que lo que yo mismo he trabajado»... «Jamás he calumniado al esclavo cerca de su amo». Y no solamente el difunto pretende haber sido bueno y justo, sino que se alaba también de su valor en la defensa de los débiles contra los fuertes. «Yo he separado el brazo de los violentos, he opuesto la fuerza á la fuerza, he sido altanero con los altaneros y he bajado el hombro al que levantaba el hombro». Verdad es que todos estos son simples epitafios, men-



SARCÓFAGO
DE UN ESCRIBA REAL DE LA DINASTÍA XIX
Cl. Giraudon. Museo del Louvre.

tidores como lo son casi todos, pero la insistencia con que los elogios póstumos hablan de las cualidades del muerto, prueban al menos que tenía la conciencia de lo que es noble, equitativo y bueno.

Esa gran ambición de la vida futura divinizada se traducía prácticamente en la existencia de los Egipcios por el cuidado prodigioso que se daba á los cadáveres, y esto desde el período prehistórico: en las más antiguas tumbas, las osamentas recogidas conservan las huellas de ingredientes empleados para la conservación de los cuerpos [1]. Mas para estar seguro de la duración del

[1] E. A. Wallis Budge, *The Book of the Dead*.

cadáver en espera de la resurrección futura, no bastaba embalsamarle, sino que era preciso protegerle contra las fieras, á cuyos ataques le exponía más que en todo otro país el doble frente de las montañas desérticas; era preciso ocultarle bajo montones de piedras ó hasta en la roca viva; había también que rodearle de palabras mágicas para defenderle contra la mala suerte y los espíritus malos, y para esto servía el «Libro de los Muertos», la recopilación de formularios que debían recitar ó salmodiar los parientes y los amigos del difunto.

Todos los usos de los tiempos históricos prueban cuánto empeño tenía el ribereño del Nilo en ser religiosamente «recogido hacia sus padres», y á la realización de esa aspiración se aplicaba la parte principal de los ingresos personales; la momificación de los cuerpos que pertenecían á alguna alta familia costaba un talento, ó sea algunos miles de francos en moneda moderna; hasta el tratamiento de los cadáveres pertenecientes á las clases pobres importaba sumas relativamente considerables y empleaba siempre setenta días reglamentarios de preparación. Así sucedía que los indigentes, los que no tenían nada, los que no podían comprar las drogas, ni pagar los obreros, ni disponer de sepulcro familiar, ni aun de algunos pies cuadrados en la necrópolis común, habían forzosamente de renunciar á la esperanza de renacer en una vida más dichosa: perecían por completo. Los sacerdotes eran bastante ricos para conservar por multitudes los cuerpos de los animales sagrados, ibis, buitres, gavilanes, lechuzas, gatos, chacales, cocodrilos, monos, ratones, murciélagos, serpientes, pescados y escarabajos, pero á muchos humanos se les negaba ese privilegio. Sin embargo, millones y millones de generaciones sucesivas han depositado sus momias en los hipogeos de Egipto: hay muchos sitios en que el polvo que se pisa es por completo polvo humano. En este sentido ha podido decirse del antiguo valle del Nilo: «Nada hay profano en ese país. Todo es sagrado» [1].

Los arqueólogos hablan con admiración de la prodigiosa importancia que había tomado en Egipto esa industria de los embalsamadores, que ocupaba obreros por centenas de mil. Han tratado de

[1] Leop. von Ranke, *Weltgeschichte*, t. I, p. 7.

darse cuenta de la cantidad de productos inmovilizados en las tumbas: telas comunes y preciosas, licores odoríficos y antisépticos, gomas, materias bituminosas y substancias químicas, sin contar los amuletos, los encantos, las fórmulas de conjuro, cosidos ó colocados en los vestidos. Para un solo cadáver se empleaban á veces vendas con una longitud total de «1000 aunes», y cada una de ellas había sido perfumada con drogas de la Arabia Feliz; la conservación de los muertos absorbía quizá los cuidados de más de la mitad de los vivos.


MOMIA DE LA REINA TIA

Pero la historia de la momificación evolucionó como todas las cosas. En las primeras tumbas excavadas por Amélineau, bajo los cerros de Abydos, los esqueletos están colocados en una posición encogida, que es la actitud natural de los indígenas cuando reposan en sus cabañas después de los trabajos del día: casi esa misma es la posición de las momias peruanas en sus *huacas*. En esas mismas tumbas Amélineau ha descubierto cuerpos que habían sufrido ya algunos ensayos de momificación por medio del natrón ó de substancias que producen casi los mismos efectos [1]. Las primeras momias tratadas según los procedimientos clásicos, las de las necrópolis de Menfis, son negras, secas, quebradizas, en tanto que las de Tebas tienen un reflejo dorado y presentan cierta elasticidad; el pie de una momia en el museo Guimet parece una pieza de marfil pulido. En las épocas bajas se vuelven negras, pesadas, informes, la costumbre de embalsamar los cuerpos no era ya más que una vana práctica habiéndose desvanecido la fe.

[1] *Les nouvelles Fouilles d'Abydos*, p. 25.

La misma evolución se observa en la decoración de las tumbas. Antes de la época de la dinastía XII, es decir, antes de las edades de la gloria de Tebas, cuando los Egipcios no estaban aún preocupados por la idea de la muerte y el arte de conservar los cuerpos estaba relativamente poco desarrollado, las casas eternas, las tumbas, especialmente las de la necrópolis de Sakkarah, cerca de Menfis, nos revelan que la sociedad contemporánea era bastante libre de espíritu y no se había empequeñecido aún bajo la mano del sacerdote. Ninguna imagen representaba allí al dios: Osiris estaba ausente; sólo Anubis guardaba ya la puerta funeraria. Allí el muerto estaba en su casa, con su mujer y sus hijos, también con sus criados, porque la gran propiedad estaba ya constituída; todo estaba dispuesto en la casa mortuoria para que el propietario estuviese allí cómodamente y pudiese continuar los trabajos habituales. Sobre todo se tenía gran cuidado de que ningún extranjero viniese á turbarle en la soledad en que había de quedar para siempre.



MÁSCARA DE ORO DE LA REINA TIA

Cuán diferentes de esas primeras tumbas confortables y decoradas de alegres imágenes, son los espantosos hipogeos donde los sacerdotes, ya vencedores, enterraron á los desgraciados que vivieron bajo el terror de sus temibles enseñanzas. En esas tumbas, construídas bajo la dirección sacerdotal, toda imagen es espantosa: las almas de los muertos, habiendo vivido en el miedo se despertarán en el espanto [1]. Y ese vértigo de la muerte sube desde el sepulcro á la superficie, persigue al hombre en todos los actos de

[1] Ernest Renan, *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 47.

su vida, asiste hasta en sus banquetes; durante los festines se paseaba un ataúd alrededor de la mesa, para recordar á los convidados cuán corta era la vida. Vino después la época de evolución final, en que todas esas prácticas no son ya sino supervivencias despojadas de significación, en que las inscripciones de los estelios hablan una lengua olvidada, en que ideas completamente nuevas, las de la vida alegre y libre, se mezclan á las de la muerte, y, como un rayo de luz, penetran en el negro sepulcro. Así es como poco tiempo antes



Cl. Al. Vista.

PUEBLO SOBRE EL NILO, CASAS CON PALOMARES

de la conquista romana, un gran sacerdote, cuya mujer acababa de morir, redactó para ella una inscripción en que la fraseología piadosa recuerda las graves enseñanzas de otros tiempos, pero á la que añade esta singular exhortación: «No te abstengas de beber, de comer, de embriagarte, de hacer el amor; no dejes entrar la pena en tu corazón».

Únicas entre las tumbas egipcias son las admirables pirámides, de las cuales, durante miles de años, una de ellas quedó siendo el más alto edificio elevado por los hombres, y que por su misma forma aparecen indestructibles. «Quizá esos gigantescos sarcófagos, monumentos más antiguos del mundo, sobrevivirán á todos los demás», dice un autor [1], hablando con cierto énfasis de esas construcciones, que no fueron de las primeras, habiendo sido evidentemente imitadas de los templos escalonados erigidos sobre las orillas del Tigris

[1] Gustavo Lebon, *Les premières Civilisations*, p. 11.

y del Eufrates. Las generaciones que se han sucedido después de haberse erigido esos enormes montones de piedras sobre el límite del desierto libio, no han vuelto del estupor que les han causado esos prodigiosos amontonamientos, y leyendas obstinadas hacen intervenir en esta obra tan pronto los genios de lo alto, como los demonios de abajo; por otra parte, no pocas inteligencias de primer orden, á quienes repugnaba la idea de que para el cadáver de un solo hombre se hubiese empleado el trabajo de todo un pueblo durante años, se han negado á ver simples tumbas en las altas masas de las pirámides, viendo en ellas monumentos de orden científico que atestiguan conocimientos á los cuales habían llegado los Egipcios, hace miles de años, en la aurora de la historia.

Ciertamente las «piedras hablan»: dicen que los constructores del valle del Nilo podían tallar sus materiales con admirable precisión y que tenían la solución de muchos problemas geométricos; tenían también, como sus antecesores de los ríos caldeos, nociones astronómicas muy extensas y sabían orientar sus edificios; pero se ha querido ver una significación más alta en las relaciones que presentan entre sí las diversas partes de las pirámides, sobre todo de la mayor, la pirámide llamada de Kheops ó de Khufu, según el rey que la hizo construir para recibir su cuerpo. En primer lugar se ha considerado ese monumento como un resumen de la ciencia geodésica, debiendo corresponder cada una de sus dimensiones, de sus aristas, de sus divisiones y subdivisiones á fracciones simples del diámetro ecuatorial.

Se ha supuesto también que la gran pirámide era una especie de depósito que contuviera el «secreto del Nilo» [1]. Mientras que la masa del pueblo quedaba condenada durante miles de años á ignorar los manantiales del gran río, y los reyes majestuosamente sentados en los tronos, y los sabios perorando bajo los pórticos, se sucedían interrogándose en vano sobre los orígenes del agua sagrada, los sacerdotes se transmitían misteriosamente el mapa figurado por la disposición de las cámaras existentes en las tinieblas de la pirámide: aquí el gran lago á que hoy se da el nombre de Nyanza,

[1] L. Mayou, *Le Secret des Pyramides de Memphis*.

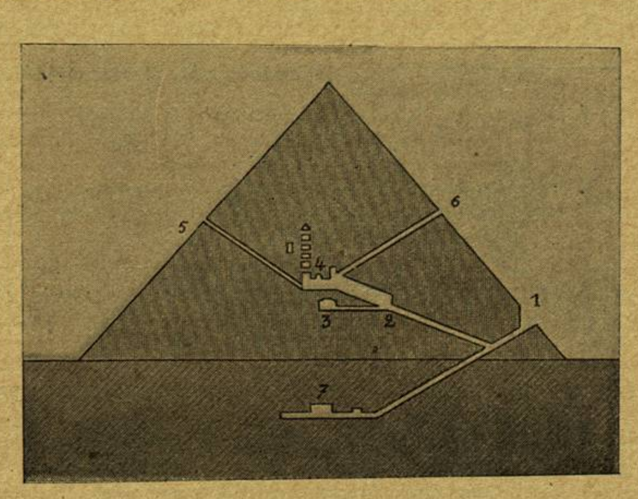


Cl. Bonfils.

ASPECTO ACTUAL DE UN ÁNGULO DE LA GRAN PIRÁMIDE

después los lagos occidentales y los otros rasgos hidrográficos del Nilo superior tales como los exploradores modernos los han descubierto nuevamente desde la mitad del siglo XIX.

Por último, ha habido sabios que han imaginado que la gran pirámide, y, en proporción menor, las otras construcciones del mismo género, revelaciones directas de lo alto, daban una forma monumental á las «verdades» religiosas. Según el astrónomo Piazzi Smith, que estudió durante mucho tiempo las pirámides egipcias, la de Kheops es una «Biblia de piedra», construída bajo la dirección de Melchisedec, un «testamento» análogo á los que fueron dictados á los videntes y á los apóstoles. Se encuentra, no solamente el diámetro de la Tierra en la lectura de las dimensiones de las diversas partes, sino también su densidad, la distancia exacta del Sol á la Tierra y á los planetas, la duración del año en días y la del período precesional en años; léese allí también la fecha que separaba la construcción de la pirámide del nacimiento de Jesucristo: 2170 años; en fin, una profecía anunciando la venida del millenium para el año 1882 [1].



CORTE DE LA GRAN PIRÁMIDE

1. Entrada de la pirámide.
2. Gran pasaje.
3. Cámara de la reina.
4. Cámara del rey ó del sarcófago.
5 y 6. Canales de ventilación.
7. Cámara subterránea.

Otro astrónomo, Lagrange, hace suyas creencias análogas: profesa igualmente que el dios de los Hebreos se ha manifestado por obras inesperadas, la Biblia y la pirámide de Kheops, porque las otras construcciones, de menor elevación, son simples trabajos humanos, y hasta podría preguntarse si son impotentes imitaciones del

[1] M. Piazzi Smith, *Our Inheritance of the great Pyramid*. Trad. del abate Moigno: *La grande Pyramide, pharaonique de nom, humanitaire de fait.*

eterno tentador. Pero á esas dos manifestaciones santas de la voluntad celeste, que, según él, son la llave de la historia y la del porvenir, el sabio místico añade otra manifestación, la de un geodesta moderno, Bruck [1], cuya obra ofrecería tal concordancia con la revelación, que tomando á la letra los razonamientos de su intérprete, se llegaría á atribuirle también una inspiración divina [2].

Información sobre algunas pirámides.

l, longitud de la base; *h*, altura actual de la pirámide en metros, según Piazzi Smith; α, ángulo de la base; 50° á 52°, salvo indicación contraria.

ABU ROACH, pirámide en ruinas, no fué terminada	$l = 96$	$h = 12$
GISEH, pirámide de Kheops	$l = 231$	$h = 135$
pirámide de Khefren	$l = 207$	$h = 134$
pirámide comenzada por Menkera, terminada y revestida de sienita por la reina Nitokris	$l = 101$	$h = 61$
RIGAH, ó ZAUIET-EL-ARYAN, una pirámide en ruinas	$l = 90$	$h = 18$
y otra con dos declives, $\alpha = 75°$ y $50°$	$l = 30$	$h = 13$
ABUSIR, pirámides construídas por los reyes de la 5.ª dinastía (?); dos pirámides tienen $l = 64$ ó 65, $h = 32$ ó 35; para la mayor se tiene	$l = 97$	$h = 49$
SAKKARAH, pirámide escalonada, α 73°, la más antigua de todas (?) de base no cuadrada	$l = 92$ y 105	$h = 55$
Otras cinco fueron construídas por Unas (5.ª dinastía), Teti, Pepi I, Merenra y Pepi II (6.ª dinastía)	$l = 62$ á 81	$h = 18$ á 32
DACHUR, según G. Maspero, una de estas pirámides fué construída por Snefru, otras dos por Usertesen III y Amenemhat II. Una de las pirámides tiene dos declives, α 54° y 43°	$l = 185$	$h = 96$
otra es muy aplanada, $\alpha = 43°$	$l = 210$	$h = 98$
y otra muy escarpada, $\alpha = 57°$	$l = 120$	$h = 47$
LICHT, pirámide de Usertesen I, en ruinas, $\alpha = 49°$	$l = 107$	$h = 21$
pirámide de Amenemhat I, en ruinas	$l = 90$	$h = 15$
MEIDUM, según Flinders Petrie, fué construída por Snefru, la única edificada por revestimientos inclinados sucesivos.	$l = 60$	$h = 37$
ILLAHUN, pirámide de Usertesen II, según Flinders Petrie, base formada por la roca natural tallada	$l = 108$	$h = 34$
HAWARA, pirámide de Amenemhat III y de su hija, según Flinders Petrie	$l = 90$	$h = 32$

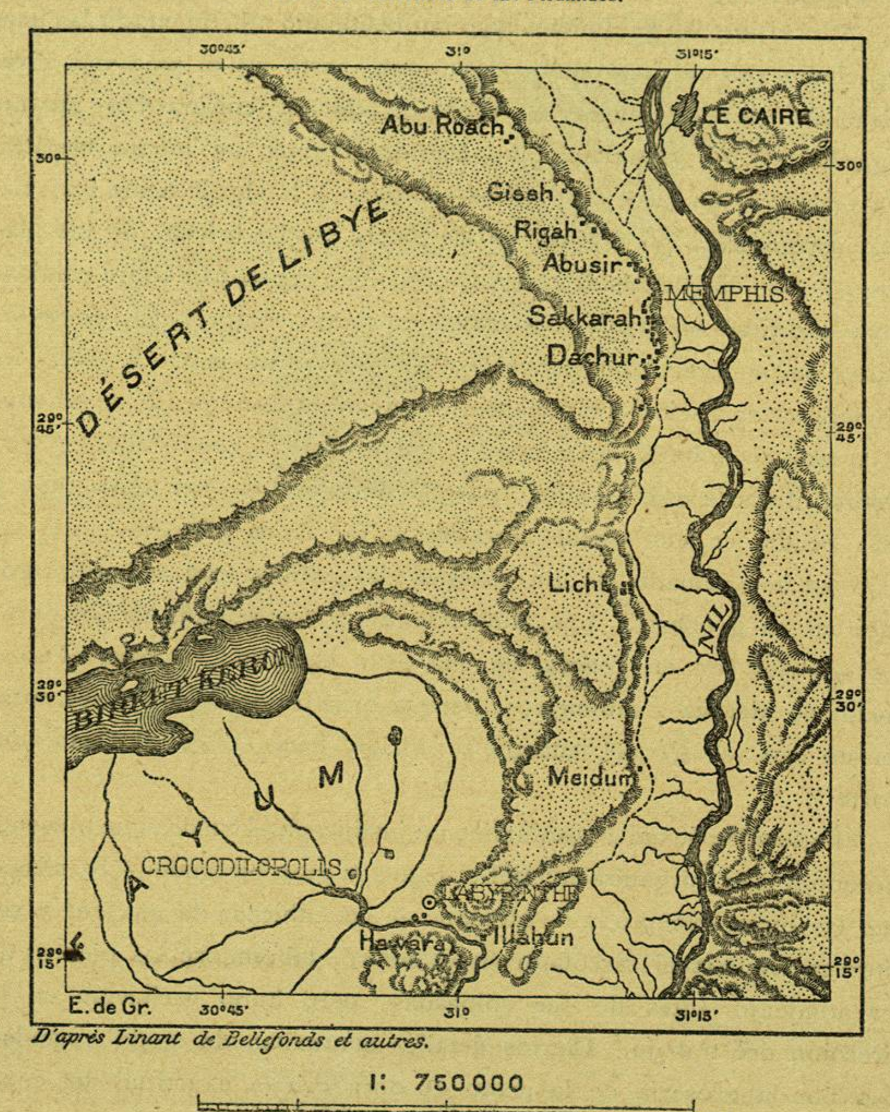
Sabemos, sin embargo, que la «ley de Bruck», según la cual la historia de la humanidad se recortaría regularmente en períodos de algo más de cinco siglos, concordando con el gran período de declinación magnética, y viajaría, por decirlo así, de foco en foco en

[1] *L'Humanité, son Développement, sa Durée.*

[2] C. Lagrange, *Sur la Concordance entre la Chronologie de la Bible et celle de la grande Pyramide.*

la dirección de Este á Oeste, se halla en discordancia con gran número de hechos históricos y geográficos; no puede ser admitida como artículo de fe sino por espíritus religiosos. No obstante, esa ley

N.º 141. Territorio de las Pirámides.



tiene adeptos muy fervientes que no retroceden ante ningún absurdo. ¿No están de acuerdo los «piramidistas» de la Gran Bretaña para decir que la nación inglesa desciende directamente de las doce tribus

de Israel? ¿No se ha visto al Dr. John Lightfoot, canciller-adjunto de la Universidad de Cambridge, quien *ha reconstituído* — después de un trabajo de quince años (1888-1903), según se nos asegura, — el acta de nacimiento de Adán, quien fué creado en el año 4004 antes de J.-C., el 23 de Octubre á las nueve de la mañana? [1].

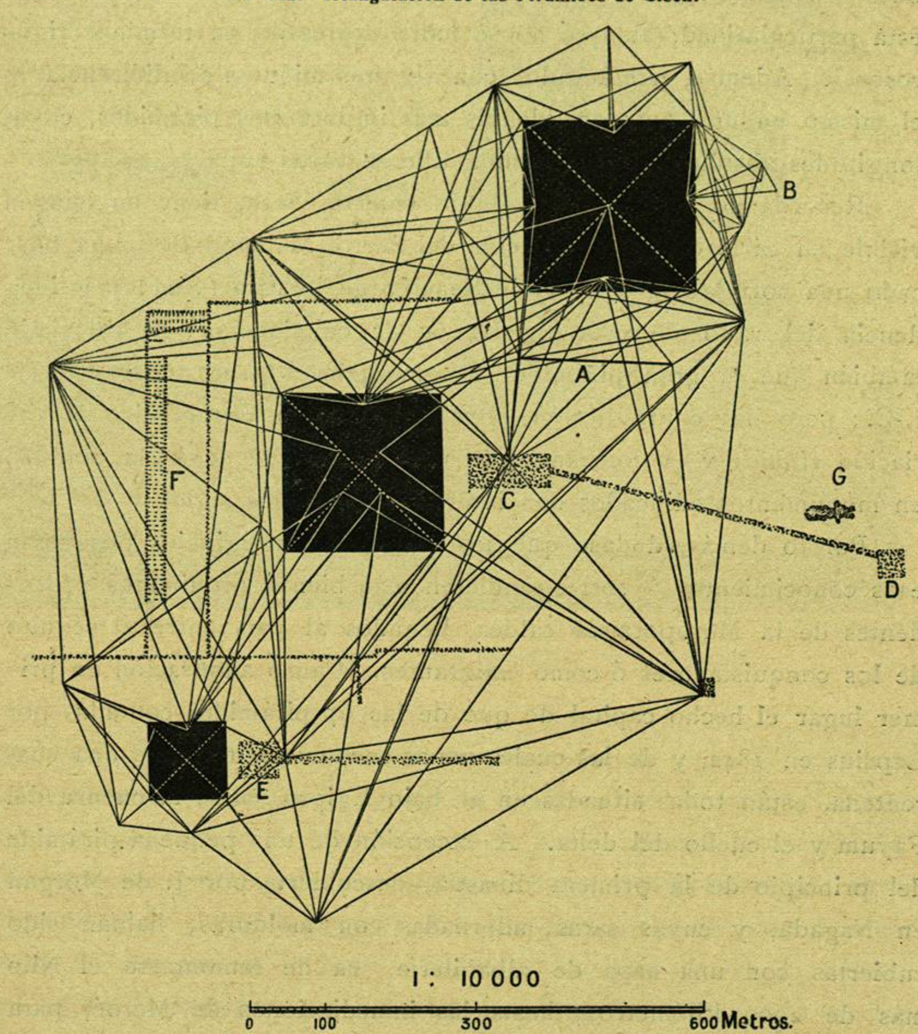
Se ve que las pirámides han impresionado de tal modo las imaginaciones por su imponente masa, que, hasta en el país más civilizado del mundo, muchos hombres de elevada cultura ven piedras sagradas en los materiales que amontonó quizá un inepto orgullo. Sin embargo, las diversas teorías relativas á la significación matemática, astronómica y religiosa de las líneas, de las aristas, de los planos y de las diagonales de la gran pirámide, reposaban sobre medidas cuya exactitud no había sido suficientemente comprobada, entre las cuales las mejores presentaban desviaciones de un metro ó más. La primera triangulación completamente exacta del monumento de Kheops es la que se debe al egiptólogo Flinders Petrie, convertido en troglodita durante este estudio, porque durante los dos años 1880 y 1881 residió en una cámara sepulcral al pie de la pirámide: este trabajo ha determinado las dimensiones del edificio con todo el rigor habitual en geodesia. Los alineamientos y los ángulos de los obreros egipcios son en general de una gran exactitud, ya que el error medio no alcanza 2 milímetros; pero la orientación es más defectuosa, puesto que el eje del edificio se dirige hacia 3′ 43″ al Oeste del Norte [2].

Flinders Petrie halla absolutamente justificado el cuadro que presenta Herodoto de la organización del trabajo; la gran pirámide — lo mismo que las otras, excepto la de Meidum, — fué edificada de una vez y sin interrupción con el sarcófago en el centro, labrándose las piedras de revestimiento antes de ser colocadas, pero hubo vacilación en la dirección del trabajo. Ciertos detalles contrastan de modo escandaloso por la grosería de la mano de obra con la exactitud del conjunto y la perfección admirable de la mayor parte de los fragmentos. Se efectuaron esfuerzos técnicos que podrían enorgullecer á un artesano de nuestros días.

[1] L. J. Morié, *Histoire de l'Ethiopie*, p. 48.
[2] W. M. Flinders Petrie, *Ten Years Digging in Egypt*, p. 22.

La mayor parte de las teorías relativas á las dimensiones de la pirámide no resisten á la observación precisa; un solo hecho per-

N.º 142. Triangulación de las Pirámides de Giseh.



A. Base medida.
B. Excavación sobre la cara oriental de la gran pirámide para desprender las piedras de revestimiento que han quedado en su sitio.
C. Templo de la pirámide de Khefren.
D. Templo de granito rosa, prefaraónico (?).
E. Templo de la pirámide de Menkera.
F. Ruinas del acuartelamiento de obreros.
G. Gran esfinge, prefaraónica (?).

Hay vestigios de antiguas calzadas y de paredes indicadas con puntillado.

manece demostrado: el ángulo de las caras con el suelo horizontal es tal (unos 52°), que el lado de la pirámide y la altura están en

una relación expresada por la mitad del valor Π de los matemáticos; puede también decirse que el área de una cara lateral de la pirámide es igual al cuadrado de la altura, y es notable que Herodoto, como lo ha hecho notar John Herschell, hubiera ya conocido esta particularidad, aunque no se halle expresado en términos rigurosos [1]. Además, este ángulo, con algunos minutos de diferencia, es el mismo en una quincena de las más importantes pirámides, cuyas longitudes absolutas, no obstante, difieren todas entre sí.

Recordando que el dios de la muerte, Seth, tiene su imagen visible en Sirio de la constelación del Perro, Mahmud-Bey [2] ha buscado una correlación entre la inclinación de la cara (Sud) y la incidencia del rayo de esta estrella en su culminación; ha calculado también que la gran pirámide se remontaba á 3266 años antes de J.-C.; pero hay contradicción entre un elemento astronómico de variación rítmica y la constancia de un ángulo que se halla también en monumentos edificados con intervalos de varios siglos.

Por lo demás, dúdase que los constructores egipcios poseyeran esos conocimientos ó correspondiesen más bien á arquitectos procedentes de la Mesopotamia caldea, llegados al país entre el séquito de los conquistadores ó como emigrantes. Causó admiración en primer lugar el hecho capital de que de las 67 pirámides contadas por Lepsius en 1842, y de las cuales no se encuentran más que una cuarentena, están todas situadas en el bajo Egipto, entre la cuenca del Fayum y el cuello del delta. Á excepción de una pequeña pirámide del principio de la primera dinastía, descubierta por J. de Morgan en Nagada, y cuyas caras, adornadas con molduras, habían sido cubiertas con una capa de albañilería, ha de remontarse el Nilo más de 2000 kilómetros, hasta las inmediaciones de Meroé, para encontrar un centenar de otras pirámides más pequeñas y más recientes. Todos estos monumentos se levantan en la región del valle más próxima á las llanuras regadas por el Tigris y el Eufrates. Si se establecieron en Egipto maestros extranjeros venidos de Oriente, aportando sus usos y su civilización, por esta comarca am-

[1] Herodoto, *Historias*, II, 124. La primera definición corresponde al valor 51° 51′ para el ángulo de la base, la segunda á 51° 49′.

[2] *L'Age et le But des Pyramides lus dans Sirius.* — Cálculo corregido por Valère Maes, *Nota manuscrita.*



Cl. Bonfils.

LAS DOS PILASTRAS DEL TEMPLO DE RAMSÉS IV, EN KARNAK

pliamente abierta hubo de realizarse la invasión, como se produjo después la de los Hyksos. Quizá no sea temerario suponer que los analistas de Egipto se abstendrían de hacer constar la venida de dinastías extranjeras y las reemplazarían intencionadamente por enumeraciones de reyes indígenas, pero que el pueblo conservaría memoria de otro orden de cosas. Si no se han burlado de Herodoto, que repite la aserción, los Egipcios atribuían la construcción de las pirámides á un pastor, Philition, que apacentaba sus ganados en aquel terreno [1]. Mas, ¿qué era un pastor para los Egipcios agricultores? ¡Un extranjero, un enemigo, un hombre del Este! ¿No podría interpretarse con el mismo criterio el dicho de Herodoto, que los Egipcios pasaron más de cien años sin abrir sus templos? Si hubiese sido por odio á sus reyes nacionales, ¿cómo éstos, tan poderosos

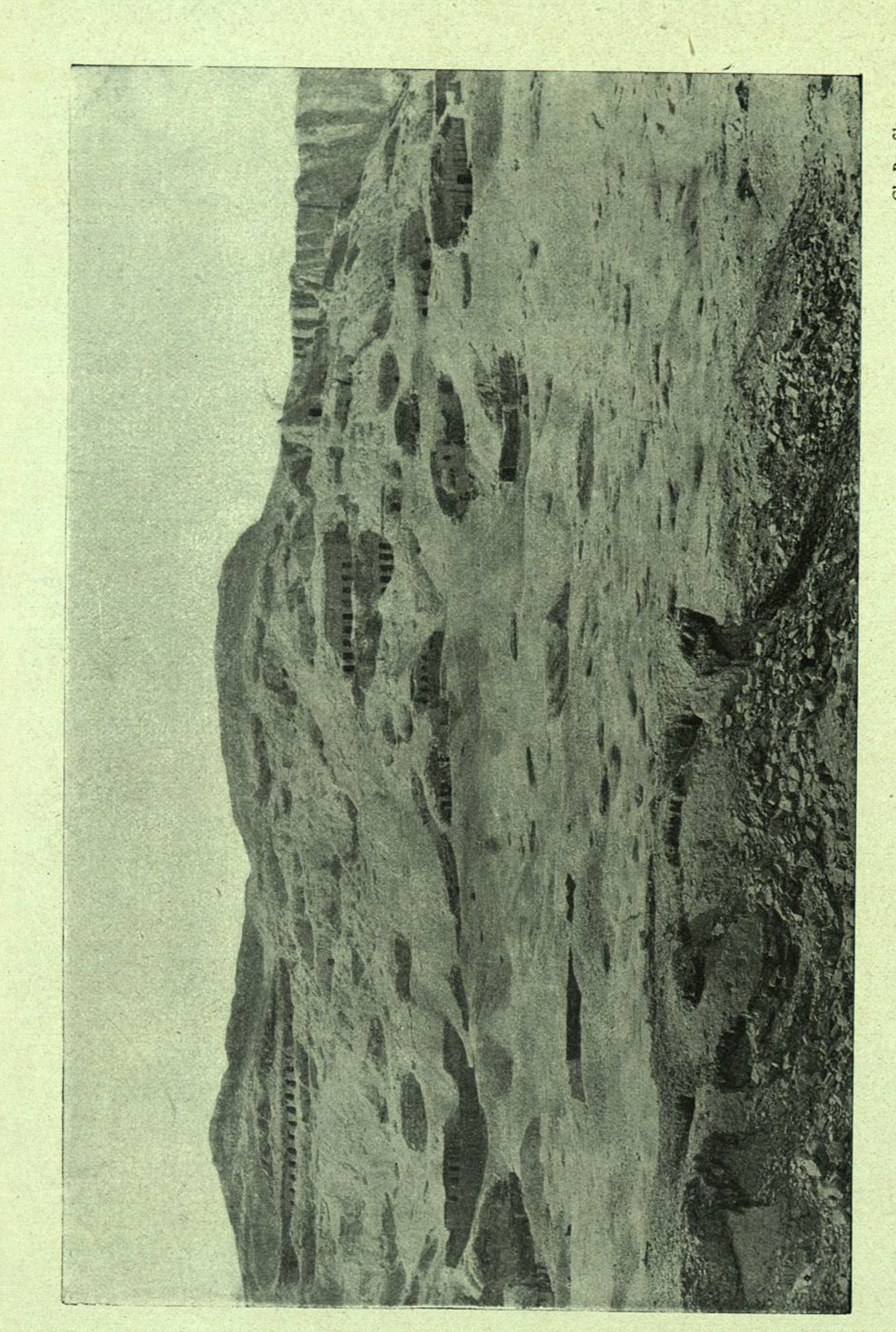
[1] Herodoto, *Histoires*, lib. II, 128.

para someter todo el pueblo á la construcción de las pirámides, no hubieran tenido autoridad bastante para tener los templos abiertos? Pero todo se explica si los dueños eran invasores extranjeros y si ellos mismos habían ordenado el cierre de los santuarios.

Como quiera que sea, se produjeron grandes cambios en la arquitectura y en el simbolismo de las pirámides durante las edades de su construcción, que se calcula en un millar de años. En primer lugar, cuando los constructores caldeos vinieron directamente de Eridu á Menfis — es decir, traduciendo las palabras de los dos lenguajes, de la «Buena ciudad» á la «Buena ciudad», ó por mejor decir, de la «ciudad del Buen Dios» á otra «ciudad del Buen Dios» [1], — las pirámides estaban construídas de ladrillos hechos con barro del Nilo y por gradas sucesivas, como los observatorios y «torres de Babel»; después, el número de los tramos, que hubiera debido conservarse siempre siendo siete, conforme á la tradición, se aumentó gradualmente disminuyendo su anchura, mientras la piedra reemplazaba al ladrillo. Por último, desaparecieron todas las marcas de desigualdades exteriores en el tetraedro piramidal, y la construcción no fué más que un sólido geométrico perfectamente regular con superficies lisas. La *mastaba*, es decir, la tumba real, que primitivamente se elevaba aparte, sin pirámide que la cobijase, fué colocada, desde los primeros tiempos de las dinastías históricas, en medio del emplazamiento que había de sostener la enorme masa de piedras amontonadas.

Los reyes desconfiados debieron querer á toda costa que sus cuerpos, envueltos en telas preciosas y adornados de joyas, fuesen substraídos á las miradas profanas: por un lado trataban de satisfacer la inmensidad de su orgullo, y por otro las leyes de la prudencia. Los monumentos funerarios debían ser vistos de muy lejos por el poder de su masa, añadiendo á la gloria de su tumba templos, estatuas, pilastras triunfales y paseos bordeados de esfinges; pero era preciso que el despojo divino estuviera tan bien oculto en el interior de las construcciones, que nadie pudiera descubrirle durante la sucesión de los siglos. El cuerpo de Kheops en su estrecho reducto

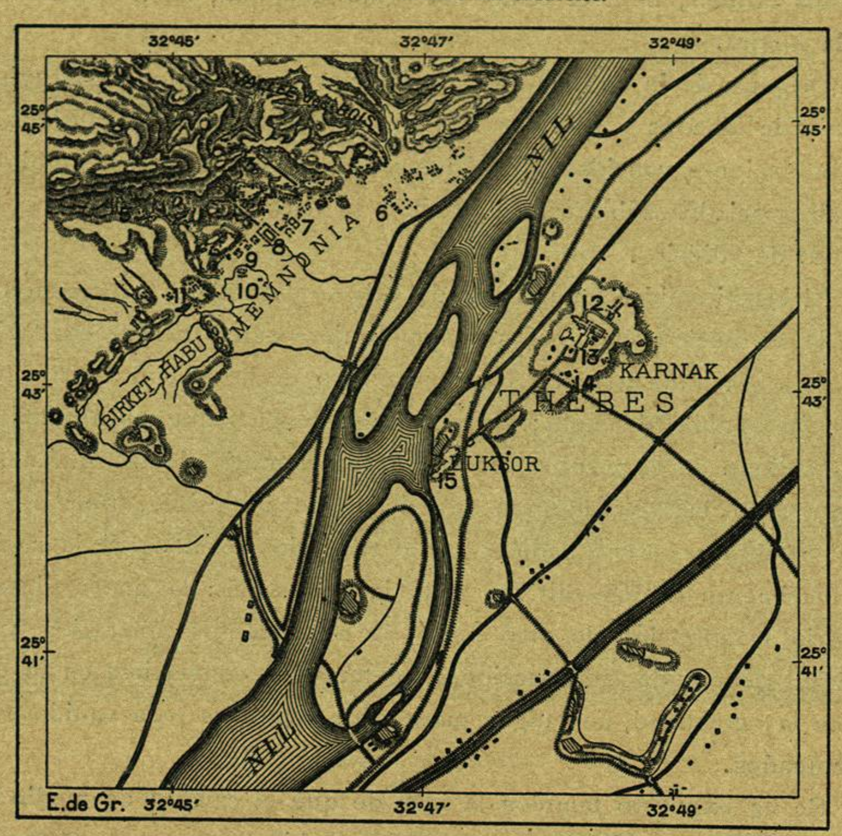
[1] Fritz Hommel, *Der babylonische Ursprung der ægyptischen Kultur*, p. 1.



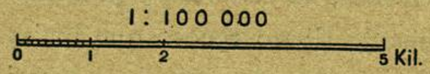
Cl. Bonfils.

BIBAN-EL-MOLUK, TUMBAS DE LOS REYES, CERCA DE TEBAS

N.° 143. Tebas y sus suburbios.



Poblaciones actuales. *Diques de tierra.*



1. Biban-el-Moluk, tumbas de los reyes Seti I, Meneptah, Ramsés III, etc.
2. Drah-abul-Neggah, 11.ª y 17.ª dinastías.
3. Templo de Deir-el-Bahary y secreto.
4. Kurna, terraplenes prehistóricos.
5. Tumbas de las reinas.
6. Templo de Seti I.
7. Templo de Thutmos III.
8. Ramesseum.
9. Templo de Amenhotep III.
10. Estatuas de Amenhotep III, denominadas de Memnon, de donde viene el nombre del suburbio.
11. Templo de Thutmos II y Medinet Habu, templo de Ramsés III.
12. Paseo de esfinges y templo de Amenhotep III.
13. Templos de Amón, de Thutmos I, etc.; lago sagrado. Bajo el templo de Amón, Georges Legrain descubrió en 1903 un secreto que contenía muchos centenares de estatuas, cuyas fechas se extienden sobre un período de más de 5000 años, desde la segunda dinastía hasta la de los Ptolomeos.
14. Avenida de esfinges, templo de Mut.
15. Templos de Luksor, Amenhotep III y otros.

de la Gran Pirámide, escapó, en efecto, á las miradas durante miles de años: no se le halló hasta después de la conquista de Egipto

por los Árabes, bajo el reino del califa Mammun, hacia el año 200 de la hegira.

Después de la construcción de la enorme tumba que contuvo la momia de Kheops y que costó tantos sufrimientos á los cautivos de las poblaciones vencidas, lo mismo que á la multitud lamentable de los desgraciados súbditos, se produjo la decadencia rápida para ese género de edificios.

Si las pirámides eran obras de origen extranjero, se comprende que la revolución arquitectónica se produjese entre los Faraones tebanos bajo la influencia de un sentimiento de hostilidad contra unas dinastías venidas de fuera; pero otras causas pueden explicar también el abandono de la arquitectura harto rudimentaria de las pirámides. Hacer algo más grande era prácticamente imposible, puesto que hubiera sido necesario dedicar á ello todos los recursos de la nación en detrimento de los cultivos y de las industrias: la nueva dinastía prefirió la adopción de otro estiló de monumentos funerarios, y el antiguo género de construcciones no tardó en convertirse en lo que es en la actualidad, un vulgar modelo de sepultura para vanidosos y afortunados.

Se ha expuesto también la idea de que el cambio de medio fué la razón que decidió á los soberanos á cambiar la forma de su tumba. En Menfis y en Tebas, la Naturaleza presenta aspectos diferentes. En lugar de un simple ribazo rocoso que limita el desierto al oeste del valle del Nilo y presenta como una sucesión de cimientos de colosales construcciones, altos escarpes, surcados por torrenteras, se elevan sobre la estrecha linde de los campos. No había sitio para la erección de masas piramidales, cuyas aristas se perfilarían sin grandeza sobre el fondo gris de las rocas inmediatas. Esas mismas paredes, con sus pendientes irregulares, reemplazan los triángulos geométricos de las grandes tumbas del Norte. Haciendo depositar allí sus cuerpos, los Faraones de Tebas podían esperar ocultarlos más seguramente: ningún adorno señalaba su existencia, y las entradas se ocultaban prudentemente por montones de piedras semejando derrumbamientos.

Compréndense tales preocupaciones: el respeto á la muerte no era tan poderoso en Egipto que pudiese impedir á los miserables y



TEMPLO DE DENDERAH Cl. Bonfils.

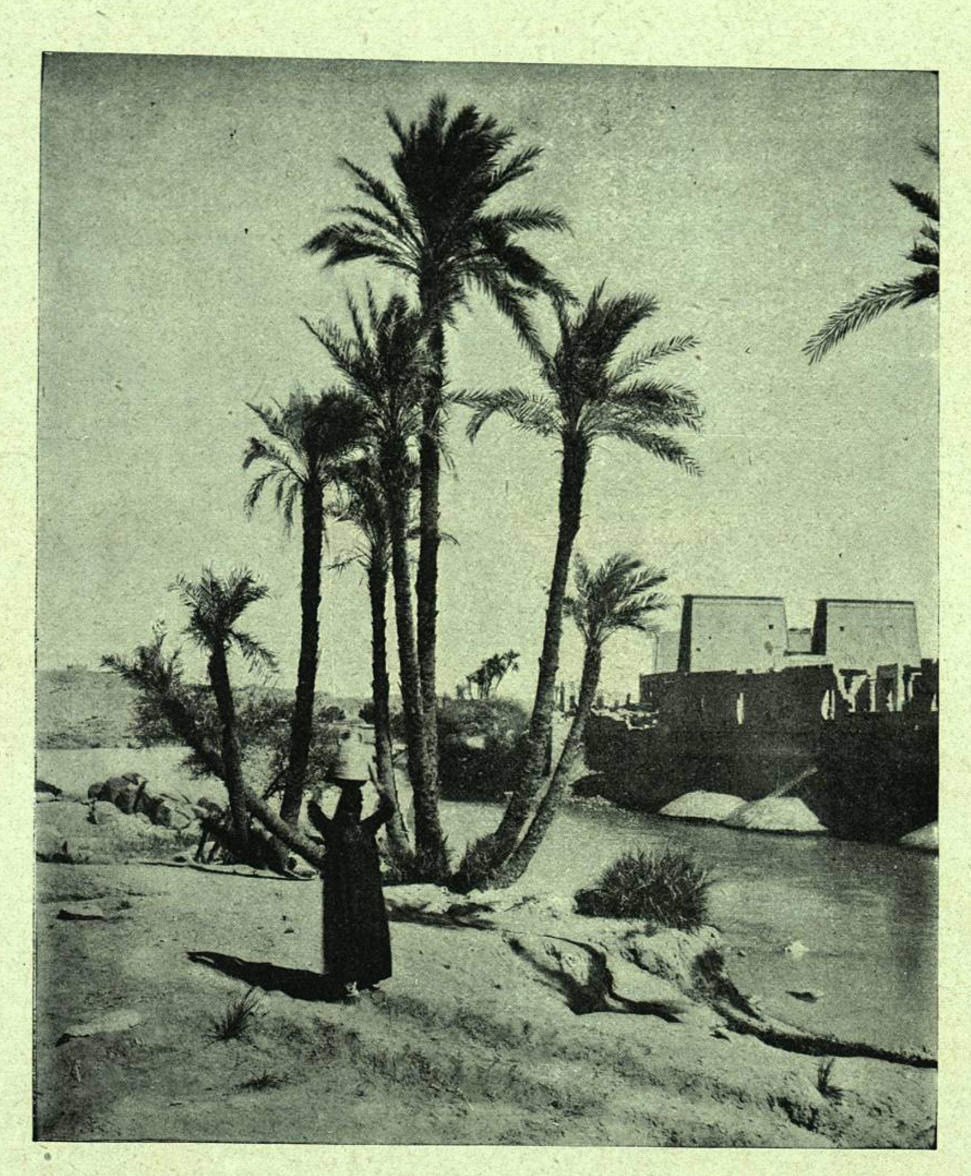
famélicos lanzar miradas de envidia hacia las tumbas de los reyes, donde sabían que existían grandes tesoros al lado de las momias veneradas; conocían la existencia de esas «salas de oro», donde los sacerdotes y los cortesanos habían depositado todo lo que había pertenecido al rey durante su vida: armas, vestidos, muebles y alhajas, y no pocas veces los saqueadores penetraron en cuadrillas en esos ricos hipogeos. Antiguos papirus hablan de esos robos: en tiempo de Strabon fueron saqueados completamente cuarenta sepulcros de reyes; el público entraba libremente en las galerías y las paredes se cubrían de inscripciones griegas y latinas. Para evitar la profanación de las momias reales, no violadas aún, los sacerdotes inventaron el secreto hábilmente disimulado y descubierto al fin por los escudriñadores árabes en 1881, donde se han hallado los cuerpos admirablemente conservados de Ramsés II y de otros Faraones.

La arquitectura de los templos sufrió también grandes modificaciones durante las edades de ese antiguo Egipto, que se suponía inmóvil.

Desde los primeros tiempos á que se remonta el conocimiento del valle nilótico, se ve á los habitantes acomodarse á las condiciones de su medio. No se albergaban, como se creyó durante mucho tiempo, en las grutas de los montes ribereños del río [1]; ¿para qué habían de hacerlo, si les era más cómodo vivir sobre las calzadas construídas bajo la frondosidad de los árboles que habían plantado, al lado de los surcos cuidadosamente cultivados por ellos? Sabían edificar cabañas de madera ligera; el sicomoro y la palmera, árboles muy comunes en el valle, respondían bien á sus necesidades; no tomándose siquiera el trabajo de labrar los troncos derribados ni de enderezar las ramas, les bastaba superponerles y entremezclarles, rellenando los intersticios y cubriendo el todo con barro endurecido. Estas humildes construcciones de madera y barro, tipos todavía imitados para las viviendas en que se cobijan los *fellâhin* de nuestros días, se notaban apenas al pie de las enormes tumbas faraónicas; y, sin embargo, las menos miserables de esas chozas sirvieron de modelo á los primeros edificios, — como las puertas de hipogeo, — que atestiguan cierto cuidado de la arquitectura. La ornamentación exterior de esos pequeños monumentos de piedra consiste en bandas alternativamente horizontales y verticales, semejando troncos de palmeras entrecruzando sus extremidades en el ángulo de una cabaña: la habitación de los muertos había sido hecha según el mismo tipo que la de los vivos.

Los recuerdos de la arquitectura primitiva de los labradores se encuentran también en las columnas de los templos. Según las regiones, esos pilares de sostenimiento sobre los cuales se volvieron á plantar las bóvedas, fueron necesariamente, ó fragmentos verticales desprendidos de la roca, ó fuertes troncos de árboles, mucho menos pesados que la piedra y no obstante menos frágiles y más persistentes; pero no se estaría en lo cierto si se imaginara que los capiteles en forma de flor de loto hayan sido desde el origen una imitación. No es admisible que los arquitectos egipcios tuvieran desde un principio la idea absurda de figurar una flor para soportar el enorme peso del arquitrave y de toda la parte superior de los edi-

[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*.



Cl. David Gardiner.

TEMPLO DE PHILÆ, VISTO DESDE LA ISLA DE BIGEH

ficios. Los cambios graduales realizados durante un número ilimitado de siglos han debido habituar poco á poco á los constructores á la extraña é ilógica idea de asimilar unas columnas, tan pesadamente cargadas, á plantas alegremente desarrolladas en el aire.



COLUMNA DEL TEMPLO DE KARNAK

Un elemento de la transición natural que se realizó en el estilo de las columnas y en el hábito de la mirada á su forma final, se debe á que los Egipcios adornaban con guirnaldas de flores en los días festivos las columnas de sus templos [1]: dada esta costumbre, una de las flores más estimadas era la del loto, símbolo del sol, porque se repetía constantemente que el astro y su imagen floral desaparecía igualmente cada noche para renacer por la mañana. A las guirnaldas naturales sucedieron pinturas de flores hechas sobre tableros que formaban una especie de capitel. Después, obligando á los arquitectos la necesidad estética á unir el cuerpo de la columna al entablamento por líneas agradables á la vista, se aprendió á labrar

[1] G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. I, p. 58.

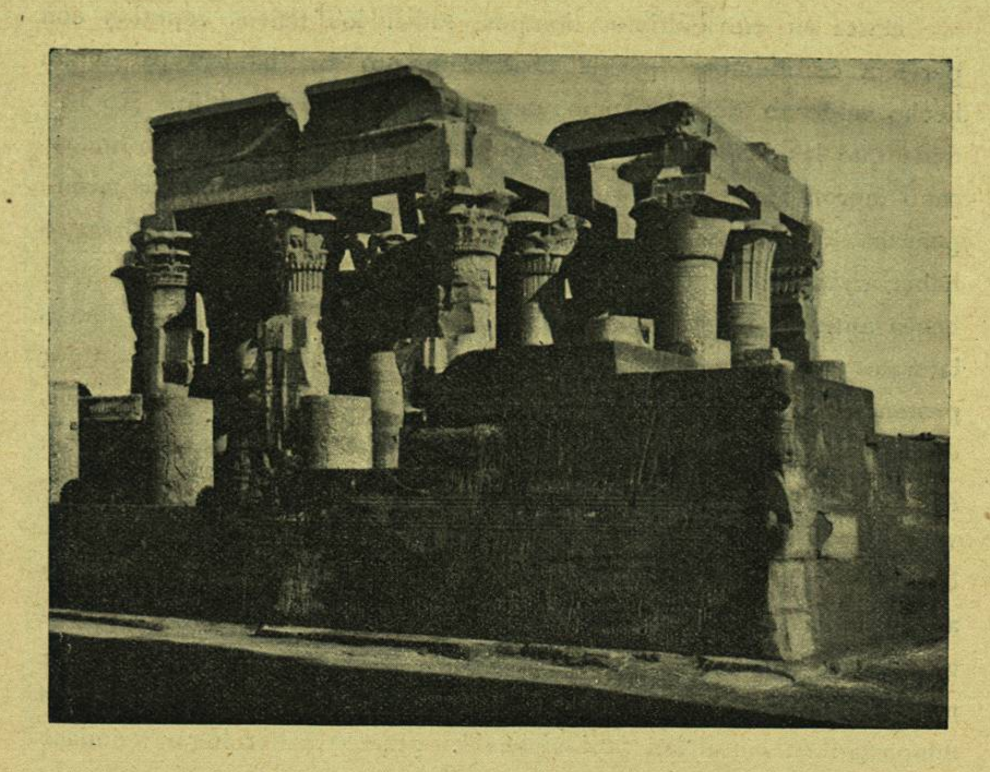
la masa cilíndrica en forma de columnitas fasciculadas, continuándose cada una por un botón de loto. El conjunto del pilar, antes demasiado macizo, se halló, pues, quizá después de miles de años, cambiado en un haz de flores que se extienden bajo el pesado fardo de la piedra. La más antigua columna «lotiforme» que se conoce fué descubierta en 1893 cerca de Abusir, y data de la 5.ª dinastía [1]. Por lo demás, posteriormente continuaron empleándose columnas de estilo diferente.

Si la madera tuvo participación en la arquitectura de los Egipcios, la riqueza y la belleza de las piedras que se levantan desnudas á oriente y occidente del valle contribuyeron más aún al esplendor de los templos; los acantilados que les rodeaban eran otros tantos modelos para los arquitectos. Las admirables rocas de los montes egipcios habían tenido reservada, por decirlo así, la maravillosa arquitectura del mundo nilótico: los granitos de Silsileh, el que tomó el nombre de «sienita», los pórfidos y las serpentinas dieron á los ribereños del río los soberbios materiales de sus templos, mientras que las calizas de Mokattam, de Ptolemais, compactas ó numulíticas, tan fáciles de trabajar, suministraban los bloques de piedra para las pirámides, las construcciones menos suntuosas y los casquijos.

Algunos de los templos presentaban proporciones soberbias sobre la altura de sus pilastras y de sus columnatas; pero los edificios, dueños del espacio, se extendían sobre todo en longitud y en anchura; en ese país sin lluvia se detenían al nivel superior bajo los atrios horizontales de las terrazas, paralelos á la gran llanura que recorre el río. Los monumentos Egipcios tienen un carácter de majestuosa uniformidad, semejante al de la comarca, á las grandes líneas regulares que se dispersan hacia el lejano horizonte [2].

Cuando los Egipcios elevaron los grandiosos monumentos que nos admiran por sus nobles dimensiones, no menos notables por la sencillez de estilo, habían ya adquirido conocimientos técnicos muy extensos, y ciertos detalles de su obra atestiguan, más aún que la

[1] G. Foucart, *Histoire de l'Ordre lotiforme*.
[2] Aug. Matteuzzi, *Les Facteurs de l'Evolution des Peuples*, p. 53.



TEMPLO DE OMBOS (KUM UMBU)

construcción de las pirámides, su iniciación en las leyes astronómicas.

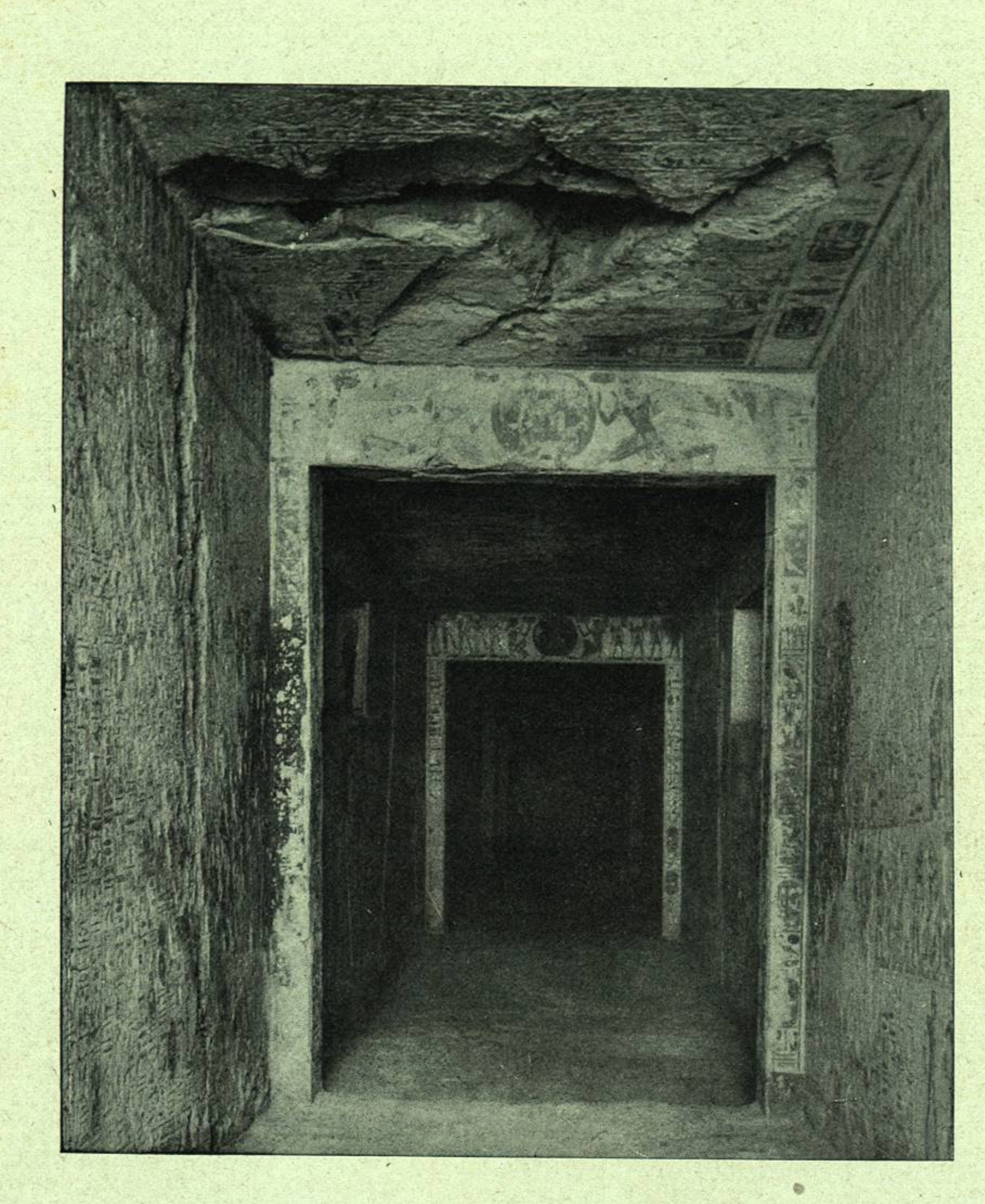
Tres años de estudios en Egipto han persuadido á Norman Lockyer que los templos estaban construídos con el propósito de observar las estrellas y el sol; estaban dispuestos de manera que permitían notar las posiciones relativas y medir ciertos arcos, sea en los solsticios, sea en los equinoccios. Así, habiendo visitado el templo de Karnak en 1891, el astrónomo inglés observó que un corredor estaba de tal manera orientado, que, desde el altar, el sacerdote veía el sol en el momento de su ocaso en el equinoccio, como por el tubo de un prodigioso telescopio, al que las pilastras de la entrada servían de diafragmas. Del mismo modo en un templo próximo, había una puerta destinada hace treinta y un siglos á la observación de Canopus [1]. Los templos podían, pues, servir de relojes astronómicos para determinar las horas del día y de la noche y la longitud de los años.

[1] Mohamed Moktar Pacha, *Atti dal primo Congress geografico*. (Venecia), t. II, p. 46.

Hasta en estos últimos tiempos, todos los físicos repetían con perfecta certidumbre que el descubrimiento del pararrayos es un hecho moderno, del que somos deudores al ilustre Franklin. No hay duda que las investigaciones y la invención del diplomático americano fueron muy auténticas, pero no fué el primero, como él mismo pensaba, que «dominó el rayo», y que «le arrancó al cielo como había arrancado el cetro á los tiranos». Esta conquista había sido hecha antes que él por sabios egipcios. Cada una de las dos torres laterales que preceden los templos estaba rayada de arriba abajo por profundas canales en las que se adaptaban exactamente dos mástiles que excedían mucho de la altura de la construcción y terminaban por cuatro banderolas con los colores sagrados, rojo, blanco, azul y verde; según las inscripciones, estos mástiles, que se creen haber sido hechos con la madera de una especie de acacia, se elevaban á una altura de más de una treintena de metros, cuya extremidad estaba guarnecida por una armadura de cobre. Los textos dicen expresamente que estas altas perchas habían sido elevadas para «cortar la tempestad en las alturas del cielo»[1]. ¿Puede haber lugar á dudas? ¿No es este exactamente el pararrayos, imaginado además de modo que alegre con sus banderolas la desnuda masa del edificio? Esos mástiles, dice el símbolo, eran las dos hermanas divinas Isis y Nephthys, quienes, con sus grandes alas, protegían á su hermano Osiris contra las astucias y las violencias del perverso Tifón. Y las agujas de los obeliscos, revestidas de placas de oro, ó más bien de cobre dorado, así como los primeros invasores musulmanes pudieron comprobarlo en la ciudad santa de Heliópolis, ¿no habían sido también inventados con la idea de atraer, de dividir el rayo, y de apartarle así del santuario?

Los monumentos de Egipto nos muestran, pues, un estado de civilización ya muy avanzado, realizando obras que exigían á la vez grandes facultades de observación, una práctica muy hábil de los oficios y el sentimiento del arte. Lo mismo que los habitantes de la Mesopotamia, y quizá gracias á ellos, los Egipcios disponían de muchos metales, incluso el oro, el más precioso de todos, pero la plata era escasa[2].

[1] Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 128 y siguientes.
[2] Alfred Ditte, *Revue scientifique*, 25 Noviembre 1899.



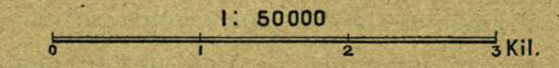
CORREDOR QUE CONDUCE Á LA TUMBA DE RAMSÉS IV

N.° 144. Plano de Nekab (Elkab, Eileithyaspolis).



Según Schweinfurth.

Inscripciones. Tumbas de los Bedja. Canteras.



1. Restos que se remontan á la 4.ª dinastía.
2. Inscripciones de la 5.ª y 6.ª dinastías.
3. Tumbas de la 18.ª dinastía. Aquí se halla referida la toma de una ciudad de los Hyksos, Hauaru (Avaris, Hawara?), por Ahmes.
4. Templo de Thutmos III.

5 y 6. Templos de Amenhotep III.

7. Templo de Ramsés II.

Sobre las alturas de Nekab, Somers Clark ha encontrado restos prehistóricos análogos á los de Kurna, Nagada, Abydos, etc.

Las notas están dadas con relación al nivel de las más altas crecidas, marcada por la línea 0ᵐ.

Los ribereños del Nilo eran grandes consumidores de cobre, que les suministraba la península del Sinai, desde una antigüedad muy remota — á lo menos siete mil años — y las excavaciones nos han revelado que en las mismas épocas los artesanos empleaban todavía los sílex [1]. Después aprendieron á mezclar el cobre y el estaño en

Leyenda del mapa n.° 145.

THINI, capital de la 1.ª y 2.ª dinastías; tumbas en Abydos.
MENFIS, anterior quizá á Thini; capital de la 3.ª y 8.ª dinastías, no desapareció sino hacia el siglo VII de la era cristiana, después de la fundación de Fostât, el antiguo Cairo, ciudad sucesora de una Babilonia griega y romana.
HERACLEÓPOLIS, capital de la 9.ª y 10.ª dinastías.
TEBAS, ciudad muy antigua; capital de la 11.ª á 13.ª y 17.ª á 22.ª dinastías, etc.; saqueada por Kambises, perdió poco á poco su importancia primordial.
XOIS (X. Delta), 14.ª dinastía.
TANIS (T. Delta), 15.ª, 16.ª y 23.ª dinastías.
EL ARMARNA, capital de Amenhotep IV, bajo el nombre de Kuitenaten.
SAIS (Sa Delta), 24.ª, 26.ª y 28.ª dinastías.
MENDES (M. Delta), 29.ª dinastía.
SEBENNITES (Se Delta), 30.ª dinastía.
ALEXANDRÍA, fundada por Alejandro de Macedonia, capital bajo los Ptolomeos y los emperadores romanos.
PTOLEMAIS, capital del Alto Egipto bajo los Ptolomeos.
EL CAIRO, El Kâhireh, fundada en 969 (año 358 de la hegira) por Gowher.

Nakadeh, sobre la orilla izquierda del Nilo, y no Negadiyeh, sobre la orilla derecha, es la *Nagada* citada en el texto.

Algunos kilómetros al norte de *Beni Hassan* (tumbas de la 12.ª dinastía) se halla *Zauiet el Maietin* (tumbas de la 6.ª dinastía).

El *Antinoe* de Hadrien se halla también en el mismo ángulo del valle.

Berenice era una importante ciudad comercial en la época griega.

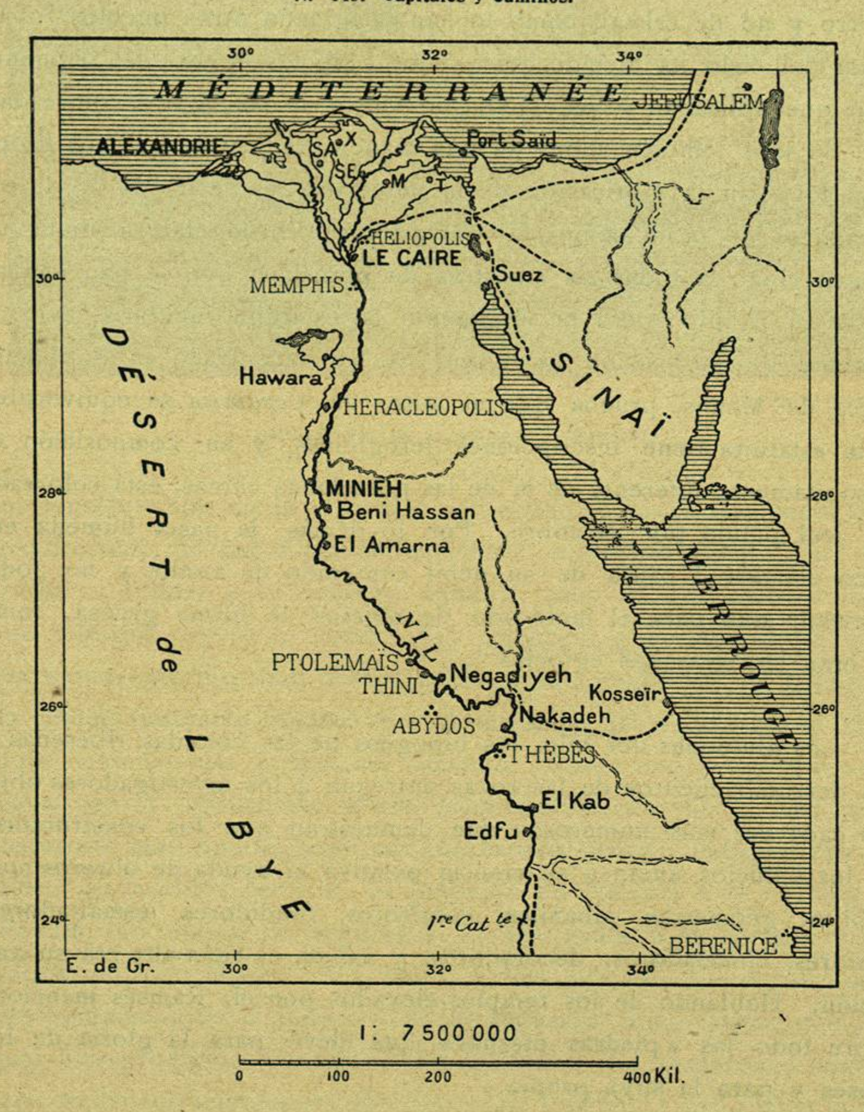
Hawara está identificada por W. Willcocks con Hauaru, *Avaris*, el último refugio de los reyes Hyksos, que los egiptólogos buscan sobre un brazo del Nilo, cerca de Tanis.

proporciones muy diferentes para la fabricación de vasos, espejos y armas, y á cambiar el procedimiento de forja con la idea del empleo de los instrumentos: así es como lograron dar á las hojas de puñal una elasticidad admirable [2]. Muy pronto también, aun antes que se hiciese uso del bronce, la civilización egipcia conoció el hierro. El arqueólogo Hill ha encontrado un trozo de hierro en las obras de albañilería de la pirámide principal de Giseh: un objeto de hierro fué recogido también por Maspero en la tumba del rey Unas, que data ciertamente de más de sesenta siglos. Por último,

[1] Ollivier Beauregard, *En Orient, Études linguistiques et ethnologiques.*
[2] Paul Pierret, *Dictionnaire d'Archéologie égyptienne*, artículo «Bronze».

el «Ritual de los Muertos» menciona varias veces términos interpretados en el sentido de «hierro»; pero por útil que después haya llegado á ser este metal, negábanse entonces á emplearlo para los

N.° 145. Capitales y Caminos.



trabajos nobles. Se le consideraba como una producción impura del suelo: según el mito antiguo, Tifón mató á Osiris con un instrumento de hierro, y la herrumbre de que se cubre el hierro al poco tiempo en el aire húmedo de la llanura nilótica no era otra cosa que la

sangre del dios, que continuaba trasudando á través del metal [1]. La idea de profanación, de reprobación de parte de los dioses, se unía de tal modo al hierro, que los Egipcios ni siquiera tenían nombres para designarle directamente: se servían de una perífrasis, y sin embargo, el firmamento celeste era considerado como una bóveda de hierro y no de cristal, como lo han imaginado otros pueblos [2]. El color del cielo ha dictado quizá á los Egipcios el uso del pigmento azul que aplicaban á los objetos de hierro en las figuras coloreadas.

Se sabe también ahora de una manera indudable que los Egipcios conocían la fabricación de la porcelana, es decir, de productos cerámicos de pasta compacta transparente. Brongniart atribuía un origen chino á todas las muestras de porcelana que se han encontrado en Egipto; pero un fragmento de estatuita funeraria, evidentemente de fabricación local, que se ha encontrado en Sakkarah, cerca de Menfis, prueba que el autor de *Cerámica* se equivocaba. Esta estatuita tiene inscripciones jeroglíficas, y su composición es absolutamente diferente de la de las porcelanas chinas; está coloreada en azul pálido por el cobre. Por lo demás, la pasta húmeda era poco plástica á causa de su débil contenido de arcilla y no podía convenir sino para el moldeado de objetos de forma gruesa, como lo eran las estatuitas egipcias [3].

Los aluviones del Nilo, los hipogeos de las colonias ribereñas y los derrumbamientos de las rocas entregan á los investigadores objetos cada vez más numerosos que demuestran que los constructores de los edificios unían á su ciencia positiva la ayuda de obreros muy hábiles, geómetras, albañiles, escultores, fundidores, esmaltadores, pintores, cinceladores, decoradores, y sabida es cuán alta era su ambición. Hablando de los templos elevados por él, Ramsés menciona sobre todo las «piedras eternas» que elevó para la gloria de los dioses y para la suya propia.

Como dice Charles Blanc [4], un pueblo tan preocupado de la vida futura, como lo era el de Egipto, y que momificaba sus cadáveres

[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*.
[2] Devéria, *Mélanges d'Archéologie égyptienne et assyrienne*, p. 9.
[3] De Morgan; H. Le Châtelier, *Revue scientifique*, 1899, t. II, p. 311.
[4] *Grammaire des Arts du Dessin*.



Cl. David Gardiner.

LABOREO EN LA LLANURA DE MEMNONIA

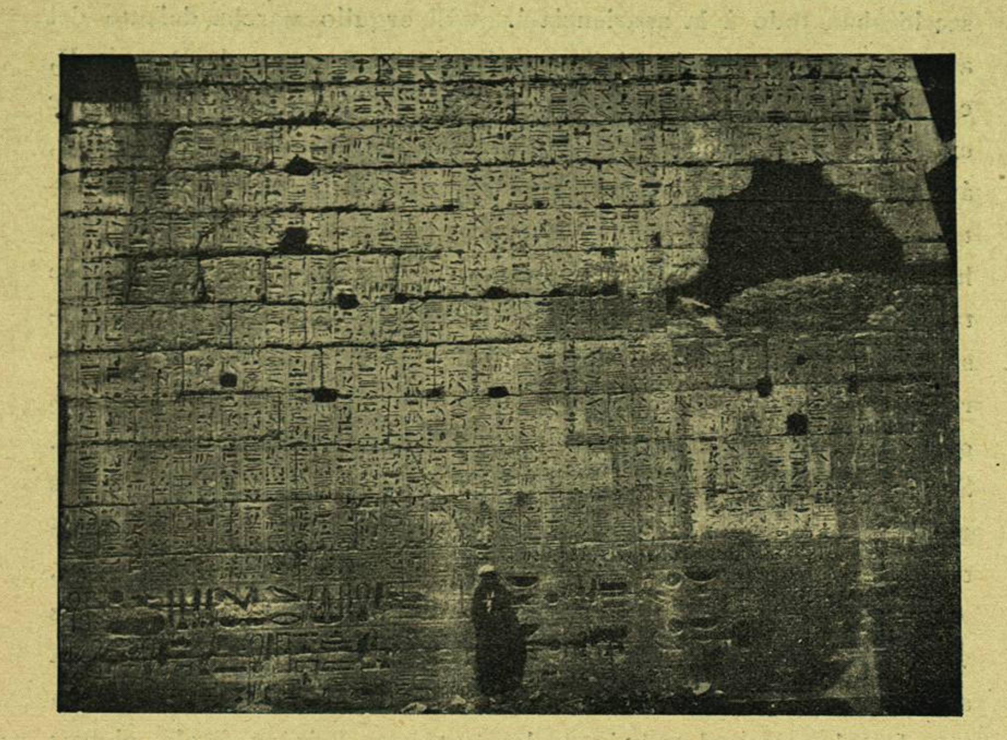
en consideración de la eternidad, ante todo debía preocuparse en su arquitectura, de dar á sus monumentos amplísimo asiento para asegurar su solidez y su duración infinita: todo en esas construcciones era robusto, espeso y corto. Sin embargo, gran número de construcciones enormes han desaparecido, comenzando por el Laberinto, la ciudad funeraria fundada por Amenemhat III y que según Herodoto contenía más de tres mil cámaras. Puede uno preguntarse también, con W. Willcocks, si esa vasta construcción de la cual no se reconoce más que el sitio en que estuvo situada, indicada por una aldea de ladrillos cerca de la pirámide de Hawara á la entrada del Fayum, no servía de regulador de las aguas á la entrada y á la salida del lago Moeris. En nuestros días hállanse diseminadas sobre los escombros de la piedra y de la argamasa unas casitas que ocupan una prodigiosa extensión del subsuelo. Se comprueba también que todos los templos de Karnak y de Luksor, á los cuales pueden añadirse muchos otros templos tebanos de la orilla izquierda, existirían en el espacio que cubría antes el Laberinto. Plinio refiere que, durante siglos, este edificio admirable sirvió de cantera para todo el distrito circundante: un pueblo de excavadores había fun-

dado, pues, una verdadera ciudad al lado de las excavaciones [1].

La demolición por la mano del hombre, trabajo directamente regresivo, aunque con frecuencia indispensable, es la causa principal de la desaparición de tantas «piedras eternas» de que hablan los Antiguos. De este modo los templos de Elefantina fueron demolidos en 1822 como materiales de construcción, el arco de triunfo de Antinoe suministró la piedra de cal necesaria para una azucarería, el templo de Mut fué explotado de la misma manera. Así también los buscadores de tesoros cavan bajo los pavimentos y los muros; los albañiles amontonan los fragmentos de la piedra para mezclarla con el humus y hacer de ello abonos; por último, los que hacen cal queman los escombros calcáreos. Pero de todos los iconoclastas, los más feroces fueron los sacerdotes cristianos, quienes desplegaron una rabia indescriptible en romper todo, en destruir todo, en incendiar todo [2]. La arenisca, el granito y el pórfido son los materiales que han sido más respetados. Muchos templos han sido, sin embargo, protegidos por las arenas que el viento del desierto acumuló sobre ellos, y hay aldeas modernas, humildes herederas de las ciudades antiguas, que se elevan sobre el sitio nivelado por la duna movediza; así es como nos ha sido conservado casi en la perfección de su novedad, el maravilloso templo de Medinet Habu, cuyas inscripciones y relieves, que representan escenas religiosas, históricas y de otros géneros, constituyen una verdadera enciclopedia del antiguo Egipto.

Por grande que haya sido la obra de destrucción, no dejan por eso de quedar admirables edificios que los artistas respetuosos visitan en peregrinación. Tebas «la de las cien pilastras» y no la de las cien puertas, porque la ciudad no estaba cerrada, es una de esas ciudades santas con sus nobles paseos de esfinges, su maravillosa sala «hipostilo» cuyas ciento treinta y cuatro columnas esculpidas se elevan á 23 metros de altura, sus colosos que en otro tiempo cantaban al sol de la mañana, sus pórticos triunfales, sus tumbas misteriosas cavadas en la «Montaña del Occidente». Remontando el río detiénense también de etapa en etapa para ver las obras admi-

[1] Flinders Petrie. *Ten Years Digging in Égypt*, ps. 91 y 92.
[2] A. Gayet, *Coins d'Égypte ignorés*, y *Tour du Monde*.



MEDINET HABU, BAJO-RELIEVE DEL GRAN TEMPLO

rables de los antepasados: la mayor parte de los viajeros piadosos hasta pasan la primera catarata para contemplar los colosos augustos del dios rey Amón y de Ramsés, talladas en la roca de arenisca roja en la pendiente de la montaña de Ibsambul. No menos curiosas que los templos y las estatuas son las canteras de granito, de pórfido y de otras rocas donde se ven todavía los colosos y los obeliscos que yacen en tierra esperando el acarreo, ó hasta medio hundidos en la masa de la piedra como si, algunos minutos antes, una brusca llamada hubiera alejado los obreros.

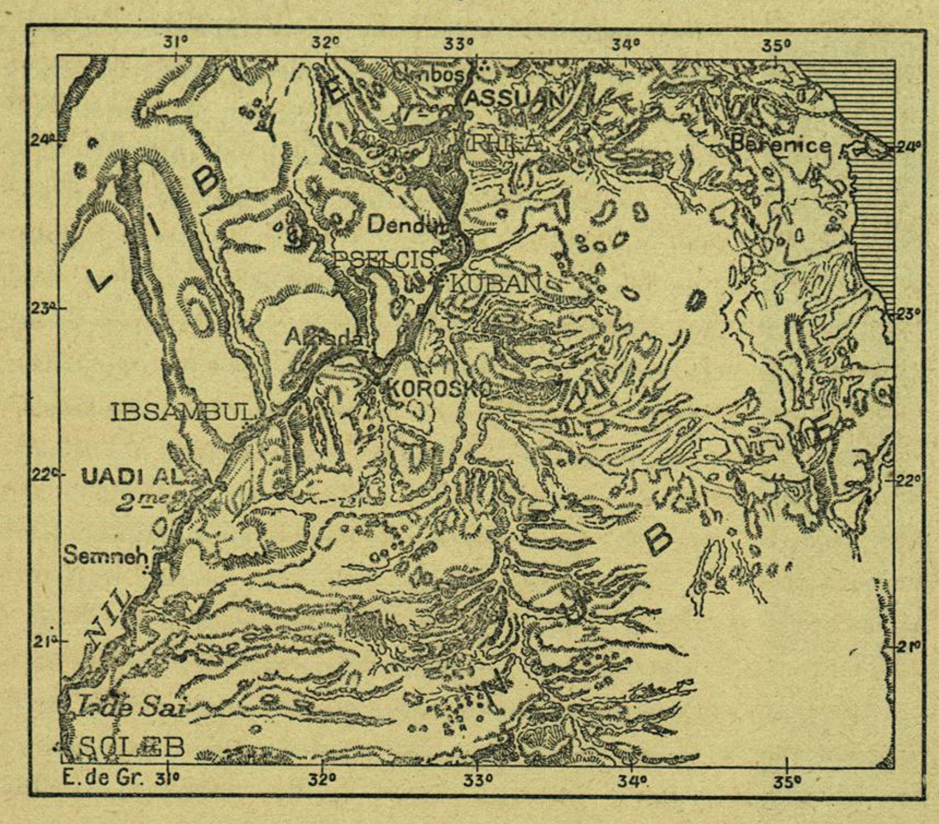
La decadencia de la arquitectura egipcia data de los grandes siglos monárquicos de gloria y de conquista. A los templos primitivos en que las piedras son labradas con tanto esmero y unidas de una manera tan perfecta, suceden edificios que, por la medianía de la ejecución, apenan y escandalizan á los artistas modernos: se cree que los soberanos de entonces tenían prisa por ver salir de tierra los monumentos elevados á su fama, y que los constructores serviles

sacrificaban todo á la apariencia [1]. «El orgullo marcha delante del aniquilamiento» dice la Biblia, y el reinado fastuoso de Ramsés II, conocido bajo el nombre helenizado de Sesostris, fué la señal por excelencia del retroceso en la ciencia y en las artes. Batallador, ávido de altos hechos, llevó la guerra al Asia para alejar las fronteras de su reino, y aunque no tuvo gran éxito en sus empresas, hizo cantar de tal modo sus alabanzas, ordenar la construcción de tantas pilastras conmemorativas, la erección de tantas estatuas colosales, la renovación en su provecho de tantos monumentos anteriores, que acabó por «engañar á la historia» [2] y que los escritores griegos le describieran, en efecto, como el más grande de los reyes. Según sus propios escritos, quedó en medio de la multitud de los guerreros Héteos, abandonado de sus propios soldados, y, encontrándose rodeado por 2500 carros, por «millones de enemigos», él, «solo», triunfó, sin embargo, por la fuerza de su brazo. Pero sus verdaderas hazañas consistieron sobre todo en hacer capturar cada año entre los pueblos negros de la Etiopía miles de esclavos y en encadenarlos para el trabajo de las canteras. Bajo su férula, el país empobreció, el hambre asoló los campos, y por último, el arte desapareció con la libertad civil: después de Sesostris, las esculturas no fueron ya sino obras bárbaras. Se cesó por completo de estudiar los rasgos de los modelos y, dejando á un lado la naturaleza, se limitó á la representación hierática de los individuos. Según F. Regnault [3], los artistas antiguos llevaron el escrúpulo hasta copiar los defectos físicos de los personajes, comprendiendo el raquitismo y las deformaciones del cráneo. Pero Sesostris tenía demasiada vanidad para no hacerse modelar como «el más bello de los hombres», y los que contemplan sus rasgos soberbios esculpidos en la arenisca roja ó en el granito, llegan á repetir que fué, en efecto, «el más bello» [4]. Por una singular ironía de la suerte, la momia de este fanfarrón ha sido conservada hasta nuestros días, y los visitantes que circulan por el museo de Giseh, pueden estudiar cómodamente la fisonomía de Sesostris desembarazada de su capa de brea, con su

[1] Ernest Renan, *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 40.
[2] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*.
[3] *Bull. de la Soc. d'Anthrop. de Paris*. Sesión del 20 Diciembre 1894.
[4] Amelia Edwards, *Two Thousand Miles up the Nile*.

aspecto poco inteligente, ligeramente marcada de bestialidad, pero orgullosa, testaruda y de majestad soberana [1].

N.° 146. Desde el templo de Ombos al de Soleb.



1: 5 000 000

0 100 200 400 Kil.

La mayor parte de las construcciones antiguas de esta región del Nilo, datan de la dinastía 18.ª En Ombos (Nubit, Kum, Umbu, sobre el mapa n.° 135) se ven los nombres de Amenhotep I y de Thutmos III; á Semneh, de Usertesen III (12.ª dinastía) y de Thutmos III; en Amada, Thutmos III hizo construir el templo de Ra; en Soleb, Thutmos III y Amenhotep III son glorificados.

En Ibsambul se halla el templo subterráneo de Ramsés II, cuyas estatuas colosales adornan la entrada; en Philæ, Nectanebo (30.ª dinastía) es el más antiguo soberano cuyo nombre se encuentra, perteneciendo los templos sobre todo á la época de los Ptolomeos.

Los templos, los colosos, las pilastras, obeliscos y las esfinges son con las pirámides los únicos monumentos que nos ha dejado

[1] H. Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 172.

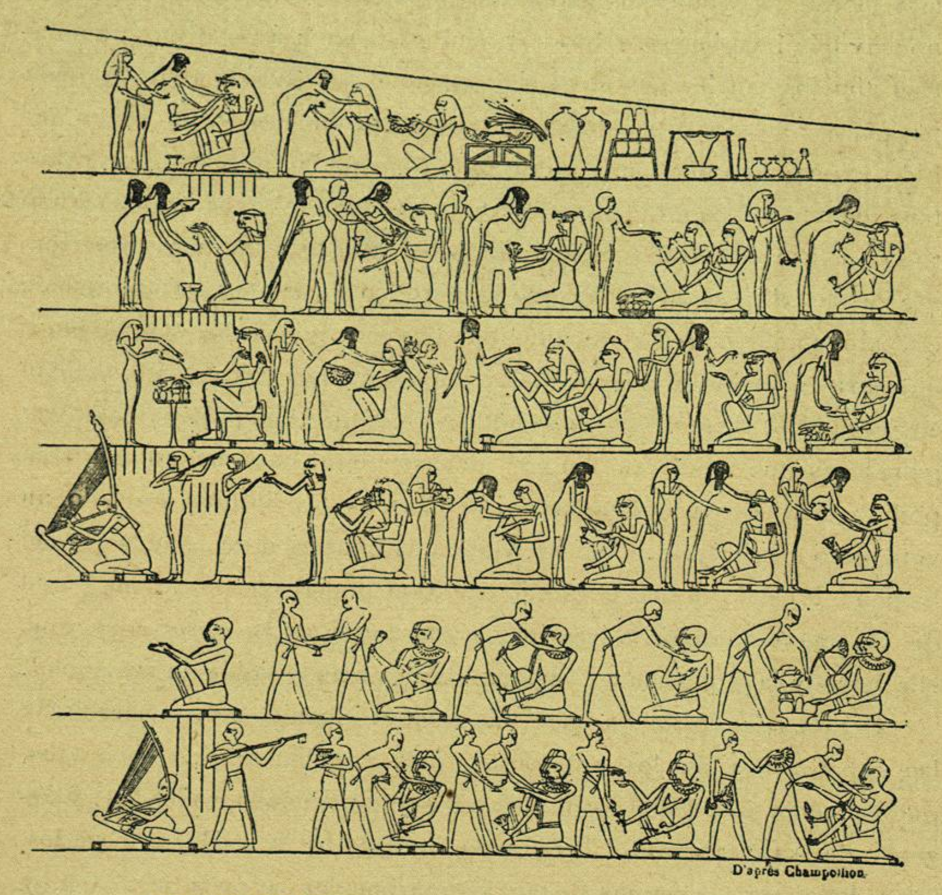
el antiguo Egipto; no nos ha quedado ninguna construcción civil; diríase que no existió nada en ese mundo antiguo fuera de los reyes y de los sacerdotes. Ciertamente los hombres pulularon en el fértil valle, pero fueron considerados como una multitud hecha para la servidumbre. Hasta las condiciones mismas del medio geográfico han querido que las ciudades no hayan dejado huella de su existencia como organismo colectivo. Situadas en un valle lineal, que se desarrolla como un hilo sinuoso del Sud al Norte, las ciudades de Egipto no tenían que temer el ataque de sus vecinos; los escasos Beduinos de los vallecitos laterales, abiertos á derecha y á izquierda del Nilo en las montañas próximas, no hubieran osado atacar las poblaciones tan densas de la llanura. Las ciudades no habían tenido necesidad de adquirir una individualidad precisa, limitada por una cintura de murallas. Las aglomeraciones urbanas de Egipto diferían respecto á este punto de las ciudades de la Caldea, que tuvieron que fortificarse poderosamente, como refiere Herodoto, á causa de su posición muy expuesta en un amplísimo territorio abierto por varios lados [1]: diversos reinos hostiles podían nacer allí sin entrechocarse, cambiar sus fronteras, y las invasiones de los montañeses, escalonados al Este sobre las gradas de las mesetas, constituían para los ciudades de abajo una amenaza incesante.

UTENSILIOS DE ESCRIBA

Si han desaparecido las moradas frágiles de las innumerables multitudes que poblaban Egipto, al menos la escuela queda, porque puede considerarse todo el valle del Nilo como una inmensa cátedra, de tal modo está cubierta de inscripciones que contienen las enseñanzas dadas al pueblo por los sacerdotes y los reyes y

[1] *National Society of Geography*, 1897, p. 173. Washington.

sobre todo por la ralea de los aduladores y de los escribas. La manía de la escritura administrativa se había apoderado de todas las jerarquías de funcionarios; los grabadores de inscripciones trabajaban en todas partes; todos los monumentos de Egipto, todas las estatuas, comprendiendo el cuerpo y hasta el rostro, los muebles y los amuletos



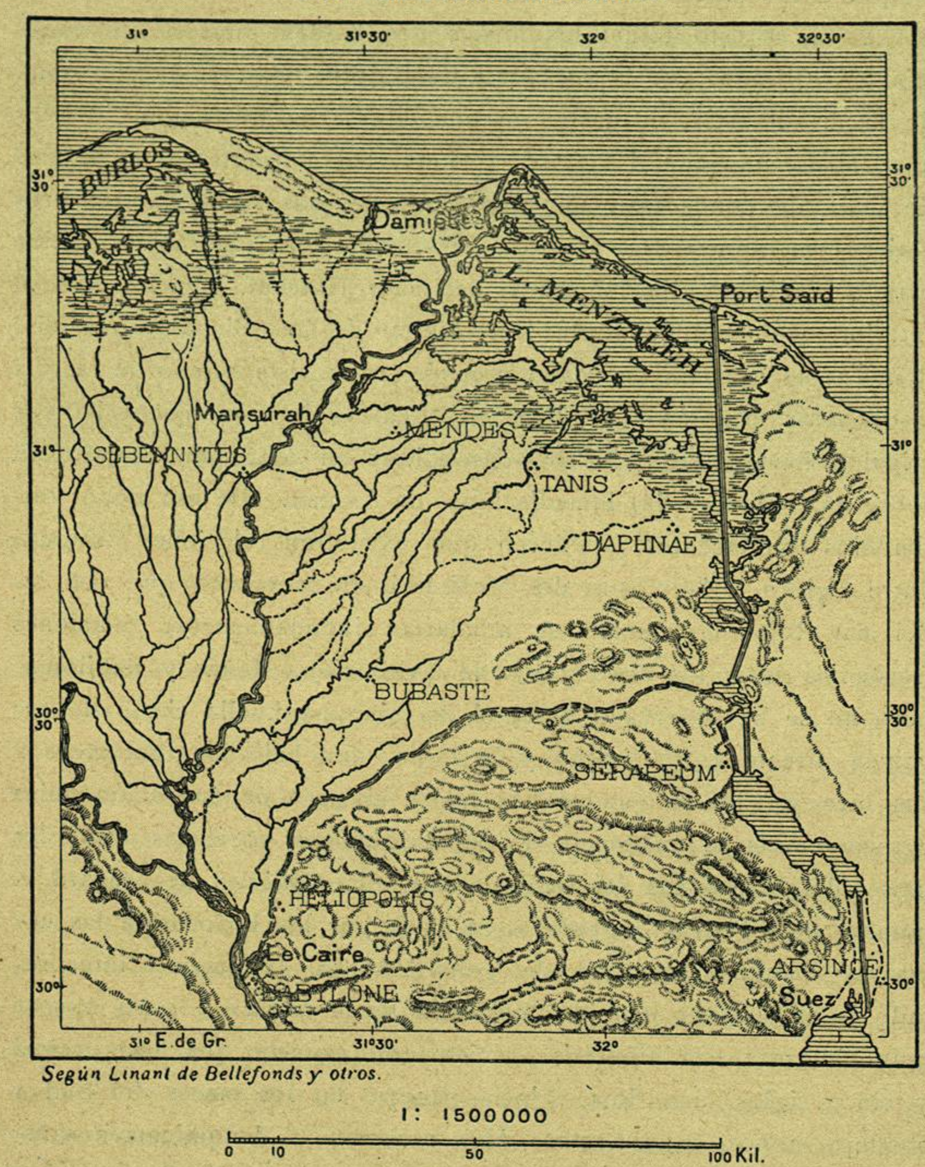
DETALLES DEL TOCADO DE UNA DAMA EGIPCIA HACE 3000 AÑOS, PINTURA MURAL DE TEBAS

están cubiertos de espesas inscripciones con que pretendían eternizarse los personajes cuyos nombres mencionaban, y que nos imponen en los detalles más insignificantes, como en interminables y repetidas fórmulas. La piedra estaba en aquella época tan cargada de insignificancias, como lo estuvieron después los pergaminos y los papeles. Felizmente los investigadores no se han desanimado por la nulidad de la mayor parte de las inscripciones, por la escasa importancia de casi todos los

sucesión de los siglos á la continuación tradicional de los mismos trabajos agrícolas, marcha no obstante, y, bajo la presión de los pueblos circundantes, el mismo Egipto no cesó de evolucionar, unas veces en un movimiento de progreso, otras regresivamente. Siempre á consecuencia de la fascinación que ejerce sobre la posteridad lo dicho por los autores griegos, pasaba aún ayer por axioma histórico que Egipto no se había abierto al comercio internacional antes de la época del primer Psamitik, es decir, hace veinticinco á veintiséis siglos; pero abundan los testimonios históricos para probarnos que, mucho antes y en diversas ocasiones las alternativas de los acontecimientos y el poder de los intereses en juego habían puesto á Egipto en relaciones regulares con sus vecinos, y desde luego los orígenes mismos de la nación, no pueden concebirse de otro modo que por la llegada de extranjeros del Norte y del Mediodía estableciéndose en el valle del Nilo, entonces pantanoso y forestal, para conquistar gradualmente el suelo y ponerle en estado de defensa contra las crecidas del río, á la vez deseadas y temidas.

Las tumbas de los primeros reyes contienen en gran número objetos que, no siendo de procedencia egipcia, fueron necesariamente introducidos por la vía del comercio; la duda no es ya posible á este respecto: los Egipcios tuvieron indudablemente, desde las primeras edades, relaciones directas ó indirectas con las poblaciones de Etiopía, de Libia y de la Arabia próxima. Ciertamente hubiera sido muy extraño que un pueblo establecido sobre la orilla de un río que hacía del transporte incesante de los productos una condición esencial de la vida nacional, pudiera detener bruscamente su tráfico en todas sus fronteras, y hechos numerosos, comprobados por los arqueólogos, han demostrado, en efecto, que el movimiento del comercio, propagándose á lo lejos no podía ser reprimido. Así, las «maderas faraónicas», es decir, las tablas de los ataúdes halladas en las excavaciones de las necrópolis reales pertenecen, á lo menos en parte, á unos árboles en los cuales el examen microscópico ha permitido reconocer con certidumbre al tejo común (*Taxus baccata*). Ahora bien, esta especie no existe en Egipto, y hasta no puede existir allí «en razón de sus exigencias biológicas»; era preciso, pues, que esa ma-

N.° 147. Comunicaciones intermarítimas.



El canal del Nilo al mar Rojo por el lago Timsah y los lagos Amargos está indicado por un triple rasgo discontinuo; el canal marítimo reciente por un triple rasgo continuo.

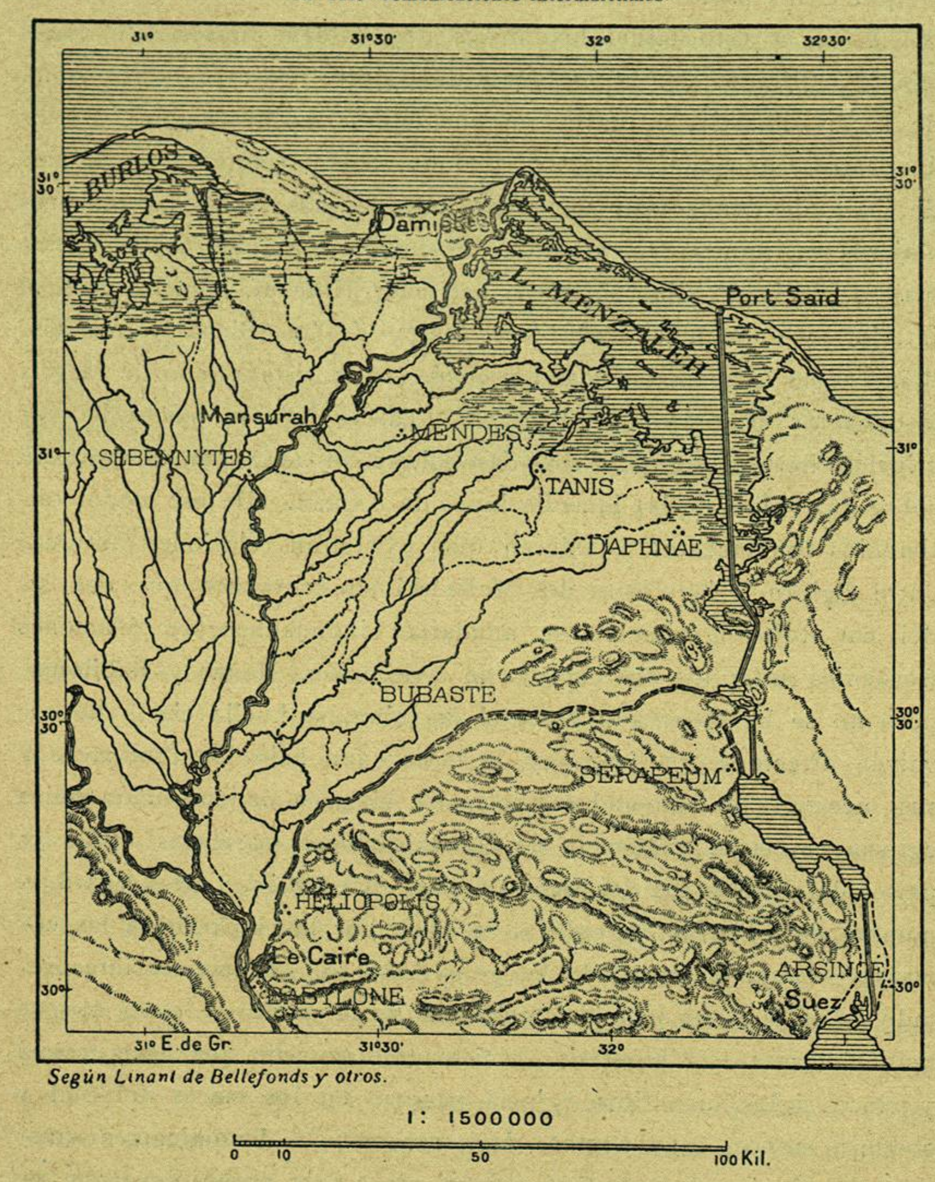
No se sabe á qué lejana época debe remontarse la existencia del primer canal; entre otros soberanos, Seti I, Ramsés II, Niko II, Darío, Ptolomeo Filadelfo, Trajano y Amun, unieron su nombre á esta obra.

dera fuese importada de un país extranjero que, según los datos de la geografía botánica, no podía ser sino la Cilicia. He ahí, pues, una prueba positiva de que existía cierto comercio marítimo entre

sucesión de los siglos á la continuación tradicional de los mismos trabajos agrícolas, marcha no obstante, y, bajo la presión de los pueblos circundantes, el mismo Egipto no cesó de evolucionar, unas veces en un movimiento de progreso, otras regresivamente. Siempre á consecuencia de la fascinación que ejerce sobre la posteridad lo dicho por los autores griegos, pasaba aún ayer por axioma histórico que Egipto no se había abierto al comercio internacional antes de la época del primer Psamitik, es decir, hace veinticinco á veintiséis siglos; pero abundan los testimonios históricos para probarnos que, mucho antes y en diversas ocasiones las alternativas de los acontecimientos y el poder de los intereses en juego habían puesto á Egipto en relaciones regulares con sus vecinos, y desde luego los orígenes mismos de la nación, no pueden concebirse de otro modo que por la llegada de extranjeros del Norte y del Mediodía estableciéndose en el valle del Nilo, entonces pantanoso y forestal, para conquistar gradualmente el suelo y ponerle en estado de defensa contra las crecidas del río, á la vez deseadas y temidas.

Las tumbas de los primeros reyes contienen en gran número objetos que, no siendo de procedencia egipcia, fueron necesariamente introducidos por la vía del comercio; la duda no es ya posible á este respecto: los Egipcios tuvieron indudablemente, desde las primeras edades, relaciones directas ó indirectas con las poblaciones de Etiopía, de Libia y de la Arabia próxima. Ciertamente hubiera sido muy extraño que un pueblo establecido sobre la orilla de un río que hacía del transporte incesante de los productos una condición esencial de la vida nacional, pudiera detener bruscamente su tráfico en todas sus fronteras, y hechos numerosos, comprobados por los arqueólogos, han demostrado, en efecto, que el movimiento del comercio, propagándose á lo lejos no podía ser reprimido. Así, las «maderas faraónicas», es decir, las tablas de los ataúdes halladas en las excavaciones de las necrópolis reales pertenecen, á lo menos en parte, á unos árboles en los cuales el examen microscópico ha permitido reconocer con certidumbre al tejo común *(Taxus baccata)*. Ahora bien, esta especie no existe en Egipto, y hasta no puede existir allí «en razón de sus exigencias biológicas»; era preciso, pues, que esa ma-

N.° 147. Comunicaciones intermarítimas.



Según Linant de Bellefonds y otros.

El canal del Nilo al mar Rojo por el lago Timsah y los lagos Amargos está indicado por un triple rasgo discontinuo; el canal marítimo reciente por un triple rasgo continuo.

No se sabe á qué lejana época debe remontarse la existencia del primer canal; entre otros soberanos, Seti I, Ramsés II, Niko II, Darío, Ptolomeo Filadelfo, Trajano y Amun, unieron su nombre á esta obra.

dera fuese importada de un país extranjero que, según los datos de la geografía botánica, no podía ser sino la Cilicia. He ahí, pues, una prueba positiva de que existía cierto comercio marítimo entre

Egipto y los países de ultramar en las primeras edades históricas [1].

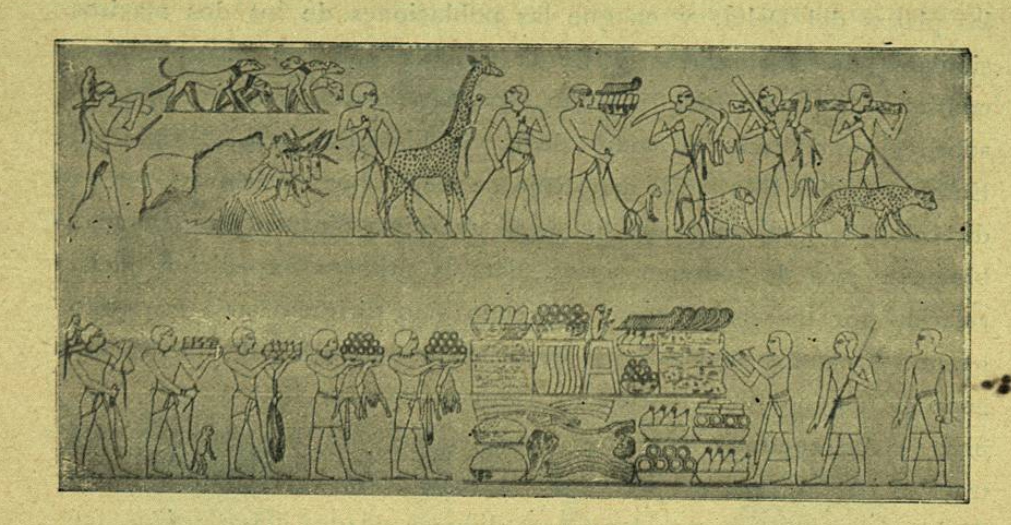
Y no es esto todo: los anales nos hablan también de viajes lejanos realizados por exploradores de Egipto. Bajo el Faraón Assa, de la 5.ª dinastía, es decir, en una época sesenta siglos anterior á nosotros, un general famoso, Urdudu, había penetrado en el país de Punt, de donde trajo un enano, uno de esos Akka que nuestros viajeros modernos han vuelto á descubrir con admiración. Otro viajero, enviado á las comarcas del Sud, Khirkuf, penetró más al interior que Urdudu, hasta la «Tierra de los Bienaventurados», donde tomó también un enano ó *donka*, cuya vista «llenó de alegría y de amor el corazón de Faraón». Tal es lo que refiere la inscripción llamada de Khirkuf, descubierta en 1892 por Schiaparelli sobre una colina de las inmediaciones de Assuan. De ese modo, testimonios convincentes establecen que existieron relaciones antiguas entre Egipto y las costas del Mediterráneo, lo mismo que con las del mar Rojo; igualmente se anudarían indudablemente relaciones frecuentes entre los dos centros de civilización, Menfis y Babilonia; pero no se ha observado hasta el día ninguna huella cierta de ese vaivén directo entre Egipto y la India; aun bajo los Ptolomeos y sus sucesores los emperadores romanos, ninguna denominación étnica egipcia revela la existencia de comunicaciones marítimas entre los países del Nilo y los del Indo. Quizá, dice Ollivier Beauregard, el nombre de «Tierras Sagradas», aplicado por los Egipcios á las comarcas situadas al otro lado del golfo Arábigo, «podría ser interpretado como si diera una idea nebulosa de la India» [2], pero ningún texto favorece esta hipótesis. Únicamente se sabe que hace treinta y cinco siglos, una flota egipcia penetró en los mares del Sud y condujo monos, cuyo nombre *kafu* recuerda la denominación sanscrita de *Kapi*, — hebreo Gôf, griego πιθηκος — y parece llevarnos así hacia los países de la India [3].

Cuando el poder á la vez real y divino de los Faraones quedó muy sólidamente establecido, y la masa de la población se conformó

[1] Beauvisage, *Recueil des Travaux relatifs à la Philologie et à l'Archéologie égyptiennes et assyriennes*, tomo XVIII.

[2] *En Orient, Études sociologiques et linguistiques.*

[3] Dümichen, *Die Flotte einer ægyptischen Königin*... — Hermann Brunnhofer, *Vom Aral bis zur Ganga*, t. IX.



DESFILE DE LOS EMBAJADORES CONDUCIENDO ANIMALES DESCONOCIDOS EN EGIPTO Y PRESENTANDO LOS TRIBUTOS, LINGOTES Y SACOS DE POLVO DE ORO, PLUMAS DE AVESTRUZ, ETC.

absolutamente con la voluntad del amo, éste, siguiendo el procedimiento de todas las autoridades celosas y suspicaces, no dejó de intentar que se hiciera el vacío alrededor de sus pueblos, para sustraerles á las influencias del exterior, privarles de toda alianza posible con el extranjero y destruir en germen todo asomo de rebeldía. La naturaleza geográfica del país se prestaba fácilmente á esta política. Egipto, concentrado en sí mismo por la forma y el relieve de su territorio rodeado por todas partes de soledades arenosas ó pantanosas, había de tender á concentrarse en su existencia continental y á separarse espontáneamente del mar. Los reyes sacerdotes gozaban así de la complicidad del medio para tener sus súbditos al abrigo de los peligros innovadores, portadores de ideas é iniciadores de revoluciones. Bajo esta doble influencia, quizá espontánea por parte de la nación, muy consciente por parte de los dominadores, el mar había acabado por considerarse como un ser maldito, execrado, dedicado á los dioses terribles, y los naufragios se tenían por justos castigos de lo alto.

Se había olvidado la parte que tuvo el mar en los orígenes de la nación y de la cultura egipcias, en las edades en que unos Mediterráneos vinieron del Oeste y del Norte para desembarcar sobre

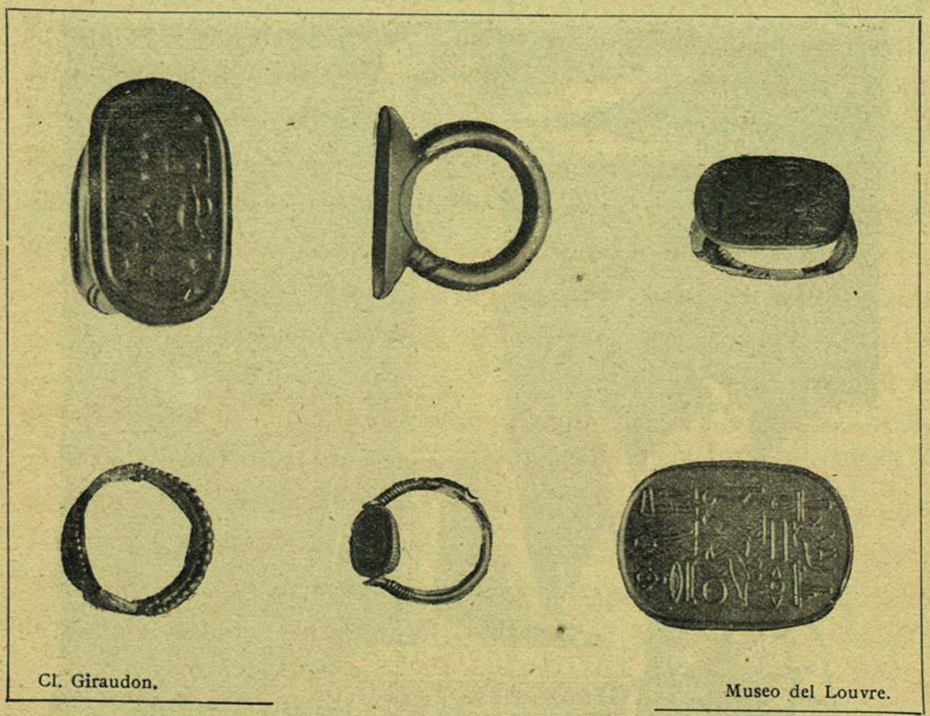
las playas del Deltá, y en que las poblaciones de los dos macizos similares de la Hymiaria y de la Etiopía entraron en relaciones continuas á través del estrecho, echando una especie de puente sobre el mar, hacia el medio de la vía histórica entre el valle del Eufrates y del Nilo. El mar Rojo se alejó, por decirlo así, en la dirección del Oriente, y del fin de la undécima dinastía, hace indudablemente más de cuarenta siglos, data la primera expedición oficial referida por los anales como habiendo sido dirigida hacia ese golfo lejano. Cuando, bajo el reino de un Faraón Sanch-Kak, fué encargado el funcionario y cortesano Hannon de atravesar el mar Arábigo y de conducir soldados hacia el país de los Aromas para traer al rey las gomas preciosas, la expedición, á que tantas otras de la misma naturaleza habían precedido en edades desconocidas, fué considerada como un acontecimiento casi prodigioso. Hannon hizo grabar sobre rocas la relación de su hazaña en estos términos: «Jamás se había hecho nada semejante desde que hay reyes... desde los tiempos del sol»[1].

Sin embargo, en las largas épocas de opresión en que las leyes y, á consecuencia de la rutina, las mismas costumbres se concertaban para prohibir á los Egipcios la navegación marítima, otros la practicaban en su lugar. Habiendo aceptado ávidamente las ciudades de Fenicia el provechoso dominio de los Faraones, las bocas del Nilo estaban abiertas á sus marinos, y, gracias á éstos, el movimiento de los cambios con el exterior se hacía con toda libertad. Considerándose dichosos con su vasallaje, los Fenicios poseían el monopolio del tráfico entre el Oriente y Egipto, y, por otra parte, podían en países lejanos manifestarse como protegidos por el prestigio de una poderosa monarquía; navegaban, por propia conveniencia, por egoísmo, como se diría hoy, «bajo pabellón egipcio»[2], y bajo el patrocinio de un soberano de Egipto, Niko, se verificó hace veinticinco siglos la circunnavegación de Africa, la gran hazaña geográfica de la Antigüedad.

Pero en aquella época Egipto había dejado de ser lo que era;

[1] Chabas, *Voyage d'un Égyptien.*
[2] Georges Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, tomo III, páginas 28 y 29.

pertenecía ya al mundo ecuménico del Mediterráneo donde la luz de Grecia comenzaba á brillar como un faro. Bajo la presión de la civilización exterior, el valle del Nilo se vió obligado á abrirse, como lo han hecho en nuestros días la China y el Japón, como no dejará de hacerlo la meseta del Tibet, y en vez de acoger sencillamente como huéspedes los extranjeros, llegó á verse forzado á recurrir á



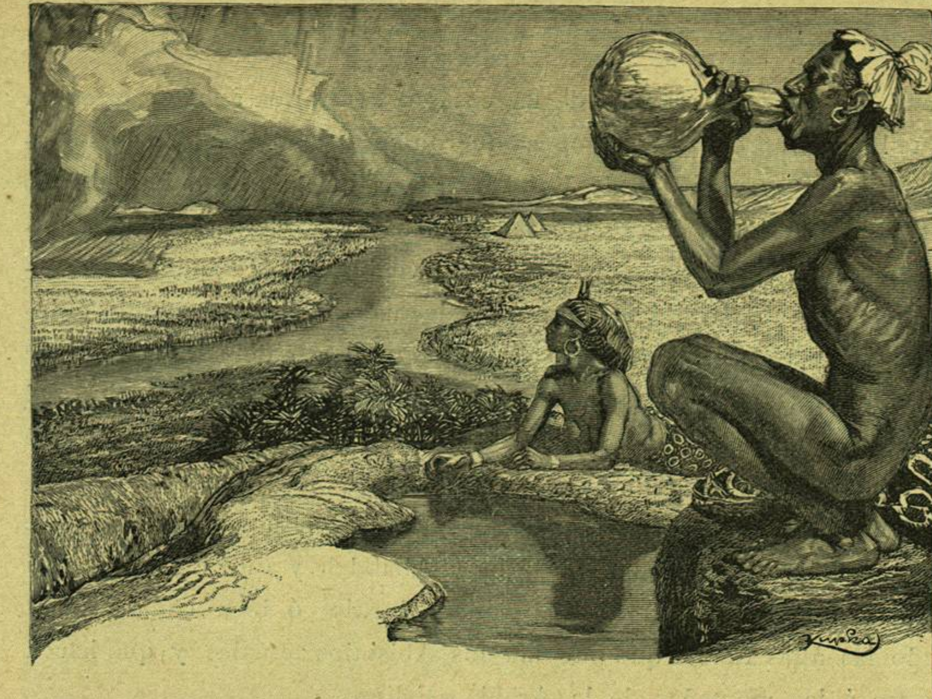
Cl. Giraudon. Museo del Louvre.

JOYAS EGIPCIAS, ÉPOCA SAITA

ellos, pidiéndoles consejo y dirección. Una ciudad completamente griega, Naucratis, poblada sobre todo de Focenses y otros Helenos de la costa occidental de Asia, se había edificado sobre la boca canópica del Nilo; Taphanhes ó Daphne, también griega, había ocupado la frontera asiática, hacia el desierto, y en muchos cercados sagrados, fuera de esas dos colonias, se habían erigido los templos de los mercaderes. En Naucratis se erigió un Panhellenion con un altar común para todos los Griegos establecidos en Egipto. Es indudable que algunos reyes, tales como Amasis, reaccionaron contra

ese movimiento de hospitalidad y de libre cambio, intentando con todas sus fuerzas restablecer la antigua política de puerta cerrada y de monopolio; pero ya era demasiado tarde: el aislamiento estaba roto, y pronto se vió surgir la figura de Alejandro que anexionó Egipto al mundo de Grecia.





LIBIA - ETIOPÍA

La reacción de la voluntad humana sobre el medio africano resultó insuficiente para producir el desarrollo de una civilización común.

CAPÍTULO VII

País de Meroé. — Etiopía é Hymiaria. — Influencia sábea y judía. — Continente africano. — Territorio de Sofala. Minas y templos. — País del Niger. — Cirenaica.

Bajo la impresión completamente física producida sobre los sentidos por el movimiento de las aguas, el historiador se sentiría naturalmente inclinado á creer que la civilización egipcia se desarrolló en los tiempos prehistóricos en sentido de la corriente, de arriba abajo, y esta idea prevaleció mucho tiempo sin que los resultados de ninguna excavación ó ningún documento transmitido por los analistas antiguos viniesen á confirmarla. Los Griegos en primer término, después los autores que recibieron sus enseñanzas,

fundados sobre la realidad de las cosas ó contrarios á ella, afirmaron que los «irreprochables Etiopes» fueron ciertamente los primeros educadores de los pueblos de Egipto. Es posible que esta idea de los escritores antiguos haya sido parcialmente verdadera, pero también puede haber sido falsa. Si unas gentes venidas del Mediodía contribuyeron en gran parte á la cultura intelectual y moral del mundo egipcio, no descendieron esos heraldos del progreso del alto río, ni de las regiones pantanosas, ni de las arenas ribereñas del Nilo, sino del Sudeste. Los Hymiaritas y los «Etiopes» propiamente dichos, que traían aromas y otras mercancías preciosas de las costas del Océano Índico, al dejar las riberas del Sud, caminaron por los países que ocupan hoy los nómadas Bichârin y Ababdeh y que limitan de un lado el mar Rojo, del otro el valle del Nilo, ó bien habían habitado las altas tierras que pueblan los Abisinios actuales y que hacen frente á las montañas de la Arabia «Feliz».

Durante los tiempos históricos, esas primeras vías de los civilizadores venidos del Sud, ya no eran seguidas, y hasta se produjo cierto movimiento en una dirección opuesta, ya que las inscripciones de los monumentos egipcios nos hablan de las expediciones comerciales y de descubrimiento, que eran emprendidas por generales y mercaderes en la dirección de esas lejanas tierras. Asimismo, en el valle del Nilo, la marcha de la cultura se operaba en sentido inverso de la corriente fluvial: remontaba de abajo arriba. De la garganta de las desembocaduras donde los caminos laterales y convergentes venían á unirse al gran camino del valle y donde se elevó Menfis, la «Morada de Phtah», el centro de la cultura egipcia se dirigió gradualmente hacia Tebas y hacia las cataratas.

La dominación de los Faraones de Egipto solía detenerse á corta distancia al otro lado de las cataratas llamadas «primeras» á causa de su proximidad al bajo valle, pero sucedió que unos reyes poderosos hicieron penetrar sus soldados al lado opuesto de los desiertos hasta la «península» á las tierras fértiles entre el Nilo y el Atbâra. Las primeras huellas de conquista egipcia en ese territorio de Meroé datan de unos cinco mil años, puesto que entre los restos esparcidos en medio de las ruinas, se han encontrado trozos de piedra que llevan la marca del rey Usertesen I, de la duodécima



ESTATUAS COLOSALES DE SESOSTRIS EN IBSAMBUL

Estas estatuas de Ramsés II decoran la fachada del templo subterráneo, cuya entrada se ve en medio y abajo del grabado. La entalladura en la roca mide 38 metros de largo por 28 de alto.

dinastía. Mil cuatrocientos años después, Amenophis III (Amenhotep), el «Sol Señor de Justicia», igualmente recordado por unas inscripciones á la memoria de los hombres, penetró también como conquistador en la península de Meroé, y la dominación directa de los Egipcios sobre esta parte de la Etiopía, parece haber durado cuatrocientos años [1].

Por otra parte, los soberanos del alto Nilo han dominado por dos veces Egipto; los sacerdotes de Amon se habían establecido en Napata, que entonces servía de capital á la baja Etiopía; esta ciudad felizmente situada, se encontraba en el «Jardín de la Nubia», entre la tercera y la cuarta catarata, cerca del sitio en que el gran camino de las caravanas que vienen de Meroé y del alto país se une al Nilo, evitando así un vasto circuito por Abu Hamed. De

[1] Abeken; Mariette; Ollivier Beauregard, *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, sesión del 7 de Abril de 1892.

ahí, esos astutos dominadores preparaban la servidumbre política de Egipto. Los reyes de la 22.ª y de la 25.ª dinastía fueron Etiopes y fué á estos últimos á quienes los invasores asirios disputaron Egipto, convertida en sencilla presa de guerra, sin fuerza y sin voluntad.

Es probable que los conquistadores Egipcios de las grandes épocas de expansión guerrera lograran escalar directamente los altos escarpes de la ciudadela de Etiopía, remontando al Sudoeste el valle de Atbâra; en todo caso, es cierto que la abordaron por las costas del mar Rojo en los mismos puntos por los cuales el ejército italiano trató en vano, hace algunos años, de conquistar esas altas tierras abisinias. Las inscripciones nos refieren esta anexión de la Etiopía montañosa al mundo egipcio. Hace treinta y cinco siglos los Faraones de la 18.ª dinastía hacían ocupar estas alturas por sus generales, y hasta el famoso Sesostris, antes de su advenimiento al trono, penetró allí como lugarteniente de su padre. Los dos reinos de Tekerer y de Arem, que han conservado su nombre hasta el día, — Tigre, Amhara, — estaban sometidos al príncipe reinante en Tebas.

Las pilastras de Karnak mencionan también nombres de ciudades de las cuales muchas subsisten aún; Adulis, la moderna Zullah, era el puerto donde desembarcaban los ejércitos conquistadores; Adua poseía el rango de capital, que ha vuelto á tomar con frecuencia después de aquella época, mientras que Aksum, ciudad actualmente arruinada, no existía aún cuando la llegada de los Egipcios; éstos la fundaron á la gloria de sus soberanos [1]; Coloe y su lago, que Th. Bent ha encontrado sobre una meseta á más de dos mil metros de altura, eran probablemente un anexo estival de la comercial Adulis.

La influencia egipcia, aunque muy mezclada, tuvo, pues, cierta importancia, hasta por un contacto directo, en el movimiento de la cultura en Etiopía, pero no puede dudarse que la acción primordial del exterior haya sido ejercida por los Hymiaritas, habitantes del macizo de montañas que se eleva en el ángulo de la Arabia y hace frente al poderoso relieve africano. Entre las dos comarcas análogas

[1] A. Mariette, *Listes géographiques des Pylônes de Karnak*.



Cl. Veniery.

MERCADO DE OMDURMAN, SEPARADO DE KHARTUM POR EL NILO

por el relieve, el clima y las producciones, pero separadas por un estrecho foso de playas desiertas y de aguas sembradas de islotes y de rocas, una fuerza de atracción debía obrar sin reposo, y la historia nos dice, en efecto, que las relaciones mutuas no fueron jamás interrumpidas: veíanse de uno á otro continente y por esto mismo se solicitaban para traficar juntas.

Las investigaciones modernas han considerado como muy probable el hecho de que el nombre geográfico presentado bajo la forma moderna «de Abisinia», se ha trasladado desde la Arabia hasta las montañas etiópicas, es decir, del Asia al Africa, como la civilización en su conjunto. El pueblo de los Habasat, igualmente conocido bajo el nombre de Pwent ó Punt, habitaba el distrito de la Arabia meridional llamado en el día el Dhofar; allí recogía la mirra y el incienso para ir á venderlos en las costas de los Somalis y en los altos valles de los montes lejanos. Este comercio daba lugar á viajes anuales y hasta á emigraciones periódicas, que producían á la larga un efecto acumulativo y hasta quizá eran seguidas de verdaderas inva-

siones: así es como la región montañosa donde se eleva Adua se convirtió en un nuevo país de los Habasat. La identidad del nombre, en Arabia y en Abisinia, está ampliamente demostrada por las inscripciones que se han encontrado á ambos lados del mar Rojo. El sentido preciso de esta denominación, «Colectores de Plantas»[1], se aplica evidentemente al comercio tradicional de las gomas y de las raíces aromáticas. Justo es decir, sin embargo, que ha sido propuesta otra etimología: Abisinio sería una corrupción de la palabra «Habech», afinamiento, que los Arabes dieron en otro tiempo por irrisión á los habitantes de la alta meseta reunidos en un Estado, cuya religión difería de la suya.

La palabra «Etiope» se explicaría también por una ocupación habitual: sería preciso ver en ella la palabra *Atiobian*, «mercader de incienso», voz que los Helenos han podido transformar fácilmente en Αἰθίοπες, para darle en su propia lengua un sentido definido. Esos pueblos del Mediodía fueron para ellos las «Gentes Quemadas por el Sol», los «Morenos»; muy extraño sería, en efecto, que, entre tantos pueblos negros de Africa, los Etiopes hubiesen sido los únicos designados por esta denominación, si el hecho no se explicase por la existencia anterior de un nombre local, de sentido diferente, pero que tenía para los Griegos casi la misma resonancia[2].

Una sustitución del mismo orden se produjo por otro término aplicado por los Griegos á las poblaciones de la alta meseta. A. H. Sayce, descifrando los jeroglíficos egipcios, ha descubierto que los indígenas de cierto distrito del Sudeste llevaban el nombre de Trogloditas, «habitantes de cavernas», y de hecho, las viviendas subterráneas no son raras en los montes etiópicos.

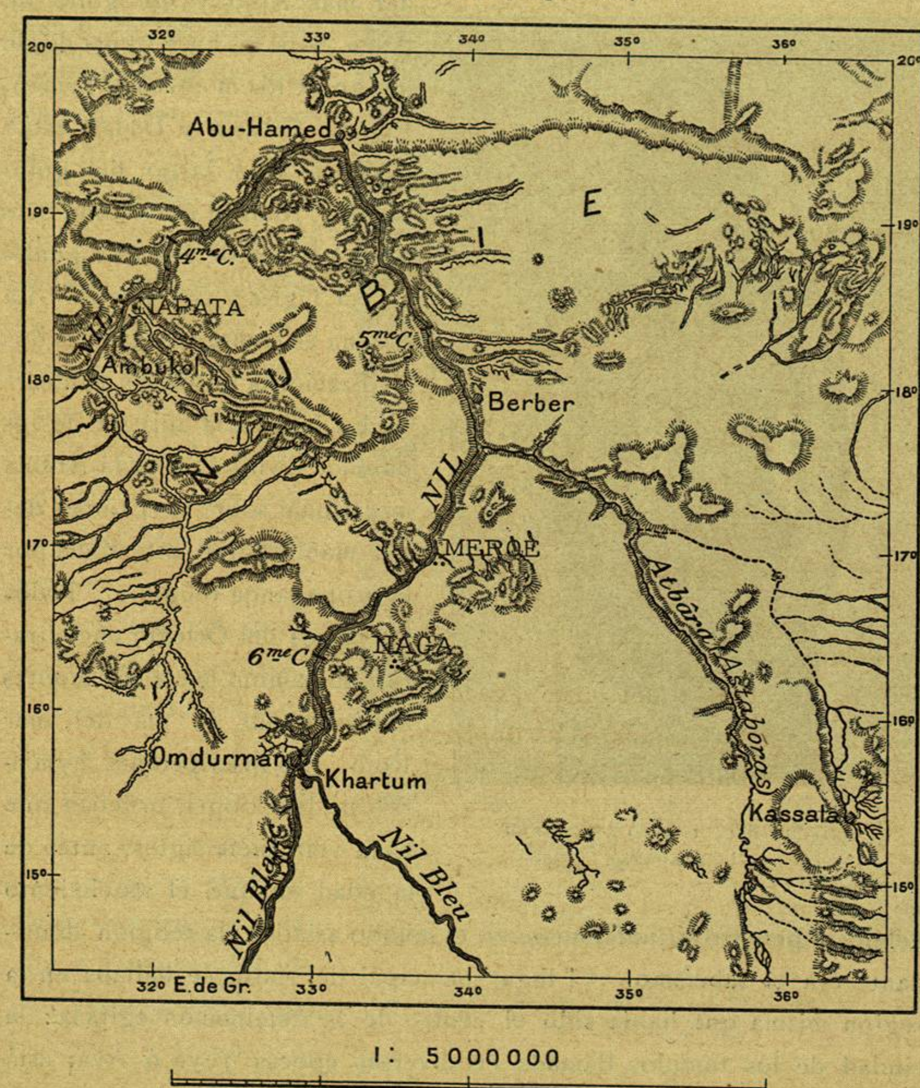
Las relaciones de la Hymiaria y de la Abisinia están recordadas por muchas inscripciones: una de ellas, descifrada por Antoine d'Abbadie, celebraría la gloria del «valeroso Halen, rey de Aksum y de Hamer», designando evidentemente este último nombre el país de los Hymiaritas: la Arabia sud-occidental y la Etiopía, habrían, pues, constituído un mismo Imperio durante cierto tiempo[3]. Se recor-

[1] Ed. Glaser, *Die Abessinier in Arabien und Afrika*.
[2] *The Geographical Journal*, Abril 1896, p. 421.
[3] *Académie des Inscriptions*, sesión del 19 de Enero de 1877.

dará, además, que por los montes del Yemen, etapa necesaria entre Babilonia y el África oriental, Etiopía estuvo en relación con el mundo caldeo.

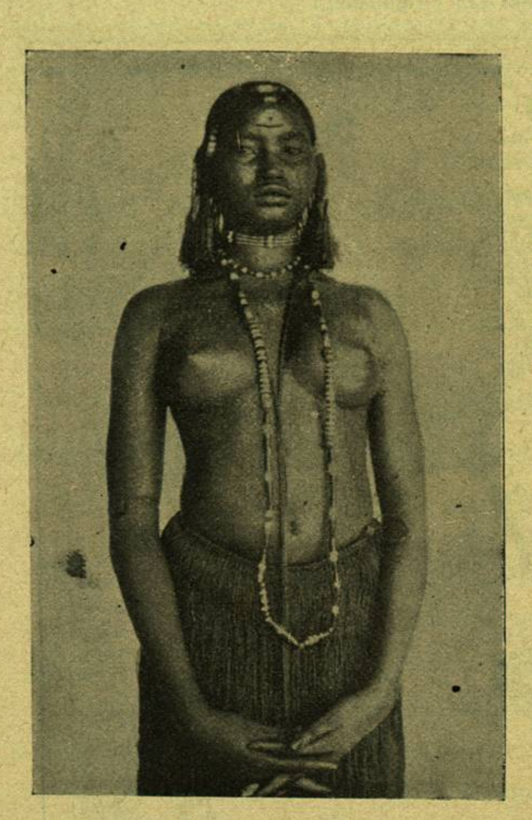
N.º 148. País de Meroé.

(Véase páginas 226 y siguientes)



Es notable que el «cuadro de las naciones» clasifica los Sábeos en el mismo grupo étnico que los habitantes del África conocidos por los redactores del *Génesis*. Cuando todo á su alrededor se concentra

la progenitura de Sem: — Obal, Jerach, Abimael, Uzal, etc. — Saba pertenece á la línea hamítica. Además, los hijos de Kuch, primogénito de Cam, son dispersados en las diferentes etapas de un itinerario del cual esta genealogía parece una reminiscencia: Saba está á las orillas del Nilo, Hevila y Sabta habitan sobre el litoral africano del mar Rojo y del golfo de Aden, Saba les hace frente desde lo alto de los montes del Yemen, Regma, Sabteca y Dedam están situados á lo largo del golfo Pérsico, Nimrod por último ocupa la cuenca de los ríos gemelos, el Tigris y el Eufrates. La cadena es completa entre las dos civilizaciones nilótica y caldea.



MUCHACHA DEL DISTRITO DE CHAKIEH
(4.ª CATARATA)

La influencia directa de los pueblos civilizados de la Arabia meridional sobre los Etiopes debía manifestarse ante todo por la propaganda religiosa. Todos los cultos del Oriente encontraron su camino hacia los montes abisinios por la vía del mar Rojo. Las inscripciones hymiaríticas de Etiopía, prueban que hace veintisiete siglos, antes de la edad en que el movimiento helénico penetró triunfalmente en el mundo asiático, la religión dominante era el sabeísmo. El lugar principal del culto se hallaba en la región misma que había sido el centro de la dominación egipcia: la ciudad de los templos llamada en diversas épocas Yeya ó Ava, está señalada aún por algunos restos á cinco horas de camino al nordeste de Adua[1]. El culto de los astros, y sobre todo el de los planetas que se ven caminar en el cielo entre las estrellas fijas como pastores

[1] J. Theodore Bent, *The ancient Trade Routes across Ethiopia*. «The Geographical Journal».

en medio de su rebaño, había seguido de Caldea á Etiopía el camino de las caravanas y hallado sobre esos altos observatorios de las montañas del Tigre un lugar de desarrollo favorable. Hábiles para observar los caminos y las conjunciones de las estrellas en el cielo negro y puro de las altas mesetas, los sacerdotes arios eran igualmente diestros en el gobierno de los hombres y sabían anudar sus existencias, como otros tantos hilos tenues y fáciles de romper, á la red misteriosa de los astros errantes. Supervivencias de esta antigua religión se hallan aún muy claras en las concepciones del mundo sobrenatural, tal como se lo imaginan los Abisinios actuales.



NEGRA DE LOS ALREDEDORES DE KHARTUM
MOLIENDO EL GRANO

Otra religión, la de los Judíos, parece haberse introducido en las comarcas etiópicas, y siempre por el camino de la Arabia meridional, en una época ya muy antigua, ciertamente anterior á la expansión del genio griego en el Asia occidental. Después de los Abisinios mismos, los Felachas, así como se llama á los Judíos de la comarca, serían descendientes de Menelik, hijo de Salomón y de la reina de Saba; las familias reales de la comarca, que fueron igualmente judías como un gran número de sus súbditos, declaran también pertenecer al mismo origen. El nombre de Felacha tiene la significación

de «desterrados», y unas leyendas hablan, en efecto, de un edicto de destierro que habría provocado la emigración de un grupo judío conduciéndole hasta Abisinia. Pero el proselitismo tuvo ciertamente más parte que el desplazamiento de los pueblos en la formación de las comunidades judías de los montes africanos. De Palestina á Etiopía se sucedían de Norte á Sud gran número de repúblicas israelitas, unidas por un sentimiento religioso que les había dado una especie de patriotismo común, así como una estrechísima solidaridad de intereses. Sin embargo, los Felachas no han recibido del destino la misma educación que la mayor parte de los otros Judíos; no parecen haber viajado á través del mundo como fugitivos y perseguidos, puesto que no se han hecho comerciantes y cambiantes de moneda. Este mismo hecho da una gran probabilidad al origen indígena de los Felachas; son Abisinios convertidos al Judaísmo. Artesanos en su mayor parte, herreros, albañiles, carpinteros, alfareros, tejedores, gustan también de ocuparse en agricultura ó en la cría de ganado; pero reprueban la profesión de mercader, considerándola en oposición con la ley de Moisés [1].

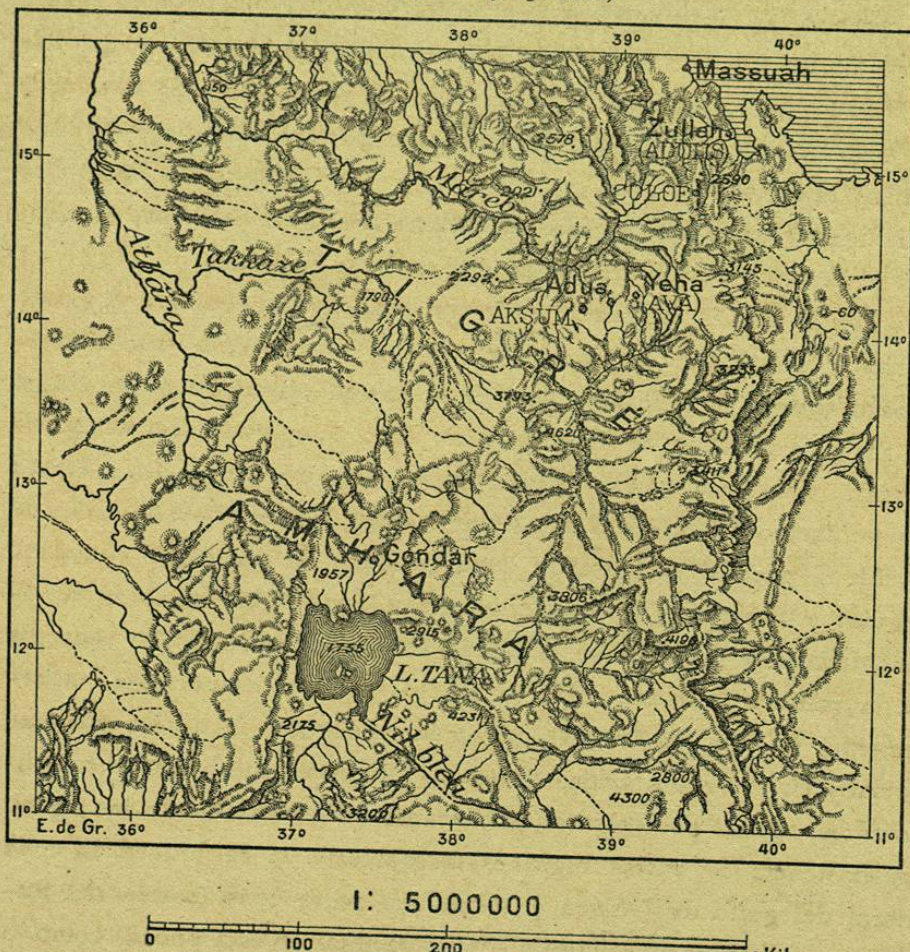
Sea lo que fuera de la tradición judía, es cierto que la gran mayoría de las poblaciones abisinias siguió la religión predominante en los países circundantes antes de convertirse á un cristianismo superficial. La adoración de los astros bajo el ascendiente árabe fué modificada por las influencias egipcia, griega y romana. Entre la cincuentena de obeliscos de las inmediaciones de Adua, los más sencillos son idénticos á los *Betylos* de las costas de Fenicia [2], otros recuerdan las «piedras en pie» de las orillas del Nilo; por último, el gran obelisco, monolito de 25 metros que se eleva en el vallecillo de Aksum, no tiene nada de la sobriedad nilótica, y se distingue, por el contrario, por numerosos ornamentos en relieve que representan en el conjunto una torre de nueve pisos con ventanas.

Fuera de las relaciones de comercio y de cultura que la Etiopía tuvo con la Arabia Feliz por una parte y con Egipto por otra, la historia no nos revela nada de sus relaciones con las comarcas

[1] Henri A. Stern, *Wanderings among the Falashas in Abyssinia.*
[2] Th. Bent, *The ancient Trade Routes across Ethiopia.*

del Oeste y del Sud. Lo mismo sucede respecto de todo el resto de la inmensa Libia, el continente que ha tomado en estos tiempos modernos el nombre de Africa. Los autores antiguos no nos dan sobre estas regiones más que narraciones de imaginación pura ó afir-

N.º 149. Etiopía, centro de cultura.
(Véase págs. 228 y siguientes)



maciones no apoyadas en pruebas. No es, pues, por medio de documentos escritos como ha de intentarse conocer en su pasado las poblaciones africanas, sino estudiando en las descripciones de los viajeros que simpatizan con las poblaciones que atraviesan, su vida actual, sus tradiciones, sus costumbres y su manera de pensar.

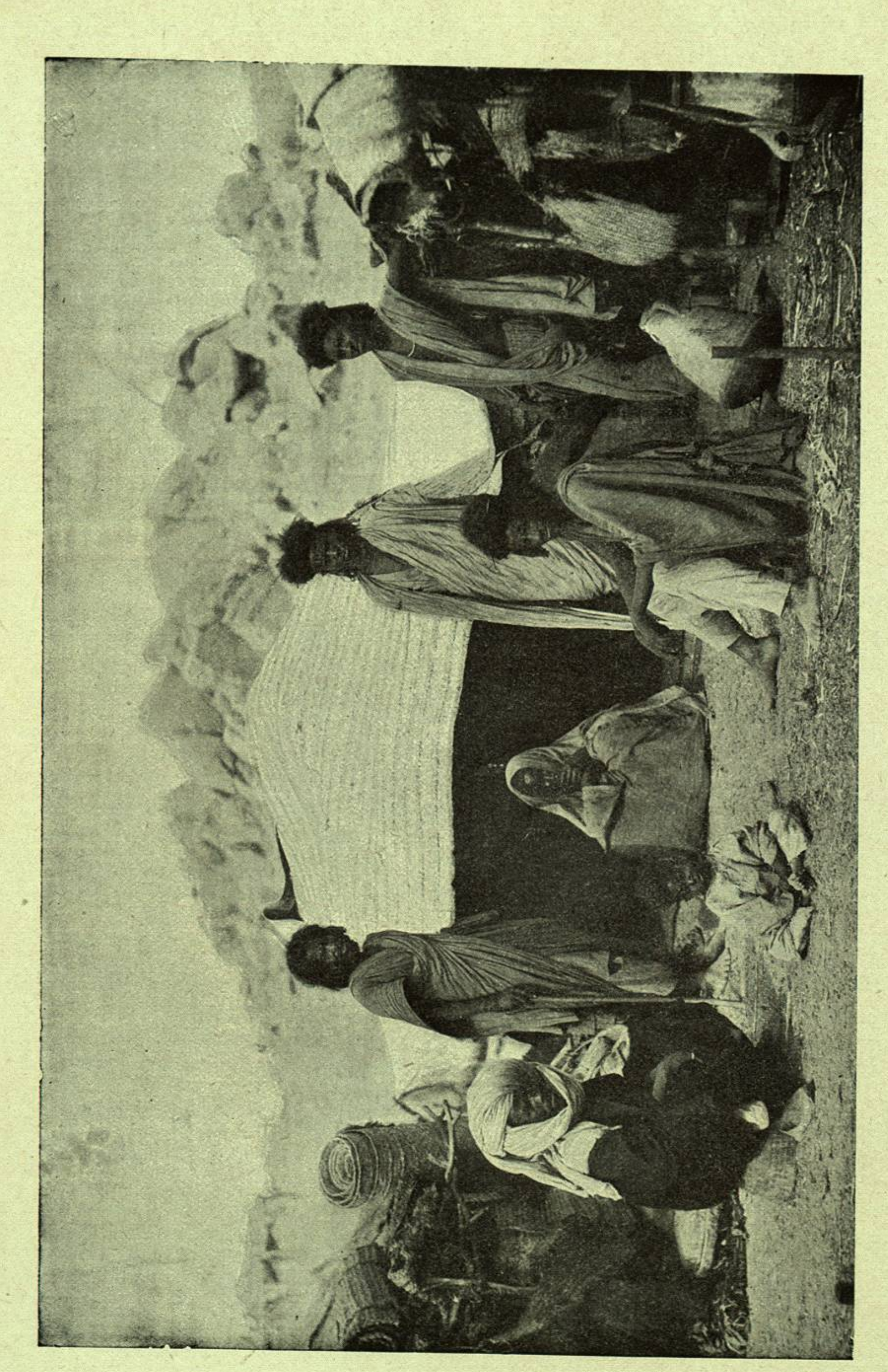
Apenas si se comienza á conocer la prehistoria africana. Aparte

de Egipto y de la Mauritania, se han señalado hachas, cuchillos, raspadores groseros, acá y allá en el gran continente, al Sud del Orange, en el país de los Somalis, en la cuenca del Congo y cerca de Tumbuctu, pero todos esos hallazgos son demasiado aislados, demasiado lejanos los unos de los otros para que por ellos pueda deducirse la existencia de una sola y misma industria de la piedra [1]. Además, la carencia de instrumentos de bronce hace suponer que la mayor parte de los pueblos libios han pasado, casi sin transición, del uso del hueso y de la madera al del hierro, cuyo modo de obtención ha sido descubierto en más de un punto por los mismos indígenas. Varios observadores han creído notar en la Uganda, en las orillas del Niger y hasta en la costa del Marfil analogías entre las esculturas y decoraciones locales y las del antiguo Egipto.

Por lo demás, podemos decir con toda certidumbre que el estado social y político de Libia, hace tres mil años, debía aproximarse mucho más de lo que está hoy en la misma comarca que lo estaba la antigua situación de Europa y de Asia comparada con su estado actual. La forma tosca, apenas organizada, del continente, dejaba las poblaciones sometidas á las condiciones locales, las influencias de pueblo á pueblo no bastaban para producir el desarrollo continuo, regular y consciente de una civilización común; los cambios morales, sociales y políticos se cumplían con gran lentitud. La reacción de la voluntad humana sobre el medio resultaba insuficiente. Ciertamente, la vida de los Akkas en sus bosques, la de los pastores Somalis en sus rocas áridas ó de los Nuèrs en sus islas de hierbas flotantes, apenas pudieron ser modificadas en la corriente de los siglos. La existencia de vastas regiones favorables á la cultura en la zona litoral del golfo de Guinea y sobre una parte considerable del Sudán, aun en la zona ecuatorial debió facilitar en esta época, como lo hizo después durante todo el período histórico, la formación de grandes imperios con capitales populosas y centros de cambio muy activo [2].

Si los escritos no nos enseñan nada sobre la historia de las poblaciones libias, al menos algunos monumentos de piedra atesti-

[1] J. Deniker, *Les Races et les Peuples de la Terre*, p. 492.
[2] Leo Frobenius, *Geographische Kulturkunde*, p. 9.



CAMPAMENTO DE BICHARIN



MURO DE UN TEMPLO DECORADO

guan comunicaciones antiguas entre los pueblos del Asia anterior y unos habitantes de Africa que no son los Egiptos y los Etiopes. Al Sudoeste de las bocas del Zambeze, las comarcas del interior están sembradas de ruinas que en la época de las primeras expediciones portuguesas representaban todavía en muchos puntos los restos de verdaderos edificios, muy superiores en arquitectura á las construcciones informes elevadas por los indígenas de nuestros días. Entre los viajeros modernos, Carl Mauch fué el primero que en 1871 encontró uno de esos famosos restos, testimonio de una civilización avanzada: Zimbabyeh, es decir, «Residencia Real» [1]; tal es el nombre que los naturales daban á ese grupo de construcciones antiguas, situado sobre unas colinas del alto Sabi, á unos trescientos kilómetros al oeste de Sofala. Los fragmentos de construcciones extendidos sobre cerca de un kilómetro cuadrado, comprenden la «acrópolis» y muchos pequeños edículos, el «templo elíptico», de

[1] D'après Keane et Th. Bent: «Maison de Pierre», d'après Selous.

60 metros sobre 80, que contiene una torre cónica primitivamente de 12 metros altura de plena albañilería.

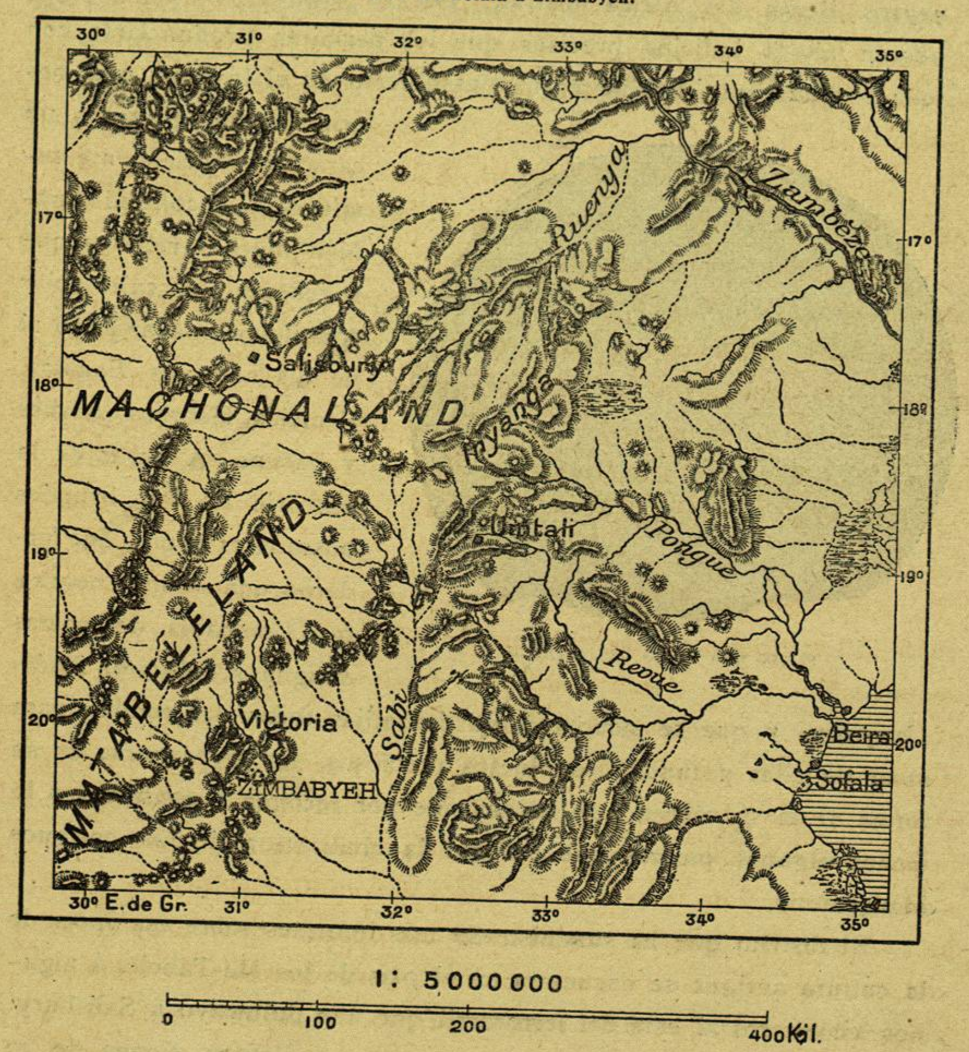
En los edificios más antiguos de entre Zambeze y Limpopo, todos esos muros están construídos en granito, con materiales de pequeña dimensión, bien labrados y yuxtapuestos sin mortero. Los paramentos exteriores están generalmente decorados, algunas filas de piedras planas se hallan dispuestas siguiendo un orden sencillo y, lo que atestigua un gran hábito de estos trabajos, se ha realizado la desecación de los terrenos antes de toda edificación. Las construcciones se desarrollan siguiendo líneas curvas, hasta sinuosas, con puertas estrechas, ángulos y abundantes corredores angostos rodeados de altos muros. Es indudable que los albañiles constructores de estos trabajos comprendían admirablemente la defensa de las plazas, pero otros detalles de su obra — las torres y los monolitos — indican preocupaciones religiosas, lo mismo que las innumerables excavaciones muestran la busca del oro como si hubiera sido la razón íntima de la ocupación del país.

¿Atribuiría con razón la leyenda las numerosas ruinas de la comarca, á los arquitectos de un soberano poderoso que reinara en otro tiempo sobre un vastísimo reino del Africa oriental? Cuando la llegada de los Portugueses á las costas del mar de las Indias, un Monomotapa, es decir, un Muené Motapa ó «Señor Augusto» tenía, en efecto, todo el país entre sus manos, y verosímilmente una parte de las construcciones datan de ese período, pero se les distingue con bastante claridad de las edificadas una veintena de siglos antes. Sin duda alguna, la región fué todavía en una época reciente mucho más poblada que lo está en nuestros días. Los admirables y fecundos valles del Inyanga, que se suceden entre 1000 y 1500 metros de altura hacia las fuentes del Ruenya, afluente meridional del Zambeze, están en gran parte completamente desiertos, y, sin embargo, se encuentran allí por todas partes escaleras y terraplenes antiguamente cultivados, paredes de cercas, acueductos, ciudadelas, restos de hornos y de fraguas; el país era un jardín cuidado con el mayor esmero. Pero se libró una gran batalla en aquel sitio, dice la leyenda, y los espíritus de los muertos pusieron en lo sucesivo en dispersión

á los vivos que osan aventurarse sobre aquellas tierras profanadas [1].

Cualesquiera que hayan sido los acontecimientos decisivos, causa de la despoblación del país, es cierto que entre los restos de cons-

N.° 150. De Sofala á Zimbabyeh.



trucciones antiguas se encuentran muchas que atestiguan una civilización de origen extranjero. La tradición refiere que los antiguos constructores de los edificios hoy arruinados fueron «hombres blancos que sabían hacer todo», y la situación respectiva de los pueblos

[1] Henry Schlichter, *The Geographical Journal*, 1899, p. 378.

alrededor de la cuenca del mar de las Indias, no permite realmente buscar los edificadores de Zimbabyeh en otro lugar sino entre los inmigrantes venidos del Norte de la Arabia Feliz ó de Fenicia, país cuyos habitantes pueden ser calificados de «blancos» por los negros Bantu del Africa austral. Por lo demás, los arqueólogos poseen ahora indicios precisos que les permiten pronunciarse con toda certidumbre. Schlichter ha descubierto en el Inyanga una inscripción que presenta un carácter esencialmente semítico; ha encontrado también muchos relieves que se refieren á un culto solar completamente análogo al de los antiguos Semitas, Fenicios, Hebreos, Arabes y Sábeos. Á pesar de la barbarie de los brutales buscadores de oro, que fundaron una «banda negra» ó «Compañía de ruinas antiguas» *(Ancient Ruins Company)* y que se ocuparon de desbalijar todas las tumbas para sacar de ellas y fundir los objetos preciosos, sin preocuparse de su forma ni de su origen[1], se ha acabado por recoger y conservar á lo menos algunas piedras que refieren la civilización de los antiguos inmigrantes.

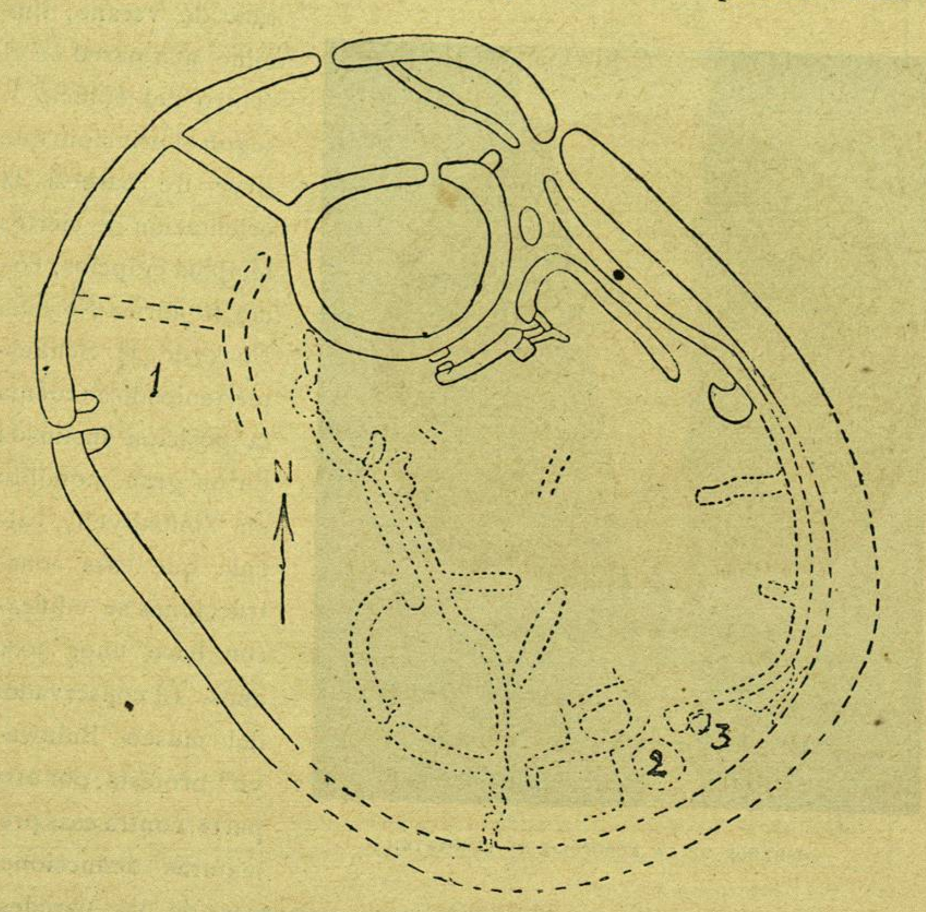


PLATO CON SIGNO DEL ZODÍACO

El distrito que ha suministrado más informes sobre esa época de la cultura antigua se encuentra en el país de los Ma-Tabele, á algunos kilómetros al este del ferrocarril que une Buluwayo á Salisbury. Los monolitos en esteatita compacta son numerosos, tienen de 20 á 30 centímetros de diámetro, y su longitud suele exceder de 3 metros: se posee un ejemplar de 4 m. 30 de largo; la mayor parte tienen un ave con las alas replegadas en la parte superior, y están decorados con una roseta solar, «marca de fábrica que permite clasificar

[1] H. Schlichter, *Memoria citada*, p. 386.

como fenicios los objetos que la tienen» (Perrot y Chipiez). Piedras casi idénticas han sido encontradas en Paphos, en Chipre[1]. Un disco de madera muy dura, procedente de las excavaciones de Zimbabyeh, representa, alrededor del círculo, los signos simbólicos de los meses, excepción del Cáncer, que data de un período de me-

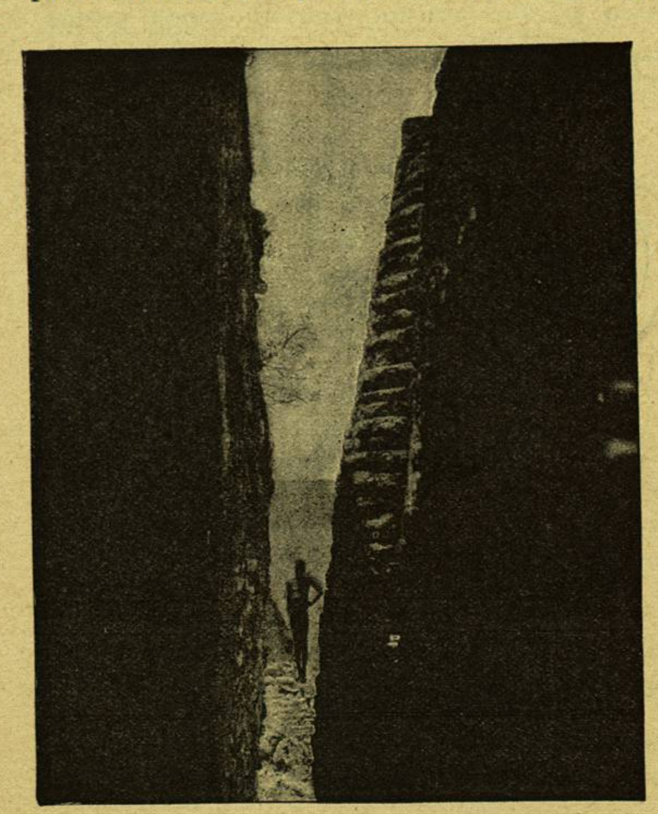


PLANO DEL TEMPLO ELÍPTICO DE ZIMBABYEH
1. Dos monolitos en posición inclinada. — 2. Gruesa torre cónica de plena albañilería. 3. Torre pequeña.

nor antigüedad; estos once signos corresponden á los de nuestra civilización de origen caldeo; en el centro del plato figura un cocodrilo, animal que simbolizaba para los antiguos la constelación polar del círculo ártico[2].

[1] R. N. Hall and W. G. Neal, *The ancient Ruins of Rhodesia.*
[2] Norman Lockyer, *The Dawn of Astronomy*, p. 150.

El viajero Swan, estudiando los centenares de edículos ó pequeños templos que se elevan acá y allá sobre las eminencias del país de los Ma-Chona, entre el Zambeze y el Limpopo, ha reconocido que algunas de esas capillas, construídas en forma de círculo, están dispuestas de manera que el Sol, dirigiendo su primer rayo en el solsticio de verano, ilumine una pared en el centro del edificio [1], según el principio que sirve de base á la orientación de ciertos templos egipcios, como lo afirma Norman Lockyer. H. Schlichter, teniendo en cuenta la posición inclinada de un gran monolito en Zimbabyeh, calcula que esas construcciones se edificaron hace unos 3000 años. El conservador del museo Buluwayo [2] protesta, por otra parte, contra esas prematuras deducciones astronómicas, sacadas de las posiciones recíprocas de las paredes, puertas y columnas; no parece, en efecto, que resistan á un examen más riguroso de las ruinas y á una medida más escrupulosa de los ángulos, ni tampoco se ha probado que los monolitos hayan sido utilizados como gnomons.



CORREDOR DE LA ACRÓPOLIS EN ZIMBABYEH

Cualquiera que sean, pues, las influencias particulares de Egipto ó de Fenicia, afirmadas por unos, negadas por otros y esperando los resultados de excavaciones más completas y de estudios más pro-

[1] *Journal of the Anthropological Institute; — Revue scientifique*, 1896, p. 344.
[2] E. P. Mennell, *The Zimbabwe Ruins.*

N.° 151. Vestigios de la antigua civilización al Sud del Zambeze.



1. Zimbabyeh.
2. M'telegwa.
3. Dhlo-dhlo.
4. Khami.
5. Impakwi.
6. Mundie.
7. Umnukwana.
8. Chum.
9. Semalali.
10. Lotsani.
11. Minas de cobre antiguamente explotadas.
12. Distrito de Inyanga, terraplenes cultivados y construcciones antiguas de tipo diferente de las de Zimbabyeh.

fundos, — se estima en un décimo la proporción de las ruinas examinadas, — puede decirse que el territorio de Sofala contiene los restos de una civilización que se refiere á la del Asia anterior. La

época en que se establecieron los primeros éxodos arábigos se pierde en la noche de los tiempos; ¿es de 4000 años antes de nuestros días, es solamente de 3000, en tiempo de Salomón y de Hiram? Lo cierto es que las comunicaciones entre los dos centros habían cesado mucho tiempo antes del principio de la era cristiana y no han sido restablecidas sino mucho tiempo después.

Los inmigrantes del Norte, ciertamente, no volvían todos á su país: quedaron muchos en la comarca, tomaron mujeres y fundaron familias de mestizos que se mezclaron gradualmente con el resto de la población; mas por ello la raza misma se encuentra profundamente modificada, y el tipo árabe, dice Selous, se encuentra con frecuencia en esta parte del Africa meridional. Además, el cruzamiento de los hombres produjo la mezcla de las ideas, de las costumbres, del genio artístico. Si los extranjeros enseñaron el arte de construir palacios y templos, los naturales del país solían adornarlos con los dibujos que tenían costumbre de grabar ó de colorear sobre sus rocas: los círculos, los rombos, las líneas paralelas y los florones que se ven sobre los bloques de granito, se parecen á los motivos trazados sobre los muebles de los Cafres [1].

Los habitantes de la Arabia fueron indudablemente llamados á esas comarcas del Africa austral por la misma causa que ha hecho de ella recientemente uno de los centros de atracción más enérgicos para el resto del mundo. Esas tierras ribereñas del Océano Indico eran uno de los «Ophir» hacia las cuales navegaban las flotas fenicias; el valor del metal compensaba los gastos de armamento y de desplazamiento, porque, en aquella época, un viaje de ida y vuelta duraba todo un año. Según las tradiciones náuticas de las poblaciones de las costas del Océano Indico, los Fenicios, navegando, como lo hacen en el día los Arabes, en embarcaciones que se parecen á los *dhaus* ó *boutres* actuales, descendían á lo largo de la costa oriental del Africa en Diciembre y en Enero, con el monzón del Norte, después volvían de Abril á Septiembre con los vientos regulares del Sudeste ó Sudoeste; corriendo viento en popa á la velocidad media de 9 á 10 kilómetros por hora de día, y de 7 á 8 kilómetros de noche, podían suministrar una navegación cotidiana de 900 á 1000 estadíos, ó sea aproximadamente un grado y medio de latitud [1].

[1] Carl Mauch, *Pet. Mitt.*, *Ergänzungsheft*, n.º 37.

Ningún vestigio ha revelado aún dónde se encontraba, cerca de Sofala sin duda ó en Sofala misma, el puerto de los *boutres* fenicios, pero se han reconocido bien las antiguas minas. Á juzgar por los enormes movimientos de terreno que se observan en mil puntos de



OBJETOS DE ORO ENCONTRADOS EN ZIMBABYEH

la región, y por los numerosos vestigios de hornos de fusión, los mineros explotaron en otro tiempo los yacimientos de oro, con grandísima actividad, y no puede dudarse que el metal recogido — según los peritos actuales por un valor total de más de dos mil millones — fuese exportado hacia los grandes mercados del mar de las Indias para entrar en el comercio general del mundo. Alrededor de algu-

[1] Alfred Grandidier; — Gabriel Gravier, *Société Normande de Géographie*, *Bull.* Julio y Agosto de 1898.

nas excavaciones se ven los restos de muelas para moler la piedra, rotas previamente, calentándolas y haciéndolas estallar después por medio de chorros de agua fría [1].

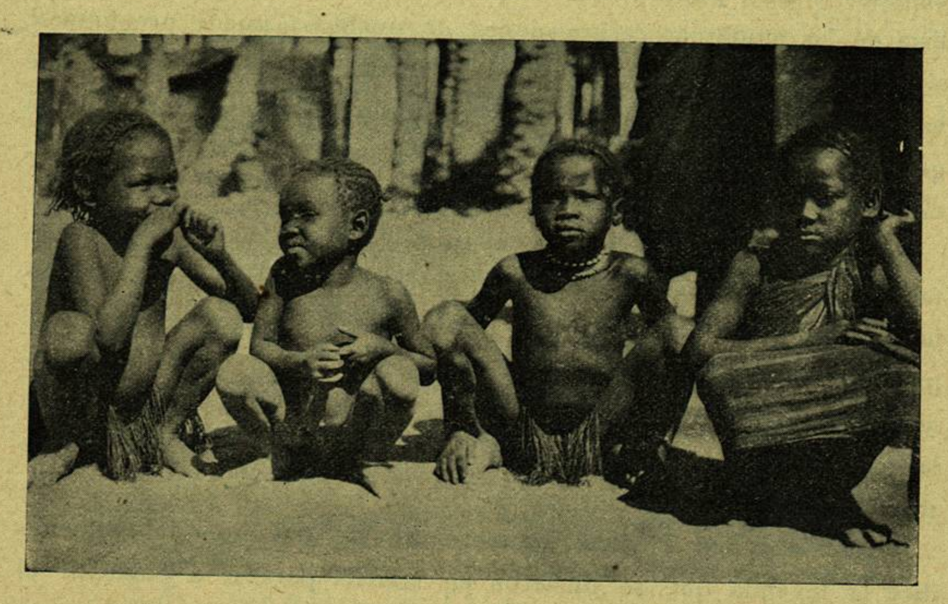
Aparte de los grandes trabajos mineros, otros hechos atestiguan relaciones de cambios que debieron tener lugar en épocas remotas entre los habitantes del África austral y las naciones comerciales del mar Rojo y del Mediterráneo. En todas las comarcas en que se ven ruinas de palacios y de templos análogos á los de Zimbabyeh, habitados en otros tiempos por los reyes ó consagrados á los dioses, los indígenas han conservado el uso de varillas oratorias y adivinadoras que es preciso asimilar ciertamente á los instrumentos de la misma forma que poseían los Fenicios, y casi todos, si no todos, los pueblos mencionados por los autores clásicos [2]. Esas varillas son peladas de manera que las cintas de corteza, desprendidas en forma de hélice, flotan en la extremidad superior como largas alas; cuando se agita la varilla en el aire, la corteza rizada se desarrolla en banderitas como para soplar las plegarias de los hombres hacia la divinidad. Son unos «caduceos» como la varilla que Mercurio llevaba en su mano subiendo de la tierra hacia el señor del Olimpo; el astuto Jacob se servía también de una especie análoga de vara mágica para hacer nacer ovejas abigarradas en detrimento de su suegro Laban; asimismo los Sagos mencionan palos de oraciones que los antiguos Escandinavos tendían hacia los dioses.

El movimiento de cambios y de ideas que se produjo sobre la cara interior de Africa, vuelta hacia la misma cuenca marítima que Babilonia, el país de los Hymiaritas y de los Etiopes no tuvo su correspondencia en la orilla occidental exterior del continente, vuelta hacia las inmensas soledades del Atlántico. Sabemos que de este lado no hubo más que viajes de descubrimientos, no de relaciones duraderas; solían partir de un centro diferente, de aquel desde el cual se lanzaban los navegantes del mar de las Indias. Cartago, y no su madre fenicia, presidía á esas expediciones hacia el mundo atlántico, y pertenecen á otro siglo de la historia. Cuando los mercaderes

1 De Launay, *Mines d'or du Transwaal*.
2 Joseph Millerd Orpen, *Nineteenth Century*, 1896, p. 193.

cartagineses procuraban alejar los límites del mundo conocido, el eje de la humanidad se había desplazado en la dirección del Oeste, del Mediterráneo tirio y cretense, hacia el mar de Sicilia y de Etruria. El período en el cual Roma fué el foco de acción principal, había comenzado.

Sin embargo, desde la época anterior á la hegemonía romana, cuando el centro de la civilización mundial se encontraba todavía en las comarcas orientales del Mediterráneo, los Fenicios y sus discípulos



NIÑOS SUDANESES

los Griegos, tenían conocimiento, como á través de una niebla, de todas las poblaciones del norte de África hasta el sud del desierto. La narración legendaria que nos hace Herodoto [1] de la expedición de los jóvenes aventureros Nasamons, reposa indudablemente sobre un fondo de verdad, porque la región septentrional del África es tal como la describe la historia. Unos viajeros procedentes de la Syrte, al oeste de la Cirenaica, tienen que atravesar, en efecto, sucesivamente la zona de los cultivos ribereños, después el país «Estancia de las fieras» y el vasto desierto de las arenas. Más allá comien-

1 *Histoires*, lib. II, p. 32.

zan nuevamente las llanuras en que crecen espontáneamente los árboles, regiones pantanosas se extienden más lejos y la corriente de un gran río donde saltan los cocodrilos detienen á los viajeros, aun hoy como en tiempo de los Nasamons. Si todos los habitantes de estas comarcas del interior no son, como dice Herodoto, hombres de pequeña estatura, se encuentran allí, no obstante, algunos que hasta pueden calificarse de enanos. Entre las naciones con las cuales los Nasamons estaban en relaciones, los antiguos citan los Garamantes, «numerosos y muy poderosos». Este nombre se encuentra quizá en la lista de las modernas designaciones de pueblos: puede preguntarse si podría verse en los Garamantes la población de los Sonr'hai, que habita en la comarca ribereña del Niger en la parte superior de la gran curva, y que se da á sí misma, lo mismo que á todo el país, el nombre de Djerma, Garama [1].

En cuanto á las regiones del litoral mediterráneo, fueron ciertamente conocidas de los Fenicios, de los Egipcios y de los Helenos antes del siglo macedónico; pero lo que de ello dice Herodoto, prueba que la historia no había comenzado aún para las poblaciones de este litoral; á excepción de la Cirenaica y de Cartago, toda la costa pertenecía á unos clanes bárbaros vagamente entrevistos á través de la bruma de los mitos.

Tales son los Psylles, limítrofes de los Nasamons, de quienes dice la leyenda que se pusieron en marcha para ir á combatir el *notus*, es decir, el siroco; pero cuando llegaron al desierto de arena, entonces el viento les cubrió bien pronto con las blancas olas de sus dunas [2].

En una época en que los marinos guardaban los secretos de sus viajes, se tenían ideas muy vagas sobre la verdadera posición de las tierras más próximas; así es que de veinticinco á veintiséis siglos antes que nosotros, cuando un oráculo ordenó á los insulares de Thera que fueran á colonizar la tierra de Libia, fué preciso esperar mucho tiempo, porque nadie podía decir dónde se encontraba aquella misteriosa comarca; después se enviaron mensajeros á Creta, donde no se aventuró un solo piloto hacia la Cirenaica, cuya costa

[1] Hourst, *Sur le Niger et au Pays du Touareg*, p. 158.
[2] Herodoto, *Histoires*, lib. IV, p. 173.

no está, sin embargo, más que á unos trescientos kilómetros de distancia y se desarrolla en una larga curva que vuelve su convexidad hacia Grecia, como llamando á los Helenos para que vinieran á colonizarla.





GRECIA: NOTICIA HISTÓRICA

Los historiadores colocan la llegada de los Pelasgos á Grecia en una época distante de nosotros, unos cuarenta siglos.

Ninguna de las fechas que se citan para las diferentes civilizaciones pre-helénicas (CÉCROPS — 1580, CADMO — 1314, MINOS — 1300) y para el período heroico de Grecia (HÉRCULES de — 1262 á — 1216, Viaje de los ARGONAUTAS — 1226, toma de Troya — 1184, vuelta de los HERACLIDAS — 1104, etc.) tienen valor histórico. Hasta los nombres de los personajes deben entenderse en sentido mítico.

La cronología se precisa poco á poco; los arcontes reemplazan á los reyes en Atenas hacia — 1045, dícese, pero la época en que LICURGO da leyes á Esparta (primera mitad del siglo noveno antes de J. C.), es muy incierta; y sólo á partir del establecimiento de las Olimpiadas (— 776) puede concederse algún grado de veracidad á las fechas de la historia griega.

Por nuestra parte nos limitamos á recordar aquí, en años de la era cristiana y en años del ciclo olímpico, los acontecimientos y los hombres á que el texto hace alusión, pero hay que notar que pasando de uno á otro milésimo puede producirse un error de un año por tener lugar en el mes de Julio los juegos que marcaban el principio de la Olimpiada de cuatro años.

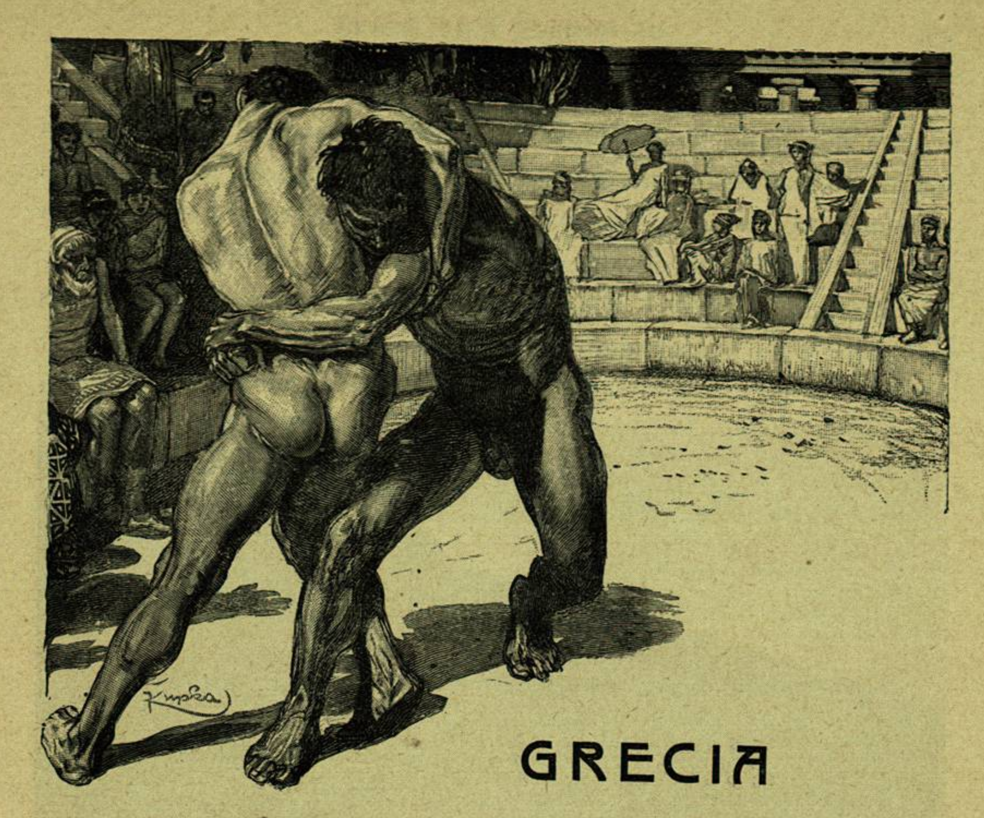
	Era cristiana —	Era olímpica —
Leyes de DRACÓN (Atenas).	— 624	152
— SOLÓN —	— 595	181
PISISTRATO, tirano de Atenas en	— 561	215
HIPPIAS, su hijo, expulsado en	— 510	266
Expedición de DARÍO á Scitia.	— 508	268

	Era cristiana —	Era olímpica —
Guerras médicas:		
Rebeldía de la Jonia (ARISTAGORAS)	— 501	275
Batalla de Maratón (MILCÍADES)	— 490	286
— de las Termópilas (LEÓNIDAS)	— 480	296
— de Salamina (TEMÍSTOCLES)		
— de Platea (PAUSANIAS y ARÍSTIDES)	— 479	297
— de Micala (JANTIPPA)	— 479	297
— de Eurimedón (CIMÓN).	— 466	310
Principio de la guerra del Peloponeso.	— 431	345
Toma de Atenas por LISANDRO	— 404	372
Expedición de los Diez mil (JENOFONTE)	— 400	376
EPAMINONDAS vence á los Espartanos en Leuctra. . . .	— 371	405
— — — en Mantinea . . .	— 362	414
FILIPO vence á los Atenienses y Tebanos en Querona. .	— 338	438
Destrucción de Tebas por ALEJANDRO.	— 334	442
Batallas del Granico y de Iso	— 333	443
El Cónsul FLAMINO en Corinto (año 556 de Roma). . .	— 197	579
Toma de Corinto por MUMIO (año 607 de Roma). . .	— 146	630

HESIODO (Ascra).	hacia — 800		
FIDÓN (Argós)	— 750		
MIMNERMA (Colofón, Asia Menor).	— 600		
PERIANDRO (Corinto)	de — 670 ?	á — 585	106
PITÁGORAS (Samos).	— 572 ?	— 472 ?	204
ESQUILO (Eleusis)	— 525	— 456	251
CINEGIRA, su hermano, muerto en Salamina .		— 480	
PÍNDARO (Cinocéfalos, cerca de Tebas) . . .	— 522	— 442	254
FIDIAS (Atenas)	— 500	— 431	276
SÓFOCLES (Colona, cerca de Atenas). . . .	— 495	— 405	281
PERICLES (Atenas)	— 494	— 429	282
DEMÓCRITO (Abdera, Tracia)	— 490 ?	— 380 ?	286
HERODOTO (Halicarnasa).	— 484	— 406	292
EURÍPIDES (Salamina).	— 480	— 405	296
TUCIDIDES (Atenas).	— 471	— 401	305
MIRÓN (Eleutera)	— 470 ?		306
SÓCRATES (Atenas)	— 469	— 399	307
SCOPAS (Paros)	— 460 ?		316
JENOFONTE (Atenas)	— 445	— 353	331
PLATÓN (Egina).	— 429	— 347	347

		Era cristiana	Era olímpica
Diógenes (Atenas)	— 413	— 323	363
Foción —	— 402	— 307	374
Demóstenes —	— 385	— 322	391
Aristóteles (Stagira, Macedonia)	— 384	— 322	392
Piteas (Marsella)	— 380 ?		396
Praxiteles (Atenas)	— 360	— 280	416
Epicuro (Samos)	— 341	— 270	435
Aristarco (Samos)	— 320 ?		456
Apolonio (Rodas)	— 280 ?		496
Filopœman (Megalópolis)	— 253	— 183	523
Polibio —	— 204	— 122	572





GRECIA

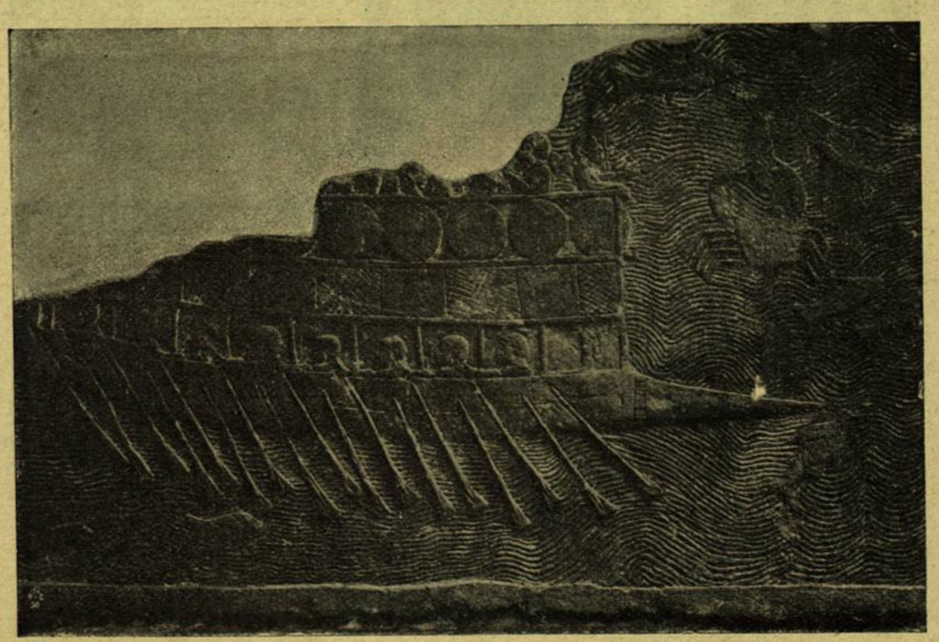
La causa primera del admirable desarrollo del pensamiento que caracteriza á Grecia debe buscarse en la escasa influencia del elemento religioso.

CAPÍTULO VIII

Grecia y el mar. — Civilizaciones pre-helénicas.
Primeras inmigraciones. — Época heroica. — Invasión dórica.
Esparta y Atenas. — Griegos y Persas.
Ciudadanos y esclavos. — Alejandro. — Griegos y Romanos.
Arte, Ciencias, Religión. — Fin triunfante de Grecia.

Los Egipcios estaban estrechamente acantonados en un país de límites bien determinados, el estrecho foso en que se pierden las aguas del Nilo, desde la primera catarata á las bocas del Delta; cualquiera que sea su origen primitivo por los elementos de raza, no hay duda que, como nación civilizada, han salido del limo nilótico. Los Griegos, por el contrario, se nos aparecen en la historia con cierta independencia del trazado geográfico. El territorio

de esta nación no tiene contornos precisos, y se desarrolla á lo lejos como una bandera flotante alrededor del Peloponeso y de su pléyade de islas y de penínsulas. ¿Hasta dónde se extiende Grecia hacia el Norte? ¿No comprende la Acarnania, el Epiro y el Pindo? ¿No abraza la Calcídica y los valles que descienden de los montes de Tracia y de Macedonia? Seguramente contiene las islas del lito-



Cl. Mansell.

GALERA DE TIPO FENICIO

Museo Británico.

ral de Asia, y ciertas regiones de la costa al oriente del mar Egeo estuvieron también entre los focos más intensos de la vida helénica. Las grandes islas, Creta, y Chipre, proyectada muy al Este en parajes semíticos, también pertenecen á Grecia, que, por sus corsarios, sus mercaderes y sus hijos de raza cruzada, se apoderó también de muchas riberas sobre las costas de Siria. Y hacia el Occidente, una colonia se junta á otra colonia; nuevas Grecias más extensas que la primera aparecen sucesivamente en medio de las aguas; y hasta en la lejana Libia, la Cirenaica, limitada al Sud por el mar de las Arenas, surge, y, durante algunos siglos, se presenta como una Helade africana.

En realidad, la cultura griega parece, como Afrodita, nacida de

la espuma de las olas. Cualquiera que sea el origen que hayan tenido sus emigraciones por tierra, de valle en valle y de costa en costa, gracias á la movilidad de las aguas, causa de la movilidad

N.º 152. Mar de Grecia.

(Véanse páginas 256 y siguientes)



de los ribereños, los Griegos han podido muy fácilmente cambiar entre Europa y Asia sus productos y sus ideas y nacer poco á poco á la conciencia de una civilización común. El mar les unía más que

les separaba, y hasta el nombre que dieron al Mediterráneo y á sus cuencas laterales, permite creer que así lo comprendieron; desde los tiempos más remotos de la historia, vieron en las aguas marinas más bien un camino natural que un obstáculo. Las palabras *pontos*, *pontus*, tienen el sentido primitivo de «Gran Camino» y provienen del mismo radical que el vocablo latino *pons*, que indican un pasaje artificial practicado sobre las aguas. Es indudable que los marineros han temido siempre que su esquife ó su nave se pierda en el camino de los mares; los aventureros griegos lo temieron principalmente en el lago marítimo que ha conservado el nombre de «Pont» por excelencia, el Mar Negro; pero haciéndose la navegación casi únicamente á la proximidad de las costas, á la vista de las calas ó playas de refugio que se suceden entre los promontorios, podían, exponiéndose á los temidos vientos de fuera, tener siempre á la vista la idea del camino que habían de seguir; se detenían de tiempo en tiempo, pero nada les separaba de su objeto. Las condiciones eran diferentes para los pueblos occidentales que se hallaban ante grandes extensiones marítimas ú oceánicas frecuentemente trastornadas por las tempestades: frente á esas aguas salvajes irritándose contra los acantilados, sentían especialmente un sentimiento de terror, y esta impresión misma les dictó los nombres de *mar*, *mare*, *mer*, *meer*, *muir*, que implican la idea de violencia y de destrucción [1].

Entre las dos Grecias, la europea y la asiática, la mar se presenta más hospitalaria á los marinos que en parte alguna del Mediterráneo; en la vecindad de los continentes no se encuentran aguas tan benévolas para el hombre más que en los archipiélagos de la Sonda. Si se estudia sobre el mapa del mar Egeo, la distribución de las islas que jalonan las distancias entre las dos orillas continentales, se observa la existencia de varios «ponts», verdaderos alineamientos de pilas insulares, todas aproximadas unas á otras para que los barcos tengan siempre tierra á la vista.

Que se parte de la entrada del golfo Pagasético, hoy de Volo, entre Tesalia y Eubea, para dirigirse hacia los Dardanelos: en cuanto se ha doblado el último cabo de la península Magnesiana, se en-

[1] Zénaïde A. Ragozin, *Vedic India*, p. 72.



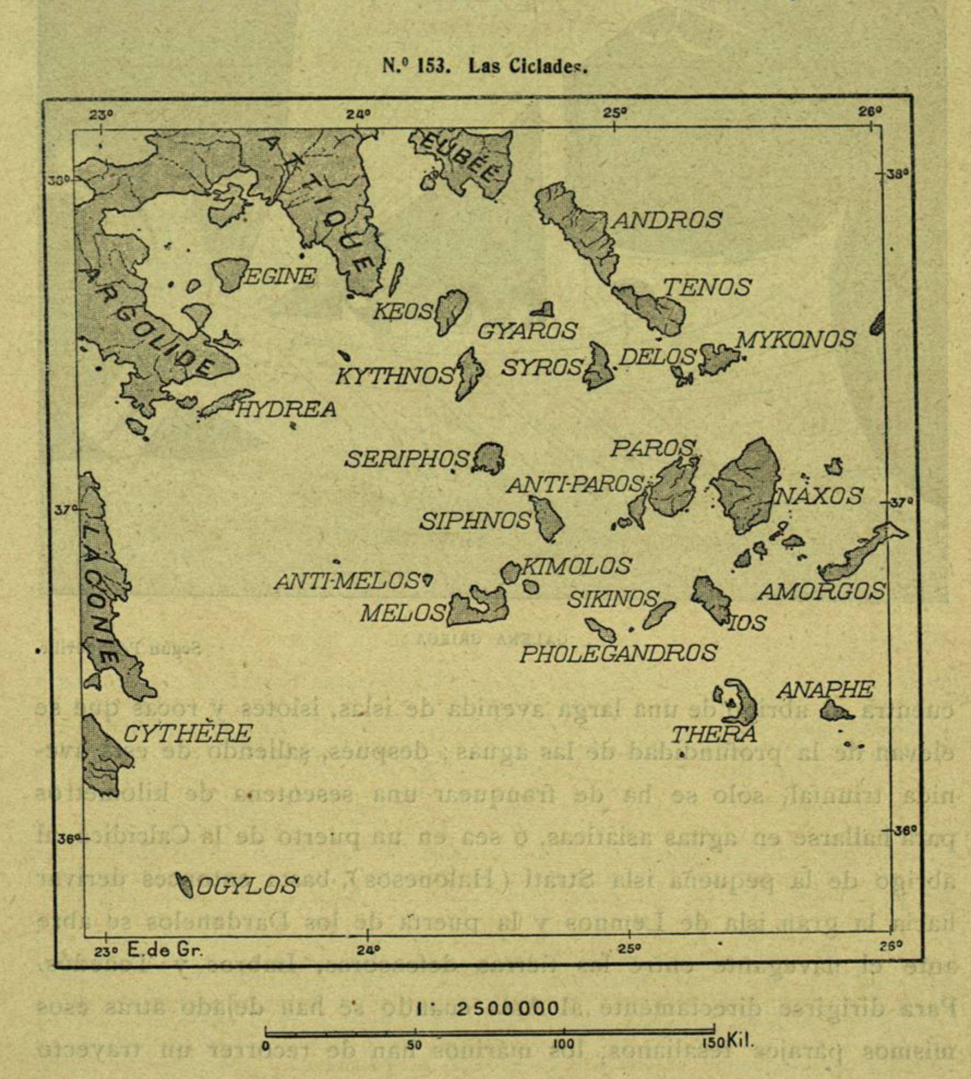
GALERA GRIEGA — Según Pouqueville.

cuentra al abrigo de una larga avenida de islas, islotes y rocas que se elevan de la profundidad de las aguas; después, saliendo de esta avenida triunfal, sólo se ha de franquear una sesentena de kilómetros para hallarse en aguas asiáticas, ó sea en un puerto de la Calcídica, al abrigo de la pequeña isla Strati (Halonesos), basta entonces derivar hacia la gran isla de Lemnos y la puerta de los Dardanelos se abre ante el navegante entre las tierras defensoras, Imbros y Tenedos. Para dirigirse directamente al Asia cuando se han dejado atrás esos mismos parajes tesalianos, los marinos han de recorrer un trayecto más largo en el mar libre que roza el viento de fuera, pero si pasan ante la isla de Skyros no tienen ya que recorrer hasta la isla de Psara, primera tierra del Asia, más que un espacio de ochenta kilómetros; es un viaje de cuatro horas con un viento favorable. Más allá se deslizan sobre las aguas de Chios y de las penínsulas que abrigan Clasomenes y Smyrna.

Al sud de esta depresión relativamente desierta de islas que forma

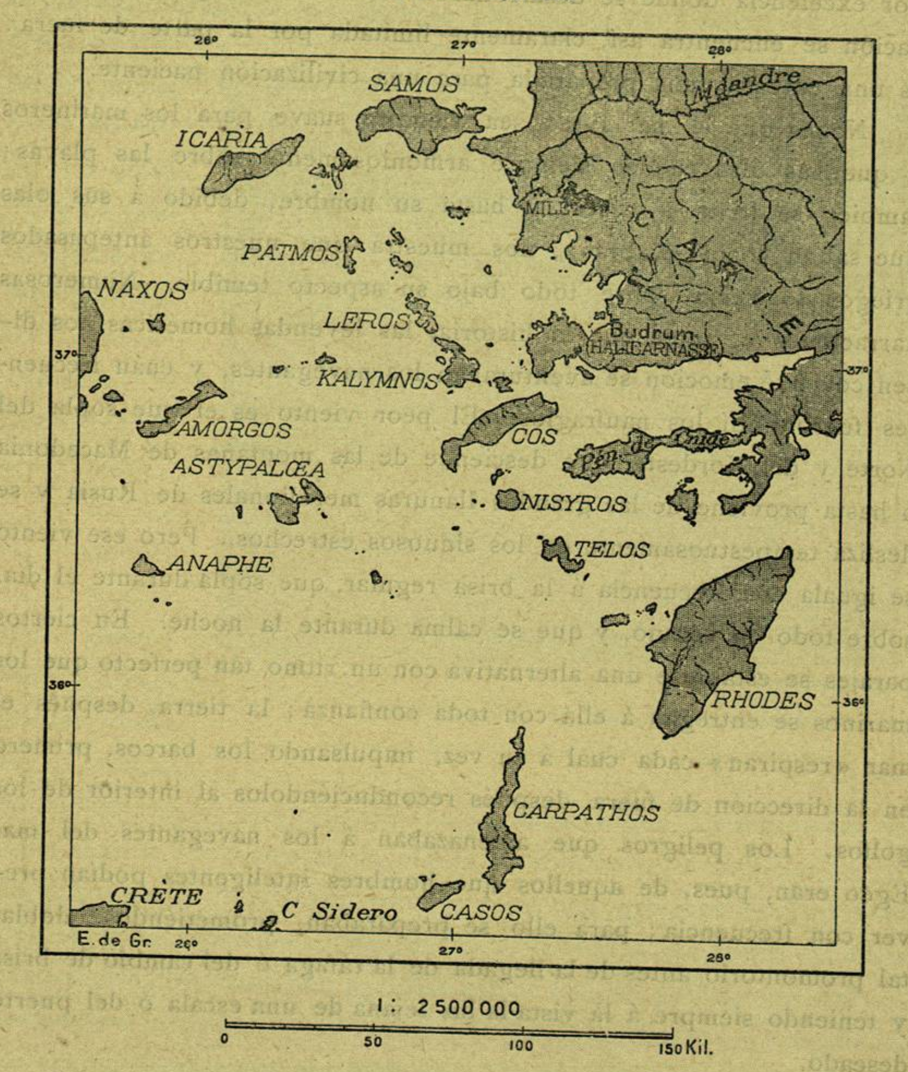
la cubeta central del mar Egeo, se perfilan de nuevo las líneas regulares entre los dos continentes. Las islas y las penínsulas de la costa de Europa, Eubea, Atica, Argólida, se continúan siguiendo el mismo eje, en la dirección del Noroeste al Sudeste, y forman á

N.º 153. Las Ciclades.



través del mar Egeo, en más de la mitad de su anchura, largos estrechos bordeados de altas islas, que pueden compararse á los propíleos de un templo. De los puertos de la Grecia europea, los barcos caminan así hasta Asia por vías abrigadas que se ramifican y entrecruzan en medio de todas esas islas famosas y de nombres tan bellos: Andros, Tenos, Mikonos, Keos, Kitnos, Delos, Paros y Antiparos, Melos y Antimelos, Naxos, Amorgos é Ios, Thera, Anafa, Astipalæa. Ramificaciones laterales unen Mikonos á las costas de Efeso por Icaria y Samos, Naxos ó Amorgos á Mileto por Patmos ó Ka-

N.º 154. Las Esporades.



El nombre de la isla situada al sud de Amorgos es Astipalæa (Astypalaia, Astypalée), Stampalia en griego moderno (Véase página 267).

limnos, mientras que el litoral maravillosamente recortado que dirige sus puntas al ángulo sud-occidental del Asia Menor, se disimula por una larga cadena de islas que forman un atrio marítimo asiá-

tico desarrollado paralelamente á las líneas de las islas europeas. Por último, un arco de círculo casi geométricamente trazado que comprende Rodas, Carpatos, Casos, Creta, Citerea, se despliega de un continente á otro como una muralla semicircular; la mar griega por excelencia donde se desarrollaron los elementos primitivos de la nación se encuentra así, claramente limitada por la parte de fuera: es una extensa cuna preparada para una civilización naciente.

No es que el mar Egeo sea siempre suave para los marineros y que sús olas rueden siempre armoniosamente sobre las playas; también se irrita á veces, y hasta su nombre, debido á sus olas que saltan como «cabras», nos muestra que nuestros antepasados griegos le veían sobre todo bajo su aspecto temible. Numerosas narraciones y, antes que la historia, las leyendas homéricas nos dicen con qué emoción se aventuraban los navegantes, y cuán frecuentes fueron allí los naufragios. El peor viento es el que sopla del Norte y del Nordeste, que desciende de las montañas de Macedonia ó hasta proviene de las grandes llanuras meridionales de Rusia y se desliza tempestuosamente en los sinuosos estrechos. Pero ese viento se iguala con frecuencia á la brisa regular, que sopla durante el día, sobre todo en verano, y que se calma durante la noche. En ciertos parajes se establece una alternativa con un ritmo tan perfecto que los marinos se entregan á ella con toda confianza; la tierra, después el mar «respiran» cada cual á su vez, impulsando los barcos, primero en la dirección de fuera, después reconduciéndolos al interior de los golfos. Los peligros que amenazaban á los navegantes del mar Egeo eran, pues, de aquellos que hombres inteligentes podían prever con frecuencia; para ello se preparaban, prometiéndose doblar tal promontorio antes de la llegada de la ráfaga ó del cambio de brisa y teniendo siempre á la vista la luz lejana de una escala ó del puerto deseado.

Los más antiguos habitantes del mundo griego cuyas huellas hayan encontrado los arqueólogos, no vivían en edades tan remotas como los ribereños del Eufrates ó del Nilo cuyos trabajos han subsistido hasta nosotros. Se hace remontar la existencia de esos Helenos ó pre-Helenos á cerca de una cincuentena de siglos, con bastante

anterioridad á la llegada de los Fenicios á las aguas del mar Egeo; y en esas islas se han encontrado los vestigios humanos más antiguos de donde procede el nombre de «egeo» dado á ese primer período de la sociedad humana en aquellos sitios. Los restos exhumados en la Grecia continental, en Micenas (Mykinæ), en Tirinto, en Vaphio cerca de Esparta y en Espatha, en Atica, son quizá mil años posteriores á los suministrados por las excavaciones de Creta, Troade ó de Thera.



Cl. Monatshefte, Berlín.

CNOSSE (KNOSSOS), UN ALMACÉN DE ÁNFORAS

En tierra, las aberturas de donde se han extraído.

En esta isla, la moderna Santorin, se han descubierto, bajo cenizas volcánicas, restos de civilización [1]. Se desprende de su examen que los indígenas poseían todavía instrumentos de piedra y, sin embargo, conocían el uso del cobre puro. Fabricaban grandes vasos muy groseros de tierra blanquecina y se construían casas de lava, cubiertas con vigas de olivo silvestre. Pueblo pastoril y agrícola, sabían hacerse ayudar por el perro, empleaban la leche de sus rebaños en preparar quesos, y cosechaban la cebada, el centeno y el garbanzo. Además obtenían por el comercio marítimo algunos productos extranjeros, entre otros vasos de arcilla [2].

Después de la formidable erupción que lanzó al aire el volcán de Thera, no dejando de él más que los pilares cruzados, la isla se

[1] Fouqué, *Mission scientifique à l'Isle de Santorin.* «Archivo de las Misiones», 2.ª serie, t. IV, 1867.

[2] Fr. Lenormant, *La Légende de Cadmus, Les premières Civilisations*, vol. II, ps. 344 y 345.

repobló pronto por gentes de la misma raza que los primeros habitantes, porque los restos de las capas posteriores á la explosión son idénticos á los que se encuentran debajo. En medio de esta segunda población se establecieron los Fenicios, de quienes se encuentran algunas tumbas.

En la época en que la ceniza incandescente se depositaba sobre las más antiguas construcciones conocidas levantadas por Griegos, la dominación de los mares helénicos pertenecía á los insulares de Creta, esa larga isla colocada á través del archipiélago y tan favorablemente situada para servir de depósito á las mercancías llegadas de Egipto y de Siria y destinadas al mundo de las islas y de las penínsulas griegas. Aristóteles señalaba ya esa función natural de intermediaria correspondiente á la gran isla. Las antiguas tradiciones concuerdan, en efecto, en representar los Cretenses como los «talasócratas» por excelencia, es decir, como los «dueños del mar» en los tiempos que precedieron á la historia; entonces las Cíclades eran las «islas de Minos», el rey legendario de Creta, y colonias cretenses se habían esparcido sobre los litorales insulares y continentales de las inmediaciones hasta Palestina, donde su nombre — Kreti — había acabado por convertirse en el de las poblaciones del litoral mediterráneo.



Cl. Monatshefte, Berlín.

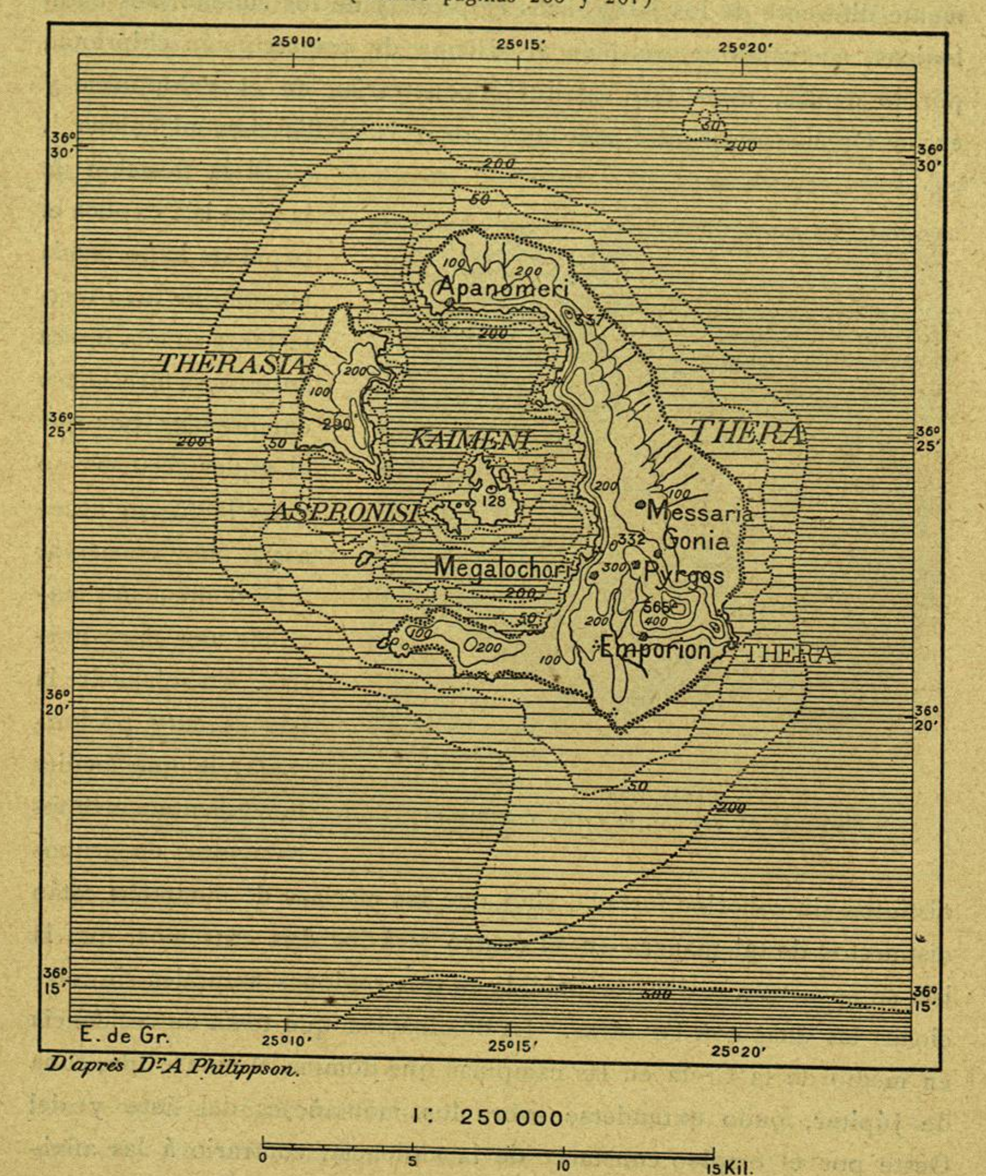
CNOSSE (KNOSSOS), INSCRIPCIÓN FUNERARIA EN CARACTERES CRETENSES

Mitad de su tamaño.

Las recientes excavaciones hechas por Evans han demostrado que desde las primeras edades, hace quizá más de cinco mil años, los objetos de la industria egipcia habían sido importados en la gran isla. El inmenso palacio del laberinto de Minos, el monumento mejor conservado de la civilización pre-helénica, ha sido encontrado con sus

N.º 155. Thera ó Santorin.

(Véanse páginas 260 y 261)



El nombre de Aspronisi se aplica á la pequeña isla situada sobre la pared submarina entre Theresia y la punta sud-occidental de Thera, las islas del centro son todas de los Kaïmeni (Quemadas); de Este á Oeste se siguen Mikra-Kaïmeni, Nea-Kaïmeni y Palæa-Kaïmeni.

esculturas, sus pinturas al fresco, sus inscripciones de caracteres pre-fenicios; después los palacios de Phaestos y de Hagia Triada han sido desenterrados del suelo y á su vez han suministrado preciosos

documentos. La escritura cretense, alfabética ó silábica, es completamente diferente de los jeroglíficos egipcios y de los cuneiformes babilónicos, acercándose más bien al sistema de transcripción chipriota; por lo demás, estas dos escrituras penetrarían en el Peloponeso y en la Grecia continental tan lejos como la civilización miceniana [1].



Cl. Monatshefte, Berlín.

HAGIA TRIADA,
PINTURAS AL FRESCO, PLANTAS Y ANIMALES

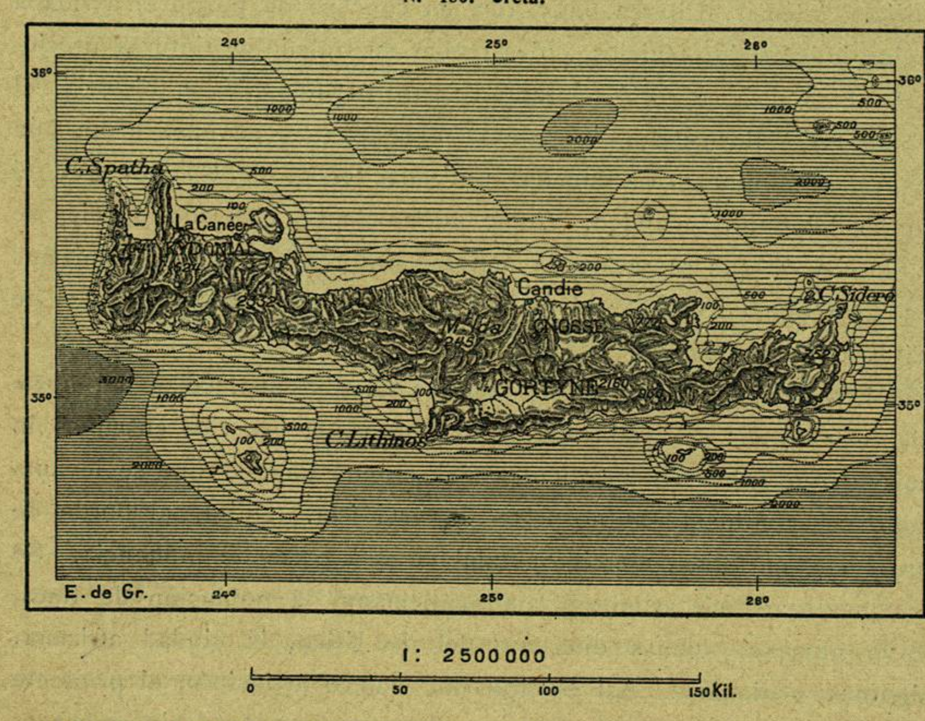
Si la posición de la gran isla explica el papel de importancia mayor que tuvo ciertamente en una época antigua, su forma hace comprender por qué el poder cretense no tuvo la fuerza necesaria para conservar á la dominación marítima una cierta unidad. No solamente la isla es muy prolongada, lo que facilita la segmentación de los habitantes en grupos distintos sin cohesión forzada, sino que los macizos de montañas están dispuestos de tal manera en el centro y á los dos extremos, que la isla se encuentra realmente dividida en tres regiones naturales sin relaciones las unas con las otras. La dominación que tenía su residencia en medio de la Creta en las campiñas que domina el monte Ida, cuna de Júpiter, pudo extenderse sobre los montañeses del Este y del Oeste por el empleo constante de la violencia, contrario á las afinidades espontáneas. Por la distribución normal de los habitantes en grupos dispuestos linealmente, en valles de difícil acceso, Creta debía dividirse naturalmente en numerosas repúblicas, bastante fuertes para defenderse cada una contra su vecina, demasiado débiles para resistir una gran invasión. La isla no presentando unidad, componiéndose de

[1] Arthur Evans, *A Mycenean System of Writing in Crete and the Peloponnesus.*

numerosas individualidades étnicas en lucha unas con otras, fué presa fácil para invasores extranjeros; su libertad data de los tiempos del mito y de la tradición, pero durante los tiempos históricos fué dominada siempre.

Los Fenicios estuvieron en el número de sus dominadores: se apoderaron de Creta como de Santorin y de tantas otras islas del

N.º 156. Creta.



Phaestos se halla al oeste de Gortine, á seis kilómetros del mar, sobre la orilla derecha del río; Hagia Triada está muy cerca de Phaestos.

Mediterráneo. La prueba de ello está en el culto al Minotauro, que debe identificarse con el Moloch fenicio, el monstruo de cabeza de buey, cuyos brazos oprimían víctimas humanas. Este culto fué de larga duración, puesto que se conservó hasta los tiempos en que los inmigrantes Griegos hubieron introducido todos los dioses de su Olimpo [1]. Rodas, Melos, Syros, permanecieron también durante muchas generaciones bajo el dominio de los Fenicios, pero la isla de

[1] André Lefèvre, *Les Origines helléniques.*

Citerea, cuyo nombre mismo parece ser de origen semítico, fué, aparte de la Hélade continental, la estación más importante de comercio, de industria y de ataque guerrero que hubiesen adquirido los mercaderes de Tiro. Centinela colocado en el ángulo del Peloponeso á la vuelta de dos mares, poseía un puerto suficientemente vasto y bien abrigado donde los barcos podían esperar cómodamente los vientos favorables para tomar rumbo hacia Sicilia, las costas de la Gran Grecia ó de Iliria. Además, Citerea, muy rica en conchas de púrpura, ayudaba á los industriales fenicios á desarrollar su trabajo de tinturas preciosas. Esta isla mereció, durante cierto período de su historia, el nombre de Porfirusa, «isla de la Púrpura», y se encuentran aún enormes montones de conchas utilizadas cerca de Gythion, en el fondo del golfo Lacónico. Como afirma Saulcy, las dos especies de moluscos de que se sacaba la materia tintórea, no eran los mismos en Tiro que en Grecia: el *Murex* fenicio era el *trunculus*, y el de Citerea el *brandaris* [1].

Los Fenicios colonizaron también islas y penínsulas del norte del mar Egeo: se establecieron en Thasos, la isla rica en minas, lo mismo que sobre las pendientes del monte Pangeo que se levanta sobre el continente al noroeste de esta isla. Quizá, al borde de otro mar, en Elida, ejercieron también una parte de influencia. Se les puede atribuir asimismo con Schliemann, la población de Itaca, cuyo nombre, apenas diferente del de Utica, la ciudad africana, significa «colonia». Así el tipo del viajero artificioso, el prudente Ulises, muy griego desde ciertos puntos de vista, sería, sin embargo, por una parte, el representante del marino de Fenicia; el hecho de que aun en nuestros días, tantos Thiakiotes (Ithakiotes) se dediquen á la navegación y al transporte de los trigos en el mar Negro, puede explicarse cumplidamente por atavismo.

Aun estamos al principio de investigaciones que se desprenden de las huellas de civilizaciones pre-helénicas; la sagacidad de los investigadores ha suministrado ya, por tanto, importantes descubrimientos. Víctor Bérard ha mostrado que unos navegantes se habían instalado en más de un promontorio rocoso unido á la costa por una lengua de tie-

[1] Movers; — Fr. Lenormant; — De Saulcy, *passim*.



Cl. Monatshefte, Berlín.

PHAESTOS, TEATRO Y ENTRADA DEL PALACIO

rra; una media docena de sitios semejantes, dispersos desde Rhodas al Atica, fueron nombrados por ellos Astipalea, en honor de alguna divinidad, y se convirtieron para los Griegos en Astipalaia ó Ciudad Vieja [1]. Si los Fenicios no se habían establecido lejos de la orilla, si no penetraban en los valles distantes de Arcadia, sino como chalanes ó piratas, conservaban, sin embargo, los istmos, y en ellos establecían fortalezas: Tirinto, Micenas y Corinto, «cuyo nombre no se explica por ninguna etimología griega», jalonan una vía cuya posesión permite evitar las peligrosas aproximaciones de los cabos del Peloponeso. Tebas manda, á igual distancia de los dos mares, en un camino de travesía entre los golfos de Chalcis y de Corinto. Ilion, alejada de la orilla, pero á caballo sobre una vía que contornea la entrada del Helesponto á los vientos hostiles, ocupa una posición del mismo orden [2]. En manos de los residentes del país, estas ciudades les permitían percibir un impuesto sobre el comercio;

[1] Víctor Bérard, *Les Phéniciens et l'Odyssée.*
[2] V. Bérard, *loc. cit.*

pero traficantes y habitantes eran demasiado útiles los unos á los otros para imponer el establecimiento de una costumbre superior al odio al extranjero; la travesía de los istmos es una de las más antiguas prácticas que hayan puesto los pueblos en contacto.

El origen semítico, fenicio ó cananeo, de la colonia que dirigió el legendario Cadmo en las llanuras de la Beocia, no puede ser puesto en duda. *Qadem* es «el Oriente» en los idiomas semíticos, y *Qadmôn* ó *Qadmoni* es «el Oriental» [1]. Es el nombre que la Biblia da á los Árabes, y probablemente el que tomaron los nuevos desembarcados en su patria beótica. El terror supersticioso que se une á su recuerdo debe considerarse como un indicio de procedencia extranjera. Aunque los Cadmenses hayan sido los maestros de los Griegos aportándoles el alfabeto, como el más precioso de los bienes, aparecen en el drama como muy particularmente malditos por el destino. Fueron á la vez los mensajeros y las víctimas de los mitos del Asia: la familia de Edipo debió cumplir y sufrir todos los crímenes, otros tantos ritos sagrados preparatorios para la extinción de su raza, porque los Griegos, que la leyenda nos representa bajo el nombre de los «Siete Jefes», lograron tomar á Tebas y purificarla completamente de la sangre extranjera. La colonia fenicia, no reforzada por nuevos inmigrantes, debía perecer necesariamente, absorbida por los elementos autóctonos, y la familia dominadora estaba condenada de antemano, sea á desaparecer, sea á acomodarse al nuevo medio, renegando de sí misma.

Quizá también esta familia no era de origen comerciante y á este respecto difería de los otros grupos fenicios establecidos en los puertos del Mediterráneo. Quizá pertenecía á un grupo de emigrantes procedentes de las poblaciones agrícolas que vivían en el interior del país cananeo en los valles y sobre los terraplenes de los montes. Cuando los Hebreos hubieron ocupado parte del país de Canaán, rechazaron esos agricultores hacia el litoral, y á continuación de esas emigraciones forzadas, enjambres de colonos, buscando nuevas tierras, debieron emigrar hacia los países lejanos para encontrar en ellos, no depósitos, sino campos de cultivo, análogos á los

[1] Movers, *Die Phoenizier*, t. I, p. 517.

N.º 157. Provincias de Grecia y colonias fenicias.



1 : 7 500 000

0 100 200 300 400 Kil.

ALGUNAS COLONIAS FENICIAS

A. Rhodas (Redos).	I. Gythion (Marathonesi).
B. Karpathos (Scarpanto).	J. Ithaque (Thiaki).
C. Creta (Candia, Kirid).	K. Lemnos (Limni).
D. Thera (Santorin).	L. Thasos (Thasso).
E. Melos (Milo).	M. Monte Pangeo (Bunar dagh).
F. Paros (Paro).	N. Abdera — debería estar situada al oeste de la escotadura marina.
G. Syros (Syra).	O. Lampsacus (Lamsaki).
H. Citerea (Kythera, Cerigo).	

Á esta lista convendría añadir Tebas, los diversos lugares nombrados Astyphalea, etc.

que habían dejado. La huída á una comarca repercutió como invasión en otra comarca [1]. Así fué como, después de la Reforma, los

[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, vol. II, p. 422.

hugonotes perseguidos, fundaron tantas comunidades nuevas en Suiza, en Alemania, en Holanda y en la Gran Bretaña.

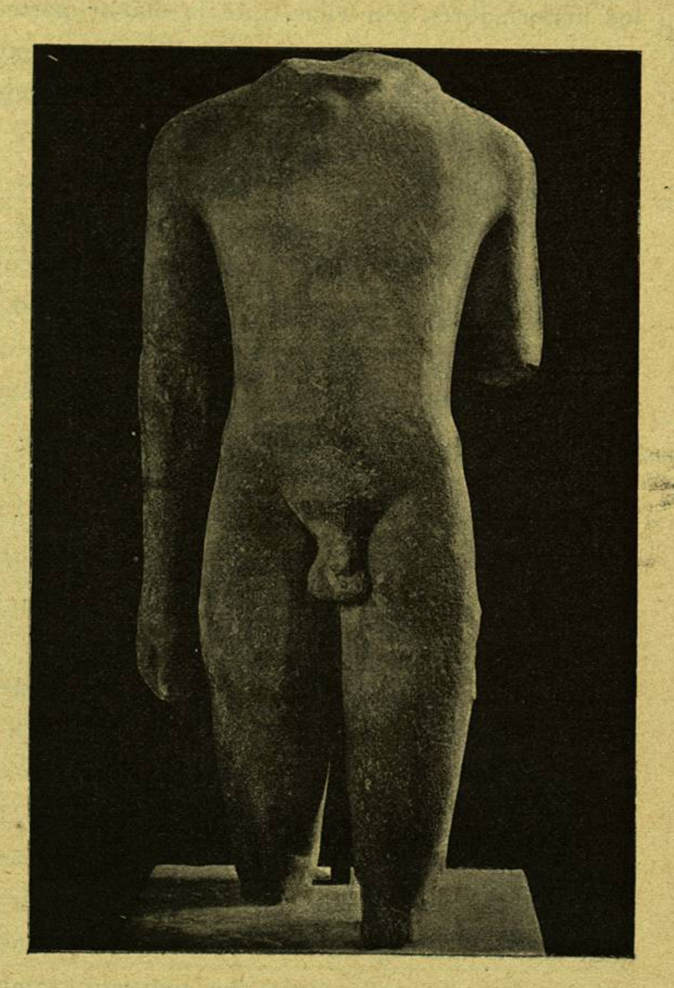
La influencia que Egipto pudo tener sobre el desarrollo de la civilización griega es difícil de determinar, vista la falta absoluta de documentos históricos y no se sabe qué parte de realidad puede atribuirse á las leyendas fabulosas de los Inacos, Cicrops, Danais y otros supuestos fundadores de colonias egipcias sobre el suelo helénico. Comenzamos á estar informados sobre las relaciones que tuvieron entre sí las poblaciones egeas y nilóticas; pero es en una época perteneciente ya de pleno á la historia griega, bajo la dinastía saita, hace veinticinco siglos, cuando tuvieron lugar las relaciones directas de pueblo á pueblo, según atestiguan los descubrimientos de Flinders Petrie en Naukratis y otros lugares, y se hizo sentir la influencia egipcia sobre la estatuaria griega en su principio. Sin duda habían existido precedentemente relaciones entre los dos continentes por intermedio de Creta ó de otras islas; pero un largo período de aislamiento separa las dos edades. Durante siglos la política absolutamente exclusivista de los Faraones había encerrado al pueblo egipcio en el foso nilótico.

Los elementos étnicos que han constituído el pueblo griego han venido sin duda de dos lados perfectamente contrastados: el Norte y el Este, aquí por las vías del mar, allá por los caminos de la montaña. Una corriente de inmigración descendió de las altas regiones frías del Pindo y de los montes volcánicos, la otra provino de las riberas más templadas del Asia Menor, de Siria ó de las islas.

Las gentes del Norte, acostumbradas á un áspero clima glacial, de viento y de nieve, eran labradores necesitados que carecían del tiempo preciso para instruirse en las artes y en las ciencias; siendo semibárbaros, no podían salir de sus altos valles sin conquistar violentamente el camino á través de las tribus enemigas, y se hacían bandidos y guerreros. Rechazados hacia el Sud por otros emigrantes que venían del valle del Danubio ó de más lejos aún, de las llanuras de la Sarmacia, rechazaban á su vez otras tribus ante ellos; una huella de sangre les seguía, una misma ondulación roja sobre el camino que tenían que trazarse. Durante su duro viaje de emigración que, de etapa en etapa, podía durar años ó siglos, adquirían costumbres cada vez más

feroces, hasta que llegando á las penínsulas que limita el mar del Sud, se presentaban como conquistadores sin piedad.

Los Orientales, que el vago soplo había conducido en sus esquifes rápidos, fueron asimismo en gran parte piratas y guerreros, pero entre ellos iban también enjambres de colonos procedentes de países cuya cultura intelectual era bastante avanzada, y que, estableciéndose sobre las costas de Grecia, llevaron consigo sus industrias y su civilización superior. Puede decirse de una manera general que la inmigración venida de las comarcas montañosas del Norte suministró principalmente la materia humana, los hombres en estado bruto, y que los navegantes del Este suministraron las ideas, las concepciones nuevas, los elementos de transformación intelectual y moral.



DIFUNTO DIVINIZADO (ESTATUA FUNERARIA)
INFLUENCIA EGIPCIA

Museo del Louvre.

Como quiera que sea, la misma posición de Grecia, en el punto de convergencia de tantas vías históricas, continentales y marítimas, no permite creer en una pureza de origen étnico para las poblaciones helenas. Los historiadores son frecuentemente engañados por vanidades nacionales; todas las aristocracias pretenden naturalmente ser los descendientes de dioses ó de héroes sin mancilla;

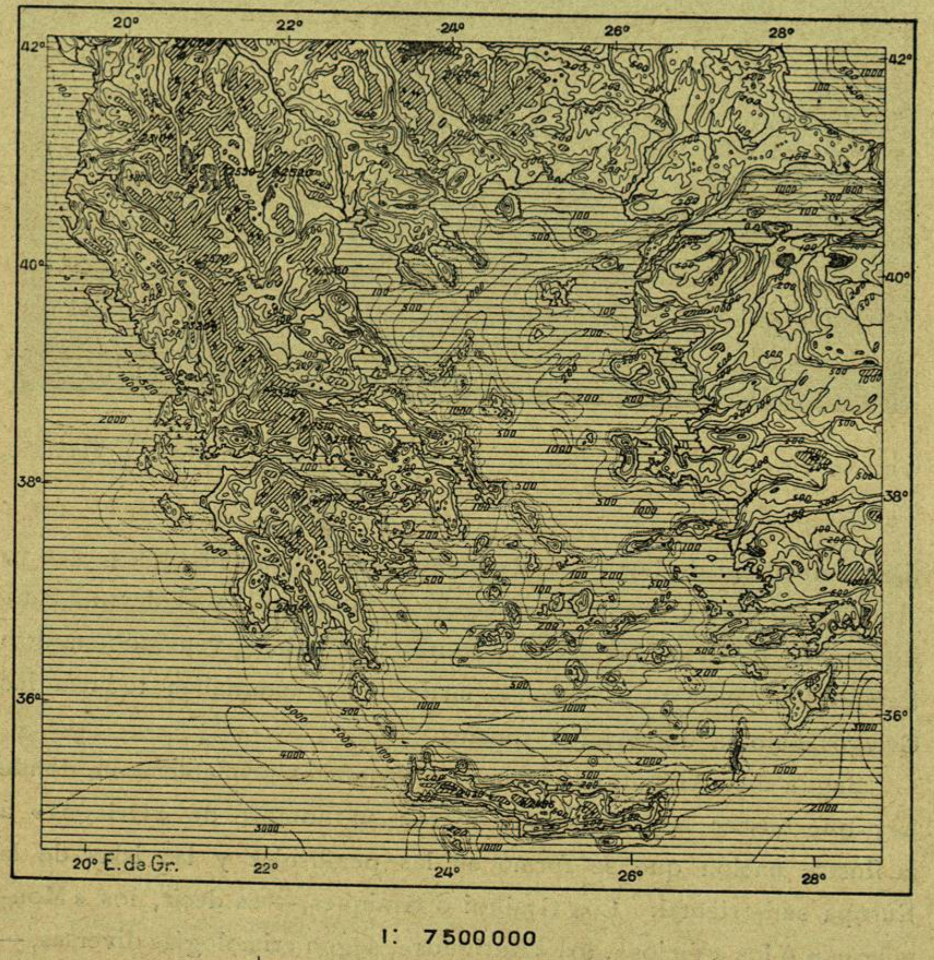
todas las ciudades, por la ambición de un nombre glorioso, tratan, en su cándida inconsciencia, de darse ilustres fundadores que reunan en su historia particular todos los altos hechos realizados durante el ciclo en que vivieron. Pero las aristocracias, las ciudades olvidan, y los historiadores con ellas, que la mayor parte de los grupos urbanos habían comenzado, sea por la llegada de extranjeros que se unieron á mujeres del país, sea por el establecimiento de cautivos que los conquistadores adiestraban para el trabajo, sea por una proclamación de amnistía y de franquicia dirigida á los bandidos y á los desesperados de toda raza. ¿No dice la leyenda que Cadmo fundó la ciudad de Tebas y que Teseo edificó Atenas alrededor de un asilo de desgraciados? [1]. «Pueblos, venid todos aquí», tal fué la forma de llamamiento que lanzó el héroe cuando quiso hacer de su ciudad el punto de cita de todos. ¿Es esta la razón por la que Homero en su *Catálogo de los barcos (Iliada,* 547) da únicamente á los Atenienses el nombre de pueblo? [2]. «No busquéis la tribu», decía un proverbio, para indicar la falta absoluta de certidumbre que presentaban las pretendidas genealogías nobiliarias.

El fondo primitivo en que vinieron á unirse los diversos elementos que dieron nacimiento á los Griegos de la historia, fué la nación llamada de los Pelasgos, que la leyenda y las tradiciones nos muestran establecida sobre todo en Epiro, en Tesalia, en Arcadia, en los valles de los montes y en ciertas islas del archipiélago; á sí mismos se decían hijos del Liceo, el «Monte de los Lobos», que se levanta en el centro del Peloponeso; llamábanse los «Hombres de la Tierra Negra» y los «Hijos de las Encinas». Rudos y fieros, eran mucho más agricultores sedentarios y constructores de ciudades, que marinos y traficantes; sin embargo, también comerciaban por mar con sus vecinos de las islas y del Asia Menor. Los Pelasgos son los que simbolizó la fábula bajo el nombre de Hércules, porque á ellos debió la Grecia los grandes trabajos de apropiación del suelo, el desagüe de los pantanos pestilentes, la dispersión de las fieras, la regularización de las corrientes de agua, la roturación de las llanuras fértiles, la construcción de las murallas de defensa y de las acró-

[1] Giambattista Vico, *Science nouvelle*, edición francesa, p. 202.
[2] Aristote, *République athénienne*, edición Th. Reinach, págs. 2 y 3.

polis. La posteridad casi los divinizó como gigantes, seres sobrehumanos, constructores prodigiosos, cuyos débiles descendientes no hubiesen podido imitarles; se imaginó que una fuerza superior les había animado cuando construyeron esos muros que todavía existen

N.º 158. Relieve de las tierras egeas.



diseminados en diferentes puntos de Grecia. Gran número de familias antiguas, principalmente en el Atica, se vanagloriaban de descender de aquellos «autóctonos», y esta pretensión debió ser justificada en muchos casos, gracias á las costumbres conservadoras de las poblaciones agrícolas. Del mismo modo, la lengua y la religión se continuaron, á través de las edades, como lo atestiguan los an-

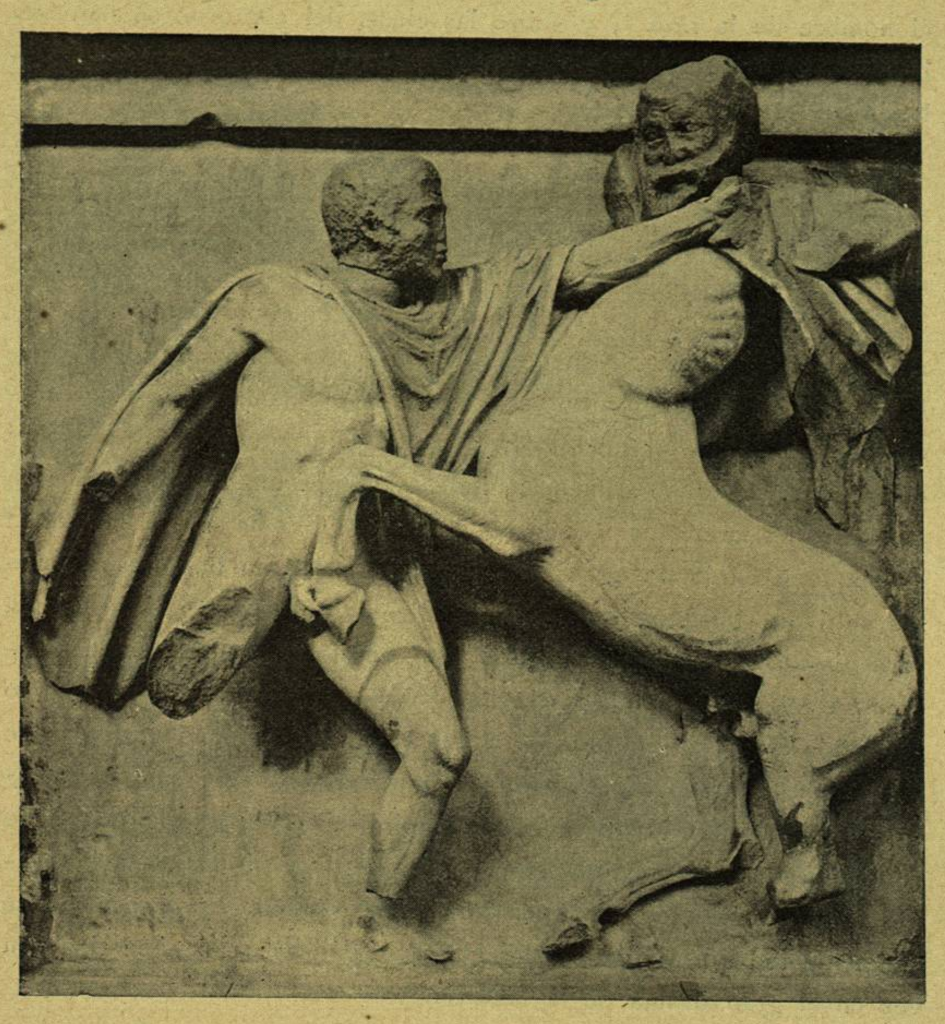


VALLE DEL PENEO, ENTREVISTO AL PIE DE UNO DE LOS SIETE CONVENTOS DE LOS METEOROS, Ó DE KALAMBAKA, ALTA TESALIA

tiguos nombres de lugares y de divinidades. Los Pelasgos tenían ya sus Zeus, á quien adoraban mirando el cielo azul, y el devoto Pausanias nos habla de las piedras brutas que habían venerado en otro tiempo los Pelasgos y ante las cuales se prosternaban todavía los Griegos bajo la dominación romana.

Según dice Aristóteles, entre los Pelasgos es probablemente donde hay que buscar las tribus que dieron su nombre de «Griegos» á la ilustre nación que se formó en las penínsulas y las islas de la Europa sud-oriental. Los Graikoi ó Graiques, — es decir, los «Montañeses» ó los «Viejos», los «Antiguos», según etimologías diversas, — eran los rudos habitantes de los altos valles forestales del Epiro, y cerca de ellos residían los Selles ó Helles, antepasados de los Helenos, cuyo nombre recuerda el de Selene, la diosa Lunar, el de Helena, la mujer de perfecta belleza que se muestra á nosotros en la aurora de la historia, entre dos pueblos que luchan ferozmente por ella [1]. Es interesante hacer constar que las denominaciones originarias de la

[1] André Lefèvre, *Les Origines helléniques*.



CENTAURO Y LAPITA — FRISO DEL PARTENÓN Cl. Mansell.

nación griega proceden de una provincia montañosa, el Epiro, que casi siempre fué considerada como situada fuera de la Grecia propiamente dicha, á causa del carácter bárbaro de sus habitantes.

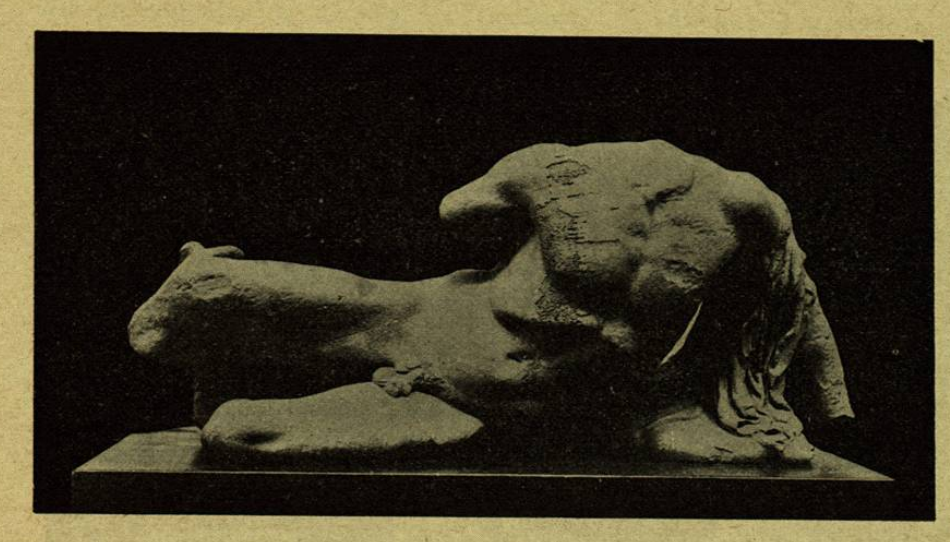
La Tesalia, otro país de los orígenes, donde se eleva el Olimpo, el monte sagrado por excelencia, donde corre el Peneo de Tempe, entre los bosquecillos de laureles, también frecuentemente considerada como país extranjero, era el territorio en que los primeros habitantes representaron, bajo el nombre de Centauros (es decir, Pica-toro, vaquero á caballo), un papel tan importante en la mitología griega; allí, no obstante, se hallaba la pequeña ciudad de Hellas, que llevaba

el nombre de la raza [1], y sobre las cimas del contorno se sentaban los antiguos dioses, los Titanes, y los dioses nuevos, el Zeus Panhelénico.

En aquellas épocas prehistóricas, mejor que durante las edades de la gran prosperidad griega, Grecia se hallaba forzosamente dividida en diversos pequeños grupos de vida política autónoma, cada uno con su denominación particular. Las comunicaciones por mar no eran entonces tan frecuentes y fáciles como lo fueron después, y las poblaciones de agricultores sedentarios permanecían casi encerradas en su estrecho territorio. De Norte á Sud se ven sucederse sobre el mapa esas pequeñas cuencas, independientes unas de otras por un anfiteatro de montañas. Cada pequeña república de campesinos tenía su pequeño curso de agua bordeado de árboles, su llanura seca para los cultivos, bosques sobre las pendientes, un promontorio ó una roca aislada para sus acrópolis ó sus templos; algunas tenían también su puerto de salida hacia un golfo del litoral. De este modo todos los elementos necesarios á una pequeña sociedad autónoma se encontraba en esos espacios que la mirada abraza en su conjunto y que forman, sin embargo, mundos completos. Cada isla del mar Egeo constituía también un universo de escasas dimensiones, con sus valles y sus arroyuelos, sus rocas y sus ensenadas. No hay para qué enumerar todas esas individualidades geográficas: cada una tiene su vez en el gran drama de la historia.

De todos esos pequeños mundos distintos que se bastan á sí mismos, hay uno que parece haber sido muy particularmente notable por sus riquezas, sus progresos en la civilización y la práctica de las artes. La nación de los Minienos, que ocupaba sobre todo la rica llanura del Kephissos, entre el Kallidromo, el Oeta y el Parnaso, y cuya capital era el Orkhomenos, cerca del punto donde se extendían en otro tiempo las aguas del lago Copais. Poseedores de esa magnífica cuenca agrícola, muy bien regada, los Minienos disponían también de un excelente puerto natural, rada inmensa donde sus flotillas podían esperar el viento favorable para dirigirse hacia

[1] Bursian, *Geographie von Griechenland*.



Museo Británico. EL RÍO CEFISO, POR FIDIAS Cl. Mansell.

Hay varios ríos del mismo nombre en Grecia. Los más importantes son el Cefiso de Beocia que menciona el texto, y el Cefiso que atraviesa á Atenas. Este último es el que Fidias ha representado.

Lemnos, Thasos ó el Helesponto, rodeando la Eubea, sea por el Norte, sea por el Sud [1]. Parece que los Minienos habían tenido la ciencia necesaria para regular el desagüe del lago Copais: unas galerías subterráneas le hacían comunicar con el golfo de Atalante por una de las ensenadas del litoral; habían, pues, logrado aumentar la superficie de su territorio en praderas y en campos de cultivo y purificar el suelo de aguas pantanosas, el aire de gérmenes venenosos. Después de ellos, los pueblos que se sucedieron durante tres mil años, cesaron de cuidar su territorio, y la fiebre, la pestilencia y la miseria hicieron de él una comarca triste y peligrosa, de suelo pérfido y de aire insano. Se han necesitado todos los recursos de la industria moderna para restaurar la obra de los Minienos.

La península de la Argólida, tan elegantemente recortada en el ángulo nord-oriental del Peloponeso, entre dos golfos profundos y en la proximidad de un tercero, el de Corinto, fué también habitada por tribus cultas que, en los orígenes de la historia, nos aparecen

[1] Otfried Muller, *Orchomenos und die Minyen*.



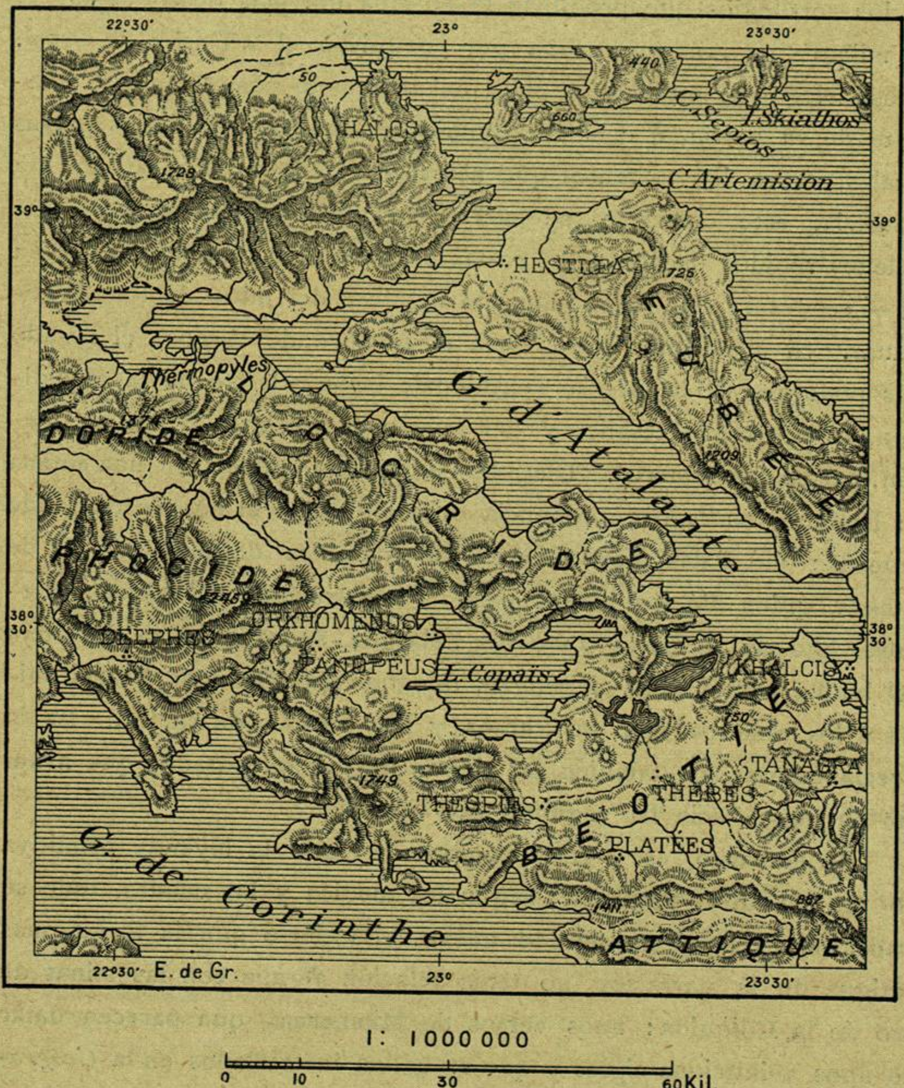
MICENAS — PUERTA DE LOS LEONES Cl. Roux.

como un pueblo que inició á los otros Griegos. A él pertenecía la hegemonía de todos los Aqueos en la época legendaria de la guerra de Troya; Agamenón, el pastor de los pueblos, era rey de Argos. Esta península, tan fácilmente abordable por todas partes, debía recibir, mucho mejor que la llanura cerrada de los Minienos, todas las influencias venidas por mar, hasta de lejanas riberas; allí se encuentran elementos de cultura procedentes de las islas del archipiélago de Chipre y de la península del Asia Menor. El carácter esencialmente asiático presentado por la civilización de Argos en los primeros tiempos de la historia, es notabilísimo. Los indígenas, aun no bastante hábiles para construirse bellos recintos fortificados y desdeñando amontonar groseramente piedras brutas como los Pelasgos del interior, llamaron á los «Cíclopes» de Licia, tierra anatólica, para construir sus murallas. Fueron obreros originarios del Asia Menor, entonces en el área de influencia de los Hititas, quienes construye-

ron las murallas de Tirinto, de Micenas [1], y quienes erigieron á la entrada de la famosa acrópolis de los reyes, ese bajo-relieve de los leones, que atestigua un arte primitivo todavía inaccesible á los Griegos.

N.º 159. Beocia y Valle del Cefiso.

(Véase página 276)



Las relaciones de toda clase que se habían establecido entre las diversas comunidades políticas de las opuestas riberas del mar

[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, vol. II, p. 410.

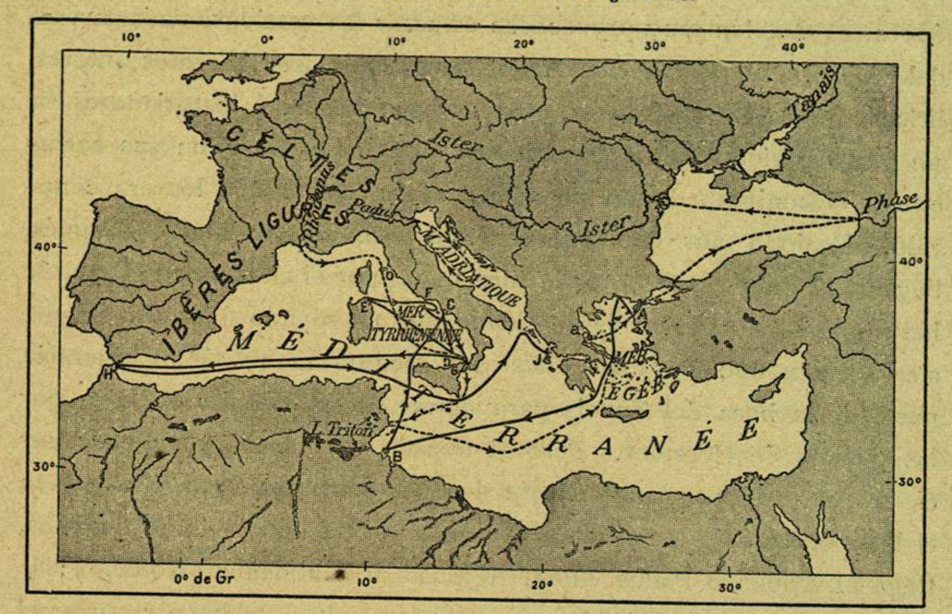
Egeo, en Europa y en Asia, habían tomado tal frecuencia en aquellas lejanas épocas que el mar Negro, el Ponto Euxino, había entrado ya en el círculo de atracción de Grecia; Jason, personaje que simboliza la fuerza de expansión de los Minienos, Argeos y otros Helenos, se asocia á los héroes de todas las razas de Grecia, triunfa de los sortilegios que prohibían la entrada del mar desconocido, y, de milagro en milagro, acaba por conquistar el «Toisón de oro». Unos Griegos se establecen, pues, en un mundo completamente diferente de su patria, á cien mil estadíos de los valles ó de las playas natales, sobre los torrentes que acarrean el oro del Cáucaso. Esta industria, este comercio, se hacen bastante importantes para que Helenos venidos de todas las costas del archipiélago tomen parte en él, — eso es lo que atestiguan los detalles del mito de los Argonautas. Si el mismo barco tomó el nombre de Argos, el Estado más poderoso de la Grecia meridional, Jason, el jefe de la expedición, es de origen tesalio, y del puerto de Jolchos, al pie del Pelión, parten los remeros. Una pieza de madera, tallada en una encina de Dodono, en Epiro, pronuncia oráculos como el bosque de donde procede; fué Palas, cuyo nombre se identifica después con el de Atenas, quien dió los planos para la construcción del barco; Hércules, hijo de la tierra como los Pelasgos, se halla en la delantera del buque para vigilar el peligro, mientras que Orfeo de Tracia anima á los remeros con sus cantos y los acordes de su lira. Es la Grecia entera, son también las tierras de los antepasados que avanzan en masa hacia las regiones del Cáucaso.

Sin embargo, es preciso comprender que la leyenda primitiva no era un mito comercial; según los medios y las edades, todo se transforma y toma un sentido nuevo. Es cierto que la forma más antigua de la narración no tenía relación alguna con las minas de oro de la Cólquida: unos versos de Mimnermo, que parecen datar de unos veinticinco siglos y que se hallan intercalados en la *Geografía de Strabon*, nos hablan de los «rayos del Sol de curso rápido» que «reposan extendidos sobre un lecho de oro» [1]. Con toda evidencia el mito es puramente solar, y ese lecho de rayos de oro que,

[1] Strabon, libro I, cap. II, 40, Ed. Am. Tardieu.

por otra parte, podría buscarse lo mismo en Occidente que en Oriente, no es más que el carcax de flechas depositado por el dios cuando ha acabado de recorrer el cielo. Al crepúsculo vespertino, los coloca

N.° 160. Viajes de Ulises y de los Argonautas.



Viaje de Ulises (según V. Bérard) Viaje de los Argonautas (según el texto)

1: 40 000 000

0 150 500 1000 1500 Kil

A. Ulises se embarca en Troya y dirige la excursión de piratería por las costas de Tracia.
B. País de los Lotófagos, isla Djerba.
C. Residencia de los Cíclopes, Campos Flégeos.
D. Residencia de Eolo, Stromboli.
E. País de los Lestrygons.
F. Residencia de Circe (monte Circeo, cerca de Terracina), después visita al país de los muertos (Averno); luego nueva visita á la residencia de Circe, el viaje se dirige hacia Mesina, atravesando el mar de las Sirenas (entre Capri y la costa).
G. Caribdis y Scila (estrecho de Mesina) é Isla del Sol (Taormina).
H. Residencia de Calipso, isla del Peregil, al pie del monte de los Monos, al oeste de Ceuta.
I. Residencia de Alkinoos y Nausikaa, Corcira.
J. Regreso á Itaca, después de diez años de viaje.

a. Jolchos.
b. Isla de Elba.

sobre montones de nubes purpúreas; á la aurora, les halla sobre bandas de rosadas nubecillas, y emprende nuevamente su marcha triunfal. ¿Pero, dónde se encuentran esas armas solares? Á lo lejos, siempre más lejos, más allá del horizonte vespertino y del horizonte

de la mañana, y se necesitó que naciesen edades utilitarias para que mentes limitadas, como la de Strabon, viesen lingotes de oro en esos rayos del Sol y el vellón de ovejas constelado de pepitas en el tesoro conquistado por Jason [1].

Desde el punto de vista de los conocimientos geográficos de la época, es también muy provechoso estudiar las versiones dadas acerca del viaje de regreso de los Argonautas según los diferentes autores, líricos, dramaturgos ú otros. Todos esos poetas ó historiadores de un largo período épico se esfuerzan por comprender en sus narraciones el conjunto de las comarcas de la Tierra que les era conocido. Hesiodo nos dice que el Argo remonta el Phaso, después, llegado al gran río Océano, se hizo llevar por él alrededor del mundo hasta el sud de Libia, desde donde fué convoyado á través del desierto hasta uno de los golfos del Mediterráneo. Otro itinerario parte de la boca del Tanais para entrar en un circuito análogo por las puertas de Hércules. Pero el trazado que acaba por prevalecer es el que propone Apolonio de Rodas: hace penetrar el Argo en el Ister ó Danubio, de donde, por una serie de bifurcaciones fluviales, llega al Eridán ó Padus (Po), después al Rhodanus (Ródano); le conduce al país de los Liguros y de los Celtas, le hace recorrer el mar Adriático y el mar Tirreno, visitar la isla de Elba, escapar, cerca del golfo de Nápoles, ó en otra parte, al temible canto de las Sirenas, después á los peligros del estrecho de Mesina y remontar, en el continente libio, hasta el lago Tritón, que buscan los arqueólogos actuales en las costas de Túnez.

El mito de los Argonautas resume todos los conocimientos geográficos de los Griegos en la época en que comienza para nosotros la historia escrita del mundo mediterráneo. Es un documento histórico de primer orden al que se junta la narración de las aventuras de Ulises, y que corresponde al cuadro de los pueblos conocidos que nos ha conservado el *Génesis;* sólo que el resumen etnográfico transmitido por los Semitas presenta un carácter más estrecho. Los Hebreos tenían gran empeño en recordar su propia genealogía y en determinar sus relaciones, de parentesco ó de odio hereditario, con

[1] E.-H. Bunbury, *History of ancient Geography*, vol. I, p. 20.

los pueblos que les rodeaban; solamente estudiaban el mundo desde su punto de vista egoísta de nación escogida, mientras que los Griegos, más curiosos, solicitados por la pintoresca variedad de las riberas que se desarrollaban ante sí, comprendían las extensiones circundantes con intención más objetiva; trataban, no de glorificarse, sino de saber. Ese contraste es natural entre dos razas, una de las cuales habitaba un estrecho territorio rodeado por el desierto, y la otra, movilizada por su medio, cambiaba voluntariamente de residencia, yendo de un lado á otro sobre las cambiantes olas del Mediterráneo.

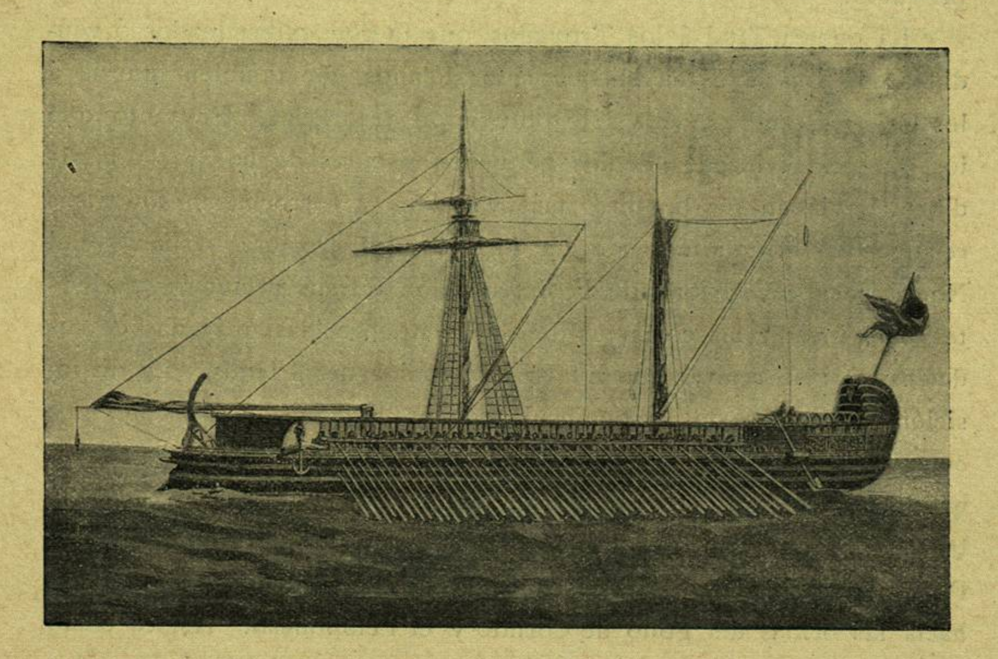
Los conflictos de intereses, las ambiciones rivales que debían producirse entre los pueblos, á ambos lados del mar Egeo, acabaron por producir una violenta ruptura de equilibrio: tal fué la guerra de Troya, en la que se vió á la mayoría de los Griegos occidentales, guiados por los Aqueos, llevar la guerra á las costas del Asia Menor y chocar allí durante largos años contra las poblaciones dardanelas de la comarca, emparentadas con los Tracios del Hœmus y con los Frigios de la Anatolia interior. No se sabe sino con la aproximación de un par de siglos, la época en que tuvieron lugar esos terribles conflictos cuya memoria se conservará siempre entre los hombres, gracias á los cantos de Homero y á las rapsodias; tampoco se tiene seguridad de que Troya, á cuyo rededor el cruel vencedor arrastró el cadáver de Héctor, sea una de las ciudades exhumadas por Schliemann sobre la colina de Hissarlyk: ninguna inscripción da autenticidad al descubrimiento del «tesoro de Príamo»; tampoco puede precisarse el sitio de Ilion en el tiempo ni sobre el suelo. Lo que es cierto es que el choque tuvo lugar y que puso en movimiento, como un huracán, las poblaciones de la Hélade y del Asia Menor; tampoco puede dudarse que las estrechas hondonadas del Simois y del Scamandro, que desembocan á la entrada misma del Helesponto, hayan sido los lugares de la lucha entre los combatientes; las ruinas, los túmulos funerarios, los restos de ciudades calcinadas atestiguan la importancia de los acontecimientos que se realizaron en otro tiempo en ese ángulo nor-occidental del Asia Menor. Tal vez puedan conciliarse las afirmaciones contradictorias de los sabios á propósito de los tiempos y de los lugares, admitiendo que hubo varias «guerras de Troya»; la epopeya de

Homero simbolizaría entonces una época durante la cual los corsarios griegos hacían incursiones guerreras en esos bellos y ricos territorios de la Dardania. Unas veces vencedores, otras vencidos, acabaron por apoderarse de las fortalezas enemigas, y los Troyanos sobrevivientes tuvieron que buscar asilo en tierras extranjeras. Así proceden las naciones para resumir en una epopeya ó hasta en un simple mito todas las vicisitudes de un ciclo de la historia.

Si hemos de atenernos estrictamente á la narración de la *Iliada*, habría que creer en un parentesco muy próximo entre los invasores Griegos y los Troyanos. Hábitos y costumbres son los mismos de una parte y de otra; desde las laderas opuestas de las murallas se provocan los combatientes en la misma lengua; los dioses á los cuales se dirigen peticiones de socorro ó acciones de gracias, difieren unos de otros, pero todos tienen asiento en el mismo Olimpo. Ha habido historiadores que han pretendido con gran apariencia de razón, apoyándose sobre el texto preciso de los antiguos cantos, que no había diferencia esencial de raza ni de origen entre los ejércitos que se disputaban Ilion. Pero una epopeya no es una memoria histórica; transforma los acontecimientos que pone en escena; como el teatro, les da la misma lengua, les coloca en un mismo medio [1]; el interés popular lo exige; no hubiera podido tolerarse la intervención de un intérprete entre dos héroes que luchan, animados por pasiones furiosas. Así como en los libros de caballería Cruzados y Sarracenos se interpelan como si hablasen un mismo idioma, así también en el pasado de tiempos remotos el poeta no repara en hacer conversar como si fueran Griegos los guerreros de Troya y sus aliados venidos de las profundidades del Asia. Puede ser que en realidad el contraste de los idiomas, de los pensamientos y de las costumbres haya sido considerable entre los pueblos en lucha; quizá también, hasta cierto punto, la guerra de Troya simbolice un conflicto entre Europa y Asia, análogo al que se produjo durante las guerras médicas. Recuérdase el principio de las *Historias* de Herodoto; desde sus primeras palabras, el gran viajero, remontándose á los orígenes, establece una diferencia étnica entre los Europeos y los Asiáticos y hace á los Persas solidarios de los Troyanos; la causa de la enemistad hereditaria, según él, podría ser la ruina de Ilion por los Griegos.

[1] L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, ps. 160 y 161.

Como quiera que sea, el ciclo de la civilización era ciertamente el mismo para todos los ribereños del mar Egeo, orientales y occidentales. Unos y otros habían pasado, hacía ya mucho tiempo, la



TRIRREME GRIEGA RESTAURADA

edad de la piedra; estaban todavía en plena edad del bronce, aunque probablemente se usasen ya las armas de hierro. Un hermoso verso que tres mil años no han podido envejecer, se presenta dos veces en la *Odisea* (XVI, 294; XIX, 13): «Por sí mismo el hierro impulsa al hombre». Esta palabra, que la misma repetición indica haberse usado como un proverbio, no pudo haber tomado ese carácter proverbial sino en un siglo en que, para batirse, los guerreros empleasen el hierro, el metal de que verdugos y soldados se sirven todavía para desgarrar las carnes y cortar miembros y cabezas [1].

[1] G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 230.

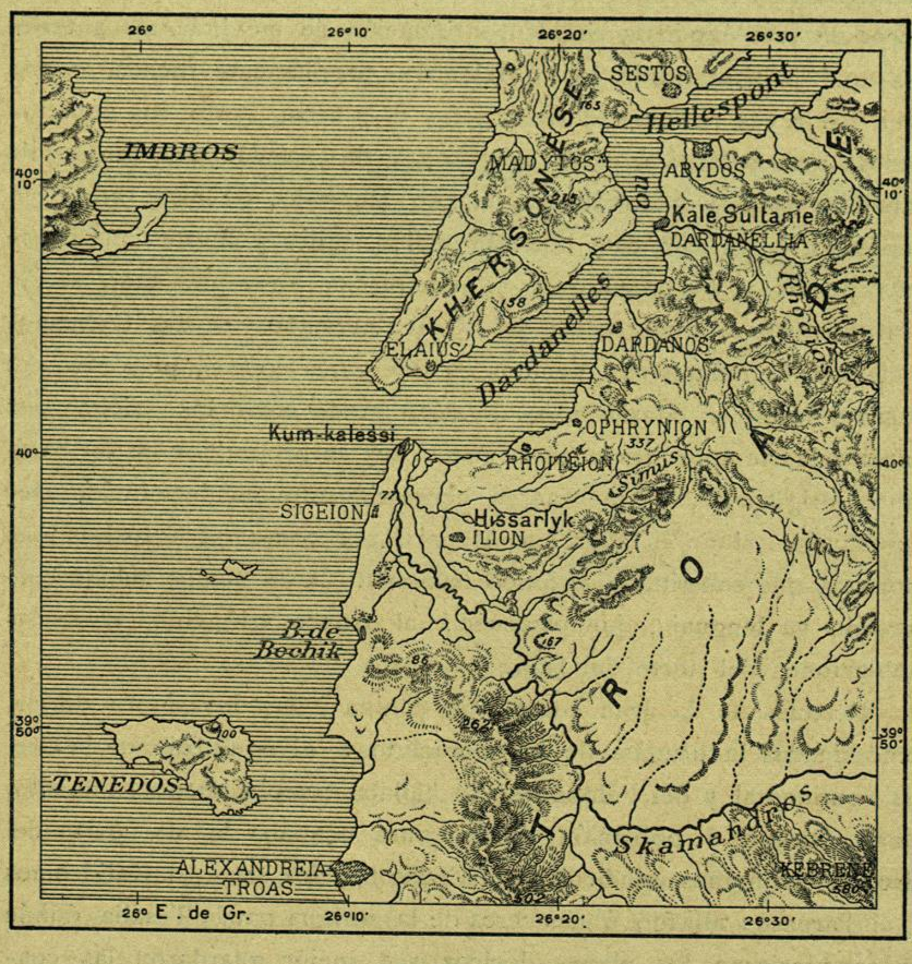
El testimonio de los mismos Griegos es unánime en hacer remontar hasta los Asiáticos el mérito del descubrimiento de la fabricación del hierro. Desde la más remota antigüedad, los mineros calibes, que vivían sobre las riberas meridionales del Ponto Euxino, hacia las bocas del Iris, eran famosos como fabricantes de armas, y hasta aprendieron á endurecer el hierro hasta cambiarle en acero; de donde se origina el nombre *chalybs* que tomó el nuevo producto.

La guerra, fatal á los Troyanos, que fueron exterminados ó vendidos como esclavos en los mercados lejanos, fué también funesta á los Griegos, que con ella sólo obtuvieron desgracias. En tanto que los pueblos civilizados de los pequeños Estados de la Grecia meridional enviaban sus hombres más valientes y derrochaban todos sus recursos en la conquista de un imperio, los Dorios, bárbaros del Norte, se aprovechaban de la extenuación de sus vecinos y parientes para invadir las comarcas del Sud, empobrecidas, privadas de sus defensores: se realizó una nueva emigración de Griegos. La disposición triangular de la península de los Balkanes debía tener por consecuencia comprimir los pueblos en la dirección del Sud; propagándose cada gran movimiento de las llanuras del Norte, ayudaba á las emigraciones que se hacían desde los valles de Hœmus y del Pindo hacia la Tesalia y el Epiro, y desde esas mismas comarcas hacia las orillas del golfo de Corinto y el Peloponeso. Así es como los Pelasgos se habían extendido por las comarcas del Sud, como los Argeos del Norte, agrupados al pie del Olimpo, habían emigrado hacia la península del Mediodía que llegó á ser la Argólida.

Homero apenas menciona los Dorios; estos pobres clanes de montañeses no solían ser contados en su época entre los pueblos de la Grecia propiamente dicha. Sin embargo, las disensiones de los Helenos cultos y la debilidad de los Estados meridionales, les suministraron la ocasión de tomar un ascendiente que duró algunos siglos. Guiados por príncipes áqueos, que pretendían ser «hijos de Hércules» y que querían volver á su patria como conquistadores, los Dorios abandonaron sus ásperas regiones para ir alegremente al saqueo de comarcas más favorecidas por el Sol. De rudos agricultores y pastores que eran, se hicieron, como ya hemos dicho, hombres de

matanza y de botín, á lo que su medio salvaje les predisponía ya; aprendieron á vivir, «no de la reja del arado, sino del hierro de la lanza»; tierras, esclavos, riquezas, pidieron todo á esa punta ace-

N.º 161. Ubi Troja fuit.



La dificultad de doblar la punta de Kum-Kalessi condujo á los marinos á establecer un camino de tierra entre la bahía de Bechik (Besika Bay) y la primera cala del estrecho de los Dardanelos. Este istmo es el que vigilaba Ilion.

rada que tenían en sus manos. Por lo demás, parece que ese modo de combatir les facilitó la victoria; contra los Aqueos, que se precipitaban en desorden á la manera de los héroes de Homero, comen-

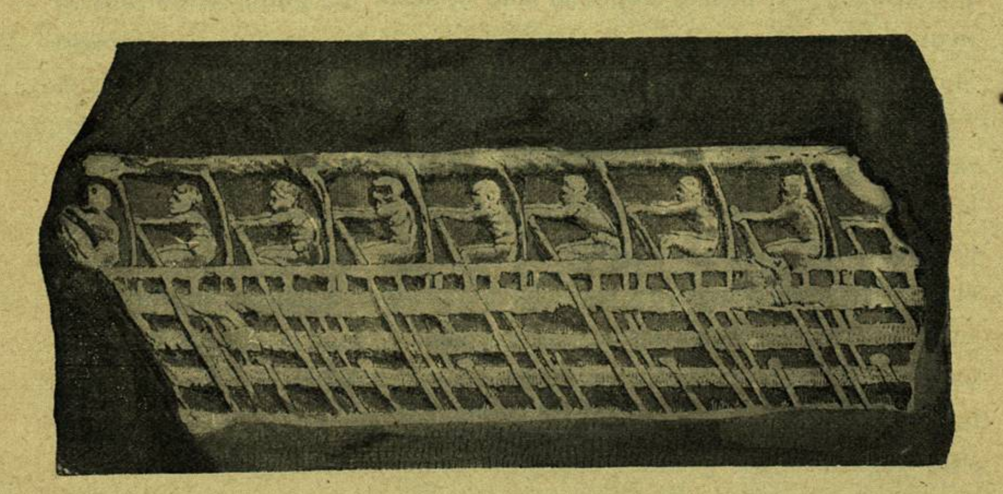
zando por desafiarse é injuriarse mutuamente, los Dorios avanzaban en silencio, pegados unos á otros, como una muralla en movimiento [1]; era casi la falange macedónica algunos siglos antes de Filipo.

Las invasiones dorias se sucedieron probablemente durante muchas generaciones de hombres, y todos los indicios concuerdan para hacer de este éxodo la simple continuación de movimientos anteriores que habían traído los «Helenos» propiamente dichos, ó más bien los reyes conquistadores y jefes de guerra, entre los autóctonos de raza pelásgica. Los aristócratas, de grandes ojos azules, de cabellera flotante y dorada, de cráneo alargado, de nariz recta sin depresión en la raíz, esos hombres bellos, ágiles y fuertes que nuestros poetas y los escultores se complacen en representar, serían «Hiperbóreos», inmigrantes del Norte, hermanos de los Germanos y de los Escandinavos. Venidos en diferentes épocas, pero siempre como señores, se consideraban de buen grado como los Griegos por excelencia, aunque fuesen poco numerosos en proporción de los habitantes originarios, y que fuesen necesariamente condenados á perder su tipo, si no es quizá en Albania, por parecerse á los hombres morenos que constituían el fondo nacional. Á lo menos habían conservado su lenguaje, que pertenecía al tronco ario, como el de las poblaciones del norte del Irán.

Después de la gran conmoción debida á las invasiones dorias, denominadas la «vuelta de los Heráclidos», el equilibrio de la Grecia continental y del Peloponeso se hallaba completamente cambiado. Una «Doris» ó población dórica pura ocupaba la alta parte del circo de montañas donde nace el Cefiso beocio, entre el Kalidromos y el Parnaso: allí fué, ó más cerca de la antigua patria Tesalia, donde se establecieron los clanes dóricos que mejor guardaron las costumbres originarias, cultivando ellos mismos el suelo de los ásperos y pobres valles que habían conquistado. Pero el grueso del ejército invasor había penetrado más, se había apoderado de la Fócida hasta el golfo de Corinto; después, contorneando el Ática, valientemente defendida, había forzado las puertas del Peloponeso, en Megara, en Corinto, y rechazando, matando ó esclavizando las poblaciones residentes, por el derecho de la lanza, había hecho una tierra dórica de los antiguos reinos y comunidades pastorales del Oriente y del centro de la península.

[1] L. von Ranke, *Weltgeschichte*, t. I, 1, p. 169.

La Argólida y la Laconia, sobre todo, llegaron á ser los centros de la dominación dórica, sin que, por otra parte, la raza de los conquistadores se conservase allí pura: después, hasta los mismos reyes de Esparta se vanagloriaron de su origen áqueo [1]. Las regiones del Peloponeso que, en todo ó en parte, escaparon á los Dorios, fueron las tierras montañosas del norte y del centro. Los Aqueos, rechazados en los valles del Cyleno y del Erymanto, se estrecharon unos contra otros á la vista de las aguas del golfo de Corinto; los pastores arcadianos, acantonados en su fortaleza, en medio del Peloponeso, conservaron en muchos puntos el goce de sus bosques y de sus praderas, y si los Mesenios hubieron de acatar al fin la ley del atroz vencedor, al menos fué después de haber resistido heroicamente. En cuanto á la Elide, con sus bellas campiñas regadas por abundantes aguas, estaba completamente abierta á las invasiones dóricas, y fué, en efecto, sometida á reyes de la raza conquistadora, pero en virtud de un acuerdo con unas ciudades confederadas.



TRIRREME AFRACTA, GALERA SIN PUENTE DE TRES ÓRDENES DE REMOS
BAJO-RELIEVE DE LA ACRÓPOLIS DE ATENAS

[1] Herodoto, *Histoires*, lib. V, 72.

Mucho antes que los juegos olímpicos llegasen á ser la fiesta por excelencia de Grecia, la Elide era un país venerado de todos, gracias á un santuario fundado por el mítico Pelops, que á los juegos públicos unía la santidad y la fama del templo. Debido á ello, la comarca fué relativamente bien tratada por los feroces Dorios, y después fué exceptuada durante mucho tiempo de las incursiones y de los saqueos, á pesar de las enormes riquezas que á la misma aportaban los fieles y los gimnastas. Del mismo modo, al lado opuesto del golfo de Corinto, el pequeño Estado sacerdotal de Delfos debió á la majestad de sus oráculos la conservación de su independencia y la adquisición de sus tesoros [1].

Hasta más allá de los estrechos y el mar, los pueblos se desplazaron á consecuencia de la gran emigración dórica que, después de la toma de posesión de los puertos del Peloponeso, se prosiguió también sobre las aguas. Así los Jonios, sobrado comprimidos en el Atica, tierra demasiado estrecha para ellos, debieron, por consecuencia, dirigirse hacia las costas del Asia Menor en busca de nuevas patrias; á la orilla de golfos bien resguardados y sobre promontorios fáciles de defender, nacieron bellas ciudades, y algunas de ellas llegaron á ser grandes depósitos comerciales, lugares de estudio y de saber y ocuparon en la historia del pensamiento humano un lugar poco menos importante que el de la Atenas de Europa [2]. En esta parte del mundo antiguo se produjo, pues, un movimiento histórico muy poderoso, orientado de Oeste á Este, precisamente en sentido inverso de la supuesta marcha normal de la civilización, describiendo su trayectoria en la dirección de Occidente. La rica floración de cultura que se verificó en las penínsulas del Asia Menor tuvo ciertamente entre sus causas mayores este hecho considerable, que los desterrados voluntarios de la Grecia europea eran ante todo hombres excepcionales de iniciativa y de inteligencia. Cualesquiera que fueran, por otra parte, las felices condiciones del nuevo medio, las colonias fundadas por hombres á quienes en la adversidad sostenían fuertes convicciones ó pasiones enérgicas, brillaron siempre entre las colectividades políticas; pero ¡cuánto favoreció la Naturaleza en aquella circunstancia á aquellos hombres valerosos!

[1] Georges Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 8.
[2] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, vol. II, p. 423.

Las penínsulas de bellas riberas del Asia Menor, los valles fértiles que recortan el litoral, las islas que forman como una segunda orilla delante de la primera y le dan una sucesión de radas y de puertos naturales, todo ese conjunto que difiere por completo de la alta meseta anatolia, áspera, monótona, árida, y se desarrolla en cuencas cerradas alrededor de bahías salinas, constituye en realidad un mundo aparte: es, en geografía, como lo fué en historia, una verdadera Grecia asiática [1]; pero esa otra Hélade se distinguía de la primera por la mayor extensión de sus proporciones. Las tierras del Asia griega tienen amplias campiñas de mucha mayor extensión y gran riqueza en aluviones generosos que las pequeñas y estrechas cuencas del Peloponeso y de la Beocia. Ríos caudalosos les recorren, suministrando agua suficiente para el riego y abriendo caminos de comunicación fácil con las mesetas del interior y las lejanas poblaciones del Taurus [2].





Según Pouqueville.

TIPOS DE HÉROES GRIEGOS

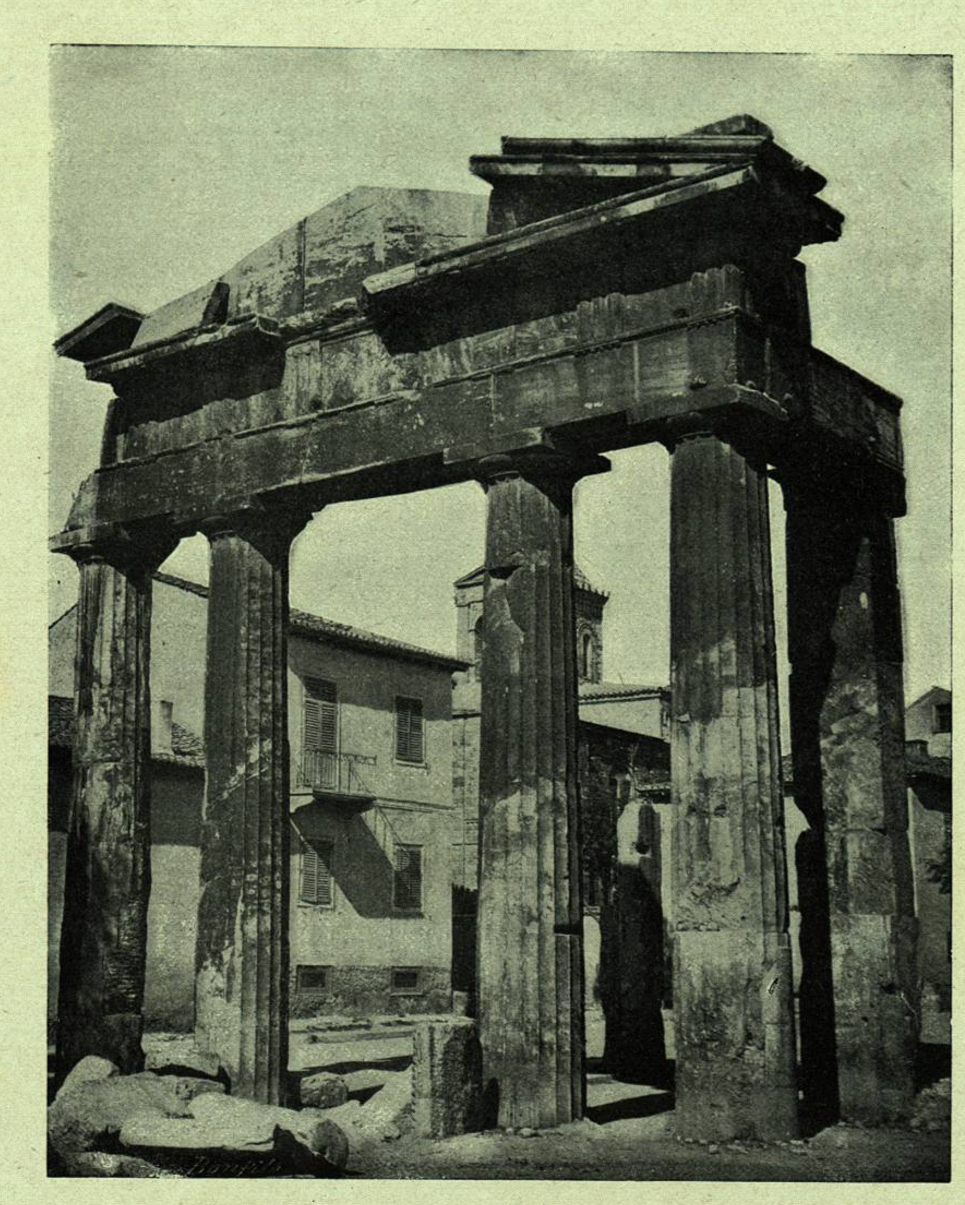
Entre todas las ciudades de esta Hélade de Asia, Mileto fué la que desarrolló más iniciativa é inteligencia por la extensión de su comercio y de su gloria. Bien es verdad que disponía de ventajas naturales de primer orden: situada en medio de los puntos de navegación que se extienden desde la entrada del Helesponto á la isla de

[1] Ernst Curtius, *Die Ionier vor der griechischen Wanderung*, p. 9.
[2] G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, ps. 304 y 305.

Creta, ocupaba la salida del valle más ancho, más fértil y más largo de toda el Asia Menor occidental, encontrándose, pues, en el lugar más favorable para el cambio entre las tierras del mar Egeo y las comarcas del interior, Frigia y Capadocia. Así ocurría que los marinos de toda raza que se habían sucedido como « talasócratas » en el Mediterráneo oriental, los Fenicios, los Cretenses, los Carios y después los Jonios, habían, los unos tras los otros, ocupado el puerto de Mileto, dándole, por la mezcla de sus diversas colonizaciones, un carácter esencialmente cosmopolita y una notable inteligencia comercial. Y los Milesios, prudentes adquiridores de riquezas, se habían abstenido de lanzarse á una política de conquistas que quizá no hubiese sido difícil; evitando los caminos de la meseta que se les abría por el valle del Meandro, se limitaban por ese lado al papel de intermediarios del tráfico y aprovechaban sobre todo los caminos del mar para buscar materias primeras á su industria en los pueblos lejanos. Se aseguraron, sin embargo, un camino terrestre que permitió evitar el estrecho de los Dardanelos, frecuentemente cerrado por vientos contrarios; se fijaron en Skepsis, en la etapa media entre el golfo resguardado por Lesbos del lado del archipiélago y la bahía de Kisique sobre la Propóntida [1]. El mar Negro acabó por convertirse en el dominio casi exclusivo de los Milesios. Desde el Helesponto al Kersoneso Táurico y al pie del Cáucaso, fundaron cerca de ochenta factorías, muchas de las cuales, tan bien escogidas, que llegaron á ser ciudades considerables y se han mantenido hasta nuestros días á pesar de las vicisitudes de la historia [2]. En cuanto á la ciudad madre, la gloriosa Mileto, las excepcionales ventajas que le había dado la Naturaleza habían de durar solamente un tiempo limitado, condenada como estaba por los elementos á desaparecer un día ó al menos á desplazarse; porque los aluviones del Meandro, que no cesaban de aumentar sobre las aguas del golfo Látmico, rodearon gradualmente la ciudad de una cintura de pantanos, y en la actualidad sus ruinas se hallan perdidas en el interior de las tierras.

Muchas otras ciudades jónicas, eólicas y dóricas se fundaron, como Mileto, sobre esas dichosas riberas del Asia Menor y en las

[1] Víctor Bérard, *Les Phéniciens et l'Odyssée*, t. I, p. 74.
[2] G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 307 y 308.



Cl. Bonfils.

AGORA DE ATENAS — PÓRTICO DE ATHENA ARCHEGITIS, PROTECTORA DE LA CIUDAD
(SIGLO I ANTES DE LA ERA CRISTIANA)

islas de la costa; en el ángulo sud-occidental de la península anatólica nació Halicarnaso, el «fuerte del mar»; Diana vió su templo erigirse en Efeso, ciudad que se hizo conquistadora y adquirió exten-

N.º 162. Tribus griegas después de la invasión dórica.

D'après H. Haussoullier et F. Schrader.

EOLIOS — AQUEOS — JONIOS — DORIOS

1: 4000000

0 — 50 — 100 — 150 — 200 — 250 Kil.

sos territorios en tierra firme, mientras que Mileto pensaba únicamente en establecer factorías en las orillas de los mares. Samos, Smyrna, Chios, Fócea, Cumas (Cyme), llevan nombres apenas menos

gloriosos que el de Mileto, y cada una de esas madres, tuvo también numerosas hijas entre las ciudades ribereñas del Mediterráneo. Las colonias del Oriente helénico poseían un punto de unión en la isla de Delos, donde se celebraban grandes fiestas religiosas desde tiempos inmemoriales y donde los Griegos occidentales, Atenienses y gentes de Chalcis, iban á reunirse con sus hermanos de las tribus emigradas [1].

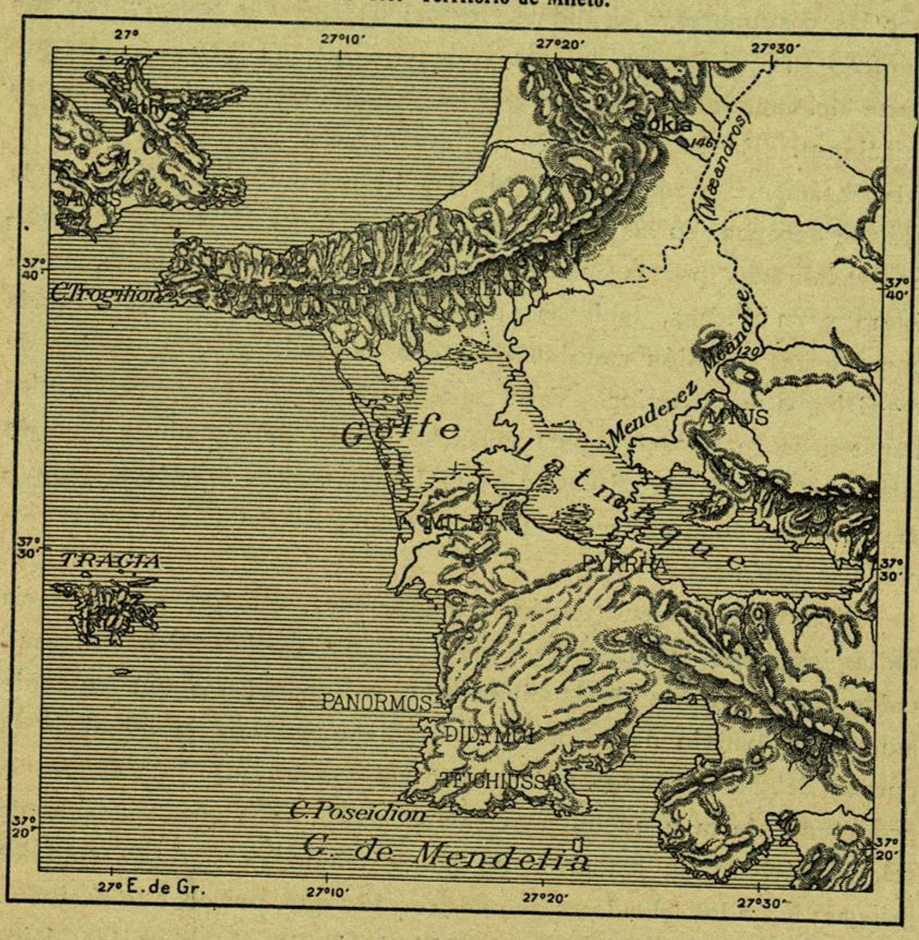
En sus exodos, los Griegos, siempre muy imaginativos, se complacían en dar, como razón de su desplazamiento, un oráculo del Apolo délfico, cuando en realidad las causas diversas eran de orden económico, social ó político. Odios de clases, rivalidades entre familias ambiciosas, insuficiencia de campos de cultivos, pérdida ó disminución de territorio, como ocurrió en ocasión de las invasiones dóricas, tales fueron las verdaderas razones determinantes de esas emigraciones. La más famosa de todas es la que dió nacimiento á las «doce ciudades jónicas» del Asia Menor, pero ¡cuántos otros enjambres se dirigieron hacia riberas lejanas desde la Tracia á Sicilia, y desde Sicilia á las puertas del Océano! El espíritu de imitación y la afición á las aventuras contribuyeron también en gran parte á ese movimiento de expansión de los Griegos; los jóvenes se decidían fácilmente á la expatriación, de tal modo les parecía el mar propicio á los viajes, y tan fácilmente entraba en el ánimo del Heleno la esperanza de un destino favorable. El oráculo consultado respondía naturalmente de conformidad con los deseos de los que á él se dirigían, y pronto huían los barcos hacia comarcas que apenas se conocían de otro modo que por narraciones fabulosas, pero donde se encontraban sitios análogos á los de la patria. ¿No se parecían los islotes de Masilia á los de Fócea, y la fuente de Aretusa que brotaba en la isla siracusana de Ortigia, no era una representación del río Alfeo? En todas partes podía reconstituirse una imagen del lugar natal, con su acrópolis, sus templos y sus altares forestales.

Las colonias filiales, fundadas todas por ciudadanos jóvenes y orgullosos, poseídos del sentimiento de su fuerza y de su superioridad sobre los «bárbaros», constituían comunidades completamente

[1] L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, p. 173.

libres, casi siempre sin lazo de vasallaje hacia la madre patria, pero esa misma libertad las asociaba mucho más fuertemente al país de

N.° 163. Territorio de Mileto.



Sobre la vertiente sud del Mykale (Mycale, hoy Samsun), entre la montaña, el río y Priene, tuvo lugar en el año 479 antes de la era cristiana, la batalla naval y terrestre en que los Griegos, mandados por Xantipo, derrotaron á los Persas.

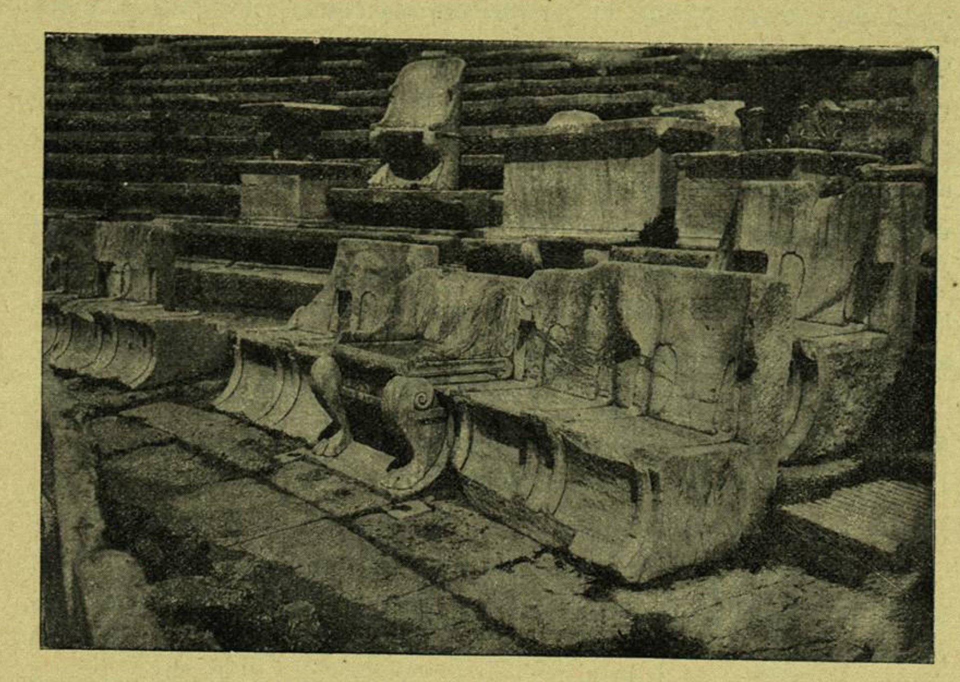
Mileto, Samos, Myus (Myonthe) y Priene, ciudades mencionadas en el mapa, son cuatro de las «doce ciudades jónicas». Las otras eran Efeso, Lebedos, Clasomenes, Eritrea, Kolofon, Fócea, Teos y Chios. Su centro religioso era el santuario de Poseidonia en Priene. La confederación, disuelta por Ciro, se formó nuevamente después de la conquista de Alejandro y persistió varios siglos; todavía se encuentra su nombre en una moneda de la época de Valeriano (siglo III).

los antepasados por la simpatía y por la cultura de las tradiciones comunes. Guardada toda proporción, la situación era análoga á la

que une un Canadá, una Australia y una Nueva Zelanda á una Gran Bretaña. Aunque dispersas en toda la extensión del Mediterráneo, bajo climas diversos y en medios cuyas poblaciones diferían mucho por las costumbres y el idioma, los colonos griegos conservaban con empeño sus privilegios de raza y de civilización; formaban siempre parte del mundo helénico, y por el comercio mantenían frecuentes relaciones. En la gran época de la floración griega, se asociaban fervorosamente al movimiento de las ideas que se producía en la Hélade europea, en las islas y en el Asia Menor. Los juegos gímnicos, celebrados por la madre patria en Delfos, en Olimpia, en el Istmo y en Atenas, debieron en gran parte su extrema importancia como fiestas de unión moral entre todos los Helenos, á la pasión de los Griegos del exterior. Vasos obtenidos por los vencedores en las Panateneas se encuentran en todas las partes del mundo griego, lo mismo en Sicilia, en Cirenaica y en Italia, que en la Grecia propiamente dicha, lo que prueba que los campeones acudían de todas las colonias helénicas [1].

El gran movimiento de las inmigraciones, que fué consecuencia de las invasiones dóricas, tuvo, bajo muchos aspectos, dichosos resultados en la historia de la civilización griega, puesto que extendió mucho el dominio de la raza y de la lengua; toda la mitad de la cuenca del Mediterráneo se encontró así conquistada á la influencia procedente de la pequeña península helénica. ¡Cuántas ciudades de origen bárbaro se alabaron de haber tenido por origen colonias griegas; hasta los Irlandeses de nuestros días que, por orgullo nacional, se dan seriamente el nombre de Milesios! En el extranjero, lejos de las ciudades conquistadas y de los campos asolados, las diversas sub-razas en que se dividía la nación griega, Dorios, Jonios, Aqueos, Eolios, aprendían á detestarse menos, á sentirse más los hijos de la misma madre Hélade, y tuvieron lugar cruzamientos numerosos entre los descendientes de los hermanos enemistados. Así, los Dorios, que continuaron su emigración más allá de los mares, en Creta, en Rhodas, en las penínsulas del Asia Menor, hasta la Cirenaica, cesaron pronto de parecerse á los hombres de su raza, que eran los

[1] G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 293 y siguientes.



ATENAS — INTERIOR DEL TEATRO DE BACO Cl. Bonfils.

mejores representantes del rudo genio, de los duros guerreros Espartanos: cambiaron con el medio. Puede juzgarse de ello por el más célebre de los Dorios, Herodoto, el glorioso hijo de Halicarnaso. En el dulce dialecto jónico escribió sus *Historias*, y hacia Atenas, como hacia la patria de su pensamiento, volvía después de sus largos viajes en las diversas partes del mundo conocido, y cuando murió, se ocupaba en fundar una colonia ateniense en la Grecia de Italia sobre el emplazamiento de la antigua Sibaris, demolida por los Crotoniatas.

Pero si la expansión de la raza helénica fué uno de los felices resultados indirectos de la invasión dórica, las consecuencias directas en los países inmediatamente afectados por ella fueron terribles é hicieron retroceder bruscamente la cultura en las poblaciones conquistadas á punta de lanza y á las que el odio al opresor reducía á la servidumbre. Los Dorios, invasores bárbaros, han hallado naturalmente historiadores, adoradores de la fuerza, que se han puesto al lado de los vencedores, precisamente porque han vencido, y siempre es útil adular á los poderosos, aun cuando hayan muerto miles de años atrás. Lo cierto es que el régimen impuesto por los Espar-

tanos fué atroz, y que el pueblo de los Ilotas, de libre y culto que era antes de la conquista, se convirtió en un lamentable hacinamiento de esclavos; jamás pudo levantarse de su abyección, ni tampoco sus amos pudieron alcanzar la idea de la libertad cívica; aunque Griegos, permanecieron verdaderamente «bárbaros». Como un cuerpo extraño introducido en un organismo sano, produjeron en el mundo griego deplorables enfermedades. Puede decirse que entre todas las causas de muerte depositadas en la civilización helénica, su acción fué la más funesta.

El retroceso de la Hélade se manifestó sobre todo de la manera más evidente en las comarcas del Norte, Epiro y Tesalia, que los Dorios habían atravesado por completo en su invasión triunfante. Esas regiones, que ocupaban lugar tan importante en la memoria y en la religión de los Griegos y donde se conservaba en su pensamiento el sitio de los dioses, cesaron de ser consideradas como pertenecientes al mundo helénico. La fuerza de las poblaciones del Norte, respecto de toda iniciativa superior ó para todo ejemplo que seguir, se halló definitivamente agotada: durante los treinta siglos de la historia conocida, esa poética Tesalia, que dió tantos elementos preciosos á nuestro haber legendario y mítico, no tomó parte alguna apreciable en la acción de la humanidad. Hasta en las comarcas del Sud, que á pesar de todo conservaron el nombre de Grecia, la invasión dórica hizo retroceder en seguida en todas partes la cultura helénica, como lo atestiguan claramente las manifestaciones de arte. Como todos los hombres de guerra, los Dorios estaban llenos de un arrogante desprecio hacia todas las invenciones, los oficios, las obras, las ideas de las naciones cuyo territorio invadían; para nada les servían los hermosos vasos, las bellas esculturas, las joyas pacientemente grabadas. Hay retroceso incontestable en el trabajo y la riqueza, en el arte y la industria, después del período que puede designarse como «áqueo» ó «micenio», y un siglo ó dos hubieron de transcurrir antes que el progreso hubiera recobrado su curso normal [1].

Por lo demás, una gran parte del mundo griego estaba todavía en la fase puramente agrícola de su desarrollo, y, cosa curiosa, los

[1] G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 277 y siguientes.

que se ocupaban de una labor diferente del cultivo, para el cual son indispensables la fuerza y la salud, se escogían regularmente entre los inválidos y achacosos: el agricultor heleno, lo mismo que en muchas comarcas el campesino francés, decidía que tal hijo raquí-

N.° 164. Grecia continental.



tico fuera sacerdote ó maestro de escuela y cuidaba de transmitir su tierra á herederos vigorosos y de sólida constitución: los cojos solían hacerse herreros, y por eso atribuyeron la misma invalidez á Hephaistos, su divino patrón; los ciegos, como el más ilustre de ellos, Homero el rapsoda, se hacían cantantes, danzantes, improvisadores y recitadores de versos. Incapaces de sacar su propio sustento del

suelo y de vivir de una manera independiente, los artesanos y los cantantes estaban obligados á trabajar para la comunidad: se hacían «demiurgos», es decir, los «trabajadores del pueblo» y no eran absolutamente considerados como hombres libres [1].

En los tiempos de Homero, los Griegos estaban lejos de ser los primeros en las artes, y no tenían dificultad en reconocerlo, siendo de origen extranjero los productos que celebran como los más bellos: espadas de Tracia, marfiles de Libia, bronces de Chipre y de Fenicia. Se han encontrado joyas en las tumbas atenienses de aquella época, mas por la calidad del metal lo mismo que por la originalidad de la decoración, son muy inferiores á los extraídos de las tumbas micenias. Los metales preciosos llegaron á escasear y su empleo era menos frecuente. Además el estilo había cambiado: el artista no tomaba ya sus modelos en las mil formas de la vida, plantas y animales; á excepción del ave de los pantanos, y después del caballo y del hombre, no representa ya formas animadas. No anima ya las curvas, y sus motivos proceden de figuras geométricas, elegantes y variados sin duda, pero siempre rectilíneos. Ese sistema de ornamentación, que coincide con la invasión dórica, debió probablemente ser aportado por ella de las regiones de la Europa central y se refiere al estilo que ha prevalecido en las poblaciones septentrionales, sobre las orillas del Báltico. Reemplazó un arte mucho más rico y más avanzado que habían conocido unas poblaciones más ricas y más civilizadas; pero no fueron los Dorios, portadores del nuevo estilo, quienes fueron los mejores intérpretes: en el Atica, destinada á ser después el país por excelencia de la escultura, fué donde la alfarería con dibujos geométricos llegó á su perfección. La finura de la arcilla extraída del subsuelo de la llanura del Cefiso de Atica contribuyó en gran parte á esa excelencia de los productos atenienses, pero el gusto natural de los ceramistas anuncia ya la raza que debía construir los monumentos de la Acrópolis.

Si un observador, admitamos esta suposición, caído de un planeta vecino, echase una mirada sobre un mapa de Grecia, sin conocimiento previo de la historia, notaría primeramente algunos puntos vitales donde le parecería que debía concentrarse el movimiento de la historia. Sorprenderíale en primer término la posición geográfica de Corinto, situada cerca de la parte menos ancha y menos accidentada del Istmo, al pie de una roca fácil de transformar en ciudadela. Sus playas y las radas próximas, de un lado sobre el golfo de Corinto, del otro sobre el golfo Sarónico, son otros tantos puertos naturales, y las aguas mismas de esos golfos, rodeados de montañas ó de islas elevadas, sirven de radas á los barcos. En aquel punto debía nacer un depósito de tráfico, primeramente entre las orillas de los dos pequeños mares que separan el Peloponeso de la Grecia continental, después entre el mar Egeo, el Adriático y todas las costas del Occidente. Al comenzar la historia, Corinto se nos presenta como una ciudad ilustre entre las ciudades, y las divinidades del mar, aportadas por los Fenicios, se veneran en sus templos. La fábula nos dice que mucho antes que los invasores dorios, Sísifo hacía rodar allí las poderosas rocas de la fortaleza, lo que sin duda dió ocasión para que sus enemigos imaginaran el tormento á que fué condenado en el Tártaro, consistente en remontar sobre una pendiente un peñasco que caía antes de alcanzar la cima. En la época de su prosperidad, Corinto llegó á ser la ciudad griega que contuvo el mayor número de habitantes, estrechándose en un solo recinto trescientas mil personas. No bastando el cambio de mercancías



Cl. Giraudon.

LECITA BLANCA CON FIGURAS NEGRAS

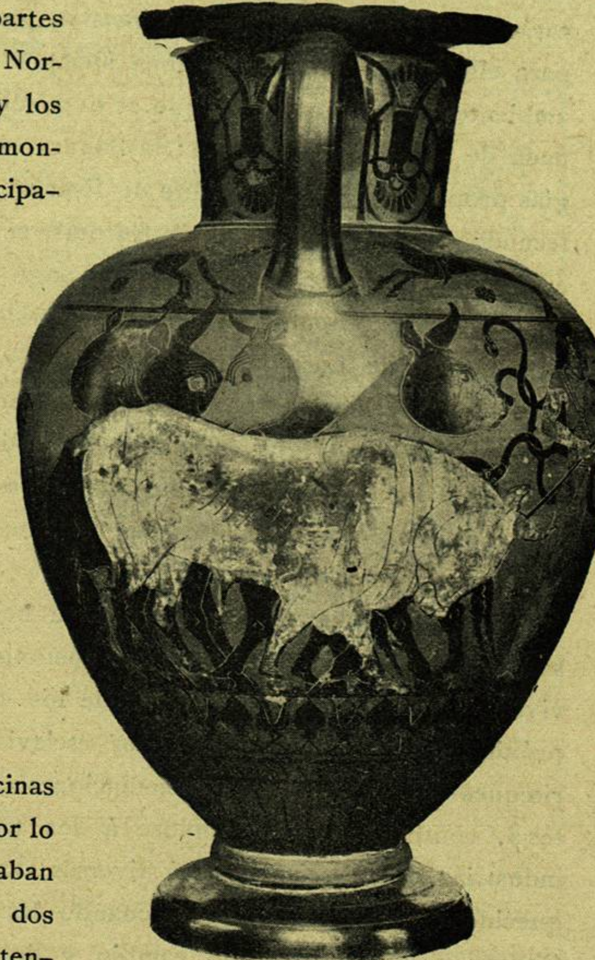
[1] Ed. Meyer, *Die wirtschaftliche Entwickelung des Altertums*, págs. 16 y 17.

á su actividad, se improvisó centro de fabricación para el vidriado, los metales y las obras de lujo y de arte. Algunas de sus colonias fueron también las más célebres del mundo helénico, especialmente Corfú y Siracusa, siendo ésta la mayor y más poblaba de todas las ciudades coloniales. Á tal punto llegó la gloria de Corinto, que su nombre se identificó frecuentamente con el de la Grecia entera: el día de su destrucción por los Romanos, hace veinte siglos y medio, fué considerado generalmente como el fin mismo de la nación.

Otro lugar que el más ligero examen revela en seguida como vital para punto de cita de los hombres y el cambio de mercancías, fué Chalcis, sitio privilegiado, que posee á la vez las ventajas de una ciudad continental y las de un puerto marítimo. Encuéntrase á lo lejos en el interior de las tierras á la vez que en el punto de unión de dos golfos; domina al mismo tiempo los caminos marítimos del Norte y del Sud, y por un sencillo puente, fácil de defender en caso de ataque, se une á la península del Atica y al conjunto de Europa. Además, tenía una fuente local de riquezas, consistente en sus minas de cobre, y los mercaderes acudían de todas partes. Convertida en centro de comercio y de poder, fundó numerosas factorías sobre riberas lejanas y acabó por ser la metrópoli de las treinta y dos ciudades, construídas por ella misma, en la triple península proyectada como una mano al sud de Tracia y conocida todavía al presente con el nombre «Calcídica». ¡Cuán grande hubiera podido ser la importancia de Chalcis, como la de Corinto, si las ventajas de su posición hubieran sido completadas por un territorio circundante de gran extensión que presentara un carácter de unidad geográfica! Pero Chalcis y Corinto no eran más que puntos, por decirlo así, y á pesar de sus extraordinarias ventajas locales, fueron distanciadas históricamente por ciudades menos favorecidas en cuanto al sitio, pero que tenían más extensos territorios por dependencias naturales.

En la concurrencia vital que se produjo entre las numerosas ciudades de Grecia, con sus diversas ventajas locales para la producción agrícola, industrial ó minera, las facilidades del comercio y el poder de resistencia ó de ataque, acabó por establecerse cierto equilibrio entre los pequeños Estados de la Grecia continental y los de

Peloponeso, pero era un equilibrio poco estable, como el que se produce en los fenómenos eternamente cambiantes de la vida. Las dos comarcas que se hallaban frente á frente á cada lado del istmo de Corinto eran casi iguales en extensión, porque las partes montuosas de la Grecia del Norte, que el alto Parnaso y los otros grandes macizos de montañas hasta las aristas principales del Pindo separan de la Beocia y del Atica, quedaban por mitad fuera de Grecia, á causa de la aspereza del suelo y del salvajismo de las poblaciones. En conjunto, el Peloponeso fuera más compacto, más sólido, no sólo para la defensa, sino también para la ofensiva. La ventaja quedaba para la Grecia del Norte, cuando añadía á su poder el de las islas vecinas hasta la costa de Asia. Por lo demás, las fronteras oscilaban constantemente entre las dos Grecias, diferentes por su tensión natural, por su genio propio y por su manera de vivir y de comprender la vida. Las rivalidades de comercio, las envidias, los rencores y las rencillas, las alianzas y las guerras modificaban de año en año las fuerzas respectivas.



Cl. Giraudon.

ÁNFORA CALCIDIA, LOS BUEYES DE GERION

Esparta y Atenas simbolizaron y representaron materialmente los genios de las dos comarcas, de los dos grupos étnicos, porque el Peloponeso fué la tierra de los Dorios, y el Atica se convirtió en el centro de los Jonios. Desde luego el contraste se revela por lo

que se llama las «leyes» y no fué en realidad más que la vida social y política de los pueblos de Grecia. La Naturaleza sola, el simple medio del suelo y del clima no explican esta oposición; ha de tenerse en cuenta también el medio moral que creaba á los Espartanos su carácter de extranjeros que se instalan por fuerza en un país nuevo para ellos, donde se encontraban siempre en peligro. En efecto, el ambiente de la comarca en que se desarrollaba su existencia no tiene nada de trágico en sí mismo: la llanura es fértil, una de las etimologías propuestas para el nombre de Esparta tiene el sentido de «suelo fecundo». El Iri, el antiguo Eurotas, se desarrolla en una amplia campiña que fué en otro tiempo un lago y que dejó espesas capas de aluviones; después, más allá de ásperos desfiladeros, desemboca en el golfo de Laconia, al lado de un «río real» (Vasili Potamo) que acaba de lanzarse en manantial del fondo de galerías calcáreas. Un bello anfiteatro de montañas que dirige al Oeste el soberbio Taigeto ó Pentadactilo (de cinco dedos), rodea la llanura de Esparta, formándole un círculo de escarpes blanquecinos que alternan con fondos de sombra y de verdura.

Los residentes originarios de esta bella comarca, los Laconios, se decían hijos de los Pelasgos autóctonos, «nacidos del suelo», y vivían en paz con los habitantes de los valles y de las altas hoyas próximas; la conquista dórica les esclavizó: bajo el nombre de Periœques ó «Gentes de las Inmediaciones», «Circunvecinos», «Clientes», continuaron entregándose á los trabajos del campo y á las industrias hereditarias. Estas diversas ocupaciones les habían enriquecido en tiempos antiguos, cuando las colonias fenicias poblaban Citerea y las factorías de cambio y de pesquerías de conchas de púrpura sobre los contornos del golfo. Durante todo el período de la historia griega propiamente dicha, por el contrario, los Laconios, sometidos á una dominación durísima y llevando una vida precaria, no trabajaron sino para el provecho de sus rudos patronos, los Espartanos, á quienes, no obstante, los pueblos de Grecia venían á comprar muebles, instrumentos de madera y de hierro, vestidos y calzado. Constituyendo principalmente un proletariado obrero, enriquecieron á sus amos, quienes, sin ellos, no hubiesen jamás podido conservar su poder. Sin los laboriosos Lacedemonios, la dominación

de los Espartanos hubiera sido imposible; pero la historia olvidó á aquellos humildes para concentrar toda su atención sobre los hombres de guerra dominadores de Esparta. Descuidó sobre todo á los Ilotas, antiguos habitantes de la llanura próxima al mar: éstos, que

N.° 165. Corinto y la Argólida.



habían resistido mucho tiempo, fueron castigados con la más dura esclavitud; habiendo conservado apenas el nombre de hombres, permanecieron completamente ignorados de los otros Griegos, aunque por el número fuesen los primeros en el territorio lacedemonio.

De ese modo los Espartanos hubieron de crearse un medio artificial aparte, fuera del medio natural, que había sido el de los Laco-

nios y el de los Ilotas. Establecidos en el país con la lanza en la mano, después de un exodo guerrero que, desde las regiones del Pindo hasta el centro del Peloponeso, había consumido generaciones enteras, no tenían más oficio que la guerra, y su cerebro se había hecho á la lucha incesante y no podía acomodarse ya á la preparación de los trabajos pacíficos. Tuvieron que subyugar primero á las poblaciones residentes, después á las de los montes circundantes. Sus vecinos del Oeste, los valientes Mesenios, que poseían valles fecundísimos, más ricos y más extensos que los de la Laconia, sostuvieron durante mucho tiempo el furor guerrero de los Espartanos. Estos, dueños incontestados del Peloponeso, tuvieron todo el mundo griego por campo de conquista y de pillaje; teniendo además el cuidado constante de conservarse, lo hicieron con una lógica y con un método del que quizá no se halle más ejemplo que el que han ofrecido los Pieles Rojas del Nuevo Mundo, obligados también á una vigilancia continua por un peligro de todos los momentos. Su ciudad era un campamento, tanto más vigilado, cuanto que habían tenido el orgullo de no rodearle de murallas, formando un muro viviente alrededor de su Apolo dórico, que blandía la lanza como él: su divinidad, su ideal no podía ser más que la fuerza. Agrupados en un pequeño ejército en medio de poblaciones diseminadas á las que aterrorizaban con frecuentes matanzas, compensaban por la solidez de su posición estratégica y por la práctica incesante de la violencia guerrera, la debilidad relativa de su número, próximamente uno contra diez.

Conócese la dura severidad de las leyes, atribuídas á Licurgo, personaje legendario, pero en realidad brotadas de la ineludible necesidad en que el peligro incesante había colocado á los Espartanos. Esas leyes no estaban inspiradas por el genio dórico, como dice Otfried Müller, porque las tribus de la misma raza que vivían en condiciones diferentes no conocían esa organización social y política: era dictada por el medio histórico, resultado de todos los medios anteriores, naturales y artificiales [1]. El Espartano, entregado al Estado desde la edad de siete años, es decir, á la asamblea de los guerreros, era adiestrado, modelado, de manera que llegara á ser un soldado más:

[1] George Grote, *History of Greece*.



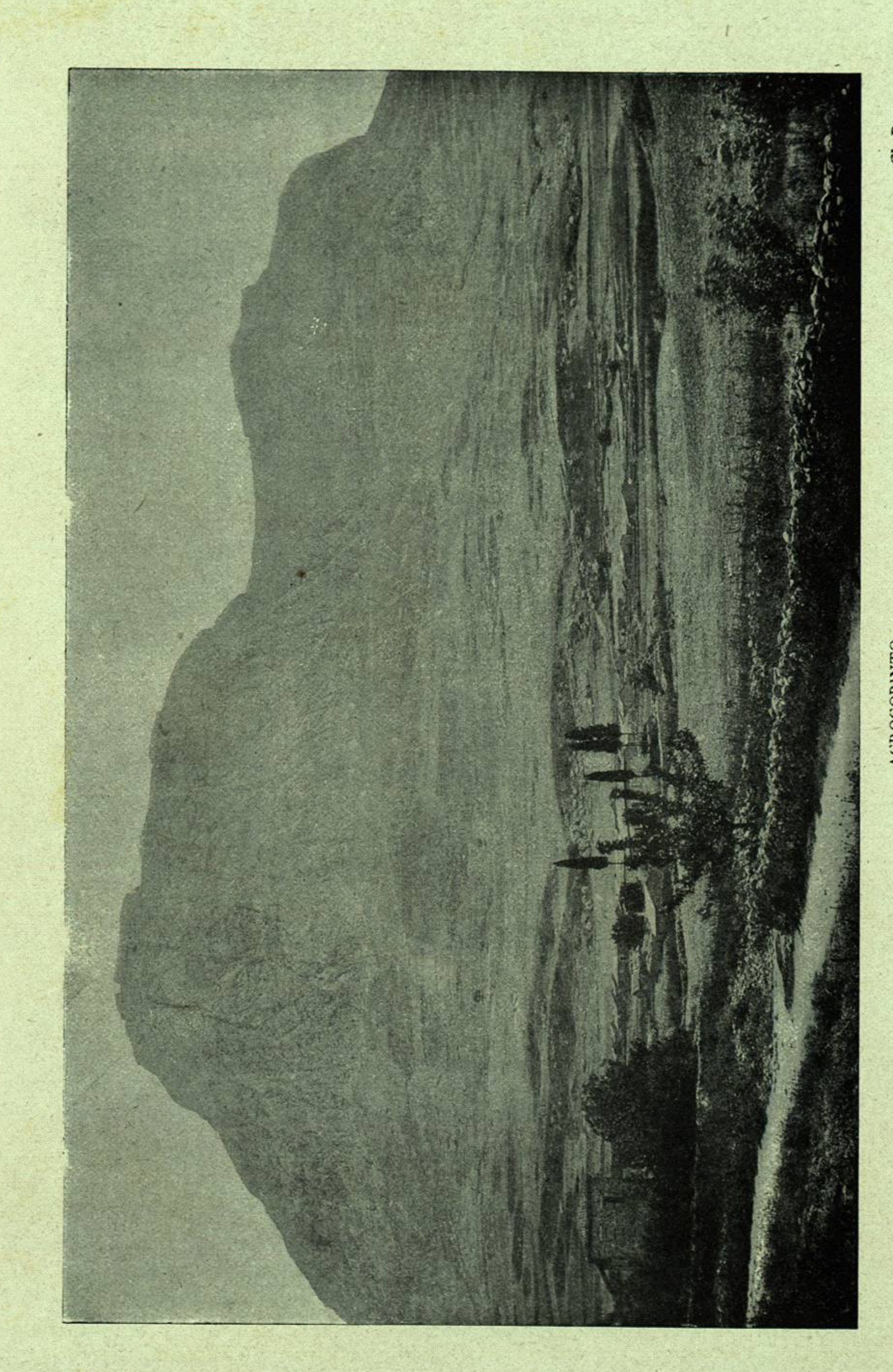
EL CABO SUNIUM

se le impulsaba á la agilidad y á la fuerza; se hacía de él un animal de combate; se le ejercitaba á la lucha sanguinaria hasta contra sus compañeros; en los días de fiesta se le entregaba la canalla popular despreciada para que la insultara y la apaleara; hasta se le excitaba á la rapiña, como conviene á un buen soldado, y no se le enseñaba á leer, temiendo qne el estudio le abriera una perspectiva sobre un mundo desconocido, diferente del que se le destinaba. Apenas sabía hablar: su lenguaje, interpretando una idea fija de guerra y de dominio, se limitaba á la expresión de su voluntad, sin elocuencia ni poesía. No se exaltaba en él más que una sola virtud, la del sufrimiento, de la fuerza, del valor, y esta virtud misma debía servirle para privar á los otros de su vida ó de su libertad. Estaba prohibido el trabajo á esos parásitos, aunque hubiesen comenzado por distribuirse las tierras libres de censos é inalienables; pero á otros, es decir, á los Laconios y á los Ilotas incumbía trabajar para ellos, construirles viviendas, presentarles el pan y los frutos, tejerles telas y forjarles armas.

En cambio de su trabajo, los Ilotas esclavizados no tenían ningún derecho y podían considerarse dichosos si les contaban entre aquellos á quienes se les dejaba la vida. Se celebraba el acto de embriagarlos, mostrándoles innobles y asquerosos, para que los niños, orgullosos de su más noble sangre, aprendiesen á despreciar aquellos esclavos; se necesitaba odiarles cuando había peligro; se mataba á los más fuertes y á los más bellos, para que no tuvieran el audaz pensamiento de compararse con sus amos: en la guerra del Peloponeso, cuando los Espartanos pudieron temer una insurrección de la multitud esclavizada, ¿no se llegó hasta ponerse á concurso la dignidad de ciudadano, con objeto de hacer una selección de los más valientes, y después, cuando se presentaron dos mil de esos ambiciosos de libertad, no se les hizo desaparecer, según dice Tucídides, en una tenebrosa emboscada?

Forzados así por su propio destino, prisioneros de su propio crimen de guerra y de opresión, que les obligaba á guerrear, á oprimir incesantemente, los «héroes» Espartanos habían invariablemente de escoger por aliados entre sus vecinos las familias aristocráticas, ambiciosas, como ellos, de reducir el pueblo á la sumisión y hasta á la servidumbre; estaban condenados al mal, lo mismo que á la ignorancia. En el gran peligro común, cuando se vió ponerse en movimiento el inmenso ejército de los Persas y de los Medas con el propósito de anonadar la pequeña Grecia, los Espartanos se hicieron más de una vez los aliados del déspota extranjero, y cuando, por último, la dominación de Lacedemonia fué terminada, aquellos de entre sus ciudadanos que sobrevivieron se dedicaron, como digno fin de su carrera, á la profesión de guerreros á sueldo en las bandas de algún tirano.

Por otra parte, su sangre no renovada por los cruzamientos, había sufrido la decadencia que hiere inevitablemente á todas las aristocracias: su número, computado en diversas épocas, atestiguaba un decrecimiento gradual, causado mucho más por la decadencia de la raza que por las pérdidas de hombres en las batallas. Al fin llegaron á no ser bastantes para arriesgarse á combatir solos; ya no podían entrar en campaña sino apoyados por aliados y mercenarios. Es un hecho histórico curiosísimo la duración más de cinco veces secular



Cl. Roux.

ACROCORINTO

N.° 166. **Laconia y Mesenia.**



Vaphio, famosa por el descubrimiento de admirables vasitos de oro del período micenio (S. Reinach, *Apollo*).

Lykosura, «madre de todas las ciudades pelásgicas y centro del reino primitivo», situada en la cima de un monte (V. Bérard, *Les Phéniciens et l'Odyssée*).

Pylos de Mesenia, en la proximidad del islote de Sphacteria y de la rada de Navarin, no es, según V. Bérard, la ciudad de Nestor que atravesó Telémaco dirigiéndose á Esparta (*Odisea*). El hijo de Ulises desembarcaría en una Pylos próxima á la desembocadura del Alfeo, al pie del monte Kaiapha (744 metros), y deteniéndose una noche en Aliphera (la Phera del poema), tomaría el único camino de carro que conducía á través del Peloponeso, por los valles del Alfeo y del Eurotas.

Megalópolis, fundada por Epaminondas, en — 370; la situación estaba mal escogida, la ciudad tuvo una existencia efímera y una importancia casi nula.

Messena. Anteriormente á la ciudad indicada en el mapa, existió otra del mismo nombre, situada más al Norte, al pie del Monte Ithomé.

de una potencia militar, conservada con tan pocos cambios y una evolución interior tan lenta en aquella Grecia tan móvil y tan pronta á renovarse. Hombres de bronce, á quienes no turbaba el trabajo del pensamiento, los Espartanos podían quedar siendo casi los mismos en apariencia de generación en generación, en medio de un mundo rápidamente transformado. Eso es lo que expresaba la leyenda de Licurgo, retirándose á Delfos y dejándose morir de hambre, después de haber hecho jurar la observación de sus leyes: de ese modo ponía á su pueblo bajo la protección solemne de los dioses que vengan la violación del juramento.

Desde el punto de vista de la naturaleza ambiente, las ventajas de Atenas sobre su rival del Peloponeso no son tales que atraigan el pensamiento, y aun, respecto de cierto orden de ideas, Esparta se hallaba realmente privilegiada. En primer lugar, el pequeño valle del Eurotas, con sus dependencias y sus anexos, es un territorio más rico que el país de Atenas, pobremente regado, falto frecuentemente de lluvia y rodeado de ásperas rocas. Exceptuando su feliz situación estratégica, al pie de una roca de fácil defensa que domina un valle muy abierto, llano y fértil, suavemente inclinado hacia el mar, Atenas no tiene en su ambiente inmediato nada que le dé una preeminencia natural sobre las demás ciudades de Grecia; hasta ese maravilloso cuadro que presentan los bosquecillos de olivos, las orillas sinuosas, las islas y los promontorios, las montañas de blancas aristas dibujadas sobre el cielo azul, ese conjunto armonioso se encuentra bajo mil formas, no menos puro y bello, sobre todo el contorno de la Hélade y otras tierras mediterráneas: á esos múltiples paisajes les falta solamente el recuerdo augusto del pasado, siempre presente en el respeto y la memoria de los hombres.

Las grandes ventajas materiales de Atenas son de aquellas que supo crearse por su industria, como sus canteras, que le dieron bellos materiales para la construcción de sus casas, de sus fortalezas y de sus templos, mientras que las ricas minas de plata del Laurium le suministraron en abundancia recursos para la conservación de su comercio. Los recortes del litoral le facilitaron singularmente las relaciones con los países extranjeros: la comunidad política defendida por



ATENAS — LA ACRÓPOLIS Y LA CIUDAD Cl. Bonfils.

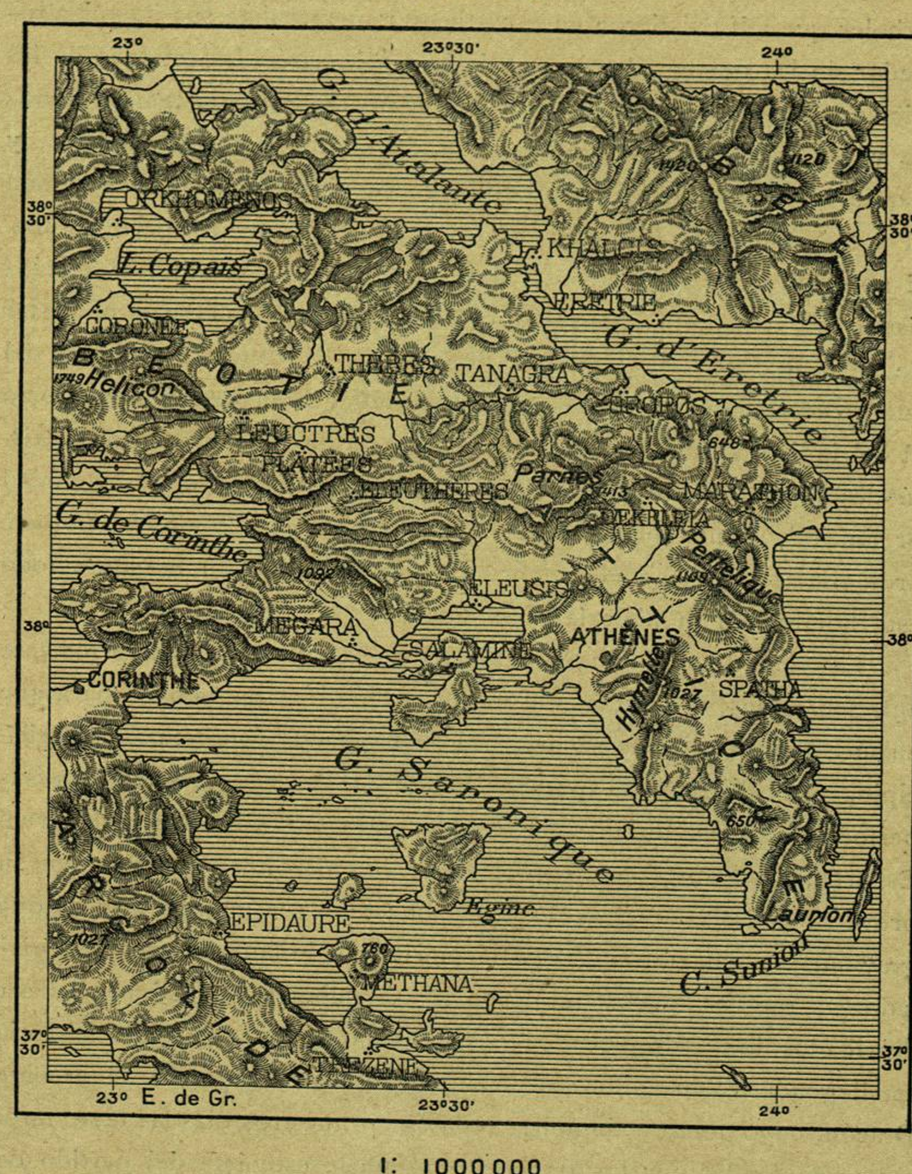
la fortaleza natural de la Acrópolis, se hallaba á corta distancia — apenas dos horas de marcha — de tres puertos: Falero, Munichia con sus dos lagos, y el Pireo, absolutamente protegido contra los vientos de fuera, unido á una admirable rada, bajo el viento de la isla de Salamina. Además, la península del Atica es, de toda la Grecia continental, la comarca más inmediata al Asia Menor que, bajo la misma latitud, proyecta ante Europa dos penínsulas y dos cadenas insulares: en esos sitios apenas se cuenta durante un buen tiempo más que una jornada de navegación entre Europa y Asia, y los barcos pueden en su marcha hacer escala en numerosas islas. De ese modo, desde los primeros tiempos de su evolución histórica, el Atica, cuyo mismo nombre — Aktiké ó la «Punta», la «Península» — recuerda la situación relativamente al mar, había llegado á ser una potencia marítima. Su actividad irradiaba á lo lejos, mientras que Esparta, reino continental en medio de su península, procuraba encerrarse estrechamente en su antigua cuenca lacustre casi cerrada. Atenas contemplaba el mar

desde lo alto de su Acrópolis, y de sus tres puertos marchaban libremente los barcos hacia las islas del archipiélago, las penínsulas de la Grecia asiática y las radas de la Gran Grecia, mientras que su rival Laconia, separándose de la perspectiva natural que le mostraba al Sud la mar desierta, al oeste de Citerea y de Creta, miraba sobre todo al Norte para aumentar su dominio de conquistas al otro lado de los muros sucesivos de la gran ciudadela del Peloponeso.

El contraste geográfico entre las dos ciudades era, pues, considerable; pero el contraste histórico, procedente de todos los medios sucesivos sobrevenidos durante las edades, era todavía mucho mayor. Los Espartanos, rodeados de enemigos declarados ó de esclavos que ocultaban bajo las exterioridades de la adulación rastrera un odio inmortal, no vivían sino para la guerra, con la continua aprehensión de la rebeldía, con el apetito constante de las matanzas y de los botines. Los Atenienses, descendientes de los antiguos Pelasgos aborígenes, á los cuales se habían asociado muchos inmigrantes rechazados hasta ellos por las invasiones dóricas, fueron los que en la historia representan mejor ese tipo heroico de la ciudad cuya individualidad cambiante se distingue tan bien en la unidad superior de Grecia.

Recordando Atenas, se ve aparecer al mismo tiempo cien otras ciudades griegas de casitas blancas escalonándose sobre las pendientes de una colina rocosa bajo la pálida verdura de los olivares. La patria, todo el grupo de familias aliadas contenido en ese estrecho espacio, formaba un todo completo, un verdadero organismo. Desde lo alto de su Acrópolis, el ciudadano seguía con la mirada los límites del territorio colectivo, á un lado la prolongación de la costa indicada por el blanco y espumoso ribete de las olas, al otro el bosque azulado que cubre la vertiente de las colinas, á lo lejos la cima de las rocas destacándose sobre las gargantas y los torrentes. El «hijo del suelo» podía dar un nombre á todos los arroyuelos, á todos los grupos de árboles, á todas las viviendas que veía en toda la extensión. Conocía á las familias que se cobijaban bajo aquellas cabañas, sabía dónde habían realizado sus hazañas los héroes de su nación, dónde habían lanzado el rayo los dioses. Por su parte las gentes del campo consideraban la ciudad como su cosa por excelencia: conocían perfectamente de ella los senderos que gradualmente se habían transformado

N.º 167. Atica.



La ciudad de Chalcis del texto (página 302) está aquí designada por Khalcis. Se hallará también la ortografía Chalcidique, Chios, después Citerea, Micenas, etc., al lado de Orkhomenos, Khersonese, y de Kimolos, Kythnos, etc. La regla que se hubiera deseado seguir, consistía en representar por Kh la X griega, y por K, delante *i* y *e*, la K griega, á menos que la palabra francesa escrita con Ch, ó C, no haya tomado una fisonomía más usual.

Oropos era el puerto en que desembarcaban los trigos de Eubea destinados á Atenas, Dekeleia imponía la ruta del istmo de Atica (V. Bérard).

en calles; tal plaza, tal vía magistral llevaba aún el nombre de los árboles que allí existieron en otro tiempo; recordaban sus juegos alrededor de las fuentes, donde se miraban á la sazón las estatuas de las ninfas; allá arriba, sobre la roca protectora, se erigía el templo donde se veneraba la efigie del dios invocado en los peligros públicos, y detrás de aquellos muros se refugiaban los niños y las mujeres cuando el enemigo, demasiado numeroso, invadía la llanura. En parte alguna, si no es en los clanes de las tribus primitivas, se produjo el patriotismo con semejante intensidad, confundiéndose la vida y el bienestar de cada uno con el bienestar de todos. El conjunto político del cuerpo social era tan sencillo, tan unificado y bien determinado como el del individuo mismo. En este sentido ha de considerarse con Aristóteles ζῶον πολιτικόν, «el animal urbano», el participante en la ciudad orgánica [1], y no solamente el «animal político» como se traduce ordinariamente, como el hombre por excelencia, ¿no es sobre todo este hombre en la historia el Ateniense?

La vida de una ciudad, con todos sus elementos diversamente entremezclados, es ciertamente una evolución harto compleja para que en su conjunto y desde su origen á su fin pueda representar un principio, una idea, en su pureza simbólica: Atenas tuvo también sus períodos críticos, durante los cuales pudo ser asimilada á la cruel Esparta; tuvo sus familias nobles que intentaron monopolizar en su provecho todas las fuerzas de la nación; tuvo sus guerras feroces que gravitan pesadamente sobre su memoria; no le faltaron crueles legisladores, representantes de déspotas, á quienes el peligro de ser derribados hacía despiadados. Así, en la lontananza de la historia semilegendaria, hace más de veinticinco siglos, aparece el arconte Dracón, cuyo nombre simboliza todavía en nuestros días las leyes feroces promulgadas por los poderes asustados: este jefe del partido de los «mejores» sólo dictaba para todos los crímenes y delitos, la muerte; eso es debido á que en un estado de equilibrio inestable, el menor accidente puede traer consecuencias decisivas [2].

Pero esa legislación «draconiana» no podía durar en el conflicto de los elementos en lucha, y la que le sucedió, mucho más humana,

[1] Ibn-Khaldoun, *Prolégomènes;* citada por Ernest Nys, *Société nouvelle*, Julio 1896, p. 123.
[2] L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, p. 185.

hubo de tener en cuenta las condiciones del medio y procurar el establecimiento de relaciones equitativas entre las clases: á ella se une el nombre de Solón, personaje que se cree haber vivido realmente, pero que ha de considerarse especialmente como el intérprete del pueblo ateniense y de la civilización helénica en su conjunto. La primera reforma de interés capital consistió en sustraer el pobre á la esclavitud de que estaba amenazado por el rico. El préstamo cesó de hipotecarse sobre la libertad del prestatario, y éste no corrió ya el riesgo de ser alejado de su familia, vendido quizá en los mercados extranjeros, condenado á vivir entre bárbaros y á no oir más el lenguaje materno. El ciudadano de Atenas, por pobre que fuese, adquirió derechos inalienables; hasta el eupátrida, el descendiente de los dioses, hubo de respetar al proletario y tuvo necesidad de pedirle en votación pública la confirmación de sus poderes y prerrogativas. Verdad es que la misma existencia de clases desiguales en la república había de causar luchas intestinas; por esto era necesario hallar un derivativo á la vindicta popular, y se le buscó en la actividad comercial. La posteridad, que suele poner bajo un solo nombre propio largas evoluciones en las cuales parti-


Museo del Louvre. Cl. Giraudon.

CABEZA ARCAICA (SIGLO VI A. J. C.)

cipa todo un pueblo, atribuye á Solón la apertura de esos caminos del mar que convergen hacia Atenas y la toma de posesión de Salamina, isla que domina al Pireo. Un rasgo de la leyenda opone muy ingeniosamente el legislador de Atenas al de Esparta. El primero no hizo, como Licurgo, jurar á los ciudadanos observar sus leyes para siempre; no les pidió más que una fidelidad de diez años. Ya el instinto popular preveía los cambios inevitables que aportaría el porvenir.

En el conjunto de su desarrollo, Atenas se mostró ante todo comerciante y pacífica. Guerreó poco con las ciudades sus vecinas y sólo tuvo que rechazar algunas incursiones de piratas, á causa de que las Cíclades le forman al Este un doble muro protector. Lejos de promulgar leyes contra el extranjero y declararle enemigo de nacimiento, como lo hacía Esparta, Atenas acogía al desterrado; de todas partes acudían fugitivos demandándole asilo, y entre esos huéspedes, los más queridos, aquellos cuya descendencia dió más hombres ilustres al Atica, fueron precisamente los Mesenios y otros Griegos del Peloponeso, cuyos hermanos habían sido reducidos á esclavitud por los Espartanos. Un euxeno, el «guía de los extranjeros», estaba especialmente encargado por la ciudad de acogerlos bien, de introducirlos en los templos y facilitarles el establecimiento en la tierra que protegía Palas. Era una ley de opinión en Atenas que «no debía negarse á nadie el uso del agua viva, ni el permiso de encender su fuego en el hogar del vecino». No enseñar el camino al extraviado era un crimen que los Atenienses castigaban con la execración pública [1]. Es indudable que Atenas debió su admirable pléyade de grandes hombres por el pensamiento y por la acción á la buena acogida hecha á los desterrados extranjeros. En la enumeración de los Atenienses ilustres se halla la existencia de muchos descendientes de desterrados, entre ellos el mismo Solón el legislador, Pericles, Milcíades, Tucídides y Platón [2]. Del mismo modo, en proporción mucho más numerosa, más de veinte siglos después, los emigrados protestantes de Francia y de Italia dieron un alma á la pequeña é insignificante ciudad de Ginebra, para convertirla en ciudadela contra Roma, y así también,

[1] F. Laurent, *Histoire de l'Humanité*.
[2] Dally, *De la Sélection ethnique*, «Revue d'Anthropologie».

después, los filósofos perseguidos hallaron un asilo en la minúscula república de las Provincias Unidas y contribuyeron á animarla con esa virilidad que le permitió neutralizar la potencia del «Gran Rey». ¿No se debe en gran parte el vuelo de Berlín á la actividad inteligente que en aquella ciudad desplegaron los inmigrados hugonotes?

Gracias á esas prácticas de buena acogida hacia los extranjeros, Atenas se halló fácilmente en relaciones seguidas de amistad con muchas ciudades helénicas, diferentes por la raza, el dialecto y las tradiciones; esas alianzas se aumentaron naturalmente con los lazos que le unían á todas sus «hijas», las colonias esparcidas sobre las riberas del mar Egeo y las costas más lejanas: eran otras tantas Atenas confederadas á la madre patria por el origen, la lengua, los oráculos y los dioses. Los Espartanos, por el contrario, no solían buscar aliados, sino súbditos ó mercenarios, y hasta cuando en sus invasiones iban acompañados por otros Dorios pertenecientes al mismo tronco originario, no los guiaban á las batallas como hermanos, sino como jefes.



Cl. Giraudon.
CAMAFEO GRIEGO, CABEZA DE PALAS ATENEA
Biblioteca Nacional.

Estudiadas en su conjunto, las dos ciudades contrastaban, pues, menos por las condiciones geográficas del medio, que por el ambiente artificial creado á una de las dos comunidades. Esparta era una ciudad de guerra y no podía llegar á ser otra cosa; Atenas se había

desarrollado sobre todo en una ciudad de paz, de industria, de comercio, de ciencia y de arte. Hasta las instituciones que, en los dos Estados, llevaban el mismo nombre, diferían de una manera esencial. En el Atica la esclavitud no era lo que en Laconia, aunque implicaba igualmente esta cosa atroz, la posesión de un hombre por otro hombre. Las gentes del campo de origen griego eran realmente simples colonos, cuya vida difería poco de la que llevaban antes la mayor parte de los campesinos franceses. Los esclavos de la casa, en su mayoría procedentes de Tracia ó del Asia Menor, comprados á los navegantes, estaban más esclavizados, primero á causa del contacto inmediato con sus amos, después en virtud de su origen extranjero; sin embargo, la historia de Atenas nos muestra que eran muy libres en palabras y que frecuentemente se regían al igual de los ciudadanos, muy diferentes de aquellos desgraciados Ilotas, que se envilecían por orden sirviendo de juguetes á los niños brutales de la raza noble. En cuanto á los esclavos pertenecientes á la ciudad de Atenas, eran verdaderos funcionarios, que gozaban de privilegios materiales que hubieran podido envidiarles los ciudadanos pobres. Por último, muchos esclavos atenienses se rescataban por su trabajo ó recibían la libertad como presente de sus amos; á veces, especialmente en las batallas, cuando habían merecido la admiración de todos, entraban directamente en el rango de ciudadanos. La forma ordinaria de la emancipación de un esclavo consistía en dedicarle á un dios; desde entonces se convertía en sagrado, libre por consecuencia. Como lo hace notar Laurent en su *Historia de la Humanidad*, el helenismo, á este respecto, es muy superior al cristianismo. Los siervos dedicados á la Iglesia no por eso dejaban de ser esclavos, y sabido es que en Francia los últimos emancipados fueron los prisioneros de la gleba pertenecientes á los monjes de San Claudio.

La historia escrita comenzó para Grecia cuando se había ya constituído ese antagonismo de las dos Grecias, aristocrática y democrática, representadas una por Esparta, otra por Atenas. Un primer personaje, bien identificado y fijado en su cuadro histórico, Fidón, aparece en Argólida y acuña monedas con su efigie para el comercio con el Asia Menor y Fenicia; se cree poder reconocer aún sobre medallas

primitivas de Grecia una imagen copiada de la Astarté tiria, que recordaría la época de Fidón, de veintiséis á veintisiete siglos antes que nosotros [1]. Después, en Atenas, vemos en pleno relieve el «tirano» Pisistrato que, gracias á las disensiones de las grandes familias y no sin ayuda de mercenarios extranjeros, logró apoderarse del gobierno y procuró en seguida, siguiendo la constante política de los dueños inteligentes y pérfidos, desviar las pasiones del pueblo hacia un objeto diferente de la libertad.

Pisistrato puede decirse que fué el verdadero fundador del «panhelenismo»: desviando las ambiciones de los Atenienses, les inclinó á luchar por la constitución de una Grecia grande, en vez de pensar en su propia independencia. Fué el primero que hizo recoger los textos conocidos de los cantos homéricos y coleccionarlos en un todo que llegó á ser la *Iliada*, el más precioso de los libros griegos, y dió á los Griegos de todos los orígenes y de todos los dialectos la conciencia de su unidad de civilización frente al Asia persa. Uniendo el ejemplo al precepto, asimiló muy estrechamente al gobierno de Atenas la isla de Delos, el gran lugar de peregrinación de los insulares del mar Egeo; hasta llegó á tomar pie sobre la tierra de Asia en el cabo Sigeo (Kum-Kalessi ó Ienicheri), á la puerta del Helesponto, y se apoderó del suelo sagrado que recogió las cenizas de Patroclo y de Aquiles. Aquello fué como un desafío directo al «Rey de los Reyes», quien no debía tardar en responder. Otro aconteci-







Biblioteca Nacional. MONEDAS GRIEGAS Cl. Giraudon.

[1] L. von Ranke, *Weltgeschichte*, t. I, 1, p. 171.

miento gravísimo: Pisistrato desvió la mente de los Atenienses hacia la furiosa adquisición de las riquezas, apoderándose de las minas de Tracia, muy productivas en oro y en plata.

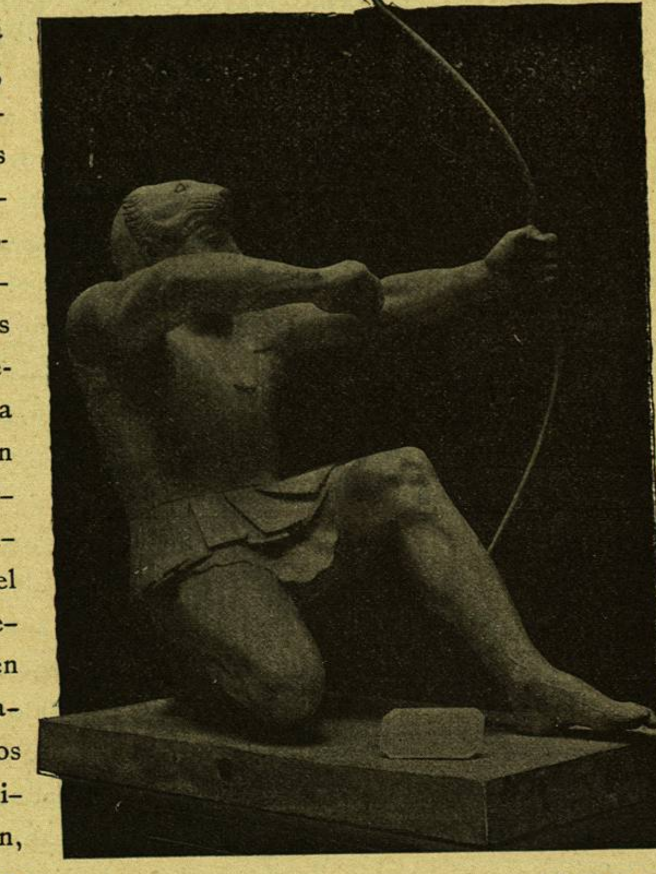
Llegados á la plena conciencia de su valor, los Helenos se encontraron, pues, frente á frente de los Asiates. Impulsados por la fuerza de las cosas, por la necesidad de proteger su comercio, su industria, sus minas, sus posesiones y sus aliados, sin la menor duda sobre la superioridad de su raza, los Griegos, y especialmente los Atenienses, se prepararon en previsión del conflicto, y realmente fueron ellos quienes dieron los primeros golpes. Atenas se apoderó á viva fuerza de las islas de Lemnos y de Imbros, situadas en los mares de Asia y que el rey de los Persas y de los Medas consideraba como pertenecientes á su imperio [1].

Por otra parte, la acción helénica se hacía sentir de una manera indirecta, aunque muy viva, por la influencia de civilización ejercida en todas las comarcas circunvecinas. Tracia y Macedonia, países de donde vinieron los abuelos, y cuyo retroceso causado por las invasiones dóricas había sumergido nuevamente en la barbarie, volvían gradualmente al mundo griego. El imperio de Lidia también se había semihelenizado, y Creso, el más famoso de sus reyes, fué precisamente el tributario más devoto de Delfos, cuyos enigmáticos oráculos pagó con prodigiosos tesoros. Por último, Egipto acogió Griegos, Dorios, Eolios y Jonios, todos juntos, dándoles ciudades donde se fundaban templos consagrados á los dioses y á las artes de la patria; además Grecia conquistó la isla de Chipre, de donde alejó los mercaderes fenicios para atraer en su lugar los marinos y los tratantes helenos. Gracias á esas factorías y á esas colonias, toda la cuenca del Mediterráneo tendía á convertirse rápidamente en una «grandísima» Grecia, que abarcara todas las demás, la de la Hélade propiamente dicha, y la «Grande», la Italia meridional.

El movimiento de reflujo contra el helenismo se produjo también indirectamente del lado de Persia: antes de dirigirse al foco mismo de la civilización griega, se trataba de desembarazar las inmediaciones, de cercarla gradualmente; se podía intentar sofocarla antes de proceder á su exterminio, y es curioso observar con qué continuidad persistieron los representantes sucesivos de la autocracia absoluta en su política respecto de la nación libre, y también cuánto ayudó á los reyes Asiates en su tentativa, la división de los Griegos en clases hostiles.

[1] G. Grote, *History of Greece*, t. IV, p. 37.

Ya Ciro se había apoderado de Sardes, rechazando á los Griegos al litoral y á las islas. Su hijo Cambises penetró en Egipto y hasta en la Cirenaica, arruinó las factorías de los Griegos y les arrebató la fructuosa explotación de Chipre. Los ejércitos de Darío franquearon en seguida el Bósforo y se establecieron sólidamente en Macedonia y en Tracia, y fueron manos griegas las que facilitaron esta invasión, construyendo el puente de barcas sobre el cual pasaron las multitudes conducidas por el rey de los Persas. Los mismos aliados helenos le ayudaron á pasar el Danubio y á penetrar en las llanuras de Escitia, donde se prometía castigar las hordas nómadas que, un poco más de cien años antes, habían asolado la Media. Quizá el «Rey de los Reyes» había concebido el gigantesco proyecto de atravesar todo el país de los Escitas y de volver á sus reinos siguiendo el litoral del Ponto Euxino, ó bien haciendo el gran rodeo por el norte del Cáucaso, á



Cl. Giraudon.

ARQUERO, FRONTÓN DEL TEMPLO DE EGINA, HACIA EL AÑO 470 ANTES DE J. C.

Munich.

lo largo del mar Caspio, el camino que le habían trazado los mismos enemigos en su invasión reciente. Si tal no hubiera sido su plan de campaña, no se comprendería que dejando sus tropas jónicas á la guardia del puente del Ister, les hubiera autorizado para volver á su patria si no volvía pasados dos meses; pero no encontró ante sí más que bandas fugitivas é incoercibles; no halló ciudades que destruir, ni plantaciones que devastar, y en resumen hubo de dejar vergonzosamente sus enfermos tras de sí y volver sobre sus pasos.

Durante su ausencia deliberaron los Griegos: ¿cumplirían estrictamente su promesa y volverían á sus tierras de Jonia, dejando al «Gran Rey» en lucha con los Escitas y el hambre y el invierno, ó salvarían el ejército de los Persas, corriendo el riesgo de verle un día dueño de Grecia? Prevaleció la última opinión, ya que todos los jefes jónicos juzgaron que sus intereses personales eran absolutamente solidarios de los del rey su aliado y amo. En calidad de «tiranos» de sus ciudades, ¿no tenían su poder por Darío, y, derribado éste, no serían derribados ellos mismos á su vez? ¿No se vería obligado el partido aristocrático á ceder las plazas y los honores al partido popular? Así se continuaban las disensiones de las ciudades en los campos, y esta vez tuvieron por consecuencia aumentar singularmente la fuerza de ataque de Persia contra los Griegos.

Esta campaña de Escitia, que hubiera podido fácilmente producir un desastre irreparable para Darío, se terminó, pues, estrechando el bloqueo que el rey de Persia y los tiranos aliados habían establecido alrededor de las ciudades donde el pueblo gozaba de participación en el gobierno. El choque se preparaba, y la significación profunda de los intereses en juego era tan bien comprendida, que, cuando estalló la guerra, causada por el resentimiento de Aristágoras, el tirano de Mileto, comenzó éste por renunciar el poder ante el pueblo reunido, é hizo proclamar de nuevo la isonomía ó igualdad de derechos entre los ciudadanos; después entregó, cada uno á su ciudad emancipada, diversos tiranos que había hecho prisioneros [1]. Pero necesitaba aliados más poderosos que los insulares de las Cíclades y que los Jonios del Asia Menor que habían quedado todavía independientes; partió, pues,

[1] Herodoto, *Historias*, v. 37 y 38.

N.º 168. De Babilonia á la Escitia, de Cunaxa al Ponto Euxino.



Ciro el Joven, sátrapa de Lidia, intentó destronar á su hermano el rey de Persia, Artaxerxes. Alistó mercenarios griegos, penetró en Mesopotamia, pero fué vencido y muerto en Cunaxa. El contingente griego, batido en retirada hacia el Norte, alcanzando después la mar Euxina, volvió á Grecia recorriendo el litoral. Xenofonte, que fué uno de los capitanes de la expedición, escribió su relato, que ha llegado hasta nosotros.

para la Grecia propiamente dicha, portador del primer mapa geográfico mencionado por la historia, la mesa de bronce sobre la cual Hécate de Mileto había trazado la forma del mundo conocido. Provisto de este documento estratégico, Aristágoras trató de demostrar á los «pastores

de los pueblos» que había llegado el tiempo de abandonar las pequeñas guerras intestinas, las expediciones de odio y de pillaje entre ciudades, y que era preciso dirigirse contra el gran enemigo, el rey de los Medas y de los Persas, y, si era preciso, atacarle en su capital, la distante Suza. Los Espartanos, más aristócratas que patriotas, negaron su apoyo, mientras el pueblo de Atenas, especialmente amenazado de sufrir la venganza del viejo Hippias, el Pisistrátida, desterrado en Persia, acogió las proposiciones de Aristágoras; pero con demasiada blandura, sin la energía que se ha de tener en los peligros supremos.

La flota persa se dirigió al Asia griega: ciudad tras ciudad, isla tras isla, fueron conquistadas por los sátrapas. Atenas quedaba casi sola, y Darío, nos dice la leyenda, había lanzado la flecha de su arco de guerra á las nubes del cielo para tomar á Ormuzd por testigo de su juramento de venganza. ¡Y sin embargo, su poderoso ejército vino á estrellarse contra los Atenienses en las llanuras de Maratón! Diez años de preparativos, durante los cuales prodigiosas fuerzas de ataque, tales como no se habían visto jamás sobre las riberas del mar Egeo, se reunieron contra la pequeña Grecia; la tierra estaba cubierta de soldados, un millón, dos millones de hombres, se dice; el mar estaba cubierto de barcos; los pueblos aterrados se prosternaban á su paso. Fué preciso abandonar Atenas, dejar á los bárbaros arrasar las viviendas y demoler los templos, y Xerxes triunfante había hecho erigir su trono en la orilla para contemplar cómodamente la destrucción de la flota donde se habían refugiado los rebeldes; pero éstos habían conservado para sí la confianza en sí mismos, la certidumbre de ser los más sagaces y los más inteligentes, y lo probaron en el estrecho de Salamina. En todas partes, por tierra y por mar, en Platea, en Micala, los invasores persas fueron rechazados ó dispersados, y los pueblos creyeron firmemente que los dioses, que el Destino había establecido entre Asia y Europa límites naturales, y de una parte y otra se temió franquearlos durante mucho tiempo. Conformándose con esa apreciación de las cosas, los enviados atenienses, inspirados por Cimón, estipularon con el sucesor de Xerxes que en lo sucesivo se comprometían á no atacar el imperio de los Persas si el rey prometía no hacer que entraran sus naves en el mar Egeo y



Museo del Louvre. Cl. Giraudon.

TESORO DE LOS CNIDIOS. VI SIGLO ANTES DE J. C.
EXCAVACIONES DE DELFOS

retener sus ejércitos de tierra á lo menos á tres jornadas de la costa [1].

Pero los acontecimientos que se sucedían no debían hacer que se olvidaran las jornadas en que se vió la derrota de los Asiáticos en las aguas de Salamina y en los campos de Platea. Por una singular ilusión de óptica, nos parece á los Occidentales que Maratón y las

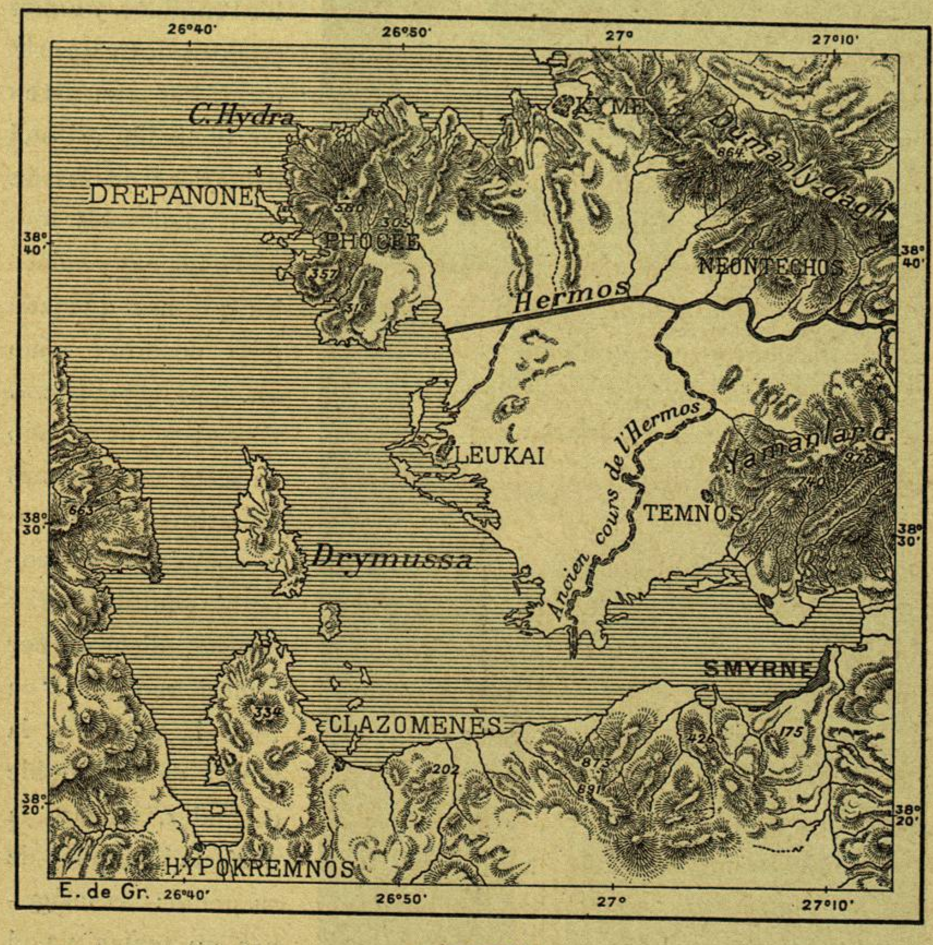
[1] L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, p. 254 y siguientes.

otras batallas fueron hechos decisivos en que el genio libre de Europa triunfó definitivamente de las costumbres serviles que prevalecían entre los esclavos del «Gran Rey» y que no hubiesen dejado de contaminar á los vencidos. Sin embargo, esas memorables luchas no fueron sino simples episodios de un conflicto secular ó milenario, como lo había sido en otro tiempo la guerra mítica de Troya. Después había de continuar la lucha, pero no ya para asegurar el triunfo de la libertad, puesto que el Macedonio, vencedor de los Orientales, se hizo Oriental él mismo, por el fasto, el capricho y la servidumbre que impuso á los pueblos subyugados. Sin embargo, han de considerarse las victorias griegas como acontecimientos de la más alta y feliz significación, puesto que en esas batallas la fuerza queda en manos de los que representaban la voluntad libre, la iniciativa personal contra masas humanas sin pensamiento ni voluntad. Poseídos con perfecto derecho de la alegría del triunfo, los Griegos tuvieron conciencia de su individualidad nacional, de su fraternidad de lengua, de costumbres y de genio, pero Atenas cometió la falta de atribuirse una parte demasiado excesiva de la gloria común; casi llegó á querer para sí sola el triunfo, olvidando los Eginetas de Salamina y los Espartanos de Platea. Durante siglos no habló más que de Maratón: hasta cuando fué envilecida por la conquista, los retóricos atenienses osaban, ante el Romano Syla, declararse descendientes de Milcíades y de Cinegiro.

Al menos la orgullosa conciencia de la victoria obtenida en condiciones tan difíciles y contra un enemigo tan poderoso, dió á los Griegos, y sobre todo á sus representantes por excelencia, los Atenienses, una prodigiosa intensidad de vida. Cada soldado de Maratón ó de Salamina comprendió su dignidad de hombre, y, vuelto á su ciudad, pretendió para lo sucesivo el respeto de todos. Los descendientes de las grandes familias tuvieron que contar con las gentes humildes, de modesta genealogía, que habían combatido á su lado. Una mayor igualdad se estableció entre los ciudadanos, aun desde el punto de vista material, porque los propietarios aristócratas habían perdido sus cosechas á consecuencia del vaivén de las guerras, mientras que los combatientes de las clases inferiores habían ganado en bienestar por efecto de su participación en el botín. Hasta los más altos personajes, como Arístides, hubieron de ceder á ese impulso del pueblo de abajo

y reducir singularmente las prerrogativas tradicionales de los grandes. Á propuesta suya fueron suprimidas las cláusulas que excluían la mayoría de los ciudadanos de los empleos superiores; todos los elec-

N.º 169. Fócea y el golfo de Smyrna.



Smyrna podrá quizá evitar la suerte de Míleto. La desviación de la desembocadura del Hermos, cuyos aluviones amenazaban obstruir las inmediaciones de la gran ciudad, es una obra muy reciente.

tores fueron elegibles: la forma gubernamental perdió completamente su carácter aristocrático para convertirse en democrático.

Aquella fué la gran época de Grecia. Enriquecida por el comer-

cio y los tributos, Atenas llegó á ser la ciudad maravillosa de los templos, de los teatros, de las estatuas. Entonces se edificó el Partenón, se elevaron los Propíleos, y Fidias y tantos otros ilustres escultores cincelaron en el bello mármol del Atica y de las islas esas admirables formas humanas y animales que han quedado para nosotros como los tipos de la belleza. El artista, despojado de las preocupaciones hieráticas, plenamente consciente del soberbio equilibrio de su cuerpo, dichoso por poderle reproducir en toda la gracia y la fuerza de una noble desnudez, alcanzó la perfecta liberación de su genio: las imágenes no tenían ya el aspecto rígido y frío de las primeras efigies talladas en madera. Los vestidos no caían en largos pliegues macizos pegados al cuerpo; la cabellera no se desarrollaba, rí-

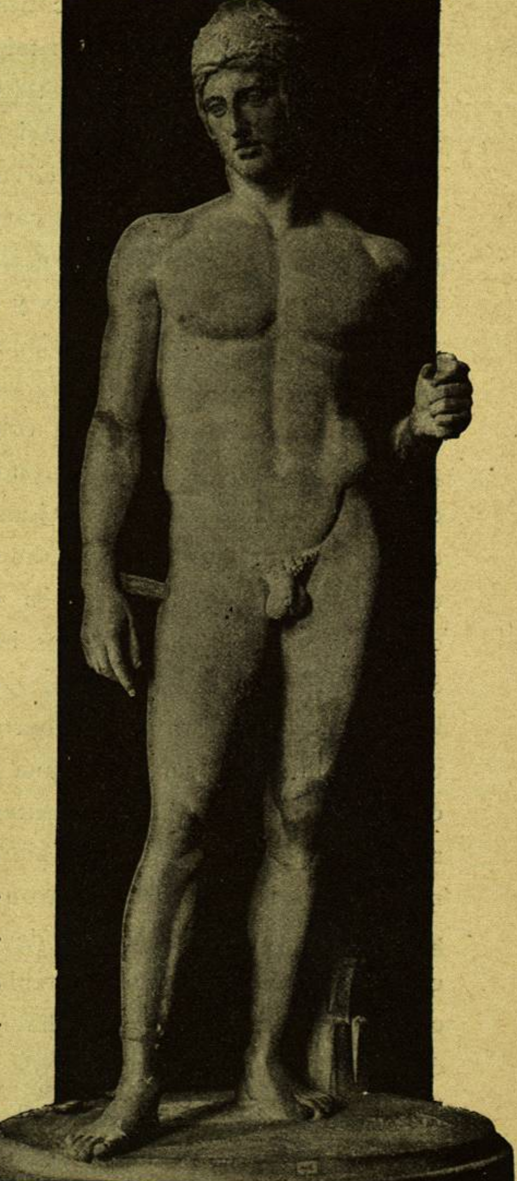


Cl. Giraudon.

ESFINGE DE LOS NAXIOS Y CAPITEL JÓNICO
EXCAVACIONES DE DELFOS, SIGLO VI ANTES DE J. C.

gida igual, en ondulaciones paralelas, sino flotando agitada por el aire; los labios no se entreabrían en una tranquila sonrisa, antes al contrario, la vida animaba los rostros; la expresión, siempre noble, irradiaba de los rasgos y de las actitudes. El Griego, como artista evocador, había llegado á la comprensión perfecta de su propia naturaleza, divinizada en Zeus y en Atene y sabía darle una forma definitiva de incorruptible belleza. Al mismo tiempo, el pensamiento se manifestaba en la lengua más rica y más sonora: jamás literatura alguna se había producido con tanta profusión, esplendor y resonancia. Esquilo fué uno de los combatientes de la gran guerra, y Píndaro le había cantado; Sófocles, adolescente, dirigía el coro que se presentó ante los vencedores de Salamina, y, durante la generación siguiente, Herodoto refiere la memorable historia. ¡Y cuántos otros poetas, historiadores y dramaturgos, en todas las partes del mundo griego, sucedieron á esos grandes hombres en una maravillosa descendencia!

Sin embargo, el período de gloriosa hegemonía no duró mucho tiempo para Atenas. Las disensiones interiores, suspendidas parcialmente á causa del común peligro, se reprodujeron nuevamente cuando desapareció el peligro de los Persas. Por otra parte, los ciudadanos de Atenas no



Museo del Louvre. Cl. Giraudon.

ARÉS GRIEGO, CONOCIDO BAJO EL NOMBRE DE MARTE BORGHESE
Bella época de la estatuaria griega.

tenían ya nada que hacer más que discutir; la mayor parte del tiempo discutían en vano, disputaban. En efecto, las riquezas producidas por el comercio y por las cotizaciones de los aliados, percibidas en forma de impuestos, afluían en tal abundancia, que fatalmente la nación entera se hizo parásita. Arístides, que á la sazón era el hombre más influyente, aconsejó á los Atenienses que se erigieran colectivamente en asamblea directora de la Grecia jónica viviendo á expensas de la confederación. Invitó á los campesinos á que habitaran la ciudad donde habría con qué mantenerles en todo bienestar, lo mismo que á los soldados, los funcionarios y toda clase de empleados. El pueblo se dejó persuadir con demasiada facilidad, y, según lo que refiere Aristóteles en su *República Ateniense,* la mayoría de la nación — más de veinte mil ciudadanos, sin contar los esclavos — vivió del presupuesto nacional. Ese parasitismo, practicado siempre por los vencedores á expensas de los vencidos, pero que jamás había tomado ese carácter normal y legislativo, hubo de producir un gran descontento entre los aliados, convertidos en tributarios y privados de sus propias constituciones: únicamente los insulares de Lesbos, de Chios y de Samos, próximos al Asia y encargados de velar como centinelas contra los Persas, conservaron sus libertades locales. Es casi admirable que una nación transformada en una inmensa asamblea de funcionarios y de políticos haya tenido suficientes recursos morales en sí misma para no cometer más faltas en el interior y más atentados contra sus vecinos; pero sus fechorías bastaron para hacer estallar revoluciones y guerras en todos los puntos de la Grecia vasalla. Verdaderamente que los Atenienses hubieran tenido mil veces razón para condenar al ostracismo á Arístides, si lo habían hecho, no por cansancio y deseo de novedades, sino en castigo de haber inducido al pueblo á cambiar los esfuerzos diarios del trabajo por las rentas gratuitas y las vanidades de la facundia política.

Otro hecho gravísimo consistía en el desarrollo de la gran industria, fenómeno que se puede comparar al que se ha producido en los tiempos modernos en el mundo civilizado en proporciones mucho más extensas. La fábrica tenía por consecuencia un desarrollo rápido de la esclavitud, no de esa esclavitud de familia, tal como había existido durante el período especialmente agrícola de la historia griega, sino

de una servidumbre que se desentiende por completo de los intereses del individuo y que subordina enteramente á las conveniencias del patrón. Los fabricantes reclutaban por la compra los hombres que necesitaban, y en los lugares bien situados para el comercio se establecieron grandes mercados de esclavos. Dicen los antiguos que la isla de Chios fué la primera comunidad helénica que se dió por especialidad el tráfico de los hombres, y las ciudades que más recibieron, Corinto, Atenas, Egina, Siracusa, fueron también los grandes centros industriales de la época. En vano algunos ciudadanos como Periandro en Corinto, trataron de oponerse á la importación de los esclavos: contra ellos fué harto poderosa la liga de los intereses industriales [1].



Museo del Louvre. Cl. Giraudon.

APOLO SAURÓCTONO (MATADOR DE LAGARTOS)

Estatua de Praxiteles.

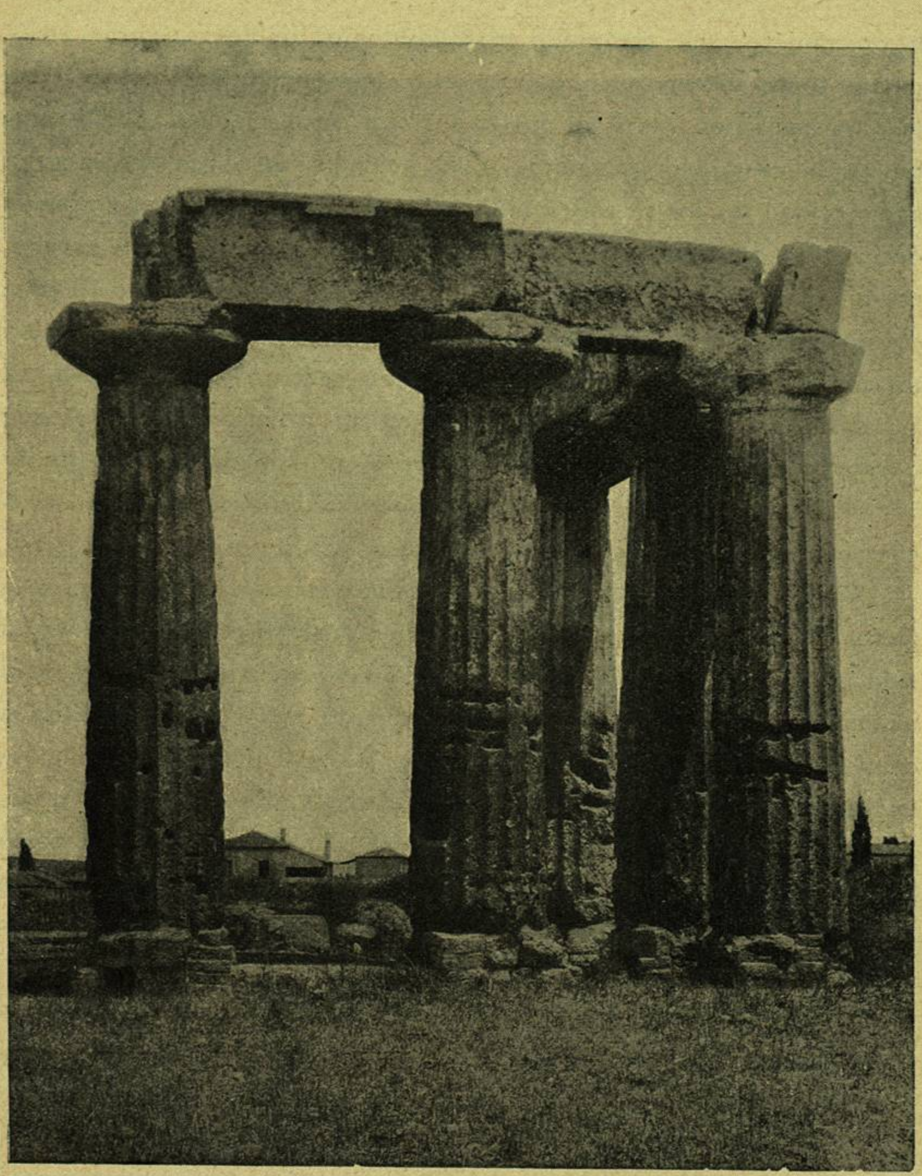
Pronto comenzó de nuevo la lucha entre Esparta y Atica, después la peste, aportada por los barcos de Egipto, diezmó las poblaciones de la Grecia del Norte. Las «metabolias» ó transformaciones, que se suceden en la historia interior de Atenas [2], guerras, revoluciones y contra-revoluciones, expediciones desastrosas, tiranías

[1] Ed. Meyer, *Die Sklaverei im Altertum.*
[2] Aristóteles, *La République Athénienne*, edición Th. Reinach, cap. XVI, § 41.

y rebeldías, ejecuciones y matanzas, continúan devastando los territorios de las ciudades griegas, hasta en el Asia Menor y en Sicilia, mientras que en el Norte se engrandece la monarquía de Macedonia, preparándose arteramente para la conquista de las repúblicas debilitadas. Sin embargo, hiciéronse en el intervalo nobilísimas tentativas en vista de la reconciliación de los Helenos, por la conservación y aun el establecimiento de todas las repúblicas pequeñas y grandes, unidas en lo sucesivo en una vasta federación. Á los Beocios, venidos después que los Atenienses y los Espartanos al pleno florecimiento de su genio, corresponde la gloria de haber intentado esta obra de justicia, á la cual se une el nombre de Epaminondas. Por el respeto de todos los pueblos que representaban el panhelenismo, y por sus felices campañas en el corazón del Peloponeso, restituyeron la autonomía de los Arcadios y de los Mesenios, tanto tiempo dominados; pero Grecia, empobrecida por tantas guerras intestinas, era ya impotente para rechazar una nueva invasión de los pueblos del Norte.

Siglo y medio después de las guerras médicas, Filipo de Macedonia, á quien los Atenienses casi despreciaban como rey bárbaro, pero que era el igual de los Helenos por la inteligencia y su superior por la táctica militar, se sintió bastante seguro de sí mismo para franquear el desfiladero de las Termópilas, se aventuró en las llanuras fatales á Darío y triunfó, gracias á su falange sólida, de las tropas menos disciplinadas de Tebas y de Atenas. Aquello fué, bajo otro nombre, la revancha de los Persas, y podría decirse que hubo una especie de ironía en la proposición de Filipo, quien, para consolarles de su derrota, invitó á los Helenos á ayudarle en una vuelta ofensiva de Europa contra Asia; pero respondieron á su llamamiento con tan mala voluntad, prefiriendo ser ciudadanos libres que soldados de un conquistador, que Alejandro, el hijo de Filipo, tuvo que comenzar de nuevo la guerra de invasión contra Grecia: la destrucción de Tebas, la matanza y la venta en subasta de sus defensores, constituyó el alegre presente de su advenimiento.

Las campañas de Alejandro en el inmenso imperio de los Persas, que comprendía entonces casi todo el mundo conocido, son prodigiosas, y serían inexplicables si la multitud de las naciones que obe-



Cl. Roux.

COLUMNATA DÓRICA DEL TEMPLO DE HELIOS EN CORINTO
SIGLO VII ANTES DE LA ERA VULGAR

decían al «Gran Rey» hubiera formado un verdadero conjunto; pero el inmenso territorio subyugado por los reyes de Persia estaba habitado por los pueblos más distintos de lenguajes, de tradiciones, de costumbres y de intereses; todos demasiado débiles y envilecidos por la servidumbre para reivindicar su libertad propia; demasiado indiferentes al destino de su amo presente para defenderle contra

un extranjero. De ese modo los Macedonios pudieron entrar fácilmente sobre el territorio del imperio, no encontrando á su paso más que ejércitos, pero sin que se les opusieran pueblos. Los Persas tenían la ventaja del número, y los soldados de Alejandro la gran superioridad de los métodos militares; aunque helenizados, no puede decirse, no obstante, que los vencedores representasen el helenismo, porque si los Griegos reunidos en Corinto declararon la guerra á Persia y eligieron como generalísimo al rey de Macedonia, fué por imposición forzada. Se dió el caso de que Alejandro encontró delante de sí, en la batalla de Granico, más Griegos entre sus adversarios que los que llevaba como aliados: miles de hombres que hablaban la lengua de los soldados de Maratón servían en el ejército asiático, no como mercenarios, sino por espíritu de venganza contra el opresor de su patria.

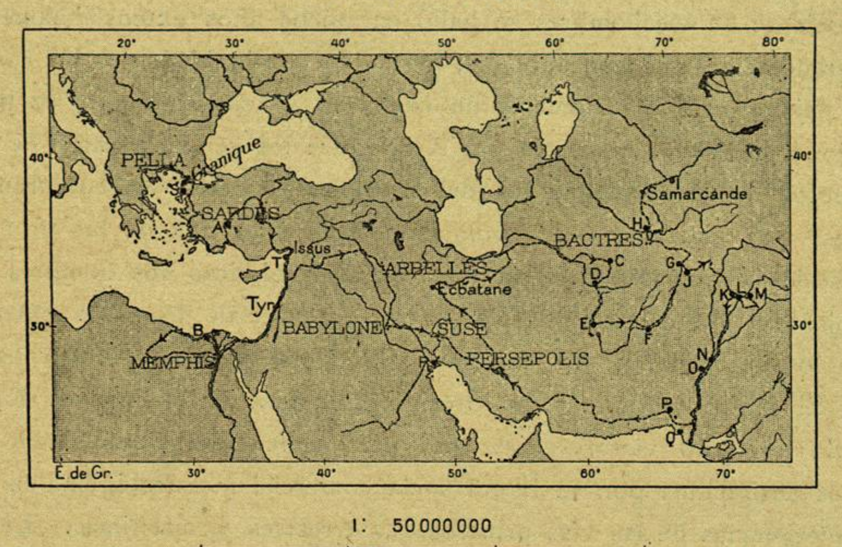
Por su parte, Alejandro no se hallaba satisfecho siendo el primero de los Griegos. Consciente, á pesar de pertenecer todavía á medias al mundo de los bárbaros, impulsado además por la vanidad natural á los que gozan del éxito, lleno de jactancia se glorificaba considerándose como el sucesor de los Akheménidas, y poniéndose en su lugar, fué á su vez el «Rey de Reyes», hizo seguir su nombre de todos los títulos de que se había enorgullecido Darío; tomó las mismas residencias, Babilonia y Suza, por sus capitales, y quiso conquistar todas las comarcas que habían obedecido al rey de los Medas y de los Persas: necesitaba Fenicia, Egipto y los oasis, Irania, Bactriana y Sogdiana, Aracosia, Gedrosia y la India. Pero en el lago de los Siete Ríos hubo de detenerse, allí donde se habían detenido antes los invasores iranios, y volver sobre sus pasos.

Fué, pues, como soberano de Asia, no como el Aquiles griego, con el cual había gustado compararse en su juventud, como mandó á los pueblos de toda lengua y de toda raza que le fueron sometidos. Además, haciéndose elevar en vida al rango de los dioses, no se había sentado sobre la cima del Olimpo griego, sino que se deificó según ciertos ritos extranjeros y bárbaros. Se vanagloriaba de ser hijo, no del rey Filipo — á quien acaso ayudó á perecer, — sino de una serpiente, diosa de la Tierra [1], y se hizo reconocer

[1] Michelet, *La Bible de l'Humanité*.

solemnemente en Egipto como salido de Amón el de los Dos Cuernos. Y lo creyó él mismo, y lo hizo creer de tal modo á los pueblos deslumbrados por su fulgurante destino, que, hasta nuestros días, es conocido en Asia bajo el nombre de «Sikandar el Bicornio».

N.º 170. Imperio de Alejandro.



A. Apolonia, en Pisidia.
B. Alejandría de Egipto.
C. Alejandría no identificada.
D. Alejandría de Aria, Herat.
E. Proftasia.
F. Alejandría de Aracosia, Kandahar.
G. Alejandría del Paropamiso, Kherinan, á 15 kilómetros al oeste de Kabul.
H. Alejandría del Oxus, Satirorai ó Karchi, según los autores.
I. Alejandría la más lejana, Khodjend, Maghinan, según algunos autores.
J. Nikæa ó Nicea (la Victoria), villa próxima á Kabul.
K. Bukephalaia, á la orilla del Hydaspes (Djilum), del nombre del caballo de Alejandro, en recuerdo de que allí le mataron. Sobre la orilla opuesta se halla:
L. Nikæa, probablemente Udinagur.
M. Alejandría de la India, no identificada.
N. Alejandría, Veh ó Milhan.
O. Alejandría de los Sorios, cerca Kastinur.
P. Alejandría, Rhambakia.
Q. Alejandría del Estuario, Sangada.
R. Alejandría de Suciana, Charax.
S. Alejandría de Troas.
T. Alejandría, cerca de Issus, sobre el solar de la colonia fenicia Myriandos, hoy Iskanderum ó Alexandreta.

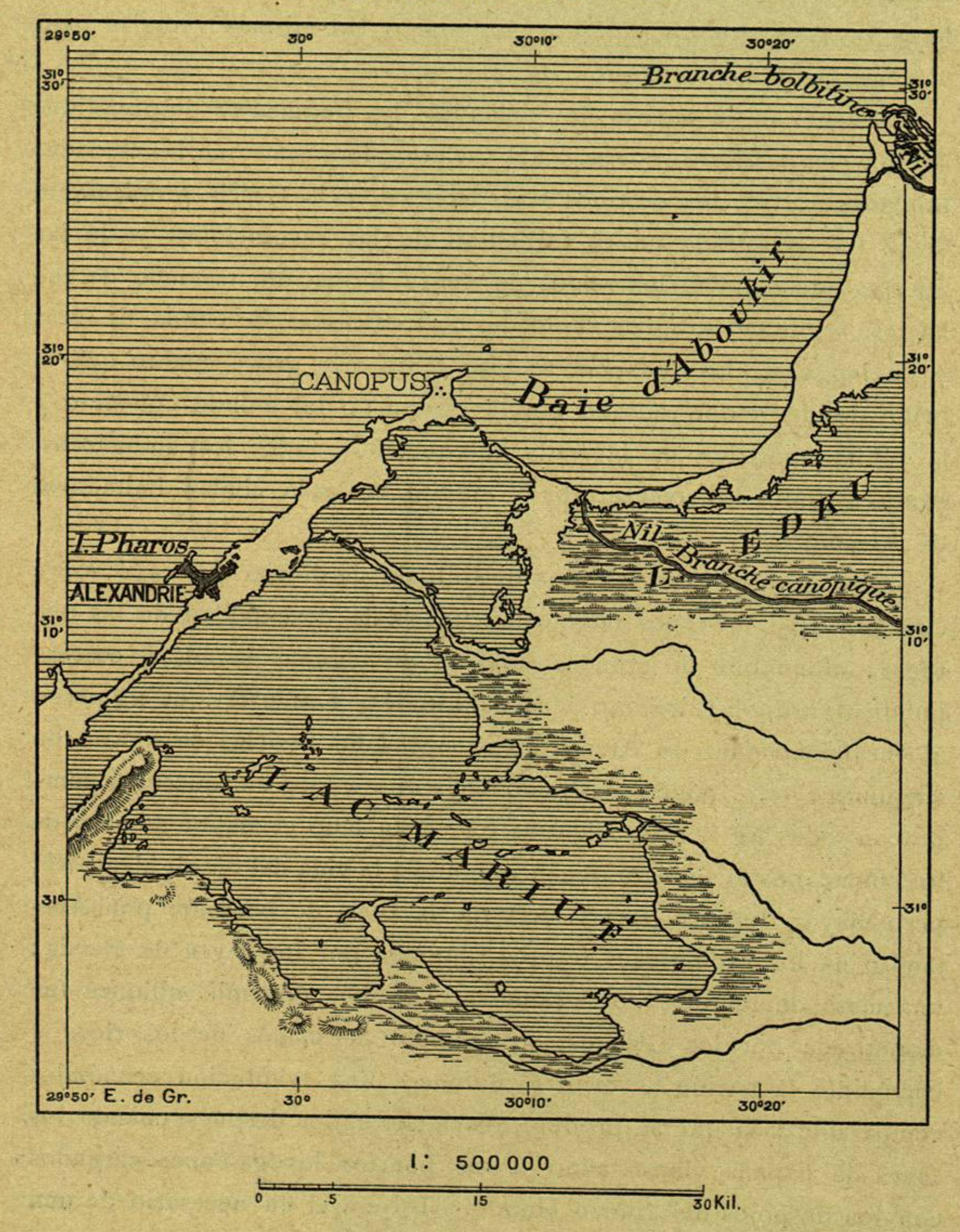
Aunque Alejandro hubiera sido el violentador de Grecia y no haya representado el genio de los Helenos en la vertiginosa conquista del mundo conocido, iba, no obstante, acompañado de muchos hombres de claro entendimiento, y las comarcas orientales se abrieron ampliamente á todo lo que venía de las pequeñas repúblicas de

la Hélade, haciéndose sentir en grande su influencia en toda aquella parte de Asia, que antes les estuvo casi cerrada, y donde se encontraron y mezclaron con las ideas y las concepciones de los Iranios y de los Hindus para mezclarse directamente con ellos. Las conquistas de Alejandro fueron de ese modo la ocasión de una de las más importantes evoluciones de la historia mundial. El universo consciente de los hombres se halló en pocos años extensísimamente engrandecido, más que doblado; hasta por continuidad, por los rumores lejanos, las divergencias de corriente y los remolinos, se produjo el contacto en medio del Asia entre los representantes de los pueblos mediterráneos y los del Extremo Oriente. Se comprende, pues, que esta época de conmoción haya sido una de las grandes eras de la humanidad. En las leyendas asiáticas los nombres de Alejandro, de Rustem, de Zoroastro, se mezclan de modo extraño con los de Salomón, de Mahoma, y de personajes más modernos.

El conquistador macedonio erigía columnas en los lugares donde había obtenido victorias; de esa manera fundaba ciudades en los sitios designados por su importancia comercial y estratégica, en las convergencias de las vías principales, terrestres y marítimas. En la elección de algunos de esos sitios se ha querido ver un efecto de su genio, como si el concurso de las naciones hacia tal ó cual «Alejandría» no procediese de la fuerza misma de las cosas, de la necesidad de la evolución histórica. Muchas Alejandrías desaparecieron porque no se habían fundado en uno de esos lugares antes indicados: la de la India no existe ya, y en vano se buscan sus huellas, mientras que la soberbia Alejandría de Egipto llegó á ser una de las capitales del universo y fué durante un tiempo el foco más activo de las ciencias y del pensamiento, habiendo permanecido hasta nuestros días como una ciudad considerable. Pero también su posición natural es de aquellas que el comercio no podía descuidar: ya en los tiempos protohistóricos, Homero recogía los dichos de los marinos para mencionar el fondeadero resguardado por el islote de Pharos. En este punto se halla una de las primeras radas naturales, á la extremidad occidental de la larga curva de playas inciertas que se desarrolla ante el Nilo y el desierto hasta las costas de Siria. Y este puerto, que los ingenieros que siguieron á Alejandro, pero sobre

todo los de los Ptolomeos, los sucesores del Macedonio, pudieron arreglar fácilmente con muelles y malecones, se hallaba próximo á

N.º 171. Alejandría de Egipto y el Nilo.



la rama canópica del Nilo: prácticamente la ciudad nueva poseía las ventajas reunidas de un lugar de comercio á la vez marítimo y fluvial;

parecía haber sido fundada según los consejos de los Griegos de Naukratis, que se proponían poseer el gran puerto marítimo en la proximidad del brazo del Nilo, sobre el que estaba edificada su ciudad. Además, hallándose Alejandría más al Este, cerca de la excelente rada de Abukir, hubiera presentado las mismas ventajas para el comercio y la navegación [1].

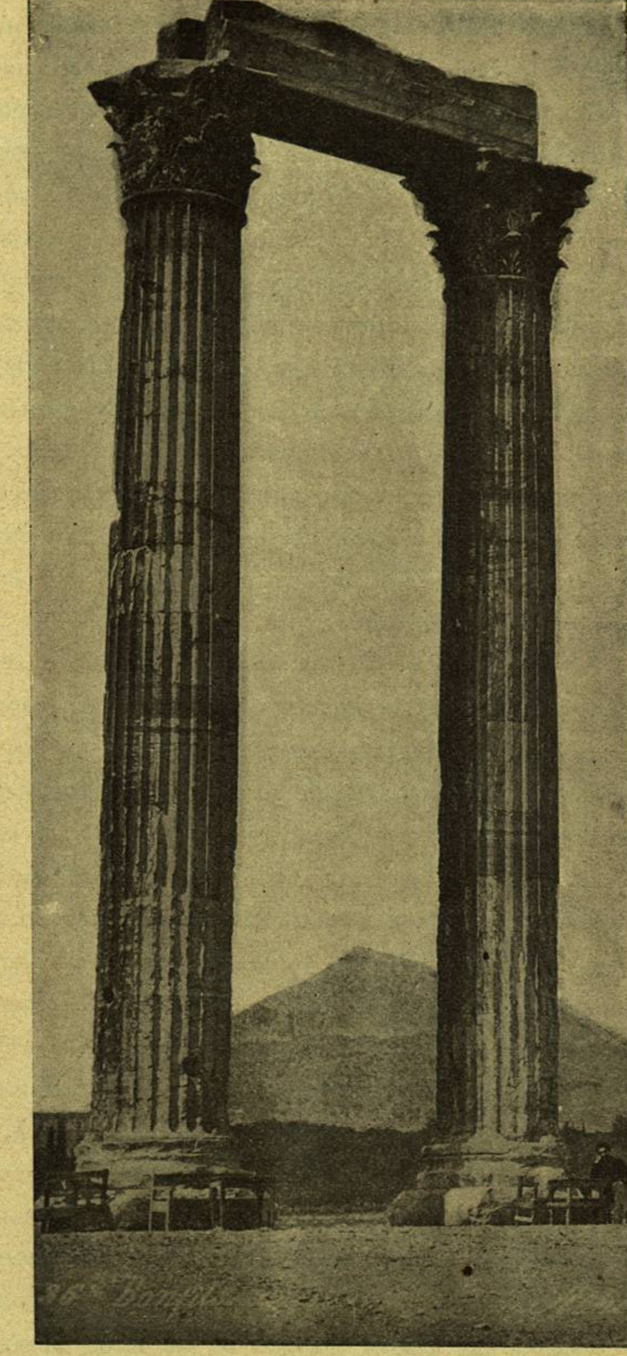
Después de la muerte de Alejandro, los fragmentos desprendidos del inmenso territorio conquistado tuvieron, lo mismo que las ciudades fundadas por él, los destinos más diversos, y la Grecia propiamente dicha fué arrastrada en el torbellino de las revoluciones y de las guerras que removía los reinos de nueva formación, tratando de rehacerse según las antiguas afinidades de tradiciones, de cultos, de razas y de lenguas. La situación se hizo tanto más grave cuanto que el brillo deslumbrador causado por la conquista del mundo conocido y la súbita aparición de la India enloqueció á todos los ambiciosos, exaltó á todos los aventureros y suscitó en cada ciudad imitadores de Alejandro.

Otro gran peligro provenía del diluvio de dinero que cayó sobre Grecia y que tuvo por fatal consecuencia la desigualdad de las fortunas: monopolio de grandes riquezas en algunas manos y correspondiente empobrecimiento de las multitudes. Los males que siguieron al enriquecimiento de Atenas en la época de Pericles se agravaron singularmente. Demóstenes pudo decir que «unos enriquecidos compraban todas las tierras, mientras que á su lado el mayor número de los ciudadanos ni siquiera tienen asegurada la vida del día siguiente» [2]; pero mayor desastre para Grecia fué la toma de posesión por Alejandro de los prodigiosos tesoros reunidos por los reyes de Persia: una masa de lingotes correspondiente á unos dos mil millones fué monetizada por los Griegos, se acumuló en manos de los ricos y corrompió la nación [3]. Ocurrió entonces una revolución económica comparable á la que se produjo, dieciocho siglos después, cuando los reyes de España vieron afluir á sus puertos los galeones cargados con los despojos del Nuevo Mundo. Tal era el fin necesario de una

[1] J. P. Mahaffy, *The Empire of the Ptolemies*, p. 11.
[2] *Troisième Olynthienne*, § 24 y siguientes.
[3] Louis Theureau, *Revue scientifique*, 1897, t. II, p. 520.

evolución económica cuya palabra de orden proverbial era: Χρήματ' ἀνήρ, «el dinero hace al hombre».

La pobreza de la gran masa, comparada con la riqueza de algunos, y la repugnancia de una vida sin libertad produjeron un desaliento general, que, según Polybio, se manifestó por el celibato y la disminución voluntaria del número de los hijos. El país se despobló aún en los períodos en que no había guerras ni epidemias. «Los hombres, no los dioses, eran los únicos culpables, puesto que se negaban á casarse, y cuando se casaban, no se ocupaban de educar sus hijos, sino uno ó dos, que, á la muerte de sus padres, heredaban toda la fortuna». Toda decadencia se manifiesta por los mismos síntomas. Sin embargo, la potente vitalidad que hizo nacer la civilización griega es-



Cl. Bonfils.

ATENAS, COLUMNATA CORINTIA DEL TEMPLO DE ZEUS PANHELENIO, SIGLO II DE LA ERA VULGAR

taba lejos todavía de hallarse agotada, y hasta puede decirse que, en ciertos conceptos, dió sus mejores frutos antes que la mano de Roma viniese brutalmente á suprimir Grecia: suele suceder que en organismos físicamente debilitados el pensamiento adquiere agudeza extraordinaria, una fuerza de penetración mucho mayor. Se formaron ligas entre pequeñas repúblicas con la voluntad sincera de respetar las libertades locales, de no asegurar privilegio á ningún Estado á expensas de los otros. Jamás se habían acercado tanto los Griegos á una verdadera federación, como durante la existencia de la liga áquea. Fundada en el Peloponeso, sobre todo por los descendientes de aquellos Griegos que, mil años antes, con anterioridad á Esparta y Atenas, habían ejercido la hegemonía durante la guerra de Troya, esta liga retrotraía el centro de gravedad de la Hélade hacia el punto que había ocupado en otro tiempo antes de las grandes invasiones dóricas: la vejez renovaba el ciclo de la infancia. Los últimos Griegos fueron los que habían sido los primeros. «El fin de Grecia recordó sus principios; Philopœmen era un arcadio, — un Pelasgo»[1].

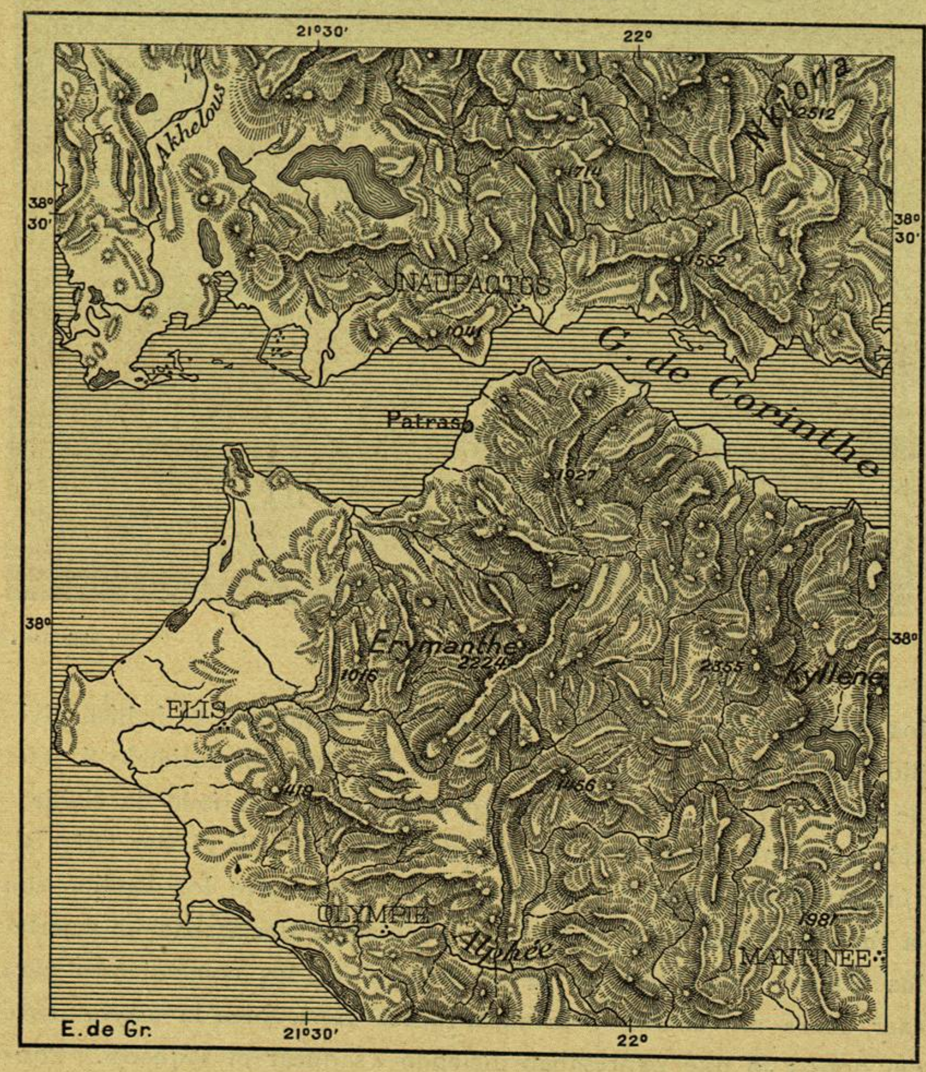
Pero la hermosa liga áquea, que debía abrazar todo el mundo griego y realizar la idea del panhelenismo, tenía contra sí todos los tiranos de las ciudades, todas las viejas aristocracias que no podían esperar la conservación de su poder sino por la alianza con los Macedonios ú otros conquistadores. A los antiguos enemigos vinieron pronto á juntarse otros más temibles; el mundo se había ensanchado, y á medida que Grecia desarrollaba su pensamiento de independencia, los peligros del exterior recrudecían en una proporción más rápida: Atenas, habiendo adquirido conciencia de sí misma por el derrumbamiento de los tiranos y sus victorias sobre los Medas, se gobernó en democracia; pero habiéndose atribuído la hegemonía, fué dominada por Esparta. La ciudad del Partenón se hizo libre y próspera, más respetuosa de las otras ciudades: el Macedonio la subyuga. Una federación libre, verdadera organización popular, se forma con la liga áquea: los Romanos hacen su aparición en la península ilírica.

Contra ese nuevo peligro se hubieran necesitado fuerzas nuevas,

[1] Michelet, *Histoire Romaine*, ps. 60 y 61.

pero precisamente los invasores supieron utilizar los Griegos contra los Griegos, favorecer la liga etolia contra la liga áquea. Porque los

N.° 172. Etolia, Elide y Arcadia.



El territorio primitivo de la liga áquea, hacia 280 años antes de Jesucristo, era la vertiente nord-occidental del Erymanto; la Arcadia se unió en seguida y después la Elide con el resto del Peloponeso.

Etolios, que entraban en lo sucesivo en violento contacto con los otros Helenos, habían vivido hasta entonces casi fuera del grupo de



ATENAS, EL PARTENÓN Cl. Alois Beer.

los pueblos del mismo origen: pastores y bandidos, se habían dividido en su mayor parte en pequeños Estados, obedeciendo á jefes de guerra, y, en su conjunto, representaban un período de civilización muy inferior á la de los Griegos, vueltos hacia el mar Oriental. Una costumbre singular se había establecido entre los Etolios con la fuerza de una ley: cuando dos pueblos se declaraban en guerra, los Etolios acampaban en la proximidad de los combatientes para caer sobre el vencido y arrancar á los vencedores la mayor parte del botín: lo que expresaban diciendo «saquear el saqueo». Polibio refiere de Dicearca, el pirata etolio, que, «en el exceso de su delirio», quería consternar los dioses y los hombres. A donde quiera que abordaba, elevaba dos altares, uno á la impiedad, otro á la injusticia [1]; transformaba en religión su desprecio de los cultos griegos y de todo lo que les era caro. Los Romanos se dirigían bien,

[1] Bazin, *Archives des Missions scientifiques et littéraires*, 2.ª serie, t. I, p. 258.



FRISO DEL PARTENÓN, CABALLO AL GALOPE Cl. Mansell.

tomando á los Etolios por aliados en sus empresas de conquista, lo que no les impidió volverse en seguida contra ellos y aniquilarlos, reduciéndoles á una impotencia absoluta.

Pero antes que el drama final se realizara en su terrible brutalidad, la ironía de la suerte había de producirse á expensas de la pobre nación condenada. En el año 196, tres siglos después de Maratón, ante la multitud reunida para los juegos ístmicos, al pie del Acrocorinto, un heraldo proclamó la plena libertad de todos los Griegos, la liga fraternal de las ciudades bajo la protección de las legiones romanas, dedicadas en lo sucesivo al sostén del buen derecho. Con esa furia de bajeza y de abyección que precipita á las multitudes bajo los pasos de los vencedores, todo aquel pueblo reunido, dichoso de recibir el simulacro de los bienes que era harto cobarde para conquistar por sí mismo, lanzó tales gritos de aclamación hacia el cielo, que «cayeron las aves», dice la leyenda; pero aun no había transcurrido medio siglo, cuando en el mismo sitio el

cónsul Mummius vino sin frases á traer la ruina y la muerte. Grecia no era ya más que una provincia romana: le quedaba un nombre, penosamente ganado por sus últimas luchas, «Acaia», y la inmortal influencia que había adquirido en las ciencias, las artes y todo el movimiento del pensamiento. Tucídides, que asistió á los terribles acontecimientos de la guerra del Peloponeso y pudo reconocer en parte las causas de la futura decadencia helénica, tuvo el lenguaje digno que convenía á un Ateniense: «Si hemos de degenerar un día, porque todo está destinado á decaer, quedará á lo menos un eterno recuerdo». Hubiera podido añadir: «un eterno ejemplo».

La principal obra de Grecia en la historia del mundo ha consistido en concentrar en sí y en elaborar todos los elementos de progreso que convergían de Egipto y del mundo oriental, desde el Paropamisos al Cáucaso. En este estrecho espacio insular y peninsular han convergido sucesivamente como en un crisol para refundirse en él de nuevo, los mitos y las ideas, las industrias, las ciencias y las artes nacidos durante el curso de las edades, en un círculo inmenso de tierras habitadas por poblaciones de razas diferentes y de más diverso genio, Hamitas y Semitas, Arios y Turanios. Las pequeñas tribus ancestrales de los Helenos estaban todavía en su barbarie primitiva cuando Egipto y Caldea esculpían ya estatuas, grababan escrituras sagradas y erigían templos; pero propagándose hacia el Oeste, esas dos grandes civilizaciones locales habían de encontrarse sobre las costas de Fenicia, y las flotas del pueblo comercial, que llevaban el tesoro más precioso que el hombre haya podido hallar, el tesoro por excelencia, el libro, tenían necesariamente por primera etapa, en el viaje sobre el largo Mediterráneo, las islas y las penínsulas del mundo griego. Allá, esos navegantes del Oriente, encontraban colonos venidos de otros países, de las costas del Asia Menor y de las orillas del mar Negro; por contacto, por las narraciones y leyendas que se llevan de pueblo en pueblo sobre los caminos del lento tráfico, Grecia recibió y puso en obra todo el haber intelectual adquirido ya por los pueblos dispuestos en anfiteatro en el mundo circundante, desde los Etiopes del Alto Nilo hasta los Scitas del Borístenes.

La evolución trae consigo siempre un cierto retroceso al mismo tiempo que algunos progresos, y Grecia no escapó á esta ley. Es cierto que los Helenos, como industriales propiamente dichos, quedaron inferiores á los Egipcios; del otro lado del mundo, los Chinos les fueron muy superiores en su desarrollo autónomo; nada entre los Griegos puede parangonarse con los objetos de alabastro fabricados por los Egipcios desde la sexta dinastía [1]. El medio, y el genio que de él se derivaba, llegó á los primeros en otra dirección, hacia las aplicaciones de la ciencia al trabajo del hombre. La fabricación de instrumentos relativos al conocimiento de la Tierra, fué uno de los grandes triunfos de la inteligencia humana, debiéndose á los Griegos de Mileto la admirable realización de los primeros globos celestes y terrestres. Semejante industria atestiguaba desde luego, si no un conocimiento profundo de la Tierra y de los Cielos, á lo menos el descubrimiento del hecho primordial, la redondez terrestre. La traslación del Globo



Cl. Giraudon.

ESPEJO Y FRASCO DE PERFUMES

Museo del Louvre.

[1] Ernest Renan, *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 67.

alrededor del Sol también estaba admitida por algunos, especialmente por Aristarco de Samos, siguiendo en esto la enseñanza de Pitágoras y de su escuela; hasta se dice que fué amenazado con un proceso de impiedad bajo la imputación de querer «desplazar el foco íntimo del mundo»[1]. Además, las leyes de la gravitación eran ya presentidas, puesto que según ciertas hipótesis, la Luna no cae, «gracias á su marcha y á la rapidez de su revolución; del mismo modo que los proyectiles colocados en una honda se encuentran retenidos por el movimiento circular que se les imprime». Por último, los sabios hablaban del absurdo de todo sistema que diese á la Tierra por centro del Universo; «siendo el mundo infinito, decían, la Tierra no puede ser el centro»[2].

En sus obras materiales, la gloria siempre creciente de los Griegos provino sobre todo del maravilloso sentido de la medida y de la forma, en el cual no han sido todavía aventajados. Ninguna de sus pinturas ha sido conservada, y sólo podemos formarnos una idea indirecta por las decoraciones — romanas y egipcias, aunque evidentemente nacidas bajo la influencia del arte griego, — cuyos restos se han encontrado en las cenizas de Pompeya y en las excavaciones de Hawara. Algunas obras maestras de escultura, debidas á Mirón, Fidias, Scopas, Praxiteles, son todavía el orgullo de nuestros museos, nos transportan á la presencia de esos dioses que representan verdaderamente un ideal del hombre, tal como los Griegos le habían concebido en el perfecto equilibrio de su fuerza y de su gracia, de su nobleza y de su belleza; así, esa misma perfección, donde los artistas habían sabido fundir admirablemente la idea primera de la majestad, en otro tiempo groseramente simbolizada por las reglas hieráticas, y la ciencia de la realidad viviente, esa perfección tuvo por consecuencia detener durante largos siglos el libre desarrollo del arte, dejando el sentimiento de su impotencia á los hombres que siguieron; durante mucho tiempo, los mejores, desesperando de alcanzar las cimas inaccesibles, se agotaron deplorablemente en vanas imitaciones, en lugar de intentar virilmente vías nuevas correspondientes á pensamientos nuevos. Del mismo modo que los monumentos de la grande estatuaria, las encantadoras figurillas de Tanagra, los jarros, las ánforas, los vasos encontrados en los templos y las tumbas permanecieron como tipos que, en la admiración de los modeladores y cinceladores, fueron casi considerados como no igualables.

[1] Plutarco, *Du Visage qui se voit dans le Disque de la Lune*, 6.
[2] *Ibid.*



Cl. Giraudon.

ESTATUITA DE TIERRA COCIDA DE TANAGRA

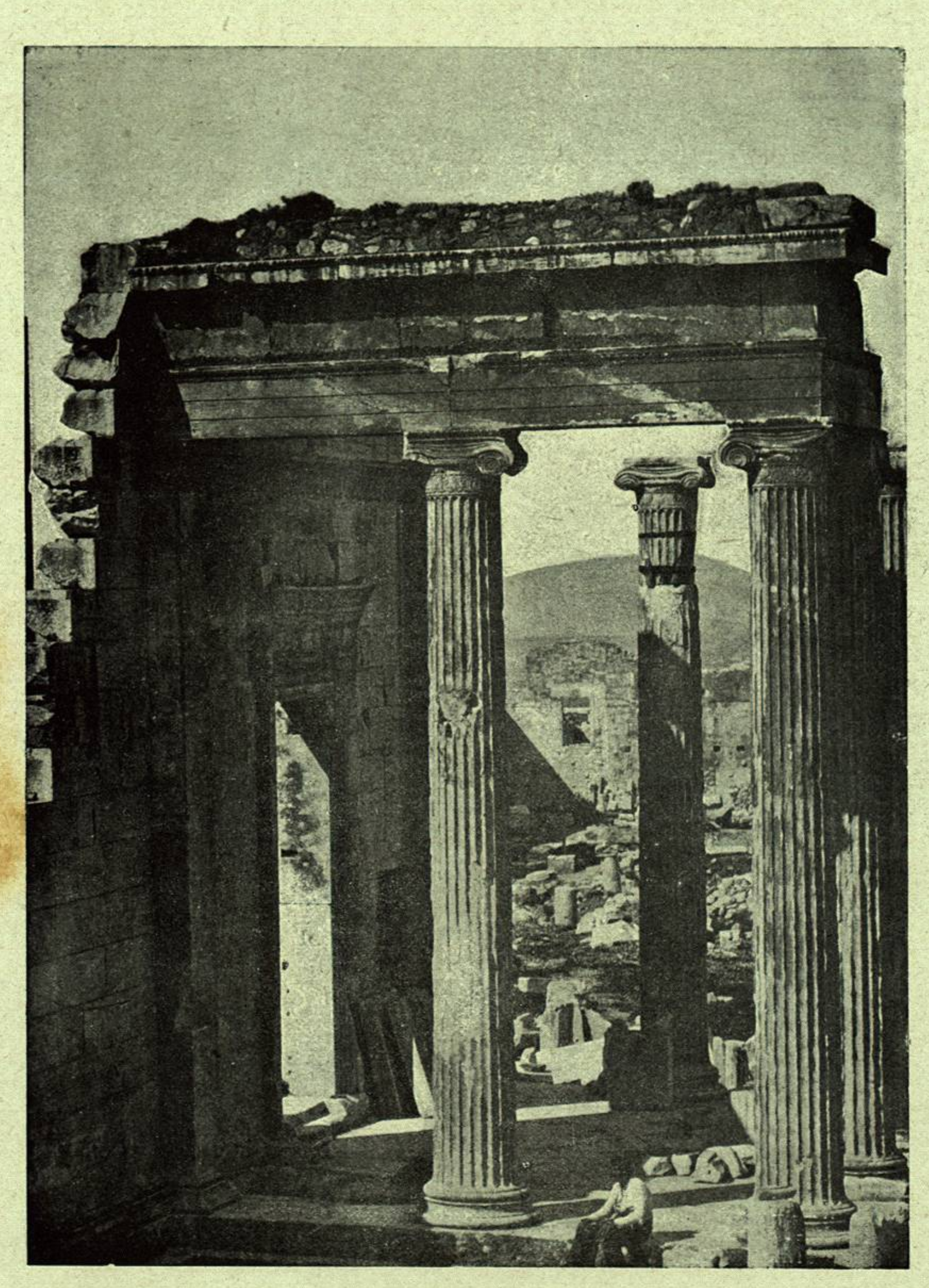
Museo de Chantilly.

Los diversos órdenes de arquitectura clásica fueron también, por lo que respecta al genio helénico, reproducidos sin originalidad sobre todos los suelos y en todos los climas, y con frecuencia sin elección razonada entre los dos estilos transmitidos por los Atenienses á los pueblos sucesores: el corintio con su capitel en canastillo de hojas de acanto, data realmente de la época romana; la cariátide, aunque perteneciente á la concepción helénica, no tuvo más que un empleo restringido. El «orden dórico», forma de arte que se encuentra especialmente en los orígenes del estilo micenio, recibió este nombre porque los Dorios eran entonces los dominadores de las comarcas del Peloponeso, donde surgieron primeramente templos de ese tipo arquitectó-

nico [1]; puede considerársele como helénico nacional por excelencia. Directamente, nada debe á Egipto; antes que los Griegos se esparciesen por el valle del Nilo, la forma del templo dórico estaba perfectamente determinada en las grandes líneas. La apertura de Egipto á los marinos Helenos no pudo tener sobre los progresos de la arquitectura de Grecia y de las islas sino efectos muy indirectos y generales, por la admiración que produjo la vista de los enormes edificios ribereños del Nilo y por el espíritu de emulación que hizo nacer entre los artistas griegos [2]. El templo dórico no es otra cosa que la «casa real» de los tiempos homéricos, rodeada de una columnata para acrecentar su majestad divina. Este modo arquitectónico no tomó nada á las prácticas del extranjero; es verdaderamente el hijo primogénito del genio de Grecia.

En cuanto al arte jónico, nacido en la Grecia del Asia, su nombre está bien justificado desde el punto de vista de la historia, ya que Jonios de Asia fueron quienes helenizaron las formas locales de la construcción. Eolios y sobre todo Jonios del litoral se habían unido con Fenicios y Chipriotas; por la Capadocia y otros países del interior hasta se habían hallado en relaciones con Asiria y Persia. Entre las formas arquitectónicas que pertenecían ya al mundo del Asia Anterior, mucho antes del nacimiento del mundo jónico, la voluta era un ornamento muy esparcido, que los constructores jónicos tomaron ciertamente de sus predecesores en civilización. Del mismo modo, la columna jónica se parece á la de Asia por su mayor ligereza relativamente á la columna dórica: aunque los palacios conocidos de Persia sean muy posteriores á los más antiguos monumentos de Jonia, hay motivos para pensar que sus columnas, tan esbeltas en comparación de las de todos los órdenes griegos, continúan las tradiciones iránicas y reproducen las formas de una arquitectura anterior, como la del Mazanderán, donde troncos de árboles, y no pesados pilares de piedra, soportan los techos. Á estas influencias de la construcción de los Persas, debe la columna jónica su forma elegante lo mismo que el perfil de su base y las numerosas acanaladuras de la superficie; pero de los Atenienses triunfantes después de las

[1] G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, ps. 348 y 349.
[2] *Ibid.*, t. VII, págs. 654 á 667.



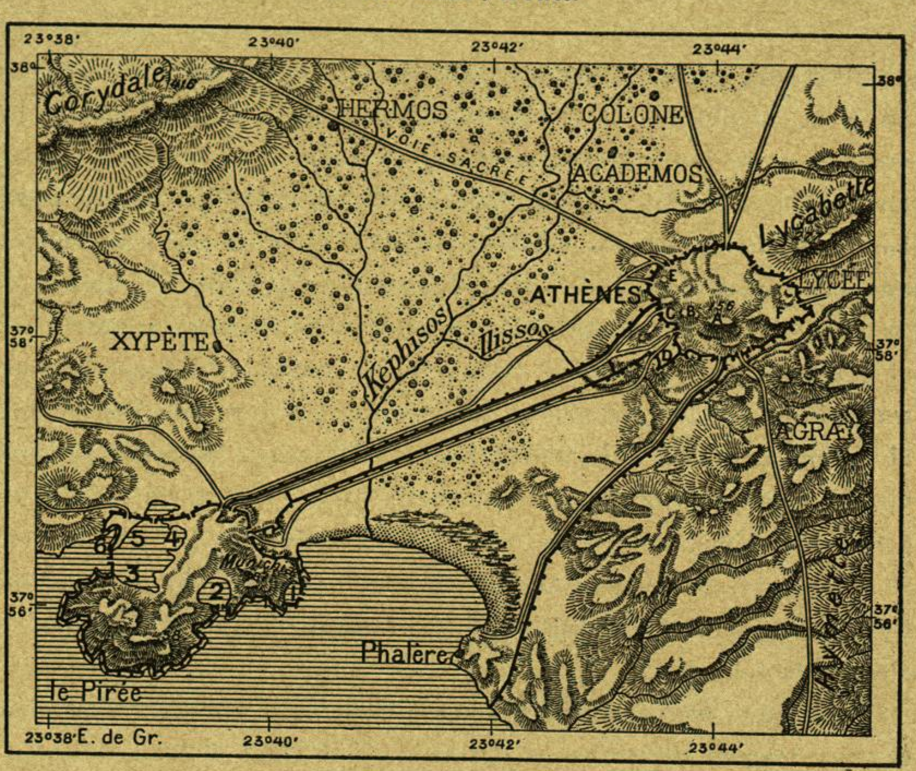
Cl. Bonfils.

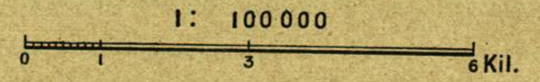
COLUMNAS JÓNICAS DE LA ERECHTEA EN ATENAS

FIN DEL SIGLO V ANTES DE LA ERA VULGAR

guerras médicas recibió su carácter universal: otro tanto ocurrió respecto del orden dórico, reservado en otro tiempo á los edículos ele-

N.º 173. Atenas y el Pireo.





ATENAS

A. Acrópolis.
B. Areópago, Residencia del Tribunal.
C. Pnyx, Asamblea del Pueblo.
D. Colina de las Musas.
E. Barrio de Cerámica.
F. Ciudad de la época romana.

EL PIREO

1. Dársena de Munichia.
2. Dársena de Zea.
3. Puerto militar, Kantharos.
4. Puerto de comercio, Emporion.
5. Aphrodision.
6. Puerto mudo.

El paseo del Liceo recuerda la enseñanza de Aristóteles, y los bosquecillos de Academos, la de Platón.

La ciudad actual de Atenas se desarrolla principalmente hacia el Norte.

vados por gentes del Peloponeso en Tebas y otros lugares de peregrinación. Cuando á Atenas, convertida en la verdadera metrópoli de todos los Griegos, acudieron tantos sabios arquitectos venidos de

todas partes de Europa y del Asia helénica, sus artes llegaron á conquistar derecho de ciudad en la Grecia antigua, en Sicilia é Italia; después la herencia se propagó de pueblo en pueblo y de siglo en siglo.

Por otra parte, el fin aparente de Grecia no era un verdadero fin, y la dominación de las repúblicas madres, la expatriación de los mejores y de los más valientes que se refugiaban ó iban á buscar fortuna en todas las colonias helénicas ó en todos los reinos «bárbaros» de los contornos del Mediterráneo, tuvieron por consecuencia una enorme extensión de la verdadera Grecia y de sus ideas. El foco de vida cambió de situación, pero la vida continuó ardiendo con el mismo ardor. Así como Atenas había recibido el fuego sagrado transmitido por los Milesios y tantos otros fugitivos del Asia Menor, el mismo Pérgamo, Alejandría, Cirene, Siracusa, Marsella, se convirtieron en otras tantas Atenas, continuando la obra de su antecesora, y continuándola sobre todo por la actividad del pensamiento y el amor desinteresado de la ciencia. ¿No se vió al Masiliota Pytheas explorar los pasajes del Gran Norte Atlántico, sólo por la alegría de saber?

Los edificios construídos, especialmente el Partenón, mostraban de una manera definitiva y deslumbradora cómo habían comprendido los artistas griegos la realización de su ideal en arquitectura; pero en filosofía, en moral, en la concepción de la vida personal y colectiva, no acabaron su obra hasta mucho tiempo después: puede decirse que en el destierro redactó Grecia el testamento de los siglos vividos por ella y su método de enseñanza para los pueblos venideros.

La causa primera de este admirable desarrollo del pensamiento que caracteriza á Grecia, debe buscarse en la débil influencia del elemento religioso. Los sacerdotes no gobernaron los Helenos. Es cierto que el sacerdocio intentó constituirse en las repúblicas eólicas, jónicas y dóricas, como lo había hecho también en todos los demás países del mundo, pero tuvo escasísimo éxito en su empresa. Los mitos aportados de Egipto, de Fenicia y de Persia no fueron acompañados de sus terribles intérpretes, los mágicos dispensadores de la

salvación. En cada vallecillo de montaña, en cada familia del clan primitivo, el Griego era su propio sacerdote, y cuando la tribu tomó mayor extensión, los representantes políticos de los ciudadanos presidían un culto general. La mitología griega, tan rica y tan variada, se renovaba incesantemente á impulso de la imaginación popular que, de valle en valle, de península en península, lo mismo que de siglo en siglo, modificaba rápidamente sus dioses. El sentido primitivo de las fábulas inventadas por el simbolismo — primera tentativa de resumen sintético — quedaba todavía claro para la mayor parte de los fieles: sabían éstos perfectamente que Zeus era el «Gran Día», y, á la vez, el soberano del Olimpo; Poseidon era el dios del mar, pero sobre todo el mar mismo; Hephaistos forjaba las armas de los dioses en el foso subterráneo de las lavas, pero se mostraba en persona bajo la apariencia de las llamas. Así, entre todas las divinidades, Demeter, la «Buena Madre», que protegía las mieses, era la mies misma ondulada por el viento. Esa transparencia de los mitos permitía á los Griegos pasarse sin intermediario para comprenderlos; aparte de que la ciudad quedaba harto pequeña á la vez que demasiado agitada también para que pudiera formarse un sacerdocio de exterioridad inmutable.

Ciertamente que la belleza del cielo claro, la pureza de perfil que ofrecían las rocas y las colinas del horizonte, la luz esparcida sobre el mar, habían contribuído á dar encanto y alegría al conjunto de la mitología griega. El espanto de la muerte, el miedo de lo desconocido que se supone existente al lado opuesto de la tumba, reinaba menos sobre los Helenos que sobre las poblaciones de las comarcas donde la Naturaleza es más sombría y sus fenómenos más temibles. Esa fué una de las causas por que evitaron la intervención constante del mago que conjura la suerte por medio de gestos, contorsiones y gritos; se habían separado en esto de sus parientes y aliados del Asia Menor que, en el Ponto, Capadocia y Cilicia, se entregaban á angustias extáticas, como lo hacen todavía en nuestros tiempos el *chamán* turanio, el exorcista católico y el *piagé* de Mundurucú.

Durante el bello período de Grecia, el cruel destino, que se cernía sobre los mismos dioses, y cuya dominación terrible nos ha sido

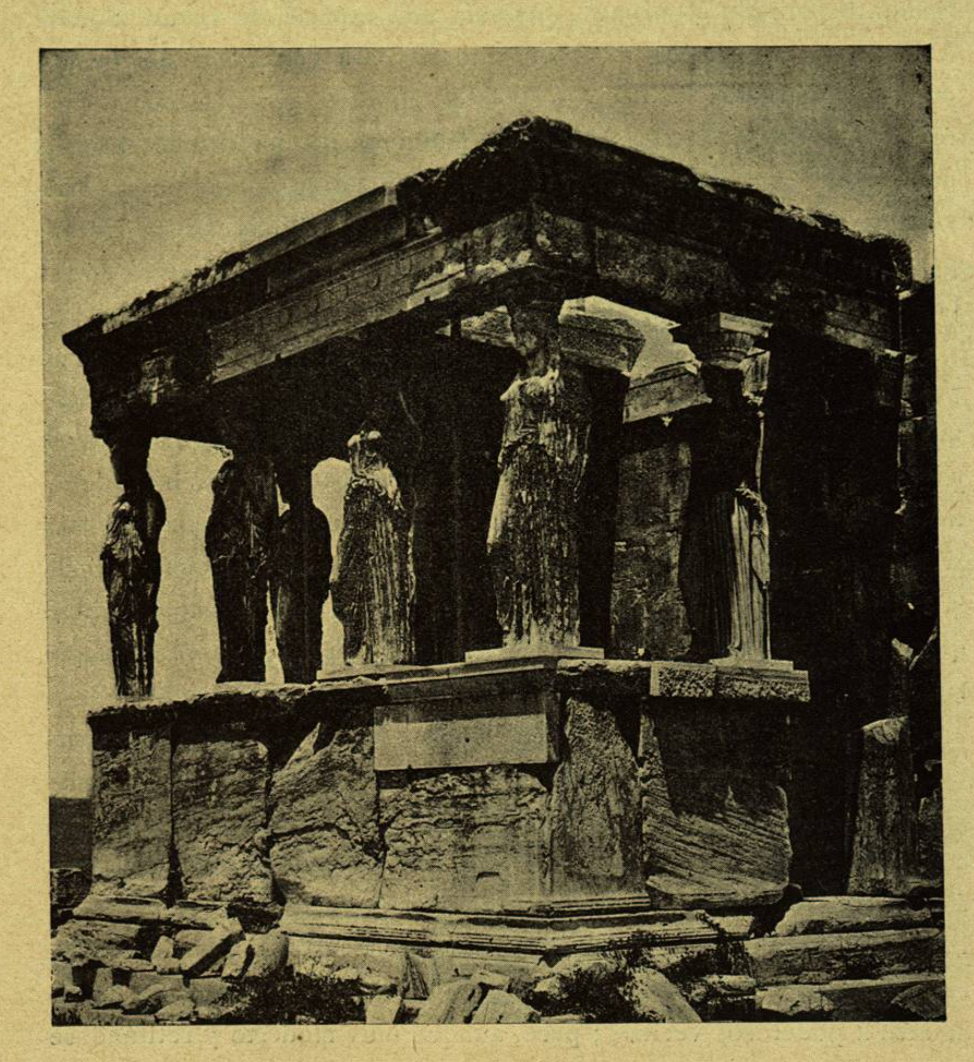
descrita por los grandes trágicos, parece haber sido, para el pueblo de Atenas, un asunto de instrucción dramática mucho más que una causa real de espanto. Los oráculos de Delfos, los de los otros dioses que se venía á consultar de todos los países griegos ó helenizados, tienen un carácter especial: mientras que las divinidades de las otras naciones amenazan, mandan, aterrorizan, Delfos parece ingeniarse en ejercer la sagacidad de los Griegos, dándoles enigmas que resolver, juegos de ingenio que adivinar. El Sinaí fulminaba sus leyes al pueblo prosternado en el polvo del desierto; Delfos conversaba, por decirlo así, con hombres de gusto delicado, y frecuentemente se dió el caso que los ciudadanos de una ciudad discutieron sus oráculos. Los Cúmeos, en el Asia Menor, llegaron hasta desobedecer de propósito deliberado una orden de los Branchides [1], que les obligaba á entregar su huésped al rey de Persia: prefirieron su propia concepción del bien.

Pero, por poco que existiese, el sacerdocio, por su espíritu de casta, había de ser fatalmente hostil al libre genio de los Griegos y hasta tender á la traición. En el período del peligro supremo, quería el pueblo defenderse á todo trance, y por el mismo hecho de la manifestación de su enérgica voluntad, se imaginó que los dioses habían combatido por él; sin embargo, «los oráculos habían quedado neutros ó equívocos»: se necesitó toda la sutileza de Temístocles para interpretar en sentido heroico una respuesta ambigua de la Pitia. No comprometerse con el vencedor, tal fué la última palabra de la sabiduría sacerdotal [2].

Sin duda, la pérdida de la independencia de los Griegos aumentó proporcionalmente la influencia del sacerdote. Ritos misteriosos como los de Eleusis atraían hacia ellos los desocupados y los decadentes de la época, gentes vanidosas é inquietas que querían hacerse iniciar en una supuesta ciencia prohibida á los profanos, y sobre las colinas se perseguían, desencadenados en el furor de los sentidos, los rebaños de las Bacantes y de los Menades.

Más dichosos que los Semitas y los pueblos del lejano Oriente, y gracias á la variedad, á la rapidez de movimientos, á los cambios

[1] Herodoto, *Historias*, t. I, p. 158 y siguientes.
[2] Edgar Quinet, *Vie et Mort du Génie grec*, ps. 33 y 34.



CARIÁTIDES DE LA ERECHTEA EN ATENAS — Cl. Bonfils.
FINAL DEL SIGLO V ANTES DE LA ERA VULGAR

sucesivos y profundos en su politeísmo, los Helenos pudieron así escapar á la tiranía de un libro como el Zend Avesta, los Vedas y el Chu-King, como la Biblia y el Corán.

Lo que entre los Griegos se aproximó más á los «libros sagrados» por la autoridad sobre los entendimientos, fueron los poemas y los dramas de los grandes rapsodas y trágicos; pero era difícil hallar en esas obras una regla de pensamiento, una línea de conducta general para la nación; á lo más, un individuo como Strabon,

Semita helenizado él mismo [1], atribuía una especie de virtud sagrada á los versos de la *Iliada*, ingeniándose para relacionar los hechos de la geografía con las descripciones de Homero, pero las concepciones del poeta, ineficaces para su objeto, no podían detener lo más mínimo el desarrollo normal de la sociedad en su conjunto: no servían de freno, como los mandamientos de la Biblia ó del Corán, para retardar indefinidamente la evolución intelectual y moral de los creyentes.

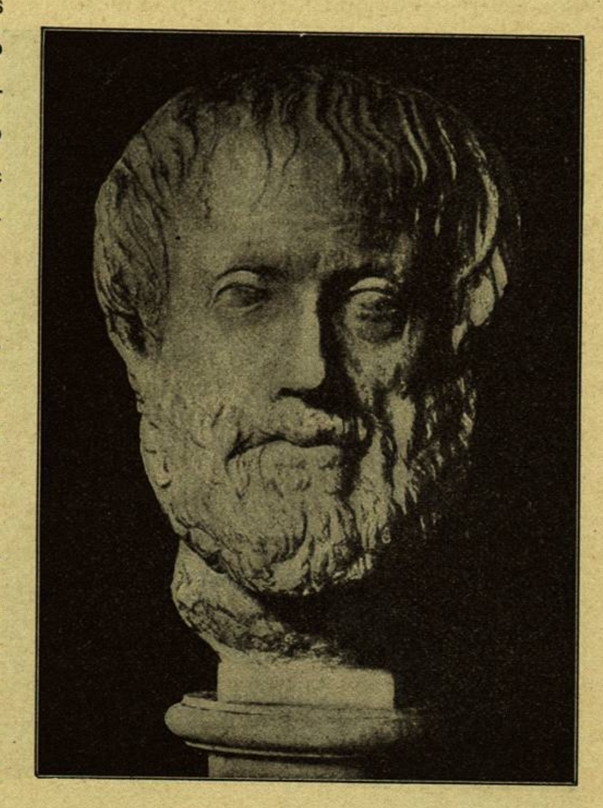
El politeísmo, tal como se desarrolló en la Grecia antigua, tiene por principio la autonomía de todos los seres y reconoce implícitamente que toda cosa vive [2]. De ese modo la religión de los Griegos afirmaba ya lo que la ciencia moderna ha reconocido: la indisolubilidad de la vida bajo todos sus aspectos, materia y pensamiento; mas si por sus altas concepciones se proyecta á lo lejos en el mundo de la ciencia, participa también por sus orígenes del animismo primitivo que puebla de genios las tierras, el aire y las aguas, que ve los espíritus innumerables agitarse en el follaje de las encinas.

Los pastores de la Arcadia, sobre sus herbosas y floridas mesetas, continuaron practicando el mayor tiempo posible esa vieja religión natural: á su principal divinidad, campestre como ellos, hecha á su imagen, le agradaban los hermosos horizontes luminosos, los fecundos pastos, los antros frescos donde poder resguardarse del sol [3]. Pan, que dió á toda la comarca el nombre de Pania [4], cedió el primer puesto á Zeus, el dios celoso; y los Arcadios hubieron de subordinarse á poderosos vecinos; pero, aunque muy modesto y retirándose discretamente en las cavernas, Pan no abdicó, y permaneció siendo el dios de los pobres que le erigían simples altares, no templos, y le traían, no animales cebados, sino rústicas ofrendas. Sobrevivió así, más duradero que Zeus y otros dioses jóvenes, y por una extraña fortuna debió á la semejanza fortuita de su nombre con la palabra «πᾶν», tomado en el sentido de «todo», de ser asimilado á la inmensidad misma de las cosas vivas, con el gran universo panteísta. Así es como en el *Sátiro* de Hugo, Pan, infinitamente engrandecido, sin

[1] Jules Baissac, *Société nouvelle*, Marzo 1896, p. 316.
[2] Louis Ménard, *Polythéisme grec.*
[3] Víctor Bérard, *De l'Origine des Cultes des Arcadiens.*
[4] Plutarco, *Denominación de los Ríos y de las Montañas*; — G. Clémenceau, *Le Grand Pan.*

límites como el mundo, cobija á los hombres y los dioses en su inmensidad.

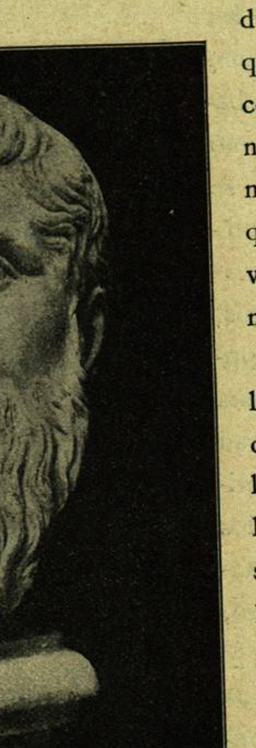
Los misterios religiosos de Grecia conservaron también durante muchos siglos el culto directo de los astros, sol, luna, estrellas, hasta cuando los representantes simbólicos de la Naturaleza, los dioses, ocuparon el lugar de los elementos: el fetichismo panteísta se conservaba bajo el politeísmo, así como después el paganismo se continuó bajo el catolicismo.



ARISTÓTELES
Origen dudoso.
Museo de Viena.

Los templos griegos, lo mismo que los de Egipto, se construyeron de una manera que se orientaran exactamente hacia la salida de las estrellas ó de los grupos estelares más notables, tales como Arcturo, La Espiga, las Pléyades, y en la época en que esos astros surgían del horizonte, á la vista del santuario, se celebraban las grandes fiestas de la divinidad, asociada al astro lejano en la adoración de los fieles. Pero como la posición aparente de las estrellas cambia á consecuencia de la precesión de los equinoccios, los sacerdotes, en pie al lado del altar, habían de hacer que cambiara la abertura de las puertas para seguir el haz de los rayos estelares. Además, cuando habían pasado algunos siglos sobre el templo, no bastaba ya abrir nuevas puertas; era el edificio mismo lo que se trataba de reconstruir, haciéndole, por decirlo así, girar sobre su eje; el templo marchaba como una aguja sobre el cuadrante de los cielos. En los puntos en que las construcciones se elevaron sucesi-

vamente sobre el mismo sitio, el ángulo de desviación observado por los arquitectos les bastó para revelar las épocas de erección primera y de restauración. De ese modo se ha podido fijar en más de 34 siglos antes del día (exactamente en el año — 1530) la fundación del templo arcaico de Atenea, sobre el Acrópolis, y en 230 años después la del templo de Eleusis, que miraba hacia Sirio, como tantos otros monumentos contemporáneos de Egipto; y que quizá dió asilo á magos venidos de la misma comarca [1].



PLATÓN

Museo de Aix en Provenza.

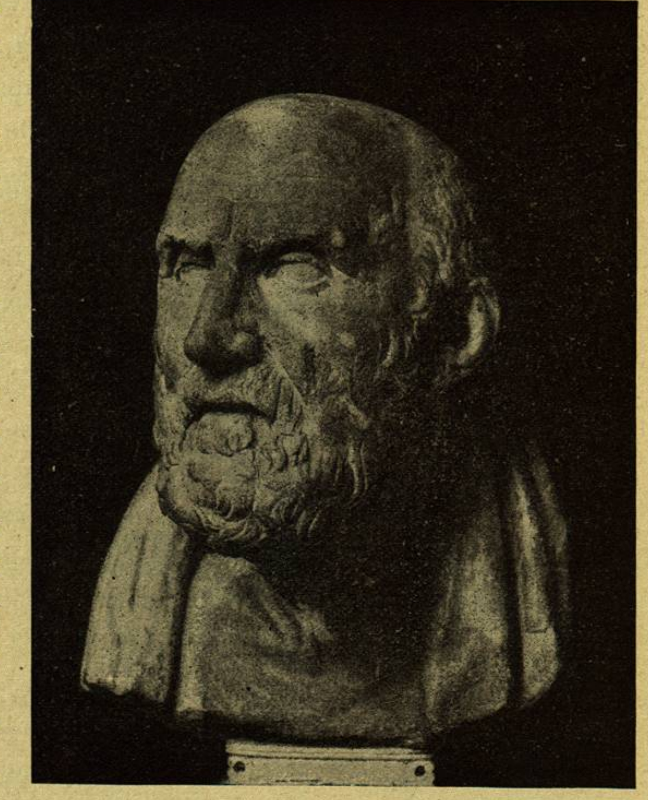
Así, el politeísmo helénico comprende, en el conjunto de su desarrollo, todas las formas religiosas primitivas que se han sucedido entre los hombres; había de terminar también en las formas religiosas más elevadas, después negar su principio, para encontrar, más allá de los cultos, la moral humana en su esencia.

Desde los bosques de Dodona, donde se escuchaba con espanto el rumor de las grandes encinas temblorosas, hasta los jardines de Academos, donde se paseaban los filósofos discurriendo sobre la sabiduría, los investigadores helenos han recorrido el camino inmenso que conduce desde el instinto originario al estudio consciente de los grandes problemas de la vida.

No hay duda que la religión monoteísta, concentrando todo el

[1] F.-C. Penrose (and N. Lockyer), *Philosophical Transactions*, 1884, p. 805 y siguientes; — Nissen, *Rheinisches Museum für Philologie*, 1885 y 1887.

ideal humano en una sola persona augusta, se manifiesta en el pensamiento griego tan noblemente como en el de los Semitas. «¿No era el Júpiter de Píndaro y de Sófocles el enemigo de la tiranía, el protector de los oprimidos, el guardián del hogar, el vengador de la justicia y el refugio de los desgraciados?» [1] ¿Y no se desvanece el gran Dios mismo en beneficio de lo bueno y de lo bello que representa en cuanto los diferentes pueblos pierden los dioses especiales que les distinguen?



DIÓGENES

Museo Británico. Cl. Mansell.

De ciudad en ciudad, los Helenos se habían reconocido como hijos de antepasados comunes, coherederos de una misma lengua y de una misma civilización, creadores de un mismo tipo social.

La noción patriótica, en un principio absolutamente estrecha, confinada en la misma ciudad, se extendió gradualmente á todos los habitantes de la Hélade y de los países helénicos; después, entre los filósofos, abarcó al mundo entero. Jamás fué proclamado el principio de la gran fraternidad humana con más claridad, energía y elocuencia que como lo proclamaron los pensadores griegos; después de haber dado los más bellos ejemplos de la estrecha solidaridad cívica, los Helenos afirmaron con toda eleva-

[1] Michel Bréal.

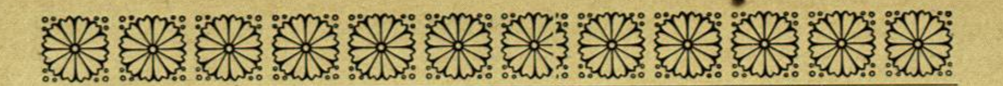
ción el principio de lo que dos mil años después de ellos se llamó la «Internacional».

El atavismo, que en toda civilización envejecida, más ó menos rancia á fuerza de convenciones y mentiras, conduce siempre á cierto número de hombres hacia el amor de la naturaleza primitiva, hubo de manifestarse también en la sociedad griega, pero acompañado de todas las conquistas de la cultura intelectual. Viéronse entonces filósofos, perfectamente armados por la dialéctica, por el conocimiento de las cosas y por el desprecio de toda preocupación, reivindicar con toda sencillez, pero con una fuerza invencible de convicción, su emancipación de todo despotismo, lo mismo el que otros hombres hacían pesar sobre ellos que el de las supuestas conveniencias y de la costumbre; viéronse estoicos esclavos marchar tan noblemente en su dignidad, que se les respetó más que si fueran hombres libres; viéronse también «cínicos», palabra antiguamente respetada y empleada actualmente en mala parte, tomarse la misma libertad de albergue y de acción que los animales de los campos, á la vez que se elevaban por el estudio y la enseñanza á la misma altura de pensamiento que los sabios más famosos de su tiempo. Sin más vivienda que un tonel, casi sin necesidades, hasta ignorando el hambre, ya que unas aceitunas ó unos ajos les bastaban, creían en la igualdad y la practicaban; borrando con su propia vida toda diferencia entre ricos y pobres, venían á la perfecta reconciliación entre las clases. Por el pronto, todas las distinciones sociales se hallaban abolidas, y ante Diógenes, «Ciudadano de la Tierra», Alejandro, el asesino de su padre, el exterminador de Tebas, no se sentía ya el dueño omnipotente que era á la cabeza de sus soldados y de sus pueblos esclavizados.

Y, no obstante, esos mismos filósofos, tan altos por el pensamiento, que podían ignorar, como si tal cosa no existiese, la sociedad de los poderosos y de los ricos, continuaban viviendo en las ciudades, obrando directamente sobre sus conciudadanos por el ejemplo y la nobleza de su vida; no se refugiaron fuera de la humanidad, como lo hicieron después los anacoretas y los cenobitas, egoístas pusilánimes que no buscaban más que su propia salvación.

Esa alta comprensión de las cosas no entraba en verdad más que en un corto número de cerebros; pero había de propagarse de siglo en siglo y de pueblo en pueblo hasta las extremidades de este universo que, sin conocerle aún, se abarcaba de antemano en una inmensa república de iguales, ideal de nuestro tiempo y de los tiempos venideros.





Islas y Costas Helénicas: NOTICIA HISTÓRICA

Los nombres de Antígono el Cíclope (muerto en 301 antes de la era cristiana), de su hijo Demetrio Poliorcetes (muerto en 282) cuyo centro de acción estaba en Lidia, de Antipater (en 317) y de su hijo Casandro (en 297), reyes de Macedonia, de Lisímaco (en 281), rey de Tracia, así como los de Ptolomeo Soter y de Seleuco Nicator, se refieren particularmente al tumulto sangriento que siguió á la muerte de Alejandro y duró treinta ó cuarenta años. Citamos las dinastías y reinos que tuvieron una continuidad relativa:

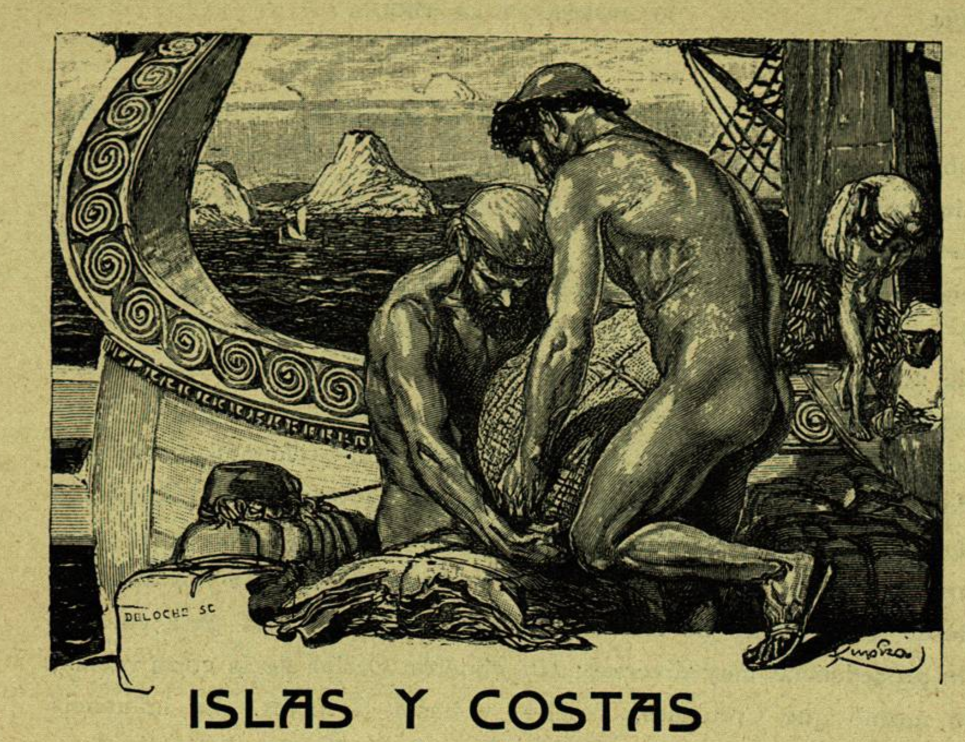
	Era vulgar	Era olímpica
LAGIDES, en Egipto.		
Ptolomeo Soter, hijo de Lagus	— 323, — 285	453 491
Ptolomeo Filadelfo.	— 285, — 247	491 529
Ptolomeo Evergetes	— 247, — 222	529 554
después vinieron los Ptolomeo Filopator Epifanes, Filometor, Eupator y otros, entre los cuales se intercalan una Cleopatra y una Berenice; finalmente, el último representante de la estirpe que murió en el año de Roma 724:		
Cleopatra	— 52 — 30	724 746
SELÉUCIDAS, en Mesopotamia y en Siria.		
Seleuco Nicator	— 311 — 279	465 498
Antioco Soter	— 279 — 260	498 516
á continuación Antioco II, Seleuco II, Seleuco III precediendo á		
Antioco III, Eupator	— 222 — 186	554 590
después de Seleuco IV, Antioco IV y Antioco V vinieron sucesiones irregulares hasta Pompeyo que tomó posesión de la Siria, año de Roma 690. .	64	712

	Era vulgar	Era olímpica
ARSACIDAS, reyes de los Partos.		
El reino fué fundado por Arsaco en . . .	— 255	521
y se engrandeció poco á poco á expensas del territorio de los Seléucidas; cuando su desaparición, se hizo limítrofe del imperio romano; la dinastía fué reemplazada por la de los Sasánidas en . .	226	1002
PONTO.		
Mitrídates II	— 337 — 302	439 474
que había conservado cierta independencia frente á frente de Alejandro, se proclamó rey á la muerte de éste; la dinastía especialmente representada por unos Mitrídates que reinaron con bastante regularidad, duró hasta el triunfo definitivo de Pompeyo. El último rey fué		
Mitrídates VII, Eupator	— 123 — 63	653 713
PÉRGAMO.		
Reino fundado por Filiter en.	— 283	493
tuvo por sucesores unos Eumene y unos Attales. El último rey Attale III legó sus posesiones á los Romanos, á lo menos éstos lo pretendieron:		
Attale III, Filometor	— 138 — 132	638 644
Entre los titulares de muchos otros pequeños reinos, Bitinia, Capadocia, Epiro, etc., ha de mencionarse el rey que, en diferentes ocasiones, derrotó á los Romanos:		
Pirro III, rey de EPIRO	— 295 — 272	481 504
MACABEOS, en Judea.		
Judas Macabeo, hijo de Matatías, se rebeló contra los Seléucidas en	— 166	610
sucumbió pronto y fué reemplazado por sus hermanos y descendencia; apelaron frecuentemente á los Romanos y ejercieron el pontificado hasta. .	— 40	736

He aquí los nombres de algunos filósofos cuyo recuerdo es más interesante que el de los hombres de guerra de su tiempo; aquellos de quienes no se conoce la fecha de nacimiento se les supone llegados á notoriedad hacia la edad de 35 años:

	Era vulgar		Era olímpica	
Hécate (Mileto)	— 546	— 480	230	296
Parménidas (Elea)	— 540	— 470 (?)	236	306
Zenón (Elea)	— 490		286	
Hipócrates (Cos)	— 460	— 380 (?)	316	396
Empédocles (Agrigento)	— 450	— 380 (?)	326	396
Euclides (lugar de nacimiento ignorado)	— 320		456	
Herófilo (Calcedonia)	— 320		456	
Zenón el Cínico (Kition, Chipre)	— 308		468	
Epicuro (Atenas)	— 341	— 270	435	506
Calímaco (Cirene)	— 320	— 240 (?)	456	536
Arquímedes (Siracusa)	— 287	— 212	489	564
Eratóstenes (Cirene)	— 272	— 199	504	577
Hiparco (Nicea)	— 128		638	
Posidonio (Apamea, Siria)	— 133	— 49	643	727
Strabon (Amasia, Capadocia)	— 58	21 (?)	718	797





ISLAS Y COSTAS HELÉNICAS

El matrimonio de Europa y Asia, que Alejandro hizo celebrar simbólicamente en Babilonia, no ha llegado á ser realidad viviente.

CAPÍTULO IX

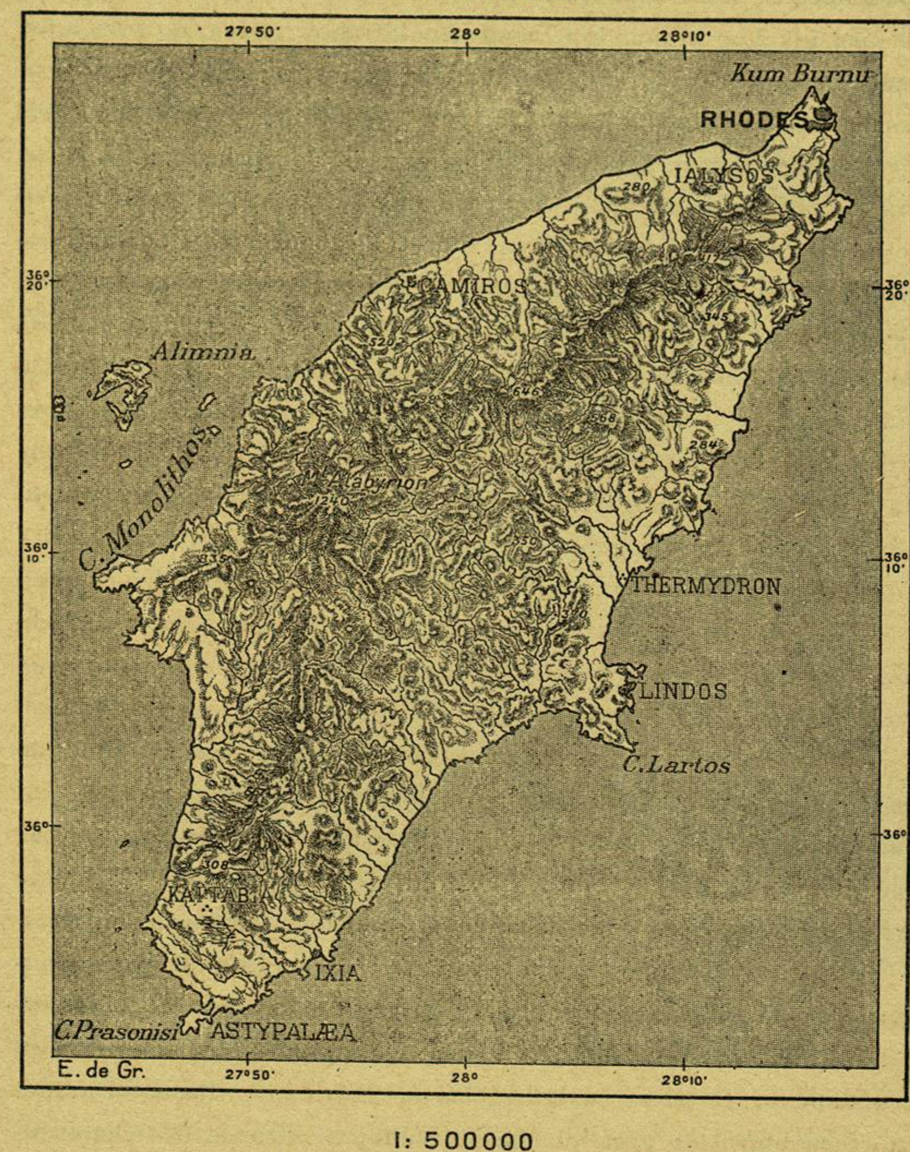
RODAS. — CHIPRE. — CILICIA. — IMPERIO DE LOS SELÉUCIDAS.
ANTIOQUÍA. — EGIPTO DE LOS PTOLOMEOS.
CIRENAICA. — GRAN GRECIA. — CARTAGO Y SU IMPERIO. — SICILIA.

BAJO la presión triunfante de los Occidentales, diversas regiones ribereñas del Asia Menor y las islas del Mediterráneo oriental, que habían sido disputadas entre las dos civilizaciones rivales, de Europa y de Asia, fueron definitivamente conquistadas por la influencia griega, y, á pesar del frecuente cambio de amos, le pertenecieron todavía veinticuatro ó veinticinco siglos después de su toma de posesión. Como ejemplo puede citarse Rodas y Chipre, «la isla de las Granadas» y la del Cobre.

Rodas, tierra ampliamente favorecida por la fecundidad del suelo, por la feliz disposición de los puertos y la excelencia del clima, siempre igual y suave, ocupa un emplazamiento marítimo completamente excepcional, que había de asegurarle una importancia comercial de primer orden. Situada en la proximidad de la costa de Caria, y gozando de las ventajas de una península al mismo tiempo que las de una isla, es decir, añadiendo á las facilidades del comercio con un extenso territorio el privilegio del aislamiento defensivo, Rodas se halla situada exactamente en el ángulo sud-occidental de toda el Asia Menor, entre el mar de Chipre, el mar Egeo y sobre la alineación de los Cárpatos y de Creta. Punto de convergencia necesario para los caminos de comercio en el Mediterráneo oriental, se nos aparece, desde los orígenes de la historia, como punto de cita para colonos de procedencias muy diversas; allí vinieron Carios de la costa vecina, lo mismo que Cretenses, Tesalios y hasta Egipcios. La influencia fenicia fué allí preponderante durante mucho tiempo; después abordaron allí los Dorios, y tres ciudades insulares, Lindos, Camiros é Ialisos, constituídas en república distinta, se unieron en «exapolis» con otras tres ciudades dóricas del continente, Cos, Cnide y Halicarnaso. Al movimiento de inmigración sucedió una ola en sentido inverso: gracias á la práctica de un comercio muy extendido, grupos de colonos rodios se hicieron fundadores de muchas ciudades lejanas. Tuvieron factorías en la tierra firme inmediata, en Sicilia y en la península itálica. La poderosa Síbaris fué creada por ellos, y Parténope, en la actualidad Nápoles, recibió de Rodas su primer enjambre de civilizadores griegos. Otros Rodios se establecieron en las islas Baleares y, hasta en las costas de España, un golfo de Rosas y los fieros promontorios de Roda recuerdan la venida de los insulares del litoral asiático.

Cuando la gran extensión del mundo helénico coincidía con la división del imperio de Alejandro en varios reinos griegos, Rodas, tan bien situada en el centro de los mares, llegó á ser el foco principal del comercio, y, gracias á su enriquecimiento, una potencia política de gran importancia con numerosas posesiones en tierra firme y en las islas. Rodas dispuso de tan grande influencia, durante dos siglos al menos, que sus leyes marítimas fueron aceptadas por todos

N.° 174. Isla de Rodas.



La ciudad de Rodas no fué fundada hasta el año 408 antes de la era vulgar, pero llegó á ser rápidamente muy próspera.

Lindos, Ialisos y Camiros se hallan citadas en la *Iliada;* la última acompañada de un epíteto que explica el acantilado de piedra caliza sobre la cual está edificada la ciudad: Camiros la blanca.

los pueblos navegantes como el código universal: hasta después de la conquista, los Romanos debieron acomodar á ellas sus propios reglamentos; en derecho romano, toda ley relativa al comercio ma–

rítimo lleva el nombre de *lex rhodia*. En aquella época en que Rodas era «sin igual en el mundo», como dice Strabon, atraía, no sólo á los comerciantes y los marinos, sino también sabios, poetas, artistas, hombres ilustres que iban á residir allí como profesores ó como alumnos.

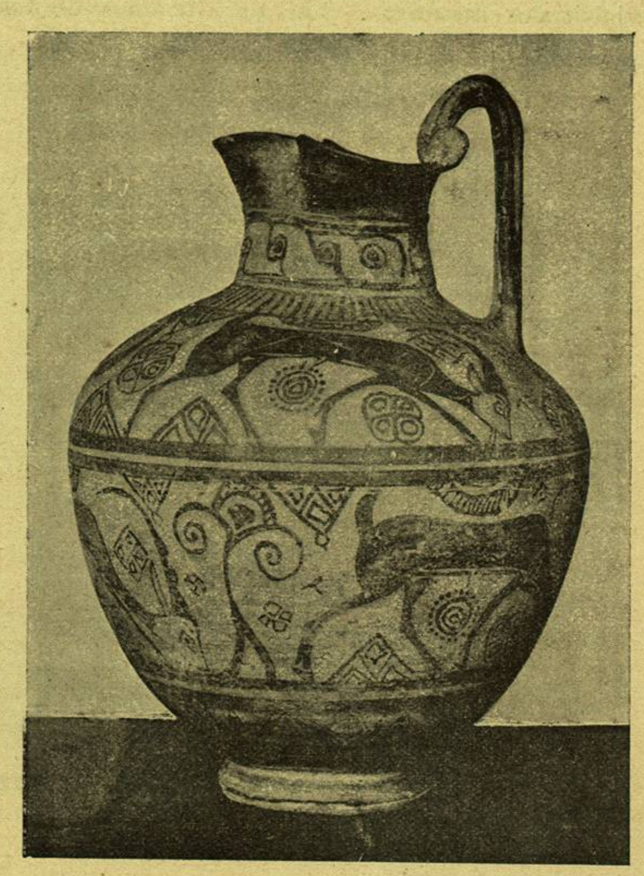
Rodas fué, hace veintidós siglos, uno de los principales centros para la medida de un arco de meridiano. Eratóstenes, teniendo en cuenta los derroteros de los barcos que traficaban entre Rodas y Alejandría, y las alturas del sol sobre el horizonte de las dos ciudades, llegó á fijar el circuito del globo terrestre en 252000 estadíos, medida que difiere de la verdadera circunferencia solamente en una sexta parte en más [1]. Ciento cincuenta años después, Posidonio, partiendo de estos cálculos y utilizando las observaciones relativas á la estrella Canopus, halló 180 000 estadíos, cifra demasiado débil de una quinta parte. Los sabios griegos determinaban con bastante corrección las latitudes, pero no disponían de ningún método para las longitudes; verdad es que uno de ellos, Hiparco, señaló los eclipses como pudiendo servir á este efecto, pero se necesitaba esperar dieciséis siglos para que esta noción científica pudiera pasar á la práctica; se carecía también de medios para medir efectivamente las distancias. Estaba admitido que Rodas se hallaba directamente al norte de Pharos — está en realidad 1° 40′ más al Oeste, — y que 3750 estadíos les separaban, — se cuentan hoy 330 millas náuticas que equivalen á 3300 estadíos, — doble aproximación que explica muy bien el error de los filósofos alejandrinos.

Se sabe también que el arte estuvo representado en Rodas; conócense los cuatro caballos de bronce dorado que figuran en el frontón de la basílica de San Marcos en Venecia, después de haber servido de ornamento en otras capitales, Roma, Bizancio y París. Durante una cincuentena de años el famoso coloso de bronce de Kharés se elevó hacia la extremidad del puerto: la enorme masa, derribada y rota por un temblor de tierra hace más de veintiún siglos, permaneció yacente sobre el suelo más de novecientos años antes de ser vendida á los fundidores judíos. El monumento había sido consagrado, no al Apolo dórico, sino á Helios, al Sol mismo, al astro

[1] Delambre, *Astronomie ancienne*, t. I, p. 220. — Oscar Peschel, *Geschichte der Erdkunde*, páginas 42 y 43. — Bunbury, *History of Ancient Geography*, cap. XIV. — El estadío tiene un valor medio de 185 metros, un grado de círculo máximo equivale á 600 estadíos, una milla náutica á 10 estadíos.

Vencedor y Creador, desprendido de todo símbolo, porque Rodas se decía por excelencia la Esposa del Sol.

Chipre, mucho mayor que Rodas, debía hallarse igualmente sometida á influencias diversas, lo mismo que á frecuentes tentativas de colonización y de conquista, desde la época en que el mar fué entregado á las empresas de los navegantes. La isla, que por su forma se adapta armónicamente al golfo de Cilicia, se une á la vez á los dos litorales que le hacen frente. Pertenece al Asia Menor, de que la separan unas aguas de escasa profundidad relativa, menos de 500 metros, y que perfila sus cadenas de montañas en la misma dirección; por otra parte, puede ser considerada como formando parte de Siria, puesto que plantas y animales constituyen una misma flora y una misma fauna. Los naturalistas [1] deducen de ello que la punta avanzada de Chipre se continuaba al final de las edades terciarias por un istmo de unión con las montañas del Amanus: especies vegetales y animales se propagaron por esta vía, del mismo modo que después los hombres se transportaron á través del estrecho.



Museo del Louvre. OENOCHOE DE RODAS Cl. Giraudon.

[1] Unger und Kotschy, *Die Insel Cypern*.

Igualmente aproximada de dos tierras muy diferentes por la población y los caminos de acceso, la isla de Chipre debería pertenecer sucesivamente á eras de civilización distintas, siguiendo las grandes vicisitudes históricas. Las excavaciones de Ohnefalsch Richter han probado que las joyas, instrumentos y armas chipriotas de la era primitiva son de la misma época que los de Troya y pertenecen

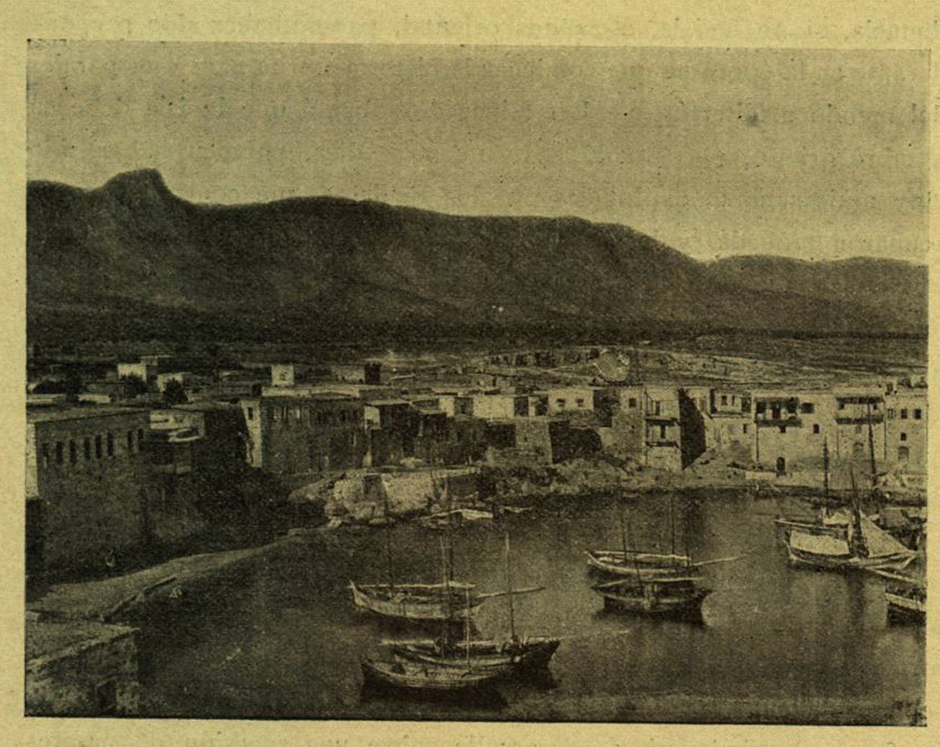


Museo del Louvre. Cl. Giraudon.

VASO DE AMATHONTE

Este vaso monolito mide más de 10 metros de circunferencia; ha sido hallado sobre una eminencia cerca de Amathus.

á la zona llamada «égea» ó «mediterránea»; las influencias procedían entonces principalmente del Norte y del Oeste por la gran vía transversal del Asia Menor que se dirige del Helesponto y del Bósforo hacia el golfo de Alejandría. La capa más antigua de los objetos chipriotas se halla bajo un estrato de origen oriental que indica el ascendiente civilizador de los Hititas, de los Fenicios, de los Asirios y otros pueblos que tienen los puertos de Siria por punto de partida. Una tercera vuelta de las cosas se opera también en sentido del Oeste, y los objetos de arte que resultan de las ex-



VISTA DE PAPHOS, ISLA DE CHIPRE Cl. Bonfils.

cavaciones atestiguan su parentesco con los de la Grecia histórica [1].

Naturalmente se encuentran las huellas de las diversas emigraciones sobre las costas más aproximadas á las comarcas de donde venían los colonos. Las riberas del Oeste recibieron los Griegos; los Cilicianos y otros inmigrantes del Asia Menor se establecieron al Norte; Sirios y Fenicios abordaron á las riberas del Este, situadas frente á sus puertos, y cuando el rey de Egipto, Amasis, hace veinticuatro siglos y medio, introdujo en Chipre colonos etiopes para asegurar su conquista, éstos se instalaron sobre las vertientes meridionales de los montes.

Las dos razas dominantes de la isla fueron las de los Griegos y de los Fenicios; los monumentos epigráficos hallados en las excavaciones recientes y recogidos en los museos de Europa y América, prueban que, en ese país de transición, la cultura también era debida principalmente á esos dos elementos diversamente mezclados. La in-

[1] Alfred Fouillée, *Le Peuple grec*, «Revue des Deux-Mondes», 1.º Mayo 1898.

fluencia, si no fenicia, al menos oriental, parece haber sido preponderante en la época en que comienza la historia escrita para esos parajes del mundo mediterráneo. Las minas de cobre á que la isla debe su nombre griego, perpetuado hasta nuestros días, parecen haber sido muy antiguamente explotadas por los Fenicios, que con aquel metal acuñaron moneda, y la diosa Cypris, así denominada según la isla asiática, no es sino la Astarté tiria: su culto se acompañaba de las mismas fiestas sangrientas que en el continente vecino. Según una hipótesis de Maspero, el nombre de Asia que la Antigüedad aplicaba al Asia Menor, y que acabó por dar á toda una parte del mundo, quizá sería derivado de Asi, denominación usada en los monumentos egipcios para designar á Chipre [1].

La forma y el relieve de la comarca no permiten apenas á la población chipriota constituirse en una nación compacta y presentar un frente de resistencia á los invasores. En realidad Chipre está formada de dos islas que un levantamiento marino de 100 metros separaría completamente. En el Norte, una cadena abrupta, curvada en forma de cimitarra, se desarrolla sobre una sucesión de montes y de promontorios que dominan la llanura y las olas; al Sudoeste, unos montes de fácil acceso, pero más elevados, cuya cima suprema fué también un Olimpo, componen otro conjunto geográfico completamente aparte. Los fondos intermediarios, las vertientes opuestas no podían comunicar fácilmente los unos con los otros; la única parte de Chipre que ofrece un carácter de unidad es la amplia llanura que se desarrolla de Este á Oeste entre los dos macizos y de un mar á otro: es la campiña «dichosa», rica en mieses, donde se estrechaban los habitantes amenazados del lado de las montañas por los pastores bandidos, y del lado del mar por los corsarios y los conquistadores; su antigua denominación de Mesorea (Mesaria) ó «Entremontes» está restringida actualmente á la mitad oriental de la llanura.

La diversidad de las comarcas chipriotas tenía por consecuencia la diversidad de sus pequeños Estados, reinos y repúblicas, frecuentemente en guerra, frecuentemente también aliadas con el extranjero y hasta invitándole á establecerse en el país. Las minas y los bos-

[1] Academia de las Inscripciones y Bellas Letras, 20 Agosto 1886.

ques eran, con los trigos, los aceites y el vino, las riquezas ambicionadas por los conquistadores de Fenicia, de Asiria ó de Egipto. Según la leyenda, los Chipriotas serían, como los Chalybes del Asia Menor, inventores del trabajo metalúrgico: su héroe nacional, Kyniras, fabricó las primeras herramientas de la forja, el yunque, las tenazas y el martillo; fué el primero que trabajó la coraza de Agamenón y

N.º 175. Isla de Chipre.



P. Paphos (Pale Paphos, la antigua Paphos) es la ciudad á cuya fundación se une el nombre de Kyniras el Fenicio, era el centro del culto de la Diosa marítima que llegó á ser una Afrodita, luego Venus saliendo de las aguas.

N. Paphos (Nea Paphos, la nueva Paphos) data de la época griega, es la ciudad representada página 369.

su espada salió de la fragua rodia. En cuanto á los bosques de Chipre, actualmente devastados, sabemos que en tiempo de los Fenicios la costa de Hittim (Kition) — la Larnaka moderna — suministraba la madera de construcción para las flotas, y en los «ciprieros y cedrieros» del Olimpo insular se cortaron los árboles con que fueron construídos los barcos lanzados por Alejandro sobre el Tigris y el Eufrates [1].

[1] Biddulph, *Proceedings*, R. Geographical Society, 1889.

Aunque frecuentemente invadida por conquistadores y constantemente visitada por mercaderes pacíficos, Chipre es una tierra de demasiada extensión para que sus habitantes no hayan reaccionado contra las importaciones del extranjero y no hayan dado á sus productos una marca nacional. Los Chipriotas hablan griego, pero en una forma especial que se dice aproximada al eolio; y la escritura de que se sirvieron, al menos durante un millar de años hasta el período romano, no se parecía á la de sus hermanos de raza en Occidente. Era un sistema silábico, probablemente transmitido por los Hititas, y tal vez algo influído por los Asirios, á juzgar por el aspecto cuneiforme de varios signos. Se han podido descifrar esos silabarios, gracias á las inscripciones bilingües, chipriotas y fenicias, chipriotas y griegas, descubiertas en diversas partes de la isla. Los peregrinos acudían en tan gran número de todas las tierras circundantes, que se oía hablar todos los idiomas en los bosquecillos de las ciudades santas consagradas á la diosa: Idalion (Dali) ó el Santuario de la Reina, Amta Khadasta (Famagusta) ó la «Santa Mujer», Amathonte (Hamath), otro lugar consagrado á Cypris, Paphos (Bafa), donde se adora siempre la «Santa Mar». Á esos lugares sagrados se llevaban innumerables ofrendas, estatuítas, vasos y joyas, que buscan ahora los coleccionadores y los artistas. El más antiguo monumento conocido de la isla fué una imagen tallada del rey de Asiria, Sargón, que se elevaba sobre la costa oriental de Chipre hacía veintiséis siglos cuando fué descubierta por los sabios y transportada al museo de Berlín.

Como fragmento del territorio dejado por Alejandro, Chipre, situada en la zona de transición entre los dos mundos, debía ser disputada por los herederos del conquistador: acabó por pertenecer á Egipto, es decir, al soberano de Alejandría, que disponía de los caminos del mar. Es notable que después de numerosas transformaciones, la isla depende de nuevo de una potencia talasócrata por excelencia, Inglaterra, y obedezca á la misma inspiración que el valle nilótico.

Al norte del golfo de Alejandreta, la llanura de Cilicia, dividida en dos por una cadena de colinas que explica el nombre de «dos Cilicias» que suele darse al país-bajo de entre Taurus y Amanus, esta llanura, principalmente la Cilicia occidental donde se sucedieron

algunos de los mercados más activos del mundo, fué una de esas regiones recuperadas por los Helenos sobre los Fenicios. Mallos, situada

N.º 176. Baja Cilicia.



Mallos (ó Mallus), fundada por un legendario Mopsus como tantas otras ciudades de la región, «estaba edificada en la cima de una colina sobre la orilla del Saros (Sarus), á corta distancia del mar»; — pero la costa del delta ha avanzado considerablemente hacia el Este desde la época á que se aplica esta descripción de Strabon (*Géographie*, XIV, v. 16). En este mapa se han seguido las indicaciones de Kiepert para el emplazamiento de la ciudad; según W. Ramsay, Mallos estuvo situada al oriente de la antigua desembocadura del Saros, muy próxima á Magarsus.

El Rhegma era probablemente la laguna al oeste del curso actual del Cydnus. Cuando el período glorioso de Tarsus, el río atravesaba la ciudad y la laguna.

sobre una colina, cerca de la desembocadura del Pyramos, entre los pantanos y la tierra firme, era hace veintiocho siglos el primer emporio

de la comarca. El aumento incesante de los aluviones, que hacían peligrosas las inmediaciones de la costa y se avanzaban hacia el mar, amenazando, decía el oráculo, llegar á unirse con la isla de Chipre, quizá también la temible influencia de las fiebres y, por último, los cambios continuos de la geografía local, sometida á las divagaciones de los dos ríos caudalosos, el Pyramos y el Saros — el Djihun y el Sehun, — que tan pronto se unen como se separan, todas esas causas determinaron á los mercaderes á establecerse en Adana. Situada en el punto mismo en que el Saros deja la montaña, á la entrada de las gargantas que conducen hacia la puerta Cilicia y en el dintel del Taurus, la posición de Adana es comercialmente muy buena; sin embargo, esta ciudad fué destronada por otra ciudad, la famosa Tarsus, edificada antiguamente á la orilla de un modestísimo curso de agua, el Cydnus «de las aguas heladas» [1].

En los tiempos prósperos de Tarso, la famosa ciudad — el fabuloso Sardanápalo, según una inscripción ninivita, se alababa de haberla edificado «en un día» con su vecina Anchiale, — había llegado á ser la rival de las ciudades más ilustres por sus escuelas. «Los habitantes de Tarso, de tal modo son apasionados por la filosofía y su espíritu es tan enciclopédico, que su ciudad ha acabado por eclipsar Atenas, Alejandría y todas las demás ciudades conocidas como éstas por haber dado origen á alguna secta ó escuela filosófica», dice Strabon [2]. Después el geógrafo de Amasia enumera los hombres cuya gloria debería redundar sobre su ciudad natal de las orillas del Cydnus, sea en el mismo Tarso, sea en Roma, porque la capital del imperio «rebosaba por igual de Tarsianos como de Alejandrinos». Si se hubiera prolongado algunos años más esa enumeración, hubiera podido citar entre los hijos de Tarso al más conocido de todos, á San Pablo, el verdadero fundador del cristianismo.

Si Tarso pudo ofrecer á sus ciudadanos tan gran número de escuelas y tantas ocasiones de instruirse, fué gracias á las riquezas que su importantísimo comercio le había proporcionado. El Rhegma, lago donde desembocaba el Cydnus, fue dispuesto para puerto interior, bien abierto del lado del mar, suficientemente profundo y perfecta-

[1] N. W. Ramsay, *Scottish Geographical Journal*, Octubre 1903, p. 362.
[2] *Géographie*, lib. XIV, v. 13.

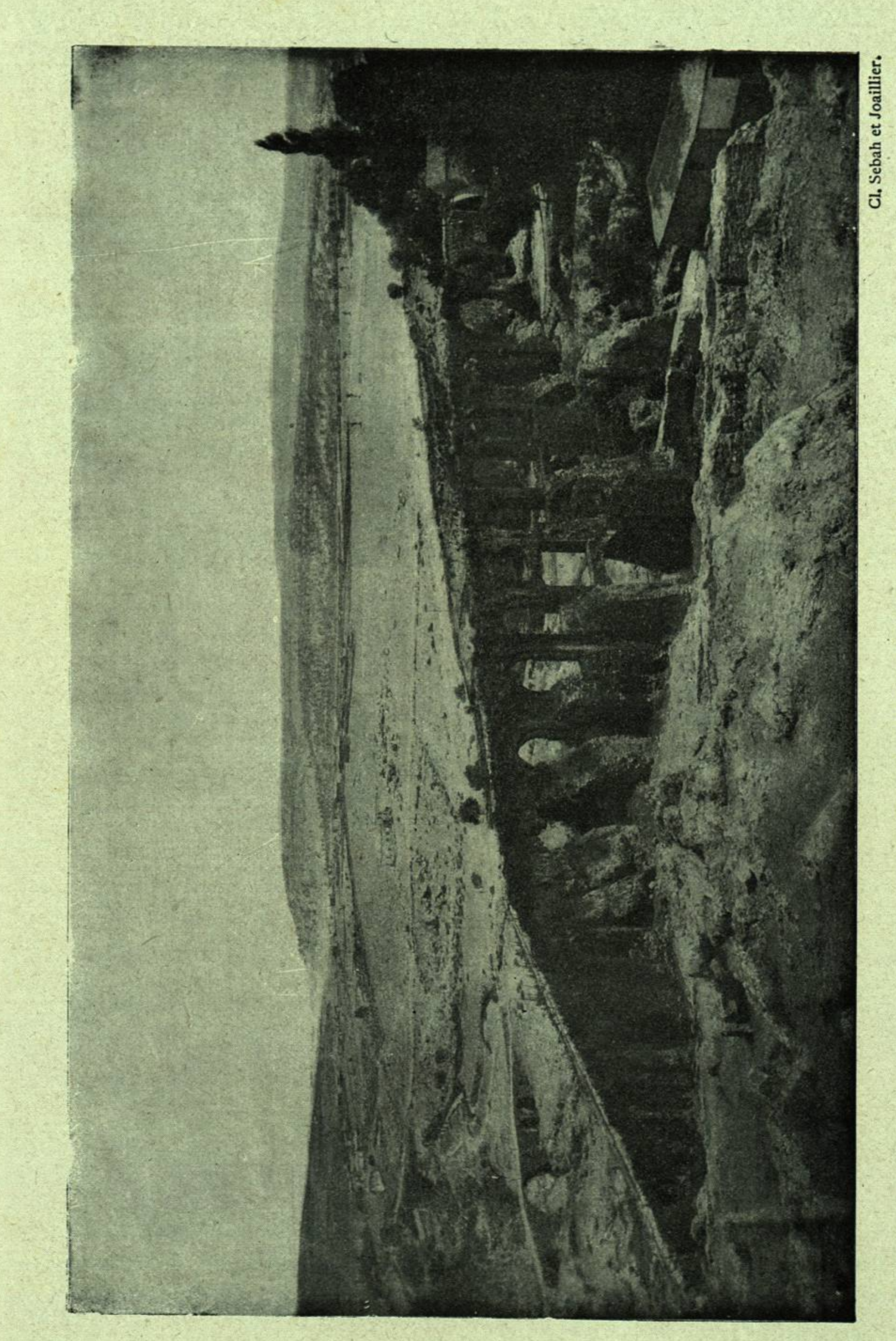
mente resguardado. Las campiñas de las inmediaciones, defendidas contra las inundaciones del Saros y del Pyramos, se contaban entre las más fértiles del mundo, y Tarso tenía la ventaja de contener, por el lado del Este, las inmediaciones del famoso desfiladero de Puerta Amaniciana, sobre el camino del Eufrates, y, del lado del Norte, la vía directa, tallada en la roca, hacia la Puerta Cilicia. Este último camino, uno de los triunfos de la civilización antigua, hacía de Tarso uno de los puntos vitales del mundo griego. Próximamente un nuevo trazado, el de un ferrocarril, desplazará el centro de vida para llevarle más al Este, hacia Adana [1], que llegará á ser la estación de enlace donde la línea de Mersina se unirá á la gran vía de Constantinopla al golfo Pérsico.

Durante el conflicto salvaje de los ejércitos de bandidos y mercenarios de todas las naciones que se entrechocaban en el inmenso campo de batalla en que se convirtió el imperio de Alejandro, algunas islas como Rodas y Chipre se hallaban relativamente protegidas por sus estrechos, pero las provincias situadas en el trayecto de las vías estratégicas eran recorridas frecuentemente por enemigos destructores. La relación de los combates, de los sitios, de los asaltos, de las retiradas y de las vueltas ofensivas que se suceden y entremezclan en un remolino destructor, de un extremo á otro del mundo conocido, causa vértigo al historiador: no hay memoria que pueda seguir en todas sus campañas y tomas de ciudades á un Antígono, un Demetrio Poliorcetes, un Seleuco Nicator. La devastación fué horrorosa y ciertos lugares del conflicto quedaron completamente despoblados. Demasiado débiles para resistir la tormenta, no formando los Estados más que pequeñas unidades políticas, tuvieron más que sufrir, entregados de antemano á todo conquistador de paso. Los pueblos que relativamente se resintieron menos del vaivén de los ejércitos — como los Babilonios y los Egipcios, — eran los que por su gran número y la extensión de su territorio constituían, desde su sumisión, imperios que daban á sus señores recursos en hombres y en dinero capaces de asegurar una larga resistencia á los ataques exteriores.

[1] N. W. Ramsay, artículo citado.

Cuando se estableció cierto amontonamiento en la ruina del edificio improvisado como por magia y desaparecido del mismo modo, las divisiones geográficas naturales se encontraron en la repartición de los reinos. El Asia Menor, como ya hemos dicho, no fué jamás una; península naturalmente recortada en regiones distintas, cuyas vertientes se inclinan, según líneas divergentes, hacia el mar Negro, el Archipiélago, el mar de Chipre ó hacia el Eufrates, se fragmentó en diversos principados de fronteras movedizas, siguiendo las vicisitudes de las revoluciones locales, de las guerras de provincia á provincia y de las invasiones extranjeras. Por el contrario, la cuenca de los ríos gemelos, el Tigris y el Eufrates, recogiendo las ventajas de primer orden que le daba su perfecta individualidad, reconstituyó el imperio antiguo de Asiria, anexionándose todas las comarcas colindantes como otras tantas dependencias naturales: los pequeños Estados y los grandes reinos debilitados del contorno no podían sino dejarse englobar en la poderosa monarquía de que la Mesopotamia era el centro; así fué como el imperio de Darío y de Alejandro, en la Irania y hasta en la India lejana, cayó en poder del afortunado general que había recibido Babilonia en su parte de herencia. Por último, el valle del Nilo, otro territorio geográfico que formaba un todo completo, de límites naturales bien determinados, llegó á ser también un reino distinto, que se desarrollaba en condiciones de vida propia, independiente, como el antiguo Estado de los Faraones.

Las pequeñas agrupaciones del Asia Menor eran, pues, de harto escasas dimensiones para durar mucho tiempo, en una época en que el apetito de las conquistas se había desarrollado hasta el furor en todo el mundo helénico, dominado por la sombra de Alejandro. Por otra parte, la fuerza de resistencia de las poblaciones anatólicas se había roto durante el vaivén de los ejércitos y de los bandidos, hasta el punto que se vieron bandas de Galos ó «Gálatas» penetrar de Tracia en Troada, á través del Helesponto, y avanzar como conquistadores hasta el centro del Asia Menor para constituir allí un nuevo Estado. No obstante, ciertos reinos pudieron conservarse durante cerca de dos siglos, bajo formas incesantemente modificadas, entre la gran monarquía del Oriente tocada en suerte á uno de los lugartenientes del Macedonio, y la potencia de Roma, que se engrandecía

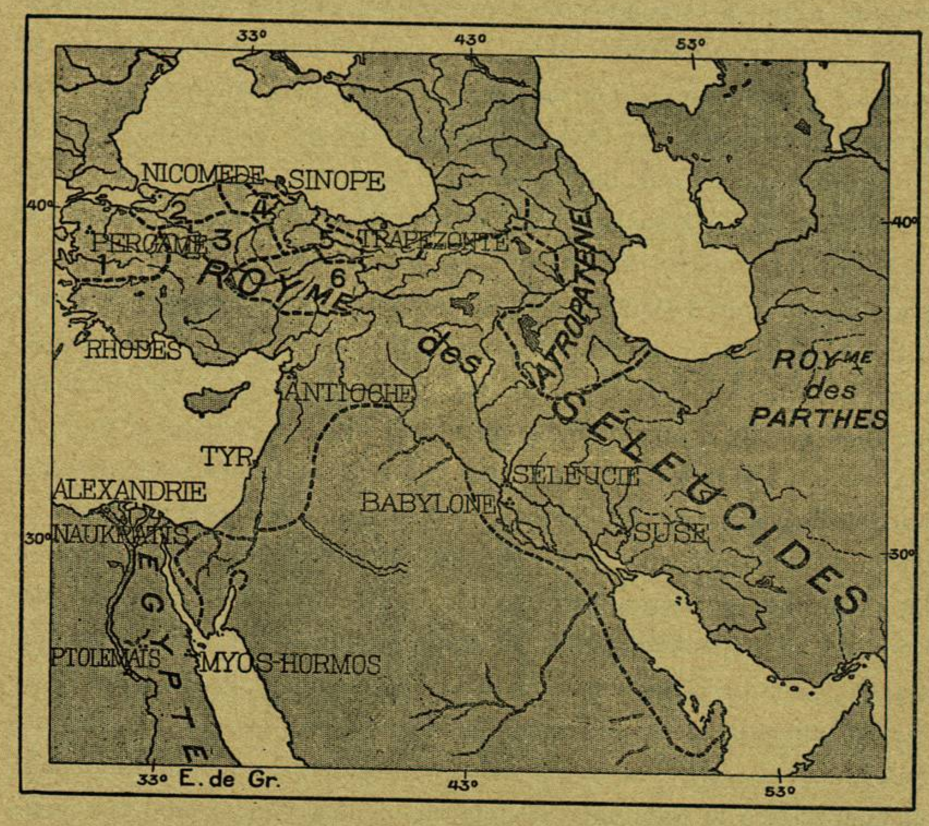


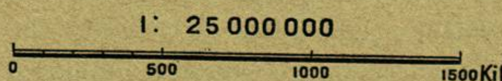
Cl. Sebah et Joaillier.

ACUEDUCTO DEL PARAÍSO, CERCA DE ESMIRNA

poco á poco por el lado de Occidente y se anexionaba sucesivamente territorio tras territorio. Uno de esos cuerpos políticos, el más poderoso y el más sólidamente establecido, opuso obstinada resistencia á

N.° 177. Reinos de los Seléucidas y de Asia Menor.





1. Reino de Pérgamo.
2. Bitinia.
3. Galacia.
4. Paflagonia.
5. Ponto.
6. Capadocia.

El límite de los reinos se refiere á una fecha de ciento veinte años posterior á la muerte de Alejandro. Varios territorios helenizados: Sinopia, Trebisonda, diversas islas del mar Egeo, Rodas, la Caria, etc., eran independientes de esos reinos.

la conquista romana. Defendido el Oeste por la línea estratégica del río Halys, apoyado por aliados que ocupaban gran parte del contorno del mar Negro, incluso la península de la Tauride y Armenia hasta

el mar Caspio, el reino del Ponto sólo fué subyugado tras largos años de luchas [1].

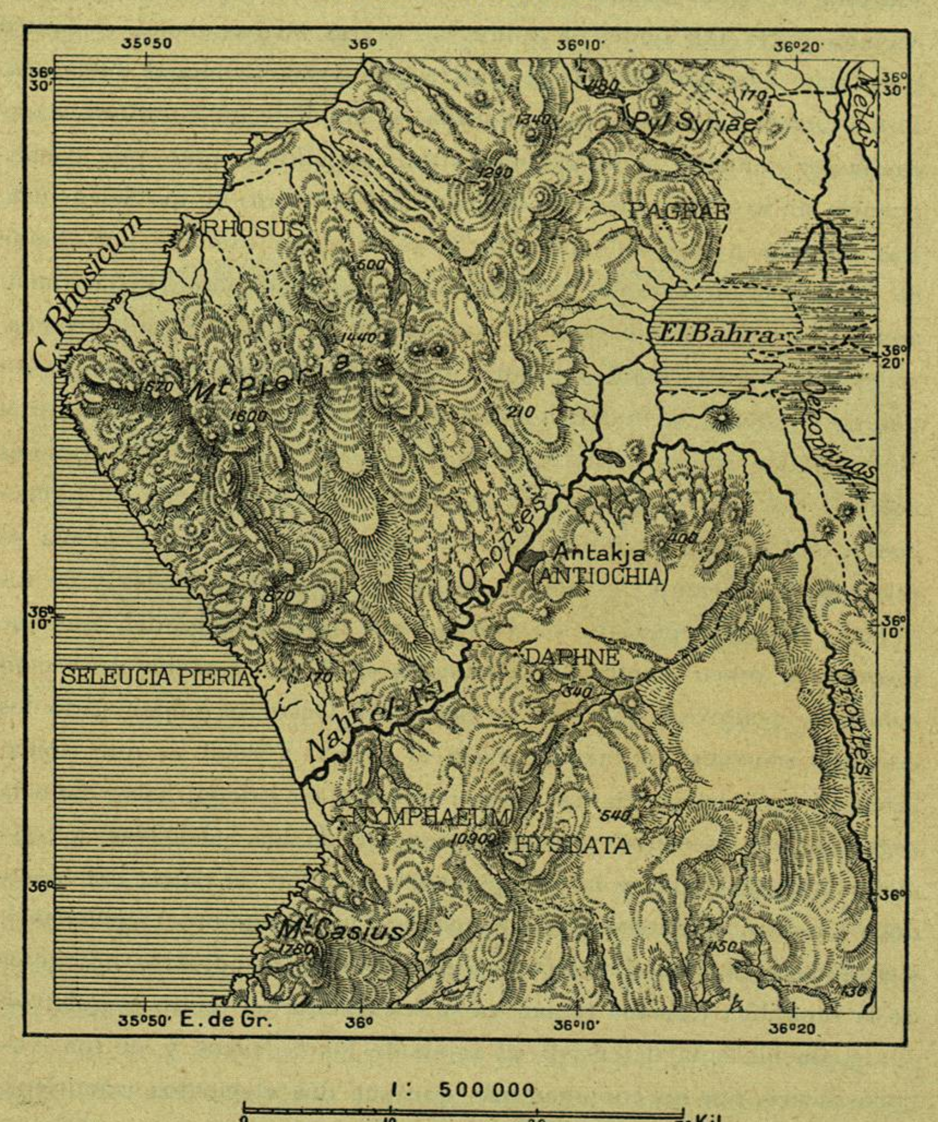
En la historia del mundo, el más importante de los reinos de Asia Menor, gracias á la parte que tomó en la difusión de la civilización helénica, fué el de Pérgamo, donde se erigieron tan bellos monumentos, ricos en estatuas y en bajos relieves, donde vivieron historiadores y sabios, continuadores de los grandes hombres de Mileto y de Atenas, y donde se reunieron los preciosos «pergaminos» de la más grande biblioteca de la Antigüedad después de Alejandría.

El imperio de que Babilonia era el centro tocó en parte á los Seléucidas, y debió á sus sólidos fundamentos geográficos persistir más de dos siglos; puede decirse que no desapareció sino para ser reemplazado por otro Estado que afirmó también su independencia frente á frente de Roma. Fuera de la península anatólica, todo el inmenso territorio que Alejandro se había trazado y apropiado en el continente de Asia quedó incorporado al nuevo reino, y sus fronteras hacia el Nordeste, abrazando las cuencas del Oxus y del Iaxartes, se determinaron más claramente del lado de las misteriosas comarcas del Extremo Oriente. Por más allá de las mesetas de la Irania, Seleuco Nicator, el «Vencedor», hasta quiso exceder á su señor Alejandro, y se dice que, en su expedición á las Indias, llegó hasta el río sagrado, el Ganga; pero nutridos con la civilización helénica y deseosos de reclutar sus fuerzas en la patria común de los soldados mercenarios, los Seléucidas no conservaron su residencia principal en la Mesopotamia, ni tampoco en la Babilonia antigua, ni en una ciudad moderna como Seleucia, sino cediendo á la fuerza de atracción de Grecia, fundaron una segunda capital, Antioquía, cerca del golfo de Alejandreta, en el punto que dominan las Puertas de Cilicia y los caminos convergentes de Siria y del Asia Menor. Este lugar, admirablemente escogido, á la salida del rico valle del Orontes y en el punto del litoral marítimo más aproximado á la gran curva del Eufrates, ofrecía todas las condiciones favorables para una gran prosperidad: de ese modo se desarrolló allí rápidamente una ciudad que alcanzó una importancia mundial y llegó á ser pronto una Tetrápolis ó «ciudad cuádruple»,

[1] Véase el mapa n.° 101, pág. 19, *Imperio de Mitridates*.

que recibía numerosos emigrantes: Sirios, Judíos, Arabes, Armenios, Persas y hasta Hindus; sin embargo, lo que le dió su carácter por

N.° 178. Antioquia de Siria.



El gran camino de Europa en Asia franqueó el Amanus en la Puerta Amaniciana ó Puerta de Siria á una treintena de kilómetros al norte de Antioquía.

excelencia fué la entrada de todos los elementos del pensamiento asiático en la forma que les proporcionaba la lengua y la cultura

helénicas. Antioquía fué, como Rodas y Tarso, como Pérgamo y Alejandría, una de las escuelas del mundo mediterráneo del Oriente.

Pero todo se paga. Acercándose á Grecia, la capital de los Seléucidas se había alejado del centro natural del imperio y no había ya una presa tan poderosa sobre las tierras lejanas, hacia el centro del Asia. Los dos focos de la gran elipse poseían ventajas diferentes, el del Oeste una cultura más elevada, el del Este un equilibrio natural mejor sentado, y el abandono de este último tuvo por consecuencia un rápido empequeñecimiento del territorio de los Seléucidas. Las llanuras nord-occidentales de la India y los caminos por donde se llega á las mesetas se olvidaron pronto; asimismo, la Bactriana, aunque permaneciendo bajo la dominación de los príncipes griegos, seléucidas y hasta lagidas durante un instante — bajo Ptolomeo Evergetes, — recobró su independencia é hizo perder á los ribereños del Mediterráneo las preciosas relaciones de tráfico que, sobre los grandes macizos del centro del Asia, comenzaban á trabarse con las poblaciones del mundo chino [1]. Entre la Bactriana y la Mesopotamia se interpuso hasta un nuevo reino, resucitado del de los Medas y de los Persas, la monarquía de los Partos, que, por el lado del Este, se disponía á tomar contra los Seléucidas el mismo carácter de vecino celoso y peligroso que por la parte del Oeste se habían dado los ejércitos romanos en marcha hacia el Asia. Verdad es que Roma, sabia en diplomacia, en una carta redactada en griego, había dado la seguridad de su eterna amistad al segundo de los Seléucidas, á condición de que la paz y la independencia de Ilión, la patria del «piadoso Eneas», el antepasado legendario, fuesen siempre respetadas [2]. Veintiún siglos antes de nuestros diplomáticos, los políticos prudentes de la república Romana tenían ya su «Cuestión del Santo Sepulcro».

Reducido á la defensiva, el reino de los Seleucos y de los Antiocos acabó por no contener más que sus dos elementos primitivos, el núcleo mesopotámico y el litoral de Siria; todavía se produjeron rebeldías sin cesar en ese territorio empequeñecido, y se vió al pequeño país de la Judea hacer frente á los ejércitos sirios, y hasta lograr, bajo los Macabeos, reconstituir su independencia, en apariencia

[1] J. P. Mahaffy, *The Empire of the Ptolemies*, p. 199.
[2] *Ibid.*, p. 203.

al menos, porque la mano de Roma se había hecho sentir hasta en esa región lejana, tan importante como tierra de transición entre la cuenca del Eufrates y la del Nilo. Judea, á la que sus montañas y la cortadura profunda del Jordán hacían muy á propósito para la defensa, lo mismo que la región del Líbano y de la Cœlo-Siria, era naturalmente un lugar en litigio disputado por las dos grandes potencias limítrofes. Excepto un corto período de invasión siria, había estado primeramente sometida á los Ptolomeos, que tenían interés en tratar




Biblioteca Nacional. Cl. Giraudon.

MEDALLA DE EUCRÁTIDES, REY DE BACTRIANA, ANVERSO Y REVERSO
SIGLO II ANTES DE J. C.

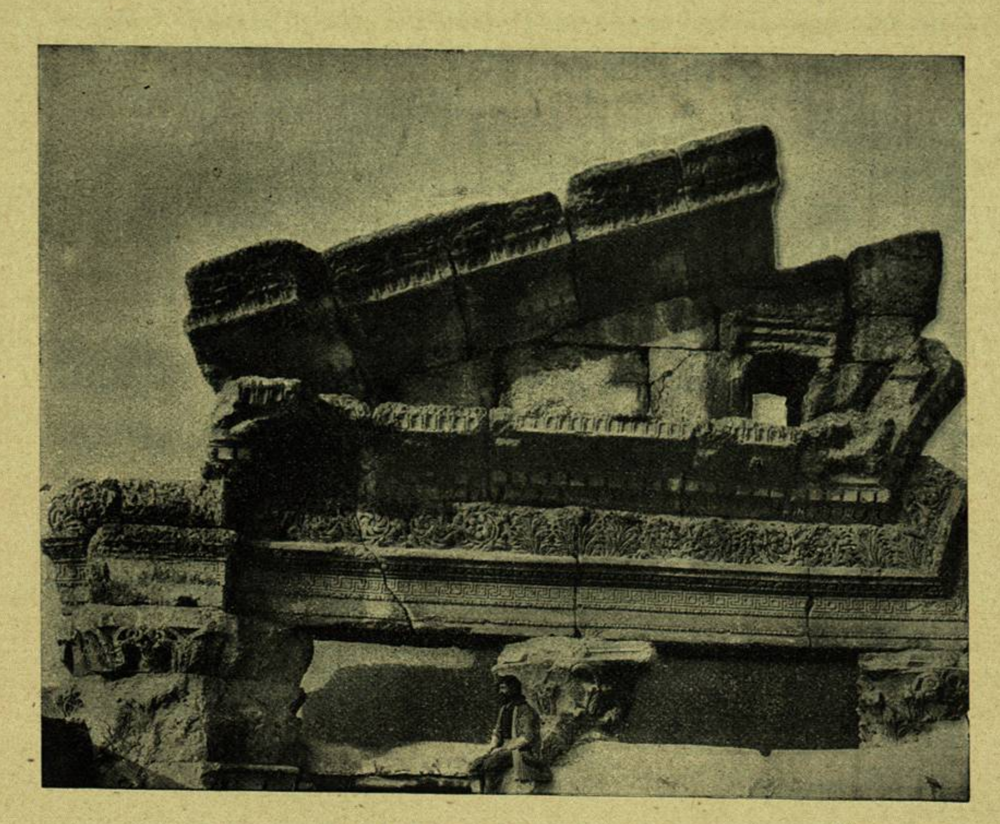
con prudencia un territorio tan diferente del suyo; pero cuando Antioco Epifanes, rey de Siria, llegó á elevar altar contra altar, y las civilizaciones chocaron entre sí, helenismo contra judaísmo, la explosión del espíritu nacional fué bastante fuerte para dar la victoria á los insurrectos de Judea.

Así, cada parte del imperio, por intrigas y alianzas con los generales romanos, contribuía á su disgregación y por último á la ruina definitiva de Siria. Lo que impidió que los Seléucidas pudieran resistir enérgicamente al poder de Roma, fué que permanecieron extranjeros entre los pueblos de su dominio. No habían echado raíces en el país que dominaban. Griegos y no Orientales, continuaron buscando su punto de apoyo en el mundo griego; las tropas de que se servían para conservar sus súbditos en la obediencia se componían de merce-

narios venidos de Europa, Helenos, Macedonios ó Tracios. Estos inmigrantes, retenidos en sus campos ó sus fortalezas, no fundaban familias adscriptas á la tierra: lo mismo que sus soberanos, no se naturalizaban; el «matrimonio de Europa y de Asia», que Alejandro había hecho celebrar simbólicamente en Babilonia, no había llegado á ser una realidad viviente. Del mismo modo los Cruzados, después, á pesar de sus batallas victoriosas y sus conquistas, no fueron jamás en sus reinos de Tierra Santa sino plantas desarraigadas. Cuando Roma, convertida en dueña de Grecia, hubo prohibido la exportación de los soldados, Siria, lo mismo que Egipto, se halló sin ejército, entregada de antemano á los procónsules [1]. Les dejaba en herencia su gran ciudad de Antioquía, que, á lo menos, tenía su originalidad propia como crisol de nueva formación para todos los pueblos de Oriente.

Ptolomeo, en quien recayó la satrapía de Egipto después de la muerte de Alejandro, parece haber tenido una singular habilidad como adulador del clero, por cuyo medio quiso asegurarse la confianza del pueblo esclavizado. Su primer cuidado consistió en edificar templos absolutamente conformes al canon de la arquitectura religiosa. Cuando el misterio de los jeroglíficos era todavía ignorado de los viajeros europeos, éstos, no viendo absolutamente ninguna forma griega en los monumentos construídos por orden de Ptolomeo, se imaginaron que esos edificios eran puramente egipcios. Se necesitó la interpretación de las inscripciones para revelar que los templos de Edfu, de Esneh, de Denderah y de Philæ no tenían origen antiguo y que su constructor era el conquistador heleno, el rey mismo, cuya estatua arrodillada se veía presentando la Verdad á la diosa Pachi. Sin duda el nuevo rey no se dió la pena de profundizar el sentido preciso de los símbolos figurados en su nombre; le bastaba con hacerlos reproducir escrupulosamente y con abundancia. Pues á él y á los otros Ptolomeos debe Egipto el mayor número de los templos que le quedan. Si los Persas habían sido brutales é imprudentes destruyendo los edificios religiosos de los Egipcios, los Lagidas, por el contrario, procedieron con prudencia y consideración respecto de los vencidos.

[1] Michelet, *Histoire romaine*, t. II, p. 59.



FRONTÓN DE UN TEMPLO EN DAMASCO — Cl. Bonfils.

Después de haber dado á sus súbditos amplia satisfacción religiosa, el primer Ptolomeo, representante del medio histórico, se ocupó de conciliarse sus compatriotas y compañeros los Griegos y los Macedonios. Se trataba de transformarles en Egipcios, conforme á su ejemplo, y de hacerles adorar los mismos dioses: nada más fácil, por otra parte, porque las personas divinas, fuerzas de la naturaleza, que deben su forma á la imaginación de los hombres, se modifican incesantemente y cambian de atributos, comparables á las nubes que se amontonan ó se disuelven en el cielo. Dioses griegos y dioses egipcios se confundieron, lo mismo que precedentemente se habían unido ó desdoblado tantos dioses solares, tantas diosas de las mieses ó del amor. La gran divinidad que vió nacer Alejandría y á la que se elevó el templo más rico de la ciudad, se halló que reunía en sí el antiguo Phtah, el dios de Menfis, su representante de origen asiático, el buey Apis, después el gran Osiris, que era á la vez el Sol, el Nilo,



TEMPLO DE PHILÆ — Cl. Bonfils.

la fecundidad de las tierras y al que se había asociado el misterioso Hades de los Griegos, que reina en las profundidades tenebrosas de la Tierra. Ese dios complejo y múltiple Osir-Napi ó Serapis era suficientemente extensible para fundirse en lo sucesivo con tantos dioses nuevos, Mitra, Jesucristo, el Verbo, el Paracleto, que podían reclamar de ellos el misticismo ó la filosofía: en esa vaguedad infinita el ser y el no ser tenían igualmente su lugar.

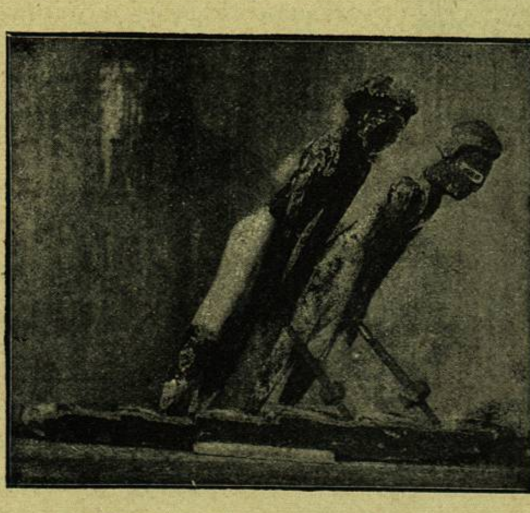
Es un hecho notable que Serapis resume en su inmensidad divina los tres grandes dioses, manifestación especial de una sola y misma divinidad, dueña de todas las cosas. Impotente para resentir la misma adoración por todos los dioses, el espíritu de la multitud les personificaba en tres jefes de grupo: en ellos se concentraba todo el fervor de fe que sube de los humanos. ¿No puede verse simbólicamente en esas tres personas de Serapis el dios del Cielo, el de la Tierra y el de los Infiernos? ¿No se les puede también asimilar al Señor del Pasado, al Regulador del Presente y al Poseedor de los secretos del Porvenir? Siendo las concepciones de la Divinidad necesariamente

flotantes como el sueño, sin límite alguno que los precisara, los atributos de la Trinidad egipcia se convirtieron fácilmente en los de la Trimurti hinda: Brahma, el Creador; Vichnú, el Conservador, y Siva, el Destructor. El carácter indeciso de las personas celestes, que de siglo en siglo y de pueblo en pueblo cambian de nombre y de atributos, debía facilitar, sea la reducción, sea la extensión de las «hipostasis» del dios único. Así fué como entre los Judíos antiguos se hallaba la divinidad naturalmente descompuesta en dos personajes, Yahveh y su pareja, adorado en el mismo templo; su mujer representada en los textos torturados del Antiguo Testamento por el Ruah, el Espíritu, del que se ha hecho también el Espíritu Santo. Del mismo modo, entre los Moabitas, el dios Kamoch, que ofrece tanta semejanza con el Yahveh de los Judíos, tenía á Astar Kamoch por diosa consorte. ¿No se ha unido después realmente, durante la evolución del culto católico, y á pesar del dogma oficial, la Virgen Inmaculada, «Madre de Dios», en las oraciones de los fieles, á las tres personas de la Trinidad? ¿Y no ha venido á ser ella, además, para la mayoría de los que la



ANTINOE: AGUADOR Y LABRADOR CON SU AZADA AL HOMBRO

Grupo en tierra cocida que data del período romano.



ANTINOE: EL LABRADO DE LOS CAMPOS

Grupo en tierra cocida.

invocan, la gran «Señora» por excelencia, la dominadora de los cielos, la que abre de par en par las Puertas de la Bienaventuranza eterna?

Precursores de aquellos soberanos constitucionales modernos que los políticos alaban por su habilidad, los Ptolomeos eran muy ingeniosos para adular al pueblo, pero se guardaban bien de dejarle la menor libertad. Ignoraban completamente esa organización espontánea de la urbe que había hecho la grandeza de Grecia y que se había manifestado en cada ciudad por una asamblea en que se discutían los intereses comunes; la única sociedad deliberante que les fué preciso tolerar, fué la de los soldados macedonios, que habían conservado, al menos teóricamente, el antiguo derecho nacional de elegir un nuevo rey y de juzgar los prisioneros de Estado; pero los Ptolomeos apartaron fácilmente ese peligro conservando en el ejército una estricta obediencia por el alistamiento de numerosísimos mercenarios bien pagados, que, á la menor señal, se hubieran lanzado al aniquilamiento de los rebeldes.



ANTINOE: BOYERO

Estatuíta en tierra cocida.

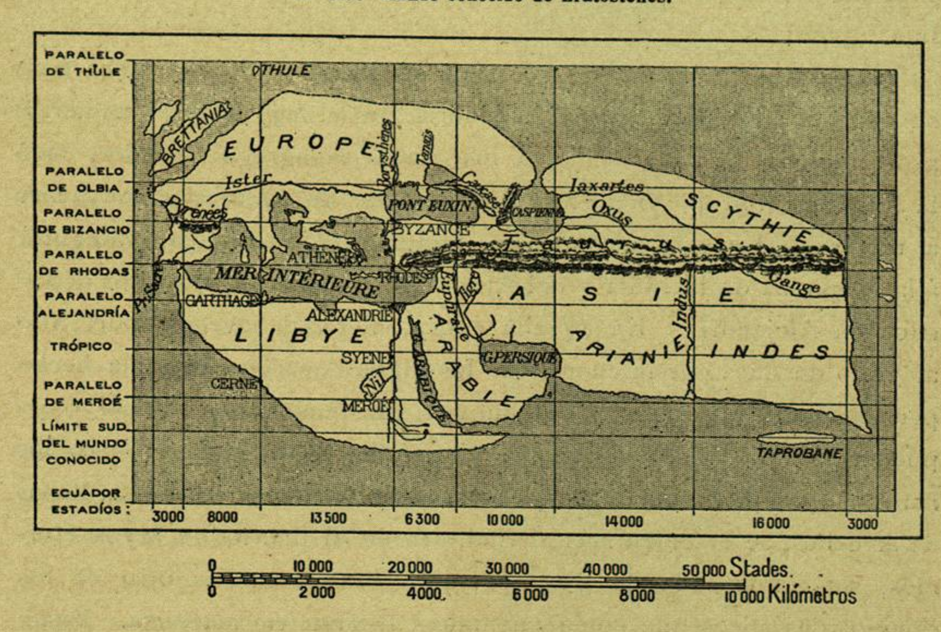
La ciudad de Alejandría que, por la ciencia y la actividad intelectual, fué la heredera de Atenas, no tuvo como ella sus asambleas libres y sus oradores: se nos dice que fueron concedidos grandes «privilegios» á los habitantes, entre otros el de no ser golpeados sino con un palo, mientras que al populacho se le azotaba con el látigo, el encorvamiento hereditario bien conocido de los fellâhin de nuestros días [1]. En Egipto no hubo ciudadanos, sino súbditos ordenados en una sabia jerarquía. Los papirus de la época nos dan listas interminables de

[1] J. P. Mahaffy, *The Empire of the Ptolemies*, p. 76 y siguientes.

funcionarios que se dirigen mutua é indefinidamente actas y documentos en detrimento de la cosa pública.

La era de los Ptolomeos fué para Egipto un período de enriquecimiento extraordinario: Alejandría llegó á ser en realidad por el comercio el centro del mundo, y los Egipcios, que durante muchos siglos habían considerado el mar como una extensión maldita, como

N.º 179. Mundo conocido de Eratóstenes.



El presente mapa es una reconstitución del que Eratóstenes trazó del ecumeno mundial, establecido por medio de citas y críticas de Strabon, porque ni originales ni copia alguna de los dibujos geográficos anteriores á la era vulgar han llegado hasta nosotros; los trabajos gráficos de Hécate, de Dicearco, de Herodoto y de Anaximandro se han perdido, lo mismo que el texto con que Eratóstenes había acompañado su carta y el dibujo unido á la *Geografía* de Strabon. — Aunque Eratóstenes cometiera algunos grandes errores en las líneas y las distancias, lo cierto es que hasta el siglo XVII no se dibujó el Mediterráneo con mayor corrección.

el reino de Tifón, se convirtieron en los dominadores del Mediterráneo oriental; hasta llegaron á dominar el mar Egeo: después de la anexión de Chipre y de la Cirenaica, después del tratado de estrecha alianza con Rodas, en cuyo honor el primer Ptolomeo se llamó el «Salvador», después de la destrucción de la flota de corsarios, Egipto llegó á ser, no sin numerosísimas dificultades por otra parte, la potencia marítima por excelencia al este de Sicilia. La confederación de las

islas égeas, de que Tenos era probablemente la capital, escogió á Ptolomeo Soter para presidente é hizo celebrar fiestas en su honor [1]. Atenas, la gloriosa Atenas, descendió, por mendicidad, hasta la vergüenza de declararse casi vasalla de Ptolomeo Filadelfo, quien, en cambio de esas bajezas, le regaló 50 talentos. Tal es la triste aventura, el lamentable fin de Atenas, que Grote refiere con indignación al terminar su *Historia de Grecia* [2]. Por último, ¿no fué nombrado Ptolomeo Evergetes generalísimo de las flotas del Atica y de la liga áquea?

Del Este y del Sud convergían los caminos de caravanas para subvenir al enorme tráfico de Alejandría, por el bajo Nilo y los puertos acostumbrados del mar Rojo, á los cuales se agregó Berenice, bajo la misma latitud que Siena; se tuvo cuidado de trazar caminos fáciles á través de las soledades de los montes «arábicos» para asegurar á las riquezas de la India y del Africa una arribada segura á los depósitos de Alejandría. En aquella época, el canal navegable del Nilo al golfo de Suez por la cuenca de los lagos Amargos se había hecho perfectamente utilizable, y los buques que remontaban el mar Rojo podían alcanzar directamente las tierras bajas de Egipto; pero los marinos que querían evitar la peligrosa navegación en las aguas llenas de arrecifes, se detenían más al Sud, sea en el puerto de Myos Hormos, sea en la rada de Berenice, y utilizaban uno ú otro de los caminos desérticos que complementaban la gran vía marítima. Exactamente del mismo modo obran en el día los dueños de los mares: no contentos con la puerta triunfal por donde pasa el canal de Suez, los Ingleses trabajan actualmente desde Kosseir á Mombaza, todo lo largo del litoral del mar Rojo y del Océano Índico, para establecer ferrocarriles confluentes á la gran línea que une el valle del Nilo al Cabo de Buena Esperanza.

¿No fué Ptolomeo Filadelfo el primero que, en las inmediaciones de Alejandría, edificó el gran «Faro», cuyo nombre se ha aplicado á todos los edificios del mismo género?

La explotación agrícola del fecundo valle del Nilo por millones de súbditos dóciles, y los beneficios del inmenso comercio, que traía

[1] Th. Homolle, *Bulletin de la Soc. de Géographie de l'Est.*
[2] Cap. XCVI.

á la residencia de los Ptolomeos el concurso de los mercaderes venidos de todas las partes del mundo, explican los prodigiosos tesoros amontonados por los soberanos de Egipto: acaso hayan de añadirse también á las fuentes del ingreso suministrado por la agricultura y el comercio, los lingotes que las minas de la Nubia y aun del África meridional habían proporcionado en gran cantidad. Júzgase que no podría explicarse la existencia de la masa de oro contenida en el tesoro real [1], si no hubieran sido conocidos y explotados entonces los bancos auríferos del Transvaal actual y del país de Machona: en efecto, según Appian, las «economías» de Filadelfo, contenidas en las bóvedas del palacio, se elevaban á 740 000 talentos, lo que representa unos tres mil millones de nuestra moneda [2]. Sin embargo, los antiguos autores eran tan vagos en sus afirmaciones y las exponían con tal escasez de documentos precisos, que no conviene citar esas cifras en toda seguridad. Además, ya hemos dicho que, según toda probabilidad, las comunicaciones entre las cuencas del Zambeze y del Nilo habían cesado ya en el tiempo de los Ptolomeos.



PINTURA GRIEGA

Tablero cubierto de cera pintada, que data del siglo II de la era vulgar, y hallado por Flinders Petrie en las tumbas de Hawara.

Como quiera que sea, las riquezas de los Faraones les permitían entretener ampliamente en su derredor una multitud de mercenarios, pagar en el extranjero una multitud de agentes y de aduladores y satisfacer á sus anchas todos sus caprichos de gusto y de fantasía de

[1] Henry E. O. Neil, *Scottish Geographical Magazine*, 1886.
[2] Á razón de 3800 francos por talento de oro.

aficionados artistas. De ese modo, Ptolomeo Filadelfo, apasionado por la historia natural, estableció un jardín zoológico cerca de Alejandría, y enviaba buques especiales en busca de los elefantes á las costas del Somal para transportarlos al bajo Egipto por la vía del mar Rojo y del canal: esos buques que navegaban difícilmente en alta mar y que trataban de no separarse de la costa, encallaban frecuentemente en los bancos de coral. La caza de los elefantes para el reclutamiento de las expediciones guerreras, tomó tal extensión en el «país de los Ictiófagos», es decir, sobre las costas de África situadas fuera del mar Rojo, que el tercer Ptolomeo, temiendo el exterminio de esos paquidermos, recomendaba á sus viajeros que dictaran á los indígenas medidas de prudencia [1].

Alejandría, convertida en el foco central del comercio, era también el lugar principal de reunión de los hombres de saber y de pensamiento; era una nueva Atenas. En medio de esa multitud de súbditos y de visitadores ilustres, los Ptolomeos se sentían naturalmente impulsados á agrupar á su rededor y á conceder favores especiales á aquellos de sus contemporáneos que juzgaban aptos, por adulaciones ó servicios, á realzar el prestigio real. Llamados en torno de Ptolomeo Soter, en el edificio que había consagrado á las Musas y que cubren actualmente los escombros acumulados por los saqueos y los incendios, los sabios y los filósofos griegos, pertenecientes á las escuelas más diversas, vinieron, á expensas del rey y pensionados por él, á atestiguar con su misma presencia la grandeza y la munificencia del soberano. Un presidente nombrado por el rey y escogido siempre entre los sacerdotes, estaba encargado del culto oficial de las Musas y probablemente también de los pomposos discursos que habían de pronunciarse ante el señor: en cuanto á los residentes, quedaban en libertad de continuar sus estudios y proseguir sus investigaciones como mejor les conviniera: el régimen del Museo sería probablemente con corta diferencia el que se reprodujo en la Edad Media en los monasterios de benedictinos. Fundáronse colegios alrededor del Museo para que los jóvenes estudiantes se aprovecharan de las lecciones ó de la conversación de los sabios, y la mayor biblioteca del mundo,

[1] J. P. Mahaffy, obra citada, p. 216.

á la que pronto se añadió un segundo depósito de libros, destinado indudablemente á los dobles, recogió con cuidado, para uso de los investigadores, todas las obras escritas en los siglos anteriores en toda lengua conocida. Así se formó el gran tesoro del pensamiento humano.

Sin embargo, el genio libre no suele acomodarse á un medio de bienestar debido al favor y celosamente limitado, por los caprichos de un amo, por ceremonias formalistas minuciosamente dispuestas. Verdad es que en los primeros tiempos de su existencia, el Museo de Alejandría recibió entre sus huéspedes hombres del más alto valor intelectual, especialmente de los dedicados á la ciencia concreta y positiva, anatómicos, geómetras, geógrafos y astrónomos, tales como Herófilos, Euclides, Eratóstenes y otros sabios que se ocupaban en sus trabajos en la ignorancia ó el desdén del mundo exterior; pero la mayor parte de los habitantes del Museo eran aduladores ó intrigantes, poetas de corte, pulidores de cumplimientos y de epigramas. Los parásitos comprendieron pronto que los invitados en la «Jaula de las Musas» eran albergados y retribuídos espléndidamente á cambio de las lecciones que profesaban, y hasta en recompensa de alguna insulsez elegante. Poco á poco las plazas del Museo se hicieron prácticamente hereditarias de padre á hijo, y los cursos acabaron por ser repeticiones ó temas sobre el arte de adular á los poderosos. Y, naturalmente, esa es la forma decrépita de la institución que encontró después numerosos imitadores, tal, Adriano, creador en Roma primero y luego



PINTURA GRIEGA

Tablero cubierto de cera pintada, que data del siglo II de la era vulgar, y hallado por Flinders Petrie en las tumbas de Hawara.

en Atenas de una especie de universidad como la de Alejandría [1].

Se comprende, pues, que los hombres de carácter y de gusto se separaran de ese Palacio de la Adulación, y que, huyendo del contacto de los cortesanos, muchas personas adustas, prefiriesen, desdeñando la invitación de Ptolomeo, refugiarse en la isla de Cos para vivir en ella en la contemplación de la Naturaleza y las delicias de la amistad. No obstante, la atracción de la gran ciudad, donde se hallaban tantos recursos intelectuales, reunía en ella también muchos hombres deseosos de aprender y de saber. Alejandría llegó á ser la gran escuela que había sido Atenas, y el círculo de atracción de donde le venían los alumnos era más que doble que el de su antecesora. Ya, bajo Ptolomeo Filadelfo, el Tulumaya de los documentos hindus, unos misioneros de Budha, enviados por el rey propagandista Açoka, vinieron de la lejana India á traer á los Alejandrinos «santas yerbas» y «palabras de paz y de salud».

Alejandría se nos muestra, pues, en la historia, como una de las ciudades de actividad moral donde se han preparado los destinos humanos por la evolución del pensamiento, por el progreso de la ciencia, y después, regresivamente, por su reflujo hacia el misticismo religioso. El cristianismo nació ciertamente en Alejandría, más aún que en Jerusalén, Antioquía ó Roma; pero ese refugio del hombre en un ideal celeste, fuera de las luchas de la vida y del trabajo fecundo, presagiaba un esclavizamiento fatal. Los Romanos, que habían tomado el gusto de conquistas y anexiones fructuosas por las riquezas de Sicilia y de Cartago, por los despojos de todos los pueblos circundantes, no podían menos de considerar las fértiles campiñas de Egipto como la herencia de los fuertes; y así como los Ingleses actuales han tomado el valle del Nilo porque es un complemento natural de su imperio y porque constituye la principal etapa sobre la gran vía de Inglaterra á la India y á Australia; lo mismo que los Franceses han invadido Túnez, no para castigar á los «Krumirs», sino porque continúa la Argelia, así también los Romanos no tuvieron más razón que su avidez en sus relaciones con Egipto. No faltaron pretextos, se encuentran siempre, un asunto de falso testamento ú otras menti-

[1] G. Botti, *Bulletin de la Soc. Khédiv. de Géogr.*, 1898, n.° 2, ps. 82 y 83.

ras; bastaba que la comarca fuese á la vez rica é incapaz de defenderse, no teniendo por ejército sino mercenarios y no ciudadanos. Á fuerza de presentes prodigados á los grandes de Roma, los Ptolomeos pudieron alejar el día fatal, pero no conjurarle. Se vió al rey llamar suplicante á las puertas de los abogados romanos; inútil todo; Julio César, Antonio y luego Octavio entraron en Alejandría, sin hacer en ella ningún cambio, porque Egipto se administraba como una simple propiedad rural de los reyes, y los dueños romanos, convertidos en poseedores en lugar de los herederos de Alejandro, no tuvieron más que conservar escribanos y recaudadores de impuestos. Los prefectos, provistos de plenos poderes, subordinados solamente á la voluntad del César, pudieron dirigir á la vez la hacienda, los tribunales y los ejércitos. Por lo demás, la obediencia fué siempre completa: en tiempo de Trajano, una sola legión, bien que reclutada en su mayor parte sobre el territorio de Egipto, bastaba para conservar la tranquilidad en toda la comarca [1].



Bronce del Museo de Nápoles. Cl. Alinari.

PTOLOMEO APION
ALEJANDRINO DEL SIGLO I DE LA ERA VULGAR

Sucedió, pues, que la tierra del Nilo, anexionada sin que hubiera

[1] I. Grafton Milne, *A History of Egypt under Roman Rule.*

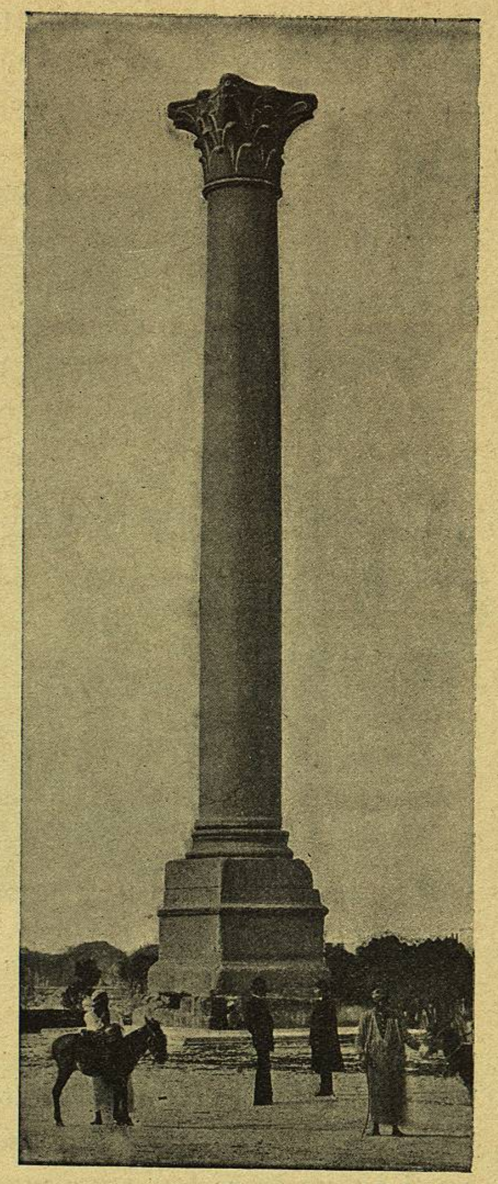
habido necesidad de conquistarla, entró fácilmente como parte integrante en el inmenso imperio mediterráneo, y se dice que, en esta unión política y administrativa, Egipto, gobernado desde mucho más tiempo y con más ciencia, suministró á Roma todo un personal de escribas y de funcionarios. País envejecido, enseñó también la etiqueta á la corte de Augusto, quien, en lugar de copiar á César, prefería tomar por modelo á Alejandro, los Faraones y los reyes de Persia. Roma tuvo también una parte de ciencia por herencia, puesto que el calendario llamado «Juliano» no es sino el de los astrónomos egipcios [1]. El día intercalar atribuído á César estaba ya en uso hacía mucho tiempo en Tebas.

Convertida en potencia marítima bajo la dominación de los Ptolomeos, sobre todo gracias al concurso de las dos islas de marinos, Chipre y Rodas, Egipto, cuya capital concentraba los recursos del país, dirigía, en consecuencia, casi toda su actividad hacia el mar, á cuya orilla se hallaba situada Alejandría. Sin embargo, utilizaba también el largo mar Rojo y el canal que le unía al Nilo; el comercio del incienso, de las gomas preciosas, del oro y el transporte de los elefantes obligaban á los mercaderes á aventurarse fuera del estrecho en los mares de la India y del Africa meridional. Sabido es que Ptolomeo Filadelfo había hecho establecer estaciones comerciales en las costas de los Somalis, pero no hay testimonio preciso que atestigüe que Griegos de Alejandría hayan llegado hacia el Sud y el Este tan lejos como los Fenicios; no renovaron tampoco la audaz circunnavegación de Africa realizada bajo el Faraón Niko.

Al oeste de Egipto, la meseta de la Cirenaica se hallaba demasiado próxima de Alejandría para que no entrase forzosamente en el mismo círculo de atracción. Esta región, que estaba entonces enteramente helenizada, constituye un conjunto geográfico bien delimitado por las olas y las arenas; y á causa de ello, los habitantes trataron varias veces de recuperar su independencia: en este país tuvo origen la leyenda de Anteo, que, levantado por la fuerte mano de Hércules, recobra su vigor en cuanto recae sobre el suelo nutricio. Pero la

[1] J. P. Mahaffy, *The Empire of the Ptolemies*, p. 484.

disparidad de las fuerzas era enorme entre el Egipto de las poderosas flotas, y la pequeña Cirenaica; ésta no pudo, pues, lograr su intento en sus tentativas de rebeldía, quedando vasalla del poderoso Estado; Alejandría se convirtió en su verdadera capital, y hacia el museo de esta ciudad, hacia sus bibliotecas y sus escuelas se dirigieron los Cirenenses, ambiciosos de poder, de fortuna ó de estudio, tales los Calímaco y los Eratóstenes. Pero cuando Egipto cesó de tener la fuerza y el poder de Roma se engrandeció en Occidente, la Cirenaica, solicitada por los dos países, sucumbió naturalmente en beneficio del Estado que tenía á la vez la juventud, el prestigio y los recursos militares. Á pesar de sus protestas de amistad y de su alianza eterna con Egipto, la república romana se anexionó el territorio de Cirene lo mismo que la isla de Chipre: se apoderó de los fuertes destacados antes de atacar la ciudadela misma.



Cl. Bonfils.

COLUMNA POMPEYA EN ALEJANDRÍA

Del litoral de Macedonia á la playa de la gran Sirte, los pequeños pueblos griegos de las islas y de las penínsulas del mar Egeo habían exparcido su influencia y su genio, su lengua y sus artes sobre un enorme contorno de costas. La Propóntide, el Euxino, la Mareótide, los mares de Creta, de Rodas y de Chipre les eran fami-

liares. No había bahía que no hubiesen explorado, ni isla ni promontorio que no hubiesen reconocido; los sentimientos hostiles ó serviles, las inclinaciones guerreras ó mercantiles del menor poblado les eran conocidos; sobre cada sitio propicio habían establecido alguna familia, construído alguna muralla, elevado algún altar. La costa sufrió, en una longitud de miles de kilómetros, el ascendiente de sus



Museo del Louvre. Cl. Giraudon.

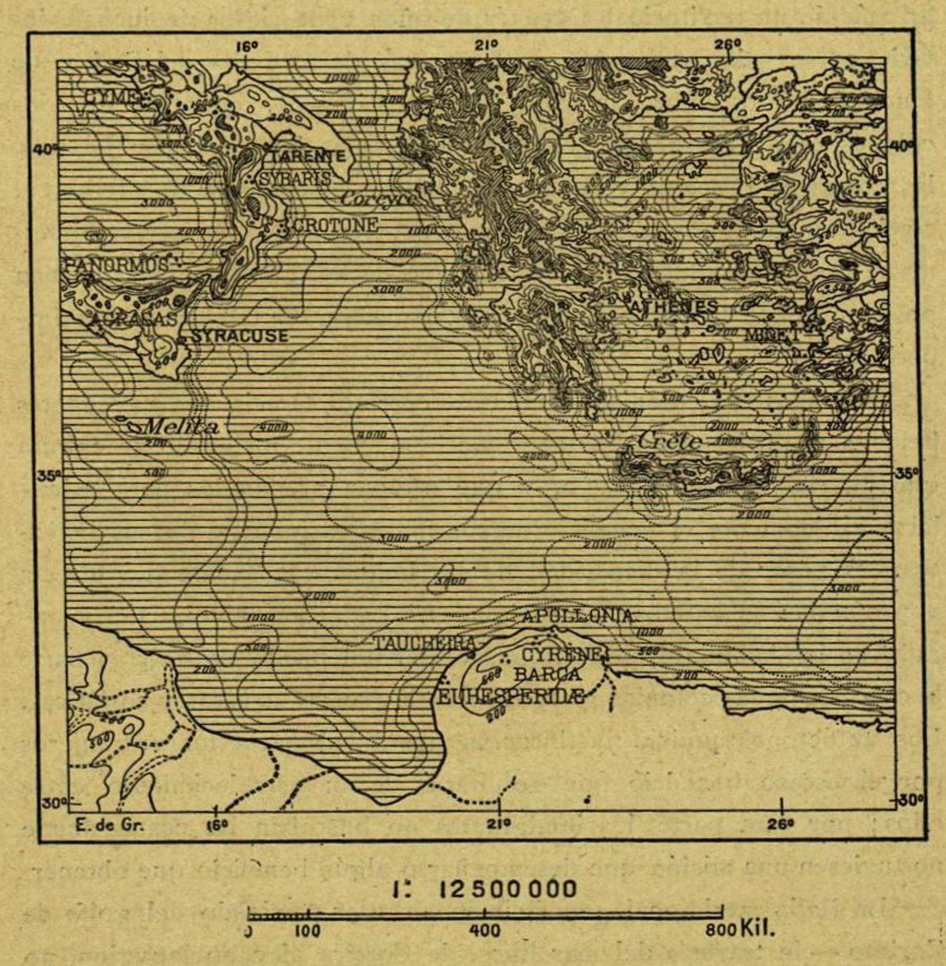
COPA DE POLIFEMO, HALLADA EN CIRENE

poderosas y numerosas colonias y conservó su huella; un territorio les quedó, no obstante, cerrado: los Griegos habían logrado desalojar los Fenicios de todas las posiciones avanzadas que éstos ocupaban anteriormente sobre las costas anatólicas é insulares, pero hubieron de respetar la costa tiria, desde las inmediaciones del golfo de Alejandreta hasta la boca pelusíaca del Nilo.

En todo el Mediterráneo oriental se hallaron los Griegos mezclados con poblaciones residentes con las cuales no tenían punto alguno de semejanza, y su influencia civilizadora sobre el país posterior no

se hizo sentir profundamente sino por intermedio de la conquista macedónica; fué una acción realizada por reyes, gobernadores y soldados, la cual, por consiguiente, se ejerció en pura pérdida: no hubo fusión. Pero indirectamente el efecto del período griego fué duradero: vuelta

N.º 180. Costas griegas del Mediterráneo central.



hacia el Este, la Hélade, como un espejo, reveló el Oriente á sí mismo y dió á los pueblos que le habitaban un sentimiento de cohesión que no habían conocido antes. Si los Helenos fueron englobados en el mundo romano, puede decirse que suscitaron hasta cierto punto una organización contra la cual vino á romperse la potencia itálica en el valle de los ríos gemelos.

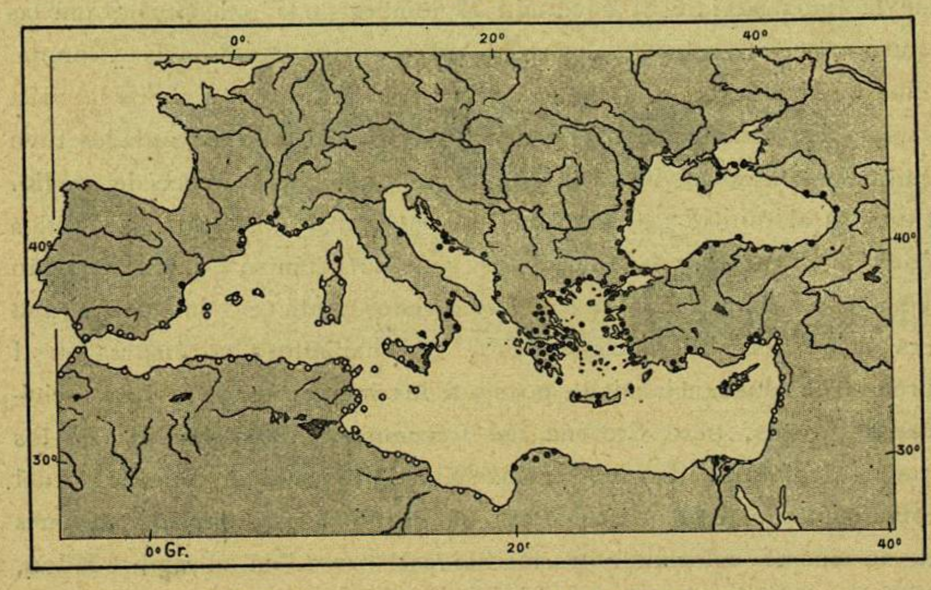
Al occidente de Grecia, la situación respectiva de las potencias marítimas era muy diferente, lo mismo que las relaciones entre colonizadores y autóctonos. Una factoría fenicia se había desarrollado poco á poco en potente imperio, mientras que los Helenos establecían su supremacía sobre las costas orientales, y cuando tomaron á su vez el camino del Oeste, la resistencia cartaginesa limitó su acción en más de un territorio. Después de años y de siglos de luchas, los Griegos se hallaron dueños de las costas de la Italia del Sud y de muchos puntos sobre la costa de los Ligurios, mientras que los colonos semitas costeaban el litoral líbico, las islas del mar Tirreno, las costas de Hispania y hasta más allá de la «pilastra de Melkart», confrontando algunos sitios las mareas del Océano. Las fuerzas opuestas se habían dividido la Sicilia, cada uno de los que llegaban tomaban posición sobre la costa que completaba mejor el circuito de su imperio litoral.

En todas sus colonias situadas al oeste de Grecia, los navegantes helenos se pusieron en contacto con hombres de un grado de cultura que difería poco de la suya, y que estaban preparados para asimilarse rápidamente el beneficio de sus investigaciones y de sus inventos. Á pesar de la disparidad de las lenguas, la acción fué directa y profunda: se hallaban entre iguales. La misma civilización avanzada de los habitantes de la Italia continental puede explicar en parte la carencia de las colonias griegas sobre las costas etruscas y adriáticas. Los autóctonos podían justificar su hostilidad hacia los extranjeros por el escaso beneficio que resultaría de su establecimiento entre ellos; por otra parte, los inmigrantes no buscaban las costas donde no tuviesen una misión que desempeñar ó algún beneficio que obtener.

La Italia meridional, tan fácil de alcanzar partiendo del golfo de Corinto — la travesía del mar libre, de Corcira al cabo Japygion, no era más larga que la que desde Eubea conducía á Chios, Lesbos ó Lemnos, — la Italia meridional, de anchos territorios fértiles, tenía, pues, derecho, por el carácter de sus habitantes y por la naturaleza de sus campiñas, á la denominación de «Gran Grecia», bajo la cual fué mucho tiempo conocida. Su mediación, lo mismo que las enseñanzas ulteriores de los filósofos y de los emigrantes, permitió al pensamiento griego infiltrarse en el mundo romano é impregnarle fuertemente.

Las invasiones dóricas, rechazando ante sí numerosas tribus helénicas, fueron una de las causas principales del desarrollo de la población de la Gran Grecia. Pero el amor de las aventuras y los mil acontecimientos procedentes de la vida inquieta y cambiante de las ciudades helénicas, sobre todo los continuos conflictos entre la aristocracia y el pueblo, determinaron también numerosas emigraciones, y todas las razas griegas se hallaron representadas en la nueva Grecia

N.° 181. Griegos y Fenicios.



° *Ciudades cartaginesas.* • *Ciudades griegas.*

1: 40000000

0 500 1000 1500 2000 2500 Kil.

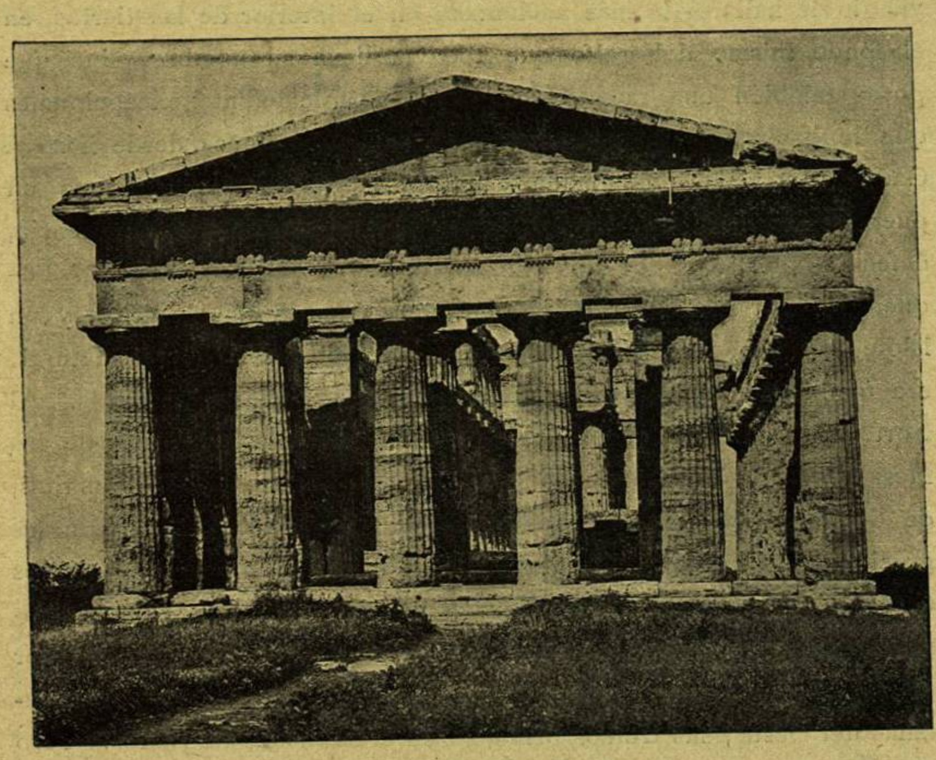
de Occidente. El arte bajo sus diversas formas se desarrolló allí como en la antigua Grecia, y, entre los escasos monumentos de Italia que nos quedan aún de la arquitectura helénica, el templo dórico de Pœstum, la antigua Posidonia, es uno de los tipos que más han servido para fijar las ideas de los sabios sobre las construcciones de los antiguos. Las letras y las ciencias brillaron allí tanto como en Grecia, exceptuando Atenas: hombres como Pitágoras, Empedocles y los Eleates Parménides y Zenón se cuentan entre aquellos que venían á escuchar los alumnos y que dictaban constituciones á las ciudades.

Una primera ciudad, Cumas, á la que las relaciones legendarias dan cerca de treinta siglos de existencia, recuerda la otra Cumas (Cymé) de la costa anatolia; unos aventureros de la Eubea, así como también de Asia, parece que fundaron esta colonia, á la que la elevada cultura de sus habitantes y el misterio de los volcanes, de las solfataras y de los manantiales hirvientes acabaron por hacer santa. Pozzuoli y Nápoles continuaron esta madre griega, y allí nació la Sibila que profetizó el destino de Roma.

Se comprende que el mar en que se bañan las lenguas de tierra de la Italia meridional lleve aún el nombre de «Jónico», porque las ciudades cuyas ruinas se suceden sobre sus orillas, Locres, Crotona, Síbaris, Metaponte y Tarento, conservaron allí durante siglos la bella civilización de Atenas. Sin embargo, cada una de esas ciudades tuvo su carácter especial, determinado por las condiciones directas del medio. Situadas al pie de las montañas que habitaban los Bruttii de bellos cuerpos elegantes y ágiles, Síbaris y Crotona tenían especial empeño y hasta como un honor en formar soldados y atletas; en parte alguna era más apreciada la belleza física. Sus habitantes no disputaban el premio de elocuencia ni de poesía á los habitantes de las otras ciudades griegas, pero Crotona fué frecuentemente la primera en los juegos de fuerza. En una misma Olimpiada los siete vencedores del estadío fueron todos Crotoniatas; un Filipo de Crotona fué, después de su muerte, colocado entre los héroes; otro atleta, el célebre Milon, fué en el siglo VI antes de la era vulgar seis veces victorioso en Olimpia, siete en Delfos, nueve en los juegos némeos y diez en los juegos ístmicos. Después, esas ciudades de los valientes y de los fuertes se hicieron sobre todo famosas por su voluptuosidad, por su afición á los goces groseros, por el cobarde abandono de toda noble iniciativa. Los juegos solemnes de Crotona y de Síbaris fueron el lejano origen de los repugnantes combates de gladiadores que después habían de ensangrentar las arenas de los Romanos [1].

La posición geográfica de Síbaris presentaba ventajas excepcionales, puesto que la ciudad, situada al borde de una rada parcialmente resguardada, ocupa la salida de un valle que se ramifica á lo lejos

[1] Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, p. 30.



TEMPLO DE NEPTUNO EN PŒSTUM — Cl. Brogi.

en las montañas por valles fértiles y que se prosigue hasta en la proximidad de la costa tirrena; en realidad Síbaris estaba en la extremidad de un dintel de paso á través de la península italiana, y, gracias á esta posición, había podido llegar á ser un depósito para el tráfico de la costa occidental, Cumas, Pozzuoli y Nápoles. El estrecho terrestre de Síbaris gozaba de ventajas análogas á las del estrecho marítimo de Mesina, y permitía á muchos traficantes evitar una larga y penosa navegación litoral alrededor de la punta extrema de Italia, contra la cual chocan violentamente los vientos y las corrientes hostiles.

Los aluviones del Crati, ayudados por la maldad de los hombres, han hecho desaparecer los vestigios de la antigua ciudad comercial; pero del otro lado del golfo, Tarento, que estuvo también expuesta á las guerras y á los asaltos, ha sobrevivido, no obstante, gracias á ventajas locales que le hacen renacer después de cada desastre. No sólo tenía Tarento sobre todos los puertos de la Gran Grecia el pri-

vilegio de hallarse la más adelantada en el interior de las tierras, en el fondo mismo del golfo que todavía lleva su nombre, sino que posee también una rada y un puerto completamente excepcionales que le hacían famoso en el mundo de los marinos, desde Tiro á Gades. La rada denominada «Mar Grande» es por sí misma un puerto, lago circular de más de veinte kilómetros de circunferencia, defendida del mar por dos puntas de tierra y dos islas; el «Pequeño Mar», separado del «Grande» por una flecha de arena y un islote calcáreo, en otro tiempo accesible por una puerta natural, era también suficientemente extenso para recibir grandes flotas. Al Norte, al Este y al Sudeste se extienden las bellas campiñas de los Mesapios y de los Apulianos y se abren los valles de los Samnitas, de donde procedían en abundancia los géneros de cambio con las preciosas mercancías de Oriente, aportadas por los Fenicios y los Griegos: de ese modo Tarento había llegado á ser el más rico depósito de toda la península italiana, y por su dinero, lo mismo que por sus armas, había subyugado numerosas tribus guerreras en las montañas del Oeste; sus trofeos brillaban en el santuario de Delfos. Pero el mismo orgullo atrajo su desastre, puesto que llegó un día en que osó medirse con Roma, que llegó á ser poderosa á su vez. Sus murallas fueron arrasadas y sus habitantes vendidos como esclavos; la arena se depositó en la boca del puerto y los gamones germinaron en medio de las ruinas.

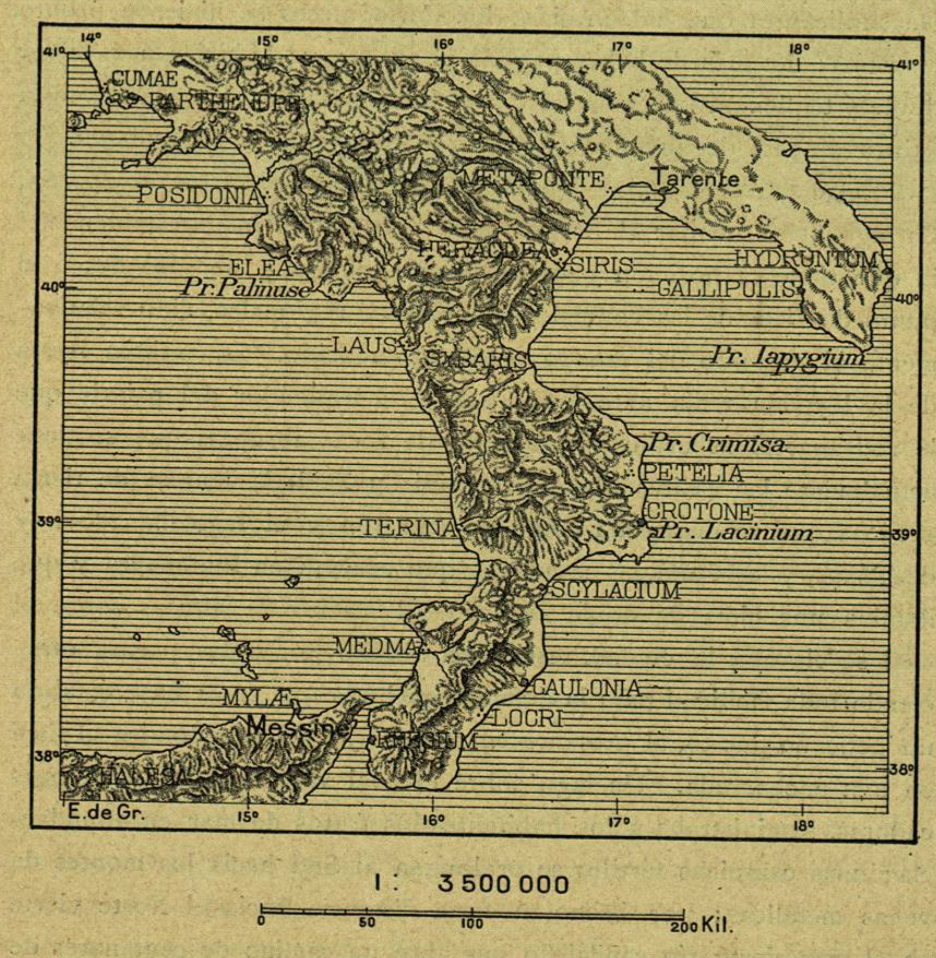
* * *

Entre las Tiro y las Sidón nuevas, que hallando ya el sitio ocupado por los Griegos en el Mediterráneo oriental, habían surgido más al Oeste, ninguna, ni aun la antigua Utica, gozó de un medio tan favorable como Cartago, Karl-Khadachathon, la «Nueva Fortaleza» por excelencia, para desarrollarse en una poderosa individualidad política y crearse un vasto imperio de explotación comercial. Á este respecto, la hija excedió á la madre, Cartago fué más grande que Tiro.

Venidos primeramente como huéspedes al país de los Libios, hace quizá veintisiete siglos, en una época en que los Griegos no poseían

aún poderosas colonias en el Mediterráneo occidental y en que Roma no existía, los colonos fenicios debieron comenzar por manifestarse muy humildes, muy pequeños, como conviene á los débiles, y la leyenda nos les muestra al principio implorando de los propietarios

N.º 182. Gran Grecia.

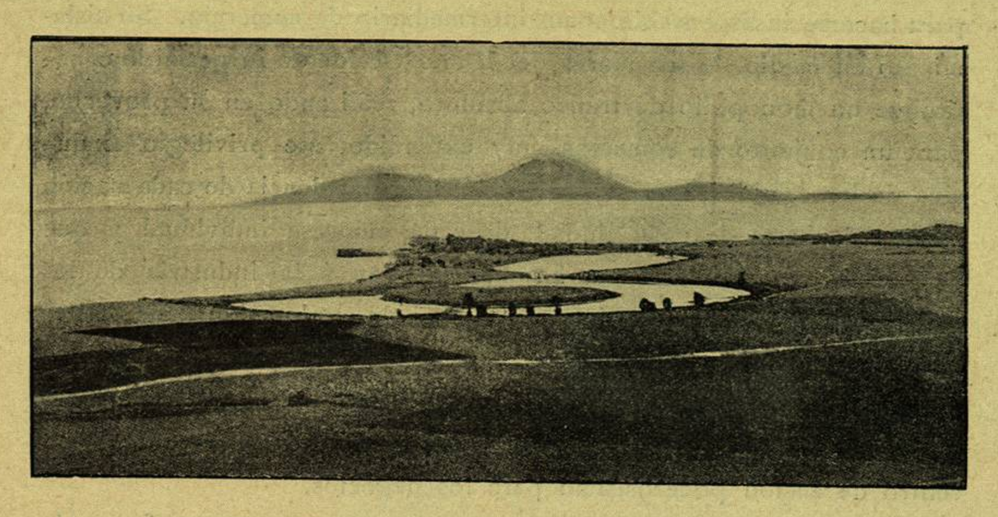


de la comarca la concesión de un simple pie de tierra, del espacio que pudiera cubrir una sola piel de buey ó que pudiera circunscribir una estrecha tira cortada de esa piel; un equívoco involuntario, como los que ocurren siempre entre pueblos que hablan lenguas diferentes, explica así el nombre de Byrsa, que, en púnico, no tiene otro sentido que el de «Ciudadela».

Pero esos marinos, partidos del lejano Oriente, eran á la vez portadores de mercancías preciosas, de objetos brillantes que agradaban á los pueblos semibárbaros de la comarca, y de una civilización hereditaria que les hacía muy superiores á sus nuevos vecinos por los conocimientos, el ingenioso empleo de los recursos de la Naturaleza y el funesto genio en el arte de gobernar los hombres. De suplicantes que habían sido, los Cartagineses se hicieron pronto los amos; después de haber pagado el tributo, se le hicieron devolver doble y triple: pronto excedieron los límites marcados por la supuesta «tira» de piel de buey y conquistaron todo el país circundante.

Entre tantas colonias fenicias fundadas lejos de la madre patria, Cartago debía ocupar el primer lugar, porque es incontestablemente la que tiene la posición geográfica más ventajosa, no sólo desde el punto de vista de las condiciones locales y regionales, sino relativamente al conjunto del mundo entonces conocido. La antigua Byrsa de la leyenda tenía ante todo para sí el esplendor del paisaje que le rodeaba, el soberbio promontorio de rocas abruptas que sostiene actualmente las casitas blancas de Sidi bu Said, la lengua de tierra verdosa que se desarrolla como un cinturón y el lago llamado hoy de Túnez, y más allá las montañas que azulean en lontananza y que domina una cima de doble cuerno. El macizo de alturas sobre el cual se elevaba la ciudad, está bien aislado por todas partes, ofreciendo toda facilidad para la defensa, mientras que en la base se abría un pequeño puerto, al presente enarenado, y que se redondea al Este en una ancha rada. Un lago sobre el cual volteaban las aves pescadoras, suministraba á los habitantes los frutos de mar en abundancia; unas campiñas fértiles se prolongan al Sud hacia los montes de venas metálicas; por último, á corta distancia hacia el Norte vierte en el mar cierto río caudaloso que abre un camino de centenares de kilómetros en desarrollo hacia las mesetas herbosas del interior.

Lo expuesto concierne á las ventajas inmediatas; pero en sus relaciones con el conjunto de las regiones mediterráneas, Cartago es ciudad todavía mucho más privilegiada. La parte de la Mauritania que ocupa está precisamente situada en el ángulo de la gran isla montañosa comprendida entre el Mediterráneo, el Océano y el Sahara, y esta posición, como vigía sobre uno de los cabos angulares, domina



PUERTOS DE CARTAGO, EN LONTANANZA LA MONTAÑA DE LOS DOS CUERNOS [1]

la vía de navegación por donde forzosamente han de pasar los marinos que van de uno á otro de los grandes lagos del mar interior: hacia Cartago gobernaban los navíos para tomar el viento que, sobre los mares lejanos, les conducía al puerto: la ciudad púnica se hallaba, pues, en el punto mejor situado de todos como punto de cita y de cambio, si no en el centro geométrico, al menos en el verdadero medio geográfico del Mediterráneo. Y las ventajas que poseía Cartago para el tráfico de las mercancías, las poseía también por la vigilancia celosa de los mares y por la dominación de las costas poco lejanas en las islas y en la tierra firme. Por un fenómeno de gravitación natural, la mayor parte de los puertos de la Mauritania y de la Hispania oriental, las Baleares y las costas de las grandes islas, Córcega, Cerdeña y Sicilia cayeron en poder de los mercaderes ó de los corsarios cartagineses.

Aventurados tan lejos del lugar de origen, en medio de poblaciones tan diferentes por el lenguaje, las costumbres y la concepción de la vida, los colonos fenicios establecidos en Byrsa no podían lograr su objeto sino á condición de formar un cuerpo político muy compacto y solidario, capaz de resistir los ataques del exterior por la unión perfecta de todos sus elementos interiores, y bastante hábil

[1] Grabado tomado del *Pays du Bey*, Juven, editor.

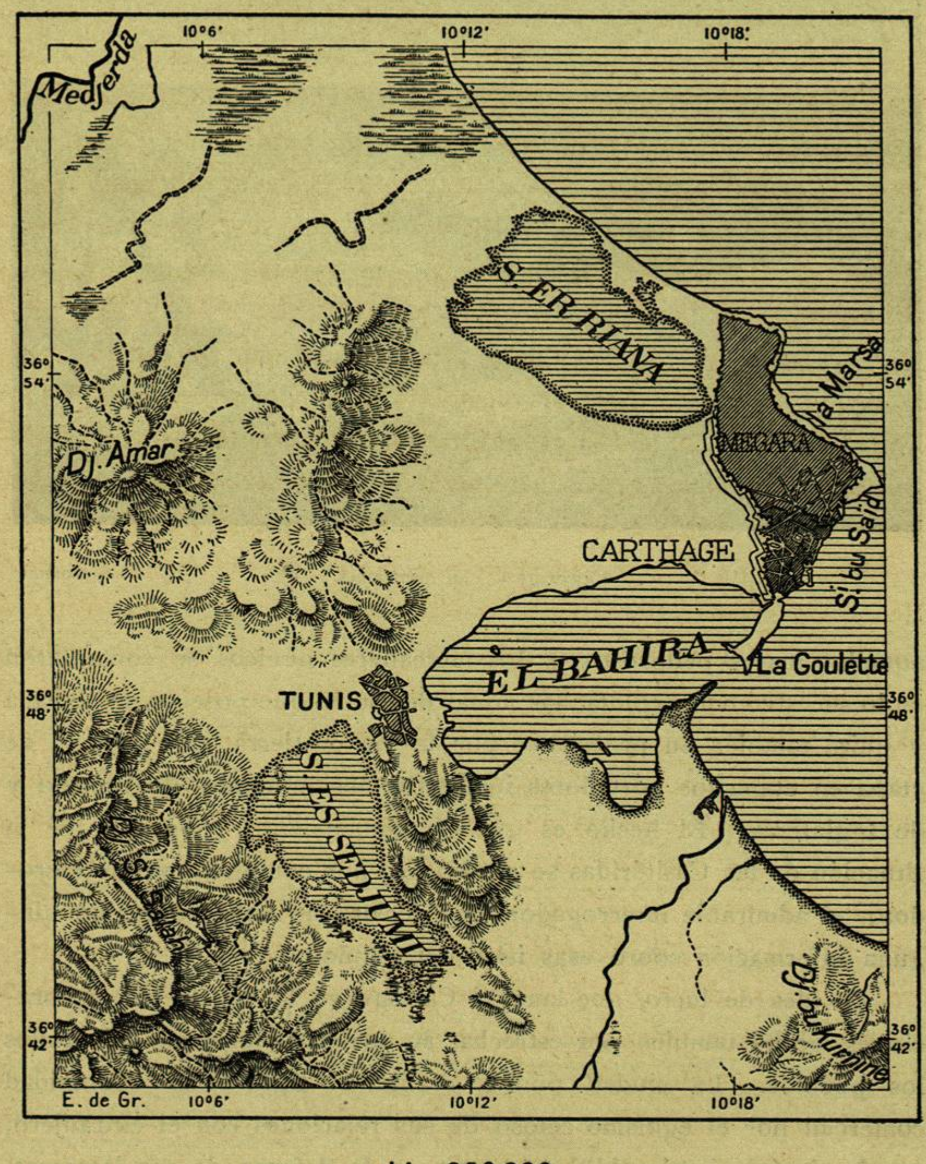
para hacerse indispensable como intermediario de comercio. Su aislamiento en medio de los mares del lejano Occidente le permitió constituirse un monopolio de tráfico absoluto, realizando en su provecho, para un conjunto de comarcas muy extendido, ese privilegio exclusivo de los cambios, que es la ambición por excelencia de cada nación comercial, hasta de cada ciudad, de cada empresa individual y que en nuestro mundo moderno ha dado origen á la industria de los privilegios de invención y á los sindicatos de explotación. Verdad es que las ciudades griegas Atenas, Corinto, Egina y Siracusa habían tenido esa misma ambición, pero tuvieron que sufrir la gran concurrencia de ciudades vecinas, y Cartago las excedió ciertamente como centro de acción poderosísimo para los negocios.

Gracias á su posición geográfica mucho más avanzada en la dirección del Oeste, Cartago reemplazó sobreponiéndose á la madre patria de la costa fenicia, como centro de comercio para el Mediterráneo occidental y para la puerta del Océano. Tomó la mayor parte de las colonias sirias y fundó otras nuevas, entre ellas la «Nueva Cartago» ó Cartagena, que, desde aquella época, no dejó de ser una ciudad importante. Por último, se entregó igualmente á empresas de descubrimiento para ensanchar su territorio de tráfico, y quizá también para satisfacer la curiosidad de sus naturalistas y sabios. Así fué como, hace más de veintitrés siglos y medio, la ciudad comercial hizo partir para la costa occidental de Africa toda una flota de sesenta barcos de cincuenta remeros, llevando, dicen, treinta mil tratantes y colonos. Esta expedición, mandada por un gran navegante, Hannon, parece haber pasado los cabos extremos que, dos mil años después, detuvieron por tanto tiempo á los marinos portugueses, pero no pasó más adelante de los parajes actuales de Sierra Leona, detenida quizá por la falta de víveres, la fatiga y la mortalidad de las tripulaciones [1]. Hannon hubo de contentarse con el estéril honor de erigir un estelio en un templo y de hacer grabar en él la relación de su periplo africano. En la misma época, Hamilcon, otro navegante de Cartago, se aventuró á través de los mares tempestuosos de la Europa occidental para ir á visitar las islas Casitéridas;

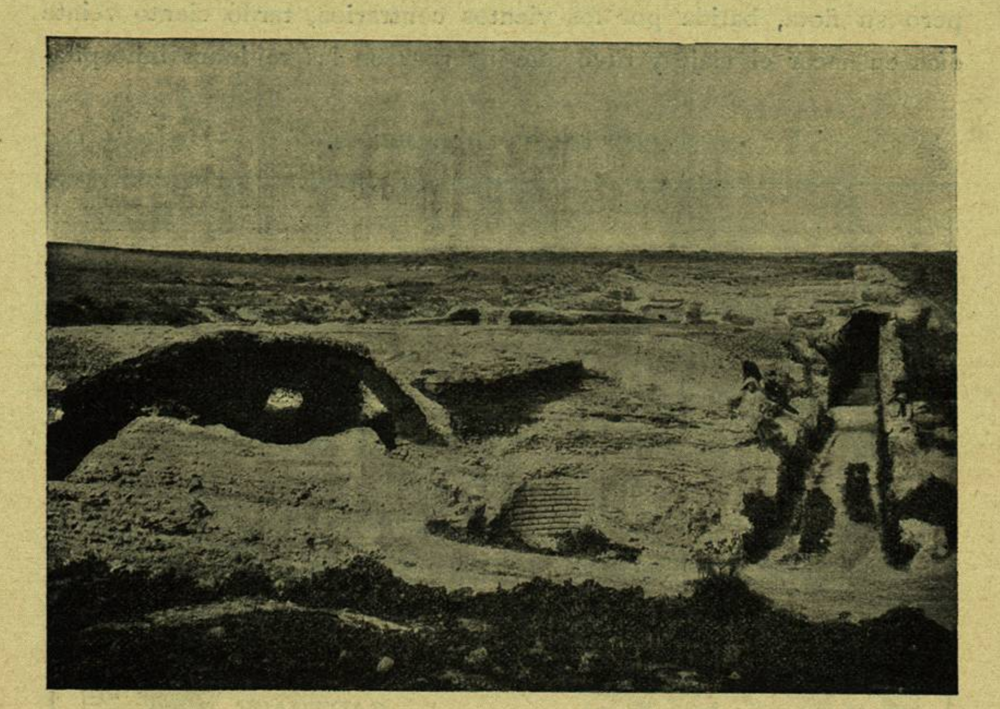
[1] Bunbury, *History of ancient Geography*.

pero su flota, batida por los vientos contrarios, tardó ciento veinte días en hacer el viaje y tuvo que invernar en las regiones inhospita-

N.° 183. Cartago y sus inmediaciones.



larias del Norte. Los peligros de la expedición parece que desanimaron á los Cartagineses, porque Hamilcon no tuvo sucesores en



CARTAGO — LAS CISTERNAS Cl. Sommer

aquellos mares peligrosos, y los mercaderes púnicos se contentaron en lo sucesivo con explotar las minas de estaño que poseían en España y quizá también en procurarse por la vía de tierra, que seguían de etapa en etapa los portadores indígenas, los minerales de Bretaña y de Inglaterra. El hecho es que el conocimiento geográfico de la situación de las Casitéridas se perdió casi por completo, y que Herodoto, el admirable interrogador, nos declara no haber obtenido ninguna información sobre esas islas del estaño [1].

La idea de lucro, que lanzó á Cartago en la vía de las exploraciones, acabó también por estrechar su territorio, enajenándole todos los pueblos. La ciudad púnica realizó el tipo de la comunidad comercial por el egoísmo celoso de sus relaciones con el extranjero, por la tirantez implacable que ponía en la defensa de sus intereses, por la perfidia de sus combinaciones con la mira de la ganancia, por la crueldad del tratamiento que infligía á los vencidos de quienes no

[1] Libro III, 115. — N. Sieglin, *Entdeckungsgeschichte von England*, «Geographisches Congress zu Berlin», 1899.

N.º 184. Imperio Cartaginés.



La relación del periplo de Hannon, que se remonta á unos 2400 años, nos ha sido conservado. La colonia más lejana fundada por esta expedición fué la de Cerne. Durante mucho tiempo se había creído identificar este punto con una pequeña isla en la bahía de Arguin, pero el Dr. C. Müller (*Prolegomena*) llamó la atención sobre un islote situado en la desembocadura del Río de Oro y que antiguos mapas franceses llaman Herné; su posición, por otra parte, concuerda muy bien con el texto de Hannon.

tenía necesidad. Verdad es que su historia nos ha sido referida por enemigos y que entra en ella seguramente una parte calumniosa; pero las mismas condiciones de su medio, las de un monopolio y de

una dominación absoluta requerían que el carácter cartaginés se desarrollase en el sentido de una aspereza cruel. Lo que les hizo sobre todo odiables á los ojos de las poblaciones circundantes, fué que los colonos fenicios habían conservado de su culto hereditario la práctica de los sacrificios humanos en todas las graves coyunturas en que se trataba de la salvación pública. Sobre este punto los testimonios de la Antigüedad están de acuerdo: el padre escogía su hijo para derramar una sangre agradable á las terribles divinidades. Resultado de ello fué que llevada la guerra al Africa, cuando los Romanos conocieron su acceso, se redujo en seguida el imperio de Cartago al recinto de la ciudad, de tal modo era detestado su yugo [1].

Los pueblos sometidos á Cartago habían de temer tanto más la dureza de su poder, cuanto que la misma comunidad púnica era gobernada por una aristocracia á la que los intereses de clase hacían irresponsable: era la casta del alto negocio, autorizada de antemano para todo género de atentados por su espíritu de corporación. La leyenda que nos habla de una reina Elisa ó Dido estableciendo los primeros colonos fenicios sobre la colina de Byrsa, se funda quizá sobre una parte de verdad, en el sentido de que el régimen político de Cartago, imitado del de la metrópoli, á la cual pagaba todavía el diezmo, tuvo primeramente un carácter monárquico; pero en la época en que la historia comienza á ser casi distinta para el nuevo Estado, se le ve constituído en una república de ricos, muy análoga por su régimen y su funcionamiento á aquella república de Venecia, que mil quinientos años después había de desarrollarse en condiciones comerciales muy semejantes á las de Cartago. Esta constitución representa un acontecimiento de la más alta importancia en la historia política del mundo, el nacimiento de una república consciente, formada por un grupo de ciudadanos bien convencidos de su valor personal, bastante independientes por naturaleza y habituados además al respeto ajeno, para negarse, por una parte, á la dominación de un amo, y por otra, para acomodarse á la discusión de los intereses comunes en asambleas de iguales. Evidentemente esta revolución no pudo cumplirse sobre la tierra africana sino por efecto de la evolución ya efectuada

[1] Michelet, *Histoire romaine*, p. 182.



Cl. J. Picard y C.ª, Túnez.

CARTAGO — NECRÓPOLIS PÚNICA CON POZOS Y MOBILIARIO FÚNEBRE
IV SIGLO ANTES DE J. C.

en la mente de los inmigrantes tirios. El hijo no maduraba en sí más que los gérmenes transmitidos por sus abuelos. Así es como, por un fenómeno análogo, las monarquías de Europa dieron nacimiento á las repúblicas del Nuevo Mundo.

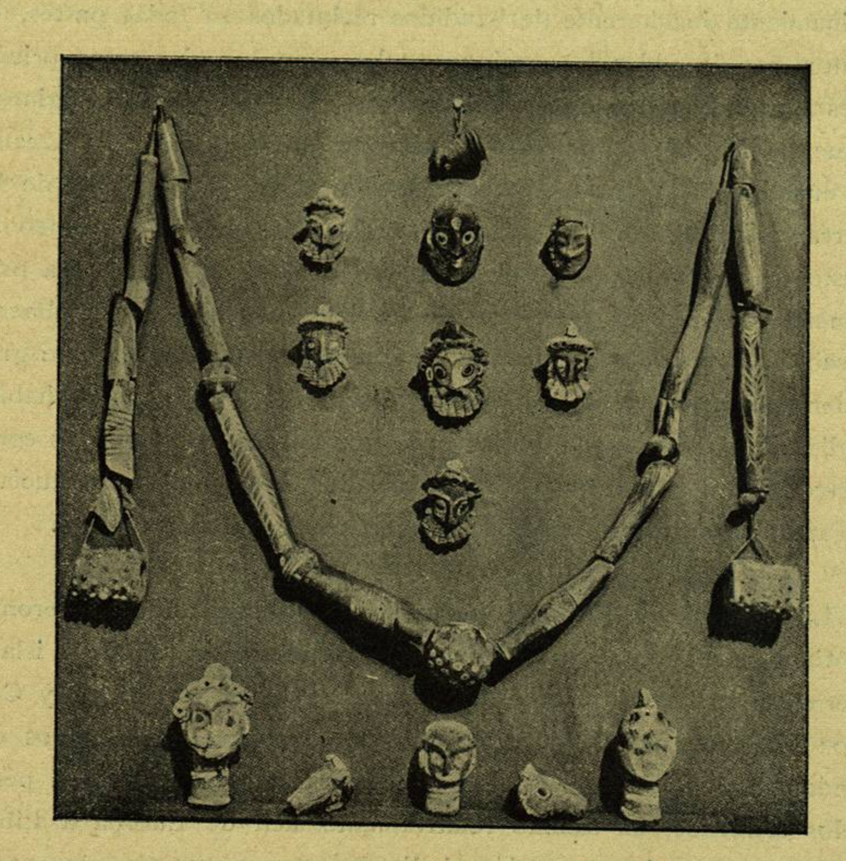
Un Senado, cuyos miembros tenían asiento en él por derecho de herencia, dirigía los negocios de la República y confiaba la ejecución de sus voluntades á dos sufetas, especie de cónsules que designaba por una temporada más ó menos larga y que quedaban siempre responsables ante él. Nombraba también los sacerdotes y los generales, escogiéndolos en el estrecho círculo de las familias patricias. El poder, en sus diversos órganos, no pertenecía sino á un corto número de individuos; no obstante, el crecimiento enorme de la ciudad y de su dominio de conquista obligó al Senado á adjuntarse un «Consejo de los Ciento» (ó ciento cuatro) que dió al gobierno más amplio fundamento en la burguesía comerciante. Ante todo, esas gentes de negocio, astutas, que trataban la política desde el punto de vista de los intereses de dinero y que decretaban las expediciones de guerra en vista del pillaje ó del aumento de rentas, no delegaban impruden-

temente sus poderes, y hacían acompañar por uno de los suyos, ó por varios representantes, á los generales que partían para una expedición lejana, y les sometían á una vigilancia de todos los instantes, interviniendo todos sus actos para mostrar á las tropas que los jefes de guerra no eran los verdaderos amos, y que toda sanción venía de ese misterioso Senado anónimo, que allá, en la divina Cartago, disponía del dinero, de las tropas de refuerzo y de las municiones de guerra.

Aunque los generales fuesen casi siempre escogidos en las mismas familias y que varios entre ellos alcanzasen la más alta popularidad, no hay ejemplo de grandes capitanes cartagineses que embriagándose en su propia gloria, rompiesen el lazo moral que les unía á la madre patria. En cambio se citan numerosos casos de intervención violenta de la República para deponer los generales que habían incurrido en desagrado, castigarlos con el destierro ó someterles á la tortura; hasta se vió un jefe desgraciado, Hamilkron, á quien la peste y otros desastres imprevistos destruyeron su ejército, presentarse con el resto de sus tropas ante el Senado y el pueblo de Cartago y darse solemnemente la muerte en sacrificio al Destino.

Si la posición geográfica de Cartago en el continente de Libia quedaba garantida de ese lado contra todo ataque verdaderamente peligroso de las poblaciones vecinas, su imperio comercial, exparcido sobre las costas y en los mares de Europa, presentaba mucho menos seguridad: pequeñas islas como las Baleares ó simples factorías como existían á todo lo largo de las costas de la Mauritania occidental y de España, se conservaban fácilmente bajo la dirección de los mercaderes cartagineses; pero no sucedía lo mismo con las grandes islas como Córcega, Cerdeña y Sicilia, comarcas de individualidad precisa que representaban cada una un territorio comparable al del dominio libio de Cartago. Allí las mismas poblaciones podían rebelarse, caer en masa sobre las factorías púnicas, aliarse en caso de guerra extranjera con un enemigo de los Cartagineses, y en ese caso, hubiera sido necesario para la fortaleza de Cartago que tuviera el mar por aliado, que las aguas y las brisas le fuesen siempre clementes; ¡y cuántas veces, á pesar de la ciencia náutica de sus pilotos, las tempestades dispersaron sus barcos, la calma y los vientos hostiles retrasaron sus

flotas é hicieron llegar demasiado tarde sus tropas de desembarco para dispersar á los sitiadores de una ciudad ó para salvar un reino aliado! Cartago no tenía un trono bastante poderoso para conservar con firmeza sus conquistas marítimas: carecía de fuerza para luchar contra lo imprevisto de las olas, y el crecimiento de sus posesiones



AMULETOS PÚNICOS [1]

de ultramar disminuía proporcionalmente sus fuerzas en vez de aumentarlas. Ni siquiera pudo impedir que los mercaderes griegos penetraran en Bética desde el siglo VII antes de la era vulgar, ni después en distintos sitios en Mauritania [2].

La situación geográfica de Cartago tenía otra consecuencia, la de impulsar la República á reclutar su ejército entre los mercenarios.

[1] Grabado tomado del *Pays du Bey*, Juven, editor.
[2] E. Lefébure, *La Politique religieuse des Grecs en Lybie*, «Bulletin de la Société de Géographie d'Alger».

Los Cartagineses propiamente dichos, que constituían una «santa compañía», habían de encontrarse en una minoría ínfima, y hasta los súbditos inmediatos del Estado púnico, los Africanos de la Byzacena y otras provincias próximas no representaban en la mayor parte de las expediciones guerreras sino la menor parte de las tropas: un hacinamiento incoherente de bandidos reclutados en todas partes, de aventureros de todas las naciones, tales eran los elementos principales de que estaban obligados á servirse los generales cartagineses y que podían, al menor fracaso, volverse en su contra, si la causa del enemigo les parecía ofrecer alguna ventaja. La relación de las guerras púnicas sobre las costas y en las islas del Mediterráneo ha puesto de manifiesto más traiciones que operaciones de guerra propiamente dichas. El gran arte de los jefes consistía principalmente en saber comprar los hombres y en retenerlos. Verdad es que gran número de servidores del ejército ó remeros de las galeras no habían vendido directamente su libertad, sino que habían sido pagados como esclavos á los tratantes; eran desgraciados á quienes se conducía á latigazos, pero que no eran más seguros que los mercenarios.

Las guerras de Sicilia, que duraron doscientos años, pusieron á los Cartagineses en contacto con las ciudades griegas de la isla y determinaron después el choque que se produjo entre Roma y Cartago: allí era, pues, donde habían de resolverse los destinos del mundo. Sicilia, tierra central del Mediterráneo, que ofrece, á pesar de los estrechos, un camino relativamente fácil de Europa á Libia, estaba, por su misma posición, indicada como punto de encuentro; era el campo cerrado donde se decidiría en pro ó en contra de Roma el problema del dominio sobre todas las comarcas ribereñas del mar Interior. De lo alto del cielo, el cráter del Etna, iluminando á la vez los dos mares, el de Occidente y el de Oriente, marcaba el lugar sagrado donde los dioses habían de pronunciarse entre los competidores al imperio universal.

Además de las ventajas muy excepcionales que su posición daba á Sicilia, tenía la fecundidad de sus campiñas para atraer los colonos y fijarlos á su suelo. Las vertientes del Etna, con las cenizas penetradas de la humedad de las nieves derretidas, forman un inmenso

jardín circular, y bajo los bosques de castaños, las llanuras y las mesetas del interior se desarrollan en un campo de trigo continuo. De ese modo Sicilia, aun más que Chipre y que Creta, fué considerada como el lugar de nacimiento de Demeter, la «Divina Madre», y la cima más alta de los montes que dominan Mesina, en el ángulo nor-oriental de Sicilia, lleva todavía el nombre de la diosa *Dinna mare* ó Antinnamare. La leyenda itálica atribuye á los Sículos la invención de la agricultura. Lo que los Tracios fueron para Grecia, lo fueron los Sículos para Italia, á la cual dieron los cereales y la hoz, denominada por ellos *sicula* ó *secula;* quizá fueron ellos los introductores del dios de las siembras y de las cosechas, del dios porta-guadaña: *Falcifer Saturnus* [1].

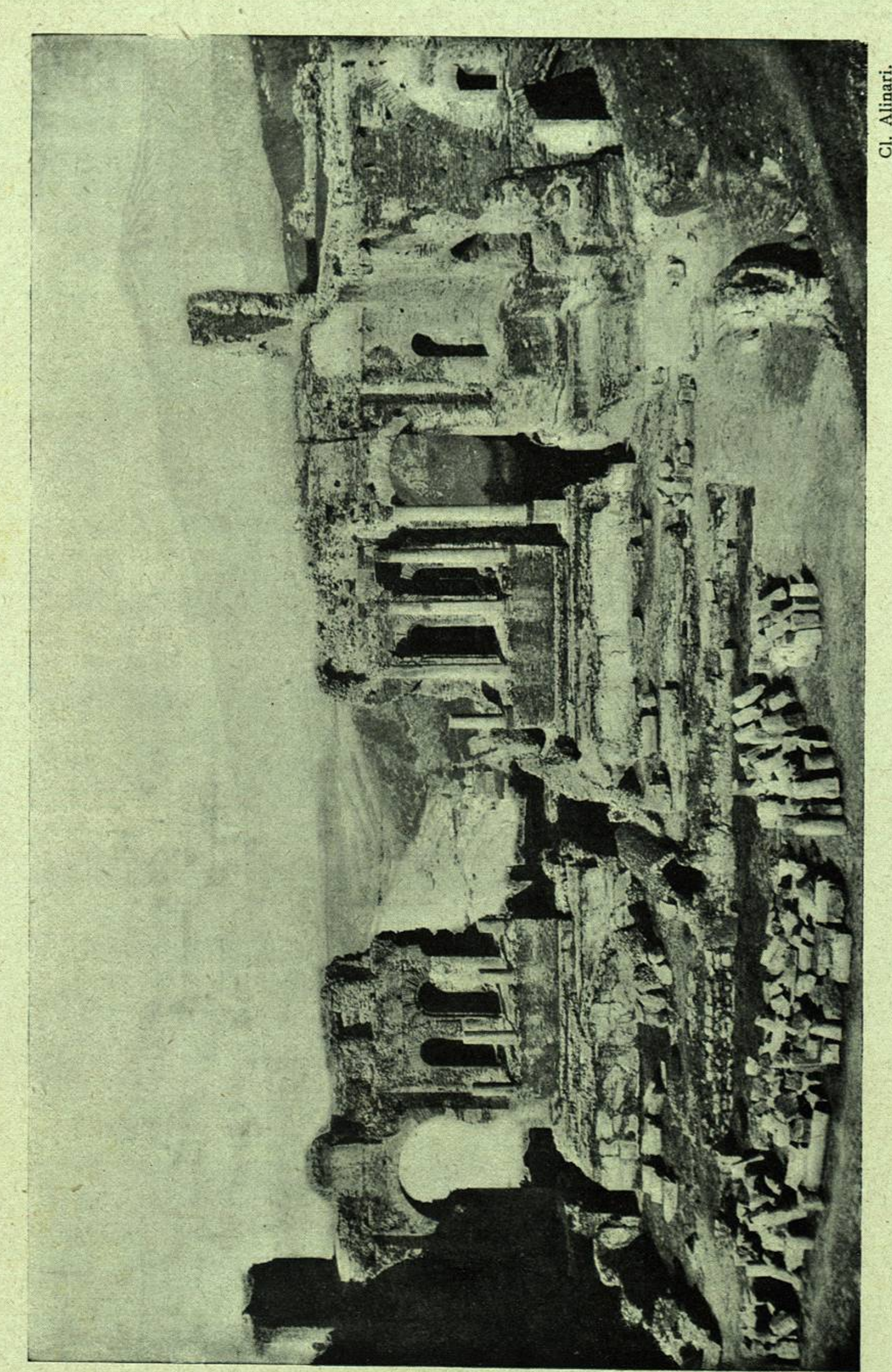
En la época en que los primeros colonos griegos, hace más de veinticinco siglos, habían desembarcado en Sicilia, casi toda la isla se hallaba en posesión de los Sikeles ó Sículos, que los historiadores arqueólogos consideran de común acuerdo como nación inmigrada de Italia y probablemente pariente muy próxima de los Latinos, á juzgar por las palabras que introdujeron en la lengua helénica de Sicilia [2]. Esos conquistadores, establecidos en el país á lo menos cinco ó seis siglos antes, habían rechazado á los primeros aborígenes, los Sicanes, en la dirección del Oeste, así como á su vez, fueron rechazados al centro de la isla cuando las colonias helénicas se establecieron sobre el litoral: no quedó de la antigua dominación de los Sículos más que el nombre de «Sicilia» dado á la isla «triangular» ó Trinacria. Demasiado débiles á pesar de su número para que pudieran aceptar la lucha contra invasores que disponían de armas de bronce y de hierro, los Sículos se retiraron sin haberles opuesto gran resistencia, y más de dos siglos se pasaron antes que estallara una tentativa de reivindicación nacional contra los Griegos en el interior de Sicilia. En aquella época, un tal Duketios, aprovechándose de las disensiones que la diversidad de los intereses había suscitado entre las repúblicas griegas, jónicas y dóricas, trató de fundar un reino sículo: la capital del nuevo Estado se colocó bajo la protección de los dioses nacionales, en la cavidad de un cráter hundido que se abre no lejos del

[1] André Lefèvre, *L'Italie antique*, p. 9.
[2] G. Perrot, *Revue des Deux-Mondes*, 1.º Junio 1897.

lago de Pergusa, hacia la mitad de las llanuras orientales. Pero intentó una obra demasiado elevada, y fracasó, y desde aquella época los Sículos, gradualmente asimilados por los dominadores helenos, acabaron por creerse ellos mismos de origen helénico. Todos los monumentos del país sículo, que datan de los últimos siglos de la dominación griega, no tienen nada que les distinga de los del litoral de Siracusa y de Agrigento. Los Sículos tienen monedas griegas y hablan la lengua de sus amos. Por otra parte, éstos aceptan las leyendas locales, incorporan las lenguas indígenas á la suya propia, transportan Demeter al lugar de alguna divinidad local en la llanura de Enna y enseñan el punto en que Proserpina desapareció bajo tierra arrebatada por la sombra de Plutón.

Así mezclados con pueblos que, relativamente á ellos, podían ser considerados como aborígenes, los Griegos disponían evidentemente de una gran fuerza de resistencia contra los mercaderes cartagineses, acompañados de sus mercenarios y de sus esclavos. Unidos entre sí, hubieran rechazado fácilmente todo ataque, pero sucedió frecuentemente que unos tiranos de ciudades griegas apelaron á los Punios para que les ayudaran contra una república vecina ó contra sus propios súbditos. En estas condiciones, Cartago no podía apenas cumplir en Sicilia más que una obra de destrucción. Como dice el arqueólogo Dennis, los Griegos han dejado las admirables ruinas de Segeste (Egesta), de Siracusa y de Agrigento, mientras que los testimonios más elocuentes de la dominación cartaginesa son los sitios desolados donde se elevaban Himera y Selinus. Sin embargo, las generaciones de razas y de lenguas diversas no pueden permanecer en contacto durante siglos sin que se produzcan mezclas y que las civilizaciones respectivas se acerquen por costumbres é ideas comunes. Sobre todo al oeste de Sicilia, donde la dominación cartaginesa estuvo más sólidamente establecida, los tipos presentan rasgos evidentemente púnicos, y muchas leyendas y muchas supersticiones retrotraen los historiadores hasta el dios Melkart, hasta la diosa Astarté.

Por otra parte, la influencia helénica había penetrado con bastante profundidad en todas las sociedades del mundo mediterráneo para que Cartago aceptase de sus rivales helénicos nociones de ciencia y

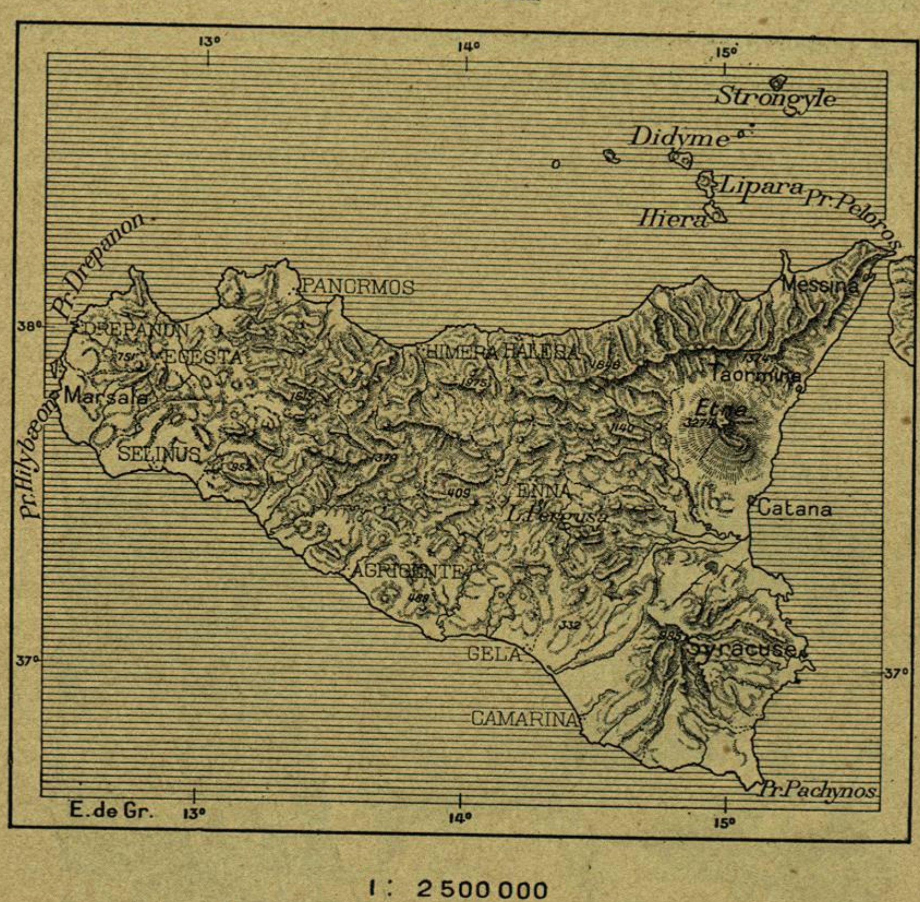


Cl. Alinari.

TAORMINA — RUINAS DEL TEATRO GRIEGO — AL FONDO, EL ETNA

prácticas nuevas: así las monedas cartaginesas se conforman con el tipo griego [1].

Si el conflicto de las dos civilizaciones mediterráneas hubiera seguido su curso normal sin ser interrumpido por elementos extraños, es



N.° 185. Sicilia.

probable que una civilización greco-púnica, análoga á la que se produjo después en la misma isla bajo la influencia combinada de los Árabes y de los Normandos, se hubiera desarrollado en Sicilia; pero á los conquistadores anteriores, Sicanes y Sículos, Griegos y Cartagineses, viene á juntarse otro pueblo competidor con todo el empuje de su

[1] Eduard Mayer, *Die wirthschaftliche Entwickelung des Altertums*, p. 19.

fuerza y de su juventud guerrera, el pueblo romano. Dueños ya de la Grecia italiana, debía encontrar una ocasión favorable para atravesar ese estrecho de Sicilia, tan poco ancho que sus caballos podían franquearle á nado. La ocasión se presentó: unos mercenarios italiotas, legionarios rebeldes guerreaban en Sicilia, el ejército regular no tuvo más que seguirles. Así fué como los Romanos se mezclaron en el conflicto entre los Griegos y los Cartagineses. Un nuevo ciclo de la historia iba á comenzar.



ROMA: NOTICIA HISTÓRICA

El texto da las fechas que es posible aventurar sobre los movimientos de los pueblos que se fijaron en Italia. Los informes siguientes están expresados en era de Roma — *ab urbe condita* —, cuyo punto de partida se ha fijado en 753 antes del principio de la era vulgar.

He aquí la cronología de los REYES DE ROMA, lista clásica pero sin autenticidad: Rómulo 0-38, Numa Pompilio 38-81, Tulio Hostilio 81-105, Anco Marcio 105-137, Tarquino el Antiguo 137-175, Servio Tulio 175-219, Tarquino el Soberbio 219-244, cuya caída coincide cerca de un año con la de Hippias en Atenas.

Durante los doscientos años siguientes se desarrollaron las luchas entre PLEBEYOS Y PATRICIOS: retirada de los plebeyos al Monte Sagrado 259, leyes de las Doce Tablas 304, los plebeyos ricos obtienen derecho de acceso á la censura 310, á la cuestura 344, al tribunal militar 353, al consulado 387, al Senado 441, al pontificado 453. La constitución queda en seguida sin cambio hasta los tiempos de los Gracos.

La CONQUISTA DE ITALIA no comenzó hasta después de la invasión gala, á la cual se refiere el saqueo de Roma en 363. La primera guerra samnita empezó en 410; en una sesentena de años todos los pueblos de la Italia central fueron vencidos, precisamente antes de la entrada de Pyrro al servicio de Tarento. Después de las derrotas de Heráclea y de Asculum, la victoria de Benevento permitió á los Romanos rehacer la conquista del sud de la península en 483.

La entrada en SICILIA y el primer contacto con los Cartagineses tuvo lugar en 489; la primera GUERRA PÚNICA duró desde 489 á 512, la segunda desde 534 á 552; en ese tiempo se efectuaron la ocupación de Cerdeña, de Córcega, del valle del Po, luego la de Provenza, la Narbonense y gran parte de España, y por último, de diversos puntos de la costa de Mauritania.

Los Romanos se vuelven hacia el MEDITERRÁNEO ORIENTAL y extienden sus operaciones por todos lados: la victoria de Cynoscéfalos les abre la Macedonia en 556, el saqueo de Corinto data de 602, la destrucción de Cartago de 607, la toma de Numancia, asegurando la posesión de la Hispania del Norte, tuvo lugar en 620, así como la entrada en Pérgamo.

Los CONFLICTOS INTERIORES adquieren preponderancia y durante algunas decenas de años ocupan las mejores fuerzas de los Romanos;

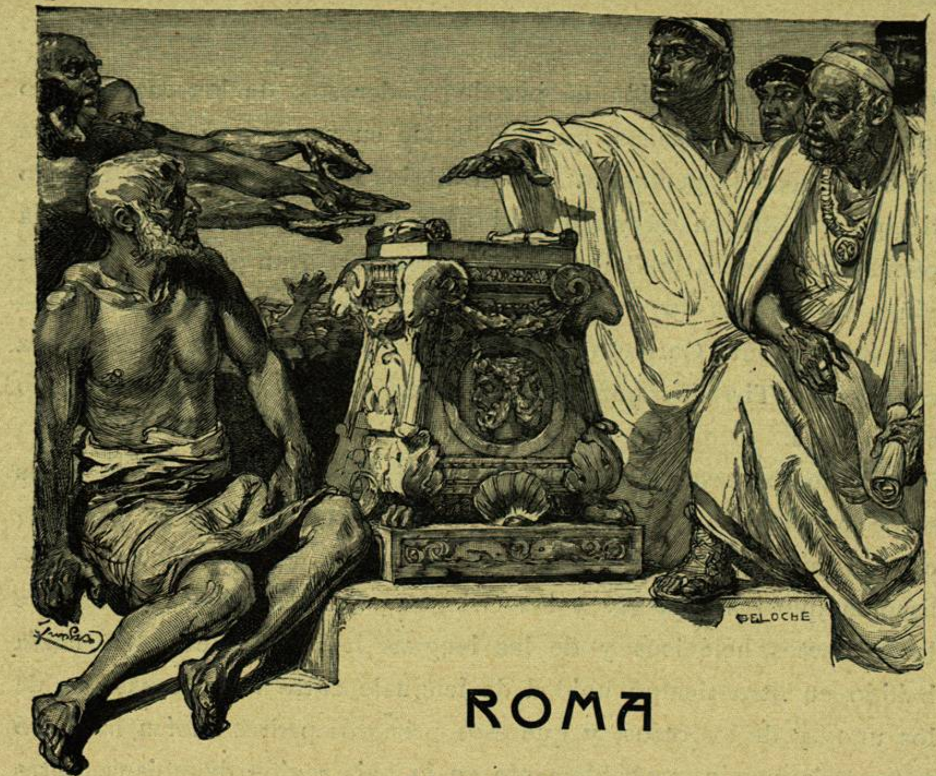
citemos solamente la muerte de Tiberio Graco en 620, de su hermano Cayo 632, de Mario 667, de Sila 674, la batalla de Farsalia y la muerte de Pompeyo 705, la muerte de César 709, la batalla de Accio que hizo á Octavio dueño único del Imperio Romano en 722 (31 antes de J. C.).

Durante esos conflictos tenían lugar la derrota de Mitrídates, la CONQUISTA DE LAS GALIAS y de Britania, 695-702, la transferencia de los poderes en Egipto y el primer contacto con los Partos.

Como hechos de guerra del período imperial, baste mencionar la derrota de las legiones romanas por los Cheruscos en 762, el saqueo de Jerusalén en 823, la conquista de la Dacia completada en 860.

Hasta los Severo, la sucesión de los principales EMPERADORES es la siguiente: Augusto hasta 14 de la era vulgar, Tiberio 14-37, Calígula 37-41, Claudio 41-54, Nerón 54-68, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano 68-79, Tito 79-81, Domiciano 81-96, Nerva 96-98, Trajano 98-117, Adriano 117-138, Antonino 138-161, Marco Aurelio 161-180, Cómodo 180-192, Séptimo Severo 193-211, Caracalla 211-217, Alejandro Severo 221-235.

	Era vulgar		Era de Roma	
Livio Andrónico (Grecia)	III siglo antes de J. C.			
Nevio (Campania)	— 260	— 190	493	563
Plauto (Umbría)	— 250	— 184	503	569
Haníbal (Cartago)	— 247	— 183	506	570
Enio (Calabria)	— 240	— 169	513	584
Scipion el Africano (Roma)	— 235	— 183	518	570
Catón el Antiguo (Túsculo)	— 232	— 147	521	606
Cicerón (Lacio)	— 106	— 43	647	710
Lucrecio (Roma)	— 98	— 55	655	698
Diodoro (de Sicilia)	I siglo antes de J. C.			
Virgilio (Mantua)	— 70	— 19	683	734
Horacio (Apùlia)	— 65	— 8	688	745
Tito Livio (Padua)	— 59	+ 19	694	772
Dionisio (de Halicarnaso)	— 54	— 8	699	745
Ovidio (Samnio)	— 43	+ 17	710	770
Séneca el Filósofo (Córdoba)	— 4	+ 65	749	818
Juvenal (Lacio)	+ 42	+ 125	795	878
Epitecto (Frigia)	+ 50	+ 120	803	873
Tácito (Umbría)	+ 55	+ 117	808	870
Suetonio (Roma)	+ 69	+ 141	822	894
Marco Aurelio (Roma)	+ 120	+ 180	873	933
Claudio Ptolomeo (Alejandría)	II siglo después de J. C.			



ROMA

Roma es, en la geografía histórica, el ejemplo más perfecto de un punto vital á cuyo rededor describen círculos paralelos los rasgos del suelo; cada progreso se realizaba siguiendo un ritmo que era el de la misma Naturaleza.

CAPÍTULO X

PUEBLOS DE ITALIA. — PRINCIPIOS DE ROMA. — TUMULTO GALO.
MEDIO GEOGRÁFICO. — LUCHAS INTERNAS. — GUERRAS PÚNICAS.
INSTITUCIONES ROMANAS. — LITERATURA Y RELIGIÓN.
ALPES, PROVENZA, GASCONIA Y SECUANIA.
REFLUJO DE LOS BÁRBAROS. — GOBIERNO DE AUGUSTO. — GUERRAS LEJANAS.—VÍAS MAYORES.—PAZ ROMANA.—ESTOICOS Y ANTONINOS.

UNICAMENTE la leyenda nos dice el principio de este imperio que abrazó todo el mundo conocido y constituyó el Estado más compacto en su poder que haya jamás existido antes de la China de Kublai Khan y la Rusia actual. En la época en que, según los mitos nacionales, se habría realizado la fundación de Roma, es decir, hace veintiséis siglos y medio, Italia había

sufrido ya la dominación de pueblos poderosos, de los cuales hubo uno, el de los Ausones, que ha dejado su nombre, en el lenguaje clásico, á toda la península. Los Umbrios parece que fueron en otro tiempo una nación de vasto territorio: venidos probablemente de la península oriental, la Balkania, ocuparon una gran parte de las campiñas del Po, las dos vertientes del Apenino y el litoral del Adriático hasta Monte Gargano; el río Umbro (Ombrone), que desemboca en el mar Tirreno, enfrente de Córcega, está todavía designado según ellos.

Como lo atestiguan las palabras dejadas por los Umbrios y los otros pueblos de su parentela, esos inmigrantes de Italia pertenecían al mismo tronco ó á lo menos al mismo grupo étnico de civilización que los Pelasgos y los Griegos. La semejanza completa de los dialectos helénicos y de las lenguas itálicas prueba que había habido en otro tiempo unidad de lenguaje entre los antepasados de los unos y de los otros, y que esos primeros padres habían habitado una patria común, probablemente en la baja región danubiana, antes de separarse en dos bandas de emigrantes, dirigiéndose por etapas más ó menos lentas hacia las dos penínsulas del Sud y del Sudoeste. Las radicales de las palabras son las mismas, los sufijos, los nombres de números tienen los mismos orígenes y modos de formación, el genio de los lenguajes se revela siguiendo las mismas leyes. Lo mismo que las lenguas, las divinidades se parecen, y de una manera tan notable, que ha bastado traducir los nombres, de tal modo se corresponden bien los atributos de los personajes. ¿No tiene Zeus pater á Júpiter por sinónimo perfecto? ¿No es Juno, Dioné? ¿Y no permiten las funciones análogas reconocer el dios cuando los nombres difieren? Marte, lo mismo que Arés, representa las tempestades de primavera, las expediciones de saqueo y de batallas; el sol es Helios; Ceres, la «diosa madre», preside á las siegas de Sicilia y de Italia lo mismo que á las de Grecia; Vulcano forja en los abismos subterráneos como Hephaistos, y cada manantial, cada gruta, cada árbol tiene las mismas ninfas ó los mismos genios [1].

Hasta el aspecto de los contornos geográficos de Europa muestra

[1] André Lefèvre, *L'Histoire*, ps. 149 y 150.

que si unos pueblos emigrantes, parientes de los Helenos, penetraron en la península Itálica por los pasajes de los Alpes orientales, los valles del Save, del Drave y del Danubio, debieron producirse también movimientos de éxodo más directos y menos lentos á través del Adriático. Cuando las tribus de montañeses envidiosos, á quienes las rivalidades por la posesión de las fuentes, de los bosques y de los pastos tenían en estado de guerra permanente, encontraban el suelo hereditario demasiado estrecho para sí, ó habían de huir ante desapiadados vencedores, les era forzoso abandonar la ciudadela de rocas y descender hacia el mar y aun dirigirse á la orilla opuesta: antes de la historia, las mismas causas producían sin duda alguna los mismos resultados que aquellos de que los anales nos suministran tan gran número de ejemplos. Los desplazamientos por cualquier causa y los movimientos de huída que eran su natural consecuencia, trajeron, pues, consigo frecuentes expediciones de huída ó de aventura entre las costas dálmatas y la de Italia. Mas, ¿cuántos, entre esos emigrantes de la península oriental, pertenecían, como los otros Italiotas, á tribus emparentadas con los Griegos, y cuántos que hasta eran Helenos puros? ¿Si el nombre de «Griegos», muy poco usado entre los Helenos mismos, es el que nos han transmitido los Romanos como la designación por excelencia de toda la nación, no era á causa de que la población de los Graikoi, que habitaban los bosques del Epiro y los valles sagrados de Dodona, estaba especialmente representada entre los colonos de la Italia meridional?

Finalmente, muchos inmigrantes llegaron á Italia atravesando el mar Jónico. No puede dudarse que en una época muy remota los marinos de más de una población intrépida habían aprendido á afrontar la alta mar. En la época en que los Romanos conocieron las obras de los rapsodas griegos, se formaron muchas leyendas, en las que las familias patricias se escogían un antepasado entre los héroes de la *Iliada*, pero ¿son solamente leyendas? ¿Hay simple coincidencia entre la Circe de Homero y el cabo Circe, tras el cual se hallan las lagunas Pontinas? ¿No sabemos que se atribuía á Eneas la fundación de Lavinium antes que la vanidad romana se apoderase de ese héroe? ¿No dicen las inscripciones nilóticas que, bajo Ramsés II, Meneptah y Ramsés III — 1300 años antes de la era vulgar, — unos

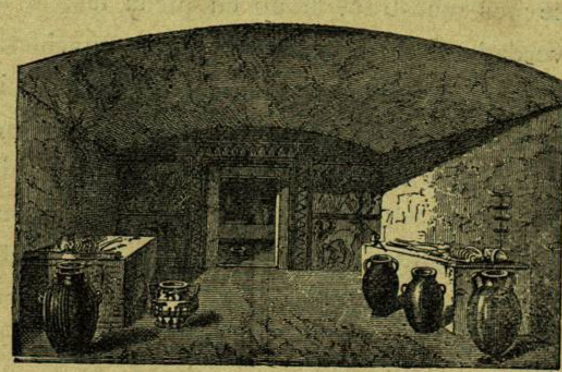
pueblos del Asia Menor vinieron á atacar el Delta por mar, viéndose entre esos navegantes los Charda, los que después dieron su nombre á la Cerdeña, y los Turcha, identificados con los Tyrsenos que luego encontramos en Etruria?

Á aquellos Griegos de la época heroica, á aquellos vencedores y vencidos de las guerras de Troya que, anteriormente á la historia escrita, se embarcaron en las escotaduras litorales é insulares de la Anatolia y de la Hélade para buscar aventura sobre las costas de Occidente ó fijarse en una nueva patria, sucedieron otros Griegos cuyos anales, ó al menos las tradiciones, refieren el viaje y de quienes se conoce la raza y el lugar de origen: tales como los Corintios fundando Siracusa, los Rodios abordando al pie del Vesubio, tales, en fin, como los colonos que hicieron la gloria de la Gran Grecia.

Al norte del bajo valle del Tíber, donde se eleva Roma, el tronco de la península Italiana presenta semejanzas muy notables con el Sud de Italia que fué la Gran Grecia. Por ambos lados se presenta claro el contraste entre las montañas que ocupan la región del Oeste y las llanuras del lado oriental; pero en la mitad meridional de la península la oposición es más violenta, más brusca, unos montes abruptos en las campiñas de la base, y por consiguiente las poblaciones quedaron más diferentes las unas de las otras, el enlace de las inteligencias y de las costumbres se hizo de una manera más incompleta. En la Italia toscana y al Norte, los Apeninos y las otras cadenas de montañas que pertenecen al mismo sistema orográfico ocupan una anchura mucho mayor y se alinean siguiendo una orientación algo diferente; además el conjunto de los montes ofrece un aspecto más suave, los valles recortan en el macizo mayor número de pasos; la Naturaleza se halla más humanizada y las influencias mutuas de pueblo á pueblo han podido producirse más libremente.

En la época en que el pequeño Estado de Roma llegaba á la conciencia de su individualidad entre los grupos políticos de Italia, la región de los Apeninos donde el Tíber y el Arno entremezclan sus fuentes, estaba principalmente ocupada por los Etruscos ó Rhasena: esos eran los hombres que los Egipcios habían conocido bajo el nombre de Turcha y que los primeros cantos griegos llaman los Tyrsenos. Según las tradiciones y los testimonios suministrados

por los autores de la Antigüedad y que se trata de yuxtaponer en una narración coherente, esos Etruscos ó Etrurios venían del Asia Menor y de Tracia; habían estado en contacto con los Hititas y su influencia se hacía sentir sobre ellos; ciertos autores no vacilan en afirmar que hay identidad entre esos dos pueblos [1]. Los Rhasena habían abordado á Italia por su costa oriental, cerca de la cual se hallan dos ciudades del mismo nombre, igualmente fundadas por ellos el Hadria ó Hatria del delta Padan, y la de Picenum, al sud del ángulo de Ancona. Después de haberse establecido sólidamente sobre las orillas «hadriáticas» y en los valles orientales de los Apeninos, franquearon la montaña por diversas brechas y se expárcieron en el inmenso semicírculo de llanuras, de valles y de macizos secundarios, montes, colinas y ribazos que, después de ellos, lleva todavía el antiguo nombre modificado en el de Toscana. Acaso algunos emigrantes etruscos se dirigían hacia el Norte á través de la llanura del Po, que habrían franqueado para acantonarse en un valle de los Alpes, lo cual no pasa de ser una suposición, porque no se ha encontrado una sola moneda etrusca al otro lado del gran río; pero sobre la vertiente germánica, la villa de Rhazuns, cerca del confluente de los dos Rhins grisones, puede considerarse como un testigo de la presencia ó del paso de los Rhasena. Esta coincidencia de nombres, unido al término de Rhetia por el cual era designada la región de los altos Alpes centrales, explica la hipótesis de Mommsen que da á los Etruscos un origen de ultramontes: en todo caso, es cierto que los Rhetios recibieron la civilización de los Etruscos y tomaron de ellos su alfabeto [2]. Según Tito Livio, los Rhasena de la Rhetia serían



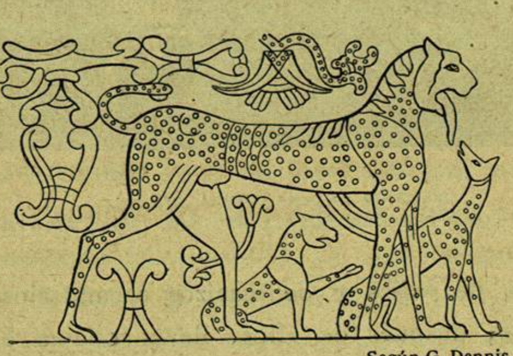
Según G. Dennis.

INTERIOR DE UNA TUMBA ETRUSCA,
TAL COMO FUÉ DESCUBIERTA EN 1842, CERCA DE VEII

[1] Cesare A. de Cara, *Neuvième Congrès International des Orientalistes*, 1891.
[2] A. Hedinger, *Globus*, 15 Septiembre 1900.

fugitivos rechazados fuera de su nación por la invasión gala de Italia[1]; pero acaso también podría haberse realizado un movimiento parcial de los emigrantes contorneando al Norte el golfo del Adriático por la región de los Alpes.

La historia del pueblo de Etruria es de una singular obscuridad, y es tanto más de admirar, cuanto que la antigua civilización de los Etruscos se mezcla durante algunos siglos á la de los Romanos, que se nos muestran, si no en plena luz, al menos á la claridad, falsa ó verdadera, de leyendas vulgares consideradas como la historia. Ha lugar á preguntarse si las condiciones sociales de esas antiguas poblaciones tirrenas serían, si no mejor conocidas, al menos abrazadas en una mejor idea de conjunto, si nos hubiesen sido reveladas únicamente por las excavaciones de las tumbas, por los descubrimientos de pinturas murales y por la cerámica: las dificultades proceden sobre todo de que se trata de concordar, sin lograrlo, la fisonomía de los Etrurios, tal como nos la dan los documentos prehistóricos, y sus rasgos, tales como nos han sido transmitidos por las historias de Roma. Una cosa es cierta: los dos términos «Etruscos» y «Toscanos» suscitan en seguida ideas completamente diferentes, hasta opuestas, y no concuerdan en manera alguna con la evolución normal de los caracteres durante el curso de las edades, á través de todas las vicisitudes históricas.



Según G. Dennis.

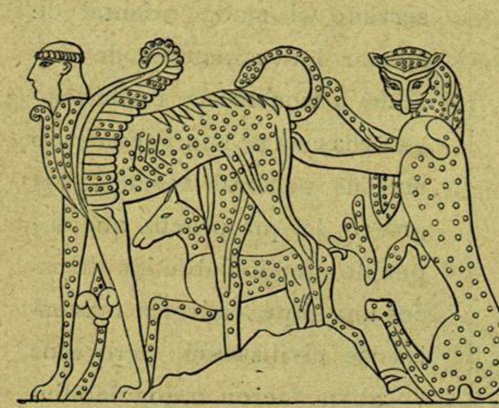
PINTURA MURAL DE LA SALA FUNERARIA
REPRESENTADA EN LA PÁGINA 425

El Etrurio, mostrado ordinariamente por sus contemporáneos, nos aparece, no como un Italiota, sino más bien como un hermano del Egipcio. Esto proviene, sin duda, de que la imagen de las dos naciones ha sido falseada de la misma manera por los sacerdotes, enterradores naturales de los pueblos cuyos ritos ordenan y sobre los

[1] André Lefèvre, *L'Histoire*, p. 153.

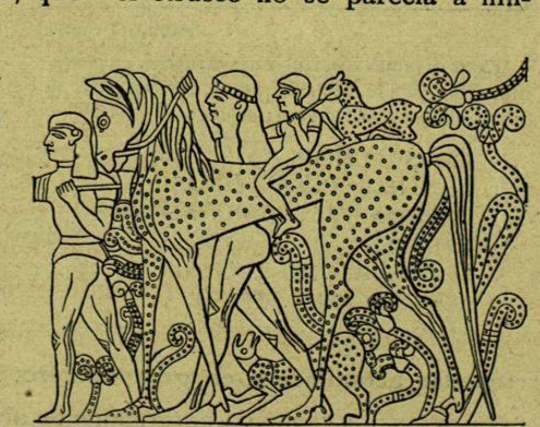
cuales recitan las oraciones de los muertos. Las multitudes obran de manera muy diferente en el tumulto de las ciudades que en el fragor de los templos.

Las lenguas italiotas han sido parcialmente descifradas por los sabios, á excepción de la etrusca, que ha quedado todavía muy misteriosa; sin embargo, la mayor parte de los lingüistas convienen en considerar la lengua de los Rhasena, lo mismo que la de los Osques y de los Umbrios, como un dialecto de origen ario, emparentado con el latín. Lo que no permitía á los antiguos observar la semejanza, consiste en que en el etrusco, las consonantes, y sobre todo las guturales, se prestaban á la exclusión de las vocales y daban al lenguaje un sonido ronco y confuso, hasta el punto, afirma Dionisio de Halicarnaso, que «el etrusco no se parecía á ninguna lengua conocida». Muchos teólogos, bajo el imperio de esta idea mucho tiempo considerada como artículo de fe, que la lengua primitiva, la del paraíso terrenal, era la lengua de los Judíos, pretendieron encontrar el hebreo en los restos del antiguo toscano. El primero entre los filólogos serios, Passari, en 1757, trató de demostrar la identidad de origen entre el etrusco y el latín y probó por las inscripciones bilingües la gran semejanza de la declinación en las dos lenguas. Después de él los sabios recogieron



Según G. Dennis.

PINTURA MURAL DE LA SALA FUNERARIA
REPRESENTADA EN LA PÁGINA 425



Según G. Dennis.

PINTURA MURAL DE LA SALA FUNERARIA
REPRESENTADA EN LA PÁGINA 425

de década en década indicaciones nuevas en favor de la misma tesis, plenamente demostrada ya por Corssen [1].

La escritura de los Etruscos, lo mismo que las de los Griegos y Latinos con las cuales es muy grande su semejanza, se deriva del alfabeto fenicio, pero ha conservado el modo oriental de alinear los caracteres de derecha á izquierda. En la lengua rhasena se han encontrado muchas palabras tomadas del griego, lo que prueba que ese pueblo ejerció sobre los Etruscos una muy enérgica influencia de civilización, pero esos vocablos fueron todos modificados y reducidos á formas puramente toscanas, lo que permite creer en un largo período de elaboración nacional de los elementos de cultura procedente del exterior. Se encuentran también términos umbrios en el toscano, entre otros el mismo nombre de los Etruscos, que tendría el sentido de «Extranjeros», de «Recién Venidos» [2]. El área de territorio en que se han encontrado inscripciones etruscas, coleccionadas actualmente en gran número, nos muestra los límites de la gran extensión ocupada antiguamente por la nación, no sólo en el país que ha venido á ser al presente la Toscana, sino sobre la vertiente oriental de los Apeninos, al Norte hasta la Rhetia, al Oeste hacia Niza, y al Sud, mucho más allá de Roma, en la Campania, en Nápoles y en Nola.

Según G. Dennis.

Estas diversas inscripciones etruscas, cuya significación puede decirse que es desconocida, se descifran muy fácilmente; se lee:

LARIS : PUMPUS
ARNTHAL : CLAN CECHASE
THESTIA VELTHURNA NECNA
CVENLES
ECASUTHILATHI ALCILNIA
ECASUTH INESL TITNIE

[1] *Sprache der Etrusker*, 1874.
[2] Corssen, obra citada, t. II, p. 577.

Los destinos políticos de una raza tan diseminada en varios grupos en medio de poblaciones de otras lenguas y de otras costumbres, debieron variar singularmente según los medios, y su existencia nacio-

N.° 186. Area del territorio etrusco.



nal independiente debió manifestarse de una manera muy desigual. Los Etruscos aventurados á lo lejos perecieron ó se transformaron los primeros; en tanto que el grueso de la nación en que todas las

partes se prestaban naturalmente asistencia, resistió mucho más tiempo á los elementos de desorganización.

Los rasgos geográficos de Toscana están dibujados con notable claridad, conteniendo en un arco de círculo muy bien trazado las cuencas del Serchio, del Arno y del alto Tíber. La barrera de separación al Norte es de un relieve vigoroso, siendo doblado el Apenino en este punto por la cadena de los Alpes apuanes, que se levanta en forma de larga muralla difícil de franquear, obligando á los viajeros á hacer un largo rodeo al Este por los collados de la montaña ó á deslizarse en el estrecho desfiladero del litoral que conduce á la Rivera de Génova. La arista apenina se mantiene al Este con perfecta regularidad, acercándose al mar Adriático, después, al sud de Etruria, se ramifica por cadenas laterales que constituyen también una especie de obstáculo á las emigraciones de los pueblos; sin embargo, los pasajes naturales de valle á valle son muy numerosos en esta dirección, y por este lado de su territorio habían de dirigir principalmente los Etruscos sus esfuerzos de ataque ó de resistencia: por ese lado les vino la muerte.

De ese modo el inmenso anfiteatro de la Etruria, tan bien limitado por tres lados por el mar y los montes, está felizmente dispuesto para servir de residencia común á un mismo pueblo, pero en el interior se divide en numerosos compartimientos distintos que determinan una diversidad correspondiente en el cuerpo de la nación. Centros importantes de población habían nacido espontáneamente en todas las partes del hemiciclo, favorecidas por la riqueza natural de las campiñas, por la proximidad de las minas, por una feliz posición para el comercio, gracias á la convergencia de los valles ó á la existencia de un puerto. También entre las ciudades que ocupaban un emplazamiento donde la atracción del suelo debía reunir los hombres en gran número, nos aparecen de distancia en distancia puntos vitales como Clusium (Chiusi), situado sobre la divisoria de doble vertiente del Tíber y del Arno; Perusia, Arretium, que enriquecen sus antiguos lagos colmados por los aluviones; Fæsolae (Fiesole), que heredó la bella Florencia; Pisa, que unió á la fecundidad de sus campos la ventaja de poseer un depósito marítimo. La importancia excepcional que la historia de Roma ha tenido en la narración de

los acontecimientos humanos ha hecho, por decirlo así, inclinar Etruria hacia las bocas del Tíber, y por esto se ven tantos nombres etruscos en el mapa entre Tarquinii y Veii, la vecina de Roma; pero en su conjunto, la fuerza política estaba distribuída con bastante igualdad en diferentes puntos sobre toda la extensión de Toscana, y en ninguna parte se había desarrollado ciudad capital bastante poderosa para concentrar todas las energías nacionales en su beneficio. La forma federativa entre ciudades iguales en derecho parece ser la que prevaleció más tiempo durante las edades de la civilización de Etruria: los grupos urbanos constituían otras tantas repúblicas que tenían, en la

Museo del Louvre. Cl. Giraudon.

KYATHOS NEGRO ETRUSCO

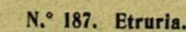
época de los orígenes romanos, un carácter esencialmente aristocrático. La denominación clásica del Estado etrusco: Confederación de las Doce Ciudades, se explica, pues, perfectamente bien, aunque más de veinte ciudades pretenden el honor de haber figurado en ella.

La influencia de la civilización griega, muy visible en el vocabulario rhasena, es mayor en la industria y las artes. Los bronces

y la cerámica, que en tan gran número se ha reunido en los museos etruscos y que están dispersos en tantas galerías de ambos mundos, no pertenecen á un arte puramente nacional como antes se imaginaba, sino que son en gran parte imitaciones de objetos griegos ó hasta productos de artesanos helenos. Las relaciones de pueblo á pueblo eran entonces mucho más frecuentes que lo que han imaginado la mayor parte de los historiadores: los hechos de emigración y de colonización que llegaron á ser, en la época de la invasión de los Heráclidas, el hecho capital en la evolución general de los Griegos, habían comenzado mucho tiempo antes de aquella fecha: no les falta más que analistas. Entre otros testimonios de las antiguas costumbres de desplazamiento, podrían mencionarse las excavaciones de más de una estación termal. Así en Vicarello, las «Aguas Apolinarias» de los Romanos, se descubrió la prueba evidente de que venían visitantes en multitud á pedir la salud á las aguas salinas aciduladas que brotan al borde del lago volcánico de Bracciano (Sabatinus). Debajo de las ofrendas preciosas de vasos, alhajas y bellas monedas acuñadas, se han reunido más de cien kilogramos de lingotes de bronce, montones de antiguas monedas pertenecientes á la época rudimentaria de los signos de cambio sometidos al trabajo del hombre. El estrato subyacente suministró más de media tonelada de bronce en bruto compuesto de fragmentos de metal que representaban antiguamente el valor de las mercancías, y más abajo aún se extendía una espesa capa de sílex tallados procedentes de la época neolítica [1].

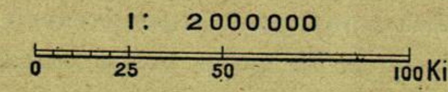
La prosperidad de los Etrurios parece haber alcanzado su más alto desarrollo en la época en que la leyenda habla de la fundación de Roma, es decir, hace unos 25 á 27 siglos. Disponían á la sazón de una potencia política bastante grande para hacerla sentir bien fuera de su territorio de los Apeninos del Norte, hasta sobre lejanas costas del Mediterráneo. Invaden la Campania á la vez por tierra y por mar y fundan en ella numerosas colonias: una segunda Etruria tan rica como la del Norte por su comercio y su industria, nace en la Italia meridional; ciudades etruscas entran en relaciones directas con Atenas y depositan sus metales preciosos en el tesoro de Delfos; se

[1] G. Marchi, *Revue Archéologique*, p. 1862.



N.° 187. Etruria.





Según G. Dennis, las Doce ciudades eran Veii, Falerii — para estas dos ciudades véase el mapa n.° 189, página 443, — Tarquinii, Volsinii, Caere, Volaterrae, Rusellae, Vetulonia, Clusium, Arretium, Cortona, Perusia. Otros arqueólogos sostienen las pretensiones de Fæsolae, Cosa, Capena, Pisae, Saturnia, Populonia, Luca, Luna y otras ciudades. Las cruces marcadas en el mapa indican los sitios de las tumbas.

hacen y deshacen alianzas con Cartago con la mira de conquistas y privilegios comerciales en Sicilia y en Cerdeña. Colocada en el cen-

tro del mar interior, la Etruria poseía la posición dominante que perteneció después á Roma de una manera aún más precisa, pero la capital de esta potencia se desplazaba yendo frecuentemente de una á otra ciudad de la confederación, y no tenía esa estabilidad de asiento sin la cual no puede constituirse un imperio militar.

Por lo demás, los elementos de debilidad vinieron al mismo tiempo que la fortuna. Verdad es que los Etrurios estaban en relaciones de comercio con todos los pueblos del Mediterráneo; conocían los pasos de los Alpes que les permitían el acceso del Gran Norte y los caminos líquidos del mar que todavía lleva su nombre — «Tirreno» —; explotaban las minas tan maravillosamente abundantes de la isla de Elba y disponían de artistas y artesanos numerosos para edificar sus templos, esculpir y fundir sus estatuas, pintar sus frescos y su cerámica; pero habían caído en la férrea mano de sus sacerdotes, que los encerraban poco á poco en su caverna sepulcral.

La teogonía de los Etruscos se parecía mucho á la de los Griegos. Algunas divinidades de los Helenos habían sido pura y simplemente introducidas en el Panteón toscano, y muchos dioses nacionales y tópicos habían sido parcialmente helenizados, lo mismo que las formas de su culto y la idea que se formaban de su persona. Un Júpiter, un Zeus tronaba también en el cielo de los Rhasena, y, como el del Olimpo, consultaba el Destino, los grandes «Seres velados», cuando lanzaba los haces de sus rayos para destruir ó para espantar; también se rodeaba de una corte de doce grandes dioses que tenían voz consultiva, los «Constantes».

Pero si las analogías eran muy grandes en cuanto al cuadro de las religiones griega y toscana, la diferencia íntima, hasta el contraste se habían gradualmente aumentado á consecuencia de la dominación que los representantes de los dioses habían acabado por conquistar sobre los Etruscos, llegados al período de su decadencia. El miedo había llegado á ser el carácter distintivo por excelencia de la fe religiosa: un «Júpiter malo», Va-Dovis ó Va-Dius, trabajaba en las alturas del cielo para la desgracia de la humanidad, é innumerables genios del mal, sobre todo de los muertos no satisfechos, trataban de molestar á los vivos. De ahí las precauciones que se tomaban para no ser vistos por ellos y que toman todavía los Florentinos



Cl. Alinari.

TUMBAS ETRUSCAS, EN LAS INMEDIACIONES DE ORVIETO

actuales, vestidos de sacos encapuchados para que el espíritu del difunto no los reconozca.

Para conjurar esos peligros incesantes, que anunciaban presagios de toda clase y que amenazaban al hombre en todos los puntos del espacio, era indispensable la intercesión del sacerdote: se tenía necesidad de sus oraciones, de sus encantamientos, de sus ademanes de llamamiento ó de exorcismo, de las suertes que echaba ó rechazaba, de las ofrendas, hasta de los sacrificios humanos, por medio de los cuales aplacaba á los dioses. Tales servicios no parecían haberse comprado demasiado caros con la cesión del poder político. Las ciudades de la confederación estaban regidas por una aristocracia religiosa, y entre esos «príncipes de la Iglesia», los *lucumons*, se escogían los reyes. De ello resultaba un espíritu formalista, de conservación extremada. Los viejos usos, las antiguas ceremonias, los formularios

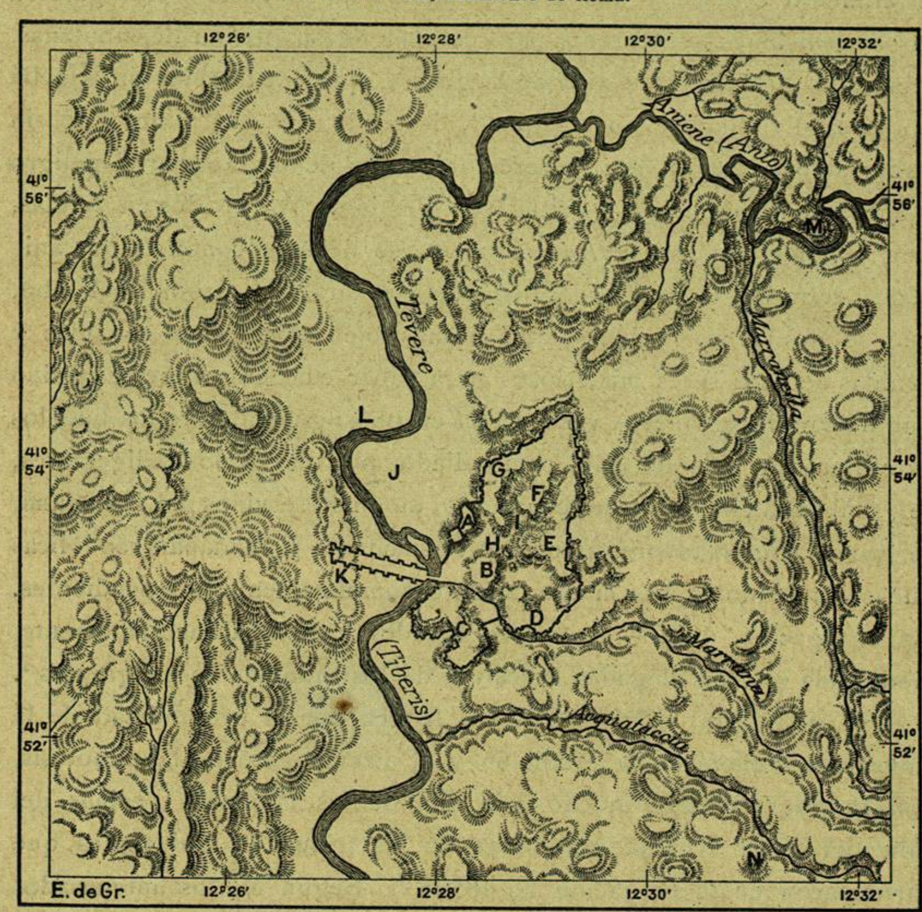
de larga tradición debían ser fielmente observados, estando todo arreglado con un cuidado minucioso, sin el cual la cólera de los dioses era inevitable. Todos esos ritos pasaron al culto de los Romanos y se observaron mucho tiempo con mucho rigor, hasta en la época en que el pensamiento, parcialmente emancipado, no permitía á dos augures «mirarse sin reir». El vuelo de las aves, la palpitación de las entrañas de animales degollados, la comida de los volátiles del templo, eran acontecimientos de primer orden que podían decidir del éxito de una batalla ó del destino de los imperios. Hasta el sacrificio de sí mismo había de ir acompañado de un ritual especial para ser agradable á las divinidades: los Decios, antes de lanzarse en medio de los enemigos, se dedicaban á los dioses infernales, pronunciando ciertas fórmulas sacramentales. El ceremonial de los tribunales, de los palacios, el de los templos y de las viviendas privadas, que los Romanos observaron casi sin cambio durante siglos, fué también tomado de los Etruscos. Puede decirse que desde todos los puntos de vista, el pueblo romano se nutrió de la substancia de los Rhasena, como esos insectos que encuentran el alimento conveniente en la celda de incubación que les ha sido preparada.

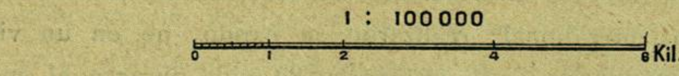
Los principios de Roma fueron los mismos que tuvieron otras colonias fundadas por fugitivos ó aventureros. En un país de ribazos dominado al Sud por el macizo soberbio de los extinguidos volcanes del Lacio, estaban exparcidos pequeños poblados, al lado de los cuales se han encontrado tumbas muy antiguas, que datan lo menos de 30 ó 31 siglos [1]. Entre esos grupos de habitaciones, un pequeño recinto cuadrado sobre una colina de las orillas del Tíber fué el primer reducto harto precario de los «Romas» ó «Remos», cuyos descendientes habían de conquistar el mundo. ¿Quiénes fueron los fundadores de ese «barrio de defensa», rodeado de otras aldeas fortificadas donde se habían acantonado unas tribus, aliadas ó enemigas, perteneciendo á un mismo tipo de civilización poco estable, á la vez agrícola y guerrera? La leyenda y las interpretaciones que sugieren ciertas expresiones de la lengua, permiten creer que esos primeros

[1] O. Montelius, *Roma prima di Romolo et Remo*, Acad. dei Lincei, citado por el *Bolletino d. Soc. Geogr. Ital.*, 1899, p. 637.

Romanos, ó á lo menos los que les dieron la primera cohesión política, fueron unos emigrantes que habían abandonado las montañas

N.º 188. Emplazamiento de Roma.





A. Mons Capitolinus.
B. Mons Palatinus (sitio de la antigua Pallantium).
C. Mons Aventinus.
D. Mons Caelius.
E. Mons Esquilinus.
F. Collis Viminalis.
G. Collis Quirinalis.
H. Forum.
I. Barrio de Subura.
J. Campus Martius.
K. Mons Janiculus.
L. Ager Vaticanus.
M. Mons Sacer.
N. Emplazamiento de la tumba de Cecilia Metella sobre la vía Apia.

El recinto dibujado es el de Servio Tulio. Según P. W. Forchhammer, las divagaciones de los arroyos Marrana y Marranella explican la leyenda de Rómulo y Remo.

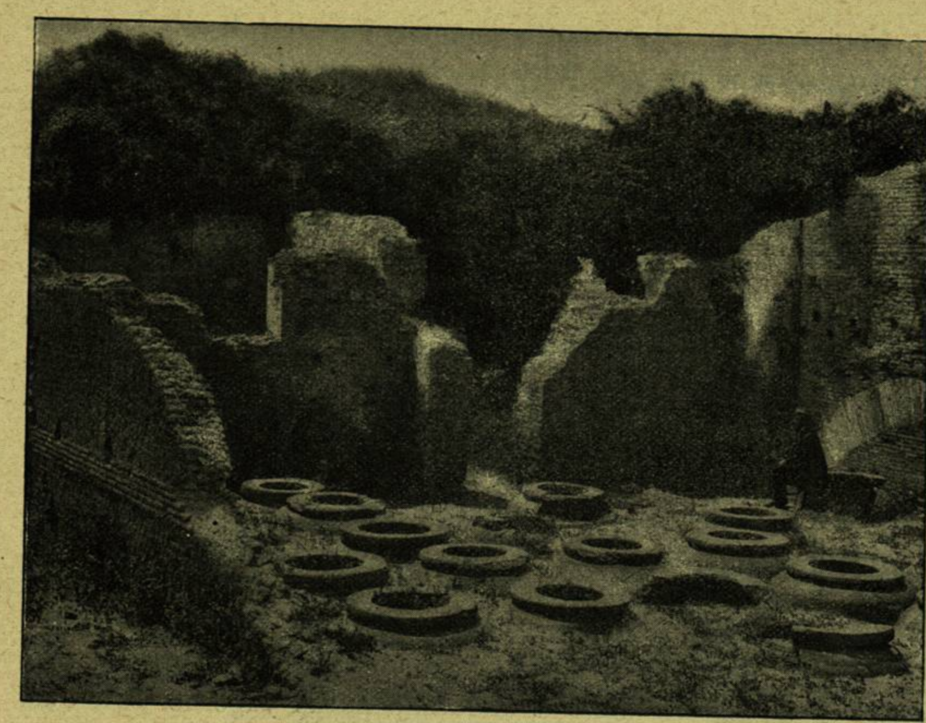
próximas en busca de mejor suerte y se reunieron mucho más por las comunes fatigas, que por el parentesco de origen. Frecuente-

mente la insuficiencia de los pastos en las pendientes y en las cimas, el aumento de las familias, la falta de industria y de comercio con los habitantes de la llanuras hacían las emigraciones necesarias. Cuando el alimento escaseaba, los jóvenes habían de perecer ó entregarse á las expediciones aventureras para escapar de su prisión de montañas. Dedicados á Mamers, el dios de la guerra, que era también en aquella época la divinidad de los campos [1], descendían de sus alturas, no sin haber sido consagrados por ceremonias que debían apartar el peligro y encantar á los malos espíritus y al destino. Agrupados en bandas, esos jóvenes, los *mamertini* ó *sacrani*, se dejaban conducir por animales sagrados, el picoverde, que vuela de árbol en árbol, y el lobo, que se desliza entre la maleza, ó más bien observaban las idas y venidas de esos seres misteriosos para saber cuál era el mejor camino que habían de seguir. Á veces caían en plena guerra entre los pueblos extranjeros, y bien acogidos como aliados por uno de los beligerantes, se ganaban la vida como mercenarios, ó también, servidos por la fortuna, se hacían conquistadores por su propia cuenta y fundaban repúblicas nuevas, uniéndolas á la madre patria ó completamente independientes. La agrupación de los pequeños Estados cambiaba incesantemente, modificada por las llegadas sucesivas de los montañeses emigrantes [2].

En una obra, extraordinaria á la vez por la profundidad de la ciencia, la riqueza de la erudición y el atrevimiento de las hipótesis, von Ihering extiende mucho más allá de las montañas vecinas del valle del Tíber el área geográfica de las tribus de emigrantes que participaron en la fundación de Roma [3]. Según él, los antepasados de los Romanos, venidos directamente de las mesetas de la Ariania hacia la Europa meridional, realizaron su exodo, no en un viaje rápido, sino acomodando á él su género de vida durante el curso de muchas generaciones, quizá de muchos siglos, y siguiendo un itinerario impuesto por las circunstancias, forzosamente complicado de divagaciones, de rodeos, de excursiones laterales.

El recuerdo formal de esas emigraciones no se halla en los escritos de los antiguos autores, separados por muchos siglos de esta

[1] Michel Bréal y Anatole Bailly, *Dictionnaire étymologique latin*, p. 183.
[2] Niebuhr, *Römische Geschichte*; — Michelet, *Histoire Romaine*.
[3] R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*.

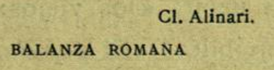


Cl. Alinari.
ÁNFORAS PARA CONSERVAR EL VINO, EL ACEITE, ETC., EN OSTIA

época primitiva, pero la lengua conservaba, sin que lo supieran los mismos que la hablaban, algunas reminiscencias de los usos antiguos, y éstas nos dicen sobre todo que durante los períodos de grandes emigraciones, cuando el éxito de la marcha adelante dependía de la fuerza y de la agilidad de los adolescentes y de los hombres hechos, los ancianos, impotentes para llevar fardos pesados y marchar al paso de sus compañeros, eran tenidos en escasa estimación por los conductores de bandas; se apelaba sin dificultad á su experiencia, pero en cuanto se trataba de la acción, se les separaba como inútiles, llegando hasta matarlos. ¡Tal era la costumbre de los antepasados de ese pueblo que había de tener con el tiempo en tanta estimación la sabiduría de la edad, que los senadores, es decir, «los viejos», acabaron por ocupar el primer rango en la República! El *populus*, ó asamblea de los «jóvenes», dirigía solo en este período inicial de peligro permanente; después, cuando nació la ciudad, el *senatus* adquirió el lugar preferente [1].

[1] R. von Ihering, obra citada, p. 307.

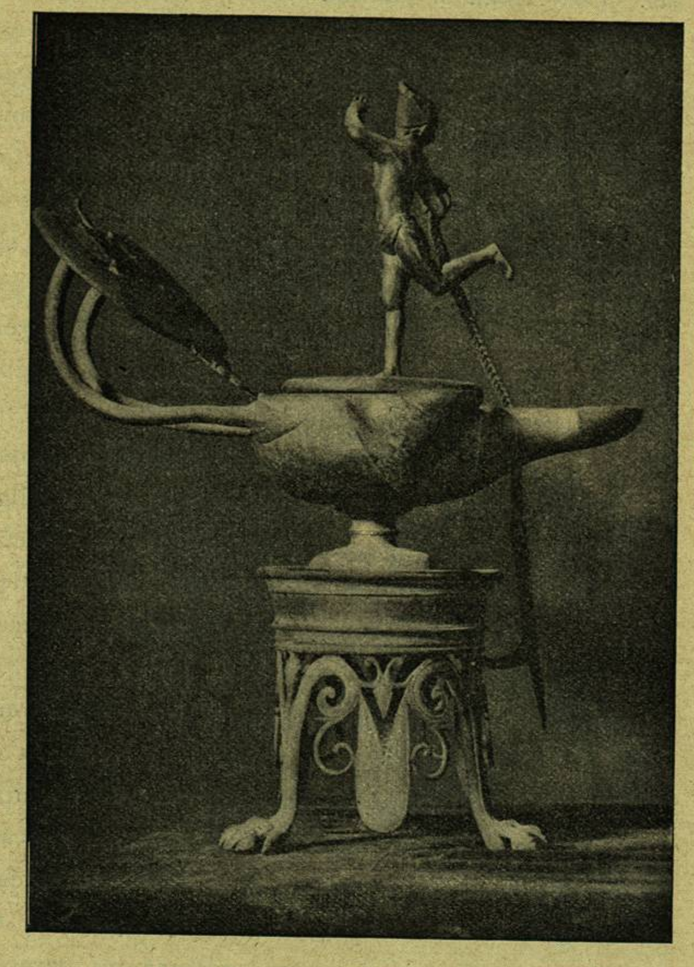
Verdad es que el asesinato de emigrantes que llegan á ser un estorbo perdía á los ojos de la horda su carácter de ferocidad, se transformaba en ceremonia religiosa. El hombre gusta de engañarse así por la divinización de sus intereses y de sus actos: cuando los ancianos llegaban á ser incapaces de prestar servicios materiales, al menos, se decía, podían morir en beneficio del bien general, y, en efecto, de esta manera se les utilizaba, en todas las ocasiones en que había peligro para el conjunto de la comunidad, especialmente en la travesía de los ríos. Según una opinión muy generalizada entre los pueblos primitivos, el establecimiento de un puente constituye un verdadero atentado contra el dios del río: se le impone un yugo del cual trata de vengarse durante las crecidas y que ha de procurar conjurarse por medio de oraciones, ofrendas y aun sacrificios de vidas humanas. Cuando la tribu pasaba vadeando una peligrosa corriente de agua, todo accidente se atribuía á la cólera del dios de las aguas, pero esa cólera quedaba suficientemente apaciguada por el sacrificio de la víctima. Cuando se hacía necesaria la construcción de un puente, la cosa era más grave: era necesario pagar el tributo, hasta renovarle cada año, puesto que cada año hinchaba el río sus aguas irritadas. Los pontífes ó «constructores de puentes» ordenaban, pues, á las jóvenes puras, á esas guardianas del fuego que un día habían de llamarse «vestales», que cogiesen á los ancianos sexagenarios y los lanzaran al agua desde lo alto del puente, á fin de calmar así la ira del dios temido. En una región del Hanover, á orillas del Elba, donde en otro tiempo residían los Wendes, de raza slava, se ha conservado



Cl. Alinari.
BALANZA ROMANA

hasta nuestros días un dicho bajo-alemán, recordando al pueblo que antiguamente se hacían sacrificios humanos de la misma naturaleza: «¡Abajo, abajo, el mundo ya no os quiere!» [1]

Cualquiera que haya sido el pasado prehistórico de los Romanos, es cierto que en su período de infancia como nación poderosamente constituída, fueron comprometidos en incesantes luchas con sus vecinos. De ese modo se desarrolló en ellos ese atavismo de furor guerrero que les dominó durante los primeros siglos de su existencia. Por lo demás, el estado político y social en que se hallaban las poblaciones diversas de la comarca, tan pronto enemigas como aliadas, según los intereses particulares, las pasiones del momento y los azares de los conflictos, no permitían al pueblo naciente otro género de vida. La vecindad de Roma con tantos pequeños pueblos le hacía un cortejo de odios y al mismo tiempo le aseguraba amistades. Desde sus orígenes, la pequeña nación se unía



Cl. Alinari.
LÁMPARA ROMANA
Museo de Nápoles.

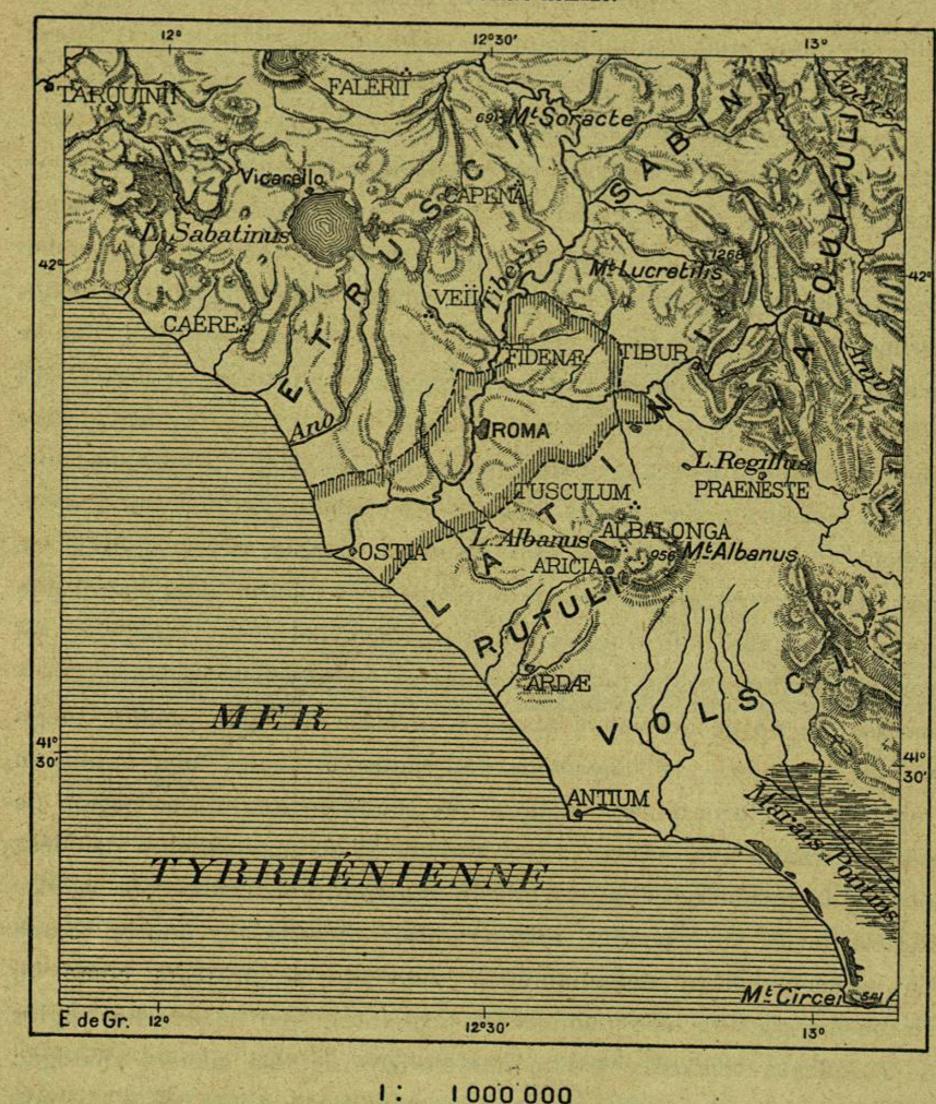
[1] R. von Ihering, obra citada, p. 404.

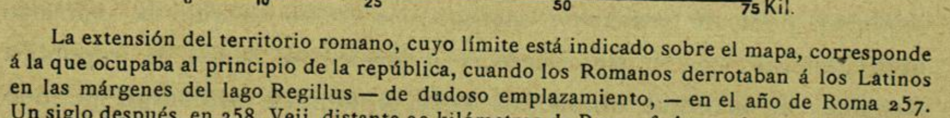
á muchas ciudades, á muchas razas, á muchas religiones, y reunía en sí parentescos muy preciosos que tuvieron gran fuerza en sus alianzas. Los Albanos, habitantes de la ciudad de Alba, de donde eran originarios los gemelos fundadores de Roma, según la leyenda, se componían ellos mismos de dos poblaciones asociadas y no confundidas, la una indígena, la otra de estirpe extranjera: ésta, dícese, venida de Troya conducida por un sacerdote é hijo de rey, el «piadoso» Eneas, y ya se sabe que esta tradición es anterior á la época en que los Romanos entraron en relaciones con el Oriente [1]. En la primera yuxtaposición de las razas que se encontraban en Roma, era natural que los fuertes quisieran unirse por origen á la nación más civilizada de entonces, y que se relegase á los débiles entre los indígenas y semi-bárbaros. Los plebeyos de Roma fueron considerados todos como de descendencia latina, mientras que los patricios se tenían por Etruscos; fué después cuando el carácter religioso de la antigua leyenda troyana obligó á los gobernantes á hacer que remontara su genealogía hasta el rey de Ilión: hacia la época de la primera guerra púnica, cincuenta familias romanas se hallaron descendientes de Eneas, hijo de Anquises y de Venus [2].

Los Griegos estaban también representados en la ciudad nueva, porque ésta parece haber englobado una colonia denominada Pallantium, cuyos habitantes conservaron mucho tiempo su culto al lado del de los dioses romanos. En el sitio en que se elevó después el Capitolio, unas familias que se decían descendientes de Hércules vivían en un grupo distinto; por último, los Sabinos enviaron enjambres de colonos á la ciudad latina. «Roma no parecía ya una sola ciudad, sino una confederación de varias villas, cada una de las cuales se unía á otra confederación»; podía llamarse latina con los Latinos, sabina con los Sabinos, etrusca con los Etruscos y griega con los Griegos [3]. Así tenía Roma la ventaja extraordinaria de participar en las fiestas religiosas de muchas otras naciones. El Romano tenía en todas partes parientes y hermanos. Por la lengua, lo mismo que por el culto, la ciudad que había de ser un día la «Ciudad Eterna»,

[1] Tito Livio, XXV, 12; — Fustel de Coulanges, *La Cité antique*, págs. 163 y siguientes.
[2] J. A. Hild, *Légende d'Enée avant Virgile*, «Revue de l'Histoire des Religions», 1882-83.
[3] Fustel de Coulanges, obra citada, p, 425.

N.º 189. Anfiteatro Romano.





La extensión del territorio romano, cuyo límite está indicado sobre el mapa, corresponde á la que ocupaba al principio de la república, cuando los Romanos derrotaban á los Latinos en las márgenes del lago Regillus — de dudoso emplazamiento, — en el año de Roma 257. Un siglo después, en 358, Veii, distante 20 kilómetros de Roma, fué tomado por ésta.

Lavinium debería figurar en el mapa; la ciudad fundada por Eneas se halla á 20 kilómetros al sudeste de Ostia y á 2 kilómetros de la orilla.

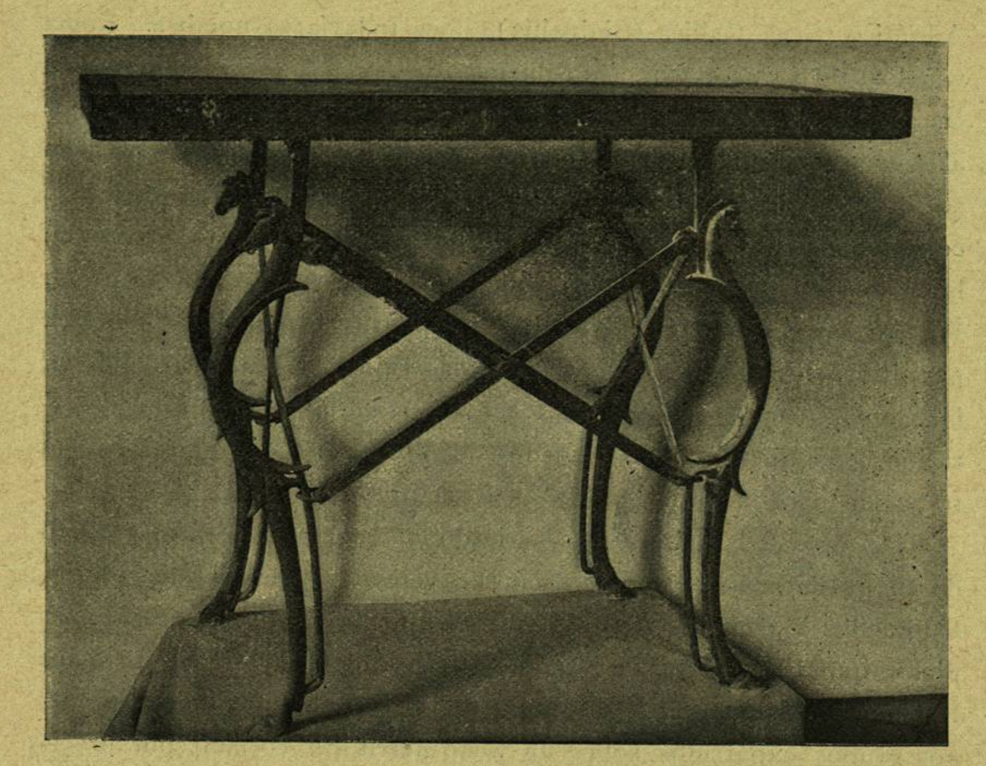
gozaba igualmente de un privilegio positivo: en ella se encontraban más radicales griegos que en ningún otro dialecto de la Italia central. Ese carácter de la población romana, múltiple por el lenguaje, las

tradiciones y los orígenes, explica las instituciones dobles que, en ella, se desarrollan paralelamente al lado la una de la otra [1].

La ciudad naciente tuvo que sufrir en primer término las oscilaciones políticas producidas por el choque de los Estados vecinos más poderosos, y frecuentemente perdió su autonomía, ó al menos no pudo conservar de ella más que una parte variante con las mil vicisitudes de las cosas. La historia, más ó menos legendaria de los primeros siglos de Roma, simboliza las dominaciones diversas que se sucedieron, por nombres de reyes latinos, sabinos ó etruscos. El último de esos potentados locales y aquel cuya existencia real parece menos contestable, era uno de esos reyezuelos rhasena, perteneciente á una familia de Tarquinias, una de las ciudades de la Etruria meridional. La relación que se nos da de su reino y de su caída es de aquellas que, por el encadenamiento normal de los hechos, ha tomado un gran carácter de verdad: la arrogancia del dueño soberbio, el rencor durante mucho tiempo impotente de las familias ricas oprimidas que no se atreven á apelar á la masa del bajo pueblo, luego un vil atentado y la muerte de una mujer ultrajada, una explosión repentina de furor y de venganza que reune en una misma pasión de odio patricios y plebeyos, y por último, el derrumbamiento del déspota y la instauración de un nuevo régimen, constituído por la dictadura de las altas familias aristocráticas, mientras los pobres recaen en la servidumbre acostumbrada; todo eso se presenta como un resumen lógico de acontecimientos probables, que en muchos siglos y en muchas comarcas se han desarrollado de una manera análoga: los detalles precisos y los nombres propios transmitidos por la leyenda importan poco en semejante asunto. Lo cierto es que de una manera general, con ó sin Lucrecia y Bruto, se fundó la república Romana; se mantuvo quinientos años, y durante ese largo período de tiempo, su fuerza sólo se rompió una vez en el curso del «tumulto galo».

Contra los bárbaros del Norte, habitantes de las llanuras de ultra-Apeninos, Roma había sido protegida durante los primeros siglos

[1] J. Michelet, *Histoire Romaine*, p. 133.



Museo de Nápoles. MESA ROMANA DE BRONCE Cl. Brogi.

de su existencia por la confederación de los Etruscos: las Doce repúblicas tenían que soportar y rechazar el choque. Pero las ondas de la historia se desarrollan sobre el mundo de una manera desigual: mientras unos pueblos crecen, otros disminuyen. Los Rhasena civilizados, que necesitaban los goces delicados de la vida y que ya no trabajaban ellos mismos, rodeándose de domésticos y esclavos, haciéndose también servir por mercenarios, no combatían ya en sus propias batallas, y además, gobernados por los sacerdotes, carecían de la iniciativa necesaria para levantarse de un desastre. Por otra parte, los diversos pueblos galos estaban todavía en su juventud guerrera. Rechazados de las regiones danubianas por la llegada de otros pueblos, se habían avanzado en grandes masas á través de los Alpes, en las tierras padanas y hasta en los valles del Apenino. Después una nueva conmoción les hizo franquear el Arno, luego el Tíber: hubo Galos en los montes del Lacio, y más al Sud, hasta la Campania, la «campiña» por excelencia. Una ciudad de las orillas del

Adriático, Sena Gallica (Sinigallia), lleva todavía su nombre. Roma vencida, tuvo que sufrir como dueños ó señores feudales durante una cuarentena de años esos extranjeros, batalladores indisciplinados, que al menos no eran, como lo fueron los Romanos cuando recobraron su fortuna, unos opresores metódicos. Pero el «tumulto» tuvo esta consecuencia, librar á Roma de la rivalidad peligrosa de los Etruscos: la confederación de las Doce ciudades quedó completamente rota [1]. Por un fenómeno análogo al que, después del paso de los Scitas, permitió á los Medas elevarse sobre las ruinas del imperio ninivita, la pequeña nación de las orillas del Tíber sufrió menos de la devastación gala que las ricas ciudades de Toscana: los bárbaros habían trabajado para la última gloria de Roma.

Del lado del Sud, el país, erizado de montañas, era más difícil de conquistar. Los pastores samnitas, valientes y buenos andadores, habituados á combatir al lobo y á sacudir la nieve que cubría las pieles que les servían de vestidos, eran rudos adversarios para los Romanos; sin embargo, la Naturaleza les obligaba á vivir en pequeños grupos exparcidos sobre un vasto territorio cortado por precipicios, por valles profundos, y muy difícilmente podían unirse en ejércitos y combatir un pueblo tan sólidamente constituído y bien armado para la guerra como lo era el pueblo de Roma. Este comienza por apoderarse de las llanuras disputadas, las de la rica Campania, después se prosigue la lucha durante generaciones y con éxitos diversos, en los desfiladeros y sobre las pendientes de las montañas. La tenacidad de los Romanos acabó por triunfar: á la vez que atacando de frente á sus enemigos en los altos valles del Samnio, lograron también rodearles, al Oeste por la Campania, al Este por Apulia; desde los dos lados sitiaron las altas tierras y les cortaron todas las comunicaciones con las ciudades aliadas de la Gran Grecia.

Las guerras de Roma con los Etruscos y los Samnitas permiten apreciar en su valor la posición geográfica de la ciudad con relación al conjunto de la península. Si los elementos étnicos, determinados por medios anteriores, eran favorables á un gran desarrollo de fuerzas en la república Romana, el ambiente geográfico era también á pro-

[1] André Lefèvre, *L'Histoire*, p. 165.

pósito para secundar la fortuna de Roma y darle un ascendiente victorioso sobre las comarcas circunvecinas. Pocas ciudades estuvieron mejor colocadas como centro. Desde el punto de vista puramente local, tenía la ventaja de hallarse en medio de una llanura que forma

N.º 190. Arco montañoso de la Italia central.



anfiteatro entre macizos elevados que le constituyen una especie de muralla, sobre un río navegable y que ha reunido ya todas las aguas afluentes. Roma estaba, pues, relativamente bien situada para servir de mercado á toda la cuenca inferior del Tíber, y la desembocadura

de su río ofrecía al menos cierto abrigo sobre esa larga y peligrosa costa que limita en esos parajes el mar Tirreno.

Pero las ventajas se revelan principalmente cuando se abarca con la mirada el conjunto de la península. La campiña romana se halla exactamente á igual distancia de las dos extremidades de Italia, comprendiendo Sicilia, que es ciertamente una dependencia de la gran tierra. El centro geométrico de la península italiana cae, es verdad, mucho más al Este en la cuenca lacustre del Fucinus, pero esta región está en plena ruda montaña, de acceso difícil, y, desde los dos pies de la cadena, Roma ocupa el del Oeste, donde las llanuras son más ampliamente abiertas, y que baña la más vasta extensión marina. En esta época de la historia, el movimiento de la civilización iba de Este á Oeste en la cuenca del Mediterráneo, y Roma miraba precisamente hacia esas tierras de Occidente, las Galias é Hispania, que á su vez debían ser iluminadas por los rayos del sol levante.

El aspecto del sistema de los Apeninos contribuía en gran parte á las ventajas de Roma como foco de dominación. El circo de colinas y de pequeños montes alrededor de Roma se halla él mismo inscrito en el amplio hemiciclo formado por la curva de la arista principal, que se despliega desde el macizo de los Alpes apuanes hasta los montes de los Samnitas y el recinto de grandes cimas en medio del cual se eleva el Vesubio. Así Roma es el centro de gravedad de ese extenso arco de los Apeninos, lo mismo que del anfiteatro restringido del Lacio.

Si de costa á costa, desde la desembocadura del Tíber á la del Pescara, se tira una línea que pase entre el Gran Sasso y el Monte Amaro, se admirará la simetría del relieve terrestre limitado al tronco de la península; la arista montañosa y el litoral occidental contienen los campos fecundos de Etruria y de Campania y, á las dos extremidades, vienen, por decirlo así, á soldarse al mar: al Noroeste, á lo largo de la Rivera oriental de Génova; al Sud, alrededor del macizo cuya más alta cima es el monte Cervati. Del lado del mar Adriático, la punta de Ancona corresponde á la «Testa» de Gargano y la llanura de Emilia á los ricos pastos de Apulia.

Y no es esto todo: Roma ocupa igualmente el medio natural de un círculo mucho más extenso, aquel cuya semicircunferencia septen-

IMPERIO ROMANO



trional está trazado por el poderoso macizo de los Alpes. Por último, ¿no es Roma el verdadero medio de toda la cuenca mediterránea, y no coinciden de una manera general los límites políticos

191. Relieve de la Península Itálica.



1 : 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

de lo que fué el imperio romano con la vertiente de las tierras que rodean el inmenso depósito del mar Interior? Roma es, en la geografía histórica, el ejemplo perfecto de un punto vital á cuyo rededor los rasgos del suelo describen cuatro círculos paralelos. Cada uno de sus aumentos de poder se apoyaba así en todos los aumentos ante-

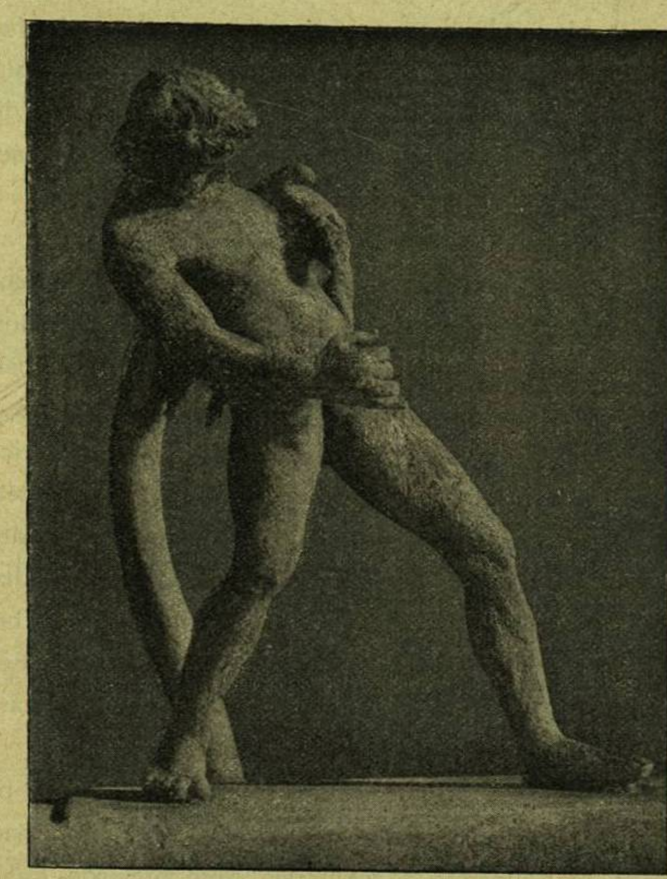
riores: cada progreso se cumplía según un ritmo que era el de la Naturaleza misma. Si Roma ha acabado por perder su autoridad, es que el eje del mundo ecuménico se ha prolongado hacia el Noroeste y que el mismo Mediterráneo ha acabado por no ser más que un simple anexo del territorio civilizado, vuelto en lo sucesivo hacia el Océano.

Esta disposición geográfica de las tierras cuyo centro ocupaba Roma, tuvo por resultado darle durante siglos una extrema solidez en la resistencia. La pequeña nación encerrada en el vasto anfiteatro de las colinas y de los montes, debió reconcentrarse sobre sí misma, darse una vigorosa osamenta, y, por decirlo así, un esqueleto duro y resistente. Antes de extenderse más allá, en los límites del segundo anfiteatro concéntrico formado por los Apeninos, tuvo que asimilarse fuertemente los poblados y naciones circunvecinas hasta constituir una poderosa unidad romana difícil de ser menoscabada. Después se realizó un trabajo análogo durante siglos de lucha con todas las poblaciones del Cis-Apenino, y de la misma manera se hizo, más tarde aún, la absorción de los pueblos de la península Itálica, al sud de los Alpes, del cortejo de islas que completa el horizonte circular: Córcega, Cerdeña y Sicilia y de las franjas insulares del litoral ilirio.

Tal fué, en sus grandes rasgos, la historia de Roma conquistadora antes que pudiera pretender la dominación del mundo. Ciertamente que entró por algo la casualidad feliz en el escalonamiento de sus adquisiciones; se sustrajo al furor de conquistas de Alejandro, que sometía las naciones á miles de kilómetros de su reino paternal, mientras que Roma luchaba todavía por la supremacía sobre las crestas de los montes desde donde los soldados podían descubrir el humo que ascendía de su propio hogar sobre las Siete Colinas. Alejandro de Macedonia murió á la edad de 33 años; su reino se rompió en fragmentos, mientras que Roma se engrandecía; cuarenta años después terminó la dominación del tronco peninsular, sin que ningún sucesor del Macedonio viniera á perturbarla en sus conquistas; pero tres años solamente separan la victoria del lago Vadimón, alcanzada por los Romanos sobre los Galos y sus aliados, — y por la cual los pueblos cispadianos fueron

definitivamente subyugados, — y la entrada en campaña de Pirro, suscitada por la ofensiva contra Tarento. El rey de Epiro, general de la escuela de Alejandro y supuesto descendiente de Aquiles, venía demasiado tarde; su fracaso se explica por el débil apoyo que le aportaron las tribus al sud de la península. Sea por fidelidad, sea por agotamiento completo, sea por desconfianza hacia el extranjero, los Samnitas no se dejaron comprometer seriamente en una nueva lucha contra su vencedor; Pirro fracasó en esta tarea, lo mismo que, después de él, Aníbal, porque no pudo lograr atraerse las ciudades de la Gran Grecia.

Este crecimiento lento y metódico, procediendo por etapas, tiene por corolario la fortaleza extraordinaria de que Roma dió prueba durante sus reveses, después de sus más terribles derrotas: esta constancia en la desgracia, esta confianza en los últimos recursos de la inquebrantable voluntad, tuvo su primer origen en la naturaleza misma del suelo que había hecho la historia romana. La tierra, en su forma y en su relieve, dió al pueblo de la Ciudad Eterna su carácter moral. Pero, como siempre, en el pensamiento de los hombres el efecto se ha



FAUNO EN BRONCE, HALLADO EN LA «CASA NUOVA» EN POMPEYA

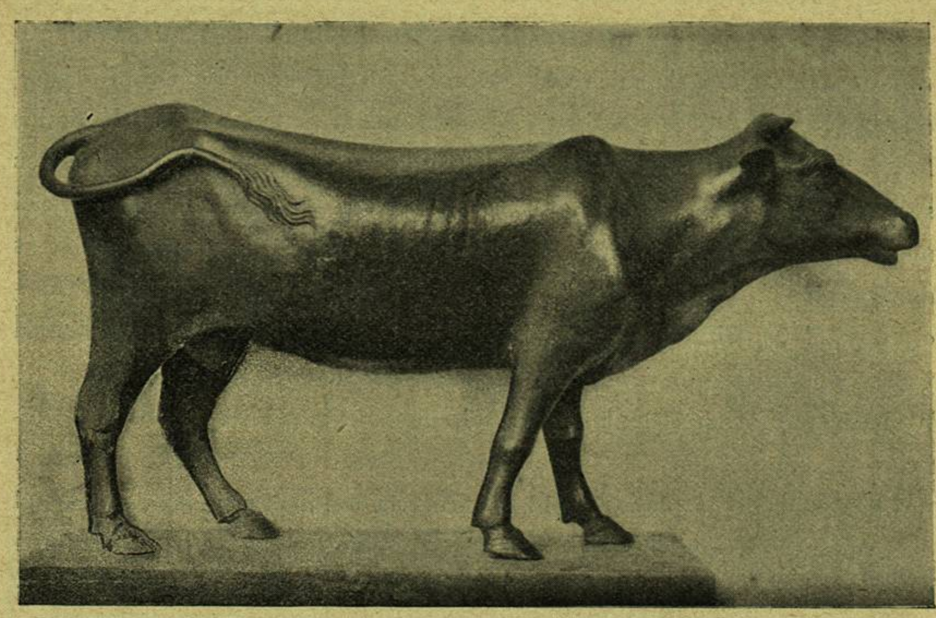
Museo de Nápoles.

antepuesto á la causa: se atribuyó á las virtudes nativas de los Romanos lo que provenía de la misma Naturaleza.

Pero la fuerza de Roma no se gastaba por completo en el acrecentamiento de su imperio, sino que empleaba gran parte de ella en disensiones intestinas. Los diversos pueblos que se habían reunido en la ciudad del Tíber no se distinguían únicamente por el origen, diferían también por las condiciones de fortuna y la posición social; constituían otras tantas clases que, por la fuerza de las cosas, se fundieron gradualmente en dos sociedades de intereses distintos y necesariamente hostiles, los patricios y los plebeyos. La historia interior de la ciudad no refiere sino las peripecias de la continua lucha. La usura agravaba las relaciones entre las dos clases, porque el deudor se convertía en la presa, en la cosa del acreedor. La terrible ley de las «Doce Tablas», destinada á dar á las costumbres locales un carácter de eternidad, demuestra cuán fácilmente caía el pobre plebeyo en las manos de su acreedor. «Que el rico responda por el rico; por el proletario quien quiera... Al tercer día del mercado, si hay varios acreedores, que corten el cuerpo del deudor. Si cortan más ó menos, que no sean responsables por ello. Si quieren, pueden venderle al extranjero, al otro lado del Tíber»[1]. El Shylock de Shakespeare no era más que un resucitado de la antigua Roma. Esa ley atroz, que puesta en acción sobre el teatro nos espanta, es nuestra ley, es nuestro «derecho romano».

Desde los primeros años de la república se produjo una ruptura completa entre patricios y plebeyos. Estos, cansados de la opresión, no habían llegado á rebelarse, pero hicieron huelga, y, saliendo de la ciudad, se retiraron al monte Aventino, después fueron aún más lejos, al monte Sagrado, desde donde amenazaron hacer, con ayuda de las tribus vecinas, una ciudadela de ataque contra Roma. Los patricios tuvieron que parlamentar y, como otros en análoga circunstancia, recitaron, bajo forma apropiada á las costumbres romanas, aquella famosa fábula de los *Miembros y el Estómago*, que sería de una verdad perfecta si en el cuerpo social los miembros recibie-

[1] V. Duruy, *Histoire des Romains*, ps. 208 y 212.



Cl. Giraudon.

VACA DE BRONCE, HALLADA EN HERCULANO

Museo del Louvre.

ran del estómago los amplios alimentos reparadores que les son debidos. Al fin, mediante buenas promesas, volvieron los plebeyos á la ciudad y se logró satisfacerles á medias con concesiones políticas, aunque sin ceder en nada sobre el fondo mismo de la cuestión, puesto que los pobres quedaron pobres, sin derecho á la posesión de la tierra. Sin embargo, la institución de dos tribunos del pueblo, magistrados inviolables, armados del derecho de oponer su *veto* á toda ley que desagradase al pueblo, y aun de proponer otras leyes por vía de plebiscito, hubiera podido ser fatal á la aristocracia romana, si ésta no hubiera tenido cuidado de hacer frente á ese gran peligro, poniendo en práctica un método que ha servido en todo tiempo á las clases directoras amenazadas, pero que en ninguna parte ha sido aplicado con tanta constancia ni con tanto éxito como en Roma: prolongar las guerras exteriores, que quitaban al pueblo la flor de la juventud y de los hombres hechos, desviando hacia el extranjero las pasiones de odio y de venganza. En lugar de dar á los proletarios, en el seno mismo de la República, la parte igual que hubieran podido pretender, se les presentaba el espejismo de la embriaguez de los pillajes futuros.

Y naturalmente, todas esas guerras exteriores, decretadas por patricios, mandadas por otros nobles y destinadas al afianzamiento de su poder sobre la multitud plebeya, fortificaban el partido aristocrático en todo el territorio de las conquistas y hasta más allá de las fronteras en todos los países no anexionados todavía. En Roma, los soldados, divididos primeramente por «mille» — de donde se deriva el nombre de *miles*[1], — formaban detrás de sus jefes, los pobres detrás de aquellos á quienes los despojos de las ciudades habían enriquecido, y el espíritu público, animado por los recuerdos de violencia y las esperanzas de rapiña, se embriagaba de ambición. Fuera de Roma, los patricios de las otras ciudades estaban decididos de antemano á acoger bien á los generales que les libertasen de toda inquietud respecto de la plebe temida. Muchas familias latinas, dice Fustel de Coulanges[2], emigraron á Roma porque no les agradaba el régimen democrático del Lacio y preferían apoyarse sobre el patriciado romano. Asimismo los Volscos y los Etruscos entregaron sus ciudades á los Romanos donde quiera que dominaban aristocracias civiles y sacerdotales. Y después, en el período crítico de la autonomía romana, cuando Aníbal descendió á Italia, todas las ciudades se revolucionaron, no para asegurar su autonomía política, sino para hacer triunfar uno ú otro de los partidos respectivos: en cada comunidad urbana, la aristocracia estaba por Roma, la plebe por los Cartagineses.

Con la política puramente invasora de Roma, las guerras púnicas habían llegado á ser inevitables. Las dos potencias tendían igualmente á la expansión indefinida; los puntos de contacto entre sus territorios se hacían cada vez más numerosos y los choques preliminares eran más frecuentes. Se conocían de larga fecha; al día siguiente de la expulsión de los Tarquinos, un tratado regulaba su derecho respectivo al comercio marítimo, Cartago se prohibía entonces toda incursión sobre el litoral del Lacio, entre la Etruria y el Cabo Circe; ciento sesenta años después, se renovó el pacto sin gran modificación; en la misma víspera de venir á las manos, un nuevo cambio de firmas unía á Roma y Cartago contra Pirro. Por último, cerca de 500 años después de la época fijada por la leyenda para la

[1] R. von Ihering, obra citada.
[2] *La Cité Antique*, p. 449.



Museo del Vaticano. BIREME ROMANA Cl. Alinari.

fundación de Roma, tuvo lugar la ruptura, y aunque, según dijo un general cartaginés, ni siquiera debió ser permitido á los Romanos mojar los dedos en el agua salada, uno de los primeros encuentros fué una batalla naval, cerca del ángulo nord-oriental de Sicilia. Y como suele suceder en los duelos entre prácticos consumados aunque rutinarios y jóvenes inexpertos que se dejan llevar por su franca iniciativa, los menos habituados al balanceo de las olas obtuvieron el triunfo; pero hay que observar también, lo que los patriotas romanos tuvieron oculto, que unos ingenieros y marinos griegos de Sicilia rivales de los Cartagineses, contra los cuales luchaban hacía siglos, se pusieron á sueldo de los Romanos y dirigieron la construcción, el armamento y la dirección de su flota[1].

No hay duda que han de atribuirse á los Griegos los nuevos medios de ataque de que fueron provistos los barcos latinos: eran éstos una especie de picos ó «espolones» que harponaban y retenían

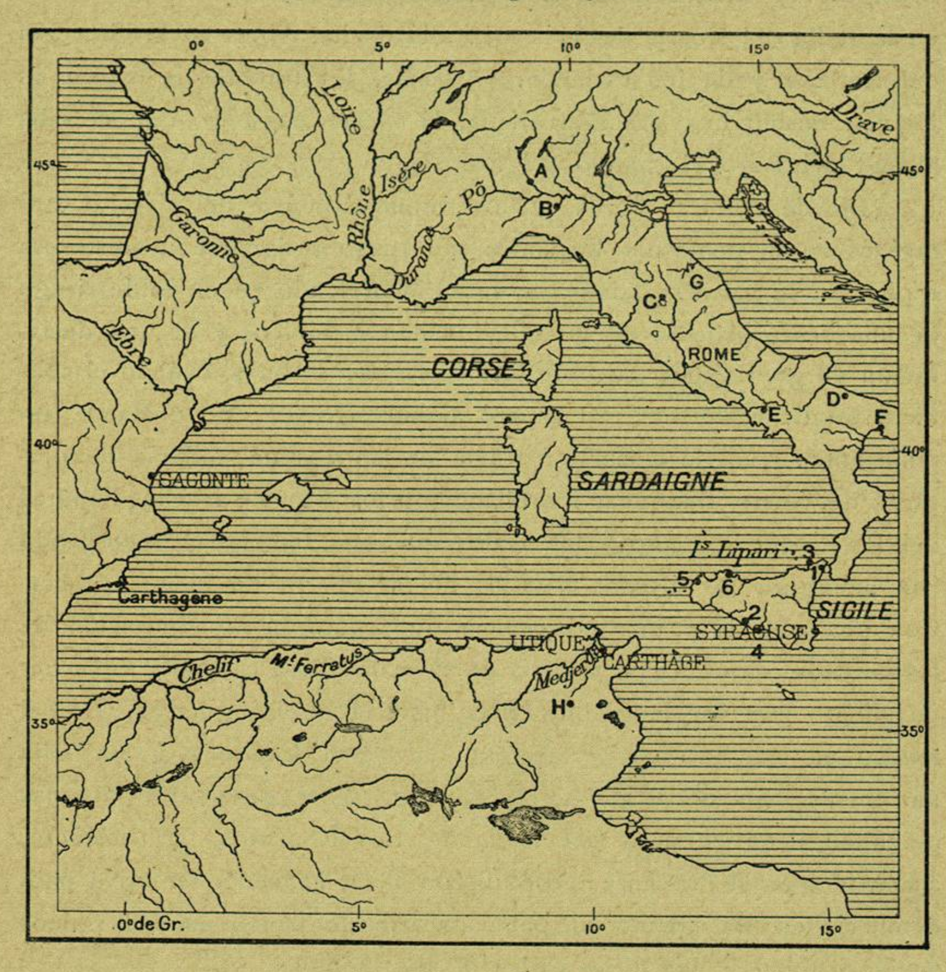
[1] Leopold v. Ranke, *Weltgeschichte*, II, 1, ps. 179 y 180.

los barcos cartagineses durante el abordaje. Estos nuevos aparatos aseguraron la victoria á la flota de Duilio, y fué tal la alegría de Roma por haber aprendido á vencer en el mar como tenía costumbre de triunfar en tierra, que la embriaguez de gloria dió nacimiento á una nueva forma arquitectónica. Todavía en la actualidad, después de veintiún siglos, los constructores clásicos se creen obligados á erigir columnas rostrales.

Á continuación de sus victorias marítimas, los Romanos, comenzando la era mundial de su gran destino, se creyeron bastante fuertes para desembarcar sobre la tierra de África; entregados á sí mismos, los Cartagineses hubieran sido quizá impotentes para rechazar el ataque, pero á la cabeza de sus ejércitos de mercenarios se encontraban generales griegos formados en la escuela de Alejandro. Las fuerzas romanas no pudieron mantenerse al sud del Mediterráneo, y en las aguas de Sicilia, cerca de la península natal, se continuó la lucha. Por último, tras veinte años de esfuerzos, á pesar de los triunfos de Amílcar Barca, ó «El Rayo», que aprendió el arte de la guerra en la escuela espartana, Cartago hubo de abandonar Sicilia, después Cerdeña y Córcega y rebajarse hasta pagar un tributo. Después pasó tres años de terror guerreando sin tregua contra sus propios soldados, gentes de toda raza y de toda lengua, reclutados para el combate y por el botín, y que no habiendo podido entrar á saco en Roma, querían saquear Cartago.

Pero por temibles que sean las armas para aquellos mismos que las manejan, la continuación del conflicto era inevitable, y de una parte y otra se preparaban á sostener el segundo choque. El intervalo de más de veinte años que separa las dos guerras púnicas fué empleado por las potencias hostiles en extender sus territorios alrededor de la cuenca del mar Tirreno. Prolongaron sus brazos, por decirlo así, extendiendo su dominio todo lo posible sobre el litoral mediterráneo que tenía cada cual más inmediato: era ésta una manera indirecta pero eficaz para combatirse. Los Cartagineses se apoderaron de las costas de Mauritania hasta el Océano; Amílcar Barca sometió sucesivamente todos los pueblos de España hasta el Ebro, y dueño de las ricas minas de plata de Cartagena, una «Nueva Cartago», alimentó desde lejos el tesoro de la madre patria. En cuanto á Roma,

N.º 192. Teatro de las guerras púnicas.



1 : 15 000 000

0 250 500 1000 Kil.

PRIMERA GUERRA PÚNICA: Roma se apodera de Mesina (1) . . . . . año de Roma 489
Toma de Agrigento (2), en 492; victoria naval de los Romanos, cerca de Mylae (3). 493
Victoria naval frente á Ecnome (4), 497; los Romanos van á Africa, son derrotados cerca de Túnez, 498, después en el mar, frente á Drepane (5). . . . 505
Amílcar Barca se atrinchera en la montaña que domina Panorme (6), pero la destrucción de una flota de socorro (5) le obliga á pedir la paz. 512
SEGUNDA GUERRA PÚNICA: Aníbal toma Sagunto en 534
Atraviesa los Alpes, derrota los Romanos cerca del Tesino (A) y del Trebia (B). 535
Después cerca del lago Trasimeno (C), en 536; por último en Canas (D), en 537. Muchas ciudades le abren sus puertas, entre otras Capua (E), pero las ciudades griegas permanecieron fieles á Roma, y Aníbal toma Tarento (F), en 540. La fortuna se le vuelve contraria, Capua vuelve á ser tomada, 542; Escipión se apodera de Cartagena y de una parte de España. 544
Un ejército de socorro, bajo el mando del hermano de Aníbal, es destruído en el Metauro (G). 546
Aníbal se retira al sud de la Península, pero Escipión lleva la guerra al Africa y el Cartaginés deja Italia y va á hacerse derrotar en Zama (H). 551
TERCERA GUERRA PÚNICA: Los Romanos desembarcados en Utica, declaran la guerra á Cartago 607

prosiguió la extensión de su territorio completando su dominación en la Italia del Norte, después más allá de los Alpes en la dirección del Ródano y de los Pirineos. Además, los tratados le dieron en España mismo una preciosa aliada, la fuerte Sagunto, que cerraba al sud del Ebro el camino del litoral.

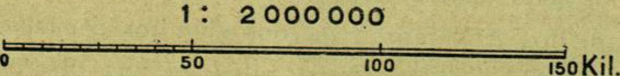
Hijo de Amílcar Barca, Aníbal, nombrado jefe del ejército cartaginés en la península hispánica, no quiso resignarse á sufrir esa espina en su carne. Tomó Sagunto, incurriendo en el doble riesgo de una desaprobación de sus conciudadanos púnicos y de una declaración de guerra por parte de los Romanos; después, cuando el conflicto estalló realmente, no esperó al enemigo. Y, no obstante, no tenía flota: resolvió lanzarse á través de las regiones todavía inexploradas del Norte, franquear los Pirineos y los Alpes é ir á las llanuras del Po, á dar la mano á los Galos que aun temblaban recordando con amargura las últimas batallas de su guerra de independencia. Con una audacia y una presciencia que causaron la admiración de los pueblos, y que hacen todavía de su maravillosa campaña un acontecimiento casi incomparable en la historia de las guerras, Aníbal realizó su marcha casi en secreto; atravesó Cataluña y la Galia narbonense sin oposición seria, aunque se le presentaron algunas dificultades en el paso del Ródano. Los Romanos, no obstante, acampados en la Provenza, no pudieron hacer la menor tentativa para detenerle en su camino ni para atacarle de flanco en sus rodeos hacia el Norte y los altos valles de los montes.

Sólo de una manera muy vaga nos dice la historia escrita cómo franqueó Aníbal los Alpes; pero poseemos la relación de un autor[1] que visitó concienzudamente los pasos de esos montes para seguir el itinerario del gran capitán y referir la expedición según los testigos oculares. En aquella época, sólo había transcurrido medio siglo desde los acontecimientos que refería, y el historiador pudo ciertamente encontrar muchos ancianos que le informaran sobre los detalles topográficos precisos del camino recorrido. Sin embargo, Polibio, á quien no interesaba la geografía de los Alpes, y á quien la falta de grandes ciudades, de lugares de abastecimiento y de campos de

[1] Polibio, III, 49,6 á 56,4.

N.° 193. Itinerario de Aníbal á través de los Alpes.





Itinerario de Aníbal: según Montanari (1900), — línea llena, garganta del Monte Genevre, — según Paul Azan (1902), — línea puntillada, garganta del Pequeño Mont-Celis, — según Konrad Lehmann (1905), — línea discontinua, Pequeño San Bernardo.

Las letras marcadas en el mapa indican los mismos pasos que los indicados en el mapa n.° 196, página 477, pero la letra K debería hallarse en la línea puntillada.

batalla autorizaba á no localizar las etapas de la región, se limita á hablar de la travesía de las montañas de una manera muy general y hasta quizá con la preocupación de disminuir el mérito del gene-

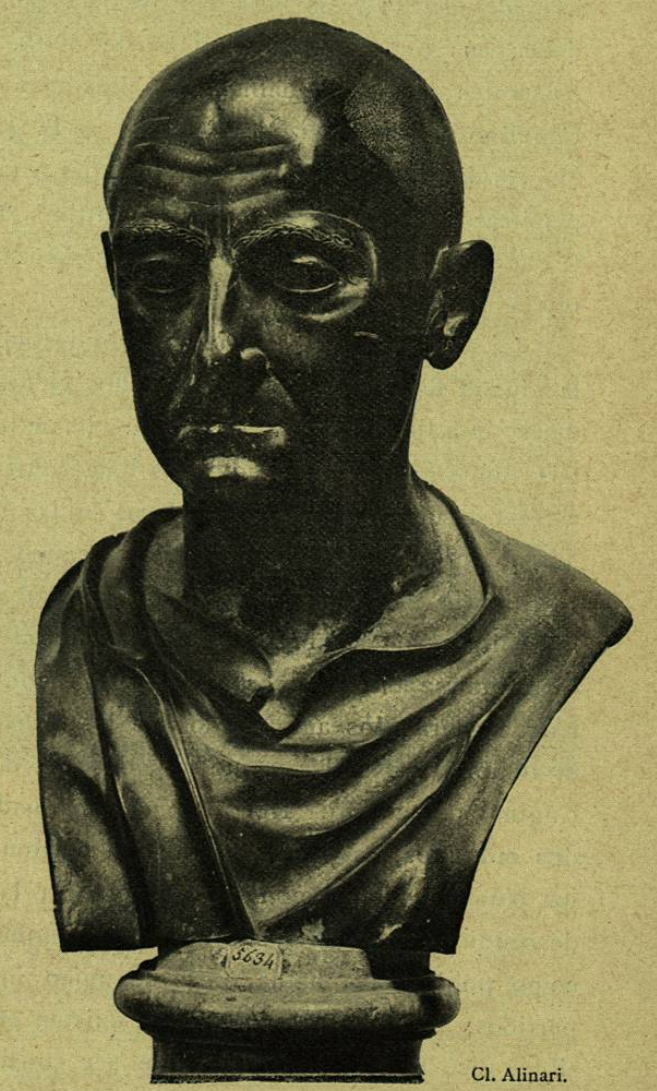
ral cartaginés desde el punto de vista estratégico: siendo muy amigo de los Fabios y de los Escipiones, no querría agraviarlos ocupándose con demasiada extensión de su ilustre rival. La derrota final de Aníbal autorizaba al narrador hasta el empleo de la ironía hablando de los altos hechos del Cartaginés.

La obscuridad del texto de Polibio, que no se disipa con las narraciones de Tito Livio, con cien años de posterioridad, y que se espesa todavía más con las memorias de los mil comentadores, es tan grande que, para designar el paso de los Alpes escogido por Aníbal, se ha podido dudar entre los diversos collados que se suceden de Sud á Norte, luego al Este, desde el de Argentiere al San Gotardo, sobre un desarrollo total de unos 400 kilómetros: todas las sendas frecuentadas por los montañeses han sido enumeradas como trazadas ó ensanchadas por el famoso Cartaginés; pero, aunque el camino que remonta á lo largo del Isere tenga muchos partidarios, la mayor parte de los historiadores modernos consideran el paso del monte Genevre, entre el Briançon, sobre el Duranza, y Suza, sobre el Doria Riparia, como el lugar de escalo escogido por Aníbal siguiendo el consejo de sus guías alóbrogos [1]. Allí encontraría indudablemente menos dificultades; debieron de ser grandes, sin embargo, puesto que en el tiempo empleado en franquear los Alpes perdió la mitad de su ejército. Algunos elefantes, unos hombres de tez bronceada, hasta negros, que habían descendido hasta la llanura del Po como caídos de las nubes, daban un aspecto extraño á aquel ejército de extranjeros, á cuyo encuentro se apresuraban los Romanos. Demasiado tarde, sin embargo, porque los Cartagineses, unidos á los Galos insurrectos, rechazaron sucesivamente del otro lado del Po y de los Apeninos á los dos ejércitos consulares que primeramente se había enviado contra ellos en una dirección muy diferente, uno á Sicilia y otro á España. ¡Extraordinario cambio de frente que hubieran debido operar repentinamente todas las fuerzas de Roma!

Pero Roma no debía sucumbir. Por gran capitán que fuese Aníbal; por prodigiosamente hábil que hubiera sido para aprove-

[1] Ernest Desjardins, *Géographie de la Gaule romaine,* II y III, ps. 259 y 268.

charse de las ventajas que le presentaran el campo de batalla, las condiciones del medio y el estado moral de las tropas, no dejaba de ser un extranjero, dueño solamente del terreno donde acampaba. Para luchar victoriosamente contra Roma, que rodeaban aliados y que conservaba sus libres comunicaciones marítimas, hubiera debido apoyarse sobre pueblos amigos y no perder el contacto con la madre patria. Pero los Galos sólo le ayudaron á medias, el rey de Macedonia no fué más que un aliado incierto, y aunque hubiera logrado, por un rodeo al este de los Apeninos, acantonarse en la Italia meridional, en la proximidad de Libia, no hubiera podido recibir de Cartago sino socorros muy irregulares en hombres y en dinero, porque el mar no le pertenecía. Sin embargo, hubiera podido mantenerse durante quince años sobre el territorio del enemigo, desplazando su reino con su ejército. Los Romanos, á su vez, siguieron su ejemplo llevando la guerra fuera de Italia, á Sicilia, á España, y después, con Escipión, hasta delante de Cartago. He ahí cómo el genio personal de Aníbal no pudo nada contra un hecho geográfico, la posición dominante de Roma comparada con la de Cartago, árbol de poderoso ramaje pero de raíces débiles.



Cl. Alinari.

ESCIPIÓN EL AFRICANO

Museo de Nápoles.

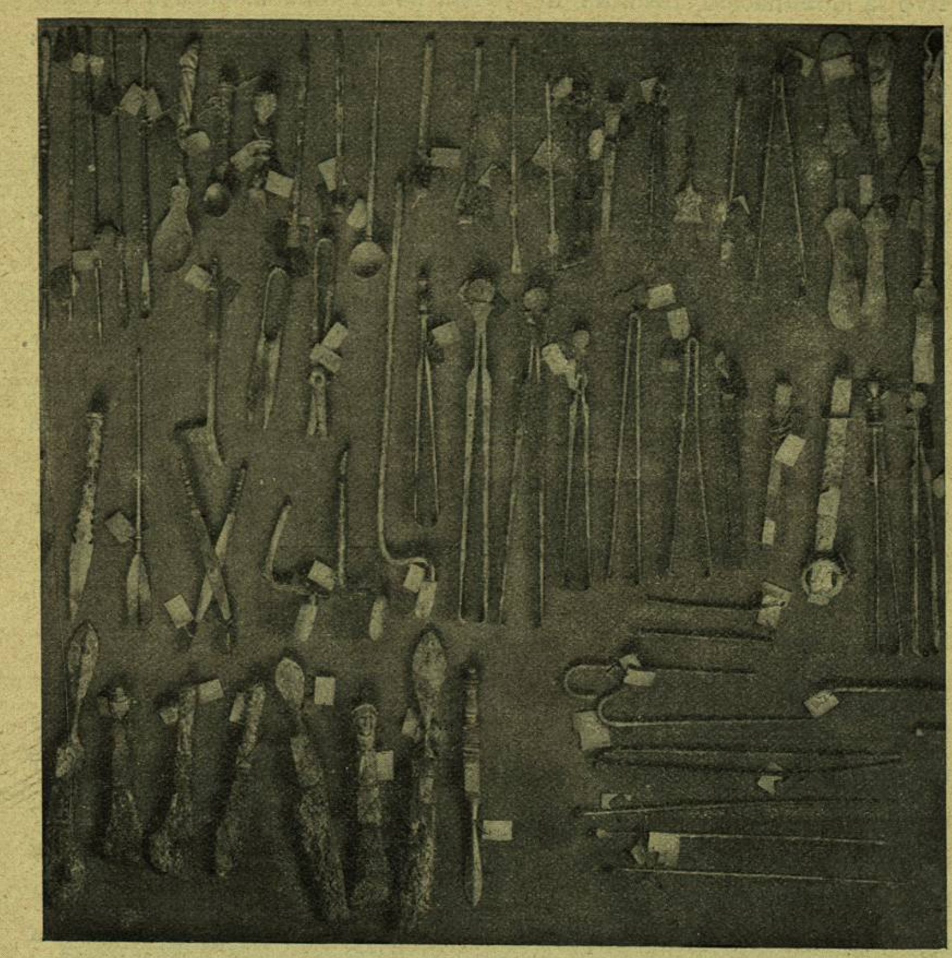
Forjada de nuevo por la terrible guerra, la potencia romana salió de la prueba más sólida y más extensa que en el período precedente. Á la Italia toda entera, absolutamente sometida, el imperio añadía en lo sucesivo el litoral mediterráneo de las Galias, las tres grandes islas del mar Tirreno, las Baleares, la península Ibérica, sus ciudadelas, sus puertos y sus minas de plata. De rechazo, los aliados orientales de Aníbal habían sido igualmente arrastrados como en un remolino por la fuerza de atracción de la gran ciudad conquistadora. Macedonia y Grecia se hicieron una presa fácil; los ejércitos romanos penetraron en el Asia Menor, mientras que en África, vigilando á Cartago, esperaban una señal para comenzar de nuevo la guerra contra la ciudad púnica.

La señal la dió Roma medio siglo después de la derrota de Aníbal: la ciudad donde se contaban muchos cientos de miles de habitantes, dícese que llegaban á 700 000, que vivían por el comercio y la industria, fué tomada y entregada á las llamas, para no renacer jamás como capital de imperio, y los vencedores cuidaron de que sus aliados africanos no sucediesen á Cartago en la dominación del territorio de Libia.

Por lo demás, la raza berebere estaba demasiado exparcida en los valles y en la cima de las montañas de Mauritania para que pudiera unirse en un cuerpo de nación con una sola voluntad. Los Numidas eran los antepasados de los que llevan hoy en Mauritania el nombre de Kabilas y que son, después de los Tuaregs, el tipo más original de la raza. No habiendo cambiado el medio durante esos dos mil años, es probable que las costumbres y la vida política de los Numidas fueran con corta diferencia las mismas que las de sus descendientes: se dividían en tantas pequeñas repúblicas autónomas como poblaciones había, pero se unían individualmente en grandes partidos, análogos á los *Çof* que existen en nuestros días. «Es posible, dice Renan, que hayan de ser considerados los Masinisa, los Syphax y los Yugurta como jefes de *Çof* unidos alternativamente á la fortuna de los Romanos ó de los Cartagineses»[1].

Sin embargo, esa raza incierta y movediza, que los pueblos civilizados del norte del Mediterráneo despreciaban como bárbara, no

[1] *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 345



Cl. Alinari.
INSTRUMENTOS DE CIRUGÍA HALLADOS EN POMPEYA
Museo de Nápoles.

dejó de alcanzar un rango muy elevado en la antigua historia de la cultura, puesto que desde las primeras edades en que se halló en contacto con los Cartagineses, poseía ya un sistema de escritura propia que no parece haber servido á otras naciones[1], y se encuentra solamente en las costas mauritanias y en el Sahara: la inscripción berebere más antigua que se haya encontrado es la de Tugga, en Túnez, donde está asociada á un texto púnico.

Después del desenlace del conflicto que aseguraba para lo suce–

[1] A. Hanoteau y A. Letourneux, *La Kabylie et les Coutumes kabyles.*

sivo la dominación absoluta de Roma sobre toda la cuenca del mar Interior, parecía cerrado definitivamente un período de la historia: todo el mundo conocido pertenecía á la triunfante república romana. Fuera del territorio conquistado, se entraba en seguida en las regiones misteriosas habitadas por los bárbaros ó por unos pueblos del Oriente que los Romanos conocían únicamente por mediación de los Griegos. Podían decirse ya los «Dueños del Mundo». En esta situación extraordinaria de eminencia política, Roma, cuya fuerza de expansión se encontraba, por decirlo así, casi paralizada por falta de territorio que conquistar, había de limitarse, respecto del exterior, á la defensiva contra las invasiones posibles de los bárbaros, y á aplicar casi todas sus fuerzas á resolver las dificultades interiores: un trabajo de digestión iba á suceder al enorme acrecentamiento que acababa de adquirir el organismo romano.

Las continuas guerras de que Roma había salido victoriosa, habían fortificado el carácter esencialmente aristocrático de su gobierno, resultando que los legionarios habían en realidad ganado todas las victorias contra su propia clase de proletarios y de pobres. Las conquistas romanas habían tenido además otro resultado: el de hacer converger grandes riquezas hacia la ciudad dominadora. Todo el dinero acumulado se hizo el objeto del respeto universal, y los patricios, que contaban en su clase á casi todos los enriquecidos, añadieron al prestigio de su nacimiento el que da la posesión de los tesoros. Hasta los plebeyos que pedían tierras no pensaban en pedir la repartición de las propiedades ya caídas en manos de los ricos; se limitaban á querer su parte de las tierras públicas.

Así resultaba que todos los poderes pertenecían á la misma clase. Sólo los ricos eran magistrados, porque eran los únicos que podían comprar los cargos; ellos solos eran senadores, porque el censo, que permitía obtener esta función, necesitaba la opulencia del candidato. Nada da idea más clara de esa oligarquía que el simple hecho citado por Duruy: desde el año de Roma 453 al año 603, se nombraron trescientos cinco cónsules, ¡nueve familias suministraron por sí solas ciento setenta y cinco de esos magistrados! El poder pertenecía, pues, á la fortuna, si no siempre en los negocios interiores, porque había á veces que temer insurrecciones populares, á lo menos en



Cl. Brogi.

CIRUJANO CURANDO Á ENEAS HERIDO
Pintura mural de Pompeya.

todas las cosas de la política exterior. En esta parte, el Senado era dueño absoluto. Él recibía los embajadores, concluía las alianzas, distribuía las provincias, repartía las legiones, ratificaba los actos de los generales, determinaba las condiciones impuestas á los vencidos. Tenía en mano el ejercicio de todos los poderes que en las ciudades republicanas pertenecía antes por completo á la asamblea popular [1].

[1] Fustel de Coulanges, *La Cité Antique*, p. 452.

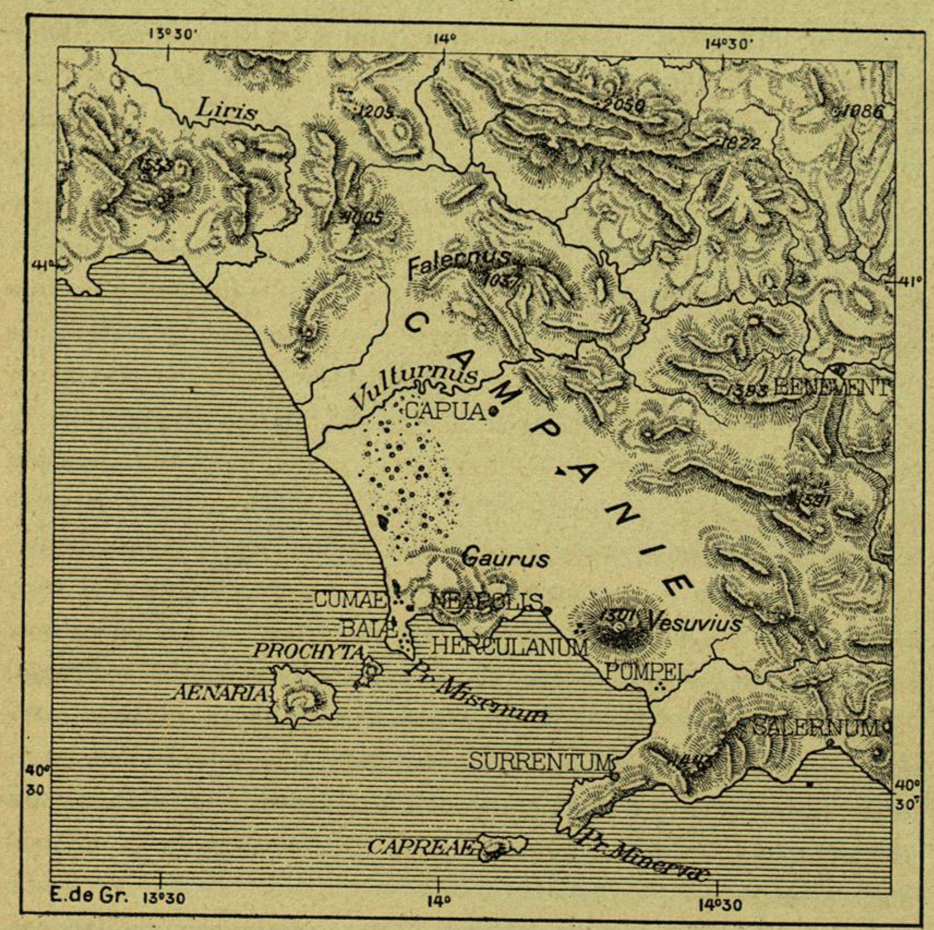
Para combatir con éxito esta omnipotencia del Senado romano, hubiera sido preciso que los oprimidos, los ofendidos y los humillados de toda clase y de todo origen se hubiesen unido en sus reivindicaciones, pero, al contrario, permanecían enemigos los unos de los otros. Ni aun supieron sostener eficazmente á los Gracos, que, conmovidos por la miseria del pueblo, los progresos de la esclavitud y la ruina de los campos, hicieron traición á los intereses inmediatos de su propia clase y se empeñaron en combatir los males por una serie de leyes limitando la gran propiedad, instituyendo colonias agrícolas y concediendo más derechos á los Latinos y á los Italianos. El odio de los patricios y la ignorancia de aquellos cuya defensa tomaban, hicieron desaparecer pronto esos reformadores. Después de ellos los conflictos no hicieron más que envenenarse, pero tomaron la forma de una lucha entre dos dictadores. Mario y Syla, César y Pompeyo, Octavio y Antonio, uno de los cuales pretendía anonadar las reivindicaciones plebeyas. Los pueblos aliados que combatían las batallas de Roma, que le ayudaban en sus expediciones contra Iberia y Cartago, contra los Galos y los Macedonios, reclamaban el derecho de ciudad que se había concedido á los Latinos, pero este derecho no pudieron obtenerle sucesivamente sino después de largas guerras intestinas, de que Merimée nos ha trazado un cuadro espantoso [1], y aun la fundación en el centro de la península de una nueva Roma, designada bajo el nombre de Itálica, después Corfinium, como para simbolizar el derecho igual de todos los Italianos á la dominación del mundo.

En cuanto á los proletarios de Roma, continuaban agitándose, no para tener parte igual que los patricios — su ambición no era tan alta, — sino para aumentar su porción de botín sobre los pueblos conquistados. Las guerras civiles, causadas entre las clases por los apetitos y las ambiciones en lucha, fueron tan sangrientas como las guerras exteriores: las proscripciones sucedieron á las proscripciones, las matanzas á las matanzas; pero donde desapareció todo sentimiento de piedad, donde la bestia humana se mostró en toda su ferocidad, fué en las guerras serviles. En tales conflictos no se podía

[1] Prosper Merimée, *La Guerre Sociale*, ps. 140 y 163.

tener por ambas partes más objetivo que el asesinato. Objetos de horror y de espanto para todos los hombres, los esclavos no podían

N.º 194. Campania.



Herculano, ciudad contemporánea de Troya, según dice la leyenda, estancia veraniega de patricios, de coleccionadores y de artistas, fué sacudida por un temblor de tierra en el año 63 de la era vulgar, y dieciséis años después, cuando la erupción inesperada del Vesubio, fué cubierta por una corriente de barro que se solidificó en un cemento muy duro. Pompeya era ante todo una ciudad de comercio y de placer, las deyecciones volcánicas que le enterraron fueron mucho menos espesas y más blandas que las de Herculano, de modo que los fugitivos pudieron, después de la catástrofe, recobrar algunos de sus objetos más preciosos.

Véanse los grabados páginas 451, 453, 463, 465, 469 y 470.

sino devolver odio por odio, matar, y después morir á su vez. Según la definición misma de la esclavitud, ningún esclavo tenía derecho á

la justicia; fuera inocente ó culpable, el hecho importaba poco á su amo, éste tenía el derecho de suprimirle. Según una antigua ley romana, que no siempre fué ejecutada porque á ello se oponía el interés del propietario, todos los esclavos que, en el momento de ser asesinado un patrón, habían habitado bajo el mismo techo que el asesino, debían morir. Durante el reinado de Nerón tuvo lugar uno de esos abominables sacrificios, con el riesgo de un gran levantamiento popular, sobre toda una «familia» de 400 servidores, por decisión expresa del Senado; un alto funcionario fué asesinado por uno de sus esclavos, al que había negado su emancipación después de estipulación formal del precio, y los manes de ese personaje, poco honorable pero patricio, debieron ser satisfechos por la sangre de todo el que había vivido bajo el mismo techo.

Los horrores de la esclavitud á domicilio traían consigo, por la solidaridad del crimen, los horrores de la trata en todo el mundo romano y más allá de sus fronteras. Era necesario proveer de domésticos y de trabajadores los palacios y las quintas de los patricios, y de todas partes se procuraba suministrar esa caza. Gobernar bien era despoblar el imperio para aumentar el cortejo de los poderosos, y la guerra no bastaba siempre para llenar las ergástulas; se necesitaba también la intervención del comercio «legítimo». Había categorías de mercaderes que se habían dedicado á la especialidad de la trata, sobre todo en los países de Oriente, donde se entremezclaban poblaciones de orígenes bien diversos. Los Cilicianos eran especialmente grandes piratas, bandidos y mercaderes de esclavos. Provistos de cautivos por las guerras de Siria, se desembarazaban rápidamente de su mercancía humana, merced á la proximidad del mercado de Delos, que en un día podía recibir y despachar muchos miles de esclavos, de donde se originó este proverbio tan frecuentemente citado: «¡Vamos, pronto, mercader, aborda y descarga, que todo está vendido!» Roma devoraba incesantemente esas presas [1].

Sin embargo, en ese grupo abyecto de la servidumbre, se formaba también una cierta aristocracia entre los esclavos, porque había entre ellos quienes se hacían indispensables á sus amos. Tales eran

[1] Strabon, *Géographie*, lib. XIV, § 2.



CALLE DE LA ABUNDANCIA EN POMPEYA — Cl. Brogi.

los Griegos, que se dedicaban al cuidado y á la instrucción de los niños, á la teneduría de libros, á la redacción de cartas y á la gerencia de las rentas y de las propiedades. Se tenía demasiada necesidad de ellos para no sujetarlos por otros lazos que el de la propiedad legal, y la mayor parte de ellos, desde la primera ó segunda generación, entraban en la clase de los emancipados, que por su situación indecisa entre patricios y plebeyos, constituían un nuevo elemento de desmoralización. Así fué como, aunque conquistada Grecia, Roma se halló conquistada á su vez, y no solamente por mediación de los hombres libres, filósofos, escritores y escultores, todos gente de alta cultura, sino también por la colaboración de los esclavos. ¿No se vió á Catón el Censor, el rudo enemigo de los Helenos y del helenismo, obligado por la fuerza de la opinión, por el decoro, estudiar la lengua griega á la edad de ochenta años?

La obra de los «Gréculos», así designados despreciativamente por los viejos conservadores romanos, fué una obra doble. Mientras suavizaban las costumbres de los bárbaros nacidos de la Loba,

les enseñaban la bella lengua de Homero, las artes y la filosofía de Atenas, no podían aportarles las altas virtudes de los que habían engrandecido á Grecia: esclavizados ellos mismos, acostumbrados á adular á los vencedores, sometidos á humillantes bajezas, practicaban en su mayor parte los vicios de la servidumbre al mismo tiempo que recitaban las dignas palabras dichas por sus abuelos. Sin embargo, no faltaron Griegos que desdeñaron relacionarse con los conquistadores de su patria: hubo quienes, orgullosos de su origen, de su lengua y de su civilización, se negaban á aprender el latín, hasta cuando el destino les obligaba á residir en Roma: no admitían que un hijo de Helena pudiera rebajarse á conocer otra literatura que la de sus gloriosos antepasados. Á los ojos de los vencidos, los conquistadores no dejaban de ser bárbaros, y cuando surgieron escritores entre esos Latinos despreciados, hubo griego de Roma que afectaba no conocer siquiera sus nombres [1]. Se llegó al caso, respecto de escritores latinos de nacimiento, tales como Marco Aurelio, de escoger la lengua griega como medio de conocer sus pensamientos escritos.

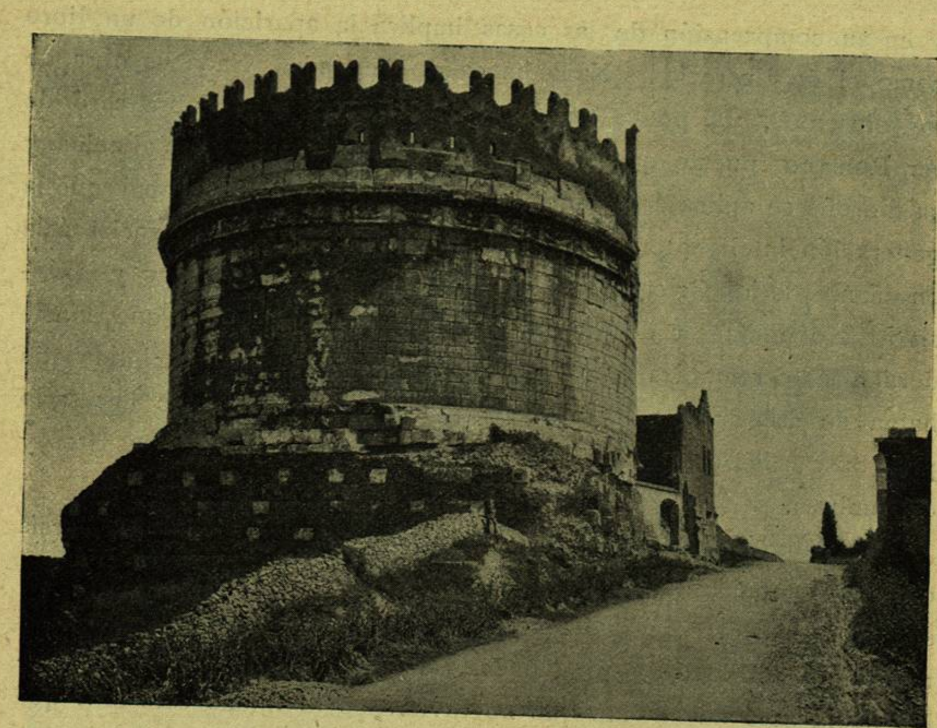


Cl. Brogi.

CADÁVER DE HOMBRE ENCONTRADO EN POMPEYA

Doscientos á trescientos cuerpos y esqueletos fueron encontrados en Pompeya, una decena solamente en Herculano.

[1] André Lefèvre, *L'Histoire*, p. 197.



Cl. Alinari.

ROMA — TUMBA DE CECILIA METELA EN LA VÍA APIA

El despertar de la literatura latina, que existía en potencia en el fondo nacional, se debió ciertamente al genio evocador de Grecia. El primer escritor en fecha del período greco-latino, Andrónico, que vivía hace veintiún siglos y medio, fué un esclavo tarentino todavía designado por el nombre Livio, de su amo, Livio Salinator. No solamente aprendieron los jóvenes patricios el griego en casa de este emancipado, sino que estudiaron también el latín en su traducción de la *Odisea* y en sus cantos sagrados. Nævio, el soldado que cantó la primera guerra púnica, y Plauto, el viajante umbrio, compusieron también sus poemas y sus comedias según modelos griegos. Ennio, el centurión que refirió la epopeya de Roma desde Eneas hasta las guerras de Macedonia, era un Mesapio de la Gran Grecia, como Livio Andrónico, y ¿no escribió Lucrecio la *Naturaleza de las cosas* dictada por Epicuro? El filósofo griego y el gran poeta romano se nos presentan bajo una misma gran figura cuyo recuerdo no perecerá sino con el pensamiento humano.

¡Pero qué cambios tan considerables en el fondo del alma romana

rias, confunden instintivamente la idea de Roma con la del derecho. Á creerles, podría pensarse que ninguna otra nación había tenido antes que los Romanos la concepción de las relaciones de justicia y y de equidad que deben establecerse entre los hombres y mantener el equilibrio social. Es cierto en todo caso que el pueblo de Roma, muy práctico en su apreciación de las cosas, es el primero que haya reconocido claramente el dominio particular del derecho, habiendo distinguido desde los orígenes entre el derecho divino y el derecho humano, entre la religión y la jurisprudencia. No lo hicieron así sus antecesores, ni los Griegos, á pesar de la claridad de su juicio. Los Hindus entremezclan en toda su enseñanza nociones morales, nociones religiosas y nociones jurídicas; todavía en nuestros días entre los Árabes la ley civil se confunde absolutamente con los deberes religiosos [1].

Hacia el fin del período republicano, el mundo político romano, que abrazaba ya en toda su extensión el territorio mediterráneo, hubiese alcanzado su equilibrio normal si no hubieran quedado en muchos puntos de su contorno fronteras indecisas, y, más allá de esas fronteras, bárbaros que pertenecían á otro ciclo de cultura muy diferente. En el interior de la península Italiana, la red de los grandes caminos militares era completa: la vía Apia descendiendo hacia el Sud y la vía Flaminia franqueando los Apeninos, eran los dos troncos mayores sobre los cuales venían á ramificarse las vías laterales, una de ellas, la vía Emilia, tan importante y tan necesaria, que el país atravesado por ella ha conservado su nombre, — Emilia, — hasta nuestros días. En toda Italia podían transportarse las tropas rápidamente á los lugares amenazados. En las fronteras, la parte más vulnerable del imperio era precisamente esa barrera de los Alpes que parecía subir hasta el cielo y cerrar todo paso á los enemigos, aunque había sido frecuentemente franqueada, primeramente por los Galos, que habían ocupado toda la mitad septentrional de la península Itálica, después por los ejércitos de Aníbal, y los Romanos mismos habían aprendido de sus adversarios á aventurarse en esa región de las nieves. En realidad las vías transalpinas habían existido en todo tiempo, y la importancia del movimiento que allí

[1] R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, ps. 69 y siguientes. — Ernest Nys, *L'Inde aryenne*, p. 11.

se producía estaba determinado de antemano por la fuerza de atracción mutua de las poblaciones que habitaban las dos vertientes. En

N.º 195. Provincias y Caminos de la Península.



Como sucede con los términos Asia y África, el nombre de Italia no se aplicó en un principio sino á una pequeña porción del territorio que designa actualmente; era el «pie de la bota italiana», la subpenínsula llamada también Bruttium, la Calabria actual. Este último nombre había sido aplicado primitivamente á la lengua de tierra mesapiana.

El emplazamiento de la ciudad de Bononia, Bolonia, la antigua Felsina de los Etruscos, mucho tiempo ocupada por los Galos, es erróneo; se hallaba sobre la vía Emilia.

los orígenes de la historia escrita hubo ciertamente un vaivén incesante entre las poblaciones galas de los valles del Ródano y del Po,

siendo precisamente los caminos seguidos los que indicaban de antemano los valles abiertos lateralmente entre los macizos y las brechas de las gargantas que recortan la arista suprema. No hay duda que los obstáculos eran grandes durante las largas lluvias, las tormentas de nieve y en la estación de las avalanchas, pero en tiempo de estío y en el primer otoño el escalo no ofrecía dificultad que pudiera atemorizar á hombres válidos. Desde las edades más remotas estaban trazados los senderos por las bestias y los hombres, evitando los valles cerrados y los precipicios, y sobre vastos espacios se extienden los céspedes de las altas pendientes deliciosos de pisar.

Esa supuesta frontera constituída por la cresta de los montes no tiene, pues, el carácter de límite que las convenciones políticas han acabado por darle, apoyándola sobre líneas de aduanas, sobre fortificaciones y cuarteles, sobre cordones de gendarmes y de «cazadores alpinos». Las cimas, en la naturaleza libre, para viajeros que no tienen necesidad de pasaporte ni de visto bueno, apasionan por el efecto normal que produce la ambición de llegar á ellas, el alegre orgullo de haberlas alcanzado. De hecho, el verdadero límite de los países no es la línea ideal que une cima á cima, sino la base de los escarpes, allí donde se produce el contraste entre las prácticas del cultivo, entre las industrias locales, las costumbres, el ritmo de la existencia. En todo tiempo las poblaciones de los Alpes, como las de las otras regiones de montañas, antes de las conquistas y las anexiones sistemáticas y militares de las edades modernas, presentaban el mismo tipo y pertenecían casi siempre á la misma raza, á la misma lengua sobre las dos vertientes opuestas. Guiados por montañeses amigos, los mercaderes y los viajeros encontraban, pues, un camino fácil desde la Galia cisalpina á la Galia transalpina, de Italia á Francia; pero los que se presentaran como enemigos se exponían á encontrar gentes emboscadas detrás de cada roca; el gran arte de los conquistadores consistía en crearse alianzas y en asegurarse guías fieles.

Las vías más frecuentadas están marcadas por la Naturaleza: se las podría enumerar por el examen de los mapas, si no hubiese respecto de ellas el testimonio de los autores antiguos. El primero de esos pasos alpinos, al sud de la cadena, es la garganta del Tende,

que reune los valles del Stura y del Roya; después se suceden de Sud á Norte, la garganta de Larche ó de la Argentiera, entre Cuneo y

N.° 196. Travesía de los Alpes.
(Véanse págs. 476 á 478)



1: 7 500 000

0 100 200 300 400 500 Kil.

Gargantas seguramente practicadas por los Romanos:

A. Garganta de Tende	á	1873	m. altura.	F. Gran San Bernardo	á	2472	m. altura.
B. » » Larche	»	1995	»	G. Simplón	»	2020	»
C. Traversette	»	1854	»	H. Malser Heide	»	1487	»
D. Mont Genevre	»	1834	»	I. Garganta de Tarvis	»	814	»
E. Pequeño S. Bernardo	»	2157	»	J. » del Peral	»	548	»

Gargantas de los caminos que no se atravesaron probablemente hasta tiempos posteriores:

k. Pequeño Mont Cenis á 2201 ms.; Gran Mont Cenis á 2091 ms.; garganta de Frejus, subfranqueada por el túnel, 2528 ms.				*o.* Bernardino	á	2063	m. de altura.
				p. Splügen	»	2117	»
				q. Septimer	»	2311	»
l. Monte Morro	á	2862	m. de altura.	*r.* Maloja-Julier	»	1811-2287	»
m. Gotardo	»	2114	»	*s.* Albula	»	2318	»
n. Lukmanier	»	1917	»	*t.* Brenner	»	1362	»

Barcelonette, la «travesía» del Viso, entre Saluzzo y Embrun, el «monte» Genevre, que une Turín y Pinerolo á Briançon, la corriente

del Po á la del Duranza. Actualmente, el «monte» — es decir, el paso — llamado Mont Cenis se ha convertido en el gran camino entre Turín y el alto valle de Isere, pero los Romanos no lo practicaron, y no comienza á apuntar en la historia sino después de la caída del Imperio y la invasión de los Bárbaros. En el ángulo del sistema alpino, allí donde los macizos helvéticos suceden siguiendo otra alineación de las montañas de los Alobrogos, los dos pasos del Pequeño San Bernardo y del Gran San Bernardo unen la llanura del Po á las campiñas del Ródano y del Leman. Unos templos, tanto más venerados cuanto que los pasajeros corrían mayores peligros escalando la montaña de donde se desprenden las nieves ó soplan las tormentas, estaban allí dedicados á los dioses protectores. El Gran San Bernardo estaba especialmente dedicado á Júpiter y fué conocido con el nombre de Mont Joux.

En el norte de Italia, el collado del Monte Morro, que rodea al Este el macizo del Mont Rose, uniendo el valle de Macugnaga y el valle rodánico de Saas, era quizá conocido de los Romanos; el del Simplón lo fué ciertamente: desde el final del segundo siglo de la era vulgar, estaba franqueado por un camino estratégico. En cuanto al Gotardo, hoy el más importante de todos los caminos alpinos de Suiza, era ignorado, é ignorado quedó hasta la mitad del siglo XIV, sobre todo á causa del obstáculo que el lago de los Cuatro Cantones, con sus prolongaciones bizarras, aportaba á las comunicaciones entre las vertientes. Los caminos del Lukmanier, del Bernardino, del Splügen, del Septimer y de la Albula pertenecen también al final de la Edad Media [1]; pero los pasos eran indudablemente practicados por los montañeses rhetios; el nombre de la garganta vecina, el Julier, que comunica lateralmente con el dintel de la Maloja, tiene probablemente por origen la existencia de una columna erigida en la cima del collado en honor de Jul (Yul), el dios del Sol. Los Rhetios utilizaban también el camino de la Engadina, y sobre todo el de Brenner, á lo largo del cual se han encontrado gran número de objetos de toda clase, debidos á la industria pre-romana. Pero los mismos Romanos parecen haberle evitado durante mucho tiempo

[1] A. Hedinger, *Handels-trassen über die Alpen in vor und frühgeschichtlicher Zeit*, «Globus», 15, IX, 1900.

para seguir al Oeste el camino mucho más largo pero menos penoso, que remonta el valle de Adige y, por el Malser Heide actual, vuelve á descender al valle de Inn. En la época en que fué construída esta vía por Druso el Antiguo, bajo el reinado de Augusto, los Romanos tenían solamente el Rhin por objetivo del lado de Germania; fué después cuando ganaron las comarcas del Danubio.

En los Alpes orientales, los dos pasos que hacen comunicar las orillas del Adriático con los valles del Drave y del Save, conocidos en nuestros días con los nombres de Plekenpass y de Saifnitzpass (gargantas de Predil y de Tarvis), fueron también practicados, pero el dintel de salida por donde se



Cl. Alinari.

PUERTA ROMANA Y CIUDADELA DE SPELLO, ETRURIA

hizo en todo tiempo antes de la época romana el gran movimiento de los hombres y de las cosas entre las dos vertientes; luego, cuando la gran expansión de Roma, y después, en la Edad Media, es el que se denomina garganta del «Peral», que atraviesa el Karst, baja otra vez al valle del Save y se ramifica en seguida en diversas direcciones hacia el Danubio germánico y húngaro. Este paso, en el ángulo nord-oriental de la península Italiota, es tan importante como el Gran San Bernardo en el ángulo nord-occidental: entre estos dos caminos, los Alpes helvéticos y rhéticos se elevaron durante mucho tiempo como una muralla infranqueable á las poblaciones de abajo.

Hasta cuando los Romanos se hicieron los dueños del vasto hemiciclo de las campiñas subyacentes, el gran muro les impidió por mucho tiempo intentar allí un camino para sus cambios y sus conquistas: desde luego no encontraron paso sino al Oeste, hacia las Galias, al Este hacia la Panonia; pero á medida que se hizo la utilización de las gargantas alpinas, tuvieron que seguir las mismas indicaciones de la Naturaleza, que habían observado antes que ellos los clanes de montañeses. Si los nombres de los lugares y de las ciudades mencionadas en los anales se han olvidado parcialmente ó hasta han desaparecido, las sendas trazadas por el paso de los hombres tienen mayor duración: tal como fueron trazadas después de la retirada de los hielos del gran invierno, asimismo se les encuentra ensanchadas en caminos, transformadas en ferrocarriles.

Descendidos victoriosamente de lo alto de los Alpes occidentales á los valles de la vertiente rodánica, los Romanos, libres ya de sus temibles rivales los Cartagineses, habían podido imponer su alianza á muchos pueblos de las montañas, y esos tratados les permitían ensanchar gradualmente alrededor de Marsella la estrecha zona de la «Provincia» costeña, después, más allá del Ródano, se habían establecido sólidamente en la Narbonense. Á lo largo del litoral no tuvieron más que reparar los caminos y las ciudades fenicias. Del mismo modo que nuestros ferrocarriles están acompañados en casi todo su transcurso por un sendero lateral, así también los Tirios y sus sucesores griegos y cartagineses doblaron su vía de cabotaje del litoral de Hispania y de las Galias por un camino costeño; sus ciudades y sus factorías estaban unidas, desde los Alpes á los Pirineos, sea por



PUENTE ROMANO, CERCA DE APT (VAUCLUSE)

caminos paralelos á la orilla, sea por atajos fáciles alrededor de los pantanos y de los promontorios; en los pasos peligrosos el camino estaba cortado en cornisa sobre el flanco de las rocas. ¡Se nos asegura que la vía de gran tráfico estaba empedrada al estilo tirio! Los nombres fenicios fueron reemplazados por nombres romanos [1].

Una vez dueños del camino del litoral, los Romanos veían abrirse ante sí un camino sin obstáculos naturales, el que desde la cuenca del Aude conduce hacia el Océano por las orillas del Garona. Un audaz general, el cónsul Cepión, se aprovechó de esta ventaja para aventurarse bruscamente hasta Tolosa y apoderarse de los riquísimos tesoros que los Galos Tectosagos habían echado en un lago consagrado á Belen, su divinidad solar, análoga á Febo Apolo.

Esta rápida expedición de pillaje, que los Cimbrios errantes vengaron pronto por la aniquilación completa de las legiones sacrílegas, inauguró una nueva era de la historia, la extensión del mundo mediterráneo hacia el Océano del Norte. Es cierto que esta vía fácil, tan bien abierta entre los escarpes de los Cevennes por una parte,

[1] Henry Martin, *Histoire de France*, I. — Amédée Thierry, *Histoire des Gaules;* Ch. Lenthéric, *Le Rhône*, t. I, ps. 66 y 67.

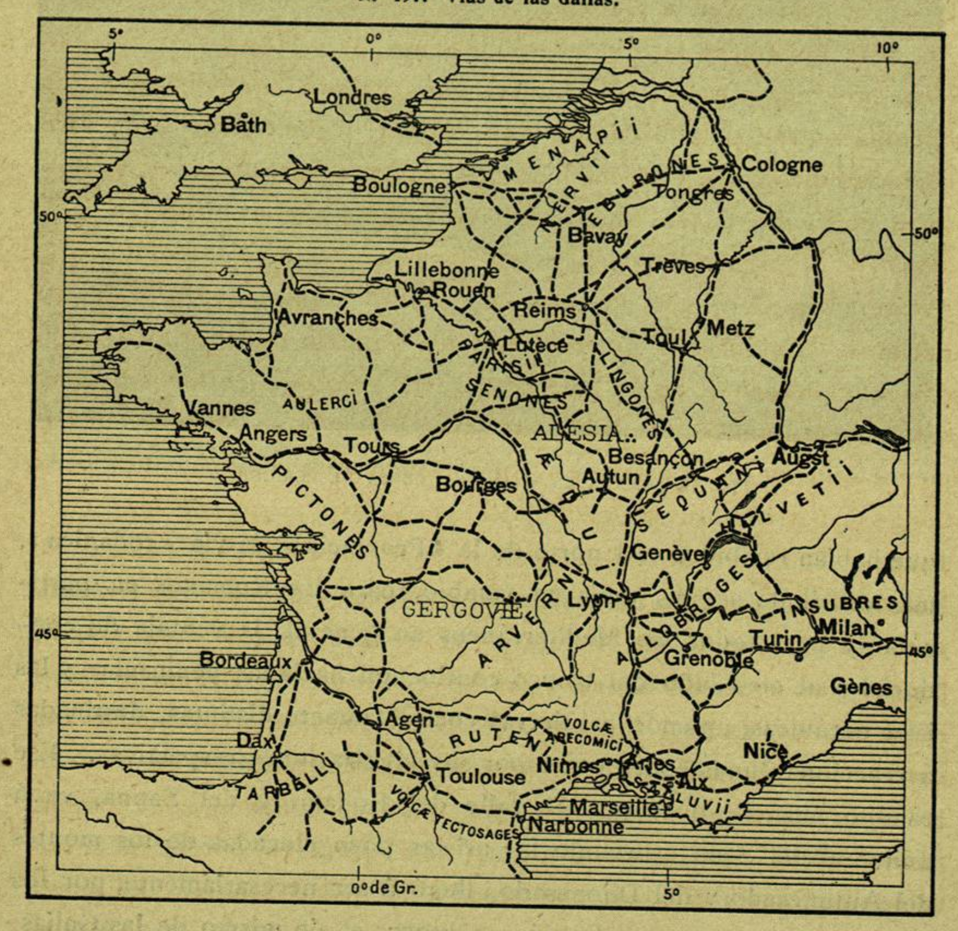
y por otra el monte de Alarico y las colinas fangosas del Lauraguais, debía tener en todo tiempo una importancia considerable, poniendo en comunicación inmediata los Liguros con los Iberos, y después los Fenicios, los Griegos y los Latinos con los Vascones de Aquitania, la «Provincia» con la Gascuña.

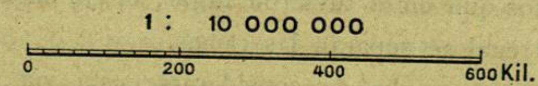
Este camino ha facilitado grandemente las relaciones de los pueblos entre sí, y en su trayecto se han realizado grandes acontecimientos entre las poblaciones que oscilan de una parte y de otra, como las olas que, acudiendo de dos mares, se precipitan y se obstinan en medio de un canal. En los tiempos de las primeras relaciones de Roma con las Galias, esta vía histórica llegó á ser, de todas las de ultra Cevennes, la más importante en el equilibrio de las naciones. Entonces la potencia romana, tratando de constituirse sólidamente alrededor de la cuenca del Mediterráneo occidental, debía desde luego aumentarse hacia los lugares donde se le presentaba el menor esfuerzo de resistencia. En este concepto, ninguna otra parte de las Galias ofrecía más facilidades que la baja arista existente entre Aude y Garona. Los obstáculos de que tuvieron que triunfar los Romanos por ese lado no eran comparables con los que tuvieron que vencer en los montes de Auvernia y sobre las aristas de división entre las dos vertientes del Saona y del Sena. Teniendo en aquella época el mundo civilizado á Italia por centro de impulsión, se hallaba casi enteramente limitada á las regiones mediterráneas y no se extendía en la dirección del Océano sino por vías todavía débilmente trazadas: puede decirse que las vías tomaban su importancia comercial únicamente por sus relaciones con Roma, la ciudad señora. Entonces, literalmente, «todo camino conducía á Roma». Así se explica que el camino de Narbona á Tolosa y á Burdeos fuese de todos el más frecuentado de las Galias, y que Narbona, entonces accesible á los barcos de poco calado, fuese, fuera de Italia, la ciudad más popular de la Europa occidental.

Pero durante el curso de las edades, el valor del tránsito se aumenta incesantemente, y la significación histórica de un camino le viene sobre todo de las comarcas hacia las cuales conduce: las que atraviesa quedan relegadas á un segundo lugar. Ahora bien, la vía meridional ó «garumniana» de las Galias terminaba en mares desier-

tos que, aun después de la conquista romana, debían ser durante quince siglos «aguas sin orillas». En vez de continuarse hacia el Oeste y de renovarse con una energía sin cesar renaciente, el movi-

N.º 197. Vías de las Galias.

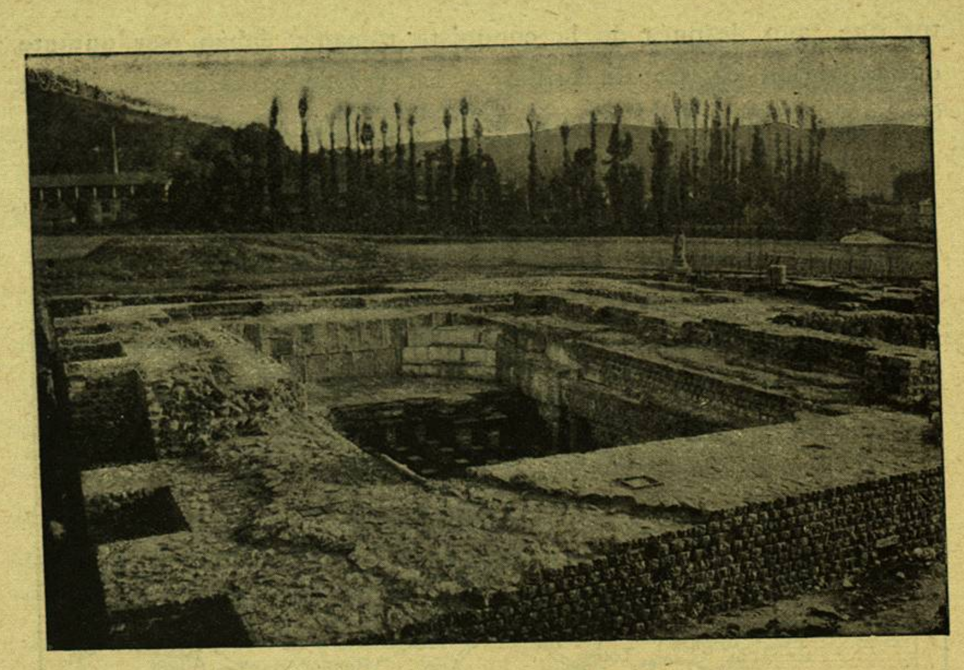




Las vías de las Galias están trazadas según el cuadro llamado de Peutinger y el itinerario de Antonino tomado en E. Desjardins, *Géographie de la Gaule romaine*.

Falta el camino del litoral mediterráneo, á lo largo de la Rivera de Génova; la del Mont Cenis, por el contrario, podría suprimirse.

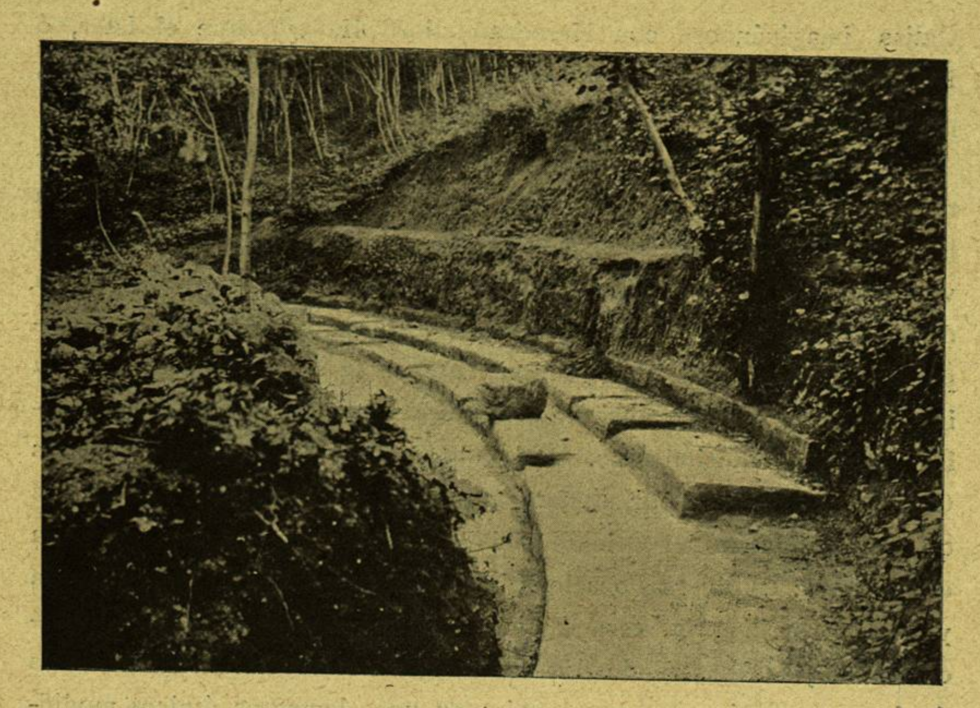
miento no podía, por el contrario, sino amortiguarse mucho tiempo sobre playas abandonadas. Era preciso que se descubriera América para que la Rochela y Burdeos pudiesen propagar á lo lejos la vida



PISCINA ROMANA EN CHAMIERS, CERCA DE PERIGUEUX

que habían recibido. Al norte de la «Provincia», la vía «rodánica», más difícil de seguir, tenía en cambio, para los Romanos en particular y para todos los Mediterráneos en general, la ventaja de conducirles al otro lado del tronco continental hacia las penínsulas y las islas oceánicas, uniendo así tierras completamente distintas, destinadas á reaccionar unas sobre otras por sus civilizaciones respectivas. Ese camino natural, que, por el valle del Ródano y del Saona, va á unirse al del Sena utilizando las aristas poco elevadas de los montes del Autunesado y del Dijonesado, llegó á ser necesariamente, por los acontecimientos que en él tuvieron lugar, el eje mismo de las Galias, el tronco del cual se separan las ramas.

Sin embargo, no ha de considerarse esta vía mayor como un camino propiamente dicho, como un camino regular que franquea una brecha única de una á otra vertiente. Hay de esas vías históricas que se dividen de mil maneras siguiendo las desigualdades y los obstáculos del terreno, á semejanza de los senderos de las praderas y de las montañas, que, según las condiciones del suelo y de las pendientes, unas veces se curvan ó se desvían, otras suben, bajan ó se desdoblan. En ciertos sitios, el camino parece borrado y no se



TEATRO ROMANO EN BAUCHARDS (CHARENTE)

compone más que de vestigios mal enlazados, como los ribazos que se pierden entre las piedras al escalar un peñasco. Así se han formado, en la travesía de las alturas, diversos caminos secundarios, sucediéndose del Sudoeste al Nordeste en una extensión de un centenar de kilómetros, y no pasando en ninguna parte de 500 metros de altura. Los comerciantes fenicios, quizá los Griegos, siguieron, muchos siglos antes que César, esas vías de comunicación entre el litoral del Mediterráneo y la vertiente oceánica. Alesia defendía uno de los pasos, y se decía que esta ciudad fué fundada por Melkarth, el Hércules tirio, el dios de la fuerza por excelencia, puesto que los hombres tenían interés en dejarse subyugar [1]. Del lado del Nordeste por los altos valles del Saona, de Oignon y del Doubs, el camino mayor «ródano-secuaniano» se bifurcaba también hacia el Rhin y toda la Germania. Sin embargo, los itinerarios de los traficantes habían quedado completamente ignorados de los sabios griegos; éstos no se formaban ninguna idea aproximativa de los caminos de las

[1] Diodoro de Sicilia, lib. V, 24. — F. Lenormant, *Les premières Civilisations.*

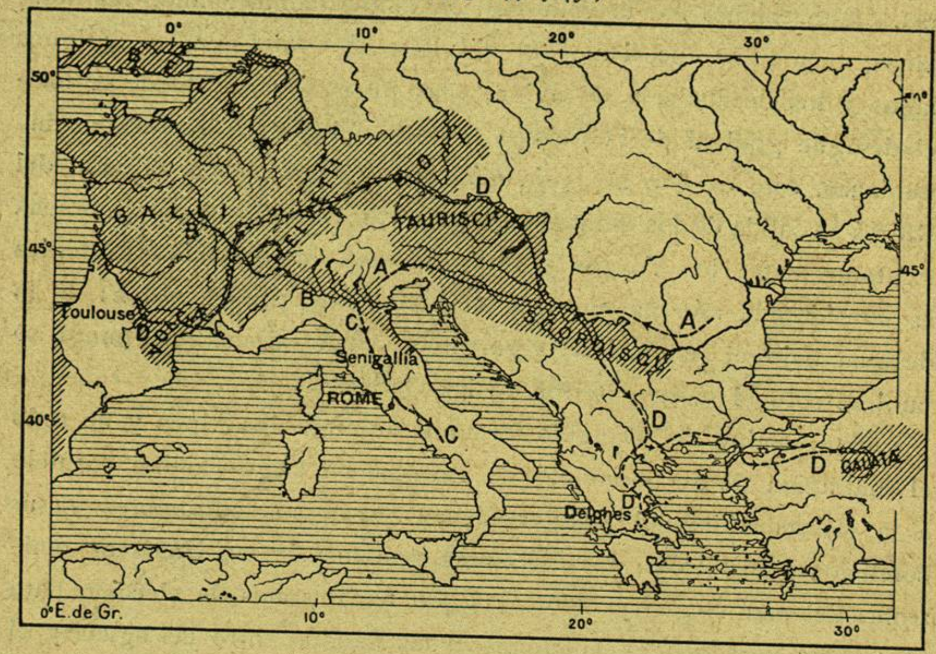
Galias, imaginándose con Herodoto (libro II, 33), que el Ister, ó Danubio, nacía en la ciudad de Pyrene, es decir, en los Pirineos, para atravesar toda Europa de Occidente á Oriente.

Si los caminos que dieron acceso á los Romanos sobre la vertiente oceánica, y por esto mismo inauguraron una era nueva de la historia, deben á estas consecuencias un interés muy especial, las otras vías naturales que unen las Galias á las comarcas orientales, á través de la Germania, determinaron también resultados de la más alta importancia, aunque dejados generalmente en la sombra á causa de la ignorancia en que nos encontramos respecto de las épocas y los detalles de los acontecimientos. Del lado del Este, las campiñas de las Galias son accesibles por numerosas puertas á los pueblos navegantes que se trasladaban del Oriente hacia el Occidente ó del Nordeste hacia el Sudoeste: en diversas ocasiones durante las edades de la prehistoria y de la protohistoria, esos caminos de acceso dejaron pasar poblaciones muy diferentes de los habitantes autóctonos ó establecidos desde remotos tiempos en el país; nuevos elementos étnicos modificaron frecuentemente el fondo primitivo de los Liguros, Iberos y otras tribus que poblaban el espacio comprendido entre Pirineos y Rhin.

La misma naturaleza de las comarcas que habían de atravesar indica la marcha de los pueblos invasores, quienes por haber sido rechazados por efecto de las guerras, por fenómenos climáticos, por aumento excesivo en las familias ó por otras causas capaces de excitar el espíritu de aventura, se habían puesto en marcha á través del mundo. Para no mencionar sino la parte de esos caminos comprendida entre las verdes llanuras de la Europa oriental y las orillas atlánticas donde forzosamente se detenían los emigrantes, se comprueba claramente la existencia de dos vías principales bien distintas que penetran en las Galias, una por la Germania del Norte, otra por el valle danubiano y sus prolongaciones. Entre las dos vías, en efecto, la región era muy difícil de recorrer antes de la época de las roturaciones y la construcción de los caminos: inmensos bosques cubrían una larga zona de terrenos elevados: Cárpatos, montes de Bohemia y de Turingia, Ardenas, lo mismo que los espacios intermediarios de Germania. Los viajeros que venían de los campos sármatas contor-

neaban esos obstáculos y los pantanos de la meseta rusa y encontraban un paso por las llanuras de Polonia y las tierras bajas del litoral

N.º 198. Emigraciones é Incursiones de los Galos.
(Véanse págs. 445 y 490)



1: 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

El rayado indica, según Spruner-Mencke, la mayor extensión de las tribus galas hacia el siglo III anterior á la era vulgar. A las principales naciones indicadas, habría que añadir, en España, la que da su nombre á la Gallecia ó Galicia. Los caminos sólo están trazados como indicación general, sin exactitud en el detalle.

Se señalan invasiones (A-A) de Galos en Circumpadania, hacia el año de Roma 150; después otras (B-B) pasados doscientos años. Por entonces los Galos atravesaron los Apeninos, desafiaron á los Romanos, quemaron Roma (363) y penetraron hasta Campania (C-C). Cien años después, en 470, los Senones y sus aliados fueron exterminados en la batalla del lago Vadimón (Volsini ó de Bolsena).

En 472 la horda de los Volces Tectosagos partió de Tolosa (D-D-D); se la encuentra en Grecia, en las Termópilas, después en Delfos, en 474; la travesía del Helesponto data de 475 (278 antes de la era vulgar). Véase Amédée Thierry, *L'Histoire des Gaulois*.

báltico [1], donde extensiones arenosas, landas y malezas alternan con bosques y lagos poco profundos. Esta zona ribereña, nivelada en otro tiempo por los hielos de la Escandinavia, era el gran camino

[1] Véase tomo I, página 193, mapa n.º 29, *Caminos del Ambar*.

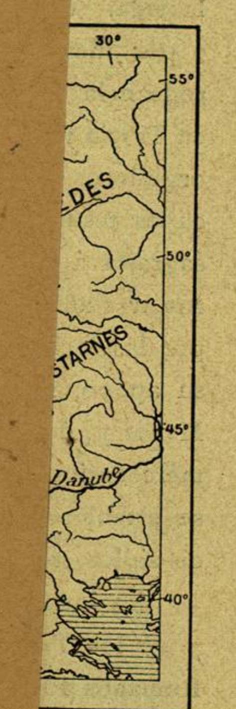
bien preparado para los movimientos étnicos, entre las regiones ponto-cáspicas y las Galias.

Al sud de Germania, el camino histórico era más largo y más sinuoso, pero también seguido por muchas tribus pacíficas ó guerreras. Este camino era el valle del Danubio. Contorneando las montañas, remontaba sucesivamente del Este al Oeste por los antiguos lagos y los desfiladeros de unión, «las puertas», por donde se hace el desagüe gradual de la Europa central. Llegado á las fuentes danubianas, este camino no tenía más que dirigirse hacia el codo del Rhin á su salida de las montañas y penetrar en Francia por la brecha existente entre los Vosgos y el Jura, cuya importancia estratégica es considerada aún en nuestros días como de primer orden: se la designa bajo el nombre de «portillo», como si en este punto se hubiese roto el muro exterior de las Galias.

Este camino del Danubio forma al norte de los Alpes y de todo el diafragma de las montañas de Europa un largo camino paralelo á la vía marítima del Mediterráneo. Según sus costumbres y sus condiciones históricas, los diferentes pueblos de las comarcas limítrofes del mar Negro y del mar Egeo tenían, pues, la elección para su tráfico, para sus expediciones ó sus exodos entre las aguas y el interior de las tierras. De una parte y otra se realizaban obras análogas; al Norte como al Sud la historia evolucionaba en la misma dirección; sólo el movimiento marítimo, que se confunde con la historia de Fenicia, de Grecia y de Roma, surge ante nosotros iluminado por un rayo de luz, mientras que la marcha de los pueblos á lo largo del Danubio, no menos importante por sus duraderos efectos, queda envuelta en la sombra del pasado, y no se revela sino por nombres de lugares, de las leyendas nacionales, de los objetos prehistóricos y de las investigaciones de los antropólogos. Hallazgos de espadas y de puñales de bronce revelan las direcciones seguidas por los mercaderes y por los emigrantes á través de Europa: los cambios se hacían de Norte á Sud y de Sud á Norte, á causa de la diversidad de los productos; los grandes desplazamientos se realizaban sobre todo en el sentido de Este á Oeste.

El conjunto de los datos recogidos sobre esas edades anteriores á la historia escrita, coincide con la tradición para afirmar que el

...n el sen-
...o que las
...l aumento
...le Europa,



...os Teutones, en
...aves.
...entró en Tolosa,
...ueron asesinados

...o de produc-
...cia la Europa
...terráneo y el

...eflujo: tuvie-
...te á Oriente;

La próxima semana comenzará la exhibición de las magníficas películas de arte:

Un Héroe del Pueblo, Tiber. m, 10 partes.—Las Memorias del Diablo, Gloria-Film, 7 partes.—La Puñalada, Aquila Film, 5 partes.—Dosier No. 7, Ambrosio-Torino, 7 partes.—Los Caballeros de la Obscuridad, Gloria-Film, 7 partes.—La Gorgona o La Huérfana Sagrada, Ambrosio-Torino, 6 partes.—Bajo el poder de la Amenaza, Lilm-Succes-París, 7 El Ferreol, Cesar-Film, 8 partes.—La Reclusa de la Celda de los Muertos, Aquila-Film, 5 partes.—Ivna, la Perla del Ganges, Gloria-Film, 6 partes.—La Liga de los Diamantes, (policiaca) Cines-Roma, 4 partes.—El Recuerdo del Otro por Lydia Borell, 5 partes.—La Mariposa del Oro, 7 partes.—El Bailarín de la Muerte, 5 partes.

bien preparado para los movimientos étnicos, entre las regiones pontocáspicas y las Galias.

Al sud de Germania, el camino histórico era más largo y más sinuoso, pero también seguido por muchas tribus pacíficas ó guerreras. Este camino era el valle del Danubio. Contorneando las montañas, remontaba sucesivamente del Este al Oeste por los antiguos lagos y los desfiladeros de unión, «las puertas», por donde se hace el desagüe gradual de la Europa central. Llegado á las fuentes danubianas, este camino no tenía más que dirigirse hacia el codo del Rhin á su salida de las montañas y penetrar en Francia por la brecha existente entre los Vosgos y el Jura, cuya importancia estratégica es considerada aún en nuestros días como de primer orden: se la designa bajo el nombre de «portillo», como si en este punto se hubiese roto el muro exterior de las Galias.

Este camino del Danubio forma al norte de los Alpes y de todo el diafragma de las montañas de Europa un largo camino paralelo á la vía marítima del Mediterráneo. Según sus costumbres y sus condiciones históricas, los diferentes pueblos de las comarcas limítrofes del mar Negro y del mar Egeo tenían, pues, la elección para su tráfico, para sus expediciones ó sus exodos entre las aguas y el interior de las tierras. De una parte y otra se realizaban obras análogas; al Norte como al Sud la historia evolucionaba en la misma dirección; sólo el movimiento marítimo, que se confunde con la historia de Fenicia, de Grecia y de Roma, surge ante nosotros iluminado por un rayo de luz, mientras que la marcha de los pueblos á lo largo del Danubio, no menos importante por sus duraderos efectos, queda envuelta en la sombra del pasado, y no se revela sino por nombres de lugares, de las leyendas nacionales, de los objetos prehistóricos y de las investigaciones de los antropólogos. Hallazgos de espadas y de puñales de bronce revelan las direcciones seguidas por los mercaderes y por los emigrantes á través de Europa: los cambios se hacían de Norte á Sud y de Sud á Norte, á causa de la diversidad de los productos; los grandes desplazamientos se realizaban sobre todo en el sentido de Este á Oeste.

El conjunto de los datos recogidos sobre esas edades anteriores á la historia escrita, coincide con la tradición para afirmar que el

movimiento general de las emigraciones se ha hecho bien en el sentido de Occidente: por lo demás, debía de ser así, puesto que las extensas comarcas donde el espacio indefinido facilita el aumento rápido de las familias y su emigración, se hallan al oriente de Europa,

N.º 199. Incursiones de los Cimbrios y de los Teutones.
(Véase página 490)



Los caminos seguidos por los Cimbrios, — en raya discontinua, y por los Teutones, en raya plena, — son copiados de André Lefèvre, *Germains et Slaves*.

Orange recuerda el encuentro de los Cimbrios y del cónsul Cepión, que entró en Tolosa, donde tomó á los Galos los tesoros traídos de Delfos. Los Romanos fueron asesinados todos (año de Roma 648, — 105 antes de la era vulgar).

y que se hacía la desviación hacia el contorno del campo de producción y de lucha, hacia las penínsulas y especialmente hacia la Europa occidental, que se estrecha por grados entre el Mediterráneo y el Océano.

Sin embargo, ha habido también movimientos de reflujo: tuvieron lugar emigraciones en sentido inverso de Occidente á Oriente;

bien preparado
cáspicas y las
Al sud de
sinuoso, pero
ras. Este cam
tañas, remonta
lagos y los de
el desagüe gra
nubianas, este
Rhin á su salid
existente entr
es considerad
designa bajo
hubiese roto
Este cami
el diafragma
á la vía mar
condiciones h
trofes del ma
su tráfico, pa
interior de la
logas; al No
dirección; só
toria de Feni
por un rayo
del Danubio,
envuelta en
de lugares,
y de las inve
de puñales d
caderes y p
hacían de N
de los prod
todo en el s
El conj
á la historia

TEATRO

Solón Variedades El Progreso

Empresa A. Rodríguez y Hno en combinación con la Cía. Explotadora Cinematográfica P. Aveline y A. Delalande de la ciudad de México.

SABADO 15 de Dbre.-1917

Estreno! Estreno! De la interesante película dramática

PATERNIDAD

Esta película relata una bonita historia, toda sencillez y realismo, en que se mezclan las penas y alegrías en forma humana y corriente. Un buen hombre salva a una niña de un asalto de indios. Al correr de los años, la muchacha, que ha quedado huérfana y sola, es perseguida por un elegante petimetre que quiere abusar de su inocencia. La casualidad hace que el buen hombre que la salvara cuando niña sea quien la liberte de las garras de su perseguidor y la ofrezca su nombre y su fortuna.

La película abunda en situaciones dramáticas y sentimentales.

Se exhibirán también en esta función las hermosas cintas de arte.

Honor de Cantatriz. Autoridad de un Padre y Sed de Amor.

PROGRAMA. Por la noche a las 8. PRIMERA PARTE

Autoridad de un Padre, 2 Actos
Sed de Amor, 2 Actos.

SEGUNDA PARTE

Estreno! Estreno! De la emocionante película

PATERNIDAD

Seis Actos.

TERCERA PARTE

Reprise de la intensa película dramática Nordisk

HONOR DE CANTÁTRIZ

Cuatro Partes

Precios de Entrada

Luneta	$ 0. 60
Niños en Luneta	0. 30
Luneta de Segunda	0. 30
Galería	o. 20

Original timbrado. Imprenta J. Cantú Leal, Monterrey.

movimiento general de las emigraciones se ha hecho bien en el sentido de Occidente: por lo demás, debía de ser así, puesto que las extensas comarcas donde el espacio indefinido facilita el aumento rápido de las familias y su emigración, se hallan al oriente de Europa,

N.º 199. Incursiones de los Cimbrios y de los Teutones.
(Véase página 490)



1 : 25 000 000
0 200 400 800 Kil.

Los caminos seguidos por los Cimbrios, — en raya discontinua, y por los Teutones, en raya plena, — son copiados de André Lefèvre, *Germains et Slaves*.

Orange recuerda el encuentro de los Cimbrios y del cónsul Cepión, que entró en Tolosa, donde tomó á los Galos los tesoros traídos de Delfos. Los Romanos fueron asesinados todos (año de Roma 648, — 105 antes de la era vulgar).

y que se hacía la desviación hacia el contorno del campo de producción y de lucha, hacia las penínsulas y especialmente hacia la Europa occidental, que se estrecha por grados entre el Mediterráneo y el Océano.

Sin embargo, ha habido también movimientos de reflujo: tuvieron lugar emigraciones en sentido inverso de Occidente á Oriente;

la más famosa es la de los Volces Tectosagos ó Tolosanos, que se hizo hace veintidós siglos. Abandonando sus campos de las orillas del Garona, esos guerreros marchan hacia el país del sol levante, impulsados, sea por simple espíritu de aventura, sea para obedecer á algún compromiso religioso de la nación, sea á causa de insuficiencia de recursos locales, de un exceso de participantes en el banquete de la vida. Van delante, siempre adelante; abriéndose camino de grado ó por fuerza, remontan el Ródano y el Saona, atraviesan el Rhin, rodean la Selva Negra, descienden luego por el Danubio y penetran en Tracia y en Macedonia. Destruyen dos ejércitos de Griegos todavía orgullosos de los recuerdos de Alejandro; llegan así hasta Delfos, cuyos tesoros saquean para llevar una gran parte á Tolosa y consagrarla á los dioses. Sus aventuras, que parecen un sueño, duraron tres años, pero no volvieron todos: dos de sus bandas, ayudadas por las luchas entre los principículos anatólicos, á los cuales venden su apoyo, franquean el Helesponto y el Bósforo, penetran en Asia Menor y, después de mil peripecias, — se encuentran en aquella época mercenarios galos en todo el Oriente y hasta en el valle del Nilo, — se establecen en el alto Halys. El reino de Galacia, durante un par de siglos, recuerda su extraña expedición.

La invasión de los Cimbrios, originarios de la península danesa, y de los Teutones, venidos de la Europa central, renovó entre los Romanos los «terrores» del tumulto galo: parece haberse dirigido sobre el mundo occidental por las dos vías históricas mayores de la Germania, la de las costas septentrionales lo mismo que las del Danubio. Las narraciones incoherentes de los autores antiguos nos las muestran tan pronto en un punto como en otro, y puede creerse realmente que esas poblaciones bárbaras, asustadas ante el peligro terrible en que se hallaban como resultado de la decisión tomada, erraban á la aventura. Naciones enteras, hombres, mujeres y niños abandonaban el suelo natal, las tumbas de sus abuelos, para buscar á través de Europa la comarca desconocida que había de ser su patria nueva. La guerra, y una guerra de exterminio, era el resultado fatal de esa correría vagabunda; pero ellos no aspiraban más que á la ocupación de un territorio más extenso y más fecundo que las tierras que habían abandonado. Durante más de diez años se les



Cl. Neurdein.

TEMPLO DE JANO EN AUTUN

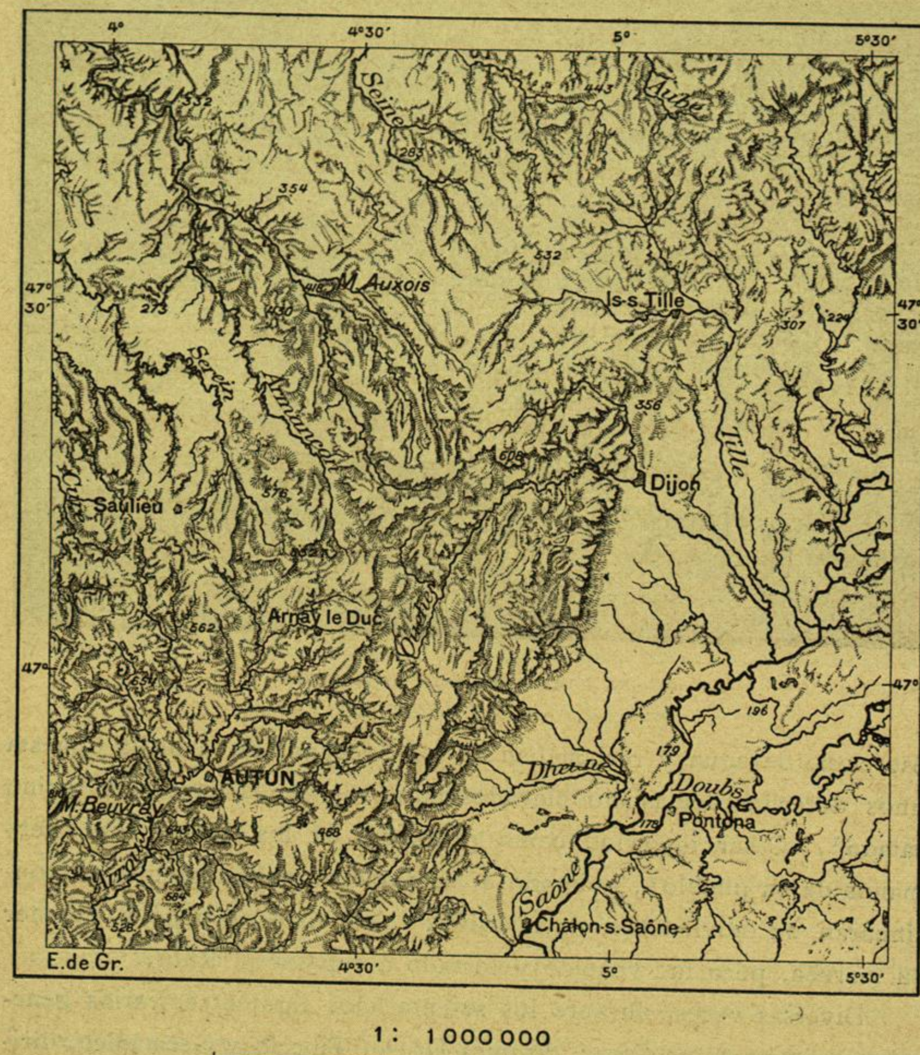
vió, á ellos y á los pueblos aliados que arrastraban en su correría, sobre las orillas del Elba, del Danubio y del Rhin, luego en los valles orientales de los Alpes germánicos, en Helvecia, en el valle del Ródano y al pie de los Pirineos, en España. Sin objetivo preciso en su marcha, no supieron aprovecharse del espanto de los Romanos, y éstos tuvieron tiempo de aprender á combatirlos y á vencerlos, como habían hecho con los Galos y los Cartagineses. Mario derrota los Teutones en Provenza, en los campos denominados actualmente de

Pourrières ó de la «Podredumbre», después, el año siguiente, anonadó á los Cimbrios en las llanuras del Po, cerca de Vercelli (Verceil). La primera vanguardia de los invasores «teutones», cuyo nombre ha llegado á ser el de todos los Alemanes, había desaparecido completamente: era un pueblo de cerca de medio millón de hombres.

Nuevas invasiones de Celtas y de Germanos fueron la causa inicial de la conquista de las Galias por César. La presión de los pueblos en sentido de Este á Oeste, presión que había de producir un día la ruina del imperio romano, continuaba produciéndose, y en lugar de esperar esas inundaciones de hombres, las legiones iban en lo sucesivo á adelantarse ante ellas. Los Helvecios, Celtas que se substraían á su prisión de los Alpes para ir á las hermosas llanuras de las Galias á ocupar tierras más extensas, son detenidos en primer término á la salida misma del Leman, retrasados después en su marcha bajo diversos pretextos y arrojados fuera de su camino, impulsados luego al país de los Eduos, aliados de Roma y derrotados cerca de Bibracta, la fortaleza natural del monte Beuvray, que reemplazó más tarde la opulenta ciudad de Autun (Augustodunum): al cabo se ven obligados á volver á su país de montañas, no dejando en la Galia sino sus aliados Boiens, acogidos como huéspedes suplicantes.

Poco después tuvo César que rechazar una nueva invasión más formidable todavía, y para lograrlo, necesitó al mismo tiempo toda su diplomacia y su genio militar. Un gran jefe germano, de la nación de los Marcomanos, fué llamado al oeste del Rhin, ó quizá se dejó arrastrar á la aventura por el movimiento general de emigración, por la impulsión que se produjo en aquella época en la dirección de Occidente: cuando César penetró en las Galias, más de ciento veinte mil Suevos, Marcomanos y otros Germanos ocupaban ya el país. El pretexto invocado por Ariovisto era ayudar á los Secuanos contra sus rivales los Eduos. Éstos, que eran los más poderosos, formaban una confederación muy sólidamente establecida en el macizo de colinas y de montes forestales que separa las tres cuencas del Saona, del Loira y del Ione. Pero, como sucede siempre, la posesión de un territorio que les aseguraba tan preciosas ventajas comerciales y militares desarrolló en la nación privilegiada la inso-

N.° 200. Porción de la arista Ródano-Secuania.



1 : 1000000

0 25 50 75 Kil.

Las ciudades marcadas en el mapa existían ya en la época romana. Dijón substituye á Divio, — Autun, Augustodunum, — Chalon-sur-Saône (y no Châlon), Cabillonum, — centro comercial de los Eduos, — Arnay-le-Duc, Arnacum, — Saulieu, Sidilocum, — Pontoux, Pontona ó Pons Dubis, — Til-le-Châtel, á 4 kms. E. de Is-sur-Tille, Tilena.

No se han operado todavía sino excavaciones ligeras sobre el monte Beuvray; sin embargo, se ha reconocido el perímetro de Bibracta, que cubría 135 hectáreas de superficie; la ciudad no parece haber sido habitada después de los primeros años de la era cristiana. Sobre las laderas del monte Auxois se halla Alise-Sainte-Reine, villa que se admite generalmente haber reemplazado á Alesia.

lencia y el amor del lucro. Los Eduos, cuyo territorio se extendía hasta las mismas orillas del Saona, querían monopolizar el tráfico por

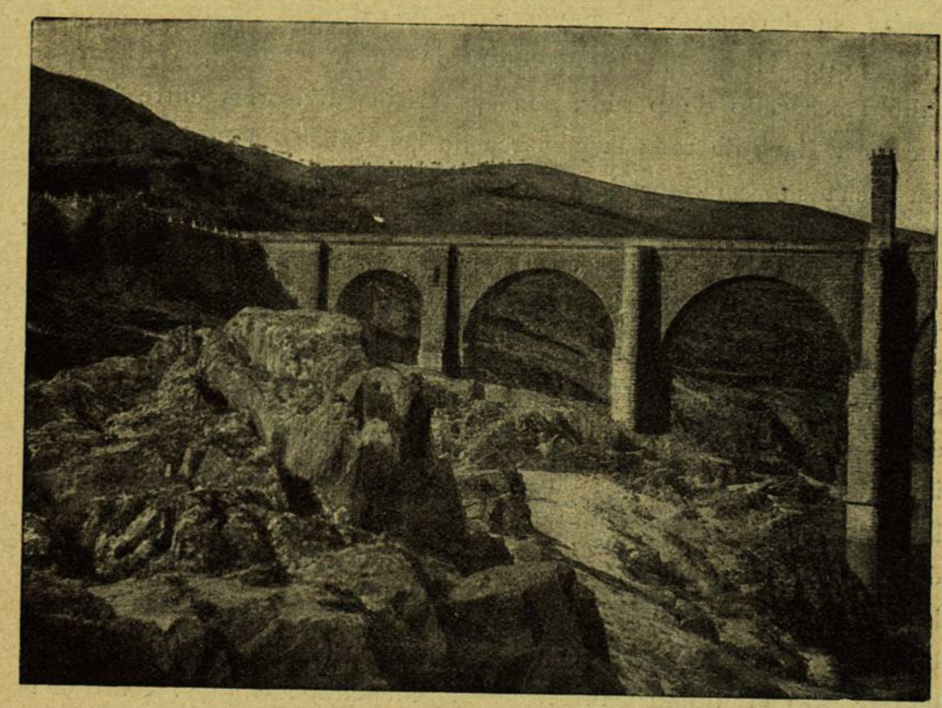


PISCINA ROMANA EN BATH (INGLATERRA)[1]

ese curso de agua y reclamaban de los Secuanos de la orilla opuesta unos derechos demasiado elevados para sus expediciones de tocino salado[2]. César intervino como protector de los Eduos, los «hermanos de su pueblo», pidiendo á las naciones germanas que no continuaran su movimiento de invasión. Ariovisto se negó á detener su marcha, pero fué vencido y forzado á repasar el Rhin.

Diversas veces, durante los setenta años siguientes, varios generales, primeramente César, después Druso, Tiberio y Germánico, dirigieron expediciones temporales al otro lado del río; las legiones hasta pudieron bañarse en el Elba; pero los invasores no tuvieron tiempo de organizar su conquista; los bárbaros supieron hacer respetar su independencia al norte del Main; los Romanos, por otra parte, reforzaron su dominación entre el Danubio y el Rhin y ocuparon la orilla derecha de ese río hasta frente la desembocadura del Mosela. El exodo germánico fué así retardado algunos siglos, durante todo el período de dominación romana.

1 Comunicado por el *Monde Moderne;* Juven, editor.
2 Strabon, lib. IV, c. III, 2.



Cl. J. Laurent.

PUENTE ROMANO DE ALCÁNTARA (ESPAÑA)

Dueñas de la parte central de las Galias, las legiones se dirigieron victoriosamente hacia diversas partes de la comarca, de un lado hasta la desembocadura del Loira en el país de los Namnetos (Nantes) y de los Venetos (Vannes), donde tuvieron que improvisar una marina, entrando así por primera vez en contacto con el Atlántico para combatir sobre los confines del Mar Tenebroso — en la confluencia, según parece, de los ríos de Vannes y de Auray[1], — y por la parte opuesta hasta el territorio de los Belgas y de los Nervianos, hacia los grandes bosques y los pantanos del Norte. La Galia parecía tan bien conquistada, que César no temió ir á llevar la guerra á la Bretaña insular, al otro lado del estrecho. Al volver de aquella tierra, de la cual no se sabía si era una isla ú «otro mundo», pudo ir á ganar victorias en Iliria y discutir en Italia la partición del mundo con sus rivales Craso y Pompeyo.

Pero los cien pueblos encerrados entre los Pirineos y el Rhin

1 Almirante Réveillère.

temían su derrota, y la mayor parte de ellos se ligaron contra el extranjero. Hasta los Eduos entraron en la conjura, y César se halló amenazado de perder, con las aristas divisorias entre los dos mares, la llave de toda la comarca de las Galias. Las peripecias de esa lucha suprema hormiguean de escenas clásicas de los horrores de la guerra: la destrucción, por sus propios habitantes, de las ciudades incapaces de defenderse, la matanza metódica de un poblado inerme, el de los Eburones, cuya población válida había sucumbido en los campos de batalla, la campaña obscura de los partidarios indomables sucediéndose en los combates en batalla campal, son ejemplos típicos de que los siglos siguientes no muestran sino pálidas imitaciones; pero el valor de los unos no pudo prevalecer contra la ciencia militar y la perseverancia de los otros. Los Romanos predominaron definitivamente y en la proximidad de la divisoria, sobre las vertientes del monte Auxois, fué precisamente donde se libró la batalla decisiva. En ese lugar geográfico marcado por la Naturaleza se hizo el último esfuerzo de la independencia gala: como consecuencia la Galia se hizo romana y, por el mismo efecto, el equilibrio del imperio se halló cambiado hacia el mundo exterior; un prodigioso aumento de poder constituía también un temible peligro.

La expansión rápida de las conquistas romanas en las comarcas del mundo bárbaro se explica por el hecho de que las legiones representaban una unidad muy fuerte contra los pequeños Estados sin cohesión, divididos por los rencores de las discusiones y de las guerras, muy desconfiados á causa de la diferencia de los intereses locales, y desprovistos de iniciativa como resultado del gran ascendiente de los sacerdotes, de los magos y druidas que habían de consultarse en toda circunstancia grave. Las poblaciones que no estaban separadas por esas diferencias de origen y de lengua y que en ocasiones hasta se unían por un lazo de fraternidad temporal, cambiaban fácilmente de idea cuando veían reflejarse ante sí las ventajas ilusorias ó reales de un cambio de política. Hasta en lo más fuerte del peligro, César, que había perdido el apoyo de sus antiguos aliados los Eduos, se reconcilió por eso mismo con sus antiguos enemigos los Secuanos.

La evidente superioridad de los Romanos no podía menos que fascinar á las poblaciones sometidas y darles un ideal común de



Cl. Bonfils.

ATENAS — TEATRO DE HERODES ATICO

cultura, y por esta causa, después de la conquista romana se creó una unidad nacional que antes no existía. La lengua del vencedor era al mismo tiempo la que aportaba fórmulas de leyes precisas, una literatura ya rica, una retórica elegante en los discursos del foro; suministraba un lenguaje usual entre los bárbaros que antes difícilmente se entendían, y así llegó pronto á ser la lengua de todos los Españoles, de todos los Galos, de todos los Bretones cultos, y, poco á poco, el idioma de los amos penetró en la multitud subyugada. Por lo demás, por oprimida que fuese ésta, no podía pensar en levantarse contra la todopoderosa Roma: á lo más, en la época de las rivalidades imperiales, tomaba parte en las sediciones suscitadas entre los mismos defensores del imperio.

Pero este imperio era tan extenso, que desde el reinado de César manifiesta una tendencia á dividirse en dos mitades: el Oriente y el Occidente. Cuando la desavenencia definitiva entre César y Pompeyo, éste fué á acampar en Epiro, luego á Tesalia, esperando la batalla decisiva; después del asesinato de César, el mundo romano

fué realmente dividido durante algunos años entre Octavio y Antonio, los dos herederos. Octavio manda en Roma y, como dominador de Occidente, emplea sus primeros años en consolidar su poder sobre los Españoles, los Galos, los Germanos más cercanos de las fronteras, los Ilirios; limpia el mar de piratas y se prepara pacientemente á desembarazarse de su rival, el dueño de Oriente. Este, que reside en Alejandría, cerca de la divina Cleopatra, tiene todo un cortejo de reyes en su rededor, y su poder se extiende hasta más allá de Babilonia, en el país de los Partos. Por último, trece años después de la muerte de César, se produce el inevitable choque; las dos flotas, los dos ejércitos se hallan frente á frente, mas parece que Antonio, el déspota de Oriente, había adquirido ya algo del fatalismo de sus súbditos, acostumbrados hacía siglos á la derrota: teniendo quizá los recursos necesarios para la victoria, se deja vencer sin gran resistencia, y finalmente se mata. El imperio romano, después de haberse dividido, se reconstruye, y esta vez con bastante coherencia para que la unión se conserve durante algunos siglos todavía.

Los versos de Virgilio expresan con qué afán se «lanzó á la servidumbre» la multitud romana, cuando después de la batalla de Accio, Octavio llegó á ser el dueño del mundo. Las horribles proscripciones, las guerras extranjeras y civiles que habían devastado Italia y todas las regiones mediterráneas, inspiraban á todos un inmenso deseo de paz, una necesidad inmoderada de reposo: el orden á toda costa, hasta bajo la mano de un déspota, tal era el universal deseo de las poblaciones. Se había ya visto prosternarse á todos cuando César, sin que le conviniera tomar el título de rey, se había dignado elevarse sobre los hombres y recordar sus orígenes divinos. «...Nuestra casa reune al carácter sagrado de los reyes, que son los más poderosos entre los hombres, la santidad reverente de los dioses que tienen los mismos reyes en su dependencia..», decía ya á treinta y dos años, al principio de su carrera política, antes que tres millones de cadáveres debidos á sus veinte años de guerras se hubiesen añadido á su gloria[1]. Octavio no se detiene en su camino:

[1] A. Lefèvre, *L'Histoire*. — Vacher de Lapouge, *Les Sélections sociales*.

cambia de nombre, en lo sucesivo es «Augusto» como los dioses; tiene todas las investiduras á la vez, las de la aristocracia y las del pueblo, el mando militar y el pontificado; reune todo en su persona, hasta el amor de sus súbditos, la admiración de los que, aun

N.º 201. Provincias del Imperio.



1 : 40 000 000

0 500 1000 1500 2000 2500 Kil.

1. Promontorio de Actium, batalla naval; después de la huída de Cleopatra, Octavio derrota á Antonio, año de Roma 722 (—31). El meridiano de Actium representa casi el límite de los territorios gobernados hasta entonces por los dos rivales.

2. Teutoburger Wald. Los Queruscos dirigidos por Arminius, destrozan tres legiones romanas mandadas por Varo, año de Roma 762 (+9).

3. Carrhæ, derrota de los Romanos por los Partos, Craso muerto, año de Roma 700 (—53); nueva derrota 349 años después.

Las provincias que en el mapa están rayadas eran administradas por el Senado, las otras dependían directamente del Emperador; Egipto era además su propiedad particular.

no sometidos, viven fuera de las fronteras lejanas: así los Partos le envían los despojos que, en una precedente guerra, habían obtenido sobre Craso. El poeta Virgilio canta su epopeya de la *Eneida* en honor del nuevo dueño, del nuevo dios, y le da un lugar en las constelaciones del cielo, entre Erigone y el Escorpión, que la persigue[1].

[1] Virgilio, *Geórgicas*, I, 33.

Considerada desde varios puntos de vista, la transformación de república en imperio fué para el poderoso Estado romano mucho más un resultado que una revolución. Vencedores de la aristocracia, César y después Augusto representaban por eso mismo en su persona divina el triunfo de la democracia. Los tribunos que habían abogado por el pueblo contra los patricios se encarnaban en lo sucesivo en el emperador; á él debían dirigirse todas las reivindicaciones, y la turba de los súbditos no tenía que hacer más que alabar su grandeza y su generosidad cuando les distribuía inmensas provisiones de víveres, con acompañamiento de fiestas y de ceremonias triunfales. Sin embargo, por asegurado que estuviera Augusto de la abyección de las multitudes, había que conjurar un peligro, el que podía resultar del exceso de fuerza intelectual y moral que aun hervía en las generaciones herederas de todos los que habían obrado durante los siglos de la oligarquía llamada republicana; era preciso seducir ó separar todos los hombres que tenían todavía dignidad, desprecio de las grandezas y un carácter personal. Los proscriptos se dispersaron una vez más por los grandes caminos del imperio, pero después de la obra de violencia viene la de la astucia: se trataba de terminar con dulzura la tarea que los verdugos habían comenzado, y César Augusto fué maestro en ese arte.

Primeramente alejó á los mejores, enviándoles á defender el poder romano sobre las fronteras del imperio; después en Roma mismo, ¡cuántas falsas ocupaciones, cuántas cargas inútiles, cuántas sinecuras supo crear para engañar á todo un mundo de funcionarios que lo tomaron en serio! Hubo poetas de corte, moralistas públicos, funcionarios para la virtud, pero también hubo sacerdotes. Augusto fué ante todo un restaurador de la religión, y las viejas prácticas abandonadas fueron restablecidas con cuidado: en lo sucesivo los augures, penetrados de la importancia de sus funciones, cuidaron de «mirarse sin reir». Pero entre todos estos ritos no hubo ninguno que se celebrase con más unción y fervor que el culto del Emperador mismo, el gran dios de la Tierra, asociado á los grandes dioses de los cielos. Del mismo modo que los extáticos cristianos se consagran al «sagrado corazón» de Jesús ó al «sagrado corazón» de María, había súbditos embriagados de abyección servil, que se consagraban á la divinidad del Señor Universal.



Cl. Alinari.

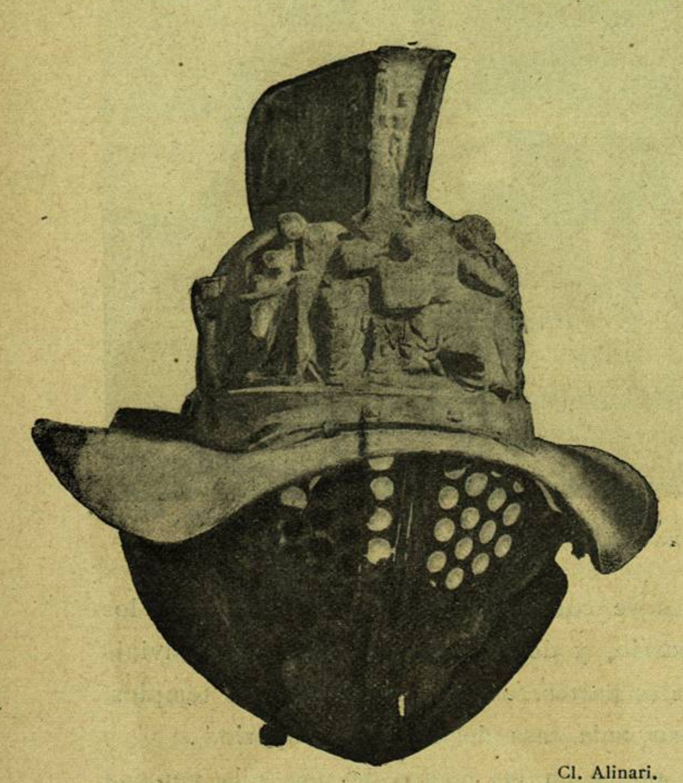
ROMA — TERMAS DE GALIANO

Los Penates imperiales se colocaron en cada familia sobre los Lares de la casa y del barrio, y de esa manera la augusta divinidad estaba presente en todas partes, en los campos, en los templos, en las plazas públicas y en cada casa del inmenso imperio[1].

La concentración del poder en las manos de una sola persona debía tener por resultado modificar la constitución de las fuerzas militares. Mientras duró la república romana, el ejército se consideró siempre como la nación misma: se componía del conjunto de los ciudadanos útiles, á quienes se alistaba en tiempo de guerra para licenciarlos en tiempo de paz. Hasta el reinado de Augusto no había habido ejército permanente ni soldados de profesión; ni siquiera existían jefes designados que conservaran su título después de la campaña, aunque desde los Escipión, los Mario y los Syla hubo gradualmente una evolución en ese sentido. El dictador no lo era sino durante el período crítico: inmediatamente después de pasado el

[1] André Lefèvre, *L'Histoire*, p. 251.

peligro volvía al rango correspondiente á su clase, con su gloria ó su vergüenza por añadidura. Verdad es que los capitanes de ejército eran escogidos siempre entre los aristócratas de nacimiento, pero los cargos militares inferiores pertenecían de hecho, y probablemente en virtud de sufragio, á los que agradaban á los camaradas por su aspecto, su valor, su talento persuasivo ó también por haberse distinguido en las guerras anteriores [1].



Cl. Alinari.

CASCO DE GLADIADOR

Siendo la validez física la primera condición de una buena defensa nacional, por eso mismo se había convertido en la razón única del derecho de voto; solamente los soldados votaban como ciudadanos activos, puesto que únicamente ellos podían levantar el brazo para defender la tierra y la vida de todos, que es precisamente la concepción opuesta á la que prevalece en Francia y en los demás Estados «democráticos» modernos, donde los soldados están separados sistemáticamente de la masa de los ciudadanos, por temor de que hagan causa común con uno de los partidos en lucha, revolucionaria ó cesariana. En la Europa moderna los soldados no votan; en la Roma antigua los ciudadanos votaban durante todo el tiempo que conservaban la fuerza y la virilidad, es decir, hasta la edad de sesenta años. Para dirigirse al lugar del voto, había que desfilar por pasajes muy estrechos donde se seguían uno á uno, de manera que era

[1] Gaston Boissier, *Revue des Cours et Conférences*, 1897, 1898.

fácil reconocer inmediatamente á los que llegaban; en cuanto se presentaba un anciano que pasara de la edad reglamentaria, se le precipitaba desde lo alto del corredor, designado con el nombre de *pons pontis*, de donde se origina la expresión de *depontati* con que se calificaba á los individuos que no se contaban ya en el número de los ciudadanos activos. Evidentemente ese simulacro de morir ahogado recordaba el tiempo en que el pueblo emigrante se desembarazaba realmente de los inválidos que le estorbaban en su marcha [1].



Cl. Giraudon.

CASCO EN FORMA DE GORRO FRIGIO ENCONTRADO EN HERCULANO

Biblioteca Nacional.

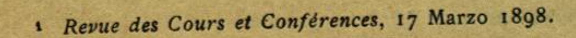
El cambio de régimen, cuando la transformación de la república en imperio, trajo consigo la creación de un ejército permanente, instrumento del soberano, destinado á convertirse pronto en árbitro del poder. Las legiones, cuya duración era antes variable, fueron instituídas de una manera definitiva como para la eternidad. Nació el espíritu de cuerpo: el honor de las águilas reemplazó en el espíritu del soldado el orgullo nacional y el sacrificio consagrado á la ciudad; el culto del emperador, cuya imagen estaba representada en las banderas, tomó un carácter religioso, y la ambición de todas esas gentes de armas, desde entonces extrañas á las pasiones del mundo civil que se agitaba en su rededor, con-

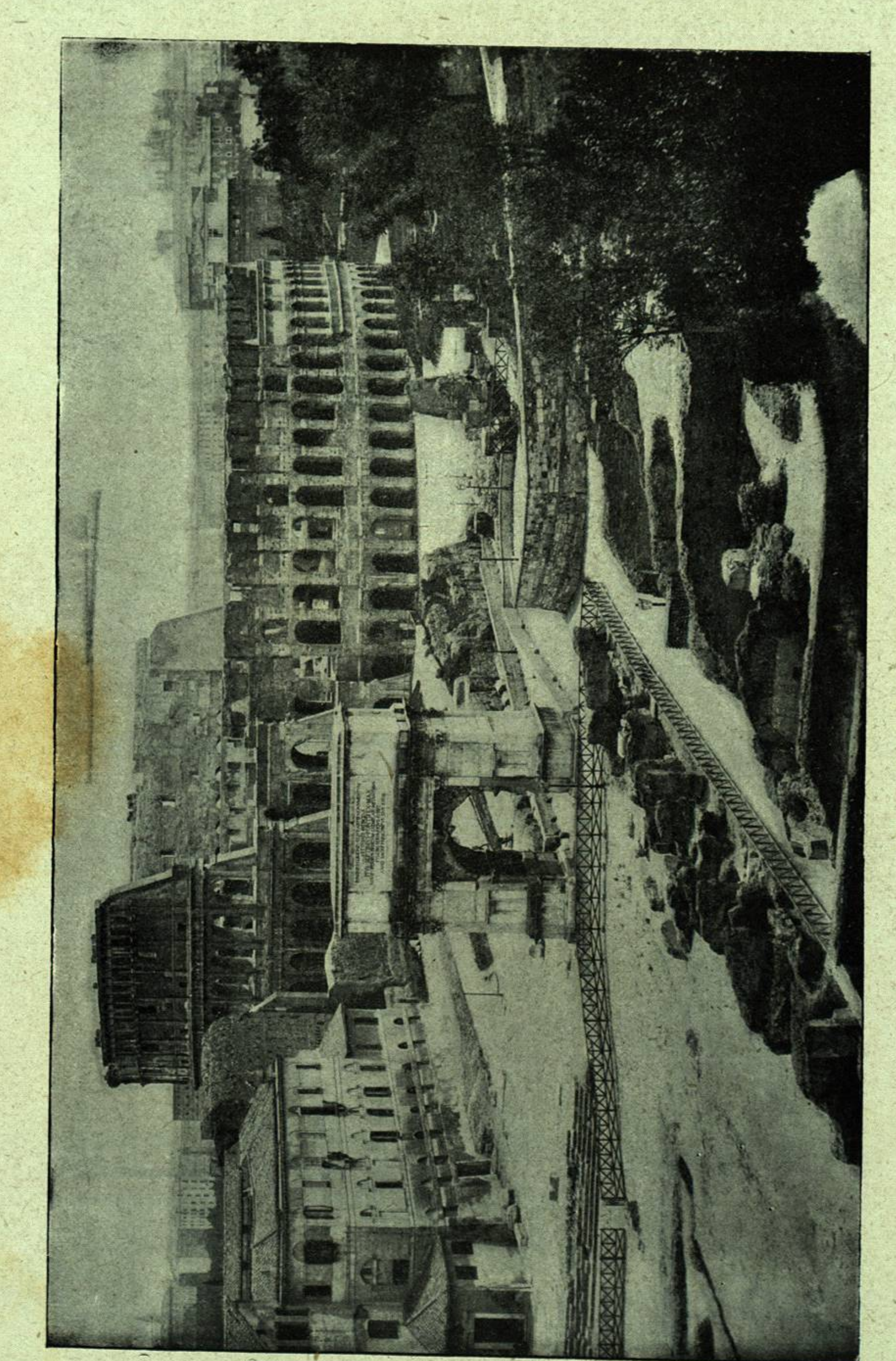
[1] R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, p. 402.

sistió en ascender de grado en grado en la vía del mando militar.

Otro cambio, de los más importantes por sus consecuencias, se efectuaba en razón de la inmensa extensión del imperio: los cuerpos de ejército habían de establecerse permanentemente en la proximidad de las fronteras amenazadas; ocupaban campos fortificados, al lado de los cuales se fundaban ciudades de tabernas y de tiendas, que dependían absolutamente de la legión vecina y que con frecuencia hasta tomaban su nombre. Por la fuerza gradual de las cosas, esas ciudades se convertían poco á poco en ciudades militares de donde partía toda la iniciativa política de la provincia, exclusivamente sometida siempre á los intereses del ejército local. La misma razón que había obligado á unos emperadores á establecer las tropas sobre las fronteras, les forzaba también á reclutar sus soldados por vía de empeños voluntarios, y todos los alistados, para quienes la guerra era su oficio y que no tenían otro porvenir que la profesión de las armas, dedicaban su descendencia al mismo género de vida: se casaban en el país, hablaban la lengua de los indígenas y acababan por constituir bandas armadas muy diferentes de las antiguas legiones romanas; siendo semibárbaros, preparaban inconscientemente la futura invasión bárbara. La causa pública se les hacía indiferente, no veían otra gloria que la del cuerpo á que pertenecían y en su único interés se hacían las revoluciones militares. «Hay motivo, dice Gaston Boissier, para admirarse de que el ejército haya en resumen usado tan moderadamente de su poder»[1]. La gran sombra de Roma se cernía á pesar de todo sobre sus soldados.

Aun bajo el reinado de Augusto, cuando comenzaba la larga «paz romana», un desastre profético vino á anunciar cuáles serían un día los destinos del imperio. Legiones aventuradas á una gran distancia al otro lado del Rhin, en regiones forestales habitadas por los Queruscos, fueron cercadas y muerto hasta el último hombre: la grave advertencia fué comprendida; satisfecho del lote que le había tocado en suerte, Augusto no trataba de ensancharle por la adquisición de espacios hiperbóreos, que, á los ojos de los Romanos cultos, ni siquiera eran considerados como pertenecientes al mundo propia-


[1] *Revue des Cours et Conférences*, 17 Marzo 1898.


Cl. Alinari.
ROMA — VISTA DEL COLISEO



Cl. Alinari.

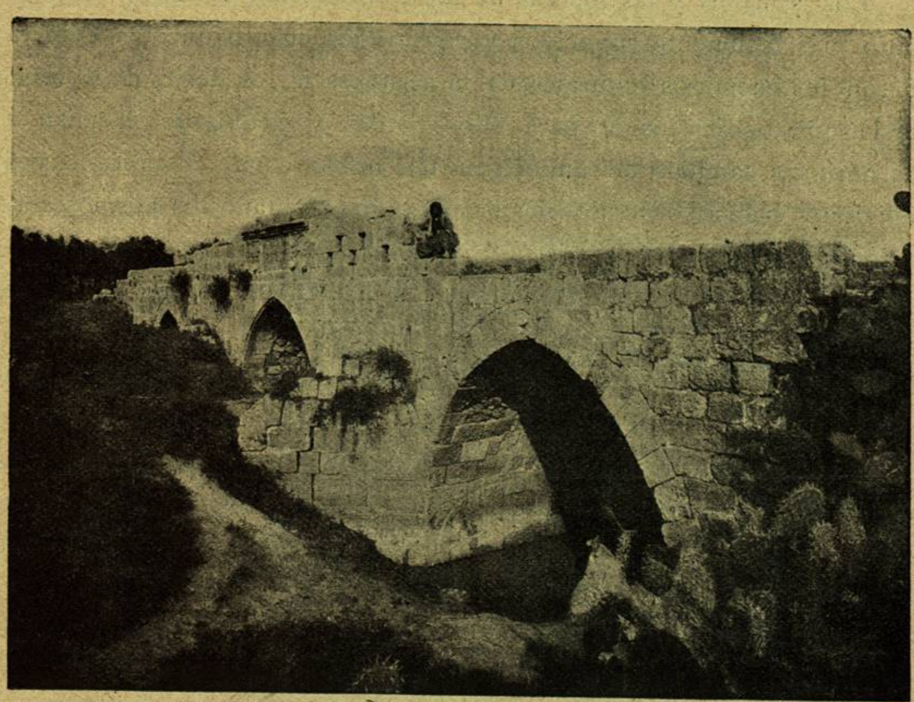
ROMA — TEMPLO DE VESTA

mente dicho. Jugador favorecido por la suerte, no quería lanzarse de nuevo á la casualidad, como en el tiempo de su juventud, ni arriesgar la fortuna adquirida. Pero si podía retardar el destino, le era imposible conjurarle: el silencio de los ciudadanos, la pérdida de su iniciativa, la transferencia de sus prerrogativas á un ejército permanente, habían de privarles un día hasta de la posibilidad de defenderse; se encontraban atados de antemano á la triunfante irrupción de pueblos nuevos. De generación en generación la inteligencia se obscurecía, el gusto se alteraba, la mentalidad se enturbiaba; los bárbaros del exterior no avanzaban un paso sin que la barbarie no hubiese dado ya dos pasos á su encuentro.

Pero en aquella época debían de ser muy escasos los profetas de la desgracia. ¡El imperio era tan extenso, las fronteras estaban tan lejanas que parecían confundirse con los límites del mundo! Roma había resistido triunfalmente á tantos peligros, y habían pregonado su gloria tantos prodigios, que las gentes se dejaban llevar hasta creerla eterna; por eso no es extraño que casi todos los pueblos cultos del

mundo moderno hayan acabado por tomar en el reinado de Augusto la fecha inicial de su cronología vulgar. Verdad es que esta era, denominada cristiana, fué después considerada como coincidente con la fecha, sea de la encarnación, sea del nacimiento de Jesucristo. Cuando fué propuesta por primera vez por el monje Denys le Petit, pronto hará catorce siglos, en el año de Roma 1278, que vino á ser el año 525 del nuevo calendario, los fieles católicos la acogieron por espíritu religioso, y gracias á este mismo espíritu reemplazó poco á poco oficialmente, en los documentos políticos y administrativos, lo mismo que en la vida ordinaria, las eras precedentemente practicadas, seleuciana, juliana ó diocleciana. Pero faltaba absolutamente casi todo documento histórico sobre la vida de Jesucristo; el inventor de la era nueva no pudo establecerlo, y aun con un error probable de algunos años, sino por medio de fechas suministradas por la historia contemporánea en la vida de Augusto y de Tiberio: en los anales mismos del Imperio fué preciso buscar todos los elementos del nuevo cómputo. En realidad la era cristiana no es sino la era «augustiana», lo mismo que los antiguos meses de *quintilis* y de *sextilis* se convierten en los meses de Julio y de Agosto, ó «Augusto». La era según la cual contaban los Españoles todavía en el siglo XIV databa francamente de Augusto y celebraba la reunión de la península Ibérica toda entera al imperio romano.

Llegados á la prodigiosa altura donde los habían llevado la cobardía de los hombres, las rivalidades militares y el empeño de buscar un equilibrio social imposible de encontrar, los emperadores romanos, convertidos en dioses sobre la tierra, apenas podían evitar la locura. Su poder era ilimitado en todos sentidos, puesto que era á la vez el de un general de ejército, el de un magistrado y juez sin apelación, el de un pontífice supremo y el de un tribuno del pueblo que representara contra los poderosos todas las reivindicaciones de abajo. Sus riquezas no tenían medida, puesto que disponían de los tributos y de los impuestos de Italia, de las provincias y de las naciones vencidas. Hasta poseían todo el Egipto como propiedad personal; el extenso campo de trigo y otros productos que regaba el Nilo alimentaba su tesoro privado: veían en él una especie de cercado, y ningún senador tenía el derecho de penetrar



Cl. Bonfils.

PUENTE ROMANO DE LYDDA (LOUDD)

en él sin una autorización precisa del amo[1]. Un decreto, la expresión verbal de su voluntad bastaba para procurarle otros ríos de oro, y la adquisición de toda fortuna de procónsul ó de usurero no le costaba más que la pena de una condenación á muerte. De antemano, todas sus voluntades eran saludadas con gritos entusiastas, porque la bajeza ante los amos, por decirlo así, no tiene límites: «¡De qué manera están hechos esos hombres para la servidumbre!» exclamaba el mismo Tiberio al salir del Senado. El servilismo tuvo siempre sus fervorosos, y se han visto individuos y hasta sociedades enteras lanzarse con alegría á la muerte por un amo, sin contar si era bueno, indiferente ó feroz, un Escipión ó un Tiberio; débese esto á que, sacrificándose por el déspota, se eleva el sacrificado un poco hacia él y puede esperar, muriendo, recoger un rayo de su gloria. ¡Cuántos seres abyectos consideran como un honor parecerse físicamente á su amo, hasta en lo que tienen de feo y repugnante!

[1] J. Grafton Milne, *History of Egypt under Roman Rule.*

Los crímenes y las locuras de los emperadores romanos han sido tanto más fácilmente conocidos y censurados cuanto que los Césares fueron los enemigos naturales de la aristocracia, es decir, de la clase de la que podían nacer para ellos rivales y enemigos. Temían á las antiguas familias de un origen tan noble como el suyo, cuyos individuos habían ocupado el mismo rango, prestado los mismos servicios y brillado de una misma gloria que sus propios abuelos; desconfiaban de todos esos aduladores en los cuales veían envidiosos y á quienes una dichosa inspiración podía convertir en los herederos del trono. De ahí, que cuando escogían víctimas, las señalaban entre los nobles, representantes de la antigua república, y esas proscripciones, esos verdaderos asesinatos, les exponían cada vez más á los odios, á los profundos rencores y á las venganzas. Pero si herían en su rededor, entre los grandes, por esto mismo se veían obligados á apoyarse sobre los pequeños, y por esta causa, no por llenar su pretendida misión de tribunos del pueblo, adoptaron en serio su papel de niveladores. Calígula y Nerón llegaron á ser forzosamente los amigos de la plebe, porque eran los enemigos del Senado, y su simpatía era para la turba que les aclamaba y á la cual daban pan en abundancia y fiestas suntuosas. Odiaban la guerra que había dado gloria á las familias ilustres; querían ignorar los grandes y soñaban, aunque sin método y sólo por humoradas y caprichos, la destrucción de los entrometidos parásitos que vivían á expensas de la nación. De ese modo Nerón fué mucho tiempo popular: se le amaba porque, en efecto, había querido hacerse amar de los pobres y de los humildes.

Pero, como al fin eran hombres, á pesar de su divinidad, los emperadores estaban siempre á la merced de una sublevación de las tropas, que podían elevar altar contra altar, dios contra dios. La primera sucesión al trono, la de Tiberio, se cumplió regularmente, sin intervención del ejército; pero, á su muerte, los soldados se impusieron como amos al Senado y al mundo. Á lo menos, hasta Nerón, la elección militar no osó ejercerse fuera de la familia ó de la descendencia adoptiva de Augusto; después, creciendo la audacia con el éxito, los pretorianos llegaron á poner el imperio en venta, á subasta; los postores se lanzan los unos contra los otros y, por último, el general que triunfa, Vespasiano, no podía, como los César y los

Augusto, glorificarse de descender de los dioses. Afortunadamente para él y para el reposo del mundo, este hombre sagaz, prudente, económico, no se dejó deslumbrar por la fortuna: «Fué, dice André Lefèvre, el primer emperador romano que conservó su buen sentido hasta la muerte. Siendo él mismo soldado, pudo someter los soldados á la obediencia y hasta acostumbrarlos á una larga paz, cerrando deliberadamente el templo de Jano».


Cl. Giraudon.

NERÓN CLAUDIO DRUSO, EMPERADOR

Museo del Louvre.

Sin embargo, Vespasiano y su hijo Tito obtuvieron un gran triunfo, no fuera de las fronteras, sino en una parte del imperio que, desde hacía mucho tiempo, había estado sumisa. Los Judíos, que, mil años antes, deificaban las fuerzas de la Naturaleza, como todos los pueblos circundantes, y como ellos también adoraban especialmente una divinidad nacional, personificación de su raza, habían acabado por dar á su religión un carácter absolutamente exclusivo: las desgracias sucesivas que sufrieron, derrotas, destierros en masa, exodos y opresiones, les habían, por decirlo así, desarraigado del suelo; se habían desinteresado de las cosas de la tierra, que les dejaban indiferentes, y, agrupados alrededor de sus sacerdotes, se exal-

taban cada vez más en sus esperanzas del más allá, en su confianza en las promesas de Yahveh, el Solo Dios, el Viviente que tiene en su mano derecha las cosas eternas. Como hicieron otros, también hubieran podido acomodarse ellos á la inmensa paz romana y caminar lo mejor posible sobre el penoso sendero de la vida; pero educados por la fe sobre la existencia mezquina, extasiados en su idea fija, creían más en el milagro que en la realidad. Antes morir que dividir su adoración entre el verdadero dios y las águilas romanas, que elevar al lado del altar estatuas á Roma y á César. La historia de su resistencia suprema les muestra verdaderamente incomparables en la energía, de tal manera la locura colectiva les arrancaba á las condiciones ordinarias de la vida.

El drama final fué horrible. Las hileras de crucificados que los sitiadores elevaban delante de las murallas, los impulsos de los famélicos que, embriagados de cánticos y de oraciones, se arrojan contra las espadas de los Romanos, el templo anegado en sangre, tales son los cuadros que nos representan los anales de la guerra. Después se nos muestran los miles de seres lamentables que se arrastran sobre los polvorientos caminos, y que Tito, las «Delicias del Género humano», hace degollar, con aplauso de la multitud, en el vasto anfiteatro del Coliseo, construído por su padre. El sitio de Jerusalén, según los historiadores, costó un millón cien mil seres humanos, y el número de prisioneros judíos, hombres útiles de que podían hacerse esclavos ó gladiadores, alcanzaba novecientos mil hombres, que Tito distribuyó por todo el Imperio, en todas partes donde se necesitaban víctimas para las fiestas ó brazos para los trabajos públicos.

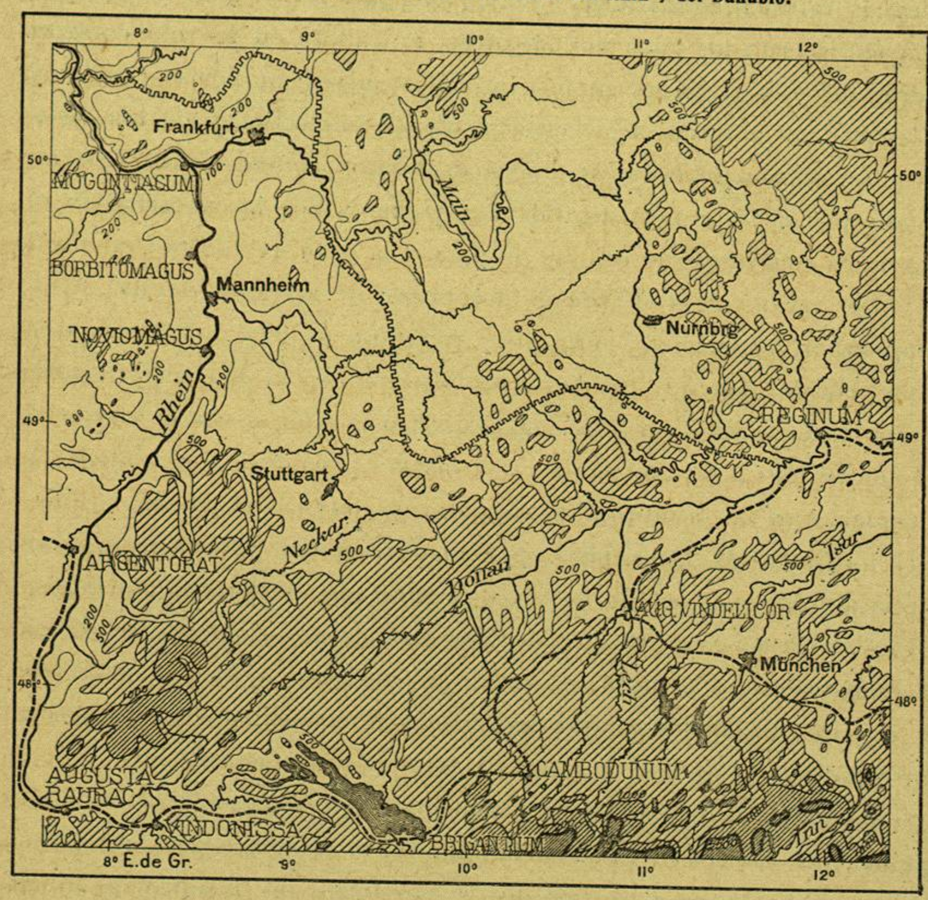
Se organizó una verdadera caza á los Judíos, no sólo en Palestina, sino también en Siria, en Asia Menor, en Egipto, en Cirene, hasta en Libia. No quedaba ya uno solo en la Judea: desde entonces sus principales comunidades se hallaban lejos de la patria [1]. Lo que quedaba de la nación habría perecido pronto si no hubieran existido colonias en todas las ciudades ribereñas del Mediterráneo oriental, como en la misma Roma y en otras ciudades de Occidente.

La ruina de Jerusalén, el aniquilamiento definitivo de los Judíos

[1] Grätz, *Histoire des Juifs*, tomo II de la traducción francesa, ps. 395 y 396.

como conjunto político y la expatriación completa de la nación, no fueron solamente uno de los hechos más trágicos en la historia de los grandes dramas de la humanidad, sino que produjeron también

N.° 202. Línea divisoria entre las cuencas del Rhin y del Danubio.



1 : 3 200 000

0 50 100 150 200 Kil.

Augusta Vindelicorum ó Augsburg.
Reginum, Castra Regina, Ratisbona ó Regensburg.
Argentorat, Estrasburgo ó Strassburg.
Noviomagus, Colonia Nemetae, Spire ó Speyer.

Augusta Rauracum ó Augst, villa.
Borbetimagus Vangiones ó Worms.
Moguntiacum, Mayenza ó Mainz.
Vindonissa ó Windisch, villa.
Brigantium ó Bregenz.
Cambodunum ó Kempten, villa.

una revolución de primer orden en el desarrollo intelectual y moral de los pueblos occidentales. Dispersándose sobre todo el mundo romano, no ya únicamente, como en los siglos anteriores, por sus mer–

caderes, y sobre todo por sus confesores, sus profetas y sus extáticos, contribuyeron poderosamente á esa inmensa conmoción de las gentes que acabó por derribar el imperio y fundar una religión nueva. La desgracia común suscitó en todos los refugiados de la misma fe una completa y fraternal solidaridad. Se amaban con fervor y se sacrificaban con entusiasmo los unos por los otros, uniéndose en un solo corazón. Pero, de otra parte, entre los Judíos enemigos, mosaístas rigoristas, Alejandrinos abiertos á las especulaciones intelectuales de los Griegos, un abismo de odios se había ahondado profundamente. De ese modo, por la ternura mística de una parte, y por la exacerbación de los odios religiosos de otra, se preparaba la gran revolución cristiana.

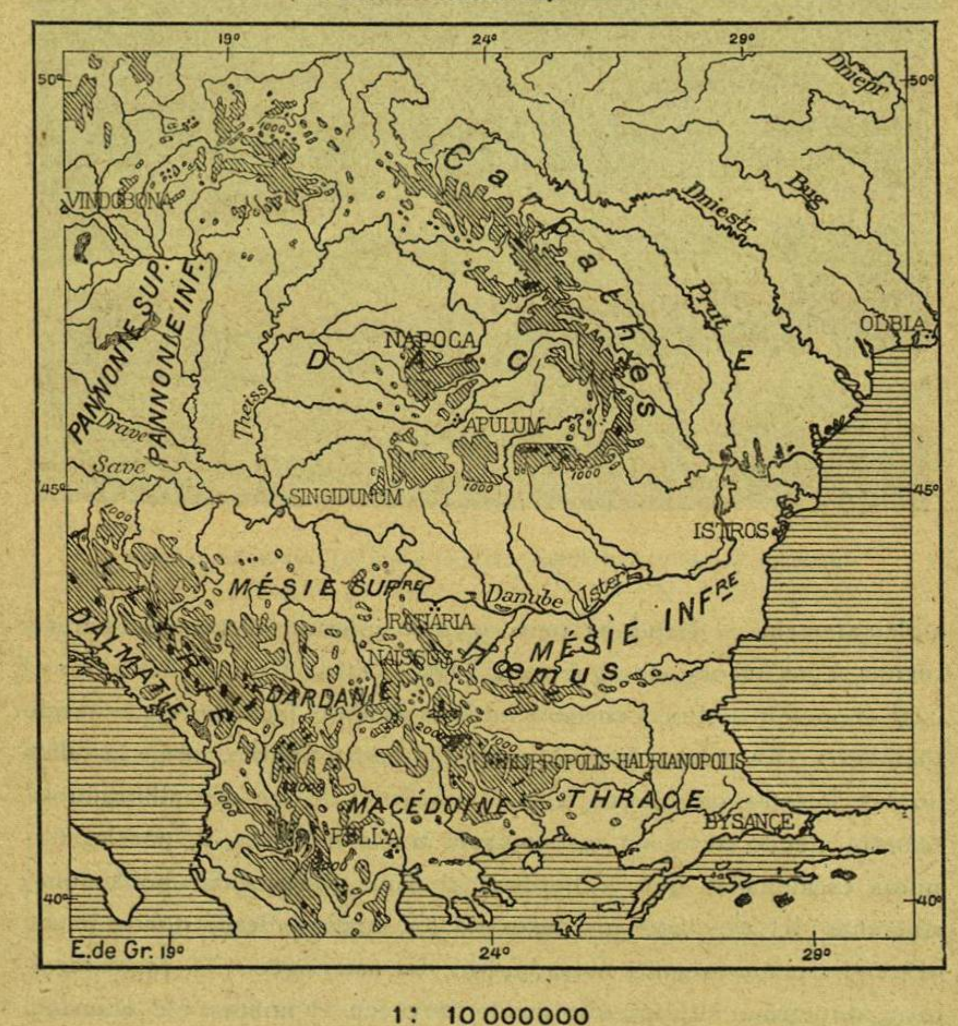
Por entonces la demencia del poder se apoderó de un nuevo emperador, Domiciano, hermano y heredero de Tito. Todo se desconcierta de nuevo y los bárbaros penetran en el Imperio, llegando hasta hacerse pagar tributo. El inmenso cuerpo corría el riesgo de ser entregado á las ambiciones y á las fantasías de los generales que mandaban en las fronteras, si Roma no se hubiera resarcido, después del asesinato de Domiciano, por elecciones que indicaban la firme voluntad de defenderse. Trajano, proclamado emperador, no permaneció en Roma, lejos de los confines amenazados, sino que se ofreció personalmente al peligro; no confió los destinos de la Ciudad Eterna á ejércitos lejanos, sino que los mandó él mismo; los hizo suyos al otro lado del Danubio y luego al otro lado del Eufrates.

La obra de protección era principalmente urgente á la orilla del primero de esos ríos: en su parte superior la cuenca estaba bien defendida por un muro de límite que contorneaba los bosques de pinos casi desiertos y difíciles de franquear, entre el Main y el valle danubiano [1]; pero al sud de ese límite, á la vez natural y consolidado por una cadena de fortines, los bárbaros podían atravesar libremente el río. Gran número de puntos débiles se sucedían sobre el curso del Danubio, especialmente al sud del cuadrilátero de la Bohemia, cuya punta avanza hacia el Sud en forma de bastión, y en el cual podían reunirse secretamente las bandas de los asaltantes. Vindobona (Viena) se halla igualmente sobre un camino transversal al Danubio,

[1] Robert Gradmann, *Petermann's Mitteilungen*, III, 1899.

por el cual podían presentarse unos invasores que descendieran del Norte por las llanuras de la Moravia, abiertas en un ancho corredor.

N.º 203. Territorio del Bajo Danubio.



El mapa debería tener la indicación del «Muro de Trajano», elevado en tiempo de Adriano y todavía bien conservado entre el Prut y el mar Negro en una longitud de 120 kilómetros.

Muchas de las colonias romanas marcadas en el mapa se han convertido en ciudades importantes: Vindobona (Viena), Singidunum (Belgrado), Naissus (Nich), Adrianópolis, Filipópolis, Bizancio, etc.

Más al Este, el triple foso de separación que presentan el Danubio, el Drave, el Save y la muralla de los montes ilirios, protegían



Cl. Th. Ross.

MURO DE ANTONINO, EN ROUGH CASTLE, 2 KIL. AL OESTE DE CAMELON

suficientemente el Imperio; pero el curso inferior del Danubio parecía invitar á las incursiones guerreras: allá estaba el punto débil por el cual el mundo político romano hubiera podido fácilmente ser herido de muerte. En efecto, la gran curva del bajo Danubio, desde la salida de las Puertas de Hierro á la ramificación de las desembocaduras, penetra mucho antes en la península tracio-helénica, y, por las llanuras escalonadas que la bordean al Sud, conduce las poblaciones ribereñas del río hasta los pasos de los montes, desde donde puede descenderse nuevamente á las playas del mar Egeo. El vasto territorio de forma elíptica, designado hoy con el nombre de Rumanía danubiana y de Bulgaria, es una de las regiones de población más ventajosamente situadas de Europa, gracias á la fertilidad de sus campos, á la abundancia de agua que les riega, á la facilidad de las comunicaciones. Esas comarcas de la Dacia y de la Mesia (Moesia), remotamente célebres entre los pueblos, no podían menos de ser lugares de atracción irresistibles para los emigrantes que se presentaban sucesivamente en gran número después de las sequías prolongadas ó á consecuencia de ser rechazadas unas tribus durante las



Cl. Miss Taylor.

BASTIÓN DEL MURO DE ADRIANO, EN LAS INMEDIACIONES DE CHESTERS

épocas de las revoluciones y de guerras. Precisamente, bajo el reinado de Domiciano, los Dacios habían llegado á las bellas llanuras de entre Cárpatos y Danubio, y, forrajeando delante de ellos, rechazaban los habitantes de la comarca á los países limítrofes, más cercanos á Roma; los fugitivos, llevando también la guerra y la devastación, se dirigían hacia el Oeste por los valles del Save y del Drave: del lado de Italia se oía ya resonar la tierra bajo sus pasos.

Para proteger el Imperio era, pues, necesario cerrar á toda costa esa brecha de la frontera nord-occidental. Trajano dió fin á esta empresa, en diez años de lucha, de una manera tan completa, que toda la Dacia, incluso la vertiente interior del hemiciclo de los Cárpatos meridionales, se convirtió en provincia romana y hasta llegó á ser una de las más sólidamente unidas al Imperio. Los Dacios, que eran probablemente, si no Arios, á lo menos arianizados que hablaban una lengua del mismo origen que el latín, llegaron á persuadirse fácilmente que eran Romanos, y tomaron el nombre y recibieron el lenguaje. Tan profunda fué la marca recibida, que después, á pesar de la bipartición violenta del Imperio, las invasiones de tantos pue-

blos y la opresión ejercida por Godos, Búlgaros, Eslavos, Bizantinos y Turcos, el fondo de la nación se conservó conscientemente bajo la influencia romana. El país volvió á tomar su nombre de «Rumanía», en tanto que el lenguaje popular, desembarazado en parte de sus elementos eslavos, se acerca á sus hermanos latinizados de Occidente: la Dacia es, con las Españas y las Galias, la única provincia cuya población se haya romanizado hasta el punto de conservar á través de los siglos la lengua del vencedor. Todavía en nuestros días, diecicho siglos después de Trajano, los descendientes de los Dacios hacen datar su historia del día en que aquél franqueó el Danubio, en cuyas orillas se ven sus caminos tallados en la roca.

El Imperio había llegado á la más alta potencia y á la mayor cohesión política y militar que pudo alcanzar, excepto del lado de los Germanos, donde unos ríos y unos bosques rodeados de fuertes en los lugares estratégicos detenían las tribus dedicadas al pillaje, y del lado de los Partos, donde una larga frontera indecisa y flotante debía cambiar continuamente de lugar, siguiendo la presión de los pueblos limítrofes y los azares de la guerra; el mundo romano, casi coincidiendo con el mundo civilizado, se presentaba en su soberbia unidad, bien limitado por el Océano ó por el desierto, confinando con territorios cuyos habitantes no podían ser considerados por las legiones sino como verdaderos bárbaros.

Así es como hacia la extremidad nord-occidental de Europa, en medio de las nieblas eternas, los Romanos habían descuidado ocupar la Irlanda y también, al norte de la Gran Bretaña, habían retrocedido ante la obra difícil de invadir la comarca de los Pictos, vasto montón de rocas, cortado de valles profundos. Para anexionar á su dominio ese territorio, que para ellos carecía de valor, hubiera sido necesario ocupar sus puntos estratégicos y surcarle de caminos difíciles de construir, por lo que prefirieron elevar un muro de defensa en la parte más estrecha de la isla, para dejar á los Pictos como una especie de madriguera y proteger las regiones del centro y del Mediodía, que se han convertido en la Inglaterra propiamente dicha.

Desde los primeros tiempos de la conquista, Agrícola comenzó la construcción de un muro de tierra amasada, acompañado de un

foso profundo que se prolonga al Sud por el valle de la Forth y que va á unirse á la Clyde, del cual sólo quedan vestigios bien claros en los parques señoriales, donde se conservan cuidadosamente las herbosas pendientes. Pero ese muro, llamado de Antonino, por

N.° 204. Baja Escocia y Muros Romanos.



1 : 2 500 000

0 25 75 150 Kil.

el príncipe que le terminó, era demasiado atrevido en la dirección del Norte; y el que Adriano hizo construir después, deja completamente fuera de la antigua Bretaña de los Romanos el macizo de los Cheviot-Hills y toda la región de la Escocia meridional, con límites bien trazados. Desde la ensenada de Solway á la desembocadura del Tyne, cerca de Wallsend, «Fin de muralla», el muro continuo flanqueado de trincheras y acompañado de fosos, constituía una línea de defensa muy seria, no sólo por los obstáculos artificiales que oponía

al enemigo, sino también por el doble foso natural que formaban, al Sud, los ríos Tyne, afluente del mar del Norte, é Irthing, que se vierte en el canal de Irlanda. También los bárbaros del Norte debían naturalmente de procurar, siguiendo la altura de separación de las aguas, forzar el paso: de esa manera llegaban sin subidas ni bajadas, y precisamente en la parte menos poblada del istmo, donde las sorpresas eran más fáciles. En la divisoria, en Thirlwall, á seis kilómetros al noroeste de Carvoran-Haltwhistle, se practicaron la mayor parte de las brechas, y ese mismo nombre, según algunos etimólogos, débese á esa circunstancia: la primera sílaba se deriva de la palabra anglo-sajona *thirlian*, que tiene el sentido de «penetrar»[1].

Unas soledades de arena ó de rocas, con la única interrupción formada por el valle del Nilo, limitaban todo el frente meridional del Imperio, desde las costas del Atlántico hasta las orillas del Eufrates; pero más allá de este mismo fin natural de las tierras habitables, se encuentran huellas de los conquistadores del mundo.

Los Romanos habían penetrado en el desierto; conocían las tierras arenosas ó pétreas, salpicadas de oasis, «comparables á las manchas de una piel de pantera»: Cydamus, la moderna Ghadames, que había sido conocida de los Griegos, puesto que Duveyrier descubrió en ella una inscripción en caracteres helénicos, fué ocupada por los Romanos bajo el reinado de Augusto, y quedó á lo menos durante dos siglos y medio en su poder; en tiempo de Alejandro Severo se encontraba allí todavía un destacamento de la tercera legión Augusta, cuya fracción principal estaba acantonada en Lambessa[2]. En aquella época debían, pues, existir pozos de distancia en distancia á lo largo de ese camino, porque si hubiera habido falta de agua sobre esa línea, Cydamus hubiera recibido de Trípoli (Oea) su guarnición romana. El pozo bien conocido de los caravaneros, llamado Bir-er-Resouf-Cherf (Beressof), situado en el desierto, en la mitad del camino de Lambessa á Ghadames, parece haber sido construído por los Romanos; muy probablemente existirían otros más al Sud, que se tratará de desembarazar y utilizar de nuevo[3].

[1] Camden, *Britannia*. — G.-C. Chisholm, *Schottish geographical Magazine*, Septiembre 1897, p. 478.
[2] H. Duveyrier, *Les Touareg du Nord*.
[3] Cazemajou y Dumas, *Bulletin de la Société de Géographie*, 2.º trimestre 1896, p. 152.

Sin embargo, si las águilas de Roma habían penetrado en los oasis lejanos y aun practicado reconocimientos hasta las regiones pró-

N.º 205. Mauritania oriental.



Saldae	denominada hoy	Bugia.
Igilgili	—	Djidjelli.
Setifis	—	Setif.
Cirta Sittianorum	—	Constantina.
Lambaese	—	Lambessa.
Hippo Regius	denominada hoy	Bona.
Hippo Zaritus	—	Bicerta.
Hadrumetum	—	Suza.
Oea	—	Trípoli.
Thamugas	—	Timgad.

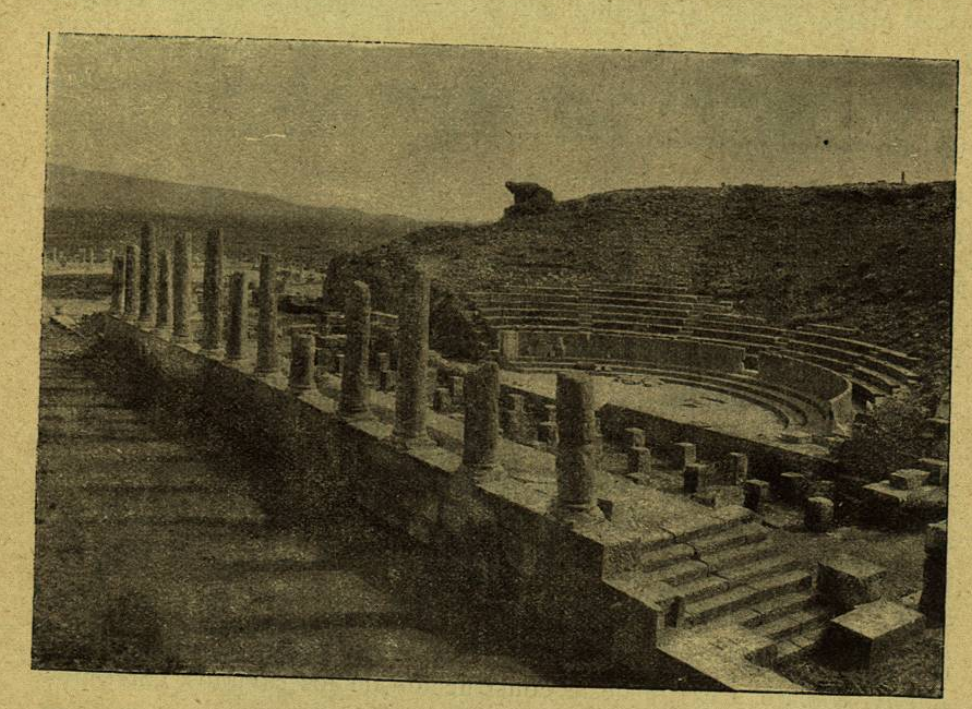
ximas al lago Tchad (E. Gallois), si es verdad que se hayan infiltrado monedas con las efigies de *Helena Augusta* y de *Costantius Cæsar* en las cuencas del Congo y del Zambeze, las legiones deja-

ron también, casi sin empezar, jurisdicciones étnicas en la región costeña, que fueron después elementos de disgregación, cuando la relajación de la potencia central. Así fué que el monte Ferratus, el Djurjura de nuestros días, les resistió constantemente: no se encuentra entre los Gauaua ni una sola ruina de torre ó de casa, ni siquiera una tumba romana [1]. Y sobre todo se ha abusado de la palabra «granero». Es indudable que la provincia primitiva de «África», más poblada antes que en el día, aunque no sabemos en qué proporciones, subvenía á la alimentación de Roma, que contenía en sus muros un millón ó más de habitantes durante la época de su mayor prosperidad; sin embargo, no parece, según las investigaciones de los economistas, que la parte alícuota de esta provincia en las exportaciones de trigo para Italia haya excedido de un millón de hectolitros, mientras en la actualidad, la producción de trigo solamente de Túnez se eleva por término medio á casi el triple de esa cantidad, y desde hace algunos años la exportación de cereales alcanza precisamente el total de la antigua exportación á Roma [2].

Para asegurar la unidad del Imperio aproximando las fronteras y el centro y dando á los ejércitos la mayor movilidad posible, había de emplearse una gran parte de las rentas imperiales en la construcción y conservación de las vías de comunicación. En la época de Trajano y de su sucesor Adriano, gran viajero entre los más famosos, los bellos caminos empedrados por donde pasaban sin accidente los carros y las máquinas de guerra, constituían un conjunto admirable que ofrecía el más elocuente testimonio de la potencia del Imperio y de su civilización superior. La red de los caminos romanos estaba destinada á rodear el mundo, y se extendía realmente hasta los límites de las tierras desconocidas. Las hileras de sonoras losas se continuaban de mar á mar, desde Brundusium (Brindisi), sobre las playas adriáticas, hasta Bononia (Boulogne), sobre la costa del océano galo, y hasta en plena Germania pantanosa y silvestre más allá del Ems y del Weser hasta el Elba, y se unían en Batavia á todo un sistema de canales. La vía se desarrollaba, frecuentemente rectilínea, — en Britania, de 292 kilómetros, de Lincoln á la costa

[1] E. Masqueray, *Formation des Cités chez les Populations sédentaires de l'Algérie*, ps. 113-114.
[2] E. Levasseur, *Bulletin de la Soc. de Géogr. com. de Paris*, 1896, fasc. 7 y 8, p. 560.

sud, atravesando Cirencester y Bath, el camino romano no se separa de la línea recta en un espacio de más de 10 kilómetros, — vía exactamente medida por límites militares, con etapas reguladas y postas y paradas para los emperadores, los generales y los altos funcionarios del Estado. El camino mayor se prolongaba sobre las orillas opuestas de los mares, de un lado á través de la Gran Bre-



TIMGAD (ARGELIA) — TEATRO ROMANO

taña hasta el país de los Caledonios, de la otra parte por la Iliria hasta las costas del mar Egeo, y más lejos en el Asia Menor y en Siria. Asimismo, un camino sin interrupción, que franqueaba los Pirineos y el Jura, el Ródano y el Rhin, unía Cádiz á Viena.

Puede juzgarse del buen estado de los caminos y de la excelencia del comisariado por la marcha de Séptimo Severo, conduciendo todo el ejército panonio desde las márgenes del Danubio hasta las del Tíber, al paso de 32 kilómetros diarios con todos sus bagajes y su armamento. Tan bien trazados estaban la mayor parte de esos caminos, que continuaron siendo utilizados durante los siglos de de la Edad Media, á pesar de su falta de cuidado de conservación,

y casi todos respondían tan bien á las condiciones económicas del país, que ha sido necesario reconstruirlos siguiendo los mismos itinerarios. La medida de la regresión que se produjo en el mundo europeo á consecuencia del derrumbamiento de la civilización romana, nos la suministra el hecho de que en España, en las Galias y en Inglaterra bastaron ampliamente al comercio durante los siglos de la Edad Media, y que no ha sido necesario completarlos sino en tiempos comparativamente modernos. Los nombres que se dan á los grandes caminos en los países germánicos y en Inglaterra recuerdan todavía el trabajo de los constructores romanos: los «Strates» de piedras superpuestas para el establecimiento de la calzada nos explican los términos de *strasse*, *straat*, *street*: en cuanto á la palabra inglesa *highway*, proviene de que los caminos estaban, en efecto, elevados sobre el suelo en verdaderos terraplenes[1]; puede verse todavía al sudoeste de Old Sarum (Salisbury) una calzada de cinco metros de ancho que, sobre siete kilómetros de distancia, domina la llanura de cerca de dos metros.

Por lo demás, no ha de olvidarse que muchos caminos atribuídos á los Romanos habían sido ya trazados, y hasta enlosados por pueblos comerciales más antiguos: en Alemania, especialmente, se señalan caminos empedrados que existían antes de la llegada de las legiones romanas, siguiendo en su mayor parte las aristas del país marcadas por hileras de túmulos.

Al trabajo material de la construcción de los caminos, correspondía el trabajo intelectual de la obra cartográfica. Durante los tres últimos siglos del Imperio romano y toda la duración de la Edad Media, las Tablas de Claudio Ptolomeo, trazadas hace diecisiete siglos y medio, sirvieron de regla á todos cuantos, Europeos ó Árabes, trataban de darse cuenta de la forma de las tierras y de los mares. El ilustre astrónomo había tratado de fijar la posición real de los lugares por sus coordenadas de longitud y de latitud: tal es, en efecto, el único método científico, y desde ese punto de vista, el progreso realizado en la determinación geográfica de las localidades era inapreciable, pero no habiendo sido hechas las observaciones precisas, las supuestas notaciones astronómicas eran falsas, imagina-

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 171 á 173.



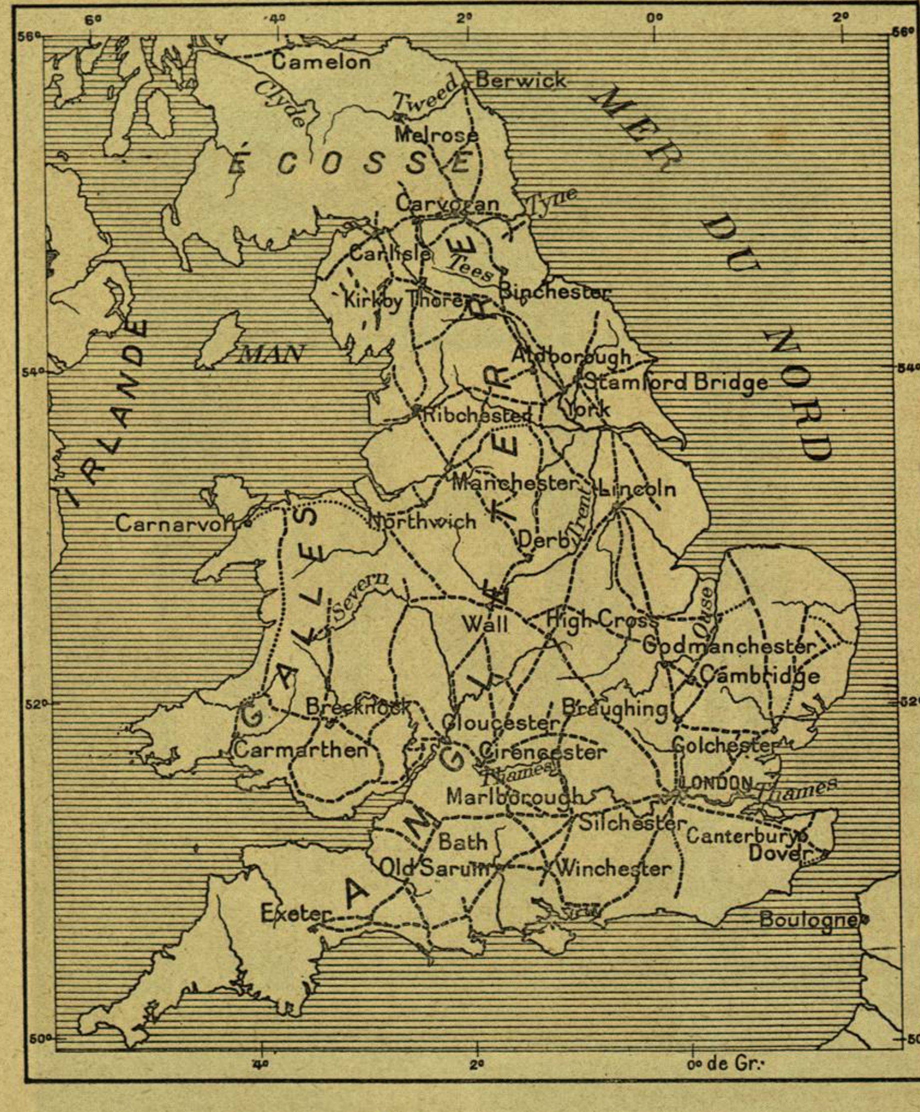
Cl. de la Dirección de las antigüedades de Túnez.

TEMPLO DEL CAPITOLIO EN TUGGA

das, y el mapa de Ptolomeo hubiera ganado en ser dibujado únicamente según los itinerarios de los viajeros, con indicaciones de las direcciones y de las distancias[1].

[1] Vivien de Saint-Martin, *Étude sur la Géographie grecque et latine de l'Inde*, páginas 45 y 62.

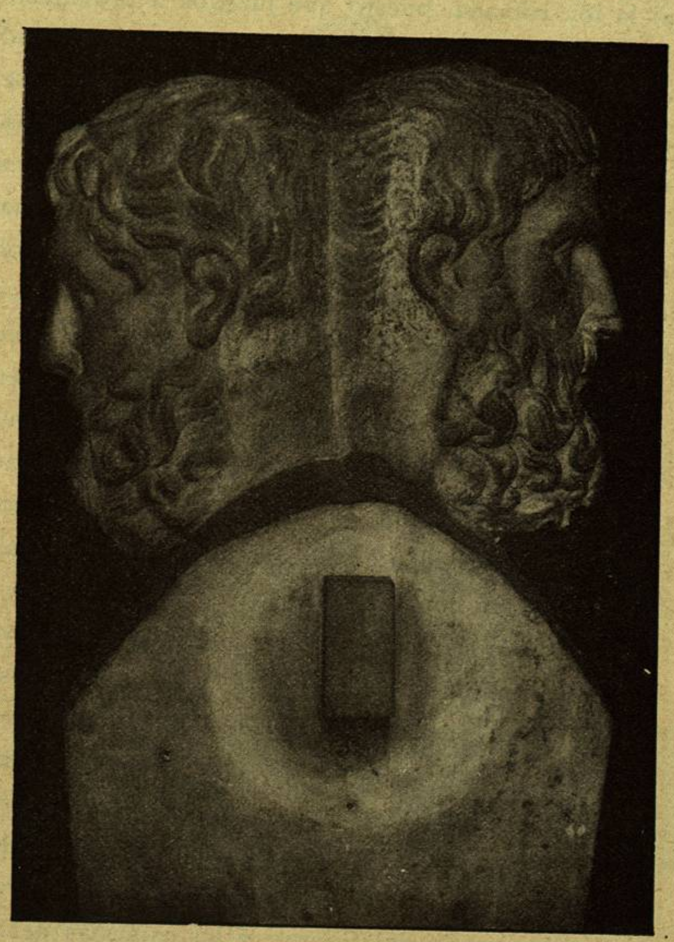
N.º 206. Vias Romanas en Inglaterra.



Las principales vías romanas de Inglaterra llevaban ciertos nombres por los cuales fueron conocidas durante toda la Edad Media. Así, según Th. Codrington (*The Roman Roads in Britain*), Watling Street conducía de Dover á Ribchester por Wall, después en Escocia por Binchester y Melrose, — Erning Street iba de Londres á Carlisle por Lincoln y York, — Foss Way era el camino recto de Lincoln á la costa sud, cerca de Exeter, correspondiente, según M. Ch. Barrois, á un camino galo que terminaba en Abervrach.

En tanto que los caminos daban la unidad material, la unidad política y moral se hacía también por la accesión cada vez más nume-

rosa de las ciudades y de las provincias á los mismos derechos que Roma. La igualdad se establecía poco á poco en el Imperio. Durante el período de conquista, todas las ciudades, todas las naciones que habían acrecentado sucesivamente el conjunto de las posesiones romanas, hasta aquellas que no se habían entregado á merced, pero que habían recibido el título de aliadas, quedaban privadas á todo derecho de toda iniciativa; faltábales ya la protección de sus dioses ó al menos éstos quedaban subordinados á la «majestad romana»: ayer todopoderosas, las divinidades protectoras de las ciudades perdían para siempre su autoridad y prestigio ante un magistrado



Cl. Giraudon.

EPICURO Y METRODORO, FILÓSOFOS GRIEGOS

Museo del Louvre.

ó un procónsul que obraba en nombre de Roma. Un ciudadano designado por el Senado recibía el país en curatela: de él se hacía su cargo, su asunto personal, y en ese sentido se empleaba la palabra *provincia*[1]. Provisto del *imperium*, es decir, del pleno poder, de la soberanía, ese ciudadano representaba en su persona todos los dere-

[1] Fustel de Coulanges, *La Cité antique*, p. 458.

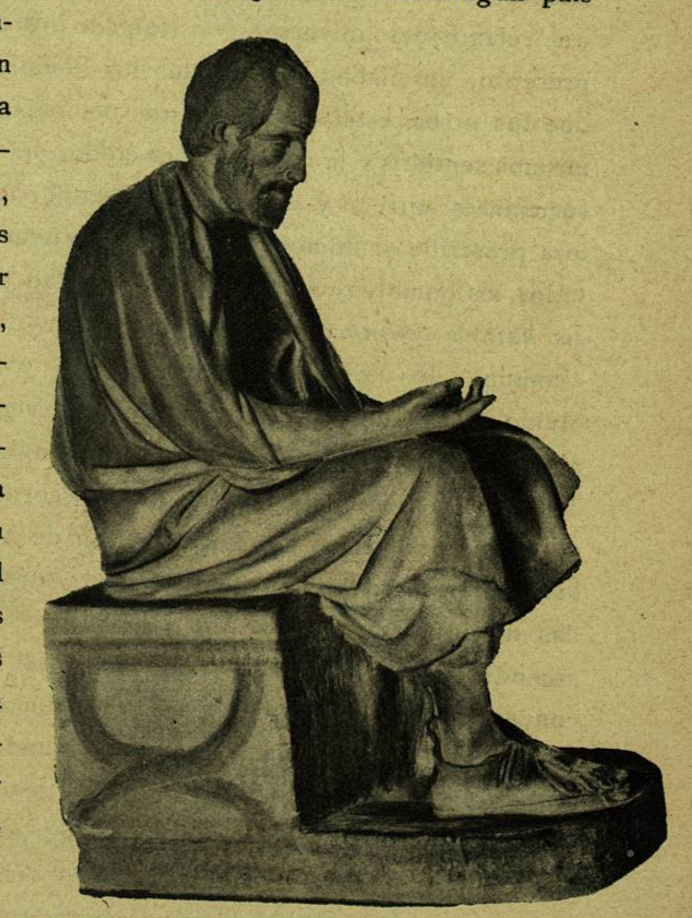
chos y privilegios de la República; mandaba á la fuerza armada y hacía justicia según su única voluntad; «ninguna ley podía imponerse á él, ni la ley de los provinciales, puesto que era Romano, ni la ley romana, puesto que juzgaba á provinciales». Él era la ley viviente, publicaba un edicto, formulaba un código personal á su voluntad. Sus súbditos eran extranjeros, caían en la condición del enemigo, contra el cual todo es lícito, que no era marido, ni padre, ni dueño de su propiedad; no podía ser todo eso sino por tolerancia.

Para volver á ser hombre, para entrar virtualmente en la sociedad, el vencido no tenía, pues, más que un solo medio, una sola ambición, que le fuese abierta la entrada en la ciudad romana. Tal fué el fondo de la historia, y se vió sucesivamente funcionarios, clases, ciudades y naciones adquirir ese precioso derecho sin el cual el hombre no tenía existencia virtual. Para obtener ese resultado, se llegaba hasta venderse como esclavo á un ciudadano romano, porque la emancipación en las formas legales conducía al derecho de ciudad [1]. Evidentemente, todo régimen municipal diferente del de Roma estaba condenado á perecer: toda vida real se desprendía de él para concentrarse en la gran ciudad, en previsión del día en que, en el reinado de Caracalla probablemente, todos los súbditos fueron admitidos en el número de los ciudadanos. Pero, mucho antes que él, ese resultado final era presagiado por la moral y la filosofía que dirigían los hombres superiores. El Imperio romano llegaba á la unidad; una sola ley, una sola voluntad regulaba los destinos de millones de individuos dispersados á los cuatro vientos de los cielos, desde el estuario del Solway á las cataratas del Nilo, desde los uadi marroquíes hasta la Mareótide. ¡Qué contraste entre esa concepción del «Estado, uno é indivisible», y el ideal griego, que se realizaba en la autonomía de centros independientes! Aristóteles, en una recopilación de constituciones, había descrito las instituciones políticas de lo menos 158 Estados (161, 240, 245, 250, según los diversos autores) reunidos en un espacio diez veces menor que el Imperio romano [2].

La enseñanza de Epicuro y la de Epicteto habían prevalecido

[1] Fustel de Coulanges, *La Cité antique*, p. 469.
[2] Théodore Reinach, *La République athénienne d'Aristote*.

entre los Romanos, á quienes el régimen imperial separaba de la acción, sin que por eso quedasen menos preocupados del bien público. Jamás la alta doctrina de los estoicos fué profesada en ningún país por mayor número de pensadores ni tuvo una acción más considerable sobre la dirección moral de la sociedad. Y sin embargo, estando separados todos los hombres de valor por la sospecha de los amos, debían de encerrarse dentro de sí mismos, permanecer apartados de la sociedad activa, buscar la satisfacción de su espíritu en el mundo discreto del pensamiento, en las nobles conversaciones con otros hombres escogidos, y hasta con cierta frecuencia, cuando les era imposible vivir con dignidad, buscar tranquilamente un asilo en la muerte: la vida del estoico de Roma tenía frecuentemente el suicidio por fin lógico y casi normal; su doctrina era harto elevada para que pudiese obrar sobre un pueblo que tenía aún los vicios de la esclavitud y permanecía cuidadosamente entretenido en el parasitismo por las fiestas y las distribuciones de víveres. El estoicismo había de buscar la sombra: *umbratilia studia*, sus estudios se hacían bajo la frondosidad de los árboles. Pero su influencia no dejaba por eso de sentirse, gracias á la potencia de la verdad, al ascendiente que da á los hombres convencidos la conformidad de su conducta con su moral.



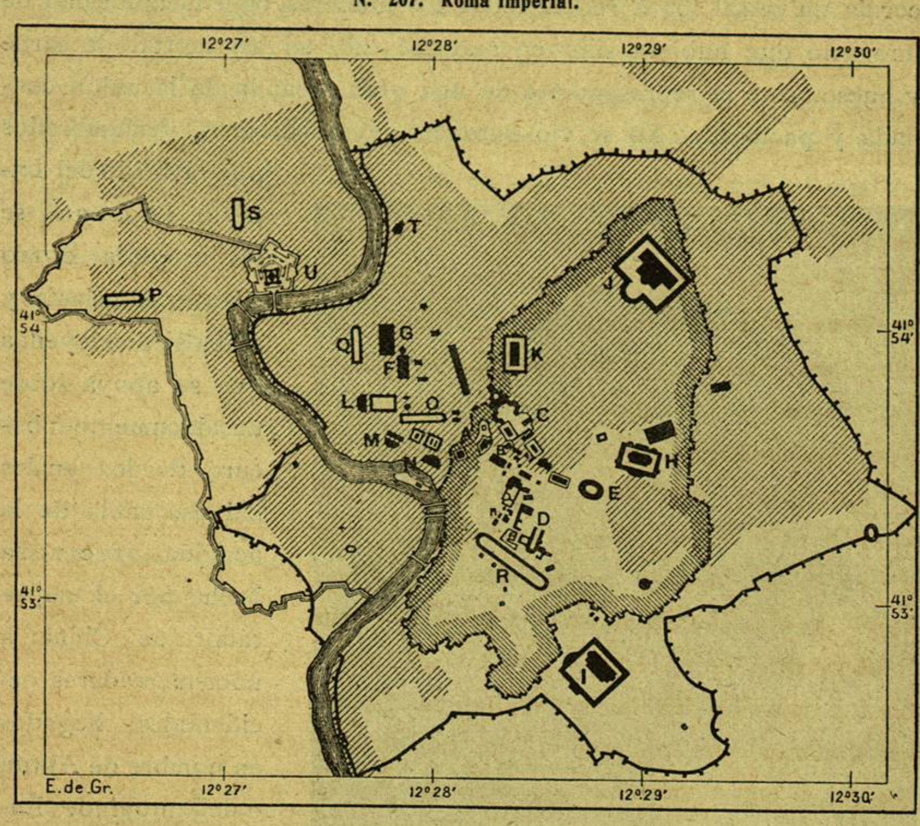
Cl. Giraudon.
POSIDONIO, ESTOICO GRIEGO
Museo del Louvre.

«No es la familia ni la ciudad lo que une á los hombres, decía Zenón, es la virtud». Y los estoicos romanos tomaban el pensamiento de los estoicos griegos: Séneca no reconocía por patria sino «el recinto del universo»[1]. Uniendo frecuentemente el ejemplo al precepto, enseñaban que «todos los hombres, los esclavos lo mismo que los otros, estaban compuestos de los mismos elementos, con los mismos sentidos y la misma razón, salidos del mismo principio supremo, semejantes entre sí y y originariamente iguales»; dicen que la Naturaleza prescribe al hombre el deber de ayudar á su semejante, «estando todos los hombres unidos en una sociedad de amor» *societate caritatis naturà conjuncti;* ven en el conjunto del mundo una sola ciudad «común á los hombres y á los dioses»; van hasta pretender que el olvido de las injurias es superior á la venganza, ese placer de los dioses, y que la dulzura y el perdón conviene á un alma generosa[2]. Tales pensamientos, en tan absoluta discordancia con la política envidiosa y cautelosa de los amos, habían de atraer la persecución sobre los hombres que las profesaban; por otra parte, quedaban ignoradas de la masa popular, y, si embargo, acabaron por ejercer tal ascendiente moral, que se pudo asistir al extraño espectáculo de la conversión de los emperadores á la doctrina estoica: Antonino y Marco Aurelio subieron al trono del mundo. Quizá la filosofía halló adeptos tan elevados porque éstos no tenían que temer que la multitud de sus súbditos se atreviera á cogerles por la palabra y discutir con ellos la realización de todos esos bellos principios de igualdad entre los hombres. ¿No era una grandeza más para los amos divinizados esa noble condescendencia de un emperador que se rebaja de palabra hasta los hombres de ínfima clase confundidos entre la multitud?

A lo menos la actitud era muy digna y los Antoninos representaron bien su papel. Bajo muchos aspectos la «paz romana» es una de las grandes épocas de la humanidad, y durante los mil setecientos ó mil ochocientos años que han transcurrido después, los hombres no han encontrado un ciclo de la historia que represente la misma ordenación, la misma belleza armónica en todos sus elementos

[1] Ernest Nys, *La Notion et le Rôle de l'Europe en Droit international*, p. 69.
[2] Cicerón, *De legibus*, I, *passim*.

N.º 207. Roma imperial.



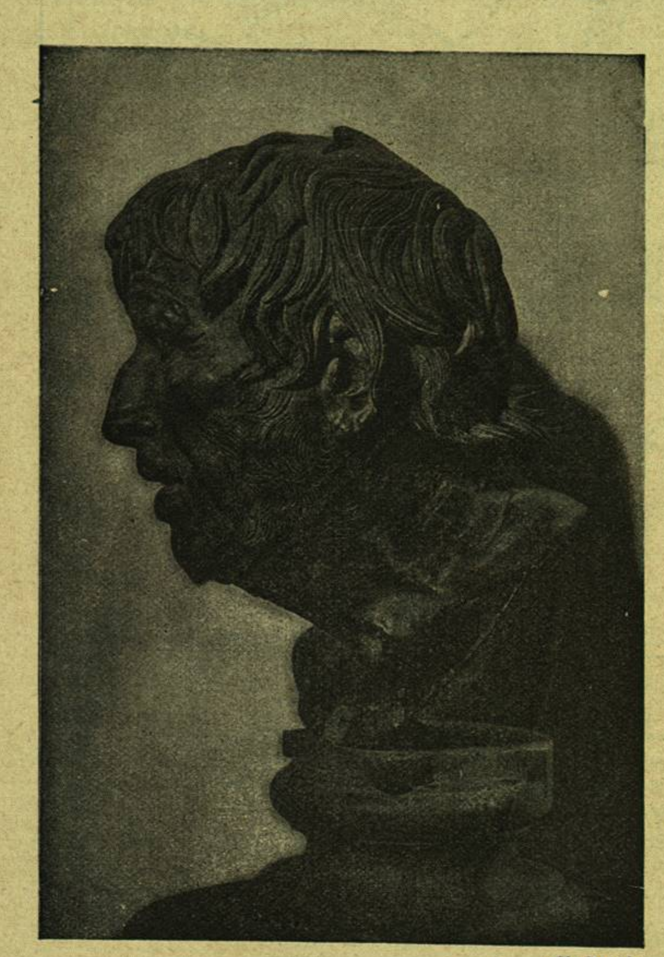
El mapa señala el recinto de Roma según Servio Tulio (comp., Emplazamiento de Roma, página 437), después el de Aureliano (siglo III) que está todavía casi intacto, por último, las nuevas fortificaciones de la orilla derecha, abarcando el Janículo y el Vaticano. El rayado indica la Roma moderna, que se desarrolla sobre todo hacia el Noroeste, dejando vacía una parte de la antigua Roma.

A. Capitolio.
B. Foro de la República.
C. Foro de los Emperadores.
D. Palacio de los Emperadores sobre el Palatino.
E. Coliseo (Anf. Flavio).
F. Termas de Agrippa y Panteón, todavía existente.
G. Termas de Nerón.
H. Termas de Trajano.
I. Termas de Antonino, Caracalla
J. Termas de Diocleciano.
K. Termas de Constantino.
L. Teatro de Pompeya.
M. Teatro de Balbi.
N. Teatro de Marcelo.
O. Circo de Flaminio.
P. Circo de Nerón, reemplazado por San Pedro de Roma; el Vaticano y sus jardines se extienden al N. y al O.
Q. Circo de Domiciano.
R. Gran Circo (c. Máximo).
S. Circo de Adriano.
T. Mausoleo de Augusto.
U. Mausoleo de Adriano, actual castillo de San Angelo.

El templo de Vesta (p. 5o5) se halla á la orilla del Tíber en el eje del Circo Máximo.

esenciales. Se hubiese podido creer entonces que el mundo romano se había convertido virtualmente en el mundo entero y que la con-

cordia universal iba á reunir todos los hombres bajo la autoridad de uno solo que hubiera sido en realidad, no un ser mortal de carne y hueso, sino el representante de una gran idea, la de la unión confiada y pacífica. ¿No se vió entonces reyes bárbaros, deslumbrados por el brillo del Imperio, pedir que se les acogiera como clientes entusiastas y adictos? Una leyenda que se apoya sobre un documento obscuro de los anales chinos, habla de la acogida afectuosa hecha por el emperador de China á unos mercaderes occidentales, llegados en nombre de Antun ó de Antonino. Entonces se produciría el primer contacto entre el Occidente y el Extremo Oriente, anunciando así, como por una especie de profecía, un futuro ciclo mundial de una amplitud aún mayor que la de ese primer imperio que se creía universal.



Cl. Brogi.

SÉNECA, EL FILÓSOFO DE CÓRDOBA

Museo de Nápoles.

Es, pues, natural que se repose en el estudio de la historia humana en este período tan notable en que por primera y única vez en los anales de la Humanidad, todos los pueblos participantes en la civilización común constituyeron cierto conjunto político, reconociendo las mismas leyes, mirando hacia un mismo foco de vida. Todas las fuerzas del mundo conocido se habían concentrado sobre las

«Siete Colinas», al pie de las montañas del Lacio. Una prodigiosa agrupación de energía había realizado, á lo menos en apariencia, la grande unidad mundial. Pero esa unidad ocultaba en sí los elementos de discordia y de separación nueva. Al movimiento de síntesis iba á suceder el de análisis, y de un análisis terrible por el cual las naciones habían de ser pasadas como por el crisol antes de que pudieran dirigirse de nuevo hacia el ideal de una segunda unidad. Los medios geográficos diferentes tomaron de nuevo su influencia plástica sobre sus habitantes cuando unas poblaciones bárbaras, aun no romanizadas, sin conciencia de una cultura común, fueron sometidas á su acción. La desorganización procedente de los elementos aportados del exterior vino á añadirse á la perturbación que se produjo en el interior á consecuencia del desgaste causado por el uso de los órganos, y aparecieron nuevas formaciones, que introdujeron elementos más numerosos, una mayor complexidad en el cuerpo político y social.



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL SEGUNDO TOMO

ÍNDICE ALFABÉTICO

de nombres propios contenidos en el tomo II

Los nombres de los pueblos están en **carácter negro**; los de autores, personajes históricos, etc., en *cursiva;* los países, montañas, ciudades, ríos, etc., en carácter común ó redondo.

Las cifras rectas se refieren al texto, las inclinadas indican que el nombre correspondiente se halla en un mapa en la página señalada. — l. s. quiere decir lámina suelta.

A

D

E

L

M

Q

R

S

T

U

V

W

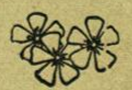
X

Y

Z

LISTA DE LOS MAPAS

Mapas sueltos



PAUTA

para la colocación de las láminas sueltas

Páginas



ÍNDICE DE LAS MATERIAS

del Tomo segundo

LIBRO SEGUNDO: Historia Antigua

Capítulo IV

FENICIA

Capítulo V

PALESTINA

Capítulo VI

EGIPTO

Capítulo VII

LIBIA - ETIOPÍA